EVITA

Edición definitiva

MARYSA NAVARRO

Planeta • Espejo de la Argentina

MARYSA NAVARRO

Evita

PLANETA
Espejo de la Argentina

ESPEJO DE LA ARGENTINA

Diseño de cubierta: Mario Blanco

Diseño de interior: Alejandro Ulloa

Segunda edición: noviembre de 1994

ISBN 950-742-533-0

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

ÍNDICE

A mi hija Nina

"Confieso que tengo una ambición, una sola
y gran ambición personal: quisiera que el nombre
de Evita figurase alguna vez en la historia de mi Patria.
Quisiera que de ella se diga, aunque no fuese
más que en una pequeña nota, al pie del capítulo
maravilloso que la historia ciertamente dedicará
a Perón, algo que fuese más o menos esto:
'Hubo, al lado de Perón, una mujer que
se dedicó a llevarle al Presidente las esperanzas
del pueblo, que luego Perón convertía en realidades'.
Y me sentiría debidamente, sobradamente compensada
si la nota terminase de esta manera:
'De aquella mujer sólo sabemos que el pueblo
la llamaba, cariñosamente, EVITA'."

Eva Perón, *La razón de mi vida*

Prólogo a la edición definitiva

La primera edición de este libro fue publicada en la Argentina, en 1982, pero han transcurrido casi veinte años desde que puse punto final al texto que terminé de escribir en 1976.

Tal como se verá en el prólogo a la primera edición, las preguntas que me hice al iniciar mi investigación sobre la vida de Eva Perón tenían como objetivo tratar de entender quién era la mujer que había dado origen a la figura mítica de Evita. No obstante el interés que indudablemente presentaba el estudio de la mitología evitista, me importaba sobre todo tratar de saber quién era Evita, qué es lo que había hecho para transformarse en una figura histórica de primera magnitud, qué impacto había tenido en el peronismo para empezar a poner distancia entre los hechos y la mitología. Por lo tanto el libro que escribí en 1976 estaba en gran medida estructurado en función de ese objetivo, y había en él un diálogo constante con las obras publicadas hasta entonces sobre Evita.

Al reflexionar sobre los cambios que podría hacer para esta nueva edición, en un primer momento jugué con la idea de hacer no solamente correcciones y agregar algunos datos nuevos, sino también cambiar una estructura que quizá le daba demasiada atención a la bibliografía sobre Evita, cuando en realidad la misma no había sido producto de una investigación rigurosa. Después de pensarlo mucho, decidí no alterarla por entender que a pesar de los años transcurridos desde 1976 la mitología evitista seguía teniendo una vitalidad asombrosa y los trabajos de investigación histórica sobre Evita, tanto en la Argentina como en el extranjero, continúan siendo escasos.[1]

El tiempo no ha disminuido el interés en la figura de Evita, al contrario. Tanto en castellano, como en inglés y en francés, se han publicado novelas, biografías, se realizaron películas para televisión y cine, obras de teatro y hasta una ópera rock, la célebre *Evita*, de Andrew Lloyd Webber y Tim Rice. Con ellas, la mitología ha alcanzado proporciones verdaderamente inusitadas,

[1] Una excepción digna de mention es Susana Bianchi y Norma Sanchis, *El partido peronista femenino* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988). Véase también Marysa Navarro, "Evita and the October 17, 1945 Crisis" en *Journal of Latin Studies*, Cambridge University Press, Vol. 12, Parte I, mayo de 1980; "Evita's Charismatic Leadership" en Michael Conniff, comp., *Latin American Populism in Comparative Perspective* (Albuquerque: The University of New Mexico Press, 1982) y "The Impact of Evita on Peronism" en Frederick Turner y Juan José Miguens comp., *Juan Perón and the Reshaping of Argentina* (Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press, 1983) y "Of Sparrows and Condors: The autobiography of Eva Perón" en Donna C. Stanton, comp., *The Female Autograph* (New York Literary Forum, 1984).

especialmente por obra de la fama que adquirió la ópera rock después de su presentación en Londres, Nueva York y otras ciudades. Esta ha tenido un efecto particularmente nocivo, pues se presenta como una historia verídica. En la puesta en escena de 1979, en Broadway, las notas del programa explicaban que el espectáculo era "la verdadera historia" de Eva Perón y así lo recalcaba el material documental gráfico proyectado en la pantalla gigante del fondo del escenario, por si quedaba alguna duda. Con ello, los que nada sabían sobre la Argentina, aceptaban la veracidad de lo que veían, desde que Evita fuera una mujerzuela que había pergeñado la ascensión del general Juan Domingo Perón al poder o que éste era un mequetrefe que se dejaba manejar por ella, hasta que el traje normal de un cantante de tango es el de rumbero (así vistieron a Agustín Magaldi) o que un ritmo tradicional argentino es el batuque brasileño, ya que éste apareció cuando el rock se dignó a tener un poco de "color local".

La imagen estereotipada de Evita tanto en esta obra como en casi todas las escritas sobre ella a partir de los años cincuenta, es sobre todo una construcción machista, producto de ideas precisas, aunque no por ello menos falsas, sobre lo que es "la mujer", lo que debe ser y lo que se le permite hacer. Hayan sido escritas por autores argentinos, ingleses, norteamericanos, españoles o franceses, a pesar de las diferencias culturales y de las divisiones ideológicas entre peronistas y antiperonistas, tienen un trasfondo común: relegan a las mujeres al ámbito privado y las excluyen de lo público. Esa separación, desmentida en los hechos por la participación de las mujeres en lo público a pesar de las barreras que siempre han enfrentado para hacerlo, tiene a su vez en la Primera Dama una figura emblemática de lo que debería ser "la mujer" y raramente ha sido. Aquéllas que como Evita desconocen los límites que la sociedad les impone como Primeras Damas, se convierten en peligrosas transgresoras, llámense Jian Qing o Hillary Clinton. A ésta se le acusa no solamente de haber influido sobre el nombramiento de ciertos miembros del gabinete, sino también de haber instalado su oficina no en el área residencial de la Casa Blanca sino en la política, donde el presidente atiende asuntos de gobierno, de haber encabezado el equipo que preparó el programa de salud de la administración demócrata, de tener una influencia indebida sobre el presidente Bill Clinton y también de albergar ambiciones propias de poder en un futuro no muy lejano.

A pesar de la aparente incongruencia de las acusaciones contra Hillary Clinton en un mundo en el que el resurgimiento del feminismo ha destruido muchas de las barreras formales que impedían el acceso de las mujeres a la política tradicional, un artículo reciente sobre ella y la reina María Antonieta señala que "a pesar de los doscientos años que separan a estas dos figuras, demuestran que las concepciones políticas sobre las mujeres están todavía sometidas a los mismos miedos y ansiedades".[2] En contraste con Hillary Clinton, en los numerosos artículos publicados recientemente sobre Jacqueline Kennedy Onassis a raíz de su muerte, ésta aparece como una Primera Dama

[2] Pierre Saint-Amand, "Terrorizing Marie Antoinette" en *Critical Inquiry*, Vol. 20, N° 3, primavera de 1994.

paradigmática, ejemplar por su despolitización y femineidad y por la gracia, dignidad, buen gusto y refinamiento que desplegó en su rol ceremonial, en la restauración de la Casa Blanca y en el entierro de John E Kennedy.

Todo parecería indicar que la mitología anti-evitista va a tener una larga vida pues los elementos que la componen y adornan han demostrado tener un atractivo irresistible para los (o las) fabulistas. El último ejemplo sería el de una nueva película, esta vez dirigida por un cineasta de prestigio como lo es Oliver Stone. Este proyecto fue recibido inicialmente con entusiasmo por el gobierno del presidente Carlos Saúl Menem, pero en una segunda instancia, se distanció del mismo.

Mientras tanto, las acusaciones contra Hillary Clinton, suenan como un extraño eco de las lanzadas contra Evita durante su corta vida política. Por un lado nos recuerdan lo largo que ha sido el camino recorrido por las mujeres para alcanzar su redefinición, no como hijas, esposas y madres sino como seres humanos. Por otro, no pueden menos que acrecentar nuestro asombro ante el hecho de que Evita se transformara en una figura política en la primera mitad del siglo veinte. No se trata de ver en ella a una feminista, o de cerrar los ojos ante sus limitaciones y sus contradicciones, ni tampoco de aceptar sin críticas sus actos o sus palabras, pero sí de rescatar a la mujer de carne y hueso que desafió la historia.

Hanover, junio de 1994

Prólogo a la primera edición

Pocas figuras en la historia de la Argentina han suscitado tanto odio y a la vez tanta veneración como Eva Perón. Atacada despiadadamente por sus enemigos y defendida fanáticamente por sus admiradores aún hoy, a veinticuatro años de su muerte, la sola mención de su nombre provoca desde expresiones de entusiasmo a un reguero de infundios pero nunca indiferencia.

¿Qué hizo Evita para que millones de argentinos la ensalcen como a una santa que sacrificó su vida por el pueblo o una revolucionaria empeñada en que triunfara la justicia social y que otros tantos la anatemicen como una aventurera ambiciosa, resentida, egoísta e hipócrita?, ¿por qué en la plenitud de su poder era ya un mito de características opuestas según la ideología de sus adherentes pero con la misma fuerza de verdad revelada?, ¿quién era la mujer que se escondía detrás de esos mitos?, ¿cómo era posible que en una sociedad en la cual la mujer carecía de derechos políticos ella pudiera convertirse en una figura política de primera magnitud?, ¿qué factores habían contribuido a que eso sucediera ya durante la primera presidencia del general Juan Domingo Perón (1946-1952)?, y finalmente, ¿qué impacto había tenido su personalidad en el peronismo?

Estas eran las preguntas que me propuse contestar cuando inicié este trabajo y debo confesar que no me ha sido fácil hallar las respuestas pues la vida de Evita ha dado lugar a especulaciones, versiones e interpretaciones que han sido repetidas a través de los años sin hacer caso de su posible veracidad y en el ínterin se han convertido en artículos de fe para aquellos que las han propalado. No me refiero solamente al origen, la infancia y la juventud de Evita, sobre los cuales se han vertido las apreciaciones más fantasiosas y contradictorias, sino también a muchos de sus actos después de su encuentro con Perón (1944), tal como su actuación en las jornadas del 17 de octubre de 1945, sus motivos para emprender su obra de ayuda social, el sentido de la misma, sus razones para viajar a Europa o el papel que jugó en la obtención de los derechos políticos de la mujer.

Es imprescindible recordar que hasta el momento en que se unió con Perón, Evita era una artista de cine y radioteatro totalmente dedicada a su carrera. Los rumores sobre ella comienzan a surgir a partir del momento en que su nombre queda identificado con el coronel Perón, ya entonces "el enemigo público número uno", se originaron en aquellos sectores que se agruparon en la Unión Democrática y después de 1946 continuaron siendo violentamente

antiperonistas. Tienen por lo tanto un fundamento profundamente ideológico. Cuando de la noche a la mañana, Evita se convirtió en la esposa del Presidente de la República, su "baja extracción social, su origen dudoso, su carrera de actriz y el hecho de que conviviera con Perón antes de su casamiento con él pasaron a ser factores irritativos para la alta burguesía argentina, pero lo fueron mucho más debido a la naturaleza del proceso que se inició en 1946 y a la participación de Evita en el mismo, en favor de lo que ella llamaba "los humildes y los trabajadores". A medida que fueron transcurriendo los años y se acentuaba la antinomia peronismo-antiperonismo, las especulaciones basadas muchas veces en rumores infundados y casi siempre deformados fueron multiplicándose hasta quedar consignados en obras que fueron publicadas en el extranjero, mientras Perón estuvo en el poder, a las que se contraponían otras versiones igualmente infundadas y deformadas.

Gran parte de la información que aparece en estas obras no puede ser tomada seriamente pues no son fruto de una investigación rigurosa, sino más bien ensayos interpretativos, ricos en anécdotas y chismes, pero como han sido escritas con el propósito de ensalzar a Evita o de denigrarla, son fuentes valiosas para entender la mitología evitista. Del mismo modo, *La razón de mi vida*, la autobiografía que Evita firmó pero no escribió, es una fuente que debe ser aceptada con sumo cuidado ya que la información que nos proporciona es deliberadamente tendenciosa. Por otra parte es un documento indispensable para comprenderla, pues es la mejor expresión del mito que ella quiso crear de sí misma.

La falta de estudios monográficos sobre el peronismo ha representado en algunos casos una valla insalvable pues afecta un período crucial de la vida de Evita, el de su actuación política. Es cierto que desde los años cuarenta, las condiciones por las que ha atravesado la Argentina no han sido las más propicias para el estudio desapasionado del peronismo y quizás por ello, muchas de las obras que han sido publicadas en estas últimas décadas han buscado explicar, reivindicar o combatir ese fenómeno político sin contar con la información que sólo puede obtenerse a través de trabajos de investigación. Por lo tanto, en el momento actual, las conclusiones a que podemos llegar en lo que se refiere al poder político de Evita, por ejemplo, deben esperar la ratificación o rectificación de estudios monográficos sobre el Partido Peronista y el parlamento durante la primera presidencia peronista, especialmente datos sobre su composición y los cambios acaecidos en el mismo.

Asimismo, el no contar con una biografía adecuada de Perón ha constituido un problema difícil de sortear.

No he tenido acceso a ciertas fuentes tales como cartas, borradores de discursos, etc. Mis esfuerzos por localizar este tipo de documentación fracasaron rotundamente. Aquellos colaboradores de Evita que podrían haber poseído algunos ejemplares afirman que se deshicieron de ellos o que los extraviaron en los meses posteriores a la caída del peronismo. Si no lo fueron, permanecen todavía vedados a los investigadores. Finalmente, si los familiares de Evita han conservado algún material, no me han permitido examinarlo.

Los avatares de la política argentina a partir de julio de 1972 también presentaron ciertas dificultades para la realización de mi tarea. Si Evita era un tema delicado durante el gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse, lo siguió siendo con el ascenso al poder de Héctor J. Cámpora y el retorno del general Perón, aunque las razones hayan sido muy diferentes en ambos casos. Las dificultades para obtener ciertas fuentes documentales o para conseguir entrevistas con personas que conocieron de cerca a Evita no disminuyeron a partir de 1973, sino que en muchos casos se acrecentaron.

A pesar de que conté con la generosa colaboración de numerosas personas que me concedieron largas y repetidas entrevistas o me proporcionaron material documental, muchas fueron las que se rehusaron a recibirme. En ningún momento pude entrevistarme con las hermanas de Evita, Blanca y Erminda Duarte, o con el general Perón, a quien escribí en varias ocasiones en 1971 sin recibir respuesta alguna.

Algunas de las ideas aquí presentadas fueron adelantadas en una conferencia patrocinada por el Social Science Research Council y realizada en el Instituto Di Tella de Buenos Aires, en marzo de 1974, y en la conferencia *Women and Development* llevada a cabo en Wellesley College, en junio de 1976. Parte del capítulo XI fue publicado en *La Opinión Cultural*, en julio de 1973.

Si he conseguido desentrañar algunos hechos de los mitos que han sido creados en torno a los mismos y explicar su porqué, me sentiré satisfecha pues la tarea de otros historiadores será más fácil. Quiero dejar constancia de mi profundo agradecimiento a todos aquellos que de una forma u otra han contribuido a que pudiera hacerlo. Aunque la lista de todas las personas que me han ayudado es extremadamente larga, no puedo dejar de mencionar a Dartmouth College, por haberme concedido un año sabático y una beca Humanities Development Grant. A los funcionarios de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, en particular a Silvestre Garzón; a los del Archivo Gráfico de la Nación y a los del archivo del diario *La Nación*; a Ofelia Gilensich de Bianchi y Raquel Sáenz de Fierro, de la Biblioteca del Congreso de la Nación y a la sección referencia de Baker Library, Dartmouth College.

A los colaboradores de Evita y "peronistas de la primera hora" que me concedieron entrevistas o me prestaron material documental, entre otros; Hernán Benítez, Ramón Cereijo, Teresa Adelina Fiora, Héctor J. Cámpora, Atilio Renzi, Benito Llambí, Pedro Gagliardo, Fermín Chávez, José Espejo, Delia Degliuoni de Parodi, Emma Nicolini, Ricardo Guardo, Lilian Lagomarsino de Guardo, Juana Larrauri de Abrami, Ana C. Macri, María Rosa Calviño de Gómez, Valentín Thiebaud, Rodolfo Puiggrós, Sara Gatti, Celina R. de Martínez Payva, José María Castiñeira de Dios, Alberto F. Bolaños, Jorge Spotti, Mayor Carlos Aloé, Ángel Miel Asquia, Pierina Dealessi, Eduardo Colom, Luis F. Gay, Cipriano Reyes, Leonardo Vida, Guillermo De Prisco, Palmira Repetti, Roberto Petinato, Pilar Madirolas y María Eugenia Álvarez.

A Antonio Molinari, Louise Doyon, Mario Soffici, Fanny Yest, Julio Korn, Antonio Márquez, Roberto Vacca y Otelo Borroni.

A los amigos que me allanaron muchas dificultades o con los cuales discutí algunas interpretaciones, especialmente Liliane Isler, León Pomer, Rogelio García Lupo, Michael Cárter, Leo Spitzer, Alberto Álvarez Pereyra, Claudio Armengol, Gregorio Selser, Víctor Claiman y Ramón Garriga y muy en particular, de nuevo a Liliane, a Santiago, Gabriela e Irma, a mi madre y a mi querida Nina, por su paciencia, su apoyo y su cariño durante los años que tardé en completar este libro.

Marysa Navarro
Junio de 1976

Capítulo I

La infancia de María Eva Duarte

General Viamonte (estación Los Toldos) es un pequeño pueblo de la provincia de Buenos Aires, con casas chatas y calles arboladas que muy pronto se pierden en caminos de tierra. Como muchas otras poblaciones de la República Argentina, Viamonte nació alrededor de una estación. Fue inaugurada en 1893 y en aquel entonces se la llamó Los Toldos por hallarse próxima la toldería del famoso cacique Ignacio Coliqueo.

Aunque la población de Los Toldos y de los campos circundantes fue creciendo lentamente, en julio de 1908 se creó una nueva unidad administrativa, el distrito de Los Toldos[3]. El núcleo de casas cercanos a la estación fue declarado cabeza de partido, se organizó una fuerza policial, se instaló un registro civil y se nombró un juez de paz. Dos años más tarde, el distrito fue rebautizado General Viamonte, pero la estación de ferrocarril conservó su nombre original[4].

El ser cabeza de partido no trajo grandes cambios al pequeño poblado. En 1919, tenía unos 3.000 habitantes y los días de lluvia sus calles de tierra se convertían en verdaderos barriales. Algunos se enorgullecían de tener luz eléctrica, pero la mayor parte contaba solamente con lámparas de kerosene. Los habitantes trabajaban como peones o medianeros en las estancias y chacras vecinas, dedicadas al cultivo del trigo o a la ganadería. La vida transcurría apacible y monótona, lejos de la violencia que parecía sacudir al mundo entero por aquellos años. Hasta los descendientes de Coliqueo habían abandonado sus tradiciones guerreras y ahora, los días de fiesta, desfilaban a caballo tacuara en mano por las calles de Viamonte. El único acontecimiento trascendente había ocurrido en 1916, cuando los radicales ganaron las elecciones y ascendió a la presidencia don Hipólito Yrigoyen. Desde entonces, todo seguía llegando amortiguado hasta Viamonte, inclusive los sangrientos episodios de la Semana Trágica en enero de 1919.

En este pueblito, similar a tantos otros de la República, nació una madrugada de mayo de 1919 Eva Perón —así por lo menos lo aseguran vecinos

[3] Ricardo Levene, *Historia de la Provincia de Buenos Aires y formación de sus pueblos*, Buenos Aires, Publicaciones de Archivo Histórico de Buenos Aires, 1941, Vol. IL p. 321.

[4] Idem.

del lugar—[5], aunque la partida de nacimiento de María Eva Duarte, hija de Juan Duarte y de Juana Ibarguren indique que nació en Junín, el 7 de mayo de 1922[6]. Algunas fuentes señalan que tanto el mes como el año consignados en esta partida son erróneos pues en realidad Evita habría nacido el 26 de abril de 1919[7].

En las raras ocasiones en que Evita se refirió a su infancia, siempre mencionó a Junín como su pueblo natal. Así lo hizo por ejemplo en una entrevista publicada en la revista Radiolandia en el mes de abril de 1945[8]. El acta de su casamiento con el entonces coronel Juan Domingo Perón también indica que nació en Junín, el 7 de mayo de 1922, siendo su padre Juan Duarte (fallecido) y su madre, Juana Ibarguren[9]. Pero este acta presenta varios

---

[5] Entrevistas mantenidas con residentes de Los Toldos en 1973. Ver también *Así*, 2 de junio de 1973, p. 31. La sección Tribuna de los Lectores reproduce una carta de Mauro Moreno, habitante de Los Toldos, en la que afirma que Evita nació en su pueblo. *Primera Plana*, 20 de julio de 1965, p. 96, en su sección Carta de los Lectores, publica asimismo una carta de Darío Rodríguez del Pino, en la que afirma que Evita nació en Los Toldos. Otelo Borroni, Roberto Vacca, *La vida de Eva Perón*, Buenos Aires, ed. Galerna, 1970; reproducen varios testimonios importantes, entre otros el de Pascual Lettieri, intendente de Los Toldos en 1919, y Pascual E. Dilagosto, quien declara: "Soy la única persona que tiene la copia de nacimiento de Eva Perón. La tomé cuando fui a buscar la partida de una sobrina mía, de apellido Sosa, que también fue compañera de Evita. El empleado del Registro Civil estaba muy ocupado y como me tenía confianza me dio el libro para que yo hiciera el trámite. Fue entonces cuando me acordé que en el pueblo se corría la voz de que las Duarte eran hijas naturales. Me fijé en Duarte y no estaba; entonces busqué en Ibarguren y allí estaba el acta de Eva. Por simple curiosidad hice una copia, sin imaginarme que luego desaparecería el original. Fue en 1944." *Op. cit*., ps. 21-22.

[6] Estos son los datos que aparecen en el acta de casamiento de Evita. Ver capítulo I, nota 9.

[7] *Siete Días*, año I, N° 2, 1 de agosto de 1967, p. 21. José Capsitski, "Prehistoria de Eva Perón", *Todo es Historia*, Buenos Aires, junio 1968, N° 14, p. 10.

[8] *Radiolandia*, 7 de abril de 1945.

[9] El acta de casamiento de Evita y Perón dice así: "En la ciudad de Junín de la provincia de Buenos Aires, a veinte y dos de octubre de mil novecientos cuarenta y cinco, ante mí Hernán Antonio Ordiales, Jefe de la Sección Primera del Registro Civil, comparecen don Juan Domingo Perón, que firma Juan Perón, de cincuenta años, nacido en Lobos de esta provincia el 8 de octubre de 1895, domiciliado en la Capital Federal y de ex profeso en ésta, de profesión militar, estado soltero, hijo de don Mario Tomás Perón, fallecido en la Capital Federal el diez de noviembre de mil novecientos veintiocho, y de doña Juan Sosa, argentina, de profesión quehaceres domésticos, domiciliada en el territorio nacional de Chubut, y doña María Eva Duarte, de veintitrés años, nacida en esta ciudad el 7 de mayo de 1922, domiciliada en calle José Arias ciento setenta y uno, de profesión artista, soltera, hija de don Juan Duarte, fallecido en Chivilcoy de esta provincia el 8 de enero de 1926, y de doña Juana Ibarguren, argentina, de profesión quehaceres domésticos, domiciliada con la contrayente, quienes desean casarse e interrogados por mí uno a continuación del otro después de oír la lectura de los artículos pertinentes a la ley de Matrimonio, no habiendo oposición y siendo hábiles para el acto según manifestación de los testigos: Teniente Coronel Domingo Alfredo Mercante que firma D. A. Mercante, de cuarenta y siete años, argentino, casado, domiciliado en la calle Yerbal dos mil seiscientos veinte y uno de la Capital Federal y Juan R. Duarte, de treinta y uno, soltero, viajante, domiciliado en calle José Arias ciento setenta y uno, manifiestan que se quieren por esposos y se otorgan recíprocamente por marido y mujer, visto lo cual en nombre de la Ley los declaro unidos en legítimo matrimonio. Habiendo dado cumplimiento a lo dispuesto por artículo trece de la Ley doce mil trescientos treinta y uno, con el certificado expedido por el doctor Domingo Pugliese, médico interno de la Asistencia Pública de esta ciudad, con fecha veinte del corriente, que se archiva bajo el número de esta acta. Leída el acta a los interesados, lo firman de conformidad, junto con los testigos nombrados". Ver Borroni y Bacca, *op. cit*., ps. 116-117, y Benigno Acossano, *Eva Perón. Su verdadera vida*, Buenos Aires, Editorial Lamas, 1955, ps. 40-41.

problemas. A pesar de lo que dice el documento, Perón no era soltero sino viudo, Evita no vivía en Junín sino en Buenos Aires y su hermano, Juan Duarte tampoco residía en la provincia. El lugar y la fecha de nacimiento que aparecen en este acta fueron extraídos de la partida de nacimiento que ella presentó para la ceremonia. Pero si examinamos la fecha en que nació Evita según estos documentos y dejamos de lado por un momento el lugar, llegamos a ciertas conclusiones imposibles de aceptar pues no coinciden con otras fuentes documentales.

Si Evita hubiera nacido el 7 de mayo de 1922, deberíamos llegar a la conclusión que Evita se fue a Buenos Aires para iniciar su carrera de actriz cuando apenas tenía doce años, ya que su nombre aparece en un programa de teatro en marzo de 1935[10]. Por otra parte, sabemos que a esa edad vivía en Junín pues así lo indican los archivos de la escuela en la cual ella estudiaba. El Registro de Matrículas y Pases (1930) de la escuela N° 1 Catalina Larralt de Estrougamou de la ciudad de Junín, provincia de Buenos Aires, indica que Evita nació el 7 de mayo de 1919, pero no dice dónde. En las Planillas de Calificación anual de la misma institución, puede confirmarse que a los doce años Evita cursaba cuarto grado y su maestra se llamaba Alda Venini[11].

Por lo tanto, a pesar de las declaraciones de Evita, de lo que se afirma en su partida de nacimiento o en su acta de casamiento, debemos llegar a la conclusión de que la verdad es otra: nació en General Viamonte el 7 de mayo de 1919. ¿Qué buscaba esconder Evita al mentir sobre la fecha y el lugar de su nacimiento? La explicación más plausible es que fue apuntada en el registro de esa localidad solamente como hija de Juana Ibarguren y en 1945, cuando la proximidad de su casamiento con Perón amenazó revelar un origen que los prejuicios burgueses condenaban, o sea su condición de hija natural, hizo destruir la anotación del registro civil de General Viamonte. La partida de nacimiento que Evita obtuvo para su casamiento fue hecha según sus deseos. Indicaba que su padre era Juan Duarte y su madre Juana Ibarguren. Como lugar de nacimiento, puso Junín, pues éste era un centro urbano mucho más importante que el pueblucho en que nació, y se sacó tres años.

Después de la caída del gobierno peronista, ya en plena Revolución Libertadora, una comisión investigadora encargada de examinar las circunstancias en que murió Juan Duarte, el hermano de Evita, determinó la falsificación del documento que ella presentó para su casamiento. La Comisión Investigadora N° 6 estableció sin lugar a dudas la adulteración de las partidas

---

Es de señalar que la fecha y el lugar de nacimiento de Evita no son los únicos datos incorrectos en el acta. Perón no era soltero sino viudo, Evita no vivía en Junín sino en Buenos Aires y tampoco Juan Duarte residía en esa ciudad.

[10] Ver capítulo II, p. 37.

[11] El Registro de Matrículas y Pases (1930) de la Escuela N° 1 Catalina Larralt de Estragamou de Junín, provincia de Buenos Aires, indica que Evita nació el 7 de mayo de 1919, pero no dice dónde. En las Planillas de Calificación Anual de la misma institución, puede confirmarse que a los doce años Evita cursaba cuarto grado. Su maestra se llamaba Alda Venini.

de nacimiento de Evita y de todos sus hermanos, así como la falsificación del acta de matrimonio de Juan Duarte y Juana Ibarguren[12].

Según el padre Hernán Benítez, el amigo, colaborador y confesor de Evita, su acta de bautismo "es el único documento de infancia fidedigno"[13]. Este acta "asienta que fue bautizada en la Iglesia parroquial de Los Toldos, el 21 de noviembre de 1919. Había nacido el 7 de mayo de aquel año. Junto con ella fueron bautizados en una misma ceremonia dos de sus hermanos, Juan Ramón y Erminda Luján, y su primo Fortunato Valenti"[14].

Cuando Evita nació, sus padres tenían ya cuatro hijos: Blanca, Elisa, Juan Ramón y Erminda Luján. Hacía pues varios años que Juan Duarte y Juana Ibarguren vivían como un matrimonio en Viamonte, aunque la gente del pueblo supiera que él estaba legalmente casado en Chivilcoy.

Por aquel entonces, Juana Ibarguren o doña Juana como se la llamó más tarde, era una hermosa mujer de treinta y un años. Sus orígenes eran muy humildes. Su madre, Petronia Núñez había tenido dos hijas, Liberata Núñez y Juana, que llevaba el nombre de Joaquín Ibarguren, un vasco que transportaba mercancías por la región. De estatura mediana, rasgos finos y ojos oscuros, Juana se parecía a su padre, de quien había heredado también el carácter orgulloso y empecinado.

Juan Duarte tenía cuarenta y ocho años en 1919. Pertenecía a una familia acomodada de Chivilcoy y allí se había casado con Estela Grisolía, con la cual tuvo tres hijas. Hacia 1901, llegó a Viamonte y se instaló a unos 20 kms. del pueblo, en La Unión, una estancia que arrendó. Se lo recuerda como un hombre jovial, generoso y hospitalario, cuya casa estaba siempre abierta para amigos y correligionarios. En 1908, su prestigio e influencia eran tales que cuando se

[12] Argentina. Vicepresidencia de la Nación. Comisión Nacional de Investigaciones, *Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la segunda Tiranía* (5 tomos, Buenos Aires, 1958). Según el informe de la Comisión N° 6, el acta de nacimiento de María Eva Duarte, "nacida en realidad en General Viamonte, en el año 1919, fue arrancada violentamente del registro correspondiente a ese año. En su reemplazo se toma el registro de nacimiento de la ciudad de Junín, correspondiente al año 1922, se eliminan dos hojas de uno de los cuadernillos de este tomo y se reproducen cuatro de actas de nacimiento, una de ellas donde debió figurar la de un menor fallecido poco tiempo después, es reemplazada por el acta de nacimiento de María Eva Duarte, como nacida el 7 de mayo de 1922, e hija legítima de Juan Duarte y Juana Ibarguren. Se falsifican las firmas del Jefe del Registro Civil y el sello de esa dependencia; se vuelve a encuadernar el libro que es devuelto a su lugar en la oficina respectiva, mientras que el tomo duplicado existente en el Archivo de la ciudad de La Plata desaparece de su lugar, suponiéndose que ha sido destruido". Ver *Documentación, autores*, etc., vol. I, p. 520. "En cuanto a los certificados de matrimonio atribuidos a Juan Duarte y Juana Ibarguren, que corren agregados a los autos sucesorios de Juan Ramón Duarte y de María Eva Duarte de Perón, han sido falsificados, por cuanto en el único registro de matrimonios existente en la sección primera del Registro Civil de General Viamonte, no existe tal acta, pues el citado libro termina en el folio 98 con el acta 87 y a fojas 98 vuelta figura el acta de cierre de dicho libro de registro puesto de puño y letra por el jefe del citado Registro Civil. En cambio en los certificados de referencia se hace constar que dicho matrimonio fue registrado en el folio 99, acta 88, que como se ha dicho no existen". *Idem*. Juan Duarte fue encontrado muerto en su departamento el 9 de abril de 1953.

[13] Hernán Benítez, *Eva Perón, a veinte años de su muerte*, manuscrito inconcluso facilitado por el autor.

[14] *Idem.*

seleccionaron las nuevas autoridades de General Viamonte entre los conservadores de mayor relieve, se le nombró suplente del juez de paz[15]. Para esa época, su unión con doña Juana ya había comenzado y poco tiempo después ella dio a luz a su primera hija, Blanca. A principios de 1920, o sea al año siguiente de nacer Evita, quizás debido a problemas económicos o presionado por su familia de Chivilcoy, Juan Duarte abandonó La Unión y a Juana Ibarguren con sus cinco hijos y regresó a su pueblo natal.

La situación de doña Juana y de Juan Duarte no era excepcional, ni ha dejado de serlo, aunque con el correr de los años, las pautas para juzgar casos tales hayan perdido mucha de su rigidez y crueldad. Pero si bien es cierto que hasta hace muy poco tiempo, esos matrimonios supuestamente "irregulares" merecían la condena de la burguesía, ésta raramente empleaba el mismo criterio para juzgar al hombre y a la mujer. En la práctica demostraba una gran generosidad para disculpar al hombre y lo que llamaba sus deslices cualquiera fuera su origen social y en cambio, acostumbraba a acumular sobre la mujer sanciones, críticas y desprecios, sobre todo si ésta era de clase baja.

Es de suponer que doña Juana y, por extensión, sus hijos sintieron en numerosas ocasiones los efectos de su situación, especialmente teniendo en cuenta que vivían en un pueblo pequeño. Además, las visitas periódicas de Estela Crisolía y de sus hijas a la estancia, servían para que la gente del lugar no dejara de recordar quién era doña Juana. Sin embargo, mientras Duarte permaneció en La Unión, tanto ella como sus hijos contaron por lo menos con su protección y su respaldo económico. La familia vivía en una casa modesta pero cómoda y una sirvienta ayudaba en los quehaceres domésticos. La partida de Duarte cambió totalmente las cosas pues doña Juana se encontró súbitamente sin recursos y con cinco hijos pequeños. Se mudó a una casa aún más modesta, hacia las afueras, cerca de las vías del ferrocarril y empezó a coser día y noche para mantener a su prole.

Un día, le avisaron que Duarte había tenido un accidente de automóvil y que había fallecido a consecuencia del mismo. Era el 8 de enero de 1926 y al enterarse de que sus restos serían velados en Chivilcoy, doña Juana tomó a sus cinco niños y se fue al velorio del que ella consideraba su marido. Como era de esperar, su llegada causó una conmoción y se le negó la entrada a la casa. Pero ella se enfrentó a la familia Grisolía y, después de una escena violenta, consiguió que sus hijos acompañaran el cuerpo de su padre hasta el cementerio.

Desde un punto de vista puramente convencional, la presencia de doña Juana en el velorio de Duarte aparece como un insulto a Estela Grisolía. La llegada de "la otra mujer" de Duarte era una verdadera afrenta para su familia de Chivilcoy y no podemos menos de comprender la reacción que desencadenó. El incidente planteaba una situación muy penosa para doña Juana y sus hijos. Por difícil que eso le resultara a veces, ella podía vivir en Viamonte como si el matrimonio de Duarte con Estela Grisolía no existiera, hacer oídos sordos a las habladurías e ignorar los desprecios, pero al ir a Chivilcoy aquel 8 de enero,

[15] Ricardo Levene, *op. cit.*, p. 321.

sabía que se enfrentaría de lleno con una realidad que solamente podía causarle dolor y que al llevar a sus hijos, los obligaba a compartir las consecuencias de ese enfrentamiento.

Cualesquiera hayan sido sus razones para ir al velorio de Duarte, ya sea porque lo había querido mucho y le había perdonado su abandono o porque deseaba pagar una deuda de gratitud que tenía para con él o por razones religiosas, inclusive aunque fuera porque en un gesto de rabia impotente quería enrostrar a la familia Grisolía su existencia y la de sus hijos, es indudable que en esta ocasión doña Juana demostró una fuerza de carácter poco común. Quizás ninguna otra circunstancia aislada pueda describir mejor su actitud ante la vida y a la vez nos permita comprender la poderosa influencia que ejerció sobre sus hijos. En el núcleo familiar, su figura surge claramente delineada y por contraste, desdibuja la personalidad de Juan Duarte. Este aparece con trazos mucho más difusos, no sólo por ser más débil de carácter sino también porque mientras permaneció en General Viamonte no vivió con doña Juana y sus hijos. Ocupado en los quehaceres del campo, los veía esporádicamente cuando venía al pueblo o ellos lo iban a visitar en La Unión. Su muerte dejó un vacío que la enérgica doña Juana no tuvo dificultades en llenar. Cuando besaron por última vez a su padre, recuerda Erminda Duarte, sus hijos sellaron "silenciosamente un pacto de sólida unión en torno a ella, viendo cómo su dolor se transfiguraba ante la necesidad de sustituirlo a él y asumir desde ese mismo día todas las responsabilidades con un estoicismo que tenía un solo sentido: el de fortalecernos. A partir de entonces la capacidad de sacrificio de nuestra madre creció como una inmensa ala que nos cobijó a los cinco hijos"[16].

Es posible que la muerte de su padre haya sido para Evita el eje alrededor del cual se articularía su personalidad con el correr de los años. Es decir, no la muerte en sí, pues era la más pequeña y pocos eran los recuerdos que podía tener de un padre que había desaparecido de su vida cuando apenas tenía un año, sino más bien por lo que sucedió en el velorio cuando llegó con su madre. No sería demasiado aventurado pensar que el incidente tuviera sobre ella un impacto mucho más profundo que sobre sus hermanos. Quizás hasta ese momento no había entendido el significado de ciertos comentarios que oía al pasar o de algunas actitudes que veía a su alrededor. Y aunque lo hubiera sabido, aunque ya le hubiera explicado que era hija natural, difícilmente podría haber comprendido lo que eso quería decir pues solamente tenía siete años. En cambio, el altercado entre su madre y la familia Grisolía le reveló con dolorosa brutalidad cómo la veían los demás y sintió por primera vez la vergüenza y la cólera que eso le causaba.

[16] Erminda Duarte, *Mi hermana Evita*, Buenos Aires, ediciones "Centro de Estudios Eva Perón", 1972, p. 19.



Con su hermano Juan: un lazo que en la infancia los había hecho compañeros de juegos y amigos.

En los capítulos iniciales de *La razón de mi vida*, obra en la que Evita trata de explicar su vida y sus actos, busca en su pasado "la primera razón" que pudiera dar sentido a los acontecimientos extraordinarios que conformaron su trayectoria y encuentra si no una razón, un sentimiento: su indignación frente a la injusticia. "He hallado en mi corazón, un sentimiento fundamental que domina desde allí, en forma total, mi espíritu y mi vida: ese sentimiento es mi indignación frente a la injusticia. Desde que yo me acuerdo, cada injusticia me hace doler el alma como si me clavase algo en ella. De cada edad guardo un recuerdo de alguna injusticia que me sublevó desgarrándome íntimamente"[17].

Este sentimiento adquirió una dimensión social cuando era todavía una niña, recuerda Evita, porque a los once años oyó "por primera vez de labios de un hombre de trabajo que había pobres porque los ricos eran demasiado ricos; y

[17] Existen varias ediciones de *La razón de mi vida* en español. *Eva Perón, La razón de mi vida*, Buenos Aires, ed. Peuser, 1951; es la edición original. Hay además otras dos versiones, ambas publicadas en la Argentina por Ediciones de la Reconstrucción en 1973. La edición que se cita en este trabajo es la original. Ver Eva Perón, *op. cit.*, p. 16. El destacado está en el texto.

aquella revelación me produjo una impresión muy fuerte". A partir de ese momento, no pudo pensar en esa injusticia sin indignarse, "y pensar en ella me produjo siempre una rara sensación de asfixia, como si no pudiendo remediar el mal que yo veía, me faltase el aire para respirar". Describe la pobreza como un veneno al cual los pobres se acostumbran pasivamente pues ven su miseria como algo "natural", pero ella lo rechazó desde pequeña y nunca le pareció "natural y lógica la injusticia social". Esa indignación frente a la injusticia, afirma Evita, es quizás "lo único inexplicable de mi vida: lo único que aparece en mí sin causa alguna". Como hay pintores y poetas que nacen con un talento especial para el arte y la poesía, "yo tengo, y ha nacido conmigo, una particular disposición del espíritu que me hace sentir la injusticia de manera especial, con una rara y dolorosa intensidad"[18].

No tenemos por qué dudar de las palabras de Evita en esta instancia. Es muy posible que tenga razón, que naciera con una "particular disposición" para sentir la injusticia. Pero si así fue, ¿qué circunstancias contribuyeron a que esa inclinación se afianzara en ella y con el tiempo se convirtiera en "la primera razón" de sus actos? Es inútil buscar una respuesta a esta pregunta ya sea en sus escritos o en los recuerdos de sus colaboradores más inmediatos. Evita raramente hablaba de su infancia o de su adolescencia y las referencias escritas que nos ha dejado son muy vagas. En su autobiografía ni siquiera menciona dónde nació, en qué lugares vivió antes de conocer a Perón, cuántos hermanos tuvo o quiénes fueron sus padres. No es de extrañar entonces que no mencione el incidente del velorio. Desenmarañar personalmente todos los elementos que lo componen, resultaría difícil y doloroso aún para una persona afecta a la introspección, y Evita no sentía inclinación por ese tipo de examen. En ella, como veremos en múltiples ocasiones, el razonamiento y el análisis generalmente cedían paso a las emociones. Así la describen sus colaboradores y así lo confiesa ella misma sin ambages en *La razón de mi vida*: "La verdad es que siempre he actuado en mi vida más bien impulsada y guiada por mis sentimientos"[19]. Además, si bien en muchas oportunidades demostró una saludable irreverencia por las exigencias que le imponía la sociedad en que vivía, de ninguna manera permaneció inmune a ciertas pautas o dejó de sufrir las consecuencias de las mismas. En este caso, mencionar el incidente hubiera significado remover una cuestión que oficialmente no existía, pues allí estaba la partida de nacimiento para probar, tal como ella lo había querido, que no era hija natural.

En su libro, *Mi hermana Evita*, Erminda Duarte tampoco menciona el incidente del velorio. Esta obra tiene el indudable propósito de mantener vivo el mito de Evita, destacando los aspectos más "revolucionarios" de sus actos y a la vez de reivindicar a doña Juana, con quien la literatura antiperonista ha sido particularmente dura. Por lo tanto, mucho de lo que Evita escondió deliberadamente también aparece soslayado aquí. En este caso, Erminda relata que doña Juana fue a Chivilcoy con sus hijos para velar los restos de su marido

[18] *Ibid*., ps. 16-20.
[19] *Ibid*., p. 15.

y allí se encontraban también las hijas del primer matrimonio de Duarte[20]. Desgraciadamente, no nos proporciona los detalles o las pruebas que podrían confirmar su versión y ni siquiera explica por qué Duarte fue velado en Chivilcoy y no en General Viamonte. Aunque hubiera muerto durante un viaje, lo lógico hubiera sido que su mujer trajera sus restos a Viamonte y los velara en su propia casa.

El enfrentamiento protagonizado por doña Juana fue quizás la primera ocasión en que Evita percibió el sentimiento de indignación frente a la injusticia al que tanta importancia atribuye en su vida. La escena que se desarrolló ante sus ojos debió dejarla sorprendida y aturdida, tanto por lo que veía como por su propia reacción, en la que se entremezclaban quizás el miedo que le causaban las voces airadas, el asombro y la incomprensión ante las miradas de odio y de desprecio y un incómodo sentimiento de cólera hacia su madre por haberla traído a esa casa donde las recibían tan mal. En la confusión de sentimientos que experimentó en esos momentos, vislumbró sin embargo que su madre tenía derecho a estar en esa casa aun cuando no se lo reconocieran. A la vez, entrevió las diferencias sociales que separan y encasillan a los seres humanos pues percibió que unos tienen derechos y otros no y que ella estaba entre estos últimos, entre los que, por su nacimiento, nada tenían y a nada podían aspirar. Pero en vez de aceptar su condición pasivamente, como los pobres se acostumbran "al veneno de su pobreza", sintió en ella un profundo rechazo pues la actitud rebelde de su madre le hacía ver la injusticia de esas diferencias. Le demostraba la falsedad de las razones que le pudieran hacer aceptar su condición. Más aún, le daban la prueba de que es necesario tener la fortaleza de desafiar las convenciones sociales y actuar convencido de que para conquistar su propia dignidad, uno debe defender aquello que considera justo y legítimo, cualesquiera sean las circunstancias.

Debía pasar mucho tiempo antes de que Evita pudiera seguir el ejemplo de su madre, tiempo durante el cual la escena del velorio quedó escondida muy dentro, para no volver a sentir esa sensación de angustia y rabia que parecía asfixiarla. En alguna ocasión, los recuerdos afloraban de nuevo incontrolables. Así, al año siguiente de morir su padre, el 31 de mayo de 1927, falleció su abuela materna, Petronia Núñez. Al oír que su abuela había muerto, Evita se tiró al suelo llorando desconsoladamente en un ataque histérico incomprensible para sus familiares[21].

Poco a poco, sin embargo, la vida retornó a su cauce normal y la pequeña María Eva o Chola, como la llamaban todos, volvió a sus juegos y travesuras como si nada hubiera sucedido. Su hermana Erminda o Chicha, casi dos años mayor que Evita, era su inseparable compañera de aventuras. A veces iba a la plaza para dar vueltas en la calesita y jugar con otros niños, pero su mundo se centraba en el terreno con un cerco de cina-cina que rodeaba la casa familiar. Allí jugaba a la mancha y a las escondidas, correteaba con su perro León, remontaba los barriletes que Juancito le armaba y sobre todo inventaba juegos.

[20] Erminda Duarte, *op. cit*., ps. 19-20.
[21] *Ibid*., p. 40.

Un día, las dos hermanas ayudadas por Juan construyeron un circo. Instalaron un trapecio en unos paraísos al costado de la casa y con unos caballetes y un caño grueso armaron una especie de cuerda floja por la que se paseaban haciendo equilibrio. La función se completaba a menudo con Evita disfrazada de payaso, haciendo piruetas, pero todo terminó cuando Chica se cayó de la cuerda floja y se partió la cabeza[22]. Evita también tuvo un accidente de pequeña. A los cuatro años, estando en la cocina, se acercó demasiado al fogón y con un brazo tiró una sartén de aceite caliente que se le cayó en la cara. Cuenta Erminda que su rostro "se fue oscureciendo, como si se carbonizara lentamente", recubriéndose de una "costra negra en la que sus ojos parecían más brillantes"[23].

Evita tuvo una infancia con pocos juguetes pues el dinero que doña Juana ganaba con su máquina de coser no alcanzaba para pagar esos lujos. Unas navidades, como la niña insistía en querer lo imposible, es decir una muñeca grande, la consiguió al fin. Su madre pudo comprarla porque tenía una pierna rota y cuando llegó el día de Reyes, le explicó que la muñeca se había quebrado la pierna al caer de un camello que la traía. Como Elisa le hizo un vestido largo para que no se le viera el defecto, no hubo muñeca más hermosa para Evita "y la quiso más que si hubiera sido sana"[24].

No obstante los esfuerzos de doña Juana, en alguna oportunidad la pobreza podía más que ella. Cuando Evita hizo la primera comunión tuvo que quedarse sin la foto que le sacaron pues era un gasto demasiado grande para el presupuesto de la familia[25]. Sin embargo, era una niña alegre, inquieta, siempre dispuesta a inventar cosas para compensar lo que su madre no le podía comprar. El círculo familiar, en el que reinaba indiscutiblemente doña Juana, la cobijaba y además le daba a Chicha para seguirla en sus juegos y a Juancito para ayudarla a construir una casa en miniatura o armarle un piano con un cajón de embalaje y unos trozos de lata[26].

La máquina de coser de doña Juana sonaba hasta altas horas de la noche. Un día, sus piernas con várices comenzaron a llagarse. "Sus úlceras eran impresionantes", recuerda Erminda, "así como el padecimiento que le producían. Todas las mañanas teníamos que ayudarla a levantarse de la cama, haciendo un gran esfuerzo. Y ella con verdadero estoicismo lo soportaba todo y no se concedía una pausa en su trabajo. Éramos testigos y partícipes de esa difícil resistencia en la que no había lugar para una sola queja... Cuando el médico le recomendaba descanso imprescindible para la curación, ella le replicaba vivamente: No tengo tiempo. Si descanso, ¿cómo trabajo, cómo vivimos?"[27]. Ya que sus premuras económicas no cejaban, a través de amigos conservadores de Duarte, obtuvo un empleo en el Correo de General Viamonte

[22] *Ibid.*, ps. 34-35.
[23] *Ibid.*, p. 18.
[24] *Ibid.*, ps. 21-22.
[25] *Ibid.*, p. 27.
[26] *Ibid.*, p. 35.
[27] *Ibid.*, ps. 30-31.

para Elisa, pues su hija mayor, Blanca, quería estudiar de maestra. El sueldo de Elisa era reducido, pero mejoró la situación de la familia. Juancito, por su parte, también empezó a trabajar haciendo de mandadero.

A los ocho años, Evita ingresó a la única escuela de General Viamonte, un pequeño edificio de tres aulas donde completó el primero y segundo grados, teniendo que repetir este último. En cambio, no llegó a terminar el tercer año, porque doña Juana se mudó a Junín.

No ha sido posible determinar la fecha exacta de su traslado a esa ciudad, pero los archivos de la Escuela N° 1 Catalina Larralt de Estrugamou de Junín consignan que el 11 de agosto de 1930 se le concedió el pase de General Viamonte a una alumna de nombre Eva María Duarte[28]. Estos mismos ficheros indican que Evita completó el tercer grado en la Escuela N° 1, o sea que la familia se habría trasladado a esa ciudad a mediados de 1930, poco antes del golpe de Estado del general José Félix Uriburu, que tantos cambios traería a la Argentina.

Junín era el centro urbano más cercano a Viamonte y aunque a una niña como Evita le pueda haber parecido una gran ciudad, estaba lejos de serlo. Pero era sin embargo una ciudad un tanto particular pues desde que el Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico instalara allí sus talleres, por la presencia en los alrededores de tierras arenosas excelentes para la fundición, se había convertido en un importante centro ferroviario. Los talleres llegaron a ocupar unos 380.000 m2 y en los mismos se construían vagones, se arreglaban o se ajustaban y hacia 1914 trabajaban unos 2.000 obreros, cifra que en años posteriores alcanzó a 4.000[29].

Cuando la familia Duarte se mudó a Junín, la ciudad estaba dividida en dos partes separadas por las vías y las estaciones de ferrocarril. La estación del Ferrocarril Central Argentino delimitaba la ciudad al norte. Unas cuadras más arriba, corría el Buenos Aires al Pacífico, con sus galpones y sus enormes talleres. Entre las dos estaciones y más allá de los galpones había surgido un nuevo Junín, de calles de tierra y casas precarias donde vivían obreros en barrios con hombres como Pueblo Nuevo, Villa Talleres y Tierra del Fuego. Tanto la Fraternidad como la Unión Ferroviaria tenían filiales en los talleres y los conflictos gremiales no habían faltado desde 1896, año en que se produjo la primera gran huelga de ferroviarios. Siguieron en 1904, 1905, 1913 y en 1928 cuando el Pacífico dejó a 160 obreros cesantes, a pesar de que el año anterior había reconocido a la Unión Ferroviaria como entidad que representaba al personal[30].

[28] Registro de Matrículas y Pases (1930). Escuela N° 1 Catalina Larralt de Estrugamou. El nombre que aparece en el registro es Eva María y no María Eva. Las calificaciones en los años posteriores están a nombre de María Eva.

[29] Gregorio Suárez, *Guía y Estadística General de la Ciudad y Partido* (Buenos Aires, José Tragant, 1914), p. 19.

[30] Manuel F. Fernández, *La Unión Ferroviaria a través del tiempo. Veinticinco años al servicio de un ideal. 1922-1947*, Buenos Aires, 1947, p. 30.



Juana Ibarguren de Duarte, madre de Evita y de Juan Ramón. Blanca, Elisa y Erminda. En la foto, durante su exilio en Santiago de Chile, después del derrocamiento del gobierno peronista.

El viejo Junín se extendía al sur de la frontera ferrocarrilera, alrededor de la Plaza San Martín. Allí estaban la Escuela N° 1 a la cual asistió Evita, la catedral, la jefatura militar y en una de las esquinas de la plaza, el almacén de ramos generales de Basterreix Hnos. y Canaverio. Hacia 1930, había todavía un buen número de almacenes de este tipo. Eran enormes caserones que funcionaban como importadores de especialidades europeas, desde vinos finos hasta cuchillería barata, prestaban semillas y maquinaria a crédito y además compraban las cosechas de los chacareros.

Los dueños de estos grandes almacenes no constituían una verdadera aristocracia, pues eran inmigrantes de origen italiano, pero sobre todo español. Se reunían en la Sociedad Italiana o en el Club Español y vivían en hermosas casonas con patios cubiertos de flores y plantas. Sus hijos se casaban con

descendientes de viejos juninenses y juntos pertenecían al Club Social donde solamente tenían entrada las familias "bien" de Junín. Esta categoría incluía al grupo de profesionales que trabajaban para los ferrocarriles, ya sea como médicos o altos funcionarios. Separados de todos, y formando un mundo aparte en el cual los argentinos raramente penetraban, en un verdadero enclave colonial, reinaban los ingleses del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico.

La presencia de los talleres ferroviarios incidió en el crecimiento de la ciudad y en su composición social. Durante las primeras décadas del siglo XX, llegaron inmigrantes italianos y españoles en busca de trabajo en los ferrocarriles. En la década del treinta, cuando se interrumpe la inmigración europea pero comienza la inmigración interna, Junín también se convierte en un centro hacia el que converge la población que abandona sus pueblos o el campo. Con espíritu agresivo y un poco de suerte, los hombres podían conseguir un sueldo más o menos estable trabajando como fundidores, carpinteros, tapiceros, etc. Por otro lado, si no obtenían lo que querían, siempre podían seguir camino hasta Buenos Aires, a unos 255 km de distancia.

Como tantos otros inmigrantes en busca de una vida mejor, doña Juana llegó a Junín con sus hijos y con la esperanza de dejar atrás para siempre las habladurías, la estrechez de General Viamonte y la pobreza de los últimos años. La ciudad le brindaría seguramente un futuro distinto para sus hijos más pequeños: Juancito, ya con 16 años; Chicha, con 14, y Evita, con 11. No obstante sus dificultades económicas, Blanca había podido continuar sus estudios y ahora estaba en condiciones de ayudar a la familia pues ya era maestra. Como Elisa había obtenido su traslado a la oficina de Correos de Junín, el futuro se presentaba auspicioso.

A pesar de su ánimo y de sus deseos de abrirse paso, doña Juana no encontró las oportunidades que eran de desear pues llegó en un momento en que se sentían los efectos de la crisis económica mundial. En los ferrocarriles cundía la desocupación y a fines de 1930 se produce otro conflicto gremial pues la administración reduce el número de horas de trabajo y despide a 775 obreros[31]. Además, en su caso, los talleres ferroviarios no ofrecían demasiadas perspectivas pues sus posibilidades de trabajo eran mucho más limitadas que las de un hombre. Su falta de educación le cerraba otras avenidas. Por lo tanto, siguió cosiendo como lo había hecho en Viamonte, ayudada por Blanca, que se empleó de maestra en el Sagrado Corazón, de Elisa y de Juancito, que pronto obtuvo un empleo de mandadero en una farmacia. Al tiempo, comenzó a aumentar sus ingresos sirviendo comidas a alguna que otra persona, en general hombres solos que preferían ser sus pensionistas a comer en los escasos y malos restaurantes de Junín o el hijo de una comadre de Viamonte que estaba estudiando en la ciudad.

La vida privada de doña Juana y en especial lo que se ha dado en llamar su "pensión", son aún motivo de habladurías en Junín, no por ella misma, claro está, sino por haber sido la madre de Evita y por el hecho de que durante la

[31] *El Obrero Ferroviario*, 16 de enero de 1931.

primera presidencia peronista, la familia Duarte usó sus vínculos con ella para ejercer un cierto poder político que, como es fácil de comprender, tuvo muchos adeptos pero también sus enemigos. Dejando de lado las interpretaciones más desvariadas, se pueden recoger las siguientes versiones, diametralmente opuestas. Según la primera, doña Juana era una persona de vida privada bastante agitada y su casa un lugar muy poco respetable. La segunda desecha por entero estos detalles y hasta niega que doña Juana haya tenido pensionistas, ni siquiera a la hora de comer.

La mayoría de las personas que hoy en día repiten cualquiera de estas dos versiones, admiten no haber conocido personalmente a la familia Duarte en esta época, pero insisten en que saben a ciencia cierta que lo que dicen es verdad. Curiosamente, ambas aparecen con algunas variantes en las obras de propaganda a favor o en contra del peronismo publicadas en la década de los cincuenta[32].

Entre las segundas, Fleur Cowles afirma que la madre de Evita tenía "su propia casa de prostitución" en Junín[33]. Por su parte, Mary Main (María Flores) describe con lujo de detalles la vida de Evita en la pensión de su madre, una casa ruidosa, donde oía las escenas entre doña Juana y "su protector", sus otros visitantes y sus pensionistas y donde por lo tanto aprendió "que el hombre es el enemigo por excelencia o un tonto del cual toda muchacha inteligente puede sacar provecho"[34].

No resulta demasiado complejo detectar que los que así describen el ambiente familiar de Evita en Junín tienen el propósito ulterior de atacarla a ella. Con la supuesta vida disoluta que llevaba doña Juana, no era de extrañar que el comportamiento de su hija menor en años posteriores poco tuviera que ver con los cánones morales. A pesar de la información ofrecida en estas obras y sin entrar a discutir la vida privada de doña Juana, se puede llegar a tener una idea más clara de lo que podía ser su casa, al examinar dónde vivió y quiénes fueron sus comensales. En un principio, la familia Duarte residió en la calle Roque Vázquez (ahora Moisés Lebehnson) y luego en las calles Lavalle y Winter[35]. Las tres casas estaban situadas en el viejo Junín, es decir en la sección de la ciudad que se extiende alrededor de la Plaza San Martín. Las tres eran predios pequeños y en el caso de la tercera, puede verse aún hoy tal como era en la década de los treinta: tenía solamente tres dormitorios, un amplio comedor y un patio, por lo tanto de ninguna manera podía servir de pensión.

Entre sus comensales, doña Juana contaba con el Mayor Alfredo Arrieta, jefe del distrito militar, y don José Álvarez Rodríguez, este último en particular persona de importancia en Junín pues era el rector del Colegio Nacional. Don

---

[32] Para un análisis más detallado de las obras escritas sobre Eva Perón, ver capítulo XV.

[33] Fleur Cowles, *Bloody Precedent*. New York: Random House, 1952, p. 250.

[34] Mary Main (María Flores), *La mujer del látigo: Eva Perón*, Buenos Aires, ed. La Reja, 1955, ps. 18-19. Esa obra fue publicada originalmente en inglés. María Flores, *The Woman with the Whip: Eva Perón*, New York, Doubleday, 1952.

[35] Después que Evita abandonó Junín, sus familiares se mudaron otra vez. En 1945, rasidían en la calle José Arias.

Pepe, como aún se le recuerda, era un hombre muy respetado y estricto. En una ciudad dominada por los conservadores, se le sabía liberal y él no escondía sus ideas pues en una ocasión había tenido una polémica con *La Verdad*, el periódico católico de Junín. Sin embargo, su reputación era intachable y su fama como educador inmejorable ya que, solterón empedernido, se había dedicado por entero a la enseñanza. Cuando su hermano menor, Justo Álvarez Rodríguez, terminó sus estudios de abogacía, en vez de volver a su pueblo natal, se vino a instalar en Junín y él también comenzó a comer con doña Juana. La presencia de los hermanos Álvarez Rodríguez, y en especial de don Pepe en la mesa de doña Juana, indicaría que en verdad, cualquiera haya sido su vida privada, su casa poco tenía en común con las descripciones que de ella se han hecho.

Evita vivió en Junín aproximadamente de agosto de 1930 hasta los primeros meses de 1935. Allí terminó sus estudios primarios. Sus notas indican que fue una alumna mediana, con serias dificultades en una sola materia, matemáticas[36]. Quizás influyeran en su bajo rendimiento las numerosas faltas de asistencia consignadas en sus boletines escolares, pero esto no le impidió destacarse muy pronto entre las chicas de su edad por su afición a recitar. Según Erminda, ella fue "la primera maestra de declamación" de Evita[37]. Su maestra de sexto grado, Palmira Repetti, asegura que ella descubrió su incipiente talento y la alentó a que siguiera declamando[38]. Los días de lluvia cuando faltaban muchas niñas y se hacía difícil el trabajo regular, Evita tenía permiso para salir de su clase e ir a otras aulas para entretener a los alumnos con sus recitados.

Por su parte, Evita recuerda que siendo aún "una chiquilla, siempre deseaba declamar. Era como si quisiera decir siempre algo a los demás, algo grande, que yo sentía en lo más hondo de mi corazón"[39]. Erminda confirma que la fascinación de Evita por el teatro era una constante en sus juegos infantiles ya en General Viamonte. Describe por ejemplo las visitas de las dos hermanas a una vieja señora paralítica que vivía en el pueblo. Evita la entretenía bailando y cantando, llegando a componer un delicioso espectáculo entre circense y teatral en una sucesión interminable de escenas que daban a aquella humilde casa el aspecto de un gran escenario"[40]. Le gustaba disfrazarse, crear situaciones en que dejaba volar su imaginación y repetía incansablemente que algún día sería actriz.

Al poco tiempo de llegar a Junín, Evita tuvo oportunidad de actuar en un verdadero escenario. Erminda, que había ingresado al Colegio Nacional, pertenecía a la Comisión del Centro de Cultura y de Arte, un grupo estudiantil

---

[36] Según las planillas de Calificación Anual de la Escuela N° 1 Catalina Larralt de Estrugamou, en tercer grado Evita obtuvo las siguientes notas: Historia: 10, Aritmética: 5, Lectura: 8, faltó 48 días y asistió 138; en cuarto grado fue aplazada en matemáticas, faltó 63 días y asistió 130; en quinto grado: Aritmética: 4, Historia: 9, Lectura: 6, faltó 68 días.

[37] Erminda Duarte, *op. cit.*, p. 68.

[38] Entrevista con Palmira Repetti, 1973.

[39] Eva Perón, *op. cit.*, p. 22.

[40] Erminda Duarte, *op. cit.*, p. 41.

que organizaba representaciones teatrales[41]. A través de su hermana, Evita se integró al grupo y a pesar de su corta edad, tomó parte en la representación teatral de una obra titulada *Arriba estudiantes*. También en Junín se enfrentó por primera vez en su vida a un micrófono. Junto con otros jóvenes, recitó un poema en una casa de música cuyo dueño había instalado un altoparlante en la calle y, en ocasiones, lo ponía a disposición de todos aquellos aficionados que quisieran cantar o declamar.

Tanto su actuación en el grupo estudiantil como su primer enfrentamiento con el micrófono, deben haber exigido un gran esfuerzo por parte de Evita, pues en aquella época era una niña tímida y retraída. Sus compañeras de clase la recuerdan callada y con pocas amigas. Estas descripciones contrastan con la Evita alegre, viva y juguetona que conocían sus familiares. Es posible que su timidez no fuera solamente una máscara que desaparecía cuando estaba entre los suyos, protegida por ellos y aislada del mundo exterior, sino su respuesta a un medio que la había herido desde muy temprano. A medida que fueron pasando los años, su encierro en sí misma había aumentado, pero ese aislamiento había permitido también que el mundo de fantasía de sus juegos infantiles cobrara una importancia mucho mayor. El representar un papel en la escena o recitar poemas que otros habían escrito, sería lo que le permitiría armonizar esas dos personalidades. Esta dualidad, que puede ser detectada en ella aun en años muy posteriores, posiblemente nos ofrezca una explicación para entender lo que ella misma llamó "mi extraña y profunda vocación artística"[42].

La pasión de Evita por el teatro, que dominó su vida hasta fines de 1945 pero siguió influyendo en sus actos en los años siguientes, seguramente obedece a una multiplicidad de razones, algunas más superficiales que la señalada aquí, pero no por eso menos válidas. Así por ejemplo, el deseo de escapar de la pobreza que había conocido desde su infancia y que el traslado de su familia a la ciudad no había solucionado completamente. Dentro de la estructura social de Junín, la familia Duarte pertenecía a la clase media baja, pues doña Juana no se había proletarizado y sus hijas trabajaban en empleos respetables desde un punto de vista de clase media. Es verdad que doña Juana había mejorado su situación económica, pero no lo suficiente para que afectara sensiblemente el porvenir de sus hijas en un medio en el que las clases sociales estaban rígidamente separadas y en el cual las posibilidades de movilidad social, sobre todo en la década de los treinta, eran muy reducidas[43].

"En el lugar donde pasé mi infancia", recordaría Evita años más tarde, "los pobres eran mucho más que los ricos, pero traté de convencerme de que debía haber otros lugares de mi país y del mundo en que las cosas ocurriesen de otra manera y fuesen más bien al revés. Me figuraba por ejemplo que las grandes ciudades eran lugares maravillosos donde no se daba otra cosa que la

[41] *Ibid.*, p. 68.

[42] Eva Perón, *op. cit.*, p. 21.

[43] Todas las hermanas de Evita se casaron eventualmente. Blanca, con Justo Álvarez Rodríguez; Elisa, con el mayor Alfredo Arrieta, y Erminda, con Orlando Bertolini. Juan murió soltero.

riqueza; y todo lo que oía yo decir a la gente confirmaba esa creencia mía. Hablaban de la gran ciudad como de un paraíso maravilloso donde todo era lindo y era extraordinario y hasta me parecía entender, de lo que decían, que incluso las personas eran allá 'más personas' que las de mi pueblo"[44].

También puede haber sentido Evita el deseo de escapar de la monotonía de Junín que, como tantas otras poblaciones de provincia, ofrecía pocas diversiones para las adolescentes —en particular si eran pobres—. La rutina del trabajo llenaba los días de la semana, y los domingos, la diversión principal consistía en "la vuelta del perro" primero por la Plaza San Martín y luego por Rivadavia. A veces se podía combinar el paseo con una función en uno de los cines o un helado en la confitería y luego, tempranito a casa. La única época del año en que Junín se alegraba desusadamente era carnaval: las muchachas se disfrazaban y desfilaban en carrozas por la calle Rivadavia. Pero a pesar de esta fiesta anual era una ciudad triste y poco sociable. Una guía de Junín publicada en 1914 apuntaba que no obstante sus varios centros sociales era una ciudad sin espíritu de sociabilidad. "Las reuniones de carácter exclusivamente social, son tan raras, que suelen transcurrir muchos meses sin que se realice un baile o una tertulia"[45]. Según recuerdan muchos juninenses, la situación no había cambiado apreciablemente en los años treinta.

Para Evita como para muchas otras jovencitas provincianas, el único medio de contrarrestar el aburrimiento y la pequeñez que las rodeaba era soñar con el mundo de mujeres hermosas y elegantes que desfilaban por la pantalla o que veían en las revistas. "Coleccionábamos fotografías de artistas ya desde chicas", explica Erminda. "Cuando me tocaba a mí secar los platos [Evita se ofrecía] a reemplazarme en la tarea a cambio de la fotografía de una artista para completar [su] colección..."[46] En un grado menor, la radio también alimentaba esas fantasías con sus programas de boleros, sus primeras novelas radioteatrales y sus concursos para descubrir "nuevas estrellas". Pero era sobre todo el cine, tanto nacional como extranjero, el que permitía visualizar un futuro en el que el *amor* existía, las barreras sociales se derrumbaban y no había mujeres feas siempre que estuvieran debidamente cubiertas de pieles y joyas. Como los personajes que ha retratado Manuel Puig en *Boquitas pintadas*, la gran mayoría se conformaba esperando que un día, en un acontecimiento milagroso, como los que sucedían en las películas, apareciera su galán allí mismo, en el pueblo o ciudad en que vivían. Solamente algunas se atrevían a imaginarse dentro de ese mundo del cine, ricas, elegantes y famosas, y muy pocas tenían la audacia suficiente para dar los pasos necesarios y tratar de alcanzar su meta.

No era difícil comprender por qué Evita estaba dispuesta a rechazar el futuro que le deparaba Junín por la quimera de ser actriz y adquirir fama y fortuna. Al finalizar sus estudios primarios en 1934, las posibilidades que se abrían ante ella eran claras. Hasta que llegara el momento de casarse —objetivo primordial de toda mujer, cualquiera fuera su condición social— podía ser

[44] Eva Perón, *op. cit.*, p. 24.
[45] Gregorio Suárez, *op. cit*., p. 21.
[46] Erminda Duarte, *op. cit*., p. 66.

maestra, como su hermana mayor Blanca. Para ello, debía seguir estudiando, cosa que no le atraía demasiado, según lo indican sus notas. Otra alternativa posible era emplearse en una tienda o una repartición pública, como Elisa, lo cual tampoco le debía resultar muy tentador. En su caso, quedaban implícitamente descartados otros tipos de trabajo, por ejemplo tener que emplearse de sirvienta ya que ésta era una solución para muchachas de familia aún más pobre que la de Evita.

Ante estas perspectivas, sus deseos de escapar de Junín, de concretar sus sueños infantiles y de adolescencia y de llegar a ser como su ideal Norma Shearer, pronto se convirtieron en una obsesión. Las circunstancias que rodean su partida son todavía muy confusas y las versiones al respecto son múltiples. La más difundida, la haría dejar Junín en compañía del cantante de tangos Agustín Magaldi, el cual la habría llevado al pasar por esa ciudad durante una gira, quedando implícito que Evita se habría escapado con él[47]. Otra versión, ligeramente distinta, la describe yéndose con Magaldi y con su mujer, pues ésta viajaba con él, pero con el permiso de doña Juana[48].

Estas versiones han sido repetidas insistentemente en diversas publicaciones, y en algunos casos, están basadas en declaraciones de actores que conocieron a Evita durante sus primeros años en Buenos Aires[49]. Ella no las ha avalado en ninguno de sus escritos y su familia las niega rotundamente. Erminda Duarte, por ejemplo, las rechaza con vehemencia: "¿Quién desde su árida mezquindad señaló que habías abandonado tu casa? ¡Qué desatino la suposición que nos habías dejado así intempestivamente! Grande fue el afecto y la admiración que le tuvimos a nuestra madre como para que alguien de nosotros cometiese ese acto de injusticia"[50]. Según Erminda, Evita de ninguna manera se habría atrevido a irse sin el permiso de su madre. Doña Juana se opuso tenazmente a los deseos de Evita durante un tiempo, hasta que un día fue con ella a Buenos Aires y la acompañó a Radio Nacional donde recitó el poema de Amado Nervo, "¿Adónde van los muertos?", durante un programa especial. A raíz de su actuación, continúa Erminda, el director de la radio, Pablo Osvaldo Valle, le ofreció un pequeño contrato y doña Juana, furiosa, regresó a Junín, dejando a Evita en casa de unos amigos[51].

El relato de Erminda tiene sin duda alguna el doble propósito de justificar a su hermana y de reivindicar a su madre. Aun así y a pesar de no haber sido posible corroborarlo, es probable que en esencia sea el que más se ajuste a la verdad. Hubiera sido de interés aclarar las circunstancias en que Evita partió de Junín, teniendo en cuenta lo mucho que sus enemigos han usado

[47] Sin ofrecer ninguna prueba, Mary Main afirma que se escapó con él. Mary Main, *op. cit.*, p. 21.

[48] Rodolfo Tettamanti, *Eva Perón*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, N° 161, p. 197; José Capsitski, "Prehistoria de Eva Perón", *op. cit.*, p. 11.

[49] Entrevista con Pierina Dealessi, 1974.

[50] Erminda Duarte, *op. cit.*, p. 75.

[51] Erminda Duarte, *op. cit.*, ps. 70-75. En una entrevista publicada en el año 1944, Evita declaró: "Siempre recuerdo con profunda emoción mi primera actuación en radio. Yo era muy pequeña y comencé a recitar ante el micrófono de Radio Nacional". *Radiolandia*, 2 de setiembre de 1944.

las mismas como una razón más para desacreditar su figura. Pero en realidad no es una cuestión fundamental. La manera en que Evita se fue tiene mucho menos relevancia que el hecho de su partida en sí. Lo que importa es que en algún momento, Evita decidió que, contrariamente a las muchachas de Junín que se conformaban con soñar a través de la pantalla, de la radio o del teatro, ella iba a formar parte de ese mundo y además iba a triunfar en él.

Sus proyectos despertaron una oposición enconada por parte de doña Juana. Es comprensible que así fuera, pues ésta de ninguna manera podía ver con buenos ojos la idea de dejar ir a su hija menor a Buenos Aires. Había luchado demasiados años para criar a sus hijos y mantenerlos junto a ella para ahora dejar ir nada menos que a la más pequeña. Su carácter fuerte y autoritario, acostumbrado a encontrar pocas resistencias en sus hijos, se sublevaba ante esa posibilidad. Pero Evita no se dejó amedrentar y pese a las repetidas negativas de doña Juana, siguió insistiendo. Decidida a salirse con la suya, se enfrentó a su madre como ninguna de sus hermanas lo había hecho. Esta vez, la fuerza de voluntad y el empecinamiento de doña Juana de nada le sirvieron, pues Evita demostró tener los mismos atributos que su madre, y usándolos contra ella, no se doblegó. Ante la determinación de su hija, doña Juana la dejó ir, comprendiendo que tarde o temprano tendría que hacerlo.

La batalla de Evita con doña Juana fue su primera gran rebeldía. Al conseguir su propósito, es decir, ya fuera que su madre la acompañara a Buenos Aires o la dejara ir, el triunfo de Evita fue total pues a la vez le permitió liberarse para siempre de la tutela maternal. Sus hermanas nunca pudieron hacerlo enteramente y aún después de casadas permanecieron bajo su influencia. Evita, en cambio, se escapó definitivamente. Esto no quiere decir que a partir de 1935 dejara de ver a su madre y a sus hermanas. De hecho, después de 1945, todas, inclusive doña Juana, se mudaron a la capital. Pero ya para esa fecha habían pasado diez años, Evita había cambiado mucho y los vínculos que la unían con ellas habían perdido la fuerza y el sentido que habían tenido hasta sus quince años.

Esa era la edad que tenía cuando partió a la conquista de Buenos Aires. Delgada, de pelo negro muy corto, con grandes ojos oscuros de mirada un poco triste, con apenas una educación primaria y sin saber lo que iba a encontrar allí, pero con una determinación inquebrantable de ser actriz.

Capítulo II

Vida de artista y la Década Infame

Aunque en 1935 murió su cantor, Carlos Gardel, Buenos Aires era entonces más que nunca "la reina del Plata". Así parecía proclamarlo la nueva avenida Corrientes, cuyo ensanche inauguró oficialmente el presidente del Brasil, Getulio Vargas, en su visita de mayo de 1935. El edificio más alto de América del Sur, el Kavanagh, alzaba ya orgulloso su torre de treinta pisos y la ciudad se abría dando paso a un número creciente de automóviles y a lujosas casas de apartamentos en el elegante Barrio Norte. Era una verdadera metrópolis, moderna, bulliciosa, magnífica, con parques arbolados y un bosque sin igual, Palermo.

Los que como Evita llegan del interior, pronto dejaban de ver la belleza de Buenos Aires. El deslumbramiento inicial desaparecía rápidamente para dar paso a la realidad del conventillo, del cuarto de criada y de las pensiones sucias y malolientes. En su caso, si trajo alguna carta de recomendación o si en verdad tenía el contrato que mencionaba su hermana Erminda, de nada le sirvió pues no pudo encontrar trabajo en la radio. Sin saber cómo entrar en ese mundo que la fascinaba, se encontró sola, con escaso dinero, durmiendo en una pensión, comiendo cuando podía y el resto del tiempo, aguantando el hambre con mate cocido.

Con todo tuvo suerte, pues en el mes de marzo de 1935 se incorporó a la Compañía Argentina de Comedias, encabezada por la prestigiosa actriz Eva Franco, y el 28 de ese mes debutó en el Teatro Comedia. *La señora de los Pérez*, de Ernesto Marsili, era una pieza en tres actos y, en ella, Evita hacía el papel de mucama. Al día siguiente del estreno, el crítico Augusto A. Guibourg elogió la actuación de Eva Franco, Irma Córdoba y algunos otros actores, señalando también "muy correcta en sus breves intervenciones, Eva Duarte"[52]. Tanto el director Joaquín de Vedia como la primera actriz deben haber quedado satisfechos con su actuación pues cuando necesitaron más actores para el estreno de una nueva obra, la incluyeron otra vez en el elenco. El 19 de junio,

[52] *Crítica*, 29 de marxzo de 1935. Según declaró Evita en una entrevista a *Radiolandia*, 2 de setiembre de 1944, éste fue su primer papel en el teatro. En la biblioteca de la Asociación Argentina de Autores (Argentores) hay una buena colección de programas de teatro y en ellos puede verse por ejemplo el de la *Señora Pérez Programas* (Argentores), 28 de marzo de 1935.

Evita tomó parte en la puesta en escena de Cada casa es un mundo, una comedia de dos autores muy en boga, Carlos Goicochea y Rogelio Cordone[53].



Ante el micrófono, en dos etapas de su vida. En LR3 Radio Belgrano, interpretando una biografía célebre (1943).

Permaneció con la misma compañía hasta enero del año siguiente, si bien no integró el elenco de todas las obras. Le dieron dos pequeños papeles en *Madame* Sand *Gêne*, de Victorien Sardou y Emile Moreau, estrenada el 26 de noviembre, y trabajó también en *La dama, el caballero y el ladrón*, una comedia de F. Mateos Vidal, que subió a cartelera el 2 de enero de 1936[54].

El nombre de Evita aparece en los programas de estas obras pero las críticas poco o nada dicen de su actuación pues sus papeles eran intrascendentes y en la mayoría de los casos ni siquiera tenía que hablar. Desde su punto de vista, no importaba demasiado, tenía trabajo, aprendía y de todos modos más valía eso que pasar meses sin conseguir nada —como sucedió una vez que bajó del cartel *La dama, el caballero y el ladrón*.

[53] *Programas* (Argentores), 26 de noviembre de 1935. *Crítica*, 27 de noviembre de 1935.
[54] *Programas* (Argentores), 2 de enero de 1936.



En febrero de 1947, hablando al país desde la residencia presidencial.

La mala racha terminó en mayo de 1936, poco después de haber cumplido Evita diecisiete años, cuando se incorporó a la Compañía de Comedias de Pepita Muñoz-José Franco-Eloy Alfaro para una gira por el interior de la República. El grupo debutó en el teatro Odeón de Rosario, el 22 de mayo, con *Miente y serás feliz...*, de Arnaldo Malfatti y Nicolás De las Llanderas, y según la crónica publicada en La Capital al día siguiente, lo hizo con gran éxito de público[55]. A partir de esa fecha, hasta el 11 de junio, la compañía puso en escena las siguientes obras: *¿Trabajar?... ¡nunca!*, de Juan F. Ferlini y Malfatti; *Doña María del Buey Aire*, sátira en un acto sobre la fundación de Buenos Aires, de Luis Bayón Herrera; *...Y así las estoy pagando*, una comedia corta en un acto de Tito Insausti y A. Ballesteros; *Mis cinco papás*, de Malfatti y De las Llanderas, y *Mamá Clara*, de Federico Mertens. El 11 de junio, la compañía estrenó la obra principal que llevaba en su gira: *El beso mortal*, de Loïc Le Gouradiec, traducida por Federico Basso. Desde hacía varios días, un auto de la Agencia Ford Stabile recorría la ciudad anunciando el acontecimiento y esa noche el público colmó el Odeón[56]. *El beso* era un melodrama de tono moralista en el que se planteaba el peligro que representan las enfermedades venéreas para los jóvenes que no han recibido una educación sexual adecuada debido al falso pudor de sus padres. El tema debe haber excitado la imaginación de los rosarinos pues fue un éxito

[55] *La Capital* (Rosario), 23 de mayo de 1936.
[56] *La Capital* (Rosario), 13 de junio de 1936.

rotundo y la obra se mantuvo en cartelera durante treinta, y dos representaciones consecutivas.

De Rosario, la compañía partió para Mendoza, donde debutó el 30 de julio en el Teatro Municipal, con *Baturros y más baturros*, de los prolíficos Malfatti y De las Llanderas[57], Además de las obras representadas en Rosario, el repertorio fue ampliado con dos nuevas comedias: *Llovido del cielo*, de Goicochea y Cordone, y *Delirio de grandezas*, de José Antonio Saldías. También en Mendoza el éxito parece haber sido apreciable, aunque otro conjunto teatral encabezado por Chela Cordero y Luis Sandrini actuaba en esos días en la misma ciudad.

Terminada la temporada en Mendoza, el grupo se trasladó a Córdoba, donde debutó el 3 de setiembre[58]. La estadía en esa ciudad fue corta, pues el 8 de mismo mes la compañía volvió a Rosario para dar una vez más *El beso mortal*, hasta el 14[59].

Evita actuó en casi todas las obras puestas en escena durante la gira, pero su nombre no aparece en el reparto del melodrama de Le Gouradiec y las crónicas teatrales no comentan su actuación. Su vida no debe haber sido muy agradable durante esos meses, pues como se quejaba el crítico Edmundo Guibourg en una nota, a los actores que van en gira al interior "se los engancha, se les lleva y se les trata como carne de cañón"[60]. Mientras las primeras figuras iban a buenos hoteles, los demás como Evita dormían en pensiones baratas y cuando las recaudaciones eran malas no se les pagaba. Pero a pesar del frío, de la poca comida, de los ensayos y de las varias funciones diarias, muchas veces les quedaba tiempo para dar paseos por las ciudades, ver nuevos paisajes y disfrutar un poco del viaje.

Cuando volvió a Buenos Aires, Evita pasó dos meses sin encontrar trabajo. Finalmente, se incorporó a la compañía de Pablo Suero para la puesta en escena de *Las inocentes*, de Lilian Hellman. Esta obra se estrenó en el teatro Corrientes el 5 de diciembre de 1936 y aunque su papel era diminuto y tampoco las críticas se ocuparon de ella, viajó con el grupo a Montevideo, donde actuó en el Teatro 18 de Julio, del 14 al 20 de enero de 1937[61]. Era su primera travesía en barco, hacía calor y las playas montevideanas se ofrecían tentadoras. Los paseos por el Parque Rodó y las horas de sol en las rocas, convirtieron la gira en unas vacaciones demasiado cortas.

Una vez en Buenos Aires, la esperaba un largo período de inactividad que se interrumpió por unos días cuando ingresó en la compañía dirigida por Armando Discépolo. El 5 de marzo de 1937, Evita participó en el estreno de *La nueva colonia*, de Luigi Pirandello, en el Politeama[62]. A pesar de que la compañía contaba con dos excelentes primeros actores, Rosa Catá y Carlos Perelli, y un

[57] *Los Andes* (Mendoza), 31 de julio de 1936.
[58] *La Voz del Interior* (Córdoba), 4 de setiembre de 1936.
[59] *La Capital* (Rosario), 9 de setiembre de 1936.
[60] *Crítica*, 27 de marzo de 1937.
[61] *Crítica*, 6 de diciembre de 1936. *La Prensa*, 6 de diciembre de 1936.
[62] *Programas* (Argentores), 5 de marzo de 1937. *Crítica*, 5 de marzo de 1937.

sólido elenco bajo la dirección de Discépolo, uno de los mejores directores que tenía el teatro porteño en esos años, las críticas no fueron entusiastas y la falta de público obligó a que las representaciones terminaran seis días más tarde. En esta obra, Evita era una campesina llamada Nela que decía unas pocas frases en el tercer acto. Aun así, es posible que el haber actuado bajo la dirección de Discépolo represente el punto más alto de su carrera teatral. Augusto A. Guibourg, en una crónica elogiosa pero crítica a la vez, puntualizó que la interpretación de Rosa Catá era excelente y que "Juanita Sujo, Eva Duarte, Anita Jordán y Jordana Fain intervinieron en escenas de conjunto dirigidas con pericia y animadas con gracia"[63].

En la década de los treinta, precisamente cuando Evita da sus primeros pasos en los escenarios porteños, el teatro argentino atravesaba una crisis profunda, acentuada por las condiciones económicas que afectaban al país. La época de oro del teatro porteño, en la que reinaban el uruguayo Florencio Sánchez, Roberto J. Payró y Gregorio de Laferrère, había terminado hacía tiempo[64]. Quedaban todavía grandes actores y actrices —Elías Alippi, Luis Arata y Camila Quiroga, entre otros—, autores como Samuel Eichelbaum y Armando Discépolo y directores de la talla de Antonio Cunill Cabanellas, pero desde los años veinte, el teatro había entrado en un período de decadencia. Predominaba el llamado género chico, o sea la comedia corta, el sainete y sobre todo la revista porteña[65].

El número de compañías estables reflejaba esa decadencia. Con mucha suerte, duraban por lo general una temporada. La cantidad de actores que las integraban variaba constantemente pues se ajustaba a las necesidades del reparto. Las obras subían y bajaban de cartelera con una rapidez asombrosa. Los ensayos eran pocos, a veces menos de una semana, y los actores frecuentemente subían al escenario sin haber aprendido sus papeles, de allí que el apuntador fuera imprescindible en toda puesta en escena. "En una semana se pone ahora en escena cualquier obra, por dificultosa que sea", se lamenta Edmundo Guibourg, "y el público ya sabe que no es prudente asistir a las veladas de estreno"[66]. Es de comprender que, en estas circunstancias, los gastos de producción se mantuvieran lo más bajo posible y eso resultaba en escenografías de papel cimbreante, "las paredes con arrugas de haber estado dobladas en algún baúl, las puertas con tachuelas, los muebles que no se conciertan jamás con el ambiente"[67].

Se buscaba el éxito fácil, con obras cortas y supuestamente cómicas pues eso era lo que parecía atraer al público. Algunas compañías como la de Eva Franco o la de Camila Quiroga combinaban comedias cortas escritas por autores de moda como Goicochea y Cordone con un repertorio más amplio, pero eran la excepción. La mayoría se dedicaba casi exclusivamente a la comedia corta, al

[63] *Crítica*, 6 de marzo de 1937. *La Prensa*, 6 de marzo de 1937.
[64] Véase: Luis Ordaz, *El teatro argentino*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
[65] *Idem*.
[66] *Crítica*, 15 de julio de 1938.
[67] *Idem*.

sainete o a la comedia intercalada con números musicales, como por ejemplo la compañía que encabezaba Pierina Dealessi. Ocasionalmente, se formaban grupos como el dirigido por Discépolo que hacían teatro "serio", pero eran los menos y desaparecían rápidamente pues no podían competir con el género chico. Y mucho menos podían hacerlo con la llamada revista porteña, con su humor grosero y sus chistes de doble intención, en la que reinaban Olinda Bozán, Paquito Bustos, vedettes y cantantes como Tita Merello, Azucena Maizani y "la reina del tango" Libertad Lamarque.

Es en el género chico, específicamente en la comedia corta, que Evita hizo su aprendizaje como actriz. Su experiencia teatral no difiere sustancialmente de la de muchos actores argentinos de su tiempo. Es solamente cuando el teatro porteño comienza a salir de su crisis que aparece una nueva generación de actores cuya formación tendrá características distintas. Para eso se necesita la creación del Teatro Nacional de Comedia, los cursos de Cunill Cabanellas en el Conservatorio Nacional de Declamación y Arte Escénico y el movimiento de teatros independientes que se inicia con la fundación del Teatro del Pueblo por Leónidas Barletta. Es verdad que la renovación del teatro se gesta a mediados de la década del treinta, cuando Evita comienza a actuar, y como muchos actores y actrices, ella no aprovechará las oportunidades que surgen en esos momentos. En su caso, quizás, su origen provinciano y sus pocos años incidieran para que ella no pudiera beneficiarse de los cursos impartidos en el Conservatorio, que ya funcionaba en 1935. Por otra parte, según apuntaba Edmundo Guibourg dos años más tarde, el Conservatorio era una "curiosa incubadora en la que jamás ha madurado un huevo. Sólo en nuestro país puede producirse caso de tan tamaña infecundidad"[68]. En un artículo citado *La formación del actor*, señalaba que este problema "proseguirá sin mayor solución visible en nuestro medio. El intérprete se ve en el trance de formarse solo y si por razones vocacionales aspira a verdadera condición artística tiene que debatirse en una atmósfera que termina por asfixiarlo"[69]. Las pocas academias que existían se esfumaban rápidamente. "Le queda al actor que pretende formarse una sola escuela. La de la escena profesional, entregándose a la práctica cotidiana de un teatro frecuentemente inferiorizado por la mercantilización y en cuyo contacto también las mejores dotes arriesgan bastardearse y las mejores aspiraciones doblegarse para siempre... Todos, a igual que él, han saltado de la calle al tablado, sin pasar por preparación previa alguna, incorporándose a un oficio que no parece requerir nociones generales ni luces elementales. Allí está la matraca del apuntador para ayudar a los que apenas saben leer"[70].

Evita adquirió su experiencia teatral como los otros actores y actrices de su tiempo, "en las tablas", e ingresó en éstas yendo a los teatros de la avenida Corrientes para preguntar si iban a estrenar una obra, cuándo se proyectaba

[68] *Crítica*, 21 de julio de 1937. Sin embargo es de señalar que precisamente en 1935, poco tiempo después de fundarse el Conservatorio, empezarían a estudiar allí actrices que triunfaron unos años más tarde, como Malisa Zinni, Fanny Navarro y Delia Garcés.

[69] *Crítica*, 21 de julio de 1937.

[70] *Idem*.

hacerlo, quién la iba a dirigir o si había alguna novedad porque alguien se había enfermado y estaban buscando a una reemplazante. Se daba también una vuelta por las confiterías y cafés donde se reunía la gente de teatro, autores, empresarios, directores y actores para enterarse de qué primera figura estaba formando un elenco o qué autor había terminado de escribir una obra. En la confitería Real, en Corrientes y Talcahuano, seguramente encontraría algún actor de renombre. Si no conocía a nadie, podía echar una mirada en la Nobel, y de todos modos, pasar por El Plata, a media cuadra de la Real, donde podía estar casi segura de encontrar a sus amigas, porque allí todo era más barato. Edmundo Guibourg describía la situación de los actores de la siguiente manera: "A cada comienzo de temporada los empresarios organizan en forma antojadiza 'sus' elencos, llenando los consabidos puestos a su criterio, sin consultar siquiera a la persona a la que van a encomendar 'la dirección artística', ni tampoco a los actores con cuyo inmediato concurso cuentan. Uno o varios nombres en el cartel, aunque se trate de artistas que no tengan afinidad en el trabajo. Y si son los capocómicos los encargados de organizar los elencos, colocan primero a sus familiares, aunque sean notoriamente inútiles o deficientes, y tienden a no contratar figuras cuyas aptitudes puedan hacerles sombra"[71].

Con mucha suerte, los actores de la categoría de Evita ganaban de 60 a 100 pesos mensuales, trabajando dos funciones diarias y tres los domingos y días de fiesta. Teniendo en cuenta que un litro de aceite Ybarra costaba $8,50, un traje de hombre $75,00, y un vestidillo cualquiera de mujer unos $50,00, apenas les alcanzaba para vivir y casi nunca para pagar las deudas que podían acumular en los meses sin trabajo. Si un actor conseguir vivir al día, podía considerarse afortunado[72]. No le pagaban durante los ensayos y cuando se deshacía una compañía en la mitad de la temporada, cosa que sucedía a menudo, quedaba en la calle, pues era difícil que pudiera incorporarse a otro grupo. Con los sueldos miserables que cobraban cuando tenían la suerte de integrar una compañía, las actrices se veían en la obligación de comprarse la ropa para las obras en que actuaban, ya que no se las proporcionaban. A veces, la conseguían prestada, pero si eso no era posible y tampoco la podían comprar en las escasas tiendas de Buenos Aires que vendían ropa hecha, había que mandarla hacer. Si no tenían la suerte de contar con un empleo estable, debían buscarse changas para mantenerse. Las actrices podían hacer fotos o cine de publicidad, como lo hizo Evita en algunas ocasiones[73]. Por otro lado, éstas, por ser mujeres, tenían que hacerse ver siempre bien vestidas y mientras perseguían la oportunidad que traería fama y fortuna, se veían obligadas a soportar los chantajes que sobre ellas quisieran ejercer empresarios, directores y primeros

[71] *Crítica*, 19 de abril de 1935.

[72] *Crítica*, 29 de junio de 1935.

[73] En 1938, Evita hizo un corto publicitario titulado *La luna de miel de Inés*, con Claudio Martínez, producido por Linter Publicidad. Véase también *Cine Argentino*, del 3 de abril de 1941 y del 11 de diciembre de 1941.

actores, pues eran los que disponían cómo se integraban los repartos[74]. Además, como la publicidad ya era en aquel tiempo un elemento indispensable en la carrera de cualquier actriz, estaban también a la merced de cronistas teatrales y directores de revistas, pues ellos determinaban los nombres mencionados en las crónicas o las fotos y artículos que aparecían en las páginas de publicaciones como *Sintonía, Radiolandia* y *Antena*.

Si bien el teatro argentino atravesaba un período de crisis, no sucedía lo mismo con el cine y la radio. El cine había iniciado una curva ascendente, que solamente se detendría con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Las primeras películas argentinas habladas habían tenido mucho éxito, en especial *Tango* (1935), de Luis Moglia Barth, en la que actuaban las figuras más populares de la revista y de la radio, como Mercedes Simone, Pepe Arias, Luis Sandrini, Tita Merello y Libertad Lamarque. Desde esa fecha, habían surgido nuevas productoras y el número de películas aumentaba año a año: en 1935 se filmaron trece, al año siguiente dieciséis y en 1927, alcanzaron a treinta[75].

Al igual que el cine, la radiotelefonía argentina se expandía rápidamente. Las emisoras se multiplicaban, compraban equipos y ampliaban su radio de emisión. Desde comienzos del siglo, la radio había sido el elemento crucial para el surgimiento de ídolos populares, sobre todo cantantes de tangos como Carlos Gardel, Mercedes Simone, Rosita Quiroga, Libertad Lamarque, Agustín Magaldi y muchos más. Estos primeros años, "los tiempos heroicos de la radiotelefonía", habían sido difíciles. Jaime Yankelevich, el dueño de Radio Belgrano, "no le pagaba a los artistas en dinero sino en especies, porque a su vez, los anunciantes le pagaban a él con los productos que fabricaban o vendían... En 1927, al debutar [Mercedes Simone] don Jaime le pagó siete pesos por audición. De ese montón de plata debía abonar el salario de los dos pianistas, Bandino y Rodríguez, suerte que Pablo Rodríguez era su marido y podía quedarse sin cobrar"[76].

Pero los tiempos habían cambiado y en enero de 1937, Yankelevich contrataba a Mercedes Simone por 7.200 pesos mensuales[77]. Era pues un momento en que los artistas podían ver su popularidad crecer rápidamente y ganar mucho dinero —mucho más que en el teatro, donde los sueldos eran muy bajos—. Para los artistas que como Evita no tenían talento para cantar, la radio ofrecía la gran solución: el radioteatro. Con sus sueldos altos, las emisoras podían atraer a las principales figuras del teatro para irradiar innumerables e

[74] Uno de los directores con los cuales actuó Evita, Pablo Suero, ha sido caracterizado de la siguiente manera por el escritor César Tiempo: "Un alacrán superheterodino, malediciente y para colmo español", *La Opinión Cultural*, 10 de diciembre de 1972, p. 8.

[75] Domingo Di Núbila, *Historia del cine argentino*, Buenos Aires, ed. Cruz de Malta, 1959, 2 vols., vol. I, ps. 83 y 85. Véase también Estela dos Santos, *El cine nacional*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

[76] Estela dos Santos, *Las mujeres del tango*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972, p. 17.

[77] *Ibid*., p. 24.

interminables series de radioteatros. Y aquellos actores que apenas podían mantenerse hallaban en la radio "la solución de su pan cotidiano"[78].

Después de que Pirandello bajó de cartelera, Evita pasó casi dos meses sin trabajo. Finalmente obtuvo un pequeño papel en la película *¡Segundos afuera!*, dirigida por Chas de Cruz y Alberto Echebehere. Como su nombre lo indica, era un film sobre boxeo y sus principales actores eran Pedro Quartucci y Pablo Palitos. "La cinematografía argentina da un paso atrás con la película *¡Segundos afuera!*", exclamó un crítico anónimo en una crónica que despedazaba la película y sólo rescataba la actuación de Palitos[79]. El nombre de Evita ni siquiera era mencionado en el reparto. Contrariamente a lo que podía esperar, esta primera experiencia cinematográfica no le abrió nuevas oportunidades de trabajo y pasarían dos años antes de que pudiera volver a hacer cine.

El mismo mes en que se estrenó *¡Segundos afuera!*, Evita se incorporó a una compañía de radioteatro de Radio Belgrano para la irradiación de una obra de Ferradás Campos, titulada *Oro blanco*[80], Pero en setiembre, como si le fuera imposible quebrar la mala suerte que la perseguía irremediablemente durante todo ese año, se encontró otra vez sin trabajo. Era invierno y los cafés de la avenida Corrientes, abiertos hasta altas horas de la madrugada, ofrecían un buen resguardo contra el frío de la calle o del cuarto de pensión. Además, siempre podía encontrar allí a algún amigo o conocido que le pagara un café con leche para calmar el hambre. Cuando ya el desaliento amenazaba invadirla, ingresó en la Compañía de Comedias y Sainetes de Leonor Rinaldi y Francisco Chiarmello. El estreno de *No hay suegra como la mía*, de Marcos Bronenberg, tuvo tanto éxito que Radio Splendid empezó a transmitir la función nocturna y permaneció en la cartelera del teatro Liceo desde el 5 de noviembre de 1937 hasta el 6 de marzo de 1938[81]. El personaje que Evita representaba no decía ni una palabra en toda la obra.

A principios de marzo, Evita tomó parte en un concurso radial patrocinado por la revista *Sintonía* para seleccionar un cantor que debutaría en *La gruta de la fortuna*. Esta comedia de Ricardo Hicken, que debía estrenar la compañía de Pierina Dealessi en el teatro Liceo el 17 de marzo de 1938, incluía un segundo acto en el que participaba la orquesta típica de Julio Pollero tocando creaciones de Rubinstein y Canaro. Evita integró el reparto de *La gruta de la fortuna* gracias a Pierina Dealessi, a quien había conocido en una de sus recorridas en busca de trabajo. "Evita era una cosita transparente, delgadita, finita, cabello negro, carita alargada. Le pregunté si había trabajado alguna vez y me dijo que venía de una gira con Pepita Muñoz. La contratamos con un sueldo mísero: $180 por mes... En esa época no se pagaba más... En el teatro no se descansaba ningún día y los domingos hacíamos cuatro funciones. Eso era lo común en esa época. A la tarde tomábamos algo en el camarín. Evita tomaba mate, pero como era muy delicadita de salud yo le ponía leche en el mate. Eran

[78] *Crítica*, 16 de junio de 1938.
[79] *Crítica*, 5 de agosto de 1937. La película se estrenó el día anterior en el cine Monumental.
[80] Borroni y Vacca, op. cit., p. 54.
[81] *La Prensa*, 6 de noviembre de 1937.

tan flaquita que no se sabía si iba o venía... Entre el hambre, la miseria y el descuido, tenía siempre las manos frías y transpiradas"[82]. Evita continuó en la compañía de Pierina casi todo el año 1938, participando en los siguientes estrenos: *¡Si los viejos levantaran cabeza!*, de Malfatti y De las Llanderas, obra en la que era una sirvienta que había dado el mal paso —"En el último acto salía con un cochecito y en vez de cantar el arrorró, cantaba un tango a la criatura..."—[83]; y *Una noche en Viena*, farsa cómica de Mario Flores que Augusto A. Guibourg encontró "sin sentido"[84] —entre los actores, Evita mereció el calificativo de "discreta"— y *El cura de Santa Clara*, otra farsa cómica de Martignone y Bertonasco que no le pareció mejor. Se estrenó el 29 de julio "ante una concurrencia piafante; no es una obra de teatro y menos una farsa"[85]. La dirección también era pésima, pero se salvaron los actores: "correctos". Evita estuvo "locuaz y eficaz"[86].

El 5 de enero de 1939 debutó con la compañía de la prestigiosa actriz Camila Quiroga en *Mercado de amor en Argelia*. En esta obra de Lucienne Favre traducida y dirigida por Edmundo Guibourg y con música de Juan José Castro, Evita hacía de odalisca[87]. Tres meses más tarde, la revista *Antena* anunciaba que el 1 de mayo, la Compañía de Teatro del Aire, encabezada por Evita Duarte y Pascual Pelliciotta, iniciaría en Radio Mitre un programa de radioteatro con libretos del poeta Héctor P. Blomberg[88]. Después de cuatro años de incesante lucha y continuas desilusiones, había llegado el momento: *Antena* publicaba su fotografía, un autor conocido le escribía obras originales y tenía su propia compañía. Unos días después de empezar la irradiación de *Los jazmines del ochenta*, título de la primera obra que Blomberg escribió para ella, Evita cumplía veinte años.

La chiquilla desgarbada había dado paso a una mujer delgada, de estatura mediana, con un rostro siempre pálido que le daba un aspecto un tanto enfermizo. Su pelo negro, suelto hasta los hombros, enmarcaba un rostro apenas bonito. Tenía una sonrisa simpática, entradora, pero los que la recuerdan en esta época, recalcan que era una muchacha solitaria, retraída, nerviosa y con una sola ansia: triunfar. Aunque compartía ocasionalmente su cuarto de pensión con alguna compañera de trabajo y se la veía en los cafés de la avenida Corrientes charlando animadamente con otras actrices, Nelly Ayllón, Elena Zucotti, etc., sus amistades parecen haber sido pocas y superficiales. Sin embargo, ya en esos años demostró ser fiel a sus amigos y querer ayudarlos en cuanto estuvo en condiciones de hacerlo. Al formar su propio elenco de radioteatro llamó a Pascual Pelliciotta, un actor a quien había conocido en 1935

---

[82] Testimonio de Pierina Dealessi reproducido en José Capstiski, "Prehistoria deEva Perón", *op. cit.*, p. 14.

[83] *Idem*, y *Programas* (Argentores), 30 de abril de 1938.

[84] *Crítica*, 3 de julio de 1938. *Programas* (Argentores), 1 de julio de 1938.

[85] *Crítica*, 30 de julio de 1938. *Programas* (Argentores), 29 de julio de 1938.

[86] *Crítica*, *Idem*.

[87] *Crítica*, 6 de enero de 1939.

[88] *Antena*, 22 de abril de 1939.

en la compañía de Eva Franco. Hizo lo mismo con Marcos Zucker, con quien había trabajado en la compañía de Pierina Dealessi.

Durante estos cuatro años, había ido perdiendo poco a poco su timidez, pero su soledad había ido en aumento pues nada podía reemplazar los afectos que había dejado en Junín. Su madre y sus hermanas, a las que veía poco, se perdían en los recuerdos. Ella no estaba en condiciones de hacer viajes a Junín y ellas raramente venían a Buenos Aires. Estando en Rosario, durante la gira que realizó con la compañía de Pepita Muñoz, se enteró que Chica estaba gravemente enferma de pleuresía. Se las arregló para hacer una escapada hasta Junín y permanecer unos días junto a ella[89]. Era la época en que el triunfo parecía todavía muy lejano y, según Erminda, doña Juana no perdió la ocasión de insistir para que Evita abandonara sus locuras de teatro y se quedara tranquilamente en casa, pero ella, impaciente con las recriminaciones de su madre, se fue segura que todo cambiaría algún día. En un viaje de Chica a Buenos Aires, ésta le rogó que volviera a Junín. "Sí", dijo Evita, "voy a volver, pero no fracasada. Primero conquisto Buenos Aires; después me voy"[90]. El tiempo, la distancia y su vida en Buenos Aires, la fueron alejando cada vez más de su madre y de sus hermanas, que seguían enquistadas en su ambiente provinciano. Pero el alejamiento entre Evita y su familia no abarcó a su hermano Juan. Él también se vino a vivir a Buenos Aires y entre los dos se reanudó el lazo que durante su infancia los había hecho compañeros de juegos y amigos. Alejados del resto de la familia, el cariño que los unía se fortaleció aún más, cimentado por el buen humor de Juancito, su optimismo y generosidad y el agradecimiento por parte de Evita al sentirse apoyada y menos sola.

Después de terminar *Los jazmines del ochenta*, Evita pasó con su compañía a Radio Prieto, donde hizo dos ciclos de radioteatro, siempre con libretos de Blomberg, que duraron hasta fines de setiembre. El año siguiente, mientras continuaba haciendo radioteatro, volvió a probar suerte en el cine. En el mes de febrero, tomó parte en la filmación de *La carga de los valientes*, "una de las películas más costosas producidas hasta 1940 en la Argentina"[91]. Dirigido por Adelqui Millar, el film relataba la defensa de Carmen de Patagones y contaba con la participación de dos primeros actores de relieve, Santiago Arrieta y Anita Jordán. A mediados de año, también volvió a la escena, esta vez con la Compañía Cómica de Leopoldo y Tomás Simari. El 1 de agosto participó en el estreno de *Corazón de manteca*, de Ricardo Hicken, obra que bajó del cartel a los ocho días, y el 16 de agosto en *¡La plata hay que repartirla!,* de Antonio Botta, obra en la que representaba una gitana y que permaneció en cartelera solamente

[89] Erminda Duarte, *op. cit.*, ps. 71-72.

[90] *Ibid.*, p. 73.

[91] Di Núbila, op. cit., vol. I, p. 149. Se estrenó el 12 de junio de 1940. En el mes de marzo de ese mismo año, continuando con su actividad en radio, Evita tomó parte en un certamen patrocinado por Aceite Cocinero y la revista *Guión*. Véase *Antena*, 2 de abril de 1940.

trece días[92]. Esta sería la última vez que Evita actuaría en un escenario, pues a partir de esta fecha, se dedicó al cine y sobre todo al radioteatro.

Evidentemente, hasta 1940, los esfuerzos de Evita por triunfar en la escena porteña no habían dado resultados brillantes. No había logrado salir de las figuras de relleno o de los papeles minúsculos y mientras tanto había pasado hambre, se había tragado desplantes de primeros actores y actrices y había aguantado impotente los abusos de todos aquellos que parecían prometerle la oportunidad ansiada. Tenía que ganarse la vida y la radio le proporcionaba el medio de terminar con sus penurias. En esas circunstancias, las posibilidades económicas que ofrecía el radioteatro deben haber representado un atractivo muy grande para ella y probablemente la impulsaron a perder interés en el teatro.

En cambio, siguió insistiendo en el cine. En 1941, filmó dos películas. En la primera, *El más infeliz del pueblo*, dirigida por Luis Bayón Herrera, hacía de jovencita provinciana en edad de casarse. El célebre actor Luis Sandrini era la figura principal, pero a pesar de su popularidad, la película no tuvo mayor éxito pues "sacaba a Sandrini de sus personajes más exitosos, los de extracción popular argentina"[93]. Ni esta película, ni la siguiente le dieron a Evita el éxito que perseguía en el celuloide: *Una novia en apuros*, dirigida por el norteamericano John Reinhardt, con Felisa Mary y Pedro Quartucci, estaba técnicamente bien hecha pero no tuvo mayor trascendencia[94].

Mientras tanto, su carrera radioteatral fue en ascenso y ya a mediados de 1941 Evita firmó un contrato por cinco años que le garantizaba el patrocinio de la empresa Guerreño, productora del jabón Radical, para sus programas radiales. Su hermano Juancito, por entonces corredor de esa firma, habría sido quien le consiguió el contrato[95]. En el mes de mayo de 1942, su Compañía Juvenil de Radioteatro, que irradiaba sus programas por Radio Argentina, se trasladó a Radio El Mundo, integrada con la Compañía Candilejas de Martinelli Massa, un libretista de gran popularidad. El repertorio de Evita en sus programas de radio incluía títulos como *Una promesa de amor, Infortunio, El rostro del lobo, Mi amor nace en ti* y *La otra cara de la máscara*, novelones de la mejor tradición radioteatral.

Las actividades de Evita en estos años aparecen consignadas en las revistas de cine y radio como *Sintonía, Antena* y *Radiolandia*. A través de éstas se puede apreciar que aunque no tenía la popularidad que alcanzaría en los años '44 y '45, era ya una actriz de cierto renombre. Su fotografía había sido publicada en la tapa de *Antena* en mayo de 1939. En enero del año siguiente Radiolandia publicaba una página con cinco fotos de Evita, "la flamante estrellita de radioteatro. Juvenil, armoniosa, el cine le brinda ahora su perspectiva magnífica. Evita Duarte puede lograr en él un éxito parecido al que logró ante el micrófono, al convertirla Radio Prieto en la heroína de un romance

[92] *Programas* (Argentores), 1 de agosto de 1940 y 16 de agosto de 1940.

[93] Di Núbila, *op. cit.*, vol. I, p. 168.

[94] *Ibid*., p. 208.

[95] Así lo asegura por lo menos Erminda Duarte, *op. cit*., p. 74.

rojo de Héctor Pedro Blomberg"[96]. En marzo de 1940, otro artículo en *Radiolandia* describía una fiesta que le habían dado unos amigos en un restaurant[97]. En setiembre de 1941, cuando asistió al estreno de la película *Canción de cuna*, *Antena* tomó nota de su "llamativo sombrero" con "varias plumas de diversos colores que sobresalían en forma muy pronunciada"[98]. Además, como sucede a menudo en las revistas de este tipo, le atribuían romances con jóvenes actores tales como Marcos Zucker o Francisco de Paula o con el dueño de Pampa Films, Olegario Ferrando. En mayo de 1942, cuando transmitía *Una promesa de amor* y su compañero de reparto era Pablo Raccioppi, le tocó a éste ser su galán de turno[99].

En los primeros meses de 1943, Evita pasó por un período de inactividad pues según la revista Antena no le ofrecían ningún libreto que una actriz de su categoría pudiera aceptar[100]. A principios de junio, si tenía planes de trabajo tuvo que interrumpirlos pues una de las primeras medidas del gobierno que tomó el poder el 4 de junio de 1943 fue intervenir todas las emisoras.

En la madrugada del 4 de junio, las tropas de Campo de Mayo, comandadas por el general Arturo Rawson se sublevaron contra el gobierno del presidente Ramón J. Castillo y en pocas horas lo derrocaron. Al día siguiente, asumía la presidencia el general Pedro Pablo Ramírez. Terminaba así una época en que la Argentina había sido gobernada por una clase dirigente aferrada a un mundo que se había resquebrajado irremediablemente con la crisis de 1929, una época en que el fraude electoral y los negociados parecían haberse convertido en elementos característicos de la estructura del poder, pero en la que se habían producido también cambios económicos fundamentales que habían transformado al país.

Esa "década infame", como la denominó el periodista José Luis Torres, se había iniciado el 6 de setiembre de 1930 con la caída del viejo caudillo radical Hipólito Yrigoyen. En esa fecha, el general José Félix Uriburu encabezó un golpe cívico-militar que si bien fue instigado por la oligarquía ganadera, contó con el apoyo de casi todos los partidos políticos[101]. Su gobierno (1930-32) fue un breve interludio durante el cual la oligarquía preparó cuidadosamente su retorno a la Casa Rosada. Desechó la propuesta de Uriburu en el sentido de implantar un régimen corporativo en la Argentina y se pronunció decididamente a favor de la democracia siempre que ésta no pusiera en peligro sus intereses. Ya durante la dictadura de Uriburu, su respeto por las

---

96 *Radiolandia,* 20 de enero de 1940.

97 *Radiolandia*, 2 de marzo de 1940.

98 *Antena*, 22 de setiembre de 1941.

99 *Antena*, 2 de julio de 1942.

100 *Antena*, 21 de mayo de 1943.

101 Véase: Alberto Ciria, *Partidos y poder en la Argentina moderna* (1930- 1946), Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1968; Ernesto Palacio, *Historia de la Argentina* (1515-1957), Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1960, 3a ed., 2 vols.; "La crisis de 1930", *Revista de Historia*, Buenos Aires, n° 3; Rodolfo Puiggrós, *El yrigoyenismo*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1969; Isabel F Rennie, *The Argentine Republic*, New York, The Macmillan Co., 1945, y Marysa Navarro Gerassi, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1969.

instituciones democráticas demostró ser más débil que sus deseos de conservar a toda costa el poder y éste se vio obligado a anular las elecciones provinciales de abril de 1931 porque el radicalismo había triunfado en ellas. No tuvo dificultades en imponer su candidato, el general Agustín P. Justo, en las elecciones de 1932. Para evitar otro triunfo del radicalismo se le proscribió de las urnas.

Aunque huérfana de votos, la oligarquía logró mantenerse en el gobierno de 1932 hasta junio de 1943 gracias al fraude electoral. En 1937, la fórmula oficialista Roberto M. Ortiz-Ramón J. Castillo se impuso en elecciones fraudulentas y en junio de 1943 la maquinaria se había puesto en marcha para ratificar el triunfo del candidato seleccionado, Robustiano Patrón Costas, el magnate azucarero, presidente del Senado[102].

Por tener su economía articulada en torno del comercio de exportación, la Argentina sintió muy rápida e intensamente los efectos de la crisis mundial que se desencadenó en 1929. La política económica de los gobiernos conservadores tuvo como objetivo reajustar la integración de la estructura agropecuaria exportadora de la Argentina a la órbita del Imperio Británico, tal como existía antes de que estallara la crisis de 1929. El ejemplo más palpable de esta política es quizás el Pacto Roca-Runciman, firmado en 1935 y ratificado en términos aún más duros en 1936. Por éste, Gran Bretaña "garantizaba evitar restricciones en las importaciones de carne por debajo del 90% correspondiente al trimestre correspondiente al año terminado el 30 de junio de 1932"[103]. A cambio de esto la Argentina renunciaba a controlar sus exportaciones de carne, se comprometía a dar "tratamiento benévolo" a las inversiones británicas, a no gravar las importaciones de carbón inglés y a disminuir los gravámenes de los productos ingleses al nivel que tenían en 1930.

[102] Véase: Rodolfo Puiggrós, *La democracia fraudulenta*, Buenos Aires, Corregidor, 1972, 2a ed.; Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Hachea, 1960; José Luis Torres, *La década infame*, Buenos Aires, Ed. de Formación "Patria", 1945, y *La década infame*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1969.

[103] Guido Di Tella y Manuel Zymelinan, *Las etapas del desarrollo argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, p. 453.



Foto publicitaria de la actriz Evita Duarte, utilizada en 1945 para la promoción de programas radiales, y nuevamente en 1947, por el diario Democracia.

Pero para combatir los efectos internos de la crisis, los gobiernos conservadores se vieron obligados a abandonar su librecambismo e iniciar una política intervencionista y a la vez proteccionista que se acentuó notablemente a partir de 1939, cuando la Segunda Guerra Mundial aisló a la Argentina de sus mercados de importación. Los resultados de esta política tuvieron una consecuencia de enorme trascendencia, que fue la expansión del sector industrial. A lo largo de la década de los treinta fueron surgiendo nuevas fábricas para manufacturar sustitutos de los productos que la Argentina compraba antes de la crisis en Europa. "Entre 1936 y 1941 se fundaron 18.241 establecimientos industriales; entre 1942 y 1946 los nuevos establecimientos fueron 25.130. Es decir que entre 1936 y 1946 se instaló la mitad de los

establecimientos industriales con que contaba el país en 1946"[104]. La gran mayoría se concentró en Buenos Aires y sus alrededores. "En 1939 estaba instalado en ella el 62,2% de los establecimientos fabriles y manufactureros, con el 71% del total de los obreros y empleados ocupados, el 64% de la fuerza motriz utilizada y con un coeficiente del 73,9% del total de la producción"[105]. La mano de obra para estos establecimientos ya no provenía de Europa como en épocas anteriores sino que llegaba del interior de la República, de donde se iba empujada por la crisis que había afectado al agro. El traslado de población a la Capital Federal alcanzó a tener proporciones masivas. Según Gino Germani "durante la década de 1935-1947 la proporción de argentinos nacidos en las provincias, que se fueron a radicar en la zona metropolitana de Buenos Aires, fue equivalente a casi un 40% de todo el crecimiento vegetativo de esas mismas provincias"[106]. Arturo Jauretche nos recuerda cómo llegaban estos inmigrantes diariamente, desbordando "las estaciones de ferrocarril con su 'pelo duro' y sus rostros curtidos y el canto de su tonada provinciana"[107]. Eran los "cabecitas negras", o los "grasas" como los llamarán también.

En un período muy corto, la Argentina sufrió un acelerado proceso de urbanización e industrialización, y al igual que en otros países del mundo, esto trajo como consecuencia la aparición de una masa obrera hacinada en conventillos, inquilinatos o en viviendas precarias, con salarios de hambre y condiciones de trabajo muchas veces insalubres. "Se come poco y mal", se quejaban los obreros de la carne. "Cuando se manifiestan enfermedades no hay dinero para remedios ni para médicos. Se vive aún peor. Conventillos de lata o madera, piezas estrechas, sucias, incómodas y frías. Piezas en las que el trabajador, rendido por el cansancio, no podrá dormir porque lo habrá de impedir el ruido de las piezas vecinas que llega a las suyas como una caja de resonancia. Ni aire, ni sol, ni higiene. Por el contrario, las mejores condiciones para la tuberculosis y toda clase de enfermedades"[108]. A pesar de que el número de fábricas iba en aumento, el número de inmigrantes en busca de trabajo era siempre mayor, de allí el desempleo y los campamentos de desocupados. En 1932, en una población total de 11.658.214 habitantes, había 333.997 desocupados[109]. Estas cifras disminuyeron cuando se intensificó el proceso de industrialización, reduciéndose los desocupados a 180.700[110].

Esta nueva masa de asalariados era de origen y composición diferentes de la que existía hasta ese momento en la Argentina. Sus valores, tradiciones políticas y hasta su lenguaje son distintos. Durante toda la década del treinta sufre una fuerte represión por parte de los gobiernos conservadores, aunque

---

[104] Carlos S Fayt, *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, Viracocha, 1967, p. 80.

[105] *Idem*.

[106] Gino Germani, *Política y sociedad en una época en transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, p. 230.

[107] Arturo Jauretche, *El medio pelo*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1967, p. 186.

[108] Fayt, *op. cit*., p. 93.

[109] Dr. José Figuerola, *La desocupación en la Argentina*, 1932, Buenos Aires, Departamento Nacional del Trabajo, 1933, ps. 18-19.

[110] José Figuerola, *La desocupación en la Argentina*, 1940, Buenos Aires, Departamento Nacional del Trabajo, 1940, p. 17.

esto no le impide tener un alto grado de combatividad, que se expresa en numerosas huelgas[111]. Pero es de señalar que estos conflictos, con frecuencia creciente por reivindicaciones salariales, no tienen los resultados deseados y los obreros se ven forzados a deponer sus medidas de fuerza, transando o perdiendo las huelgas que inician[112]. Las leyes sociales existentes son inadecuadas para satisfacer sus necesidades y a pesar de que el Departamento Nacional del Trabajo debe velar sobre la aplicación de aquéllas, poco o nada hace en ese sentido[113].

En vísperas del golpe de junio de 1943, los organismos sindicales que los representaban estaban divididos en dos grandes grupos: la Confederación General del Trabajo n° 1 y la Confederación General del Trabajo n° 2. La CGT n° 1, dirigida por el ferroviario José Domenech, comprendía a la Unión Ferroviaria, el Sindicato de Cerveceros, la Unión Tranviarios, etc. La CGT n° 2, dirigida por Francisco Pérez Leirós, agrupaba a la Fraternidad, la Federación de Trabajadores del Estado, la Federación Obrera Nacional de la Construcción, etc. Existían además sindicatos autónomos, la FORA y la Unión Sindical Argentina, que comprendía gremios importantes como los telefónicos, pero las dos CGT eran las que reunían más afiliados. Aun así, su representatividad era limitada pues "sólo el 20% de la fuerza de trabajo urbano estaba sindicalizado y la mayoría de los sindicatos, cuyo núcleo central estaba implantado entre los trabajadores en el sector terciario, eran organizaciones pequeñas y fragmentadas, con la sola excepción del gremio de los ferroviarios"[114]. Desbordado por el rápido crecimiento de la masa de asalariados, dividido y separado por cuestiones ideológicas, desarrollando sus actividades en un ambiente de hostilidad y violencia, burocratizado y controlado por viejos y poderosos sindicatos como la Unión Ferroviaria, el movimiento obrero organizado parecía incapaz de responder a las necesidades de sus bases.

Este desfase visible entre las organizaciones gremiales y los trabajadores se daba también en los partidos políticos, pues no respondían a los cambios que se habían producido durante la década de los treinta. Así por ejemplo, el radicalismo, que inicialmente había tratado de volver al poder por medio de las armas, abandonó sus intentonas revolucionarias y fue reintegrado al sistema en 1935, después de reorganizarse bajo su ala más conservadora. Tanto el Partido Socialista como el Comunista tenían una fuerte influencia en el movimiento obrero y, en el caso del primero, también representantes en el Parlamento, pero ambos eran partidos menores. A partir de 1936, la preocupación por la situación europea fue adquiriendo una importancia creciente en sus posiciones y esto

---

[111] Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo/1,* Buenos Aires, siglo XXI, 1972, ps. 86-91.

[112] *Idem*.

[113] Véanse las quejas de dirigentes sindicales en: Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Actas de las reuniones del Comité Central Confederal, mayo de 1940 y octubre de 1942*, Buenos Aires, 1942.

[114] Louise Doy on, "El crecimiento sindical bajo el peronismo", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n° 57, vol. 15, abril-junio de 1975, p. 151; véase también Rubén Rotondare, *Realidad y cambio en el sindicalismo*, Buenos Aires, ed. Pleamar, 1971, ps. 131-165.

contribuyó a aislarlos de las masas, cuya frustración y reivindicaciones, fruto de las condiciones en que vivían, se hacían cada vez más agudas.

Desde el punto de vista político, la oligarquía había gobernado el país a partir de 1930 como si nada hubiera cambiado. La Argentina de 1943 exigía la modernización del aparato estatal, de la administración y de los gobiernos provinciales, la construcción de nuevas escuelas, la ampliación de la red de comunicaciones terrestres y fluviales, etc. A pesar de algunas medidas tomadas en esta dirección, por ejemplo la creación de la flota mercante de ultramar en 1941, el desequilibrio entre lo que el país necesitaba y la política de la clase dirigente se hacía cada vez más pronunciado. El estallido de la Segunda Guerra Mundial indudablemente agudizó el problema, sobre todo para las fuerzas armadas, que también enfrentaban la necesidad de modernizar su equipamiento. Ya la Guerra Civil Española había marcado el comienzo de un período en que los problemas internacionales y las divisiones ideológicas en torno del fascismo habían incidido en la política nacional. Pero lo que definió la última etapa de este proceso fue la Segunda Guerra Mundial, pues la declaración de neutralidad por parte del gobierno argentino provocó el reagrupamiento de las fuerzas políticas y éste se acentuó una vez que los Estados Unidos entraron en la guerra y comenzaron a presionar al gobierno argentino para que modificara su política exterior[115].

El derrocamiento de Castillo dejó a la mayoría de los argentinos indiferentes. Para ese entonces, las elecciones eran ocasiones en que se ponía de relieve, cada vez con mayor impunidad, el talento de la clase dirigente para falsear resultados. Para Evita, como para las demás mujeres argentinas, la posibilidad de nuevas elecciones no era asunto demasiado candente pues aunque los resultados influyeran sobre sus vidas, nada podían hacer —al igual que los analfabetos y los débiles mentales no tenían derecho a votar en elecciones presidenciales—. De todos modos, la política no era cosa que le preocupara. En este sentido, los testimonios de sus compañeros de trabajo son unánimes: lo único que parecía interesarle era ser actriz.

Hasta mediados de 1943, su vida, como la de los provincianos que desembarcaban diariamente en las estaciones de ferrocarril, transcurrió en una lucha constante por sobrevivir y triunfar. Aunque fijos en su meta, sus ojos no estaban completamente cerrados a lo que sucedía a su alrededor. La desocupación y el hambre eran tan viejos conocidos para ella como para miles de porteños pues éstos eran los años de las ollas populares, de las grandes huelgas —como las de los obreros de la construcción— de reivindicaciones salariales para actores y de las deportaciones de dirigentes sindicales. Mucho más tarde, recordaría cómo la habían golpeado la pobreza y el sufrimiento durante esos años. "Los síntomas de la injusticia social en que vivía nuestra Patria se me aparecían entonces a cada paso; en cada recodo del camino; y me

[115] Véase O. Edmund Smith Jr., *Yankee Diplomacy: U.S. Intervention in Argentina*, Dallas, Southern Methodist University Press, 1935; Rogelio García Lupo, *Historia de unas malas relaciones*, Buenos Aires, Jorge Álvarez Editor, 1964; Alberto A. Conil Paz y Gustavo Ferrari, *Política exterior argentina 1930-1962*, Buenos Aires, Huemul, 1964.

acorralaban en cualquier parte y todos los días"[116]. Los oía en la música porteña por excelencia, el tango, que reflejaba en sus versos las desventuras que sufría el pueblo[117]. Los veía hasta en su trabajo. "Mi vocación artística me hizo conocer otros paisajes: dejé las injusticias vulgares de todos los días y empecé a vislumbrar primero y a conocer después las grandes injusticias; y no solamente las vi en la ficción que representaba sino también en la realidad de mi nueva vida. Quería no ver, no darme cuenta, no mirar la desgracia, el infortunio, la miseria; pero más quería olvidarme y más me rodeaba la injusticia"[118]. "Probablemente por eso", concluye Evita, "intenté evadirme de mí misma, olvidarme de mi único tema: y me entregué intensamente a mi extraña y profunda vocación artística"[119].

Pero a partir de junio de 1943, ya no le fue tan fácil evadirse de lo que sucedía a su alrededor. Su actividad como artista de radio se vio afectada en cuanto el nuevo gobierno asumió sus funciones pues tomó el control de las estaciones de radio y las puso en manos de un interventor. En la segunda semana de junio, todas las emisoras recibieron una circular que regulaba la publicidad y pedía "la total eliminación de expresiones radioteatrales que contuvieran cuadros sombríos, narraciones sensacionalistas o relatos poco edificantes, el uso de modismos que bastardean el lenguaje, etc."[120]. Durante el mes de julio, el interventor de Correos y Telecomunicaciones, coronel Aníbal F. Imbert, siguió emitiendo circulares para recomendar la propalación de folklore en vez de tangos, determinar el número de radioteatros de treinta minutos cada uno que podían emitir las estaciones y la cantidad de capítulos que podían tener.

Las medidas del nuevo gobierno tenían el propósito de regular un medio de comunicación que había crecido muy rápidamente y sin control. La experiencia de otros países demostraba que era un poderoso mecanismo para influir sobre el proceso político y por lo tanto debía ser supervisado por el Estado. Como los programas emitidos por todas las estaciones debían además ser aprobados por el interventor de Correos y Telecomunicaciones, los artistas comenzaron a desfilar por el edificio de Correos para obtener las autorizaciones correspondientes. Fueron tantas las largas horas de espera en la antesala del coronel Imbert que, al cabo de un tiempo, Evita trabó amistad con su secretario, un empleado de Correos llamado Oscar Nicolini.

Es muy posible que Nicolini o el coronel Imbert influyeran para que Evita pudiera conseguir en los meses siguientes la firma de un contrato que marcó su vida profesional. Lo cierto es que, en setiembre de 1943, *Antena* anunció que "la celebrada primera actriz Evita Duarte, artista que ha adquirido amplio y justificado renombre a través de una larga y brillante actuación en

[116] Eva Perón, *op. cit*., p. 22.
[117] Véase Carlos Ossa, "Los tangos de la escasez", *La opinión cultural*, 1 de noviembre de 1975, p. 20.
[118] Eva Perón, *op. cit.*, p. 22.
[119] *Ibíd*, p. 21.
[120] *Antena*, 17 de junio de 1943.

emisoras importantes", iniciaría un ciclo diario de biografías de mujeres ilustres[121]. Sería transmitido por Radio Belgrano, la emisora de más prestigio en esos momentos, y su elenco contaría con el primer actor Florindo Ferrario. Comenzaría con una obra original de los escritores Alberto Insúa y Francisco Muñoz Azpiri titulada *La amazona del destino*, basada en la vida de Madame Lynch. El ciclo se inició el 16 de octubre de 1943. Se transmitió durante todo el año 1944, con alguna interrupción por indisposición de Evita, y se prolongó hasta la crisis de octubre de 1945. En total Evita hizo unas dieciocho biografías de mujeres ilustres, casi todas escritas por Insúa y Muñoz Azpiri. Algunos de sus personajes eran reinas, Isabel de Inglaterra y Alejandra Feodorevna, y otras eran grandes artistas, Isabel Bernahrdt, Isadora Duncan, etc. La única biografía de una mujer famosa contemporánea en todo el ciclo fue la de Madame Chiang Kai Shek[122].

Algunos han querido encontrar en este ciclo de radioteatro una señal de las ambiciones políticas de Evita en años posteriores. En realidad, no era ninguna novedad en la radiotelefonía argentina. Ya en 1941 Radio Prieto había ofrecido una serie de heroínas sublimes, otra de enamoradas célebres, así como una de hombres célebres. Por lo demás, otra actriz, mucho más famosa que Evita en esos momentos, Mecha Ortiz, había hecho un programa de mujeres ilustres. Lo que este ciclo indica es que por primera vez Evita trabaja con libreros escritos exclusivamente para ella y no para la figura femenina de una compañía de radioteatro. Hasta entonces, si bien encabezaba la compañía, compartía el título de primera figura con un actor que era tan importante o más que ella, como por ejemplo el caso de Pascual Pelliciotta. Finalmente, los temas en sí llevarían a pensar que la serie era ligeramente superior al tipo de novelones que había hecho hasta entonces.

El contrato que Evita firmó en setiembre de 1943 con Radio Belgrano puso fin a los años más duros de su vida de actriz. Al poco tiempo se mudó a

[121] *Antena*, 30 de setiembre de 1943.

[122] La lista de biografías comprendía:

La amazona del destino (Madame Lynch)
La reina de los reyes (Lola Montes)
Llora una emperatriz (Carlota)
Mi reino por un amor (Isabel I de Inglaterra)
Un ángel para la escena (Sara Bernhardt)
Nieva sobre mi ensueño (Alejandra Feodorevna)
La mujer que nos dieron (?)
Sumisión (Margarita Weil de Paz)
Argentina es mi nombre (?)
Alucinación (Rosario López Celaya)
La doncella de la Martinica (Josefina de Francia)
La danzarina del paraíso (Isadora Duncan)
Una mujer en la barricada (Madame Chiang Kai Shek)
Fuego en la ciudad muerta (Eleanora Duse)
La sangre de la reina huele a claveles (Eugenia de Montijo)
La paloma del águila (Lady Hamilton)
El ajedrez de la gloria (Ana de Austria)
Una lágrima al viento (Catalina la Grande)

un pequeño apartamento del Barrio Norte[123]. Se la vio llegar a los ensayos con ropa más cara, de mejor confección y elegantemente peinada, con el pelo alto, recogido. La Evita de esta época ya no es la muchacha callada, de sonrisa dulce. Es una mujer de mirada más dura, paso firme, que tiene el triunfo en sus manos. Los años le han dado seguridad en sí misma, sabe cuáles son las reglas del juego y no deja pasar las oportunidades que se le presentan, vengan de donde vinieren. Entre los numerosos chismes y rumores que se cuentan sobre su vida de actriz, especialmente en lo que se refiere a sus posibles relaciones amorosas con actores, periodistas o dueños de radio, le atribuyen un penoso fracaso sentimental. Cuando el dolor y la amargura fueron calmándose, surgió una nueva Evita, enteramente volcada a su trabajo, que no permitía que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Debían pasar todavía algunos meses para que pudiera descubrir no sólo que podían quererla con generosidad, sino que ella también era capaz de querer de nuevo. "Ese día maravilloso", recordaría años más tarde, "fue el día en que mi vida coincidió con la de Perón"[124].

[123] Según Pablo Raccioppi vivía en la calle Pellegrini al 1300, cerca de Libertador. Véase Borroni y Vacca, *op. cit.*, p. 90.

[124] Eva Perón, *op. cit.*, p. 32.

Capítulo III

El encuentro con Perón

El objetivo inmediato de las fuerzas armadas que se sublevaron el 4 de junio de 1943 era impedir que el gobierno de Castillo llevara a cabo otras elecciones fraudulentas. Y una vez obtenido este propósito, pronto quedó demostrado que los hombres que habían tomado el poder carecían de criterio uniforme para encauzar su acción de gobierno. Mientras un sector de las fuerzas armadas se había comprometido con el movimiento del 4 de junio para mantener la neutralidad argentina en el conflicto mundial, otro lo había hecho precisamente para alterar el curso de ésta. Por otro lado, aunque algunos oficiales justificaban la intervención de las fuerzas armadas por la situación imperante en el país y sobre todo por la perspectiva de otras elecciones viciadas, no estaban dispuestos a apoyar la necesidad de poner en marcha reformas fundamentales. Querían reordenar las cosas, corregir excesos perpetrados durante la "década infame", "moralizar" la función pública y, después de un tiempo, asegurar un proceso electoral sin fraude, devolviendo así el gobierno a los políticos. Otros en cambio, consideraban que el 4 de junio marcaba el fin de la era del fraude, con todo lo que eso comportaba, y que había llegado el momento de poner en marcha reformas de fondo[125].

En un primer momento, estas posiciones no aparecieron claramente definidas. Sin embargo, a medida que se fueron delineando, afectaron no sólo la composición de los gabinetes ministeriales a partir del 4 de junio, sino que eventualmente causaron la caída de Ramírez y se manifestaron dentro del propio GOU, la logia militar que jugó un papel preponderante en los meses previos al golpe y en esta etapa inicial.

En la confusión reinante, el coronel Juan Domingo Perón pronto se destacó porque parecía tener una concepción más precisa de los postulados que debían configurar el proceso iniciado el 4 de junio. Además, al poco tiempo demostró poseer un sentido político superior al de sus camaradas de armas, ambiciones de poder y un talento excepcional para ganar adeptos a su causa, una vez que empezó a definirla.

---

[125] Véase Robert Potash, *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945. Yrigoyen to Perón*, Stanford, Stanford University Press, 1969; Enrique Díaz Araujo, *La conspiración del '43. El GOU, una experiencia militante en la Argentina,* Buenos Aires, ed. La Bastilla, 1971; Juan V. Orona, *La logia militar que derrocó a Castillo*, Buenos Aires, 1966; Rodolfo Puiggrós, *El peronismo: sus causas*, Buenos Aires, ed. Cepe, 1972.

Cuando estalló la Revolución del 4 de junio, el coronel Perón era un hombre desconocido en los medios políticos. En cambio su prestigio entre sus camaradas de armas era muy grande. En el ambiente castrense se le consideraba un brillante oficial de carrera y un intelectual. Había nacido en Lobos, provincia de Buenos Aires, el 8 de octubre de 1895 y, después de pasar su infancia en la Patagonia, había ingresado en el Colegio Militar en 1911, de donde se recibió como el oficial más joven de su promoción[126]. En 1926, pasó a la Escuela Superior de Guerra y unos años más tarde, de 1930 a 1936, fue profesor de Historia Militar en esa misma institución. Tomó parte en el golpe militar contra Yrigoyen y, después de integrar la Secretaría del Ministerio de Guerra de Uriburu, fue nombrado agregado militar en Chile.

Su afición por el deporte, ya aparente en el Colegio Militar donde fue campeón de esgrima, había persistido a lo largo de los años. Excelente jinete y esgrimista, practicaba toda clase de deportes, especialmente el esquí. En 1939, fue enviado a Europa para estudiar los programas de cursos de altas montañas e invierno. Hizo entonces una larga estadía en Italia, pero aprovechó para visitar también España, Alemania, Portugal, Hungría y Austria. Su experiencia en Europa, en plena guerra mundial y durante un período en que el fascismo estaba en auge, tuvo un fuerte impacto en él[127]. De nuevo en la Argentina, fue ascendido a coronel y se incorporó al Centro de Instrucción de Montaña en Mendoza, en calidad de oficial de Estado Mayor. En 1942 volvió a Buenos Aires y pasó a la Inspección de Tropas de Montaña.

A los treinta y tres años se había casado con Aurelia Tizón, una jovencita de veinte años que se dedicó a cuidar de su casa y a esperar a los hijos que nunca vinieron. Poco después que Perón volvió a Chile, en 1938, Aurelia, o Potota como la llamaban sus familiares y amigos, se enfermó de cáncer. Murió el 10 de setiembre de 1938 y le administró la extremaunción un joven sacerdote jesuita, amigo de la familia, llamado Hernán Benítez.

En los medios castrenses, la reputación de Perón como intelectual provenía de su dedicación al estudio de todo lo relacionado con estrategia militar, especialmente desde el punto de vista histórico. Había publicado varios trabajos, entre otros, un análisis del frente oriental en la Primera Guerra Mundial, una historia de la Guerra Ruso-Japonesa y una obra sobre la estrategia de San Martín en las operaciones de la campaña de los Andes[128]. Pero además de ser un estudioso, era un maestro nato que exponía con facilidad, claridad y entusiasmo, tanto en sus clases de la Escuela Superior de Guerra, como en el Centro de Instrucción de Montaña, o en cualquier oportunidad en que encontrara un auditorio. Desde su regreso de Europa, esa pasión suya por dar charlas y conferencias a sus camaradas de armas se había intensificado, y en

---

[126] Véase Enrique Pavón Pereyra, *Perón*, 1895-1942, Buenos Aires, ed. Espino, 1952; Fermín Chávez, *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*, Buenos Aires, ed. Oriente, 1975; Jorge Newton, *Perón el visionario*, Buenos Aires, sin editor, 1955.

[127] Declaración de Perón a Félix Luna, reproducida en Félix Luna, *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972, ps. 58-59.

[128] Véase Pavón Pereyra, *op. cit.*, ps. 163-179.

múltiples ocasiones analizaba la situación europea, los cambios acaecidos en Italia bajo el fascismo que tan favorablemente lo había impresionado, las enseñanzas que se podían extraer de la situación internacional y los efectos de la Segunda Guerra Mundial en el Ejército Argentino[129].

Su nombre comenzó a adquirir trascendencia fuera de los ámbitos castrenses poco después de la Revolución del 4 de junio. El 27 de octubre de 1943 se hizo cargo del Departamento Nacional del Trabajo y exactamente un mes más tarde esa dependencia fue transformada en Secretaría de Trabajo y Previsión, dependiente de la Presidencia. Perón demostró estar convencido de la necesidad de imprimir un contenido social al movimiento militar, aun antes de estar a cargo de la Secretaría. Cuando era solamente secretario del ministro de Guerra, general Edelmiro J. Farrell, había mantenido entrevistas con dirigentes gremiales por intermedio de su amigo y colaborador, el teniente coronel Domingo A. Mercante, hijo de un ferroviario. Pero en esta etapa sus tentativas de ganar la confianza de los dirigentes gremiales se diluían ante la política represiva del gobierno de Ramírez. El 21 de julio había disuelto la CGT n° 2, que era la central obrera más combativa; el 24 de agosto había intervenido la Unión Ferroviaria y La Fraternidad y, además de atacar varios sindicatos controlados por el Partido Comunista, había encarcelado a numerosos dirigentes obreros.

[129] Luna, *op. cit*., p. 60.



4 de junio de 1946: en la escalinata del Congreso Nacional de Buenos Aires, al asumir la presidencia el general Perón, aparecen Evita y la señora de Quijano. En segunda fila, entre ambas, Lilian Lagomarsino de Guardo.

Una vez en el Departamento Nacional del Trabajo, los esfuerzos de Perón comenzaron a dar frutos, especialmente después de que fue transformada en Secretaría y que reunió a su alrededor un excelente grupo de colaboradores entre los que se destacaban Mercante, su sobrino Hugo Mercante, el mayor Fernando Estrada, el capitán Héctor Russó y el Dr. José Figuerola, jefe de Estadísticas del ex Departamento. Entre los primeros pasos que dio Perón cuando se hizo cargo de la Secretaría fue la derogación del Reglamento de Asociaciones Profesionales, decretado por Ramírez y repudiado por los obreros

por considerarlo totalitario, y el nombramiento de Mercante como interventor de la Unión Ferroviaria y de La Fraternidad.

Perón tenía en esta época cuarenta y ocho años. Alto, fornido, de aspecto vigoroso y rebosante de salud, tenía una sonrisa amplia y contagiosa que atraía inmediatamente. Extrovertido y conversador, irradiaba ya un magnetismo excepcional. Desplegaba una actividad asombrosa que empezaba de madrugada en la Secretaría de Guerra, continuaba después de una corta siesta en la Secretaría de Trabajo y Previsión Social y se prolongaba luego en reuniones en su departamento de Arenales y Coronel Díaz. Mantenía frecuentes entrevistas con dirigentes sindicales y políticos en las que explicaba los propósitos de la Revolución y escuchaba también atentamente las dificultades que le exponían, pero además encontraba tiempo para asistir a funciones oficiales y hacer visitas semi-oficiales. Así por ejemplo, a principios de diciembre visitó Radio Belgrano y recorrió las instalaciones de la emisora, donde le sirvieron un vino de honor[130]. Unos días más tarde, volvió de nuevo a esa emisora para asistir a la inauguración de "Estampas porteñas", un ciclo teatral dirigido por Arsenio Mármol. La obra que comenzaba a irradiarse se titulaba *Alucinados* y trataba de la despoblamiento del campo argentino[131]. En esta oportunidad lo acompañó una joven mujer que la prensa describió inexplicablemente como su hija y que en esos meses salía frecuentemente con Perón.

No ha sido posible determinar si Perón conoció a Evita en estas publicitadas visitas suyas a Radio Belgrano. La versión más aceptada sitúa el momento en el estadio Luna Park, el 22 de enero de 1944, durante un festival artístico a beneficio de las víctimas del terremoto de San Juan[132]. Es indudable que esa noche Perón y Evita estuvieron juntos en el Luna Park, que conversaron animadamente y que a partir de esa fecha se inicia un vínculo entre ellos. Pero en realidad, para ese entonces ya se habían visto por lo menos una vez y el encuentro había tenido lugar unos días antes en la Secretaría de Trabajo y Previsión.

El 15 de enero de 1944, un violento terremoto sacudió la provincia de San Juan sembrando el pánico en la población y dejando un saldo de miles de muertos y heridos. El Ejército se hizo cargo de la ayuda, enviada de inmediato, pero la Secretaría de Trabajo pronto se convirtió por iniciativa de Perón en un centro de coordinación para recolectar fondos para socorrer a las víctimas del siniestro y reconstruir la ciudad. Respondiendo a sus llamadas de pedido de colaboración surgieron numerosas comisiones de ayuda, entre ellas, una integrada por actores y actrices que se comprometieron a organizar un festival artístico y también a participar en colectas callejeras. Acompañados por soldados o marinos salieron con sus alcancías a pedir dinero para las víctimas del terremoto en los días previos al festival. Evita también lo hizo y es

[130] *Antena*, 9 de diciembre de 1943.

[131] *Radiolandia*, 25 de diciembre de 1943.

[132] Borroni y Vacca, op. cit., ps. 71-72. *Sintonía*, 1 de febrero de 1944, publica varias fotos del festival, inclusive una en que aparecen Perón y Evita sentados uno al lado del otro, hablando.

precisamente durante esos días, cuando iba a Trabajo y Previsión a buscar y luego depositar su alcancía, que conoció a Perón. *Radiolandia* publicó una foto del vicepresidente Farrell presenciando el recuento de las urnas traídas por los artistas en un día de colecta y entre los asistentes estaban Perón y Evita[133].

A pesar de que en *La razón de mi vida* Evita describe el día que conoció a Perón como "un día maravilloso", no agrega ningún detalle adicional. Por su parte, éste ha sido apenas más explícito. Evita entró en su vida "como traída por el destino", recuerda en su libro *Del poder al exilio*. "Fue un trágico terremoto que se abatió sobre la provincia de San Juan, en la Cordillera, y destruyó casi por entero la ciudad, quien me hizo encontrar a mi mujer." Entre todas las personas que fueron a la Secretaría de Trabajo, "había una mujer joven de aspecto frágil pero de voz resuella, de cabellos rubios que dejaba caer sobre su espalda y de ojos afiebrados. Decía llamarse Eva Duarte, era actriz de teatro y radio y quería concurrir de cualquier manera a las obras de socorro para la desgraciada población de San Juan". Perón la describe hablando con vivacidad y con fuerza. "Yo la miraba y sentía que sus palabras me conquistaban; estaba casi subyugado por el valor de su voz y de su mirada. Eva era pálida, pero mientras hablaba su rostro se encendía como una llama. Tenía las manos enrojecidas y los dedos entrecruzados, era un manojo de nervios."[134]

No obstante los recuerdos de Perón, no todo lo precisos que sería de desear pues entre otras cosas Evita no era rubia en ese momento sino morena, es probable que en esos días no tuvieran ocasión de conversar detenidamente y que ésta se presentó por primera vez la noche del 22 de enero, durante el festival artístico. Desde temprano se habían agotado las entradas y el estadio desbordaba de público que aguardaba impaciente la larga nómina de artistas que iban a actúa. Perón llegó sonriente como de costumbre, resplandeciente en su uniforme blanco, acompañando al presidente Ramírez y su esposa. Evita, vestida de negro, guantes hasta el codo y un sombrero de pluma blanca, fue al Luna Park con una cantante amiga suya, Rita Molina. Ramírez improvisó unas palabras y lo siguió Perón con un discurso que mereció una estruendosa ovación. Luego comenzó el espectáculo y durante el mismo, Evita y su amiga se acercaron a Perón, sentándose a su lado a conversar. Cuando terminó la velada, a eso de las dos de la mañana, Perón y Evita se fueron juntos.

No es difícil imaginar por qué Evita se acercó a él aquella noche. Su nombre había adquirido cierta popularidad, a raíz de sus actividades para ayudar a las víctimas del terremoto. Además de ser buen mozo y viudo, parecía

---

[133] *Radiolandia*, 8 de febrero de 1944. Evita recolectó $ 663,10 con su alcancía. La artista que más recaudó fue Libertad Lamarque: $ 3.802,90. Véase *Radiolandia*, 8 de abril de 1944.

[134] Juan Perón, *Del poder al exilio. Cómo y quiénes me derrocaron*, Buenos Aires, sin editor, sin fecha, p. 51. Esta es una colección de testimonios periodísticos de Perón. Posiblemente por eso no han tenido en cuenta algunos detalles ya que comete errores. Tal como indicamos, Evita no era rubia en ese momento, se tiñó el pelo después de conocer a Perón. Él no era ministro de Trabajo sino solamente secretario. Más adelante indica que Evita participó en la campaña electoral "hablando siempre, incitando a los desheredados a unirse a nosotros en la batalla", cuando sus discursos no aparecen mencionados en ninguna publicación y ninguno de sus colaboradores los recuerda. Véase también *Panorama*, 24 de abril de 1970.

diferente de los otros militares. Mientras éstos exhibían sus caras serias, de ceños preocupados y con gestos poco acostumbrados a los fotógrafos, él aparecía radiante, siempre dispuesto a sonreír, como si enfrentarse a la prensa hubiera sido una actividad natural en él y disfrutara enormemente de todo lo que acontecía. Esa misma mañana había acompañado a un grupo de artistas por la calle Florida, como un simple soldado. Durante el festival, fue el centro de atracción, y cuando Evita comenzó a hablar con él, se encontró con un hombre simpático, bromista, de sonrisa seductora y con el cual se sintió inmediatamente cómoda. A los pocos días, ella era su única compañía femenina, y poco tiempo después ya vivían juntos en el departamento de Perón. Allí afirma haberla conocido Arturo Jauretche en ocasión de una visita en el mes de abril[135].

El vínculo entre Perón y Evita se consolidó en los días siguientes al festival, a pesar de ser ése un momento de intensa agitación política, motivada por la ruptura de relación con el Eje, el 26 de enero de 1944. En esa semana Perón y Evita se mostraron juntos en público por primera vez. Acompañado por su amigo Mercante, Perón asistió a la transmisión del programa radioteatral de Evita y una vez terminado éste, posaron todos para los fotógrafos[136].

La presencia del coronel Perón en Radio Belgrano tenía el obvio propósito de darle un espaldarazo a Evita. Pero antes de que ésta pudiera sacar provecho de su amistad con él, vislumbró los peligros implícitos en la vida de un hombre con ambiciones políticas. El 24 de febrero estalló finalmente la crisis que se estaba gestando desde la ruptura de relaciones con Alemania y Japón, y tanto Farrell como Perón vieron peligrar sus posiciones. Reaccionando enérgicamente, consiguieron a su vez forzar la renuncia de Ramírez. Al día siguiente, Farrell asumía la presidencia y, el 26, Perón era nombrado ministro de Guerra[137].

Pasado el susto, la relación de Evita con Perón empezó a producir resultados concretos para su carrera artística. Los directores de Radio Belgrano decidieron dar mayor publicidad a sus programas: en febrero la vida de Isabel de Inglaterra, en marzo la de Sarah Bernhardt y en abril la de Alejandra Feodorevna. Firmaron un nuevo contrato con ella por doce meses con un sueldo de 35.000 pesos mensuales, "la cifra más alta que conoce la radiotelefonía hasta el presente", declararía Evita orgullosamente en un reportaje[138]. En el mes de marzo, le dieron un almuerzo para celebrar sus seis meses de actuación en la emisora y la renovación de su contrato para el resto del año y el siguiente. Y como si esto fuera poco, firmó un contrato con los Estudios San Miguel para filmar una película por la cual le pagarían 30.000 pesos. Resultó ser *La cabalgata del circo*.

La filmación de esta película, que contaba con un elenco encabezado por Libertad Lamarque y Hugo del Carril, bajo la dirección de Mario Soffici, comenzó en la segunda quincena de marzo y durante la misma tuvo lugar el

---

135 Testimonio de Jauretche reproducido en Borroni y Vacca, *op. cit.*, p. 85.

136 *Radiolandia*, 5 de febrero de 1945.

137 Ver Potash, *op. cit*., ps. 233-237.

138 *Radiolandia*, 7 de abril de 1945.

famoso incidente entre Evita y la primera actriz Libertad Lamarque, al que tanta importancia le han dado los enemigos de Evita. Las versiones sobre éste varían. Van desde la negación de que el incidente existió, hasta la descripción de una violenta discusión entre las dos por celos que terminó con Libertad Lamarque dándole una sonora bofetada a Evita[139].

Los que creen que el incidente tuvo lugar, lo presentan generalmente como un ejemplo más del carácter vengativo de Evita, ya que una vez que Perón subió al poder no habría permitido que Libertad Lamarque trabajara en la Argentina —de hecho su última película en el país es de 1947 y no volvió a filmar en estudios porteños hasta diez años más tarde—. En la autobiografía que publicó en 1986, Libertad Lamarque no explica por qué se fue de la Argentina en 1946. Ella era una de las pocas artistas argentinas con renombre continental. Para esa fecha había filmado diecisiete películas en la Argentina y había grabado numerosos discos. Fue a México después de una gira por Cuba, Colombia y otros países porque allí le ofrecían contratos de trabajo por lo menos desde 1943, mientras que en la Argentina la producción cinematográfica había decaído por la falta de película virgen. En 1942 hubo 56 estrenos, en 1943 la cifra bajó a 34 y en 1945, a 22.[140]

Desde comienzos de la década de los cuarenta, las revistas de cine publicaban numerosos artículos dedicados a este problema. Se quejaban de la falta de apoyo del gobierno a la industria cinematográfica, se lamentaban de las consecuencias que iba a tener la falta de celuloide y, a medida que pasaba el tiempo, señalaban que iba a resultar en el éxodo de artistas a países como México, donde no había dificultades en obtener película virgen de los Estados Unidos. En 1942, México, con una industria de cine incipiente, recibía 9.000.000 de metros de celuloide, en 1943 unos 11.400.000 metros y en 1944 entre 12 y 13.000.000, mientras que la Argentina solamente recibía 3.600.000 en 1943 y una cifra menor en 1944.[141] En un número de agosto de 1945, *Radiolandia* volvía a insistir sobre el tema, anunciando que ya ciertas productoras habían suspendido temporariamente los contratos de muchas de sus figuras y hasta de directores, aduciendo la absoluta imposibilidad de seguir filmando, por la carencia de celuloide[142]. El motivo de discordia con los productores norteamericanos era un decreto del Poder Ejecutivo por el cual todo celuloide importado pasaba a manos del Estado y éste lo distribuía según su parecer. Pero el entredicho formaba parte de las diferencias que enfrentaban a la Argentina y los Estados Unidos, cuyas relaciones durante todo este período eran muy tirantes.

En su autobiografía Libertad Lamarque cuenta que después de filmar dos películas, una de ellas con Jorge Negrete y dirigida por Luis Buñuel, volvió a la Argentina en 1948 para el cumplir un contrato. Allí se encontró con que no se le permitía trabajar y se fue de nuevo a México, donde la esperaban más

139 Borroni y Vacca, *op. cit*., p. 73; José Gapsitski, "Prehistoria de Eva Perón", op.ciUV' 14-
140 Di Núbila, *op. cit*., voi II, p. 9.
141 *Radiolandia*, 11 de marzo de 1944.
142 *Radiolandia*, 11 de agosto de 1945.

películas. Por lo tanto corrobora la versión de su "prohibición" pero no da una explicación, aunque acusa a Evita de manera indirecta[143]. De hecho cuando la industria cinematográfica argentina salió de su crisis, ella no volvió a filmar en la Argentina. Pero si no le ofrecieron contratos en su país, no quiere decir necesariamente que haya sido por orden expresa de Evita. Por otro lado, como lo señaló Mario Soffici, Libertad Lamarque entró y salió de la Argentina durante los años en que gobernó Perón, sin ningún impedimento[144].

En cuanto al incidente en sí, ella niega que hubo un enfrentamiento entre las dos y que le dio una bofetada. Confiesa que hubo dificultades durante la filmación debidas exclusivamente a los desplantes de Evita, pues llegaba tarde, no cumplía con sus obligaciones laborales y se hacía esperar por todos, inclusive por Libertad Lamarque. En dos ocasiones, Evita le pidió una invitación, pero ella se rehusó a acceder a su pedido, insinuando que ésta habría sido la verdadera razón por la cual Evita se disgustó con ella.[145]

Parecería que el incidente, si es que tuvo lugar, fue indebidamente exagerado. Existieron, eso sí, tensiones, y fueron motivadas tanto por la personalidad de Libertad Lamarque como por la de Evita. Aquélla era en esos momentos la actriz mejor pagada del cine argentino, una cantante de tangos de enorme popularidad y estaba acostumbrada a comportarse como una "estrella". Ya en 1941 sus excesos divísticos habían llegado a tal punto que motivaron la publicación de una crítica muy dura en *Antena*[146]. Por otra parte, la popularidad de Evita iba en aumento. Se hacía fotografiar por la famosa fotógrafa Anemarie Heinrich y *Antena* publicaba su foto en la portada, el primer retrato de Evita con el pelo teñido de rubio[147]. Unos días más tarde, *Radiolandia* salía a la calle también con la foto de Evita en la portada y en ese mismo mes de junio empezaba la irradiación de un segundo programa de radioteatro, una serie de novelas policiales[148]. Estos factores, juntamente con el respaldo que le ofrecía su vínculo con Perón, deben haber influido en el comportamiento de Evita. Se sentía lo suficientemente protegida como para, a su vez, tomar actitudes arrogantes y también demostrar sin miramientos su impaciencia ante los desplantes de Libertad Lamarque. Según Mario Soffici, que la dirigió en dos películas, Evita no era así con todo el mundo pues "aceptaba con disciplina todas las indicaciones, sin complejos divísticos"[149]. Se mostraba deseosa de aprender, era una verdadera profesional. "Fue respetuosa con el trabajo de sus compañeros y con su propio trabajo."[150]

[143] *Libertad Lamarque*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1986,. ps. 205-240.

[144] Testimonio de Mario Soffici en *La Opinión Cultural*, 22 de julio de 1973, p.4.

[145] *Libertad Lamarque, idem.*

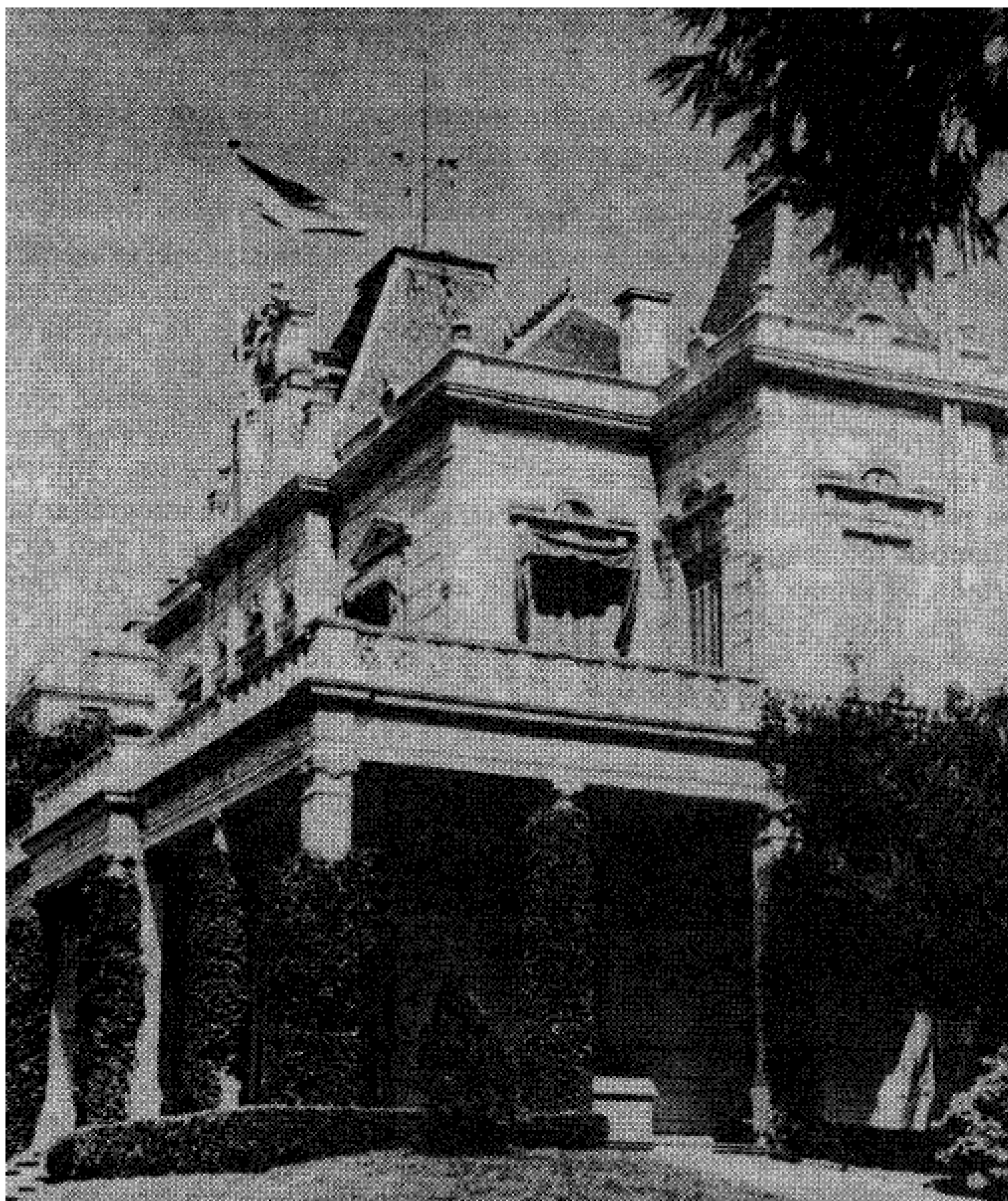
[146] *Antena*, 16 de octubre de 1941. Soffici también dice que Libertad Lamarque era una diva. La *Opinión Cultural*, 22 de julio de 1973.

[147] *Antena*, 1 de junio de 1944. Esta revista publicó otras dos portadas con la foto de Evita: el 21 de setiembre de 1944 y el 15 de febrero de 1945.

[148] *Radiolandia*, 3 de junio de 1944.

[149] Testimonio de Mario Soffici en *La Opinión Cultural*, 22 de julio de 1973

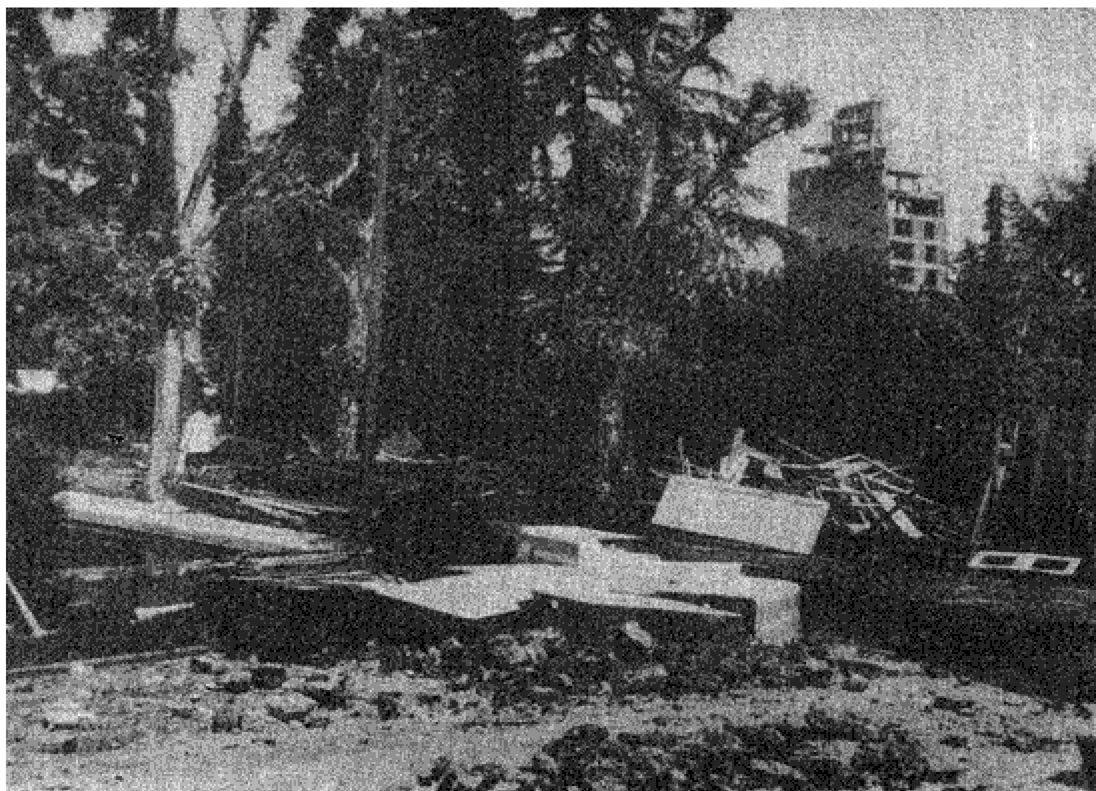
[150] *Ídem*



*El palacio Unzué, residencia presidencial entre 1946 y 1955,
en Avenida del Libertador y Austria*

Tampoco puede descontarse que la situación política no haya influido en las tensiones que surgieron durante la filmación. Para ese entonces, la acción de Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión se estaba convirtiendo en el blanco de las críticas de la oposición, es decir, la mayoría de los radicales, los conservadores, los demócrata-progresistas, los socialistas y comunistas, o sea, las llamadas "fuerzas democráticas". Para la oposición, el grupo de militares que gobernaba la Argentina era indiscutiblemente nazi y Perón más que ningún otro. Se perfilaba además como un hombre muy peligroso, tanto por sus ideas como por su acción "demagógica" y el poder que había concentrado en sus manos. A partir del 7 de julio de 1944 no solamente ocupaba la Secretaría de

Trabajo y Previsión y el Ministerio de Guerra, sino también la Vicepresidencia de la República[151].



El palacio de Unzué, demolido en 1956 para terminar con uno de los mitos populares peronistas, y para dejar lugar, años más tarde, a la construcción del gigantesco edificio de la Biblioteca Nacional.

Sin ser una militante, Libertad Lamarque, hija de anarquistas, estaba en la oposición. Durante una gira por el Brasil, había cantado para las fuerzas expedicionarias brasileñas que iban a luchar contra el Eje[152]. En el mes de setiembre de 1945, hubo un festival en el Luna Park para recolectar fondos para los demócratas que acababan de salir de la cárcel y ella participó en éste. Fue también una de las artistas que desfilaron ese mismo mes en la célebre Marcha por la Constitución y la Libertad[153].

Por su parte, Evita estaba públicamente ligada a Perón. Vivían juntos en dos apartamentos contiguos en la calle Posadas y muchas veces él iba a buscarla a los Estudios San Miguel en su auto. Por lo tanto, en el ambiente en el que ella actuaba, el odio que se estaba gestando contra Perón, implícitamente abarcaba a Evita. Además, hablaba constantemente de él, de su trabajo en la Secretaría, y lo

[151] Alberto Ciria, *op. cit.*, ps. 112-113, y Rodolfo Puiggrós, *El peronismo, op. cit..* ps. 49-51. Algunos años más tarde, el nazismo de Perón inspiró a Silvano Santander para que escribiera su tristemente famoso *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte agentes del nazismo en Argentina*, Montevideo, sin editor, 1953.

[152] *Radiolandia*, 12 de febrero de 1944.

[153] *Radiolandia*, 15 de setiembre de 1945 y 29 de setiembre de 1945.

defendía cuando lo atacaban pues comenzaba a identificarse con sus ideas. Juntamente con un grupo de gente que trabajaba en radio organizó la Agrupación Radial Argentina. Nombrada presidente de ésta, el 6 de mayo de 1944 la nueva agrupación había pedido reconocimiento como la única entidad que podía representar a artistas de radio. La Secretaría de Trabajo accedió al pedido y así lo anunció Perón en un acto que tuvo lugar en esa repartición[154].

Pero mucho más significativa que la formación de esta agrupación es su participación en un programa que comienza a irradiarse el 17 de junio de 1944, es decir, cuando todavía no había terminado la filmación de *La cabalgata*. El título de este nuevo programa era *Hacia un futuro mejor*. El número de actores que participaban en esta emisión variaba, pero el tema era siempre el mismo: la obra de la Revolución del 4 de junio y el impacto del coronel Perón en ésta. *Hacia un futuro mejor* era un programa de propaganda y en él Evita hacía de una mujer del pueblo que llamaba a todos los argentinos a responder a la revolución. Los autores de los libretos eran Francisco Muñoz Azpiri, el mismo que escribía su ciclo de mujeres ilustres y desde el 9 de junio de 1944 era director de la Sección Propaganda de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia, y Antonio E. Giménez, que también escribía libretos radioteatrales para Evita, los de sus novelas de misterio.

El lunes 14 de agosto de 1944, *Hacia un futuro mejor* dedicó su emisión al tema "*La Revolución de los soldados será del pueblo argentino*''. Comenzaba con el siguiente texto del locutor, sobre un fondo de música militar: "Aquí, en el revuelto misterioso de la calle, donde se gesta y nace una voluntad nueva... aquí, entre la masa anónima del pueblo que trabaja, calla, sufre y piensa... aquí, en las pupilas del cansancio o de la esperanza, de la justicia o la burla... aquí, en esta caravana informe que compone el motor de una ciudad capital, centro nervioso y motor de un gran país americano en marcha, aquí está la mujer que nos define un movimiento, a través de su misma intuición de madre, esposa, hermana o novia... ¡Oídla!... Es ella..."[155]. Hablaba entonces la *mujer*, o sea, Evita: "¿Os acordáis del 4 de junio? ¡Era una madrugada de acero, recia y sangrienta! Nadie la olvidará ya, porque de ella ha venido una oleada de savia nueva, estallante como un turbión que nada retacea...". Continuaba más adelante: "La Revolución no vino porque sí... La Revolución vino por algo, por algo angustioso y duro que germinaba adentro, en la raíz de las vísceras... allá donde está el odio y donde está la pasión y donde está el sentido de la injusticia, que hace fluir la sangre a las manos... La Revolución de Junio, se hizo por Juan Laguna, que volvió a su provincia... y por los trabajadores explotados... y por la iniquidad comercial, y la iniquidad electoral, y la iniquidad patriótica de un pueblo y una nación, próximos al suicidio... Un hombre, el que iba a traer al trabajo la noción de la redención —un soldado digno, uno de aquellos que vio volverse a Juan Laguna, con su cruz de hambre—, un soldado del pueblo, que sintió dentro la llama de la justicia social, fue el que ayudó decisivamente a la estallante revolución del pueblo mismo... Aquí está su voz y su confesión...

[154] *La Nación*, 7 de mayo de 1944.
[155] Libreto del programa *Hacia un futuro* mejor facilitado a la autora por Borroni y Vacca.

aclamaciones. Intercalación del discurso de Perón (Berisso)... Pero la Revolución redentora vino por muchas causas más, vino por el hambre... y vino por el alma... vino por la tierra madre, olvidada y sedienta... y vino por la injusticia y la explotación de los trabajadores"[156].

Durante más de un año, Evita hizo un programa como éste noche tras noche. En estas emisiones, hizo su aprendizaje político. Allí fue entendiendo lo que era la Revolución del 4 de junio, para quién había sido hecha y lo que representaba Perón en ella. El público que las escuchaba, en cadena a través del país, era gente que no podía leer diarios y no tenía hábito de hacerlo pero que entendía lo que estaba pasando pues veía los cambios que afectaban su vida, y pronto lo demostrará el 17 de octubre. Allí se acostumbró ella a usar un lenguaje sencillo, directo y a la vez exaltado y apasionado para hablar de política. Es un lenguaje que le es eminentemente familiar, no en vano tiene seis años de radio en su haber y para que la transición de las novelas a la vida real se hiciera aún más fácil, los libretistas de sus radiotextos son los mismos que preparan sus textos políticos.

Es posible que, como muchos otros actores y actrices, Evita hubiera apoyado la política de Perón sin haberlo conocido personalmente, pero en su caso es indudable que sus actividades son la consecuencia directa de la convivencia con él y, sobre todo, de la manera en que ambos estructuran y definen su relación. En esta instancia, la personalidad de Perón tiene una importancia decisiva pues en vez de alejar a Evita de su mundo y, como la gran mayoría de los hombres, separar su trabajo de su vida afectiva, la incluye o la deja introducirse en él. Poco importa determinar de dónde partió la iniciativa y saber si Perón impulsó a Evita o si el interés se originó en ella. Lo fundamental es que él no le puso trabas. Por empezar, aunque en el lenguaje de la época Evita era su amante y no su esposa, él no la trataba como si fuera una relación clandestina. Así, desde que empezaron a vivir juntos, Evita asistió a las reuniones que Perón mantenía en su casa con políticos y militares. En esos meses, Perón se reunía frecuentemente con políticos radicales, especialmente con el grupo de FORJA y sectores del radicalismo que no estaban de acuerdo con la dirección partidaria. Sus esfuerzos por atraer a la figura de Amadeo Zabattini fracasaron, pero en cambio consiguió ampliar la base política del gobierno con el ingreso de tres radicales en el gabinete de Farrell: Hortensio J. Quijano ocupó el Ministerio del Interior, Juan Isaac Cooke, el de Relaciones Exteriores, y Armando G. Antille, el de Hacienda.

En las reuniones que Perón mantenía en su departamento, presentaba a Evita a todo el que llegaba, y una vez que se generalizaba la conversación, ella permanecía en la sala, servía café, escuchaba y observaba sin decir una palabra. A través de estos encuentros, Evita penetraba poco a poco en un mundo desconocido para ella, en el que el único tema de conversación era la política. Nada en su vida anterior a su unión con Perón la había preparado para participar en él. En *La razón de mi vida* cuenta que alguna vez leyó "la prensa que se decía del pueblo", y descubrió que no le gustaba lo que decían los periódicos

[156] *Idem*.

de izquierda pues "se veía fácilmente la influencia de ideas remotas, muy alejadas de todo lo argentino, sistema y fórmulas ajenas, de hombres extraños a nuestra tierra y a nuestros sentimientos"[157]. Esta explicación de Evita parece ser una racionalización *a posteriori* de su falta de interés por todo lo político y es de recalcar que refleja la posición que adoptó el peronismo ante la izquierda. Además, lo lógico hubiera sido que si en algún momento sintió cierta inclinación por algún partido político fuera por el radical, pues la presencia diaria de don Pepe Álvarez Rodríguez en la mesa de doña Juana no puede haber dejado de influir sobre la familia Duarte, teniendo en cuenta el prestigio que él gozaba en Junín.

Su encuentro con Perón la había lanzado de lleno a una situación para la cual estaba totalmente desvalida. Allí estaba ella, con sus veinticinco años, su magra educación de sexto grado, actriz de género chico, cuyo horizonte cultural había sido ampliado por programas como los de sus mujeres ilustres y *Hacia un futuro mejor*, conviviendo con el hombre más poderoso del país. Los que venían a su casa eran hombres que habían estudiado en la Escuela Superior de Guerra o "doctores" que la miraban de reojo, extrañados de verla sentada en el salón, pues no estaban acostumbrados a ver mujeres en reuniones políticas —aunque estuvieran calladas— pero sin atreverse a decir nada.

Al asistir a estas reuniones, Evita no solamente descubre un mundo diferente del que ha sido el centro de su vida durante tantos años, sino que también absorbe los conceptos que Perón expone, reconoce lo que él explica y empieza a pensar en términos políticos. "Me seguía como una sombra, me escuchaba atentamente, asimilaba mis ideas, las elaboraba en su cerebro hirviente y agilísimo y seguía mis directivas con una precisión excepcional", recordaría Perón más tarde[158]. A la vez, Evita puede observar muy de cerca cómo se va definiendo la personalidad política de Perón. Es entonces que él hace su aprendizaje como hombre público, que elabora su estilo tan particular y que se convierte en un político consumado. Ella ve esa transformación, la sigue paso a paso, aprende junto con él y por lo tanto, cuando comienza a actuar, tratará de imitar el modelo que conoce tan bien.

Por otra parte, estos son años en que las crisis se suceden una tras otra. Su primer contacto con la política es pues a través de los conciliábulos y discusiones que Perón mantenía en su casa en momentos en que sus enemigos, tanto civiles como militares, no cejaban en sus tentativas de derribarlo. Los rumores de conspiraciones no cesaban. Los traidores parecían estar agazapados, esperando la oportunidad de cerrarle el paso, y así lo hicieron el 9 de octubre. Esta circunstancia no dejaría de influir sobre ella en años posteriores, pues siguió esperando que surgieran de nuevo y buscó las conspiraciones reales o falsas que amenazaban su seguridad y la de Perón.

Por el momento, sin embargo, su preocupación principal continúa siendo su carrera artística. Su ritmo de trabajo es tan intenso que en el mes de

[157] Eva Perón, *op. cit.*, p. 28.
[158] Juan Perón, *op. cit.*, p. 53.

setiembre de 1944 tiene que interrumpir sus tareas durante unos días por indicación médica[159]. Reanuda sus programas de radio el 1 de octubre de 1944 con *En el valle hay una sombra*, una novela de misterio, la vida de Rosario López Celaya y *Hacia un futuro mejor*. A los pocos días, firma un contrato con los Estudios San Miguel para filmar tres películas en 1945, por las cuales cobraría 50.000 pesos cada una y otras tres en 1946 a 80.000 pesos cada una[160].

En el mes de noviembre, junto con otros artistas, tomó parte en una programación especial con motivo del Día del Músico. Unos días más tarde, Radio Belgrano fue homenajeada por su programación de esa fecha y Evita asistió a la cena que tuvo lugar en Les Ambasadeurs acompañada por Oscar Lomuto, subsecretario de Informaciones, Francisco Muñoz Azpiri y Oscar Nicolini, ahora director general de Radiodifusión[161]. Durante la fiesta, éste le entregó un premio en reconocimiento por su actuación. En el mes de diciembre tomó parte en un programa especial emitido para fin de año[162].

En el mes de junio de 1944, *Antena* publicó una larga entrevista a Evita. En esta nota, declara que piensa hacer radio durante dos o tres años más, luego se retirará y hará un largo viaje. Su papel en *La cabalgata del circo*, película que estaba filmando en esos días, no tiene mayor importancia. "Algún día seguramente tendré en el cine el papel que yo desearía. Es más, creo que será Soffici el que me dará la gran oportunidad. Tengo una gran virtud, sé esperar." Se describe como una mujer suave, serena y no le gustaría haber sido ninguno de los personajes que representa en sus programas. "Son casi todas almas torturadas, sufrientes, acuciadas por el dolor y la desesperación. Con gran capacidad de amor y sufrimiento, reales desde luego y humanos ciento por ciento, pero con ninguno me identificaría. Los comprendo, los vivo; pero fuera del micrófono, no existen para mí. Yo soy una mujer tranquila, hogareña, amiga de la familia."

Cuenta cómo pasa el día. Se levanta a las siete, desayuna con frutas, mientras lee los diarios y su correspondencia. A eso de las diez, sale de compras o a mirar vidrieras y vuelve a almorzar a las dos. Come ligeramente, hace la siesta y por la tarde "estudio, voy a mis tareas artísticas, ceno frugalmente y me acuesto temprano, si no vienen amistades a casa". Va poco al teatro, no le agrada la vida nocturna, pero en cambio le gusta el cine, sobre todo "las películas con romance" y sus artistas favoritos son Greer Garson y Laurence Olivier. Declara pesar 54 kilos y mantenerse delgada porque come poco. Está muy contenta con su trabajo y agradecida a Jabón Radical, pues esta compañía le dio su primera gran oportunidad, cuando nadie creía en ella. No se olvida de eso y el no olvidar es ser justo, explica. "Yo soy de las que nunca olvidan"[163]. Este cuadro de vida ordenada, tranquila, sin complicaciones, poco tenía que ver

[159] *Radiolandia*, 1 de octubre de 1945.

[160] *Antena*, 14 de setiembre de 1944; *Crítica*, 17 de marzo de 1945.

[161] *Antena,* 28 de diciembre de 1944.

[162] Evita participó en el programa de Nochebuena con Ibáñez Menta. Radiolandia, 6 de enero de 1945.

[163] *Antena*, 13 de junio de 1944,

con el mundo real de Evita, con ensayos para tres programas diarios, filmación de una película y preocupaciones por las actividades de Perón, a quien no menciona. Es como si no existiera para ella.

El diseñador Paco Jamandreu, que conoció a Evita por esta época, cuenta su primer encuentro con ella, todavía en el apartamento de Coronel Díaz.

"Me pareció altísima y muy desteñida. Me impresionó su piel desde el primer día: blanca, transparente, increíble. He conocido a muy pocas mujeres con una piel semejante, casi transparente, como de marfil. Era rubia, de pasos muy largos y muy decididos. Usaba unos pantalones de satén gris planta, un chemisier celeste y zapatos blancos con grandes plataformas de corcho.

" '¡Qué cache!', pensé para mis adentros.

"Su departamento me hizo acordar a las casas burguesas de mi pueblo. De entrada uno se topaba con un comedor estilo 1940. No había detalles de buen gusto. Pero ella lo llenaba todo con su atracción. A los pocos minutos todo me pareció muy lindo, hasta sus pantalones de satén que nada tenían que ver con sus zapatos de corcho." Cuando estaban conversando, entró Guillermina, la vieja criada de Perón, para decir que el coronel quería ver al modisto.

"Perón, recostado en la cama, comía sandwiches de chorizo y tomaba vino. Confieso que de entrada me deslumbró su gran simpatía, con su enorme sonrisa.

—¿Así que vos sos el famoso Paco? Pero sos un pibe y haces modas para las mujeres. Mirá que elegiste una muy difícil, ¿eh? ¿Qué te parece? ¿Qué te parece Eva? Con ella podrás lucirte, ¿no es cierto?

—Por supuesto. Tiene una figura magnífica. Es muy bonita. Pero me parece que tiene que hacer un poco de ejercicio. Tiene un poco de pancita." Perón estalló en una carcajada sonora y dijo estar de acuerdo con Jamandreu.

"Algunos días después, cuando fui a probarla, me la encuentro haciendo ejercicios con un alemán grandote, toda enfundada en un enorme pijama de Perón, el pantalón anudado arriba del busto, las mangas arremangadas. Echaba fuego por los ojos. La preciosa melena rubia se movía de un lado para el otro al compás de los ejercicios.

—Esta es su obra. ¿Quién le mandó hablar? Usted, usted es el que tiene que hacer ejercicios a ver si crece. Usted le metió en la cabeza a ese mequetrefe que yo tengo que hacer ejercicios y para colmo con este alemán que no dice ni mu en español."[164]

En varias oportunidades, las revistas de cine habían anunciado que Evita comenzaría pronto la filmación de *Amanece sobre las ruinas*, una película basada en el terremoto de San Juan. Sin embargo, el 15 de febrero de 1945, los Estudios San Miguel revelaron que Evita sería la primera figura de *La pródiga*, un film basado en una novela de Pedro Alarcón que dirigiría Mario Soffici. La noticia

[164] Paco Jamandreu, *La cabeza contra el suelo. Memorias*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, ps. 69-70.

nada hubiera tenido de extraordinario si no hubiera sido que San Miguel había anunciado con anterioridad que la estrella de *La pródiga* sería Mecha Ortiz y que la filmación comenzaría en cuanto se resolviera el problema de película virgen[165].

Lo que había sucedido era que Evita no estaba satisfecha con el guión de *Amanecer sobre las ruinas* y cuando se enteró de cuál era el tema de *La pródiga*, usó su relación con Perón para conseguir película virgen y condicionar la entrega a que le dieran ese libreto a ella. Esta vez, la suerte le jugó una mala pasada pues no podía haber elegido una película peor para hacer su debut estelar. *La pródiga* cuenta el romance entre un ingeniero que va a construir una represa en un valle y una mujer a la que llaman "La Pródiga" por su gran generosidad. Vive recluida en una casona, ayudando y protegiendo a los lugareños, después de haber tenido una vida tormentosa y mundana. Se enamoran y él se queda a vivir con ella. La historia termina mal pues cuando él comienza a mostrarse indiferente y ella descubre que sus casas y sus tierras están hipotecadas, se suicida.

Poco hay de rescatable en esta película. La dirección de Soffici es floja. Con excepción de Angelina Pagano, los actores, entre otros Juan José Miguel y Alberto Closas, se mueven como si estuvieran en un escenario teatral. Evita no se salva, su actuación es también deficiente. Su voz es monótona, sin inflexiones, y su cara, aunque bonita, parece una máscara. La película exigía una actriz con talento dramático y bastante mayor que Evita, pues *La Pródiga* es una mujer madura. Era un papel perfecto para Mecha Ortiz. A nivel anecdótico, lo más interesante de esta película es el curioso paralelo entre el personaje y algunos aspectos de la vida de Evita en años posteriores. Cuando la gente habla de "La Pródiga", se refiere a "La Señora", que será el nombre que le darán a Evita los funcionarios de gobierno o sus colaboradores. Para los lugareños, es "la madre de los pobres" y "la hermana de los tristes", una persona "sagrada".

No hay duda alguna de que en esta instancia Evita usó la influencia de Perón para obtener lo que quería: actuar en una película como estrella, bajo la dirección de Mario Soffici. Pero no hay que olvidar que en este caso, como en otros, Evita encontró un ambiente más que propicio para hacerlo, pues los dueños de los Estudios San Miguel, por ejemplo, pensaban que al satisfacer sus deseos conseguirían favores de Perón. Lo mismo puede decirse de los directores de Radio Belgrano, pues la situación de Evita en esa emisora cambió notablemente al poco tiempo de iniciarse su relación con él. Por otra parte, el que haya usado a Perón en este caso y a Nicolini o Imbert para su primer contrato con Radio Belgrano, no justifica la descripción que generalmente se hace de ella: una actriz sin talento, pero con una gran ambición y muy pocos prejuicios, que se aprovechó de todos los hombres que pudo —militares o civiles— para triunfar. Casi todas las obras o artículos sobre Evita incluyen algún comentario sobre la calidad de su carrera como actriz y, en general, los

[165] *Radiolandia*, 11 de noviembre de 1944. En una nota sobre los estudios San Miguel, *Radiolandia* del 13 de enero de 1945 anunció que Soffici dirigiría *Amanecer sobre las ruinas* y Mecha Ortiz haría *La pródiga*, bajo la dirección de Ernesto Arancibia.

autores coinciden en describirla como "mala actriz", "partiquina" o "de tercera categoría"[166].

Para abrir juicio sobre la calidad de Evita como actriz es necesario examinar su actuación tanto en el teatro como en la radio y el cine. Hay que reconocer que su carrera teatral habría pasado totalmente inadvertida si ella no hubiera adquirido tanta notoriedad en años posteriores. Pero no puede decirse lo mismo de su carrera como actriz de radio, pues en verdad fue destacada, aun antes de que se uniera con Perón. Comienza a encabezar compañías en 1939, desplegando a partir de entonces una actividad sostenida. Este hecho, junto con la circunstancia de que libretistas cotizados le escribieran sus libretos, indicaría que, por lo menos, su actuación como actriz de radioteatro no era inferior al nivel promedio.

En cuanto a su paso por el cine, digamos que sus papeles fueron muy pequeños y que hasta el final de su carrera se la puede caracterizar como una actriz de reparto. Como no existen grabaciones de sus radioteatros, es de pensar que estos papeles cortos constituyen la base de los juicios negativos enunciados por sus numerosos críticos —que por otra parte no habían visto la única película que verdaderamente podría dar una idea de su talento como actriz, es decir, *La Pródiga*, pues ésta no fue exhibida en público hasta los años ochenta—. Ni siquiera Soffici vio la versión final. Según él mismo, "Evita no tenía muchas condiciones como actriz, pero lo bueno era que tenía un entusiasmo increíble por el cine"[167]. El padre Benítez relata que ella resumía su actuación de la siguiente manera: "En el cine, mala; en el teatro, mediocre; en la radio, pasable". Su juicio es algo exagerado, acota Benítez, "pero no muy distante de la verdad"[168].

La actuación de Evita, tanto en *La Pródiga* como en sus otras películas, no es buena pero tampoco es de calidad inferior a la de un gran número de estrellas de su época. Su voz amanerada y monocorde en esta película recuerda la de casi todas las actrices argentinas de su tiempo y la rigidez de sus movimientos nada tenía de excepcional. No es por haber sido mala actriz que Evita no llegó a ser primera figura del cine argentino. Si así fuera, ¿cómo explicar el éxito de Zully Moreno, que se movía por la pantalla como una estatua de mármol animada, o el de Libertad Lamarque, con su voz aflautada y sus ojos paralizados en una permanente expresión dolorida? La razón es otra, y tiene que ver con el tipo de películas que se producía por aquel entonces en la Argentina y el estilo de "primera figura" que los directores necesitaban. Evita no

---

[166] Véase por ejemplo: Benigno Acossano, *Eva Perón, su verdadera vida*, Buenos Aires, ed. Lamas, 1955; Mary Main, *op. cit*.; Ezequiel Martínez Estrada, *¿Qué es esto?* Catilinaria, Buenos Aires, ed. Lautaro, 1956; George I. Blankstein, *Perón's Argentina*, Chicago, Chicago University Press, 1953; Juan José Sebreli, *Eva Perón: ¿Aventurera o militante?*, Buenos Aires, La Pléyade, 1971, 4a ed. Para Sebreli, es una actriz de "ínfima categoría". Hasta una película que quiere mostrarla en sus aspectos más positivos, *Una mujer y un pueblo*, la describe como una actriz de seguida categoría.

[167] Entrevista con Mario Soffici, *La Opinión Cultural*, 21 de enero de 1973, p. 9. Soffici declaró no haber visto *La Pródiga* en una entrevista con la autora, quien, como se desprende de los comentarios, sí la vio.

[168] Hernán Benítez, *op. cit*.

encajaba en los principales tipos de heroína que el público argentino aceptaba, o sea, la mujer pecadora, la cantante de tangos o la adolescente virginal y azucarada.

Resulta un tanto extraño describir a Evita como una mujer no particularmente hermosa, una mujer cuyo rostro nada tenía de notable, sobre todo recordando su extraordinaria belleza en los últimos años de su vida. Sin embargo, en esta época, Evita era una actriz que no sobresalía por sus rasgos físicos. Por muy subjetivos que sean los criterios de belleza, no puede menos que reconocerse que actrices como Zully Moreno, Delia Garcés o María Duval, eran tan o más hermosas que ella. La naturaleza tampoco la había adornado con atributos exuberantes como los de Tilda Thamar, la famosa "bomba atómica argentina" o una cara dramática como la de Mecha Ortiz. Por otra parte, carecía de aptitud para cantar tangos como Libertad Lamarque o Tita Merello, le faltaba el talento excepcional de Nini Marshall y no tenía los rasgos angelicales de jovencita inocente y dulce como las mellizas Legrand.

Evita no desentonaba entre las artistas de su tiempo, pues si bien es indudable que la calidad del cine argentino ha mejorado sensiblemente en las últimas décadas, en los años treinta y cuarenta, ya fuera porque estuvieran mal dirigidos o porque carecían de talento, los actores por lo general, componían interpretaciones estereotipadas en las que predominaba el manierismo y el envaramiento[169]. En cuanto a las actrices, con muy pocas excepciones, se dedicaban a exhibir su hermosura, y su talento se reducía a producir miradas lánguidas o de desprecio, o mohínes inocentes, supuestamente graciosos.

Los juicios emitidos sobre la calidad de Evita como actriz aparecen como otro ejemplo más de las deformaciones a que dan motivo casi todos los aspectos de su vida. En este caso, es posible también que sufra las consecuencias de haber sido principalmente actriz de radioteatro. Los adjetivos que se usan contra ella reflejan, en parte, el desprecio que durante mucho tiempo existió en ciertos círculos por todo lo relacionado con la radio, actitud que tiene su contrapartida hoy en día con el desprecio por la televisión.

Desde principios de 1945, la relación entre Evita y Perón se había convertido en el tema de las más diversas habladurías. Dentro del ambiente artístico, ya fuera por celos o por razones políticas, al hacer el papel de *La Pródiga*, Evita se había ganado enemigos[170]. Entre los militares, la personalidad de Evita también causaba problemas, pues aunque éstos estuvieran dispuestos a perdonarle a Perón más aventuras que a otros oficiales, no podían entender que él tratara a Evita con el mismo cariño y respeto que ellos tenían para sus esposas y la presentara a todo el mundo[171]. Había tenido además "la osadía" de

[169] Di Núbila, *op. cit.,* vol. I, ps. 56-61, analiza y describe las raíces teatrales de las primeras películas argentinas.

[170] El 1 de setiembre de 1945, *Sintonía* publicó un chiste que se refería obviamente a Evita. Un hombre llega a la puerta de una casa con un ramo de flores en las manos y lo recibe la empleada diciéndole: "Manda decir la niña que no quiere saber más con usted. Ha conseguido celuloide y piensa ser estrella de cine".

[171] Luna, *op. cit.,* ps. 137-138.

invitarla al desfile militar el 9 de Julio y de llevarla también a la función de gala del Teatro Colón.

En una entrevista publicada en *Radiolandia* en el mes de abril de 1945, algunos comentarios de Evita indican sin ambages que ella era consciente de los rumores que su vínculo con Perón provocaban, aunque en estas circunstancias tampoco menciona su nombre.

Sus primeras palabras demuestran que está en guardia. "Ya ven, sólo soy una mujer... sin los atributos que me adjudican mis enemigos. Ni tampoco con los defectos que apuntan quienes no me quieren bien." El periodista añade a continuación que ninguna actriz "ha estado más adentro del rumor del ambiente" que Evita. Antes de que el autor de la nota comenzara con las preguntas, ella afirma: "Mi vida es cristalina. Mi carrera, común. Con más o menos suerte que otros". Se queja que desde hace un tiempo "se han dicho sobre mí toda clase de infundios", pero ella se merece todo el éxito que ha tenido desde hace unos años pues fue "subiendo a fuerza de dedicación a mi trabajo, de esfuerzo constante por superarme, de asimilación de enseñanzas valiosísimas... No soy, pues, como quieren hacerme aparecer aquellos que no perdonan nunca que una mujer joven llegue a posición destacada, una advenediza. Tengo más de cinco años entregados de lleno al culto de esta vocación firmísima que en mí es el arte".

La información que Evita proporciona sobre su pasado en este reportaje es por lo general vaga, en algunos casos falsa y en otros contradictoria. Asegura haber pasado su infancia en Junín, donde nació "en un hogar modesto, origen del que me enorgullezco". Aceptando que en verdad no sintiera vergüenza por haber nacido pobre, los otros datos son incorrectos. A los doce años, continúa, había decidido lo que quería ser y "a los catorce me trajeron a Buenos Aires", cuando en realidad tenía quince. Queriendo aparecer con un bagaje intelectual que no posee, recalca: "Nunca tuve la idea de que podía llegarse a un escenario sin la asimilación de un conjunto de conocimientos indispensables. Por eso no pensé en actuar cuando estuve en la Capital. Me inscribí en el Consejo Nacional de Mujeres en los cursos de declamación y arte escénico. Recién cuando completé sus cursos, cuando cumplí íntegramente el ciclo de aprendizaje de lo que consideraba indispensable, experimenté la tentación del teatro". Haciendo caso omiso de su actividad en 1935, 1936, 1937, etc., y equivocándose o mintiendo sobre la fecha, dice luego: "Y fue la gran actriz Pierina Dealessi, quien me dio la oportunidad, en 1940"[172].

Aunque los artículos de revistas como *Antena* y *Radiolandia* no pueden ser tomados demasiado seriamente como fuentes documentales, pues el propósito de estas publicaciones es promocionar a determinados artistas y crear una imagen de éstos para el público, de todos modos nos ofrecen una idea de

[172] *Radiolandia*, 7 de abril de 1945. En esta entrevista, Evita da una cuenta detallada de sus finanzas indicando cuánto gana con sus programas de radio y en los Estudios San Miguel. También relata que se ha comprado una casa en Belgrano. Evita no vivirá jamás en ella pues de su apartamento de la calle Posadas pasaría a la residencia presidencial. La casa de Evita estaba situada en la calle Teodoro García, y hasta 1952 guardaba en ella objetos de arte y regalos que le enviaban.

cómo quieren ser vistos. Así por ejemplo, en una nota publicada en 1940, se puede ver a Evita vestida para montar a caballo. El autor la describe como una deportista consumada pues hace polo, tenis, y natación y su hobby es la equitación, deportes que Evita nunca practicó cuando verdaderamente tuvo ocasión de hacerlo, o sea, después de 1945[173].

Las entrevistas y notas publicadas sobre Evita a partir de 1944 demuestran claramente su intento de crear una imagen de mujer dulce, culta y hogareña. Así lo hace en el reportaje de junio de 1944 y en otro de diciembre del mismo año. En esta oportunidad, Evita está fotografiada en su biblioteca, declara leer mucho —"los clásicos y los modernos"— y gustar de Chopin y Debussy, además de la música folklórica[174].

Esta falsa imagen de Evita se contrapone a la que se va gestando en círculos opositores y luego aparecerá en las obras antiperonistas, o sea, la advenediza, de moral muy dudosa, ambiciosa y sin escrúpulos. Basada en habladurías e insinuaciones, ha quedado estereotipada en *La mujer del látigo*, obra en la cual los hechos y la documentación brillan por su ausencia y abundan las afirmaciones gratuitas. "Eva llegó al teatro por intrigas y no por dedicación", asegura Mary Main, "por el manejo de terceros y no por estudio". Desde un principio se propuso triunfar "recurriendo al sexo como arma". Sin presentar la mínima prueba de lo que dice, resume la actuación de Evita hasta 1940 en el siguiente párrafo:

"En realidad desempeñó varios pequeños papeles y ganó su sustento a duras penas posando para anuncios y fotografías sugestivas. En una oportunidad participó en una gira por las provincias con una compañía teatral, encallada en el interior, y fue Eva quien, recurriendo a todos sus encantos, obtuvo la debida autorización para que se les permitiera actuar. Llevaba una existencia precaria que hubiera quebrado el ánimo de cualquiera menos escrupuloso y en esos años, probablemente siempre pensando en su éxito futuro, logró una serie de vinculaciones. Examinando su trayectoria parecería que poseyó dotes excepcionales —irreductible egoísmo y desvergonzada temeridad— para atraer a hombres influyentes y manejarlos después. Imperturbable ante los desaires, luchó por interesar a quienes podría utilizar más tarde y dado que la temeridad suele atribuirse a los jóvenes y que el asedio amoroso siempre halaga, Evita consiguió sus propósitos y una vez conseguidos no abandonó a sus víctimas antes de extraerles la última gota aprovechable".[175]

---

[173] *Radiolandia*, 20 de enero de 1940.

[174] *Radiolandia*, 23 de diciembre de 1944.

[175] Mary Main, *op. cit*., ps. 25-26. Como ejemplo adicional, vale la pena reproducir lo que escribe Benigno Acossano. La actuación teatral de Evita "terminó" definitivamente en los años 1940 y 1941, durante cuyo transcurso consiguió algunos papelitos en conjuntos organizados para realizar giras por el interior. En esos tiempos era su protector el viejo actor José Franco, quien con Pepita Muñoz y Eloy Álvarez encabezaban una de esas compañías, oportunidad en la que trabó Eva íntima amistad con el actor Borrás, quien la ayudó a vivir". *Op. cit*., p. 64. Siempre según Acossano, Evita se vinculó luego "con muchachos de la sociedad porteña, que la adentraron en un mundo que aún no conocía. Por ese entonces triunfaban las primeras *boîtes*, entre ellas, la más lujosa que era *Embassy*. Eva la frecuentaba muy bien vestida y con algunas alhajas, aunque no de mucho valor". *Ibid*., p. 65. Una vez que se produce

Si Evita mantuvo un silencio total sobre su vida artística después de 1945, algunas de las personas que afirman haberla conocido en este período no han sido tan discretas como ella y han hecho declaraciones[176]. El valor de estos testimonios, en todos los casos faltos de precisión y con información de segunda mano, es cuestionable, y como es de comprender, difícilmente puede ser corroborado pues ninguna de las personas a las cuales se le atribuye una supuesta relación con Evita ha admitido tenerla. Por otra parte, no deja de ser significativo que los rumores y chismes que se repiten *ad nauseam* sobre ella surgen cuando comienza a convivir con Perón y éste se convierte en el hombre clave del equipo de gobierno. Ya fueran total o parcialmente falsos, tuvieron más éxito que los esfuerzos de Evita por contrarrestarlos, pues pronto se convirtieron en verdades irrefutables para muchos argentinos.

En el reportaje de abril de 1945, Evita declaró que pensaba filmar dos películas antes de fin de año y tres el siguiente. Pero sus planes de filmación quedaron truncos al finalizar el año 1945. Terminó el rodaje de *La Pródiga* en el mes de setiembre, y antes de que pudiera ser estrenada, estalló una crisis política que determinó, entre otras cosas, que los Estudios San Miguel le entregaran la película y se acabara para siempre su carrera de actriz.

el golpe del 4 de junio, "Eva se vinculó con militares, los cuales la invitaban a fiestas íntimas y a paseos en automóvil y otros programas". *Ibid*., p. 67.

[176] Véase Borroni y Vacca, *op. cit*., ps. 48-93.

Capítulo IV

El 17 de octubre de 1945

Parte I: El líder y los descamisados

El motivo circunstancial de la crisis de octubre fue el nombramiento del amigo de Evita, Oscar Nicolini, a la Dirección General de Correos y Telecomunicaciones. Pero esta designación fue la excusa que se presentó oportunamente para que se desencadenara el conflicto, pues las causas reales tenían sus raíces en los cambios económicos y sociales impulsados por los gobiernos militares después del 4 de junio y en las nuevas condiciones políticas creadas a partir de esa fecha.

Desde el punto de vista económico, el gobierno de Ramírez y sobre todo el de Farrell, había puesto en marcha una política de franco apoyo a los sectores industriales, ampliando e intensificando algunas de las medidas iniciadas durante los gobiernos de la década anterior. La creación del Banco de Crédito Industrial (1944) y de la Secretaría de Industria y Comercio son quizá los ejemplos más representativos de esa política.

Además de adoptar medidas de carácter general, como la rebaja y luego el congelamiento de alquileres (1943) y la fijación de precios máximos para artículos de primera necesidad, los gobiernos militares también se preocuparon por mejorar las condiciones de vida y de trabajo de obreros, empleados y trabajadores del campo. Esa política social se expresó por medio de las medidas adoptadas por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión. "Nuestra Revolución tendría poca razón de ser si no pudiéramos cumplir lo que nos propusimos al ponerla en marcha", explicó cuando se hizo cargo de esa repartición: "Uno de los postulados sobresale por su importancia de todos los demás: la justicia social. En este orden de ideas, el Ejército está firmemente decidido a apoyar esa obra y no ha de consentir que ella se malogre por maniobras capitalistas, políticas o de cualquier especie."[177]

Perón empezó por desempolvar las leyes sociales que existían —en su mayoría fruto de los esfuerzos de los legisladores socialistas— y las aplicó sistemáticamente. Convidó a los dirigentes sindicales a que presentaran sus reivindicaciones en la Secretaría de Trabajo para poder satisfacerlas y

[177] Juan José Real, *30 años de historia argentina. (Acción política y experiencia histórica)*, Buenos Aires, Actualidad, 1962, p. 231.

gradualmente fue concediendo aumentos de salarios y mejoras laborales, creó estatutos para diversos gremios y tribunales de trabajo, reglamentó las asociaciones profesionales y amplió y extendió el sistema de previsión social. También propició medidas que afectaron la vida de los trabajadores del campo. El Estatuto del Peón (1944) cambió las relaciones de trabajo tanto en los establecimientos ganaderos como en los agrícolas y convirtió al peón en un obrero rural. Le dio por ejemplo un sueldo mínimo, descanso dominical, alimentación y habitación adecuadas, vacaciones e indemnización por despido. En los viñedos de Mendoza y en los ingenios de Tucumán, los trabajadores encontraron por primera vez un ambiente favorable para su agremiación y formaron la FOTIA[178].

Ese año inició asimismo una política dirigida hacia las mujeres. El 3 de octubre en un acto al que asistieron autoridades nacionales, artistas, obreras y delegaciones sindicales, Perón inauguró una nueva repartición en la Secretaría de Trabajo, la División del Trabajo y Asistencia a la Mujer. Su titular fue la doctora Lucila de Gregorio Lavié. En el acto inaugural señaló que el nuevo organismo tenía cuatro fines: "mejorar las condiciones de trabajo; regular el trabajo femenino, orientándolo por los cauces más eficientes; proteger a la maternidad y elevar el nivel cultural de la mujer".[179] En su discurso, Perón prometió la redacción de un estatuto del trabajo femenino, cosa que no llevó a cabo ni como secretario de Trabajo ni como presidente.

Perón pronunciaba numerosos discursos en los que explicaba el sentido y los objetivos de la política social del gobierno. El 2 de diciembre de 1945 la definió en contraste con la situación existente antes de que las fuerzas armadas tomaran el poder. Previamente, explicó, el Estado se mantenía "alejado de la población trabajadora. No regulaba las actividades sociales como era su deber, sólo tomaba contacto en forma aislada cuando el temor de ver turbado el orden aparente de la calle le obligaba a descender de la torre de marfil de su abstencionismo suicida. No se percataban los gobernantes de que la indiferencia adoptada ante las contiendas sociales, facilitaba la propagación de esta rebeldía porque era precisamente el olvido de los deberes patronales que, libres de la tutela estatal, sometían a los trabajadores a la única ley de su conveniencia. Los obreros, por su parte, al lograr el predominio de las agrupaciones sindicales, se enfrentaban a la propia autoridad del Estado, pretendiendo disputar el poder político"[180]. A partir del 4 de junio el Estado había asumido las funciones que le correspondían y una de sus primeras medidas había sido la creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Con ella "se inicia la era de la política social argentina. Atrás quedará para siempre la época de la inestabilidad y desorden en que estaban sumidas las relaciones entre patrones y trabajadores. De ahora en adelante, las empresas podrán trazar sus previsiones para el futuro

[178] Juan José Real, *op. cit.;* Rodolfo Puiggrós, *El peronismo, op. cit*. Rubén Rotondaro, *op. cit.,* Carlos Fayt, op. cit.

[179] *La Nación*, 4 de octubre de 1944.

[180] Argentina. Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones. *Discurso del coronel Perón sobre la Política Social del Estado. Transmitido por la Red Argentina de Radiodifusión*, Buenos Aires, 2 de diciembre de 1943, p. 2.

desarrollo de sus actividades, tendrán la garantía de que si las retribuciones y el trato que otorgan al personal concuerdan con las sanas reglas de convivencia humana, no habrán de encontrar por parte del Estado sino el reconocimiento de su esfuerzo en pro del mejoramiento y de la economía general y consiguiente engrandecimiento del país. Los obreros, por su parte, tendrán la garantía de que las normas de trabajo que se establezcan enumerando los derechos y deberes de cada cual, habrán de ser exigidos por las autoridades del trabajo con el mayor celo y sancionando con inflexibilidad su incumplimiento"[181].

El 1º de mayo de 1944, si bien el gobierno prohibió el tradicional acto obrero, Perón dirigió "un mensaje a los trabajadores" en el que destacó que el Ejército "no abandonó sus cuarteles, movido por un sentimiento de ambición. Fue el clamor de la calle, del taller y del campo el que llegó hasta ellos, para golpear a sus puertas en demanda de justicia. Y el Ejército y la Armada —parte viva de la indivisible unidad nacional— respondieron patrióticamente. Abandonaron la tranquilidad de los acantonamientos. Salieron a la calle, precedidos en su marcha por el mismo pueblo que los estimula y los aclama.

"No hubiéramos podido justificar nunca ante nuestra conciencia y ante la historia una actitud indiferente, frente a la realidad política y a la realidad social de aquella hora.

"Un deseo superior de justicia fue el motor que impulsó a la revolución triunfante".

Destacó que uno de los objetivos del gobierno era "suprimir la lucha de clases, suplantándola por un acuerdo justo entre obreros y patronos, al amparo de la justicia que emana del Estado". Los extremistas debían ser desterrados de los gremios, el capital debía ser argentino y todo el que trabajaba debía obtener "una compensación moral y material que le asegure el bienestar a que todos tenemos derechos; como asimismo, consideramos indispensable que las labores se ejerzan en un régimen humano y feliz, con sus descansos reparadores, en medios higiénicos, sanos y seguros; y sobre todo, dentro de una gran dignidad y respeto mutuo".

Estos discursos de Perón, junto con las medidas que tomaba día tras día el gobierno, fueron despertando fuertes resistencias en sectores que iban desde la oligarquía ganadera hasta los partidos Socialista y Comunista. Pero la existencia de grandes sectores de trabajadores que no militaban en filas sindicales, el aislamiento de los dirigentes de izquierda, los cuales ante la política de la Secretaría de Trabajo solamente podían ofrecer planteos ideológicos de lucha contra el fascismo y el nazismo y la adhesión de dirigentes gremiales como Ángel Gabriel Borlenghi, Juan A. Bramuglia, Luis E Gay y muchos otros más, fueron factores decisivos para el eventual triunfo de Perón. Es verdad que no lo consiguió sin violencia: las huelgas políticas fueron duramente reprimidas y muchos dirigentes sindicales comunistas pasaron largas temporadas en la cárcel.

[181] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones. *El sindicalismo justicialista a través del pensamiento de Perón*, Buenos Aires, 1951, ps. 49-50.

A medida que Perón fue poniendo en práctica su política social y aumentaba su poder, se convirtió en el objeto de una oposición cada vez más enconada por parte de todos los partidos tradicionales. Sin embargo, la reacción de los partidos ante el golpe del 4 de junio no había sido negativa, sino más bien ambigua. En realidad los únicos que apoyaron la Revolución del 4 de junio desde el primer momento fueron los radicales de FORJA y los nacionalistas. Pero ya la designación de Gustavo Martínez Zuviría al Ministerio de Educación y Culto y de otros nacionalistas en la intervención de varias universidades cambió la situación. La disolución de los partidos políticos y la imposición de la enseñanza religiosa obligatoria (ambas medidas tomadas en diciembre de 1943), el cierre o la suspensión de diarios, el encarcelamiento de dirigentes políticos y el exilio de otros, contribuyeron a que los partidos acusaran a los gobiernos militares de nazi-fascistas. La política exterior de Ramírez, en tanto procuró mantener la neutralidad de la Argentina en el conflicto mundial, fue otro factor que influyó poderosamente sobre la oposición.

Mientras tanto, Perón asistía a actos organizados por sindicatos que se habían adherido a la política del gobierno, cimentaba su apoyo y continuaba pronunciando discursos que irritaban cada vez más a la oposición. El 10 de junio de 1944, al inaugurar la cátedra de Defensa Nacional en la Universidad de La Plata analizó la situación de la Argentina en el contexto internacional, las condiciones históricas que la explicaban, el desarrollo que había alcanzado y los planes del gobierno que permitirían al país ocupar la posición que le correspondía en el mundo. El 20 de julio, la Unión Tranviarios Automotor organizó un acto en la Secretaría de Trabajo y Previsión en el que caracterizó a la Revolución del 4 de junio como "un movimiento del pueblo y para el pueblo. Varias veces he dicho que no se trata de una Revolución hecha por el Ejército, sino de un movimiento en que el Ejército se hace eco de la causa de los hombres que trabajan y elaboran la grandeza del país"[182]. El 10 de agosto, ante una concentración de obreros en Berisso, proclamó: "Ha terminado la época en que los políticos oponían al Ejército frente al pueblo. Hoy, el Ejército y el pueblo marchan en la misma dirección y por el mismo camino"[183]. Definió luego la Secretaría de Trabajo y Previsión como "la casa de los verdaderos trabajadores, la casa que ha de defenderlos a ustedes contra cualquier injusticia del pasado, del presente y del porvenir. Es, en otras palabras, la garantía de que en este país no volverá a producirse el drama de una clase trabajadora olvidada por los poderes públicos y engañada por los políticos durante más de cincuenta años"[184].

En la segunda mitad de 1944, los partidos políticos iniciaron contactos para establecer un frente de lucha contra el gobierno de Farrell. La declaración de guerra de la Argentina a Alemania y a Japón (marzo de 1945) y la llegada del

[182] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones. *Acto de la Unión Tranviarios para demostrar su adhesión a la política social del gobierno*, Buenos Aires, 20 de julio de 1944, p. 1.

[183] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *El sindicalismo justicialista a través del pensamiento de Perón*, p. 140.

[184] *Ibid*.,p. 141.

nuevo embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden, ayudaron a que el acercamiento de todos los sectores, desde la derecha hasta la izquierda, pudiera consumarse. Durante los pocos meses en que Braden permaneció en el país, actuó no solamente como el portavoz de la Junta de Coordinación Democrática, sino también como su símbolo[185].

La campaña de los "demócratas", como se denominaba a sí misma la oposición, juntamente con las presiones de sectores militares que no veían con buenos ojos la meteórica carrera de Perón y el poder que había acumulado, la política exterior que enfrentaba la Argentina a los Estados Unidos, las prerrogativas que iba adquiriendo el Estado y las reformas sociales que llevaba a cabo el gobierno, influyeron sobre éste. El 6 de julio de 1945, en la comida anual de camaradería de las fuerzas armadas, Farrell anunció que habría elecciones libres antes de fin de año. "He de hacer todo cuanto esté a mi alcance para asegurar elecciones completamente libres y que ocupe la primera magistratura el que el pueblo elija."[186]

En vez de calmar los ánimos, el anuncio de Farrell los caldeó aún más. La oposición no creía posible —o no quería creerlo— que el gobierno no estuviera "fabricando sucesiones", como tampoco querría aceptar que hubiera cambiado cuando declaró la guerra al Eje. Así, en un acto del Partido Socialista realizado en el mes de setiembre, Enrique Dickman recalcó: "El gobierno 'de facto' de la llamada revolución del 4 de junio de 1943, fue nazi, es aún nazi, y si ahora se pone el disfraz democrático, es porque el cambio de panorama del mundo lo obliga a ello"[187]. Ya fuera porque no tenía en verdad confianza en que el gobierno llevara a cabo elecciones libres o porque un sector de la oposición buscaba asegurarse el triunfo como en los mejores tiempos de la Década Infame, una vez levantado el estado de sitio (4 de agosto de 1944) aquélla empezó a pedir con renovado brío que el gobierno fuera transferido a la Suprema Corte de Justicia.

El llamado a elecciones planteaba un problema para el equipo gobernante. Después de haber afirmado repetidamente "ha terminado la era del fraude", no podía menos que propiciar elecciones enteramente libres. Esto traía aparejado el peligro de echar a perder la obra realizada desde el 4 de junio, pues en esa coyuntura, el candidato que podía asegurar que eso no sucediera era Perón, justamente el único que el gobierno no podía respaldar si no quería que recayeran sobre él y sobre la Revolución del 4 de junio las acusaciones lanzadas por los militares contra algunos partidos políticos.

Mientras tanto, Perón negaba tener aspiraciones políticas y por otro lado buscaba ampliar su apoyo entre obreros, empleados y demás trabajadores, denunciando los ataques de la oposición como una amenaza para toda la obra del gobierno. Sus discursos en los actos organizados por sindicatos se volvían

[185] Véase Rogelio García Lupo, *La rebelión de los generales*, Buenos Aires, Ed. Jamcana, 1963; Sir David Kelly, *El poder detrás del trono*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962; *Todo es Historia*, año III, N° 30, octubre de 1969.

[186] *La Prensa*, 1 de julio de 1945.

[187] *La Prensa*, 2 de setiembre de 1945.

cada vez más agresivos. Así por ejemplo, el 11 de agosto de 1945, en una concentración de obreros que tuvo lugar en la plaza Alsina de Avellaneda, Perón afirmó que "hoy la clase trabajadora tiene derechos que no dejará pisotear. Olvidan (aquéllos que lo critican) que llegan tiempos mejores para los que fueron siempre postergados; olvidan que el Estado moderno tiene compromisos con sus hombres de trabajo que no puede eludir ni por el engaño ni por el despojo... Soñamos con un futuro en el cual el pueblo nombra a sus representantes para que lo dirijan eligiéndolos, no entre los más hábiles políticos de comité ni entre los más camanduleros para hacer un fraude, sino entre los que hayan probado que son honrados y leales a la clase trabajadora".

"Esta causa, que debe ser la de toda la clase trabajadora, es la verdadera causa de la Nación y quien desertara de apoyarla sería en el futuro un desertor de la causa de la Patria. Nadie ha de hacer para las masas trabajadoras tanto como los trabajadores mismos."[188]

Los esfuerzos de Perón no tuvieron mayor éxito. Por el momento la ofensiva estaba claramente en manos de la oposición y a medida que pasaban los meses, las manifestaciones y declaraciones de los partidos eran cada vez más numerosas. A principios de setiembre, los exilados empezaron a volver de Montevideo y los partidos políticos se prepararon para una demostración de fuerza que tendría lugar el 19 de ese mes. El 18, Perón pronunció un discurso por radio atacando el acto proyectado para el día siguiente. Explicó cómo la oposición desde el primer momento se había negado a aceptar las reformas económicas y sociales. Consideraba su deber denunciar ante el pueblo en general y los obreros en particular "esta combinación oscura de elementos foráneos, espíritus reaccionarios, políticos desahuciados y plutócratas egoístas que viven enquistados desde hace años"[189].

El día 19 tuvo lugar la famosa "Marcha de la Constitución y la Libertad". Unas 200.000 personas marcharon por el centro de Buenos Aires, cantando el Himno Nacional y la Marsellesa. Encabezada por conservadores (Joaquín de Anchorena y Antonio Santamarina), comunistas (Pedro Chiaranti, Rodolfo Ghioldi y Ernesto Giùdici), socialistas (Alfredo Palacios, Américo Ghioldi y Nicolás Repetto) y radicales (José P. Tamborini y Enrique M. Mosca), la columna avanzó a los gritos de "¡Libertad y argentinos, sí; nazis, no!", "¡La unidad nacional a Perón le hace mal!"; "¡Militares al cuartel!", y finalmente una consigna lanzada por la FUA "¡Libros, sí; botas, no!", que algún tiempo después daría origen a la famosa consigna peronista "¡Alpargatas, sí; libros, no!".[190]

La marcha fue sin lugar a dudas un triunfo para la oposición. Le dio nuevas fuerzas para seguir sus embates contra el gobierno y además le ganó nuevos adeptos en los sectores liberales de las fuerzas armadas que no dejaron de tomar nota del fuerte tono anti-militarista de algunas consignas. Unos días

[188] Argentina, Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones. *Discurso pronunciado por el coronel Perón, en la Plaza Alsina de Avellaneda ante una concentración de obreros*, Buenos Aires, 11 de agosto de 1945, p. 1.

[189] *La Prensa*, 19 de setiembre de 1945.

[190] *La Prensa*, 20 de setiembre de 1945.

más tarde, el 25 de setiembre, el gobierno detuvo en Córdoba al general Arturo Rawson, coartando así los planes para una sublevación cuya proclama pedía que el gobierno fuera transferido a la Suprema Corte. El 26, Farrell volvió a imponer el estado de sitio con la consiguiente detención de numerosos políticos. En la primera semana de octubre estalló un nuevo conflicto en la universidad. Los estudiantes ocuparon varias facultades y fueron violentamente desalojados por la policía, que detuvo a unas 1.600 personas. El gobierno aparentaba carecer del mínimo apoyo popular, y lo que era aún peor, parecía incapaz de resistir los ataques de la oposición por mucho tiempo. La designación de Nicolini, el 5 de octubre de 1945, ofreció el motivo para que las fuerzas armadas intervinieran en el proceso y se produjo el enfrentamiento final con Perón.

Aunque llevaba la firma del ministro del Interior, Hortensio J. Quijano, el nombramiento fue atribuido a Perón y más precisamente a Evita, por su amistad con Nicolini[191]. El anuncio irritó a aquellos militares que no veían con agrado el vínculo entre Perón y Evita pues demostraba el ascendiente que ella tenía sobre él, única explicación posible de una relación incomprensible para ellos. Pero la razón fundamental es que contrarió a la oficialidad de Campo de Mayo, pues el jefe de una de sus unidades, el teniente coronel Francisco Rocco, aspiraba al cargo[192]. En esa guarnición se formó pronto un movimiento que en primera instancia procuró anular el nombramiento y luego buscó derrocar a Perón.

Es posible que Evita haya influido en la designación de Nicolini, pero su apoyo no fue seguramente la única razón para el nombramiento. Además de ser amigo de Evita, Nicolini se había adherido a la política de Perón desde el primer momento y lejos de ser "un oscuro empleado", como se lo describe generalmente, era en esos momentos el director general de Radiodifusión. Lo extraordinario de esa designación, como bien lo puntualizó *El Pueblo*, era que por primera vez un funcionario de la repartición con veinticinco años de servicio en ésta y en la que había ingresado como auxiliar de quinta categoría, llegara a la Dirección[193].

En el primer momento, la crisis tuvo un carácter predominantemente militar ya que se presentó como un enfrentamiento entre la oficialidad de Campo de Mayo, comandada por el general Eduardo J. Ávalos, y Perón. El 6 de octubre a la mañana, Ávalos, que era amigo íntimo de Perón, lo visitó en el Ministerio de Guerra para expresarle el desagrado de los oficiales de Campo de Mayo ante el nombramiento de Nicolini. Como Perón rehusó retirarlo, presionado por sus oficiales, el comandante de Campo de Mayo entrevistó a Farrell y luego volvió a encontrarse con Perón, esta vez en su apartamento de la calle Posadas. Era sábado y Evita estaba en casa. Asistió a la entrevista y en un

[191] Véase por ejemplo *Ahora*, 16 de octubre de 1945, p. 2: "La copa fue rebasada con el nombramiento del señor Nicolini para el cargo de director de Correos, por haberse atribuido ese nombramiento, no a los méritos de dicha persona, sino a su emparentamiento con una persona de la amistad íntima del coronel Perón".

[192] Véase Luna, *op. cit.*, p. 215.

[193] *El Pueblo*, 1 de octubre de 1945.

momento dado intervino en la discusión, apoyando las negativas de Perón. "Lo que tendrías que hacer es dejar todo de una buena vez y retirarte a descansar... ¡Que se arreglen solos!", habría estallado Evita[194]. Tanto su presencia como sus palabras deben haber irritado aún más a la oficialidad de Campo de Mayo cuando el jefe militar informó sobre lo acontecido.

Ávalos y Perón acordaron, sin embargo, que éste recibiría una delegación de Campo de Mayo en el Ministerio de Guerra el lunes 8. Ese día, Perón cumplía cincuenta años. Hubo una pequeña fiesta en el Ministerio durante la cual recibió a sus compañeros de armas, que le regalaron una cigarrera de oro[195]. Luego tuvo lugar la entrevista con los oficiales de Campo de Mayo, que concluyó sin que prevaleciera ninguna posición. El desenlace se produjo el 9, pues ante la determinación de la guarnición, Farrell pidió a Perón que renunciara a sus tres cargos. Así lo hizo, y a renglón seguido, redactó su solicitud de retiro del Ejército. Quijano anunció la renuncia de Perón juntamente con una declaración del gobierno en la que indicaba que el 12 de octubre se firmaría un decreto llamando a elecciones para el mes de abril.

Estos hechos introdujeron dos nuevos elementos en el cuadro. Por un lado, se intensificó la actividad de los políticos —que no habían permanecido ajenos al planteo de Campo de Mayo— en el sentido de que el gobierno fuera inmediatamente transferido a la Suprema Corte, sin esperar el proceso electoral. Por otro, generó la movilización de los obreros que vieron la renuncia de Perón como una amenaza para las conquistas que habían obtenido hasta entonces. El mismo 9 de octubre, unos setenta dirigentes sindicales se reunieron y nombraron una delegación para que se entrevistara con Perón. Por intermedio del mayor Estrada, el grupo, entre los que estaban Alcides Montiel, Ramón V. Tejada y Luis F. Gay, se puso efectivamente en contacto con él al día siguiente[196].

En esta etapa, sin embargo, la participación de los obreros y de los dirigentes sindicales en la crisis permaneció en un plano secundario, ya que lo que atraía la atención del público eran las reuniones de los militares en el Círculo Militar, el debilitamiento progresivo del gobierno de Farrell por las renuncias de sus ministros —el 13 de octubre contaba solamente con dos ministros, el general Ávalos y el almirante Héctor Vernengo Lima— las gestiones del procurador de la Nación, Dr. Juan Álvarez, para formar un nuevo gabinete a pedido de Farrell y la euforia de "los demócratas", que ya veían la partida ganada. El 12 de octubre reunidos en la plaza San Martín pedían la entrega del gobierno a la Corte en una manifestación que se prolongó casi

[194] Luna, *op. cit.*, p. 215, y *Acontecimientos militares en Campo de Mayo entre los días 6 y 19 de octubre de 1945* (panfleto).

[195] *El Pueblo*, 9 de octubre de 1945.

[196] Véanse las gestiones de Monzalvo en: Luis Monzalvo, *Testigo de la primera hora del peronismo*, Buenos Aires, ed. Pleamar, 1945, p. 167. También Samuel L. Baily, *Labor Nationalism and Politics in Argentina*, New Brunswick, Rutgam University Press, 1967, p. 88. Juan Carlos Torre, "La CGT y el 17 de Octubre de 1945", *Todo es Historia*, N° 105, febrero de 1976.

durante todo el día y que terminó con un saldo de un muerto y treinta y cuatro heridos[197].

En esos momentos, la derrota de Perón parecía total. El 10, o sea, al día siguiente de presentar su renuncia, fue a despedirse de los funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Respondiendo a una sugerencia de los dirigentes sindicales que lo habían entrevistado ese mediodía, dirigió la palabra a unos 15.000 obreros y empleados reunidos en la calle, frente a la repartición. En su discurso, transmitido a todo el país por la red oficial de radiodifusión, Perón recalcó que la Revolución del 4 de junio no solamente quería garantizar comicios libres sino que también tenía un programa económico y social. Recapituló la obra que había realizado desde la Secretaría y anunció que había firmado dos decretos antes de abandonarla, uno aumentando los salarios y otro implantando el salario móvil, vital y básico. Afirmó que el presidente Farrell le había prometido que se mantendrían las conquistas sociales y terminó pidiendo "el máximo de tranquilidad a todos los trabajadores del país. Tranquilidad y calma es lo que necesitamos para seguir estructurando nuestras organizaciones y hacerlas tan poderosas que, en el futuro, sean invencibles. Y si algún día fuese necesario, he de formar en sus filas para obtener lo que sea justo... Pido orden para que sigamos adelante en nuestra marcha triunfal; pero si es necesario, algún día pediré la guerra"[198].

Este discurso fue el último acto público de Perón hasta el 17 de octubre y tuvo la virtud de encolerizar a sus enemigos de Campo de Mayo. Desde su punto de vista, no dejaban de tener razón, pues no era el discurso de un hombre derrotado sino el de un militar que ha perdido una batalla, se ve obligado a replegar sus fuerzas pero mientras lo hace las prepara para volver al ataque. Era el discurso de un político que aparentaba tener confianza en sí mismo y en quienes lo respaldaban. Así lo deben haber entendido sus enemigos, pues exigieron su arresto.

Evita asistió al acto de la Secretaría de Trabajo, perdida en el público. La tensión de los últimos días había sido grande para ella. Siempre que Perón estaba en casa, permanecía a su lado descuidando sus propias actividades. Cuando él se iba al ministerio, ella se quedaba en el apartamento pendiente del teléfono, ansiosa por saber los últimos rumores que venían de Campo de Mayo. Había un constante ir y venir de gente, colaboradores y amigos que llegaban para comentar la situación. Fueron días y noches de tensión que solamente disminuyó por unas horas cuando Perón finalmente presentó su renuncia. Entonces ella también sintió los efectos de la crisis política en su propia carrera, pues Radio Belgrano canceló sus programas[199]. Todo se derrumbaba a su alrededor, y para colmo, el discurso de Perón frente a la Secretaría empeoró las cosas a tal punto que sus, colaboradores más inmediatos empezaron a temer un atentado contra él. Juntamente con Evita, Perón abandonó su casa para ir a pasar la noche en el departamento de Elisa Duarte —en ese entonces ya casada

[197] *La Prensa*, 13 de octubre de 1945.
[198] *El Pueblo*, 11 de octubre de 1945.
[199] Luna, *op. cit*., ps. 235-236.

con el mayor Arrieta—[200]. A la mañana siguiente, acompañados por Juan Duarte y Rodolfo Freude, un amigo de Perón, salieron de Buenos Aires, hacia una isla del Tigre. Sólo consiguieron unas horas de paz, pues el 12 a la noche fueron traídos de vuelta a la ciudad por el nuevo jefe de Policía, el coronel Aristóbulo Mittelbach. A medida que el auto se acercaba a Buenos Aires, la angustia de Evita aumentaba y no podía contener el llanto. Una vez en su apartamento, Perón se afeitó y se cambió. Después de despedirse de Evita con un largo abrazo, desapareció en la noche, camino a la cañonera *Independencia*, que lo llevaría preso a la isla Martín García, bajo la custodia de la Marina.

La prisión de Perón, lejos de asegurar su derrota, fue el factor que alteró totalmente las coordenadas de la crisis, ya que impulsó a los trabajadores a tomar medidas para obtener su liberación y así defender los derechos que él simbolizaba y que veían peligrar. Ayudados por colaboradores de Perón, que eran también funcionarios de la Secretaría de Trabajo, como el capitán Russo, Hugo Mercante, el teniente coronel Mercante (hasta que fue detenido), su secretaria Isabel Ernst, el mayor Estrada, y de dirigentes sindicales como José Argaña, Cipriano Reyes, Libertario Ferrari, Mariano Tedesco, Gay, Montiel, y muchos más que se encargaron de repartir la noticia de la prisión de Perón y de mantener a sus bases en pie de alerta, los obreros organizaron manifestaciones relámpago en Berisso y Avellaneda. Continuaron el 13, mientras aumentaba el número de dirigentes gremiales que se ponían en contacto con el secretario de la CGT para declarar una huelga general por la liberación de Perón[201].

La inquietud en los medios obreros comenzó a surtir efecto, a pesar de los esfuerzos de diarios como *La Prensa* para restarle importancia. La única publicación que apoyaba francamente a Perón en estos momentos era *La Época*, un diario de titulares sensacionalistas dirigido por Eduardo Colom, un ex radical[202]. El 14 de octubre, la prensa publicó una carta abierta de Perón al general Ávalos, en la que pedía explicaciones por su detención y exigía su libertad inmediata. Desorientado, sin gabinete, el gobierno empezó a dar marcha atrás y emitió un comunicado negando que Perón estuviera preso. Pero las movilizaciones no decayeron pues corrió la voz de la detención de Mercante, los trabajadores descubrieron que algunos empresarios se rehusaban a pagar el feriado del 12 de octubre y encontraron las puertas de la Secretaría de Trabajo cerradas a sus reclamos. El 13 de octubre, el nuevo secretario, Dr. Juan Fentanes, pronunció un discurso en el que prometió equidad para el capital y para el trabajo, lo cual para los obreros quería decir: ha comenzado la marcha atrás[203].

---

[200] A partir del día 12 de octubre, los horarios de radioteatro de Evita pasaron a ser ocupados por *Programas especiales*. Véase por ejemplo *La Prensa*, 12 de octubre de 1945.

[201] Erminda Duarte, *op. cit*., p. 84.

[202] Cipriano Reyes, *Yo hice el 17 de Octubre. Memorias*, Buenos Aires, GS editorial, 1973, ps. 213-216. A pesar del título de Reyes, fueron muchos más los dirigentes sindicales que se movilizaron para apoyar a Perón. Véase una lista en Hugo Gambini, *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, ed. Brújula, 1969, p. 75, y Juan Carlos Torre, *op. cit*.

[203] Colom no flaqueó en su apoyo a Perón y en los días previos al 17 de octubre, su diario buscó insistentemente provocar la movilización de los partidarios del coronel.

El 15 de octubre, la FOTIA declaró la huelga general en Tucumán, y el 16, el Comité Central Confederal de la CGT se reunió para considerar la misma medida propuesta por el Comité Administrativo el día anterior. Las discusiones del CCC revelan que los líderes sindicales tenían una visión muy clara de la situación[204]. Al iniciarse la sesión, el dirigente ferroviario Silverio Pontieri, Secretario General de la CGT, recapituló el informe presentado por el secretario a la Comisión Administrativa, apuntando que no necesitaba relatar todos los hechos que habían culminado con el encarcelamiento de Perón. "Como todos ustedes saben, los trabajadores se sintieron justamente alarmados por estas cosas, porque ellas a su vez venían acompañadas de distintas medidas de represalias que los patrones más reaccionarios estaban tomando contra sus obreros y las organizaciones sindicales." Los informes de los distintos gremios afiliados a la CGT en todo el país fueron dando cuenta al secretario de "que la clase obrera se encontraba extremadamente alarmada por la forma en que se venía presentando la campaña de reacción patronal". El secretariado decidió entonces entrevistarse con el ministro de Guerra, general Ávalos. "En esta oportunidad hicimos notar al Señor Ministro nuestro punto de vista sobre el problema, y le participamos nuestra decisión de luchar en defensa de las conquistas sociales. También le expusimos que la clase obrera de nuestro país se sentía justamente alarmada por la detención del Coronel Perón y por su confinamiento (?) en la Isla de Martín García, por cuanto los trabajadores relacionaban la campaña de reacción patronal contra las conquistas sociales con la detención y con las medidas que se tomaron precisamente contra el hombre que en razón de su desempeño en la función de gobierno había posibilitado la obtención de esas conquistas. Expresamos que únicamente la libertad inmediata del Coronel Perón traería tranquilidad a los hogares obreros y a la familia argentina. El general Ávalos nos contestó que el Coronel Perón no estaba detenido, sino que había sido puesto bajo custodia para su propia seguridad pues el Gobierno tenía informes de que algunos exaltados querían matarlo, lo que sería una desgracia para el país."

Según Pontieri, Ávalos insistió repetidamente que las conquistas sociales serían respetadas. El secretariado solicitó entonces una entrevista con Farrell y a su vez accedió a reunirse con Fentanes, quien también les aseguró que las mejoras sociales serían mantenidas y que, a su juicio, una huelga general en esos momentos sería contraproducente. Esta era la información que el Comité Administrativo había discutido antes de enviar la declaración de huelga general al CCC. Pontieri añadió que esa misma mañana, el secretario de la central obrera se había reunido con Farrell, quien les dijo que todo se arreglaría, les pidió "un plazo hasta tanto la situación se aclarase mejor y que mientras tanto el Ejército seguiría sosteniendo las conquistas obreras". El secretario le señaló su inquietud ante la integración del nuevo gabinete, "con figuras todas representativas de la oligarquía tradicionalmente enemiga de los trabajadores",

[204] Véase en el discurso de Fentanes en *La Prensa*, 14 de octubre de 1945.

que no estaban de acuerdo con que el gobierno fuera entregado a la Suprema Corte y finalmente "sus serias preocupaciones" por la situación de Perón[205].

El informe de Pontieri buscaba aplacar los ánimos. Según él mismo, la crisis ya estaba en vías de solución, el gobierno había pedido un margen de tiempo, lo cual era razonable, las conquistas logradas iban a ser mantenidas y pronto habría un comunicado del ejecutivo anunciando que Perón no estaba detenido, por lo tanto las medidas de fuerza debían ser postergadas. La cuestión tal como se planteó para los delegados era ¿qué hacer con la huelga que ya había sido declarada de hecho por las bases? Detenerla y tratar de encontrar un compromiso con los militares o declararla, pues como dijo Ramón Bustamante, dirigente del Sindicato de la Carne de Rosario, si el CCC "no resuelve la huelga general les puedo asegurar que será impotente para contener la huelga general que se producirá lo mismo por el estado emotivo de los trabajadores. Es decir, que nosotros no dirigiremos este movimiento, con los consiguientes perjuicios que esta situación puede ocasionar a la clase obrera y al país porque sería un movimiento inorgánico"[206].

La respuesta no era tan simple como podría parecer a primera vista pues había otro problema implícito en la posición que adoptaría la CGT y era la actitud que debía tomar el movimiento obrero frente a Perón. Si bien todos los delegados reconocían lo que él había significado para la clase obrera, estaban divididos en cuanto a la posición que la central debía adoptar frente a su encarcelamiento. Según Néstor Álvarez (Unión Tranviarios) "hay que dejar bien establecido que la Confederación General del Trabajo, por razones de principio, no puede declarar la huelga general solicitando la libertad del Coronel Perón. Tenemos una deuda de gratitud con él pero nuestros principios son los que orientan el movimiento obrero... La CGT no puede aparecer como saliendo a la calle en defensa del Coronel Perón. Eso sería enajenar el futuro de la Central Obrera. Si resolvemos declarar la huelga, repito que tendrá que decirse bien claro que ello es en defensa de las conquistas obreras amenazadas por la reacción capitalista, caso contrario demostraremos que nuestra vida terminó cuando Perón"[207].

[205] El acta de la reunión del Comité Central Confederal aparece reproducida íntegra en "La CGT y el 17 de octubre de 1945", *Pasado y Presente*, N° 2, año IV, julio/diciembre de 1973, ps. 403-423.

[206] *Ibid*., ps. 406-408.

[207] *Ibid*., ps. 412-413.



Navidad de 1946. Evita y Atilio Renzi reparten pan dulce y sidra en Vicente López, suburbio de la capital argentina.

Para Libertario Ferrari (Asociación de Trabajadores del Estado), la puja entre Ávalos y Vernengo Lima podía ser acentuada con provecho por la CGT.

"En concreto, la situación sería ésta: Ávalos está con Perón y Vernengo Lima está contra Perón. Me parece entonces que nuestra actitud va a reforzar la posición del primero y tendrá como consecuencia inmediata la libertad del Coronel y el aseguramiento de todas nuestras conquistas. Tenemos que aprovechar este momento excepcionalmente favorable para nosotros, pues si no habremos perdido la lucha por muchos años. No olvidemos que la oligarquía está unida al comunismo y los comunistas no necesitarán mucho tiempo para quitarnos la dirección del movimiento obrero, y entonces estará todo perdido"[208].

El planteo de Néstor Álvarez fue compartido principalmente por los delegados de la Unión Ferroviaria, el gremio más poderoso en los últimos diez años y también el que había controlado consistentemente la CGT. Pero fue asimismo un ferroviario, Ramón V. Tejada, el que mejor sintetizó el impacto de Perón en el movimiento obrero organizado y en los trabajadores a partir de 1943. Por mucho que se le dé vuelta al asunto, empezó Tejada, "si hemos de declarar la huelga general ella será por la libertad del Coronel; por más que esgrimamos otros argumentos éste es el punto básico de nuestra actitud, o para mejor decir, de la clase obrera. Hay un sentimiento muy profundo entre los trabajadores por causa de la detención del Coronel Perón, especialmente en el interior del país, porque el Coronel Perón ha sido el único que ha hecho justicia a las aspiraciones obreras concretándolas en las conquistas que ahora están amenazadas. Si la CGT pide y gestiona la libertad del Coronel Perón, no vulnerará los principios sindicales porque podemos decir ahora que el Coronel Perón es uno de los nuestros porque se ha acercado a la clase obrera para defenderla". La obra de Perón en el interior "tiene un carácter profundamente revolucionario" por las condiciones en que vivían los trabajadores, explicó Tejada, y la realidad es que antes de 1943 no se agremiaban, "sin embargo, bastó que las autoridades revolucionarias con el Coronel Perón a la cabeza empezaran a realizar su obra de justicia social, aumentando los salarios y velando por el cumplimiento estricto de las leyes que protegen al trabajo, amparando a los obreros, para que éstos despertaran de su letargo y acudieran en masa a los sindicatos desde los cuales nosotros los llamábamos desde hace muchos años". Los beneficios adquiridos mediante la Secretaría de Trabajo han motivado la reacción ante los últimos acontecimientos, producidos "contra el hombre que posibilitó la creación de ese movimiento obrero de masas grandes que actualmente tenemos y no el raquítico en el que vegetábamos unos cuantos hombres de lucha"[209].

Durante la discusión se presentaron dos mociones y la que triunfó finalmente no mencionó a Perón. La huelga general fue declarada por 24 horas a partir de la hora cero del día 18 en defensa "de las conquistas obtenidas y las por obtener y considerando que éstas se hallan en peligro ante la toma del poder por las fuerzas del capital y la oligarquía"[210]. El cómputo dio el siguiente

[208] *Ibid*., ps. 410-411.
[209] *Ibid*., ps. 420-421.
[210] *Ibid*., ps. 411-412.

resultado: dieciséis votos contra once, nueve de estos últimos, de miembros de la Unión Ferroviaria.

Ese mismo día, mientras el Comité General Confederal debatía qué resolución adoptar, la huelga ya estaba en la calle en varias ciudades. En la Capital, las fábricas de Avellaneda habían parado parcialmente y los obreros habían comenzado a recorrer algunos barrios de Buenos Aires.

Mientras tanto, Perón había llegado a Martín García, preocupado por Evita, a quien había dejado en un agudo estado nervioso y llorando, y abatido, pues sólo le quedaba contemplar el final de su corta carrera política. Pero al día siguiente, recibió la visita de su médico y amigo y también funcionario de la Secretaría de Trabajo, el capitán médico Ángel Mazza. El encuentro con Mazza lo reanimó pues se enteró de que no todos sus compañeros de armas lo habían abandonado y que había dirigentes sindicales dispuestos a apoyarlo en estos momentos críticos. Mazza volvió de Martín García con varias cartas, inclusive una para Evita, y la noticia de que Perón estaba enfermo. Convenció a Farrell de que el coronel debía ser retirado de la isla, pero el almirante Vernengo Lima insistió en que fueran dos médicos civiles a comprobar la naturaleza de la enfermedad. Así lo hicieron el 16, aunque Perón, alertado por Mazza, no se dejó revisar. Vernengo Lima ordenó entonces que fuera trasladado al Hospital Militar, hecho que ocurrió esa misma noche.

Las manifestaciones del 16 de octubre habían sido el preludio de las que ocurrirían al día siguiente. Adelantándose a la resolución de la CGT, el 17 de madrugada, en todo el país, miles de mujeres y hombres dejaron sus trabajos e invadieron las calles de la ciudad en ruidosas manifestaciones de apoyo a Perón. En el cinturón de Buenos Aires, en Quilmes, Avellaneda, Berisso, Lanús, las fábricas se vieron paralizadas a medida que los obreros las abandonaban para encaminar sus pasos hacia el centro al grito de "Queremos a Perón". A mediodía, a pesar de que el tránsito por el Riachuelo había sido interrumpido, algunos grupos ya se habían instalado en Plaza de Mayo reclamando insistentemente su presencia. Otros se habían dirigido hacia el Hospital Militar, exigiendo la libertad del coronel. Continuaron llegando durante el resto del día, "sudorosos, cansados, mugrientos, descamisados", recuerda el dirigente sindical Alberto Belloni[211]. Un millón de personas, diría *La Época*, más probablemente entre 100 y 200.000, pero no se movieron hasta que él les dirigió la palabra desde un balcón de la Casa Rosada poco después de las 23. Cuando Perón apareció en el balcón, lo recibió una ovación que duró cerca de un cuarto de hora. "La gente parecía haberse vuelto loca: gritaban, saltaban, lloraban y coreaban estribillos con voces cada vez más enronquecidas. Allí estaba el

[211] *Ibid.*, ps. 422. La moción que perdió fue presentada por cuatro delegados, tres de ellos de la Unión Ferroviaria, y fue votada por los delegados de este gremio. Esta moción proponía visitar a Perón llevándole el saludo de la CGT y obtener una entrevista con Farrell, Ávalos y Vernengo Lima para presentarles los siguientes puntos: "a) mantenimiento de las conquistas obtenidas; b) no entregar el gobierno a la Suprema Corte de la Nación; c) concretar las violaciones a los decretos del superior gobierno emanados de la Secretaría de Trabajo y Previsión; d) participación activa en los diferendos de actualidades públicas; e) declaración pública del Poder Ejecutivo de esta entrevista".

hombre por el cual se habían jugado. Sano y salvo. Vencedor"[212]. Luego de abrazos con Farrell, más canciones y de entonar el Himno Nacional, Perón comenzó su discurso. Habló de su retiro del servicio activo del Ejército. "Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón y ponerme con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino". Después de que rindió homenaje al Ejército, la muchedumbre lo interrumpió: "¿Dónde estuvo?, ¿dónde estuvo?". Sin responder, Perón continuó hablando del pueblo: "Quiero en esta oportunidad como simple soldado mezclado con esta masa sudorosa, estrecharla profundamente contra mi corazón, como podría hacerlo con mi madre". Como la gente insistía en saber su paradero, les dijo: "Señores, ante tanta insistencia les pido que no me recuerden lo que hoy ya he olvidado. Porque los hombres que no son capaces de olvidar no merecen ser queridos ni respetados por sus semejantes, y yo aspiro a ser querido por ustedes". Les pidió luego que volvieran tranquilamente al trabajo, pero un grito enronquecido subió de la plaza: "¡Mañana es San Perón, que trabaje el patrón!"[213].

"En esta fecha —que me parece de difícil olvido—" recordaría unos días después la escritora Delfina Bunge de Gálvez en *El Pueblo*, "las calles de Buenos Aires presenciaron lo insólito. De todos los puntos suburbanos veíanse llegar grupos de proletarios: de los más pobres de entre los proletarios. Y pasaban debajo de nuestros balcones. Era la turba tan temida... Con el antiguo temor, nuestro primer impulso fue el de cerrar los balcones. Pero al asomarnos a la calle quedamos en suspenso... Pues he aquí que estas turbas se presentaban a nuestros ojos como trocadas por una milagrosa transformación. Su aspecto era bonachón y tranquilo. No había caras hostiles ni puños levantados, como los vimos hace pocos años. Y más aún, nos sorprendieron sus gritos y estribillos: *No se pedía la cabeza de nadie*".[214]

Pero los antiperonistas no tuvieron entonces, ni han tenido después, los miedos y las dudas de Delfina Bunge de Gálvez. Para ellos, lo que sucedió el 17 de octubre era el fruto del talento de Perón para manipular las masas engañadas y enceguecidas, por intermedio de unas cuantas personas que le permanecieron fieles. Los hombres y mujeres que fueron a Plaza de Mayo según *Orientación,* el órgano del Partido Comunista, no eran proletarios sino "una horda de desclasados haciendo de vanguardia del presunto orden peronista. Los pequeños clanes con aspecto de murgas que recorrieron la ciudad, no representan ninguna clase de la sociedad argentina"[215]. Eran lo que el diputado radical Ernesto Sanmartino llamaría más tarde, "el aluvión zoológico", "el malevaje" o "el malón peronista".

[212] Alberto Belloni, *Del anarquismo al peronismo. Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1960, p. 50. Véase también: Angel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961; Eduardo Colom, *La revolución de los descamisados*, Buenos Aires, *La Época*, 1946.

[213] Luna*, op. cit.*, p. 292.

[214] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, Dirección General de Prensa, *Discurso del Coronel Perón desde los balcones de la Casa Rosada ante la concentración que impuso su libertad, 17 de octubre de 1945*. Al año siguiente, cuando en el medio de su discurso le gritaron otra vez ¿dónde estuvo?, les respondió: "Estuve preso en Martín García".

[215] *El Pueblo*, 25 de octubre de 1945.

Esta interpretación ha jugado un papel relevante en la política argentina pues afectó el comportamiento de los partidos que la adoptaron. Sin embargo, no resiste un examen imparcial. Sin negar la importancia decisiva que tuvieron algunos colaboradores de Perón y varios dirigentes sindicales en los días previos al 17, es difícil concebir que hubieran podido organizar en tan poco tiempo a las masas en todo el país, a no ser que las condiciones fueran propicias para ello, o sea, que los trabajadores estuvieran dispuestos a ir a la huelga por lo que ellos entendían que Perón representaba. Es indudable también que a partir de la renuncia de Perón se creó un verdadero vacío de poder que la oligarquía, esta vez, fue incapaz de llenar[216], y que la movilización de los trabajadores, por lo menos en Buenos Aires, contó con la pasividad de Campo de Mayo y de la policía[217]. Esta miró cómo la gente cruzaba el Riachuelo sin rechazarla y cuando los grupos recorrían la ciudad, no trató tampoco de detenerlos.[218]

A pesar de las diferencias que han existido y que aún pueden subsistir, cuando se analizan los acontecimientos del 17 de Octubre, ya nadie puede negar el impacto que esa fecha ha tenido en los últimos treinta años de historia argentina. Las consecuencias se hicieron sentir de inmediato pues ese mismo día finalizó la crisis que se había iniciado el 9 de octubre. El anuncio de que el Dr. Juan Álvarez había conseguido finalmente formar un gabinete quedó relegado a segundo plano pues ya no podía afectar lo que había sucedido en todo el país y particularmente en Plaza de Mayo. Asimismo cambió el panorama electoral pues Perón se vio en condiciones de participar en las elecciones. Habiendo renunciado a sus cargos y pedido su retiro del Ejército, quedaba libre para presentar su candidatura.

Por otra parte, los sucesos del 17 de Octubre marcan un verdadero corte en la historia del país. Surge un nuevo actor principal en la vida política argentina: la masa de trabajadores constituida por obreros, muchos de ellos industriales, pero la gran mayoría todavía no, empleados, etc. Las circunstancias que rodean su aparición producen un reacomodo de las relaciones de poder, pues esa fecha también consagra y legitima una nueva forma de relación política que se injerta en la estructura vigente, no la sustituye, se vale de ella, pero a la vez la desborda, explicitándose en los cambios que sobrevienen cuando Perón asciende al gobierno. Esta nueva forma de relación política no se basa sobre normas preexistentes, sino en la identificación de las masas con una figura carismática que es Perón, a través del contacto que han establecido desde que él asume la Secretaría de Trabajo y Previsión.

El 17 de Octubre nacen "el líder" y "los descamisados", palabra ésta que se origina en la descripción de tono peyorativo con que la oposición caracterizó

[216] Citado en Belloni, *op. cit.*, p. 52. Según Milcíades Peña, la clase obrera estuvo en el 17 de octubre, pero las masas "fueron sacadas a la calle por las fuerzas del orden". Véase Milcíades Peña, *Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón*, Buenos Aires, ed. Fichas, 1973, p. 81.

[217] Véanse los comentarios de Sir David Kelly, *op. cit.*, ps. 66-69.

[218] Según Potash, Ávalos no dio la orden de que Campo de Mayo marchara sobre Buenos Aires por no calibrar adecuadamente la situación y también para evitar un derramamiento de sangre. Véase Robert Potash, *op. cit.,* p. 279.

a los que manifiestan su adhesión a Perón y que éstos recogieron como su bandera. Ese día, los trabajadores que ya lo habían aceptado como su líder, lo imponen definitivamente. Lo habían reconocido como tal poco después que inició su gestión en la Secretaría de Trabajo y Previsión, pues era una figura innovadora, que había demostrado poder enfrentarse a los patrones, apoyándose en ellas y obtener para ellas, aquello por lo que habían luchado infructuosamente durante muchos años. Desde 1943, han visto definirse sus rasgos carismáticos; se ha ido diferenciando de entre los hombres que componen el equipo de gobierno, su habilidad para hablar sencilla y directamente los ha ido cautivando; su energía y su magnetismo que fascina a políticos avezados también los atrae; sus discursos tienen un lenguaje agresivo, que separa los bandos claramente y encuentra ecos en el lenguaje de los trabajadores. Saben que las puertas de la Secretaría están siempre abiertas para ellos y van a visitarlo en grupos, estableciéndose un contacto personal y sin intermediarios entre ellos, y como si esto fuera poco, por sus actos demuestra tener no solamente la voluntad de acción sino también la capacidad de trabajar activa y concretamente para cambiar las condiciones de vida de los trabajadores. El 17 de Octubre, éstos se movilizan para obtener su liberación porque se identifican con el objetivo que él ha delineado, porque tienen miedo de perder lo que han ganado hasta ese momento y porque lo reconocen como protagonista de sus intereses. Su movilización, en un acto masivo sin precedente en el país, los convierte a su vez en protagonistas y el reencuentro entre los trabajadores y Perón, ya transformado en líder indiscutido, pasará a definir los próximos cuarenta años de historia argentina.

Capítulo V

El 17 de octubre de 1945

Parte II: La compañera Evita

¿Qué hizo Evita mientras Perón estuvo preso en Martín García? Existe una versión de su actuación en esos días que podríamos llamar oficial, no solamente porque es la que ofrecen las obras escritas por peronistas sino también porque ha sido aceptada por autores antiperonistas, tanto argentinos como extranjeros, hasta hace muy poco tiempo. Según la misma, Evita cumplió un papel destacado en los acontecimientos que culminaron el 17 de octubre pues se puso en contacto con amigos de Perón, avisándoles que éste había sido llevado a Martín García y recorrió los barrios obreros para incitar a los trabajadores a declarar la huelga general[219].

El norteamericano George Blankstein relata que cuando Perón fue detenido, a Evita le dio "un ataque de histeria, gritó, escupió a los conspiradores y les lanzó obscenidades"[220]. Ya repuesta, se dispuso a "jugar un papel importante para frustrar el golpe contra Perón. Avisó a sus colaboradores y la maquinaria para que Perón pudiera volver al poder se puso a funcionar rápidamente"[221]. Por su parte, el inglés Frank Owen hace prueba de una imaginación mucho más ágil, pues, según su interpretación, Evita "trabajando con esa energía demoníaca que era su cualidad superior, había arreglado autobuses, coches, camiones y trenes para traer cargamentos de obreros, hombres y mujeres, de los suburbios y los alrededores hacia el corazón de la ciudad"[222]. En cuanto al francés Pierre Lux-Wurn, nos dice que Evita, "infatigable y vociferante" recorrió los sindicatos y galvanizó a los dirigentes

---

[219] Véase por ejemplo: Samuel I. Bailey, *op. cit.,* p. 89; Robert J. Alexander, *The Perón Era*, New York, Columbia University Press, 1915, p. 104; Ricardo Boizard, *Esa noche de Perón*, Buenos Aires, 1955, 4 ed., p. 39; Bernardo Rabinovitz, *Sucedió en la Argentina (1943-1956). Lo que no se dijo*, Buenos Aires, ed. Gure, 1956, p. 61; Arthur P. Whitaker, *Argentina,* Englewood Cliffs, Prentice Hall, Inc., 1964, p. 118; Luis Franco, *Biografía patria (visión retrospectiva y crítica del reciente pasado argentino),* Buenos Aires, Stilcograf SRL, 1958, p. 138; Juan José Sebreli, *op. cit*., p.. 132, y Argentina, Congreso Nacional*, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados,* Período Legislativo Eva Perón, año 1952, t. I, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1953, p. 207.

[220] George I. Blanksten, *op. cit.,* p. 91.

[221] *Idem*.

[222] Frank Owen, *Perón. His rise and Fall*, London., The Cresset Hill, 1957, p. 50.

gremiales. "Arrastró a los dudosos y castigó a los tránsfugas"[223]. Mary Main explica que mientras Perón permanecía "en su habitación quejándose por el tiempo y la oposición sutilizaba sobre cuestiones de primacía, Eva no demostró debilidad ni hesitación. Estalló en una tormenta de lágrimas y furia cuando la separaron de su amante, pero tan pronto como se alejaron comenzó a visitar a sus antiguos amigos, para pedirles que lo dejaran en libertad y en su demanda recurrió a los gritos, la intimidación y a la lisonja"[224]. Finalmente, Acossano concluye su descripción de los sucesos de octubre de la siguiente manera: "Puede decirse, sin temor a exagerar, que, de hecho, Eva Duarte lo llevó a Perón a empujones hasta el balcón de la Casa Rosada, el 17 de octubre de 1945"[225]

Ninguno de estos autores documenta adecuadamente la actuación de Evita. Todos presentan esencialmente la misma versión, en términos igualmente imprecisos y concuerdan en atribuir a Evita una actitud enérgica que resultó decisiva para el eventual triunfo de Perón.

Las obras escritas por peronistas no son mucho más explícitas y se reducen a vaguedades también carentes de pruebas documentales, con la diferencia de que los adjetivos que caracterizan a Evita son muy distintos y que la versión cambia a medida que transcurren los años.

La evolución de la versión oficial desde el punto de vista peronista puede verse claramente por medio del examen de *Democracia*. Cuando en 1947 este diario publica un artículo sobre el 17 de Octubre, solamente menciona "la lealtad" de Evita[226]. En octubre de 1949[227] reproduce una serie de notas, entre otras una firmada por Perón y otra, por Mercante, pero el nombre de Evita no aparece en ninguna de ellas. En cambio, cuando Evita muere, *Democracia* afirma que "enfrentó a la reacción oligárquica el 17 de octubre de 1945 y aseguró la continuidad de la Revolución que consolidó la grandeza de la Nación Argentina".[228]

---

[223] Pierre Lux-Wurm, *Le Péronisme*, Paris, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence Pichon et Durand-Auzias, 1965.

[224] Mary Main, *op. cit*., ps. 55-56.

[225] Benigno Acossano, op. cit., ps. 72-73.

[226] *Democracia*, 17 de octubre de 1947. En junio de 1946, *Sintonía* publicó un artículo firmado por Raúl A. Apold sobre Perón en el que se refiere al 17 de octubre, pero no menciona a Evita.

[227] *Democracia*, 17 de octubre de 1949.

[228] *Democracia*, 27 de julio de 1952.



Un desfile incesante de problemas y esperanzas. En marzo de 1947, con obreros y empleados de la Casa de la Moneda.



A fines de 1946, con personal de los tranvías de la Capital, acompañados por el gremialista Isaías Santín, "El Gallego", como le gustaba llamarlo.

Para citar otro ejemplo, en los primeros años del gobierno peronista, cuando se discute el 17 de Octubre en el Parlamento, no se menciona el nombre de Evita. Sin embargo, en la sesión de la Cámara de Diputados del 26 de junio de 1952, en la que se debatió el proyecto de ley para erigir un monumento a Evita, el diputado Héctor J. Cámpora la describió trabajando "incansablemente y al impulso de sus ideales recorrió de un lado a otro el país. Sé de los sinsabores que en este entonces vivió: muchas más fueron las puertas que se le cerraron que las que encontró abiertas *(aplausos prolongados)* pero nada ni nadie la detuvo hasta obtener la liberación de su líder"[229]. En julio del mismo año, el

[229] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1.1, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1952, p. 292.

senador Blas Brisoli afirmó que Evita "recorrió las calles de la ciudad, habló con los dirigentes sindicales, visitó casa por casa, las que pudo, sacando los hombres a la calle"[230]. En su obra *Del poder al exilio*, Perón también se adhiere a esta versión: "En Buenos Aires, Eva Duarte trabajaba para mí. Tenía los hilos del movimiento, haciéndolo abarcar todos los puntos más alejados del país, y en poco tiempo puso una carga explosiva en el espíritu de la Nación"[231].

En su estudio sobre el año 1945, Félix Luna señala que la literatura peronista "se empeñó en describir a Eva Perón en una actitud aguerrida y militante durante las jornadas de octubre, aunque nunca se formularon precisiones sobre ese supuesto activismo"[232]. Cierto es que los peronistas atribuyen un papel relevante a Evita en esa fecha, repitiendo una interpretación indebidamente fundamentada, que fue elaborada mucho después, cuando ella se había convertido en una figura política de primera magnitud, pero también lo hicieron los antiperonistas durante muchos años. Ambos deformaron los hechos para crear dos Evitas distintas: para los peronistas, la mujer fiel y sufrida que alienta con su ejemplo y sus actos a las fuerzas que se pondrán en marcha el 17 y para los antiperonistas, la ménade histérica que organiza en gran medida la jornada y arrastra a Perón hasta la Casa Rosada. Estos últimos proyectaron hacia el pasado la imagen que tenían de Evita en 1950 o 1951 y le adjudicaron acciones fuera de lo ordinario en circunstancias extraordinarias, ciertamente no con el propósito de exaltarla, sino para demostrar una vez más que no era la "señora" que aparentaba ser y que Perón se había comportado como un cobarde en el momento más crítico de su vida.

Las descripciones de la actuación de Evita en la crisis de octubre son ejemplos interesantes de las percepciones que de ella han tenido los argentinos pero guardan poca relación con lo que sucedió. Así lo indica Félix Luna en su ya citado estudio. Afirma que Evita "no jugó ningún papel relevante en esos días" y agrega que no pudo hacerlo "por la sencilla razón de que Eva Perón eran, entonces, apenas Eva Duarte. No tenía más preocupaciones políticas que las derivadas de la actitud de su amante; no conocía sino a los amigos más íntimos de Perón; no tenía mayor contacto con dirigentes sindicales y su irregular situación le vedaba el acceso a círculos militares"[233]. Hugo Gambini concuerda implícitamente con Luna, pues no menciona ninguna actividad de Evita en su relato El *17 de octubre de 1945*[234]. Algunos de los principales dirigentes sindicales que participaron activamente en la gestación del 17, como Luis F. Gay, Luis Monzalvo y Cipriano Reyes, también confirman la versión de Luna. En su libro *Testigo de la primera hora del peronismo*, el dirigente ferroviario Luis Monzalvo nada dice de Evita en su descripción de los sucesos de octubre[235]

[230] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso de la Nación, 1952, p. 157.

[231] Juan Perón, *op. cit.,* p. 70. Véase también la entrevista de Perón en *Panorama*, 24 de abril de 1970.

[232] Félix Luna, *op. cit*., p. 340.

[233] *Ibid*., ps. 340-341.

[234] Hugo Gambini, *op. cit.,* ps. 31-113.

[235] Luis Monzalvo, *op. cit.,* ps. 183-192.

En cuanto a Reyes, declara que Evita no tuvo ninguna participación en la movilización. "Puedo reafirmar con la honestidad de mi conciencia y la claridad de mis convicciones, que nada de ello se ajusta a la verdad de los hechos del de octubre de 1945, ya que ella ni siquiera, entonces, había tenido contacto con las bases o con los dirigentes en la organización de ese gran movimiento por la liberación del coronel Perón. Y no podía ser de otra manera por cuanto, repito, no era conocida en el ambiente gremial y popular, tampoco intervenía en la Secretaría de Trabajo y Previsión ni en ningún otro organismo que pudiera haberla relacionado con los trabajadores"[236]

A primera vista, la coincidencia de estos dirigentes sindicales podría dar motivo a sospechas, sobre todo teniendo en cuenta las desavenencias posteriores que tuvieron con Perón. Sin embargo, los gremialistas que dan una versión contraria son muy pocos y no consiguen invalidar los testimonios de sindicalistas como Gay o Reyes. En su libro *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, el dirigente metalúrgico Ángel Perelman recuerda que en la mañana del 17, cuando sus compañeros de trabajo empezaron a marchar hacia Plaza de Mayo, "sabía que ella [Evita] estaba en un auto recorriendo los barrios y difundiendo la orden del paro general"[237]. Otro gremialista, Mariano Tedesco, de la Asociación Obrera Textil, asegura haber estado con ella en los días previos al 17. "Teníamos con ella numerosas reuniones. A hora y en lugares insólitos. A veces, se reunía con algunos de nosotros, y más tarde, en otra zona de Buenos Aires, con otro grupo de compañeros del gremio. Cuando nos reuníamos nosotros para analizar la situación, los dos grupos, cada uno por su parte, ya habían estado con ella."

"El día 13 de octubre, por ejemplo, nos encontramos con Eva en la cervecería 'Adam' en Plaza Retiro. Era muy tarde, cerca de las doce de la noche. Recuerdo que no aceptó los cigarrillos que le ofrecían y que tampoco quiso comer nada."[238] Este testimonio es único en su género y los detalles que Tedesco ofrece no han podido ser corroborados,

¿Qué dice Evita sobre su participación en el 17 de Octubre? Ella nunca se atribuyó una actuación destacada en esos días. En la clase que dictó sobre el tema en la Escuela Superior Peronista recalcó:

"¡Nadie dio el toque de salida!

"¡El pueblo salió solo!

"No fue la señora de Perón.

"Tampoco fue la Confederación General del Trabajo.

"¡Fueron los obreros y los sindicatos todos los que por sí mismos salieron a la calle!"La Confederación General del Trabajo, la señora Perón, todos

---

236 Cipriano Reyes, *op. cit*., p. 246.

237 Ángel Perelman, *op. cit*., p. 73. Entrevistas con Gay y Reyes.

238 Testimonio reproducido en Borroni y Vacca, *op. cit*., ps. 111-112.

nosotros lo deseábamos. ¡Pero fue una eclosión popular! *Fue el pueblo el que se dio cita sin que nadie se lo hubiera indicado*"[239]

En su autobiografía, cuenta cómo "aquellos ocho días me duelen todavía; y más, mucho más, que si los hubiese podido pasar en su compañía, compartiendo su angustia...".

"Desde que Perón se fue hasta que el pueblo lo reconquistó para él —y para mí— mis días fueron jornadas de dolor y de fiebre.

"Me largué a la calle buscando a los amigos que podían hacer todavía alguna cosa por él...

"Nunca me sentí —lo digo de verdad— tan pequeña, tan poca cosa como en aquellos ocho días memorables.

"Anduve por todos los barrios de la gran ciudad. Desde entonces conozco todo el muestrario de corazones que laten bajo el cielo de mi Patria.

"A medida que iba descendiendo desde los barrios orgullosos y ricos a los pobres y humildes las puertas se iban abriendo generosamente, con más cordialidad.

"Arriba conocí únicamente corazones fríos, calculadores, 'prudentes', corazones de 'hombres comunes' incapaces de pensar o de hacer nada extraordinario, corazones cuyo contacto me dio náuseas, asco y vergüenza.

"Esto fue lo peor de mi calvario por la gran ciudad. La cobardía de los hombres que pudieron hacer algo y no lo hicieron, lavándose las manos como Pilatos, me dolió más que los bárbaros puñetazos que me dieron cuando un grupo de cobardes me denunció gritando: ¡Esa es Evita!

"Estos golpes en cambio me hicieron bien.

"Por cada golpe me parecía morir y sin embargo a cada golpe me sentía nacer. Algo rudo pero al mismo tiempo inefable fue aquel bautismo de dolor que me purificó de toda cobardía."[240]

Ya vimos en otras oportunidades que Evita no es la mejor fuente de información sobre sí misma pues mentía con facilidad y se olvidaba convenientemente de los hechos molestos. En este caso, es muy posible que su imaginación, por lo general muy fértil, la llevara a exagerar el incidente que dice haber tenido, de la misma manera que aumenta el número de días que Perón estuvo preso[241]. Sin embargo, lo extraño de este relato es que Evita no realza su actuación, al contrario, parecería que tratara de restarle importancia. Según ella, 'el pueblo' es el que hace el 17 de Octubre y todos los que colaboraron lo hicieron a la zaga de los descamisados. Aunque no niega su participación en la movilización, su versión contraría parcialmente lo que ya

[239] Eva Perón, *Historia del peronismo*, Buenos Aires, ed. Freeland, 1971, p. 140. El subrayado está en el texto.

[240] Eva Perón, *La razón de mi vida*, ps. 41-43.

[241] El incidente que relata Evita es un supuesto encuentro que habría tenido con estudiantes mientras viajaba en un taxi. Véase Félix Luna, *op. cit.*, p. 341.

para 1950 había sido aceptado tanto por peronistas como por antiperonistas. Pero su descripción concuerda con la versión oficial que propiciaba el peronismo de esta época: el 17 de Octubre era principalmente si no exclusivamente la gesta del pueblo —en momentos que muchos de los dirigentes que participaron en él habían sido separados de sus cargos, que Cipriano Reyes estaba en la cárcel y hasta Mercante había caído en desgracia, solamente el pueblo podía ser reivindicado—. Justo es apuntar también que Evita podría haber exagerado su papel pues de todos modos era ya un lugar común que había tenido una gestión descollante y nadie se hubiera atrevido a contradecirla, pero no lo hace.

Si bien el relato de Evita nos permite compartir sus emociones no nos ofrece detalles precisos sobre sus actividades. La reconstrucción de sus pasos durante la crisis de octubre presenta grandes dificultades pues algunos de los testigos que podrían aclarar su actuación, como por ejemplo el capitán Russo, el mayor Estrada, Nicolini, Juan Duarte o Subiza, han muerto y otros rehúsan discutir el tema. El cuadro que emerge de la lectura de *La razón de mi vida*, de los discursos en que menciona el 17 de Octubre, de la clase que le dedica en el curso de la Escuela Superior Peronista y de los testimonios de que disponemos en la actualidad es el de una mujer enamorada que se sobrepone a su desamparo para tratar de salvar al hombre que ama. Su único objetivo es sacar a Perón de Martín García pues mientras esté preso teme por su vida. Cumpliendo con un pedido que éste le hace antes de partir y confirmado en una de las cartas que le manda por intermedio del capitán Mazza, trata de obtener un recurso de *habeas corpus*. Busca entrevistarse con personas influyentes pero solamente encuentra dificultades o negativas. "Cuando pedí una audiencia, por ejemplo, a fin de entrevistar a un alto funcionario, me la concedieron... pero ¡'para dentro de un mes'! De algunas partes, lo confieso, tuve que salir llorando; pero no de amargura, sino de indignación"[242]. Aunque le quedan algunos amigos, como Roberto Petinato, Rudi Freude y Nicolini, se siente muy sola sin el apoyo de Perón o de Mercante, que también está preso. Su hermano Juan está a su lado, pero poco puede hacer para ayudarla. Todo lo que había construido en diez años de trabajo había desaparecido. Si lee los diarios, acusa el desprecio que sienten hacia ella los que la llaman "la actriz Duarte"[243]. Tensa, angustiada, sin poder descansar desde que comenzó la crisis política, no se atreve a dormir en su propio apartamento y por la noche busca refugio en casa de amigas como Pierina Dealessi[244]. Hasta los amigos de Perón no responden de la manera en que ella ciegamente les exige pues no parecen compartir su ansiedad y sus temores. Según Eduardo Colom, Evita trató de convencer a Bramuglia para que presentara un recurso de *habeas corpus*. Este se habría negado por entender que Perón no debía salir del país. Ello habría dado origen a la desavenencia que existió entre los dos en años posteriores[245].

242 Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 138.
243 *La Prensa*, 11 de octubre de 1945.
244 José Capsitski, *op. cit.*, p. 14.
245 Entrevista con Eduardo Colom.

La actitud de Evita, comprensible desde su punto de vista totalmente emocional, se veía forzada por la posición que adoptó Perón a partir del 9 de octubre: aceptó sin resistir el dictamen de sus compañeros de armas. Sus deseos contrariaban las medidas que ya habían comenzado a poner en marcha los amigos de Perón en la Secretaría de Trabajo y los dirigentes sindicales que lo apoyaban. Pero ella no parece tener en cuenta la situación política, ni entenderla, ni medir el significado que tenía para los obreros la prisión de Perón. "Confieso que en aquella oportunidad quizá me interesase más la libertad de un corazón, y la de una vida, que el triunfo de sus grandes ideales", admite en su *Historia del peronismo*.[246]

Perón le escribió dos cartas desde Martín García. Por un lado se tranquiliza al comprobar el cariño que siente por ella y al saber que está bien, pero por otro, su frustración aumenta pues no puede ayudarlo. Mientras pasan los días y Evita sigue fracasando, se va gestando el proceso que estallará el 17 de octubre. Hacia el 15 o el 16, cuando el movimiento ya está en marcha, Evita ve que los amigos de Perón no lo han abandonado, percibe lo que está sucediendo y posiblemente entonces se une a la movilización, ya fuera porque no podía dejar de lado ninguna alternativa que pudiera contribuir a liberar a Perón o porque entiende, quizás por primera vez, lo que él significa para los trabajadores.

Hasta el momento, el examen de las fuentes no permite otra conclusión: Evita no formó parte del grupo de gente que propulsó la movilización ya sea por medio de la Secretaría de Trabajo o desde las filas sindicales, por lo tanto su actuación en los días de octubre nada tiene de destacable. Es solamente una mujer más entre los miles de mujeres y hombres que no aceptan el encierro del coronel en Martín García y quieren su libertad. Ella misma lo confiesa: "Yo viví esa realidad como una más, porque, no vamos a engañarnos, si no hubiera sido por las fuerzas sindicales y por el pueblo argentino, no habríamos podido hacer nada por el general Perón sino debatirnos en la impotencia"[247]. Como muchos otros, fue hasta el Hospital Militar. Lo hizo acompañada por su hermano Juan, pero no vio a Perón, solamente habló por teléfono con él. Escuchó su discurso por radio, en su casa, y allí se reunió finalmente con él cuando abandonó la Casa Rosada[248].

No podía hacer más. Hasta que Perón renunció a sus tres cargos, Evita no había tenido oportunidad de conocer a dirigentes gremiales pues él se reunía con ellos en la Secretaría de Trabajo. Los políticos radicales que iban a su casa tampoco tenían los contactos que ella hubiera necesitado para jugar un papel distinto. En cuanto a los militares amigos de Perón, si no estaban en la cárcel como Mercante, se hallaban en la Secretaría de Trabajo o en reuniones con

---

[246] Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 139.

[247] *Ibid*., p. 165.

[248] Entrevista con un testigo presencial que la vio en el auto con su hermano, le entregó el teléfono del cuarto de Perón en el hospital para que hablara con él y esa misma noche la visitó en su casa. Esta versión coincide con la que ofrece Luna, *op. cit*., p. 341.

dirigentes gremiales. Finalmente, para los obreros, ella en esos momentos no era nadie.

Pero si la participación de Evita en el 17 de Octubre no tuvo ni remotamente las características que le atribuyeron con el correr de los años, esos días adquirieron en su vida una trascendencia fundamental pues a partir de entonces dejó de ser la actriz Evita Duarte, para transformarse eventualmente en "la compañera Evita".

Esos días de octubre le confirmaron el lazo profundo que la unía con Perón y le probaron sin lugar a dudas lo que él sentía por ella. Si, como se ha dicho insistentemente, Perón hubiera significado solamente una relación de conveniencia para ella, ése era el momento indicado para abandonarlo a su suerte, pues ya no podía obtener ningún provecho de él[249]. Del mismo modo, si Perón no la hubiera querido, él también habría podido aprovechar la ocasión para deshacerse de ella. Pero en vez de distanciarse, Perón se preocupa por su bienestar, su salud, su tranquilidad y su futuro, y ella a su vez, siente que su cariño es más fuerte que todos los peligros que pudiera afrontar para tratar de ayudarlo. En su carta del 14 de octubre, Perón le escribe:

"Mi tesoro adorado:

"Sólo cuando nos alejamos de las personas queridas podemos medir el cariño. Desde el día que te dejé allí con el dolor más grande que puedas imaginar no he podido tranquilizar mi triste corazón. Hoy sé cuánto te quiero y que no puedo vivir sin vos. Esta inmensa soledad está llena de tu recuerdo.

"Hoy he escrito a Farrell pidiéndole que me acelere el retiro. En cuanto salga nos casamos y nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos.

"Por correo te escribo y te mando una carta para entregar a Mercante. Esta te la mando con un muchacho porque es probable que me intercepten la correspondencia.

"De casa me trasladaron a Martín García y aquí estoy no sé por qué y sin que me hayan dicho nada. ¿Qué me decís de Farrell y de Ávalos? Dos sinvergüenzas con el amigo. Así es la vida.

"En cuanto llegué lo primero que hice fue escribirte. No sé si habrás recibido mi carta que mandé certificada.

"Te encargo que le digas a Mercante que hable con Farrell para ver si me dejan tranquilo y nos vamos al Chubut los dos.

"Pensaba también que conviene si iniciaron algunos trámites legales. Le consultarás al doctor Gache Pirán, Juez Federal, muy amigo sobre la fórmula cómo puede hacerse todo. Decíle a Mercante que sin pérdida de tiempo se entreviste con Gache Pirán y hagan las cosas con él. Creo que se podrá proceder por el juzgado federal del mismo Gaché Pirán.

[249] Véase capítulo XVI.

"El amigo Brossens puede serte útil en estos momentos porque ellos son hombres de muchos recursos.

"Debes estar tranquila y cuidar tu salud mientras yo esté lejos para cuando vuelva. Yo estaría tranquilo si supiese que vos no estás en ningún peligro y te encuentras bien.

"Mientras escribía esta carta me avisan que hoy viene Mazza a verme, lo que me produce una gran alegría, pues con ello tendré un contacto indirecto contigo.

"Estáte muy tranquila. Mazza te contará cómo está todo. Trataré de ir a Buenos Aires por cualquier medio, de modo que puedes estar tranquila y cuidarte mucho la salud. Si sale el retiro, nos casamos al día siguiente, y si no sale, yo arreglaré las cosas de otro modo, pero liquidaremos esta situación de desamparo que tú tienes ahora.

"Viejita de mi alma, tengo tus retratitos en mi pieza y los miro todo el día, con lágrimas en los ojos. Que no te vaya a pasar nada porque entonces habrá terminado mi vida. Cuídate mucho y no te preocupes por mí; pero quiéreme mucho que hoy lo necesito más que nunca.

"Tesoro mío, tené calma y aprendé a esperar. Esto terminará y la vida será nuestra. Con lo que yo he hecho estoy justificado ante la historia y sé que el tiempo me dará la razón.

"Empezaré a escribir un libro sobre esto y lo publicaré cuanto antes; veremos quién tiene razón.

"El mal de este tiempo y especialmente de este país son los brutos y tú sabes que es peor un bruto que un malo.

"Bueno, mi alma querría seguir escribiendo todo el día, pero hoy Mazza te contará más que yo. Falta media hora para que llegue el vapor.

"Mis últimas palabras de esta carta quiero que sean para recomendarte calma y tranquilidad. Muchos, pero muchos besos y recuerdos para mi chinita querida. Perón."[250]

Si los días previos al 17 de Octubre son la prueba de fuego que fortalece el amor entre Evita y Perón, la terminación de la crisis, con el triunfo total del coronel, cambia radicalmente su relación con él. Hasta entonces, ella había sido una mujer despreciada por convivir públicamente con él. Era "la amante" de Perón, "la advenediza", "la actriz Duarte", y aunque él la tratara con cariño y consideración, esta circunstancia no podía dejar de afectarla. Pero en momentos en que se siente más vulnerable, pues él no está a su lado, Perón le escribe diciéndole que la quiere, que desea casarse con ella, ofreciéndole así lo que quizás no se atreviera a soñar, casamiento, respetabilidad. Y una vez que termina la crisis, como en una película o en los cuentos de hadas, se encuentra de la noche

[250] Reproducida en Félix Luna, *op. cit.*, ps. 337-338.

a la mañana, no sólo casada con Perón, sino transformada en la esposa de un candidato a la Presidencia de la República, su origen social, su ilegitimidad, su pasado de actriz, borrados para siempre. Efectivamente, cuatro días más tarde, en una ceremonia civil que pasó inadvertida para el público y en la cual fueron testigos Mercante y Juan Duarte, Perón y Evita se casaron. La ceremonia religiosa tuvo lugar el 10 de diciembre en La Plata.

La movilización del 17 constituyó una verdadera revelación para Evita. Perón demostró tener no solamente un puñado de amigos fieles sino también miles de hombres y mujeres, totalmente desconocidos, dispuestos a defenderlo, a enfrentar a las autoridades, a "dar la vida por Perón", como diría ella años más tarde. En algún momento, Evita comprendió que su reencuentro con Perón y su posterior casamiento con él se vieron posibilitados por la actitud de esos miles de desconocidos. Su vida había cambiado como resultado de la acción que habían llevado a cabo, pues al forzar la libertad de Perón, también "le habían devuelto al coronel". Y así como Perón y los trabajadores se unen el 17 de Octubre en una nueva relación líder-descamisados, ella se une con Perón por medios de éstos y por lo tanto, quedarán para siempre enmarcados y confundidos en su amor. Ya en enero de 1947, dijo en un discurso que pronunció en Rosario: "Cuando fue noche para la argentinidad y fue noche para mi corazón de mujer, cuando había perdido todas mis esperanzas, mis queridos descamisados me devolvieron al coronel Perón. Como mujer del pueblo no puedo olvidar este gesto y como esposa del coronel tendré que luchar hasta la muerte por ustedes. Mis palabras no tienen pues más valor que significarles que estoy pagando una deuda que tengo con mis queridos descamisados, deuda que no podré saldar jamás"[251].

Evita se reconoció en los miles de hombres y mujeres que aclamaban a Perón. Había venido del interior como ellos, pasado hambre y frío en Buenos Aires y así como Perón les había dado posibilidades de una vida mejor, había transformado la suya. El impacto que Perón tuvo en el país, se multiplicó en Evita. Poco a poco lo irá convirtiendo en un hombre sin parangón, en el mago que puede lo imposible, en un verdadero superhombre. Ya cercana a la muerte dirá: "Yo no era ni soy nada más que una humilde mujer... un gorrión en una inmensa bandada de gorriones... Y él era y es el cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las nubes y cerca de Dios".

"Si no fuese por él que descendió hasta mí y me enseñó a volar de otra manera, yo no hubiese sabido nunca lo que es un cóndor ni hubiese podido contemplar jamás la maravillosa y magnífica inmensidad de mi pueblo.

"Por eso ni mi vida ni mi corazón me pertenecen y nada de todo lo que soy o tengo es mío. Todo lo que soy, todo lo que tengo, todo lo que pienso y todo lo que siento es de Perón.

[251] *Democracia*, 13 de enero de 1947.



En 1947, en el apogeo de su belleza.

"Pero yo no olvido ni me olvidaré nunca de que fui gorrión ni de que sigo siéndolo. Si vuelo más alto es por él. Si ando entre las cumbres, es por él. Si a veces toco casi el cielo con mis alas, es por él. Si veo claramente lo que es mi pueblo y lo quiero y siento su cariño acariciando mi nombre, es solamente por él."[252]

[252] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 10.

En la mitología peronista, el 17 de Octubre marca algo así como el nacimiento oficial de Evita y sus panegiristas acostumbran a reducir a unas pocas líneas su vida antes de 1945, concentrándose en los años posteriores[253]. "Eva Perón nace el 17 de octubre de 1945", anuncia desde las primeras páginas el autor anónimo de *Presencia de Eva Perón*. "Como Venus, que surgió del mar resumiendo al contacto de la luz la síntesis inmortal del arte y la belleza, Eva Perón nace del mar... Ese mar exige por un millón de bocas y por un millón de brazos, la libertad de un hombre"[254].

Estas obras presentan un marcado contraste con las escasas biografías de Perón en las que justamente se destacan los años anteriores a 1943, encarándolos como una preparación para su vida política. En cierto sentido, las reticencias de las fuentes peronistas en lo que se refiere a la vida de Evita antes de su encuentro con Perón son explicables si se tiene en cuenta la actitud que ella adoptó ante su pasado y la importancia que sus enemigos daban a éste. Al pronunciarla oficialmente nacida el 17 de Octubre, se eludía convenientemente muchos hechos difíciles de explicar y se soslayaba la polémica. Pero no obstante lo que dicen obras como *Presencia de Eva Perón*, los seres humanos, por muy excepcionales que sean —y ella lo fue— no nacen adultos. Y precisamente por haber nacido pobre e hija natural, por no haber conocido a su padre, por haber roto los lazos afectivos que la ataban a Junín, por haber tenido una vida dura, de trabajos y privaciones que comenzó a cambiar poco antes de conocer a Perón y que a partir de su encuentro con él todo en su carrera se hace más fácil pero sufre los ataques de las críticas de los que por razones moralistas no pueden aceptar su situación "irregular" con él, es que Evita "nace" el 17 de Octubre. Esa fecha simboliza su liberación de sí misma y su transformación en una mujer nueva, sin pasado, y por eso dispuesta a entregarse totalmente a los que hicieron posible su renacer. Pero esta nueva mujer, "la compañera Evita" que pronto aclamarán millones de argentinos y que se convertirá en la segunda personalidad política de su país, no se despojará nunca de su pasado y la perseguirá implacablemente. Los enemigos del peronismo no querrán olvidarlo y se lo echarán en cara a la menor oportunidad. Ella lo llevará siempre dentro pues en un principio se sentirá insegura y durante años le dolerán los rumores que sobre ella corren. No podrá sobrepasar jamás las limitaciones de su escasa formación cultural, no dejará de influir sobre ella su falta de experiencia política y solamente la muerte pondrá fin a su voluntad de agradecer a Perón y a los descamisados lo que hicieron por ella en los días de octubre.

De allí que en años posteriores, Evita tienda a medir la gente y los hechos a partir de lo que sucedió el 17 de Octubre. Su vida estará dedicada "a pagar la deuda de honor que entonces contrajo con los descamisados". Por mucho tiempo, Mercante será el "amigo leal" porque su fidelidad y lealtad a Perón en esa fecha fueron su salvación. A la vez guardará un rencor sordo hacia los que traicionaron a Perón, sus compañeros de armas, y nunca comprenderá que él

[253] Véase por ejemplo: Celina R. N. de Martínez Paiva y María Rosa Pizzuto de Rivera, *La verdad. Vida y obra de Eva Perón*, 2 tomos, Buenos Aires, Ed. Astral, 1967.

[254] *Presencia de Eva Perón*, Buenos Aires, 1954, p. 9.

los pueda perdonar, ni siquiera por razones políticas. Como es "de las que no olvidan", los mirará siempre con recelo y desconfianza, mientras que tendrá una fe ciega en el pueblo pues rescató a Perón de las manos de sus enemigos.

Después de unos pocos días de descanso en el campo de Román Subiza en San Nicolás y luego en la quinta que tenía en San Vicente, la preocupación principal de Perón fue la campaña presidencial. Sobrepasado por los acontecimientos, se veía en la necesidad de enfrentar las elecciones de febrero sin el respaldo de un partido político sólidamente organizado. Las principales fuerzas que lo apoyaban provenían de orígenes diferentes y aunque unidas en cuanto a su candidatura, permanecieron separadas. Por un lado, el Partido Laborista, fundado oficialmente el 24 de octubre de 1945, bajo la dirección de Luis F. Gay, Cipriano Reyes, Ramón V. Tejada, Vicente Garófalo, Alcides Montiel y otros dirigentes sindicales que buscaban estructurar la base gremial que había aclamado a Perón el 17 de Octubre y aprovechar las ventajas políticas que habían ganado en los días previos a la movilización. Por otro, la Junta Renovadora de la Unión Cívica Radical, un desprendimiento del radicalismo que se organiza en noviembre de 1945, o sea también después del 17 de Octubre, impulsado por grupo de radicales que había colaborado en el gobierno de Farrell. Perón contó asimismo con el apoyo de otros grupos menores como el de los nacionalistas y algunos núcleos conservadores que se agruparon en los Centros Independientes.

El 14 de diciembre de 1945, el laborismo proclamó la candidatura de Perón a la presidencia y un mes más tarde eligió a Mercante como candidato a la vicepresidencia. Por su parte, la Junta Renovadora proclamó en enero de 1946 la fórmula Perón-Quijano, pero a fines de ese mes se llegó a un acuerdo. Mercante debió retirar su candidatura y conformarse con la posibilidad de ser gobernador de la provincia de Buenos aires y la fórmula final resultó ser Perón-Quijano.

La oposición formó de hecho un frente antiperonista, pues si bien los conservadores no integraron la Unión Democrática, tampoco presentaron candidatos propios, aceptando así la fórmula José P. Tamborini-Enrique M. Mosca. Su plataforma tenía puntos en común con la que propiciaba el laborismo, pues incluía por ejemplo la nacionalización de los servicios públicos y la concesión de los derechos políticos a la mujer, pero hacía sobre todo hincapié en la defensa de las libertades políticas. De hecho, la Unión Democrática centró su campaña en la necesidad de restaurar la democracia en la Argentina. Su slogan fue: "Por la libertad contra el nazismo".

Durante la campaña electoral, predominó la violencia tanto verbal como física. Hubo atentados, tiroteos e incendios de los trenes en los que viajaban los candidatos. En un mitín de la Unión Democrática realizado el 8 de diciembre de 1945, por ejemplo, resultaron cuatro muertos y treinta heridos. Sus candidatos denunciaron repetidamente el carácter dictatorial de los gobiernos surgidos de la Revolución de 1943 y acusaron a Perón de demagogo, de nazi y de ladrón por haberse robado el dinero que había recogido en la colecta para la reconstrucción de San Juan.

Por su parte, desde la proclamación de su candidatura, Perón trataba de ampliar su base electoral, suavizando el tono de sus discursos. Justificó las reformas que favorecían los sectores obreros y empleados porque "en los países que han cerrado a las clases trabajadoras el camino de gobierno, se han rebelado con derecho"[255]. Pero recalcó que no quería perjudicar a los capitalistas. Afirmó repetidamente su fe en la democracia —siempre que ésta fuera "integral"—. Definió su política como "social cristiana", inspirada en las encíclicas papales y en las ideas de Yrigoyen, "que representa la fuerza más pura de la política argentina". Prometió entregar la tierra al que la trabajaba y promover el desarrollo. Y en numerosas ocasiones proclamó: "No queremos pelear, queremos votar".

Todos los candidatos viajaron varias veces al interior durante la campaña. Perón realizó varias giras que lo llevaron a Córdoba, por el norte, el litoral y la provincia de Buenos Aires. Cosa inusitada en la vida política argentina, Evita lo acompañó en sus viajes por el interior y es como esposa del candidato a la presidencia de la República que visitó Junín y volvió a Córdoba, Rosario y Mendoza, ciudades que había visitado en sus giras de actriz. Su presencia en la comitiva no pasó inadvertida, pues estaba siempre cerca de Perón (pero no necesariamente a su lado). Cuando el tren paraba en las estaciones, sonreía, saludaba, aceptaba agradecida los ramos de flores que le traían, pero no pronunció ningún discurso. Era una acompañante más que él llevaba en su delegación.

Otro aspecto extraordinario de esta campaña electoral fue la participación de las mujeres en organizaciones de apoyo a los candidatos, tanto en la Unión Democrática como en el laborismo. El 6 de diciembre, antes de que fuera proclamada la candidatura de Perón, se constituyó el Comité Central pro-candidatura del coronel Juan Perón. Luego aparecieron el Comité Femenino de la Unión Cívica Radical, Junta Renovadora y una Comisión Coordinadora de Asociaciones Femeninas Democráticas, formada por comisiones femeninas de distintos partidos políticos, entidades universitarias y secundarias, sindicatos y asociaciones profesionales que organizaban actos por los barrios de Buenos Aires. Del lado laborista, en el Centro Universitario Argentino se formó la Secretaría Femenina, organismo desde el cual Haydée E. Frizzi de Longoni buscó coordinar a las mujeres. El 8 de febrero de 1945, el Centro Universitario Argentino, la Cruzada de la Mujer Argentina y la Secretaría General Estudiantil organizaron un acto en el Luna Park para apoyar la fórmula Perón-Quijano. La reunión fue presidida por Evita, en su calidad de esposa del candidato laborista. La presencia de Perón había sido anunciada y durante dos horas las numerosas asistentes esperaron su llegada con impaciencia. Ante el griterío del público, Evita se adelantó para explicar que Perón estaba enfermo y que además preparaba su viaje a Rosario, pero la batahola fue tal que no pudo pronunciar el discurso que tenía preparado para la ocasión. Durante la

[255] *Democracia*, 14 de diciembre de 1945.

desconcentración, se produjeron varios disturbios y algunos grupos de mujeres fueron dispersadas con gases lacrimógenos[256].

La prensa grande, o sea *La Nación, La Prensa* y *Crítica*, apoyó inequívocamente a la Unión Democrática. Perón contó con el respaldo de *Democracia*, fundada en diciembre de 1945 por Antonio Molinari y Mauricio Biraben; *La Época*, el periódico de limitada circulación dirigido por Colom, y *El Pueblo*, un diario católico. La Iglesia se mantuvo formalmente neutral, pero su pastoral recordando a los fieles que no podían votar por partidos políticos que propiciaron el divorcio, dio implícitamente su apoyo a Perón. A último momento, éste recibió la inesperada ayuda del Departamento de Estado norteamericano. A instancias de Braden, en esos momentos subsecretario de Estado para América Latina, publicó un *Libro Azul* en el que se denunciaban las vinculaciones de Perón y otras personalidades argentinas con las potencias del Eje, reforzando así los ataques que la Unión Democrática había lanzado contra él. Esta interferencia norteamericana en la política argentina, en vez de perjudicar a Perón, lo favoreció, pues sirvió para que las elecciones se convirtieran en una disyuntiva entre Braden o Perón. Así lo expresó en su discurso del 12 de febrero de 1946, en el que retomó su mejor estilo de secretario de Trabajo y Previsión. "En nuestra patria, no se debate un problema entre libertad o tiranía, entre Rosas o Urquiza, entre democracia y totalitarismo. Lo que en el fondo del drama argentino se debate es, simplemente, un partido de campeonato entre la justicia social y la injusticia social". Perón concluyó su discurso con un violento alegato contra el ex embajador, denunciándolo "como el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática... En consecuencia, sepan quienes voten el 24 de febrero por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que con este acto entregan, sencillamente, su voto al señor Braden. La disyuntiva en esta hora trascendental, es ésta: o Braden o Perón. Por eso, glosando la inmortal frase de Roque Sáenz Peña, digo: Sepa el pueblo votar"[257].

Hasta que comenzó el recuento de los votos, los partidarios de la Unión Democrática estaban convencidos de que su victoria estaba asegurada. El escrutinio tardó varios días y en los primeros hubo acuerdo unánime en que los comicios habían sido honestos. Las denuncias de la Unión Democrática sólo comenzaron cuando con el transcurso del tiempo quedó demostrado que de los 2.734.386 sufragios emitidos, Perón había recibido 1.479.511. Los laboristas también ganaron todas las gobernaciones provinciales, a excepción de Corrientes, veintiocho de las treinta bancas del Senado y casi los dos tercios de la Cámara de Diputados.

En los meses siguientes al triunfo electoral, Perón se abocó a la tarea de elaborar los alineamientos de su plan de gobierno, de poner en marcha algunas medidas a través de Farrell, como la nacionalización del Banco Central, y

---

[256] *La Prensa*, 10 de febrero de 1946.

[257] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Discurso del coronel Perón en el acto de la proclamación de su candidatura a la Presidencia de la República*, 12 de febrero de 1946.

nombrar a sus colaboradores[258]. Los fines de semana, Perón y Evita buscaban unas horas de descanso en la quinta de San Vicente, pero aun allí lo perseguían las preocupaciones políticas y los problemas a resolver. Además, muchas veces llegaban amigos como Mercante o Ricardo Guardo, que sería pronto elegido presidente de la Cámara de Diputados, y su mujer, Lilian Lagomarsino de Guardo. Evita seguía asistiendo a las reuniones donde se discutían nombramientos y planes de acción, pero su actitud en éstas ha comenzado a cambiar. Ya no se calla. Por otra parte, aunque Perón tiene numerosos colaboradores y un secretario particular, Juancito Duarte, ella también atiende a la gente que busca obtener una entrevista con Perón y éste hacer saber a sus visitas que pueden dejar sus encargos con ella. Acompañada por Isabel Ernst y a veces por Lilian Lagomarsino de Guardo, se la ve visitando fábricas, el 27 de mayo, la Fábrica Hispano Suiza y al día siguiente, la Fábrica Química Bayer. Su vida ha cambiado radicalmente al convertirse en esposa del presidente electo, pero si echa de menos sus actividades artísticas, no lo deja aparentar pues parece disfrutar enormemente de toda la confusión, las reuniones, el ir y venir de gentes, su nueva importancia y las preparaciones para la transmisión de mando.

Finalmente llegó el 4 de junio, fecha en que Perón, en su flamante uniforme de general, asumió el mando —uno de los últimos actos de Farrell fue firmar la reincorporación de Perón al Ejército y su ascenso—. Evita asistió a la ceremonia que tuvo lugar en el Congreso, sentada al lado de las esposas del vicepresidente y de los ministros, y no muy lejos de ella, estaban también sus hermanas y doña Juana. En el banquete que marcó la ocasión, Evita presidió una cabecera de la mesa sentada al lado del cardenal Santiago Luis Coppello. Al día siguiente, hubo una función de gala en el Teatro Colón. Finalizada ésta, Perón y Evita, acompañados por los Guardo, se fueron a su nueva residencia, el viejo palacio Unzué. Situada en medio de un magnífico parque, en la entonces avenida Alvear, era una hermosa construcción como las que sabía construir la oligarquía y que como muchas otras, fueron adquiridas por el Estado en la década de los treinta cuando se habían vuelto demasiado costosas para mantener. Recorrieron algunas habitaciones y luego subieron a los dormitorios. Evita se deshizo el complicado peinado que le había hecho su peluquero Julio Alcaraz para la ocasión. Se sacó el traje de fiesta y se vistió con su ropa favorita, un pijama de Perón. Volvió al dormitorio donde éste y los Guardo habían quedado charlando, arreglando todavía su pelo en dos trenzas, como lo hacía todas las noches. Cansada, se sentó en la cama y, pensativa, se puso a comer una naranja mientras los demás seguían comentando los incidentes del día.

258 Perón nombró a Juan Carlos Picaso Elordy (Agricultura), Belisario Gaché Pirán (Justicia e Instrucción Pública), Ramón A. Cereijo (Hacienda), Juan Atilio Bramuglia (Relaciones Exteriores y Culto), Angel Gabriel Borlenghi (Interior), general Juan Pistarini (Obras Públicas), brigadier mayor Bartolomé de la Colina (Aeronáutica), capitán de navio Fidel L. Anadón (Marina), Rolando Lagomarsino (Industria y Comercio), José María Freire (Trabajo) y Ramón Carrillo (Salud Pública).

Capítulo VI

Los primeros pasos en la política

En el mes de junio de 1946, al poco tiempo de haber asumido el gobierno Perón, cuando se oían todavía los ecos de las funciones de gala, la prensa comenzó a publicar noticias sobre la Señora María Eva Duarte de Perón. El 14 de junio asistió a un acto de la Asociación del personal de Hospitales y Sanatorios Particulares en compañía de Isabel Ernst y del ministro de Trabajo, José María Freire. El 5 de julio, con motivo de iniciarse "la campaña de ayuda a los niños pobres de las provincias" visitó la Unión Ferroviaria. El 19 de este mismo mes, los diarios anunciaron que había recorrido las instalaciones de la Fábrica Nacional de Calzado. Unos días más tarde, se la vio distribuyendo juguetes en el Hotel de Inmigrantes, y el 26 de julio, pronunció un discurso por radio, como parte de "la campaña de sesenta días por el abaratamiento de la vida". El 15 de agosto viajó a Rosario para distribuir ropas y víveres, y el 11 de setiembre, visitó la Cámara de Diputados para interesarse por la sanción del voto femenino que había sido aprobado por la Cámara de Senadores el mes anterior. Pero además, toda vez que Perón asistía a un acto público, allí estaba Evita a su lado: el 16 de agosto, en la Casa de la Moneda; el 11 de setiembre, en un banquete organizado por obreros tranviarios, visitando varios institutos de ciegos y en una cena; el 21 de setiembre, en la inauguración del Salón de Artes Plásticas y en un espectáculo nocturno.

En un primer momento la actividad de "doña María Eva Duarte de Perón" causó cierta extrañeza. Aunque Evita ya había sorprendido a mucha gente durante la campaña electoral al acompañar a su marido en sus giras por el interior, como esposa del Presidente, se esperaba de ella un comportamiento conforme con lo establecido por la tradición. Los argentinos estaban acostumbrados a que la Primera Dama fuera una figura relegada a un plano muy secundario, dedicada a ciertas obras de caridad, como la Sociedad de Beneficencia y alguna que otra ceremonia oficial. Independientemente de su posición política, se resistía a aceptar que la esposa del primer mandatario asistiera a tantos actos con su marido o hablara en su nombre a un grupo de obreros.

Además de visitar gremios, repartir ropa y de acompañar a Perón, desde mediados de julio Evita iba todos los lunes, miércoles y viernes por la mañana a la Dirección de Correos y Comunicaciones. En el cuarto piso de ese edificio, su viejo amigo Oscar Nicolini, ahora administrador general de esa repartición,

había habilitado una oficina para su uso. En ella Evita atendía a todos los que buscaban obtener una entrevista con Perón, para impedir que continuaran desfilando por la Casa Rosada o la residencia presidencial como lo habían hecho hasta que Nicolini le proporcionó la oficina.

El 23 de setiembre, el auto de Evita no se detuvo como de costumbre frente a Correos. Pasó de largo y fue hasta el edificio del Concejo Deliberante, donde Perón había desempeñado sus funciones de secretario de Trabajo y Previsión. Allí estaba instalado ahora el flamante ministro de Trabajo y Previsión Social y allí tendría Evita a partir de aquella fecha una oficina. En un principio, sus tareas tanto en el Correo como en el Ministerio de Trabajo no recibieron tanta publicidad como las visitas o los viajes al interior, de allí que el cambio de oficinas pasara casi inadvertido. Sin embargo, con el correr del tiempo, sus actividades en esta última repartición adquirirían una importancia fundamental para el gobierno peronista.

Es indudable que el traslado de Evita al Ministerio de Trabajo tuvo un sentido simbólico que no podía pasar inadvertido para nadie y mucho menos para los trabajadores, en la medida en que era precisamente desde esa repartición que Perón había puesto en marcha su política social. Pero la presencia de Evita en esa casa —que ella siempre llamó la Secretaría— tenía sobre todo el propósito de oficializar la práctica que se había ido estableciendo poco a poco desde las elecciones de febrero: el contacto de los trabajadores con Perón debía hacerse ahora por intermedio de Evita pues ella era su representante personal en el Ministerio.

En *La razón de mi vida*, Evita relata que no fue al Ministerio de Trabajo "por sensiblería romántica" sino porque en ese edificio "podía encontrarme más fácilmente con el pueblo y con sus problemas; porque el ministro de Trabajo y Previsión es un obrero, y con él "Evita" se entiende francamente y sin rodeos burocráticos; y porque además allí se me brindaron los elementos necesarios para iniciar mi trabajo"[259]. Teniendo en cuenta la falta de participación de la mujer en la vida política argentina hasta ese momento y la imagen tradicional de la Primera Dama, la pregunta que surge de inmediato es ¿qué fue lo que impulsó a Evita, una actriz de radioteatro de veintisiete años de edad, con una educación muy limitada y ninguna experiencia política, a querer desempeñar ciertas actividades para las cuales no existían antecedentes inmediatos en la Argentina y muy pocos en el mundo entero? Es verdad que en esta época, en los Estados Unidos, Eleanor Roosevelt había adquirido una preeminencia desusada para la esposa de un presidente, pero en su caso era principalmente el resultado de una larga experiencia política en los asuntos del Partido Demócrata y de la colaboración que había prestado a su marido en varias campañas electorales[260]. Por otra parte, es muy dudoso que la figura de Eleanor Roosevelt influyera en lo más mínimo sobre la decisión de Evita.

[259] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 104.

[260] Véase Joseph P. Lash, *Eleanor and Franklin*, 2 tomos, New York, New American Library, 1973. *Democracia*, del 20 de enero de 1947 publicó un paralelo sobre "estas dos mujeres de América".

Algunos han buscado la respuesta a esta pregunta en su ambición desmesurada. No le alcanzaba con ser la Primera Dama de los Argentinos, dice Mary Main, pues la megalomanía "no cesa nunca de hostigar a sus víctimas, ya que ningún poderío puede satisfacerlas y Eva, como el náufrago sediento que bebe agua del mar, se veía devorada por una sed insaciable, acrecentada por cada aumento de influencia, que habría de conducirla, si la muerte no se le adelantaba, a la insania"[261]. Según esta interpretación, el único objetivo de Evita a partir de 1946 fue acumular el mayor poder posible para vengarse de los múltiples agravios que había recibido, principalmente el haber nacido pobre y ser hija natural y el haber sufrido insultos por parte de la oligarquía pues ésta rehusó aceptarla como Primera Dama.

Los que así explican los actos de Evita dan por sentado sus deseos de convertirse en una Primera Dama, tal como la oligarquía había definido que debía serlo, y aunque no presentan pruebas de ello, que buscó acercarse a la alta sociedad argentina. Además, habría convivido con Perón durante dos años sin que esto tuviera el menor efecto sobre ella y permanecido extrañamente inmune a la politización que había arrastrado al resto del país a partir de 1943.

Admitiendo que así fuera por un instante, le habría resultado bastante difícil permanecer en un plano secundario, dedicada a obras de caridad como la Sociedad de Beneficencia, cuando la elección de Perón era aclamada por sus partidarios como el fin de una era de oprobio y explotación y su gobierno como el comienzo de una Nueva Argentina donde reinaría la justicia social y el ser trabajador ya se había transformado en un honor. Cuando el presidente de la República visitaba sedes sindicales y cenaba con gremialistas en vez de reunirse con oligarcas, declaraba que el aristocrático Teatro Colón sería de ahora en adelante "el teatro del pueblo" y se sacaba el saco para hablar en público, algo totalmente prohibido para un caballero, mal podía Evita acercarse a la clase alta e imitar el modelo de Primera Dama definido por la oligarquía.

En su autobiografía, Evita relata que podría haber sido como las esposas de otros presidentes argentinos, pero que ella *eligió* un camino diferente. "Esto lo digo bien claro porque se ha querido justificar 'mi incomprensible sacrificio' arguyendo que los salones de la oligarquía me hubiesen rechazado."

"Nada más alejado que esto de toda realidad, ni más ausente de todo sentido común.

"Pude ser una mujer de Presidente como lo fueron otras. Es un papel sencillo y agradable: trabajo de los días de fiesta, trabajo de recibir honores, "engalanarse" para presentar según un protocolo que es casi lo mismo que pude hacer antes, y creo que más o menos bien, en el teatro o en el cine.

"En cuanto a la hostilidad oligárquica no puedo menos que sonreírme.

"Y me pregunto ¿por qué hubiese podido rechazarme la oligarquía?

"¿Por mi origen humilde? ¿Por mi actividad artística?

---

[261] Mary Main, *op. cit*., p. 68.

"¿Pero acaso alguna vez esa clase de gente tuvo en cuenta aquí, o en cualquier parte del mundo, estas cosas, tratándose de la mujer de un Presidente?

"Nunca la oligarquía fue hostil con nadie que pudiera serle útil. El poder y el dinero no tuvieron nunca malos antecedentes para un oligarca genuino."[262]

El razonamiento de Evita tiene sentido. Si ella hubiera querido jugar solamente el papel decorativo que su condición de esposa del presidente de la República le exigía, hubiera encontrado pocas resistencias. Y en verdad no era la primera vez que una artista había llegado a ser Primera Dama en la Argentina. En la década del veinte, Regina Paccini había sido cantante lírica antes de casarse con Marcelo T. de Alvear. Pero sus argumentos no son enteramente convincentes. Es indudable que, en su caso, las prevenciones de la oligarquía contra ella eran muy grandes. El triunfo de Perón era la peor derrota que esta clase había sufrido hasta ese entonces. La polarización creada en torno de las elecciones no había disminuido sino que se había acrecentado a medida que Perón ponía en marcha su plan de gobierno. Veía las actividades de Evita con horror, por ser "impropias" de una Primera Dama. El ejemplo de Regina Paccini de Alvear no era un precedente válido para ella pues Evita provenía de una clase social demasiado baja y su condición de hija natural era un secreto a voces. Además no era cantante lírica, profesión respetable desde el punto de vista "cultural", sino actriz de radio y cine, actividades despreciables para la clase alta. Por otra parte, el muy aristocrático Alvear se casó con Regina Paccini en 1907 y sólo fue elegido Presidente en 1922, mientras vivía en París, acontecimiento que la oligarquía vio con alivio, después de sufrir bajo el gobierno del plebeyo Yrigoyen. Evita, en cambio, había convivido abiertamente con Perón durante casi dos años y su casamiento era muy reciente. El rechazo hacia ella se había ido acumulando desde 1944, intensificado por el antagonismo que suscitaban en la oligarquía la personalidad de Perón y su gobierno. Cualquier acto de su parte, iba a ser juzgado dentro de este contexto. Así por ejemplo, durante los festejos que marcaron la ascensión de Perón al gobierno, el traje de noche con un hombro descubierto que lució junto al cardenal Coppello fue motivo de escándalo aunque nada tenía de escandaloso[263].

Evita aceptó las responsabilidades que su condición de esposa del Presidente le imponían y en ningún momento dejó de cumplirlas, pero desde un primer momento también emprendió actividades fuera de todo protocolo. Es posible que, por haber trabajado durante tantos años, su inclinación la impulsara a despreciar la vida de ocio que podía haber llevado como esposa del Presidente. En su autobiografía, expresa claramente su desagrado por el mundo de la "mujer de sociedad". Su vida "no tiene objetivos... Llena de apariencias, de pequeñeces, de mediocridades y de mentiras, todo consiste en representar bien

[262] Eva Perón, *La razón de mi vida*, ps. 86-87.

[263] Diez años más tarde, o sea el 23 de diciembre de 1955, cuando la esposa del presidente provisional Pedro Eugenio Aramburu cenó junto al Nuncio Apostólico con un vestido tan escotado como el de Evita, no dio lugar a críticas.

un papel tonto y ridículo"[264]. Además, su relación con Perón no había sido la de un matrimonio tradicional en el que la esposa se dedica a construir un hogar donde las preocupaciones de trabajo del marido no entran. Todo lo contrario. Pero más importante que todos estos factores, es sin duda su percepción de lo que la figura de Perón representaba en esos momentos: era el Presidente de los argentinos y el líder de los descamisados. Esta percepción provenía de los cambios que se habían ido produciendo gradualmente en ella desde que había comenzado a vivir con Perón. La experiencia adquirida durante esos dos años cruciales durante los cuales, además de observar de cerca la metamorfosis del coronel, había empezado a compartir sus ideas, escuchándolo y haciendo propaganda radial, abrieron sus ojos a un mundo nuevo. La crisis de octubre completó su transformación. Destruidas las huellas de su ilegitimidad, casada con Perón y habiendo comprendido lo que él representaba para los descamisados descubrió lo que éstos significaban en su propia vida. Creyéndose liberada de su pasado y dispuesta a "pagar su deuda de honor", a través de ellos se reencontró con sí misma, pues fue entonces que comenzó a aflorar con fuerza creciente el "sentimiento de indignación ante la injusticia social" que había acallado durante tanto tiempo. "Yo empecé a sentir en esa forma durante aquellos días en que a Perón no lo habían sentido y mucho menos interpretado los ricos, los poderosos; pero cuando ya lo interpretaban los de abajo, los pobres, los humildes, los explotados por la injusticia de arriba"[265]. No se había avergonzado nunca de haber sido pobre. Al contrario, se enorgullecía de haber nacido "en un hogar modesto". Y ahora podía dar riendas sueltas a su orgullo y decir: "He preferido dejar de lado todas las situaciones y los halagos que pudiera brindarme mi destino para participar en la obra del coronel Perón porque estar a su lado es estar al lado del pueblo. Yo no olvido mi origen humilde, por eso prefiero convivir de corazón con todos los descamisados, serles leales y servirles en todo lo que pueda"[266].

A la dualidad de Perón, Presidente y líder, debía corresponder una doble personalidad para Evita: "Una la de Eva Perón, mujer del Presidente, cuyo trabajo es sencillo y agradable, trabajo de los días de fiesta, recibir honores, de funciones de gala; y otra, la de Evita, mujer del líder de un pueblo que ha depositado en él toda su fe, toda su esperanza y todo su amor"[267].

Estas palabras, extraídas de *La razón de mi vida*, podrían ser interpretadas como el justificativo *a posteriori* de su trayectoria. Sin embargo, ya en enero de 1947, en un discurso radial que dirigió a las mujeres peronistas, Evita expresó un pensamiento muy similar. Explicó cómo "ser la esposa del general Perón, vuestro presidente, me hizo adquirir la noción paralela de lo que significa ser la esposa del coronel Perón, el luchador social. No se podía ser la mujer del Presidente de los argentinos dejando de ser la mujer del Primer Trabajador argentino. No se podía llegar al encumbrado e inútil sitial de esposa del general

[264] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 304.
[265] Eva Perón, *La historia del peronismo*, p. 142.
[266] *La Nación*, 1 de diciembre de 1946.
[267] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 88.

Perón olvidando el puesto de tesón y de lucha de la esposa del antiguo coronel Perón, el defensor de los "descamisados". Me lo hubieran permitido el protocolo, las costumbres de nuestro país, la línea del menor esfuerzo, la inercia, la vanidad, la satisfacción, el prurito de ignorar, estando arriba, aquello que está abajo, fuera de la pupila. Nadie me hubiera recriminado ser solamente la esposa del general Perón, confundiendo mis deberes de sociabilidad con mis deberes sociales. Pero me lo hubiera impedido mi corazón. Me lo hubiera impedido el ejemplo de una conducta inflexible. Me lo hubiese recriminado diariamente esa pasión de trabajo, esa fe iluminada y esa permanente inquietud por su pueblo que caracteriza al general Perón. Por eso estoy con vosotras. Por eso seguiré junto al que sufre, al que espera, al que desfallece, al que solicita, al que sucumbe"[268].

Las razones personales que Evita pueda haber tenido para iniciar ciertas actividades inconcebibles en una Primera Dama argentina o su comprensión de la dualidad implícita en Perón a partir de 1946, no alcanzan a explicar su extraordinaria carrera política. Una cosa es que visitara fábricas, que acompañara frecuentemente a Perón o emprendiera obras de ayuda social y muy otra que se introdujera en la estructura de poder, adquiriera una base en ésta y cumpliera funciones políticas de relevancia en el primer gobierno peronista. Tampoco es suficiente reconocer que en último término la decisión de Perón de delegar en ella su contacto con los trabajadores fue lo que le permitió hacerlo.

Ni Perón ni Evita explican satisfactoriamente por qué, en un acto sin precedentes, aquél delegó en su esposa una función tan importante como era en esos momentos la intermediación con los que lo habían elevado al poder. En su libro *Del poder al exilio*, éste dice que vio en Evita "una mujer excepcional. Una auténtica apasionada, animada de una voluntad y de una fe que se podían parangonar con aquélla de los primeros cristianos". Según él, no había lugar a dudas. "Decidí por lo tanto que Eva Duarte permaneciese en mi Ministerio y abandonase su actividad teatral"[269]. En cuanto a ella, sólo explica que la razón principal por la cual "eligió" ser "Evita" es porque "Perón poco a poco fue convenciéndose de que las responsabilidades y tareas a su cargo eran casi incompatibles con su deseo de mantener estrecho contacto con el pueblo"[270].

Es de pensar que la decisión de Perón fue algo más complicada que lo que él parece recordar y que intervinieron en ella múltiples factores, algunos de índole personal y otros eminentemente políticos. Entre los primeros, cabría mencionar el hecho de que hasta 1943 fuera un militar de carrera sin ninguna experiencia política, lo cual le daba la oportunidad de tomar medidas que políticos más consumados considerarían peligrosas o contraproducentes; la libertad de acción que le dejó la ausencia de estructuras partidarias rígidas y con intereses creados; su falta de prejuicios pequeños-burgueses que no le hacía exigir de Evita un comportamiento acorde con las exigencias sociales; la

[268] *La Nación*, 28 de enero de 1947.
[269] Juan Perón, *op. cit.*, p. 52.
[270] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 79.

transformación que se había operado en él a partir de 1943 y que, a su vez, le hacía aceptar sin resistencias la inclinación y los deseos de Evita de colaborar con él y finalmente la técnica de trabajo que desarrolló en la Secretaría de Trabajo y Previsión, donde se rodeó de un grupo reducido de hombres en los cuales confiaba plenamente.

Desde el punto de vista político, al asumir el gobierno, Perón se encontró con una situación difícil de sortear. Las elecciones de febrero de 1946 habían sido la ratificación y ampliación del mandato que recibió el 17 de octubre, a su vez culminación del proceso que se inició cuando tomó la dirección del Departamento de Trabajo. La relación entre el líder y los descamisados, tal como había sido moldeada por Perón desde esa repartición, era esencialmente personal, individualizada, directa. Así la habían aceptado éstos, la confirmaron el 17 de octubre y así querían mantenerla, aun después de las elecciones presidenciales. Como toda relación carismática, necesitaba de un contacto continuo, sostenido por medio de reuniones, homenajes y actos diversos. Mucho más importante, exigía la intervención y el arbitraje de Perón en numerosos problemas gremiales que no habían sido solucionados, pues a partir de octubre de 1945 solamente él podía dirimir conflictos, nombrar representantes e indicar el camino a seguir. Las delegaciones de obreros continuaban llegando hasta la Casa Rosada o la residencia presidencial para tratar de ver a Perón, como en los tiempos en que era solamente secretario de Trabajo. Algunos eran representantes de una fábrica donde los patrones no querían adoptar el nuevo reglamento de trabajo, otros eran grupos que no podían resolver sus diferencias internas o delegados que deseaban invitarlo a un acto sindical. Los pedidos de entrevistas, las consultas, las quejas y las invitaciones a homenajes no cesaban mientras Perón encontraba cada vez más dificultades para atenderlos personalmente y a la vez desempeñar sus funciones presidenciales[271].

Perón se veía enfrentado al siguiente dilema: en tanto que Presidente, ya no podía cumplir con el papel de agitador social que había definido su gestión de secretario de Trabajo, pero si los trabajadores constituían la base social de su gobierno y de su liderazgo no podía permitir que se deteriorara su relación carismática con ellos. Su elección a la Presidencia amenazaba la relación entre el líder y los descamisados en un momento en que ninguna de las dos partes quería que sucediera y esto ocurría precisamente en un período en que su movilización continuaba de manera sostenida, ya sea con el objetivo de formar nuevos gremios, pedir aumentos de salarios o exigir el cumplimiento de la legislación laboral. Así por ejemplo, en los días en que Perón ascendió al poder, había dos gremios en huelga, el de los panaderos y los ferroviarios.

Sabía que no podía contar con la CGT para canalizar o controlar esa movilización. Dirigida por avezados sindicalistas que no se dejaban manejar

[271] El 19 de octubre de 1946, la Unión Ferroviaria celebró un acto en el Luna Park al cual Perón había prometido asistir. A último momento no pudo hacerlo. La presencia de Borlenghi, Freire y Bramuglia de nada sirvió para calmar la silbatina y las protestas que duraron unos veinte minutos. Véase *La Nación*, 20 de octubre de 1947.

fácilmente por Perón, desbordada por la incorporación de numerosos gremios, fortalecida por su gestión durante la crisis de octubre y las elecciones de febrero, la central obrera en esos momentos buscaba ante todo articular una línea de "colaboración con independencia" con respecto al gobierno.

En estas circunstancias, el Ministerio de Trabajo se perfilaba como un organismo crucial para implementar la política social de Perón, Presidente, y demostrar su continuidad con la de Perón, secretario de Trabajo. Pero si bien el nuevo Ministerio era una garantía de la política que seguiría su gobierno, representaba asimismo una traba pues él no lo dirigía personalmente, muchos de sus funcionarios eran nuevos e inexpertos y estaba en plena reorganización, justamente cuando más se precisaba sus servicios. Además, si por un lado Perón necesitaba de un ministro vigoroso, con experiencia, capaz de proseguir la labor que él había iniciado, por otro tenía que entregar a alguien de su entera confianza una función que podía ser tan peligrosa para él como lo había sido para el gobierno de Farrell. Si la fuente de su poder estaba en los descamisados, no podía delegar su contacto con ellos en una persona que pudiera utilizarlo como él lo había hecho. De allí que no pusiera al frente del Ministerio a ninguno de los colaboradores que había tenido en la Secretaría y nombrara a José María Freire, un dirigente sindical miembro del Comité Central Confederal de la CGT que no tomó parte en la reunión de octubre en la que se declaró la huelga general, porque estuvo ausente.

Sin minimizar la importancia que tuvieron los factores personales, la participación de Evita en el primer gobierno peronista se explica fundamentalmente por la necesidad de adaptar la estructura de poder a la nueva realidad que surge a partir del 17 de Octubre. Con la presencia de Evita en el Ministerio de Trabajo, Perón buscó disminuir su posible distanciamiento de los descamisados y ésta actuó desde el primer momento como una prolongación de Perón, el secretario de Trabajo. De allí que al hablar de esa repartición la llamara "la Secretaría" y que para ella Perón no fuera el Presidente sino "el coronel". Era su esposa, la persona más cercana a él, por lo tanto su extensión o como diría ella "su sombra" y, como tal, la única que podía proporcionar la intermediación necesaria para recrear el contacto que había existido anteriormente, mantenerlo y quizás reforzarlo. Además, como mujer en una sociedad que todavía no le había concedido derechos políticos, de ninguna manera podía representar una amenaza pues no había peligro de que ella usara el contacto con los descamisados en su contra.

Por otra parte, es de señalar que la decisión de Perón no parece haber sido el fruto de un cálculo de su parte, sino el resultado de una práctica que se había ido desarrollando poco a poco ya durante la campaña electoral. Evita ofreció su colaboración y Perón la dejó hacer. Como demostró habilidad en su nuevo papel, en una prueba más de su pragmatismo, no opuso mayores resistencias al apreciar las ventajas que le proporcionaba esa solución. En este sentido, Evita se benefició del alto grado de fluidez e improvisación que caracterizó al peronismo en su primera etapa. A pesar de los esfuerzos de Perón por demostrar lo contrario con su Plan Quinquenal, la improvisación de su

gobierno era comprensible si se recuerda el poco tiempo que tuvo para organizar sus partidarios antes de los comicios de febrero, hacer la campaña electoral, preparar su acción de gobierno, nombrar a sus colaboradores, etcétera.

La interpretación aquí ofrecida se ve confirmada al observar que la ascensión de Evita en la estructura de poder fue en realidad un lento proceso que no se produjo por la simple decisión de Perón o la voluntad de ella, sino como resultado de los cambios políticos que se fueron gestando a partir de 1946. Al delegar el contacto con los trabajadores en Evita, ella adquirió la legitimidad necesaria para iniciar sus actividades. Su vínculo con él y su indudable talento en el desempeño de sus múltiples tareas le permitieron incrementar su influencia, pero no consiguió afirmarse enteramente en sus funciones hasta el momento en que Perón completó la consolidación de su propio poder, o sea, hacia 1948.

Aun antes de asumir la Presidencia, mientras formaba su gabinete y preparaba su acción de gobierno, Perón buscó reestructurar su base política para fortalecer su posición, muy endeble a pesar de su triunfo electoral. Necesitaba deshacerse de las precarias y ahora molestas alianzas que le habían dado ese triunfo y reorganizar sus fuerzas de modo de poder controlar más fácilmente los grupos heterogéneos que se habían unido en torno a su figura: sindicalistas, nacionalistas de izquierda y de derecha, conservadores populares, socialistas, algunos comunistas y radicales disidentes.

Como primera medida, en mayo de 1946, resolvió disolver el Partido Laborista, la Unión Cívica Radical-Junta Renovadora y los Centros Independientes, para formar un partido único. De los tres, el más significativo era indudablemente el Partido Laborista y su disolución es el eje del proceso de reorganización que instrumenta Perón en este período. Aunque constituido en parte para llevarlo a la Presidencia, por su conformación y su composición, el laborismo representaba un peligro potencial para él, por su independencia y porque nucleaba en un grupo coherente a la cúpula de la vieja guardia sindical. Sus autoridades eran dirigentes gremiales, Luis F. Gay, un telefónico era presidente; Cipriano Reyes, obrero de los frigoríficos, era vicepresidente; Luis Monzalvo, ferroviario, era secretario general, etc.[272] Además, el partido había sido fundado como resultado de la participación de estos dirigentes sindicales en la crisis de octubre, y por lo tanto, era la expresión política de un movimiento sindical pujante y vigoroso que quería mantener y ampliar las conquistas sociales recientemente obtenidas aplicando a la Argentina los principios del laborismo inglés. Por otra parte, tanto antes como después de las elecciones, sus relaciones con la Junta Renovadora habían estado marcadas por constantes disputas y desentendimientos. La Junta había sido el único aparato electoral que Perón había tenido a su alcance y se lo habían proporcionado los caudillos y jefes provinciales radicales que se habían pasado a su campo. Eran mucho más duchos en componendas que los laboristas, todos ellos veteranos de luchas sindicales, pero novatos en política.

[272] Véase Carlos S. Fayt, *op. cit*., ps. 116-150, y Luis Monzalvo, *op. cit*., pm 200-246.

La disolución del laborismo fue resistida por algunos dirigentes. Cipriano Reyes, a la sazón diputado, se convirtió en el opositor más tenaz de la medida. El 17 de octubre de 1946, desafiando la celebración oficial presidida por Perón en Plaza de Mayo, organizó un acto frente al Congreso y durante un tiempo trató de mantener el partido funcionando. Pero sus esfuerzos fueron vanos pues la penetración del laborismo en las masas sindicales había sido muy superficial. En setiembre de 1948 fue detenido por estar comprometido en un complot contra la vida de Perón y Evita y permaneció encarcelado hasta 1955.

Una vez disuelto el laborismo, Perón estuvo en condiciones de montar un aparato partidario que le respondiera directamente. Inicialmente se denominó Partido Único de la Revolución y en enero de 1947 adoptó el nombre de Partido Peronista. A pesar de que ese año ya tenía una Carta Orgánica y que el siguiente existían autoridades nombradas específicamente para organizar al partido en todo el país y un Consejo Superior, el proceso de estructuración fue lento, y en la práctica, solamente alcanzó su forma más o menos definitiva hacia el año 1954. Es interesante recordar que aún en las elecciones presidenciales de 1951, el Partido Peronista (masculino) jugó un papel menos significativo que la CGT. Esta fue la que inició la campaña electoral junto con el Partido Peronista Femenino y fueron los sindicatos los que en gran parte movilizaron los adherentes a Perón. La falta de estudios monográficos sobre el Partido Peronista no permite entender todas las facetas de este problema, pero de todos modos, en esta primera etapa, el surgimiento de la nueva organización parecería haber facilitado la eliminación de los dirigentes laboristas que resistían el proceso de integración y el ingreso o la promoción de ex radicales y de conservadores que se mostraron mucho más complacientes a las directrices de Perón.

La disolución del laborismo también afectó la composición de las Cámaras, sobre todo la de Diputados. En las elecciones de febrero de 1946, sobre un total de 158 bancas de diputados, Perón ganó 109, divididas de la siguiente manera entre sus partidarios: 64 laboristas, 22 radicales (Junta Renovadora), 19 de la Unión Cívica Yrigoyenista, y 2 del Partido Radical Yrigoyenista[273]. Al desaparecer el laborismo, Perón aumentó la solidez y cohesión de su apoyo legislativo, reforzándolo con la renovación de las Cámaras en 1948 y 1949, pues ya para ese entonces las divisiones entre laboristas y peronistas habían desaparecido y los candidatos a diputados lo fueron con su beneplácito. En esta última circunstancia, la influencia de Evita ya se hizo sentir pues algunos de los candidatos a diputados fueron dirigentes gremiales que tenían su apoyo, por ejemplo Guillermo De Prisco y Alfredo Machargo entre otros. A partir de 1948 varía pues apreciablemente la composición del Parlamento. Cae Ricardo Guardo y la Cámara de Diputados pasa a ser presidida por Héctor J. Cámpora. Se nota una progresiva declinación en la calidad de los debates y se va acentuando la celebración de homenajes a Perón y Evita, alcanzando su punto culminante en los meses previos a la muerte de esta última.

[273] "Historia del peronismo", *Primera Plana*, Buenos Aires, 31 de mayo de 1966, p. 39.

La disolución del laborismo trajo aparejado un ataque al "viejo sindicalismo [que] se acercó a Perón subrayando sus coincidencias programáticas y su pretensión de autonomía"[274]. Ese sector de la vieja guardia sindical, cuyo proyecto era respaldar a Perón, participar de la Nueva Argentina pero a la vez mantener cierta independencia, había resultado fortalecido en las elecciones, tal como había sucedido con el movimiento obrero organizado. Esto planteaba un grave problema para Perón pues la CGT tenía en su cúpula un grupo de viejos dirigentes sindicales cuyo apoyo no era controlable. "No queríamos avasallamientos a pesar de nuestra identificación con el nuevo gobierno", recuerda Silverio Pontieri, entonces secretario de la CGT[275]. Como lo demostraron las deliberaciones del Comité Central Confederal, la reacción de la CGT ante la crisis de octubre había sido bastante más lenta que la de las bases o la de dirigentes sindicales de gremios no afiliados a la central obrera y las preocupaciones políticas habían incidido poderosamente en la decisión final. En 1946, a pesar del triunfo electoral de Perón, eran todavía muchos los dirigentes sindicales que se resistían a embanderar el movimiento sindical con su persona, y en cierta medida, la línea independentista de la CGT se había visto acentuada con el ingreso en la central obrera de gremios como el de los telefónicos que hasta ese entonces había pertenecido a la Unión Sindical Argentina.

El primer enfrentamiento de la CGT con Perón ocurrió cuando Silverio Pontieri renunció a su cargo de secretario de la central obrera por haber sido elegido diputado por el Partido Laborista. En la puja que se planteó, Ángel G. Borlenghi, ministro y a la vez secretario de la Confederación General de Empleados de Comercio y candidato de Perón al secretariado, fue derrotado por Luis F. Gay, el viejo dirigente telefónico.

Para consolidar su poder, Perón juzgó que necesitaba un mayor control sobre el movimiento obrero y esto quería decir que debían desaparecer los antiguos dirigentes sindicales con voluntad de autonomía para ser sustituidos por gente que dependiera más directamente de él. El golpe contra el laborismo anunciaba el impacto que se avecinaba contra la vieja cúpula sindical. Como presidente del Partido Laborista, Gay acató la decisión de Perón, pero su actitud no le ayudó a retener su puesto de secretario de la CGT. En febrero de 1947, la visita de unos dirigentes sindicales norteamericanos sirvió de pretexto para forzar su renuncia[276]. Aurelio Hernández lo sustituyó durante menos de un año, pues en el mes de diciembre el cargo pasó a José Espejo. En este caso, se buscó un candidato que no provocara fricciones y la elección recayó sobre Espejo, del Sindicato de la Alimentación. Para 1948, el comité directivo de la central obrera había cambiado totalmente. Estaba integrado por viejos militantes que no habían ocupado un puesto en el comité directivo con anterioridad: Antonio Valerga, Isaías Santín, Antonio Eduardo Correa y Florencio Soto. Aunque en

[274] Juan Carlos Torre, "La caída de Luis Gay", *Todo es historia*, Buenos Aires, octubre de 1947, N° 89, p. 89.

[275] "Historia del peronismo", *Primera Plana*, Buenos Aires, 16 de mayo de 1967, N° 229, p. 42.

[276] Véase Juan Carlos Torre, *op. cit.*; también Samuel Bailey, *op. cit.,* ps. 106-112.

1950 el secretariado cambió parcialmente, Espejo permaneció en su cargo hasta octubre de 1952, es decir, hasta después de la muerte de Evita.

La elección de Espejo, un dirigente sindical de trayectoria modesta, sin el prestigio de los gremialistas que integraban la vieja guardia sindical —era chófer de Bagley y en 1942 había estado preso siete meses por actividad gremial— indica de cierto modo un hito en la historia del movimiento obrero argentino pues es a partir de ese momento que se consolida el binomio peronismo-CGT. Es necesario recordar, sin embargo, que la colaboración entre el movimiento sindical y el Estado, que ha sido un rasgo esencial del peronismo en el poder, no aparece por primera vez con el surgimiento de este movimiento político. Existía desde que la Unión Ferroviaria "mantenía contactos regulares y orgánicos con altos funcionarios gubernamentales y patronales"[277]. Como lo indican Portantiero y Murmis, "se enlaza con una tradición vigente en el gremialismo por lo menos desde 1930 y coincidente con un proceso general de crecimiento del Estado en todos los órdenes sociales. El sector gremial que apuntalará el surgimiento del peronismo no hizo más que profundizar esa tendencia preexistente, avalado para ello por la objetiva receptividad que sus planteos encontraron en los círculos gubernamentales"[278]. Es pues la culminación de una tendencia que adquiere características distintas en la medida en que es el resultante de un proceso definido por el 17 de Octubre, a partir del cual el Estado consolida la actitud que había adoptado frente al movimiento obrero desde 1943, reconociendo el rol económico que juega en la sociedad y actuando como mediador entre patrones y obreros.

Esta colaboración no disminuyó automáticamente la combatividad del movimiento obrero aun después de 1946. Las huelgas por reivindicaciones salariales y mejoras concretas continuaron en gremios declaradamente peronistas como el de la industria frigorífica, que hace huelgas en 1946, y la FOTIA, que se moviliza en 1948[279]. No son huelgas contra Perón, sino por la instrumentación de la legislación obtenida hasta ese momento, su aceptación por el sector patronal, en muchos casos por la extensión de las mejoras a nivel nacional y también por la ampliación de beneficios. Así lo demuestran, por otra parte, los contratos de trabajo firmados en este período, en los que se establecen escalafones, mejoras en las condiciones de trabajo y hasta comisiones internas que controlan en cada fábrica el cumplimiento de los contratos colectivos, asegurando a la vez un medio de comunicación con la cúpula sindical.

La colaboración estrecha entre el Estado y el movimiento obrero se vio facilitada por la transformación que éste había sufrido desde 1943 —tal como lo reconoció Tejada en el CCC— y la aparición de nuevos dirigentes. Así por ejemplo, desaparecen algunos dirigentes como José Domenech, secretario de la Unión Ferroviaria, que había dominado la CGT durante casi toda la década anterior. Decae el poder de ciertos gremios, como la misma Unión Ferroviaria

[277] Louise Doyon, "El crecimiento sindical bajo el peronismo", *Desarrollo Económico*, N° 57, vol. 15, Buenos Aires, abril-junio de 1975, p. 151.

[278] Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *op. cit.*, p. 100.

[279] Manuscrito no publicado, facilitado por Luise Doyón.

(Gay es el primer secretario de la central obrera que no pertenece a ese gremio), ingresan en la CGT sindicatos importantes como los telefónicos y los mercantiles —lo hacen durante el secretariado de Aurelio Hernández—, emergen otros inexistentes hasta 1943, como la FOTIA, y sobre todo en el sector industrial crecen otros relativamente insignificantes hasta ese año. En 1941, solamente el 33% de obreros afiliados a la CGT trabajaban en la industria, mientras que en 1948, el porcentaje había subido a 52%[280]. Se forman grandes federaciones a nivel nacional y el número de gremios y de afiliados aumenta constantemente. En 1941, había 441.412 afiliados a la CGT, en 1945 la cifra alcanza a 528.523, salta a 1.532.925 en 1948 para llegar a 2.256.580 en 1954[281].

La ascensión de Espejo al secretariado coincide con la formalización y de cierto modo la institucionalización de las funciones de Evita en el Ministerio de Trabajo. Hasta ese momento, a pesar del aval de Perón, las tareas de Evita tenían un carácter informal. Los obreros con los cuales ella mantiene contacto son dirigentes intermedios. Algunos sindicatos menores se acercarán más a ella, por ejemplo la Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios Particulares, que le confieren el título de Primera Samaritana en 1946 y el Sindicato de Obreros y Empleados de YPF que en un acto en el Teatro Colón la nombran secretaria honoraria del gremio en octubre de 1947[282]. Pero su relación con los dirigentes de la CGT, tanto durante la gestión de Gay como la de Hernández, es distante. La situación cambia completamente cuando asciende Espejo, iniciándose entonces una colaboración muy estrecha entre Evita y el comité directivo de la central obrera.

Las actividades de Evita, primero desde su oficina de Correos y luego en la Secretaría o Ministerio de Trabajo, despertaron menos resistencias entre los obreros que entre los viejos sindicalistas. José Presta, un dirigente del gremio de la carne que la conoció en una entrevista que tuvo lugar en Correos, la describe "cautelosa, protocolar, parca al hablar. Me dio la impresión de que le daba vergüenza hablar en público. Repetía dos o tres veces los mismos argumentos de manera distinta, empleando diferentes palabras. De vez en cuando preguntaba: ¿Se entiende lo que quiero decir? De todas maneras su simpatía personal supo sobrellevar en forma elegante los escollos de esta entrevista. Nosotros habíamos ido a plantearle un problema que teníamos con los comunistas, nada fácil de resolver. A veces, le tuvimos que repetir la misma cosa varias veces, hasta que, de pronto, comprendió todo el problema y nos dio una solución que nosotros ni remotamente habíamos pensado"[283].

[280] Louise Doyon, "El crecimiento sindical bajo el peronismo", *op. cit*., p. 159.
[281] *Ibid*., p. 158.
[282] *Democracia*, 14 de octubre de 1947.
[283] Borroni y Vacca, *op. cit*., p. 141.



El 7 de julio de 1947, en el Salón Grande del Palacio Real, Franco le entregó la más alta condecoración del gobierno español, la Gran Cruz de Isabel la Católica de oro y piedras preciosas.

Evita daba sus primeros pasos en el ámbito gremial con sumo cuidado. Se sentía en terreno poco firme y se la veía insegura. Escuchaba atentamente los problemas que le planteaban, hacía preguntas para enterarse de los detalles y luego prometía pasar los pedidos a las autoridades competentes o, como en el caso citado, sugería la manera de resolver la cuestión. Poco a poco, se siente más dueña de sí misma, pues aprende rápidamente y se desempeña con mayor

soltura. Cuando recibe a las delegaciones de obreros, su sonrisa siempre a flor de labios, pone inmediatamente cómodos a sus interlocutores. A su lado, Isabel Ernst, que había sido secretaria de Mercante en la Secretaría de Trabajo y por lo tanto conoce el estilo que había impuesto Perón desde que asumió la dirección de esa repartición y también a muchos dirigentes gremiales, toma nota de los datos necesarios, le indica lo que tiene que hacer en cada circunstancia y la acompaña en sus frecuentes visitas a fábricas. En este período de aprendizaje, Evita se apoya en toda persona que pueda prestarle ayuda para llevar a cabo su tarea o para adquirir los conocimientos de que carece. En su trabajo es Isabel Ernst, para el protocolo es Lilian Lagomarsino de Guardo, una mujer culta y refinada, que se ve envuelta en una súbita preeminencia por la posición de su marido, entonces presidente de la Cámara de Diputados. Evita la llama y le pide que la acompañe siempre que sale del ámbito estrictamente sindical.

Los obreros aceptaron la presencia de Evita en el Ministerio de Trabajo como un hecho más de la Argentina peronista, donde el Presidente se quedaba en mangas de camisa cuando se reunía con ellos, el ministro de Trabajo era un obrero y Perón presentaba su Plan Quinquenal a dirigentes gremiales en el Teatro Colón y les decía que era el teatro del pueblo[284]. En la atmósfera de cambio e innovación que había en todo el país, cuando ser descamisado era un orgullo y Perón era proclamado el Primer Trabajador, ¿qué había de extraño en que su esposa se pusiera a trabajar con él? Además, pronto descubrieron que Evita efectivamente transmitía sus pedidos a Perón y que algunos de sus problemas se resolvían como cuando él era secretario de Trabajo.

Como era de esperar estas actividades pronto la distanciaron aún más de otros sectores ya de por sí en su contra. En una primera instancia, porque la apartaban del modelo que ella debía seguir, luego, porque beneficiaban claramente al gobierno. Ya en julio de 1946, el diputado radical Ernesto Sanmartino presentó en proyecto de ley por el que "las esposas de los funcionarios públicos, políticos o militares, no puedan disfrutar de honores ni de ninguna clase de prerrogativas de las que gozan sus maridos, ni puedan asumir la representación de éstos en los actos públicos"[285]. En el mes de mayo de 1946, el corresponsal de *Newsweek* en Buenos Aires informaba en un artículo sobre el equipo de gobierno de Perón que "nadie tiene tanta influencia sobre su líder, como su mujer, la ex actriz Eva Duarte, la cual se está convirtiendo rápidamente en 'la mujer detrás del trono' más importante en la historia de América Latina"[286]. En agosto, otro artículo en la misma revista la llamaba "La Presidenta" y *La Vanguardia* del 3 de setiembre de 1946 anunciaba al público en una nota corta que "ha comenzado a actuar una nueva entidad que se llama 'la señora presidenta' "[287].

---

[284] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Discurso del General Perón sobre el Plan Quinquenal ante dirigentes gremiales,* 25 de noviembre de 1947, p. 1.

[285] Borroni y Vacca, *op. cit*., p. 135.

[286] *Newsweek*, 27 de mayo de 1946.

[287] *Newsweek*, 19 de agosto de 1946, y *La Vanguardia*, 3 de setiembre de 1946.

Estas críticas no pasaron inadvertidas para el gobierno. El 19 de diciembre la Secretaría de Informaciones de la Presidencia emitió un comunicado en el que explicaba que la señora María Eva Duarte de Perón no tenía secretarios ni secretarias y que la señorita Isabel Ernst era su colaboradora[288]. Al día siguiente aclaraba las funciones de Evita en otro comunicado. "La permanente actividad de la esposa del presidente de la Nación, relacionada diariamente con la vida de las organizaciones gremiales, señala a doña María Eva Duarte de Perón como una activa contribuyente a la obra de elevados fines sociales que se desarrolla actualmente."

"Para los núcleos sindicales argentinos, la visita de la esposa del Primer Magistrado significa la seguridad de que sus problemas serán estudiados y que sus necesidades serán conocidas por el gobierno nacional, que les procurará su solución." Evita solamente se informaba personalmente. "Por ella, el presidente de la Nación se halla en permanente contacto con los trabajadores, lo que le permite una diaria actualización de sus informaciones y el conocimiento, siempre nuevo, de sus anhelos."[289]

Las críticas de la oposición no determinaron un cambio de conducta por parte de Evita. Al contrario, a medida que pasaban los días, desplegaba una actividad aún mayor. El 5 de octubre, trabaja en el Ministerio por la mañana, luego pasa a buscar a Perón en la Casa Rosada y juntos van a un almuerzo ofrecido por los obreros del Matadero Municipal. Esa misma tarde, visitan una fábrica de cementos en Matanza. Al día siguiente, Evita recorre las instalaciones de una fábrica de jabones en Avellaneda y por la tarde concede entrevistas en el Ministerio. El sábado 5 de octubre, recibe a varias delegaciones de obreros por la mañana y presencia la firma de un convenio del sindicato de cinematógrafos y otro de los fideeros antes de asistir a un banquete que los trabajadores de un establecimiento metalúrgico ofrecen en su honor. El 9 de octubre, se entrevista con delegaciones sindicales por la mañana y preside un acto organizado por los obreros de la industria sombrerera junto con Perón. Una vez terminado éste, inauguran el primer congreso de obreros portuarios y por la noche asisten a un banquete en la Plaza Hotel. Ese mismo día encuentra tiempo para pronunciar un discurso por radio dirigido a las mujeres peronistas ante la proximidad del 17 de octubre y en esa fecha asiste a la concentración masiva en celebración del primer aniversario, desde el balcón de la Casa Rosada, junto a Perón. Cuando él va a Entre Ríos a observar las maniobras del Ejército, ella lo acompaña. El 26, viaja a Córdoba para inaugurar dos policlínicos para ferroviarios construidos por la Dirección General de Asistencia y Previsión Social, una dependencia del Ministerio de Trabajo, y el 30 de noviembre, viaja de nuevo al interior, esta vez a Tucumán, donde le hacen un recibimiento apoteósico. El público que esperaba el aterrizaje de su avión desbordó los cordones policiales, produciéndose a continuación una avalancha en la que murieron siete personas y un centenar quedaron heridas.

[288] *La Nación*, 19 de diciembre de 1946.
[289] *La Nación*, 20 de diciembre de 1946.

Su jornada comienza temprano pues Perón acostumbra a madrugar. Desayunan juntos a eso de las siete de la mañana y después de que él se dirige a la casa de gobierno a veces se entrevista con gente a quien ha citado en la residencia presidencial o se va ella también al Ministerio de Trabajo. A la una de la tarde, vuelve directamente a almorzar a la residencia o pasa por la Casa Rosada para buscar a Perón. Comen juntos y mientras él hace su siesta, Evita parte de nuevo a sus tareas. Los fines de semana, acostumbran ir descansar a la quinta de San Vicente.

Tanto en esta etapa, como en las posteriores, el hecho de que Evita fuera la esposa del Presidente era un factor fundamental para que pudiera desempeñar sus actividades, pues le permitía influir sobre las decisiones de funcionarios, exigir respuestas rápidas y resultados concretos. Pronto comenzó a tener la reputación de ser muy eficiente. La manera de circunvenir la burocracia era dirigirse a ella. Así por ejemplo, el 31 de setiembre por la mañana entrevistó a una delegación de empleadas de la Asociación de Cantinas Maternales porque habían quedado cesantes. El 5 de octubre, el Ministerio de Justicia anunció la intervención de la Asociación y el nombramiento de un interventor para investigar los despidos masivos. Además, desde los primeros tiempos, llegaba hasta Evita gente que no tenía problemas específicamente laborales, sino más bien económicos o personales. Por ejemplo, mujeres que buscaban trabajo o ayuda para solucionar la enfermedad de un hijo. Evita escuchaba los pedidos e Isabel Ernst tomaba nota. Al día siguiente, como resultado de las llamadas telefónicas de Evita, el chico enfermo tenía ya una cama en un hospital y la mujer que buscaba trabajo lo había encontrado en una repartición pública. El 20 de enero de 1947, a raíz de la visita de una delegación de Villa Soldati que se quejó de las condiciones insalubres en que vivían, Evita visitó ese barrio situado cerca del bañado de Flores. Las aguas estancadas y la ausencia de cloacas convertían el vecindario en un foco de infección. Recorrió unas quince casuchas miserables de madera donde vivían unas 120 personas, y cinco días más tarde, había conseguido que las familias fueran trasladadas a unas casas nuevas que se estaban construyendo en el barrio Dodero.

Este aspecto del trabajo de Evita, que los diarios llaman "asistencia social" o su "obra de ayuda social", cobra una amplitud cada vez mayor a medida que pasan los meses. Así el 12 de noviembre de 1946, en un acto realizado en una escuela de Berisso, donde viven muchos obreros de los frigoríficos, distribuye unos 10.000 paquetes de ropa y comida. Ese mismo verano, auspicia las primeras vacaciones de niños de obreros en la provincia de Córdoba. El 15 de febrero, en un acto realizado por el Sindicato Argentino de Maestros para un ciclo de conferencias de divulgación del Plan Quinquenal, Evita pronuncia un pequeño discurso. De todos los dolores que ve en su trabajo de la Secretaría, "el que despierta en mí la rebeldía y la voluntad de hacer justicia social, el problema de la niñez es por excelencia, el de mi atención y máximo cariño. El dolor de los niños no lo justifico en ningún sentido e indico

que en ese orden de asistencia social, la revolución tiene a su cargo uno de los problemas trascendentales que demandan justicia sin pérdida de tiempo"[290].

En los primeros meses de 1947, Evita había alcanzado una posición visiblemente importante, si bien indefinida aún en la estructura de poder. La Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia emitía comunicados describiendo sus actividades diarias y los periódicos los publicaban. A partir del 17 de enero de 1947, *Democracia*, que había comprado por medio del Banco Central, dedica un espacio cada vez mayor a informar sobre sus actos y exaltar su persona. Si bien la llama Doña María Eva Duarte de Perón, es también La Dama de la Esperanza y La Primera Samaritana Argentina. Este título, el primero en la larga serie de homenajes que le darían con el correr de los años, le fue conferido en agosto de 1946, en un acto celebrado en el Teatro Municipal por la Asociación del Personal de Hospitales y Sanatorios Particulares. Cuando visitaba una fábrica o hacía un viaje, ya la acompañaba una comitiva compuesta de Isabel Ernst, Lilian Lagomarsino de Guardo y funcionarios del Ministerio de Trabajo, en especial el ministro. Cuando un sindicato organizaba una celebración en el Ministerio de Trabajo para marcar la firma de un convenio colectivo, Evita representaba a Perón junto con el edecán presidencial de turno. Isabel Ernst tenía ya un título oficial, secretaria gremial de la Presidencia. En los actos del Ministerio estaba también muchas veces presente el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo, porque los obreros entregaban a Evita un cheque con un fin determinado. El 28 de enero de 1947, por ejemplo, una delegación le donó 40.000 pesos para construir una escuela que se llamaría Doña María Eva Duarte de Perón.

Evita parece disfrutar enormemente de toda esta nueva publicidad. Se la ve satisfecha y más segura de sí misma. En esta época arrecian las críticas contra ella, no solamente por lo que hace, sino también por cómo se viste, por el mal gusto de su ropa, su afición por los sombreros y la cantidad de joyas que usa. En realidad, se viste sencillamente y no siempre con ropa que la favorece, pues no parece preocuparse demasiado por lo que lleva. A veces usa el pelo suelto pero también recogido en peinados complicados y le gustan obviamente los sombreros y las joyas: aros, pulseras, anillos y broches. Por otra parte, si el trabajo urge es capaz de ponerse un pañuelo en la cabeza y de atender sus compromisos, lo cual concita críticas interminables y mezquinas.

Jamandreu cuenta que en octubre de 1946 le hizo un vestido especial para una ceremonia en la que Perón iba a recibir una condecoración del gobierno español. Cuando se lo entregó, Evita quedó satisfecha pero le dijo: "Le falta algo. No quiero usar ni una alhaja, así las asombro a todas las viejas que van a ir como arbolitos de Navidad". Jamandreu le compró entonces un collar de fantasía muy barato y se lo entregó. Después de la ceremonia, Evita lo llamó enojadísima. "En medio de su furia, lo que se oía era la risa del Presidente. Emocionada, en el momento en que a Perón le colgaban la famosa orden

[290] *Democracia*, 15 de febrero de 1947.

española, nerviosa, mordió su collar. Se pintó la lengua y los labios de verde: el collar estaba hecho de fideos pintados"[291].

En esta época, hay en la mirada de Evita un aire triunfante y desafiante a la vez. Insiste en hacerse llamar Doña María Eva Duarte de Perón, sabiendo que con ello irrita a todos aquellos que quisieran llamarla la ex actriz Duarte. La influencia que va adquiriendo le proporciona un inquietante placer. Sabe lo que quiere y lo consigue a diario.

[291] Paco Jamandreu, *op. cit.,* ps. 72-73.

Capítulo VII

El viaje a Europa

En este período en que disfrutaba tanto de su nueva posición, Evita realizó su famoso viaje a Europa acompañada por doce personas y se paseó durante casi tres meses por el continente, como una reina con su corte.

El 8 de febrero de 1947, la prensa argentina publicó la noticia, no confirmada, de que visitaría Sevilla y Madrid en un futuro próximo, invitada oficialmente por el gobierno español. En el mes de marzo, el gobierno argentino aceptó oficialmente la invitación y el 5 de mayo anunció que Evita partiría el 6 de junio. Visitaría además Italia, como esposa del jefe del Estado y no como huésped del gobierno italiano. Su itinerario se amplió luego con una estadía en Francia, y pese a los rumores de que el viaje incluiría Inglaterra, a último momento la cuestión no había sido resuelta —el 2 de junio, el Foreign Office anunció que esperaba la visita de Evita, aunque no como invitada oficial.

Mientras la Cancillería argentina preparaba los detalles de la gira, Evita, sin interrumpir sus tareas diarias, se ocupaba de la ropa que necesitaría en su viaje y de la comitiva que la acompañaría. Asunta, la primera costurera de Henriette, y Juanita, la de Naletoff, serían de la partida, para cuidar los numerosos conjuntos que había comprado en esas dos casas de moda y los sombreros que había creado para ella Martín Soulés. Julio Alcázar, su peluquero y amigo de muchos años, no podía faltar. Se conocían desde la época en que era peinador de los Estudios Pampa Films. "Cuando se filmó *La carga de los valientes* cuenta Alcaraz, "Evita vino con una foto de Bette Davis y me dijo: 'Quiero estar así, como ella'. Era altanera y no quise discutirle; pero la peiné como se me dio la gana. Pretender un peinado de 1940 para un vestuario de 1876 no tenía sentido. Se aguantó el cambio y no dijo nada, pero nos hicimos amigos. Poco años después, en *La cabalgata del circo*, le decoloré el cabello y fui acentuando las tinturas hasta que decidió quedarse rubia"[292]. Cuando Alcaraz dejó de trabajar en los Estudios y se instaló por su cuenta, siguió peinándola. Desde que Perón ascendió a la Presidencia, iba todos los días a la residencia para componer los aparatosos peinados entonces de moda que Evita lucía. Además de peinarla, durante el viaje, Alcaraz cuidaría de sus joyas, guardadas en una valija de cuero de chancho que Perón le prestaría. Alberto Dodero, el magnate naviero y nuevo amigo personal de Perón y Evita, siempre estaba

[292] "Historia del peronismo", *Primera Plana*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1966, N° 208, p.71.

dispuesto a ir a Europa y guiaría sus excursiones. A pedido de Perón, Lilian Lagomarsino de Guardo accedió a acompañarla. Francisco Muñoz Azpiri y Emilio Abras, de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia, también vendrían, aquél para escribirle sus discursos y éste para fotografiar todas las instancias de la gira. El grupo se completó con su hermano Juan y los dos edecanes presidenciales que la acompañaban en los meses previos a la partida, el capitán de fragata Adolfo Gutiérrez y el teniente coronel Jorge Ballofet. El padre Hernán Benítez, viejo conocido de Perón y ahora amigo de Evita, la esperaría en España y la prepararía para su audiencia con el Papa, que él había contribuido a concertar.

Cuando se aproximó la fecha de la partida, Evita fue objeto de varios agasajos, tanto en la embajada española como en el Ministerio de Trabajo. El 2 de junio, Freire ofreció un vino de honor para Evita "la representante cabal de la mujer argentina"[293]. Esta declaración del Ministerio de Trabajo provocó el siguiente comunicado de la Conferencia de Mujeres Socialistas: "1) Que las mujeres socialistas no se sienten representadas por esa señora. 2) Que deploran y repudian el título de miembro "honoris causa" que le fuera conferido por la Universidad de La Plata. 3) Que lamentan que el gobierno de Francia donde se hallan representados tan gran número de compañeros socialistas la haya invitado oficialmente a visitar Francia"[294].

El 5 de junio, Evita se despidió de los descamisados en una concentración que finalizó con otro vino de honor, esta vez en la muy oligárquica Sociedad Rural Argentina. "Voy al viejo mundo con un mensaje de esperanza y de paz", les dijo. "Voy representando al pueblo trabajador, a mis queridos descamisados. Al irme les dejo mi corazón."[295]

El 6 de junio a las 4 de la tarde, miles de simpatizantes, el vicepresidente, los ministros del Poder Ejecutivo, algunos gobernadores y el cuerpo diplomático esperaban a Evita en el aeropuerto de Morón. Llegó acompañada de Perón, visiblemente nerviosa, excitada. Saludó repetidamente a la multitud que gritaba su nombre y después de dar un último beso a Perón, subió la escalerilla del DC4. Este aparato, especialmente acondicionado para el viaje, había sido puesto a su disposición por el gobierno español, que también le mandó a dos acompañantes, el Marqués de Chinchilla y el Conde Foxá. En otro avión de la FAMA viajaban su equipaje y el de sus acompañantes.

El DC4 hizo una primera escala en Natal y desde el aeropuerto, Evita dirigió un saludo a las mujeres brasileñas. Durante la travesía del Atlántico pronunció un pequeño discurso a sus acompañantes pidiéndoles que recordaran en todo momento que representaban a la Argentina. El aparato aterrizó en Cisneros, una ciudad del Sahara español, donde fue recibida por el canciller Martín Artajo, el secretario de Franco y el capitán general de las Islas Canarias. Al día siguiente, emprendió vuelo de nuevo y después de detenerse

[293] *Democracia*, 3 de junio de 1947.
[294] *La Vanguardia*, 10 de junio de 1947.
[295] *La Nación*, 6 de junio de 1947.

en las Palmas, llegó a Madrid a las 20:37, acompañado por una escuadrilla de cuarenta y un aviones. Alfombras, tapices, grandes cantidades de flores y numerosas banderas argentinas y españolas adornaban el aeropuerto. En las terrazas, adolescentes de la sección femenina de la Falange la esperaban con trajes regionales y unas trescientas mil personas se apretujaban en las inmediaciones de Barajas. El gobierno español en pleno, encabezado por el general Franco, su mujer, Carmen Polo de Franco, y su hija, la recibieron en primer término. Franco se adelantó y, besándole la mano, la presentó a su familia y a los miembros de su gabinete. Mientras una batería disparaba salvas, Evita y Franco pasaron revista a las tropas, después subieron a un auto y encabezaron una larga caravana hacia Madrid.

A lo largo de la calle Alcalá, los balcones estaban engalanados y la gente vitoreaba su nombre junto con el de Franco. Al desembocar en la plaza de la Cibeles, Evita se encontró con un espectáculo feérico pues allí estaban la fuente, la puerta de Alcalá, la Estatua del Espartero y la Gran Vía chorreando luz. La caravana se detuvo en la puerta de Alcalá para que el alcalde de Madrid pudiera dar la bienvenida a Evita y regalarle un enorme ramo de flores. Ante el capitán general de Madrid y miembros de las fuerzas armadas, Franco y Evita pasaron de nuevo revista a las tropas y luego ascendieron a un coche descubierto. Rodeados por la Guardia Mora, se dirigieron lentamente hacia la fuente de la Cibeles y de allí al Pardo, el palacio donde residiría Evita durante su estadía en la capital española. Eran las diez de la noche, pero antes de acostarse, "abrumada" por el recibimiento, pronunció un mensaje radial para agradecer al pueblo español el homenaje que le había tributado y anunciarle que era la mensajera del pueblo argentino trabajador "que está construyendo una nueva Argentina"[296].

Al mediodía siguiente, vestida con una capa de marta cibelina pese al calor, se trasladó al Palacio Real con Franco. Allí, en el magnífico Salón Grande, éste le entregó la más alta condecoración otorgada por el gobierno español, la Gran Cruz de Isabel la Católica. Era la primera condecoración que Evita recibía, igual a la que el gobierno español había concedido a Perón, en octubre del año anterior, aunque la suya era de oro y tenía piedras preciosas. En su informe de gala de capitán general, Franco pronunció un pequeño discurso, ensalzando "la gran obra de asistencia, reivindicación y dignificación de los trabajadores que en vuestro país lleváis a cabo"[297]. Erguida y serena en el imponente salón con su bóveda pintada por Tiépolo, Evita respondió con una disquisición preparada por Muñoz Azpiri sobre el espíritu isabelino, en la que se entremezclaban loas al gobierno de Perón. "La Argentina marcha hacia adelante", declaró, "porque es justa consigo misma, y porque en la cruzada de su batalla por su pan y su salario, supo elegir entre la falsa democracia engañosa y la real democracia distributiva donde las grandes ideas se llaman por nombres tan simples como esto: mejor pan, mejor vivienda, mejor comida, mejor vida"[298]. Una vez

[296] *ABC*, 10 de junio de 1947.
[297] *Ibid.*
[298] *Ibid.*

terminados los discursos y después de haber recibido las felicitaciones de los presentes, salieron al balcón del Salón Grande para saludar a la multitud que los esperaba frente al Palacio, unos 40.000 madrileños que se habían congregado desde temprano. La Plaza de Oriente desbordaba de gente con los balcones, tejados y azoteas de los edificios circundantes cubiertos de espectadores. Un madrileño, ansioso por no perder detalle alguno, se había subido a la estatua ecuestre que domina la plaza. Agitando banderas, la multitud gritaba "Argentina y España", "Franco y Perón". Por la tarde, acompañada por la esposa de Franco, Evita recorrió los suburbios, visitando, según ABC, "algunas viviendas humildes, en las que doña Eva Duarte dejó numerosos donativos"[299]. Ese día terminó con una función de gala en el Pardo, en la cual Evita lució su resplandeciente condecoración.

Durante los siete días que Evita permaneció en Madrid, asistió a una serie interminable de espectáculos y paseos organizados en su honor. Visitó el Monasterio de El Escorial, las habitaciones de Felipe II, los panteones y la Catedral, donde la recibió el obispo de Madrid y le habían preparado un reclinatorio de oro, y almorzó en el Salón de los Embajadores. Recorrió el Mercado de Artesanía de Madrid y asistió a un espectáculo folklórico en el que representantes de las provincias le regalaron un lujoso traje regional de cada provincia hecho a su medida. Recibió a una delegación de editores de libros, visitó la Exposición Nacional de Artes Decorativas y las instalaciones de la Ciudad Universitaria. Pasó un día en Toledo donde recorrió el Alcázar. Tampoco le faltó la consabida corrida de toros, no muy buena por cierto, pues el ganado era manso, pero Evita pudo lucir su mantilla de blonda y fue al teatro para ver *Fuenteovejuna*, puesta en escena especialmente en su honor por el Ayuntamiento de Madrid, que también le ofreció un banquete.

De Madrid, Evita partió para Granada, donde permaneció dos días. Depositó una corona en la tumba de los Reyes Católicos y admiró el palacio de la Alhambra, todo iluminado para su visita. Antes de asistir por la noche al espectáculo de bailes típicos que el Ayuntamiento organizó en los bosques de la Alhambra, pronunció un discurso ante 3.000 obreros de una fábrica. A la mañana siguiente, se fue a Sevilla. Era un hermoso día de sol y recorrió el trayecto del aeropuerto a la ciudad en una carroza abierta, mientras, a su paso, los sevillanos arrojaban flores.

Acompañada por los ministros de Marina y del Aire, abandonó Andalucía para dirigirse hacia el norte de la península. Visitó Santiago de Compostela, las rías gallegas, la Escuela Naval y Militar de Marín, Pontevedra, todo salpicado con almuerzos, banquetes y bailes, algunos inclusive con fuegos artificiales. Camino de Barcelona, se detuvo en Zaragoza para visitar el santuario de la Virgen del Pilar. Como en todas las ciudades de Galicia que recorrió, una salva de veintiún cañonazos celebró su llegada y también pasó revista a las tropas. La recibió el Ayuntamiento en pleno y cruzando la ciudad engalanada con arcos de triunfo, tapices y banderas, su comitiva se dirigió a la catedral donde la esperaba el arzobispo. En el interior, un reclinatorio había

299 *Ibid*.

sido preparado para ella. Evita pasó luego al camarín de la Virgen, donde después de besarla, se quitó los pendientes de oro y diamantes que llevaba puestos y se los ofreció.

Esa noche, durmió en un viejo monasterio especialmente acondicionado para su visita, y al día siguiente, después de pasar revista de nuevo a las tropas, subió al avión para dirigirse a Barcelona. En el aeropuerto, la esposa de Franco, los ministros de Trabajo e Industria y otras autoridades aguardaban su llegada. La caravana, compuesta por unos doscientos coches, llegó hasta la plaza España donde la recibió el alcalde de Barcelona y a continuación Evita viajó en un auto descubierto hasta la catedral. Frente a ésta, el obispo de Barcelona le dio la bienvenida y, después de otra revista de tropas, ofreció un Te Deum. Una vez finalizado éste, la comitiva se trasladó al Palacio Pedralbes para un corto descanso antes de asistir a la representación de *Sueño de una noche de verano* en el anfiteatro del Palacio Nacional de Montjuich y a un banquete.

Al mediodía siguiente, Franco llegó a Barcelona en un aparato piloteado por el ministro de Aviación. Era la primera vez que viajaba en avión después del accidente en que murió el general Emilio Mola, en 1937. A esa hora. Evita estaba almorzando en el *Hornero*, un barco de la compañía Dodero anclado en el puerto de Barcelona. Por la noche, asistió a otro banquete en su honor en el Patio de los Naranjos del palacio provincial. En su penúltimo día en España, después de almorzar con Franco y su familia, fue al monasterio de Monserrat, donde también rezó en el camarín de la Virgen.

El 25 de junio, a los dieciocho días de haber llegado a España, Evita pasó revista a las tropas una vez más. El alcalde de Barcelona había invitado a la población a despedirla y durante una hora, los comercios cerraron para que el público pudiera aguardar su paso. En el aeropuerto, unas 10.000 personas coreaban su nombre. Franco, su familia y la mayor parte del gabinete estaban allí. Antes de salir, Evita pronunció un discurso final que fue transmitido a todo el país. Después de saludar repetidas veces, ascendió al avión mientras, a la distancia, se oían los últimos veintiún cañonazos de rigor.

Ninguno de los otros países que visitó Evita en su viaje le tributó un recibimiento tan caluroso y tan espléndido como el que le depararon el gobierno y el pueblo españoles. Es verdad que éste fue el único país que la había invitado oficialmente y, por lo tanto, en los otros el protocolo exigía un trato diferente. Pero aun así, es evidente que el gobierno español preparó un magnífico programa de agasajos. Los palacios de España, remozados para su comodidad, abrieron sus portones ante ella. A pesar de la escasez de electricidad, las fuentes, silenciosas unos días antes, funcionaban a su llegada y permanecían iluminadas durante la noche. Las ciudades rivalizaron para engalanarse y ofrecerle llaves, festejos, espectáculos y regalos: trajes regionales, tapices, un metro cúbico de perfume, candelabros, cerámicas, libros, una chimenea, una réplica de la nave de Solís, una mantilla de blonda y chantilly, etcétera.

Ante este suntuoso despliegue, Evita respondía con sonrisas, expresiones de afecto y adornos según la ocasión: para las recepciones, escotados vestidos de noche, aderezados con rubíes, esmeraldas y diamantes y capas de marta o de plumas de avestruz; para los paseos, vestidos ligeros de verano y anchas capelinas. Y donde quiera que fuera, insistía en visitar barrios obreros, obras sociales, dejaba "donativos" y hablaba de los descamisados y de Perón. Lo llamaba todas las noches para contarle los detalles del día y, a la vez, enterarse de lo que sucedía en Buenos Aires. "Hoy Franco me ha dicho que en España es fácil llorar de emoción", le contó una noche Evita a Perón. "Yo le respondí que le creía pero que estoy tan habituada a llorar en mi patria que aquí me sería difícil hacerlo. Me dijo que si no llegaba a llorar me regalaría un maravilloso gobelino que hay en el Pardo y que representa la muerte de Darío. He vencido y me lo ha regalado."[300] El 15 de junio, antes de abandonar Madrid, dirigió un mensaje a las mujeres españolas en el que, rebatiendo algunas críticas, negó haber venido a España a "formar un 'eje' Buenos Aires-Madrid" sino a tender un arco iris de paz con todos los pueblos como corresponde al espíritu de una mujer"[301].

Si muchos españoles se vieron obligados a darle la bienvenida en un primer momento, pronto quedaron cautivados por su belleza, sus veintisiete años, sus efusivas expresiones de cariño y en todas las ciudades que visitó la acompañaron multitudes aclamando su nombre con evidente entusiasmo. Su impacto causó tal sensación que las agencias noticiosas internacionales, ya interesadas en ella, pues no eran muchas las esposas de presidentes con su estilo, empezaron a seguir sus pasos y a describir las instancias de su viaje. El *New York Times* marcó el acontecimiento de su llegada a España con una nota de primera página. "Madrid perteneció a Evita la semana pasada", anunció un artículo del semanario *Time*. "Desde la bienvenida de Himler en 1940, el régimen franquista no había organizado una recepción tan estruendosa como la que ofreció a la vistosa y rubia esposa del presidente argentino Juan Perón." A pesar del tono crítico de la nota, el autor tuvo que reconocer: "El hecho es que el entusiasmo de Madrid fue real y no el espectáculo sintético que los madrileños están acostumbrados a dar a Franco"[302].

En el último trecho de su estadía en España, los nervios de Evita parecieron no poder aguantar por mucho más tiempo el ritmo agotador que había mantenido desde su llegada. Se la veía tensa y cansada. En Barcelona, llegó dos horas tarde a la representación de *Sueño de una noche de verano*. Este hecho ha sido atribuido a la falta de modales, a su incultura y a su arrogancia, que habría desplegado también en supuestas conversaciones con Franco, y cuando llegó tarde a la corrida de toros en su honor. No hay duda de que Evita llegó tarde a la función de teatro y también a la corrida de toros pero el por qué no está tan claro. ¿Por su falta de modales? ¿Es que son tan difíciles de aprender, especialmente para una actriz como lo había sido ella? Además, en un año había tenido tiempo de ponerse al tanto de lo que necesitaba hacer en las

300 Juan Perón, *op. cit*., p. 58.
301 *Democracia*, 16 de junio de 1947.
302 *Time*, 23 de junio de 1947.

más variadas circunstancias pues había tomado la precaución de acercarse a personas, como Lilian Lagomarsino, que sabían hacerlo. Por otra parte, la visita de Evita a España era oficial, representaba a su país y eso era algo que comprendía perfectamente. En la Argentina, había demostrado sentido común e inteligencia, ¿por qué iba a cambiar súbitamente, después de su llegada, ante un gobierno contra el cual ella no sentía ninguna predisposición y que obviamente hacía todo lo posible para honrarla y complacerla? Sus descortesías pueden haber sido resabios de sus tiempos de actriz —como toda "estrella" debía hacerse esperar para poder hacer una aparición verdaderamente espectacular— también expresiones de su altivez y asimismo su reacción ante el esplendor puesto a sus pies. No podía menos de influir sobre ella el encontrarse representado a la Argentina ante un gobierno extranjero, cuando dos años antes era una simple actriz, atacada por su vinculación con Perón. Quizás sintiera por primera vez, fuera de su país, cómo se había trastrocado su vida desde su casamiento con Perón y en algunos momentos, la asaltaran dudas, tuviera miedo de no poder estar a la altura de las circunstancias, pues en su fuero interno no olvidaba su origen y su falta de preparación para todo lo que tenía que hacer en esos momentos. Aunque ahora la llamaran Doña María Eva Duarte de Perón y usara la Orden de Isabel la Católica, la realidad debe haberle parecido muchas veces un sueño difícil de vivir.

La publicidad que recibía su viaje creó gran expectativa en los países que debía visitar a continuación, si bien en éstos no faltaron los comentarios desfavorables, tanto antes como después de su llegada. Por lo general, provinieron de partidos socialistas y comunistas. La izquierda europea, reflejando la posición de la Argentina, continuaba equiparando a Perón con Hitler, y la visita de Evita a España cuando el gobierno de Franco se hallaba aún en cuarentena era la prueba de que no estaba equivocada.

En Roma la esperaba solamente el ministro de Relaciones Exteriores, el conde Carlo Sforza, la esposa del primer ministro Alcides de Gasperi, el embajador argentino en Italia, Dr. Ocampo Jiménez, y el encargado ante la Santa Sede. En Ciampino, unos ochenta niños vestidos de azul y blanco de la Opera Nazionale d'Infanzia, le dieron la bienvenida y la caravana que recorrió los dieciséis kms hasta Roma estaba compuesta solamente por siete autos. Frente a la embajada argentina, renovada para la ocasión, se habían reunido unas 5.000 personas.

El punto culminante de su estadía en Roma tuvo lugar el 27 de junio, cuando el papa Pío XII le concedió una audiencia de veinte minutos, según el protocolo establecido por el Vaticano para reinas. Evita, vestida con un largo traje negro y con el cabello cubierto por un velo también negro, como lo exigía el ceremonial, fue recibida en el patio de San Dámaso por monseñor Bianiamino Nardoni, secretario de la Santa Congregación del Ceremonial, y el príncipe Alessandro Ruspoli, Gran Maestro del Sagrado Hospicio. Precedida por cuatro *sediari* y cuatro guardias suizos, caminó hasta el salón San Clementino donde aguardaban a Evita tres monseñores y cinco miembros de la nobleza papal, encabezados por el príncipe León Massino. Allí le rindió homenaje el jefe de la

Guardia Suiza y, a continuación, la comitiva ingresó en la larga serie de antecámaras que conducen a la biblioteca papal, donde permaneció durante veinte minutos con Pío XII. Este le dirigió unas palabras en español, bendijo al grupo y luego entregó a Evita un rosario. La visita se completó con el recorrido del Palacio Apostólico, los departamentos de los Borgias, la Capilla Sixtina y finalmente San Pedro. Veinticuatro horas más tarde, en una ceremonia realizada en la embajada argentina, Evita recibió, en nombre de Perón, la Gran Cruz de Gregorio el Grande que le concedió el Papa.

Recordando su visita al Vaticano, Evita le contaría a Perón: "Entrando a la plaza San Pedro, tuve la impresión de estar en otro mundo. Roma parecía lejana, a miles de kilómetros, y casi no se sentían ni rumores. En el Vaticano todo era quietud, silencio, orden maravilloso. Aquel pequeño estado que vive en torno a una majestuosa basílica es un continente. El Papa me pareció una visión. Su voz era como un sueño, apagada y lejana. Me dijo que seguía tu obra, que te consideraba un hijo predilecto y que tu política ponía en práctica de manera más que elogiable los principios fundamentales del cristianismo"[303].

Durante los días que Evita permaneció en Roma, no faltaron los almuerzos y las recepciones, pero los agasajos fueron modestos en comparación con los de España: una ceremonia frente a la tumba del soldado desconocido, paseos por la ciudad, visitas a un orfanato y a las obras de caridad de la Liga de Mujeres Votantes y una función especial de *Aída* en los baños de Caracalla. Dio una conferencia de prensa en la que declaró no entender nada de política y se pronunció contra el divorcio. Durante la recepción que le ofreció la Asociación Sufragista de Italia definió el voto femenino como el "arma defensiva de nuestros hogares, como garantía suprema de buena administración pública"[304].

Italia sufría aún los estragos de la guerra mundial y no estaba en condiciones de desplegar el esplendor español. Además, la situación política era también distinta, pues el Partido Comunista podía demostrar su repudio ante la visita de Evita, como lo hizo repetidamente. La misma noche de su entrevista con el Papa, unas quinientas personas que gritaban "Abajo el fascismo" se agolparon frente a la embajada argentina y la policía tuvo que disolver la ruidosa manifestación llevando a treinta detenidos.

Viéndola cansada, sus acompañantes trataron de convencerla de cancelar su proyectada visita al norte de Italia. Haciendo oídos sordos, ella insistió en ir a Milán para ver el *stand* argentino en la Exposición Industrial. Acompañada por el conde Sforza, recorrió efectivamente la exposición, asistió a un banquete en su honor, a una recepción en el consulado argentino y ese mismo día todavía le quedaron energías para ir a La Scala antes de que terminara el segundo acto de *Orfeo* y presenciar la representación desde el palco de la familia real.

De nuevo en Roma, abandonó algunos paseos proyectados, pero asistió a un almuerzo que le ofreció el presidente provisional Enrico de Nicola y recorrió solamente el foro, las catacumbas y el Museo de Villa Borghese. El 4 de julio,

[303] Juan Perón, *op. cit.*, p. 58,

[304] *Democracia*, 29 de junio de 1947.

cumpliendo un pedido que le mandó Perón por cable, hizo una visita de cortesía al representante estadounidense, James Dunn, con motivo de la fiesta nacional norteamericana.

El 6 de julio, abandonó Roma para ir a descansar unos días en Rapallo. Su programa allí fue el de una turista más: paseos por Portofino y San Remo, recorridas en auto, almuerzos y cenas en restaurantes y salidas para hacer compras. El 9 de julio, mientras en Tucumán Perón festejaba la nacionalización de los ferrocarriles y declaraba "la independencia económica" de la Argentina, Evita celebró la fecha patria en Rapallo donde asistió a una recepción del consulado argentino. Después de una corta visita a Génova, volvió a Roma el 17 de julio y partió ese mismo día para Lisboa.

Para ese entonces, había cancelado definitivamente su plan de visitar Londres. Las negociaciones para concertar su estadía en Inglaterra habían sido sumamente complicadas pues los deseos o exigencias de Evita de ser recibida oficialmente contravenían el protocolo británico. Como lo explicó el Foreign Office en un comunicado emitido el 16 de junio, el gobierno británico veía con agrado la visita de la señora María Eva Duarte de Perón. Los comentarios hostiles de ciertos periódicos ingleses no reflejaban de manera alguna la actitud del gobierno. La presencia de Evita en la capital inglesa no podía tener carácter oficial pues esto se daba en casos muy excepcionales, como el viaje de Eleonor Roosevelt en 1942, en plena guerra mundial.[305]

La llegada de Evita a Lisboa no alteró en lo más mínimo las costumbres austeras que desde hacía años había impuesto el primer ministro Antonio Oliveira Salazar. Almorzó con el presidente Fragoso Carmona, visitó casas para obreros y los Comedores de Alegría para el Trabajo acompañada por el subsecretario de las Corporaciones, y el resto del tiempo recorrió Lisboa y algunos pueblos costeros, recibió la visita de don Juan de Borbón, y en la playa de Guincho, almorzó con el ex rey Humberto de Italia.

Como era de esperar, cuando Evita llegó a París la curiosidad de los franceses había aumentado considerablemente. Sin embargo, no la esperaron multitudes pues los parisinos tenían preocupaciones mayores: seguir las alternativas de la famosa vuelta ciclista de Francia, discutir la situación de Argelia y decidir si el gobierno debía negociar o no con Ho Chi Min. La recepción que se le tributó fue protocolar. El 21 de julio, Evita descendió de su avión en Orly, vestida de blanco, con un sombrero de paja del mismo color, sonriente y un poco pálida. A los pies de la escalerilla, el ministro de Relaciones Exteriores, Georges Bidault, le besó la mano y luego la saludaron el embajador argentino en París, Julio Victorica Roca, y varios embajadores latinoamericanos. Un cortejo de cuarenta coches la acompañó hasta el Hotel Ritz, donde un grupo de niños le presentó un ramo de flores y Bidault se despidió. Como símbolo de la importancia que el gobierno francés daba a su persona, puso a su disposición el auto que había pertenecido al general Charles de Gaulle, el mismo que usaba sir Winston Churchill en sus visitas oficiales a París. Además, durante la estadía

[305] *La Nación*, 17 de junio de 1947.

de Evita en París, la Argentina y Francia firmaron un tratado comercial por el cual este país recibiría un abultado crédito para la compra de trigo y carne. La ceremonia tuvo lugar en el Quai D'Orsay, y finalizada la misma, Bidault condecoró a Evita con la Legión de Honor.

Al día siguiente de su llegada, Evita fue recibida por el presidente Vincent Auriol en el castillo de Rambouillet, donde le ofreció un almuerzo. Quizás porque los cinco días que permaneció en París fueron los más calurosos de un verano particularmente bochornoso o porque no le interesaba en absoluto, Evita prefirió quedarse tranquilamente en el Ritz antes que ir al Louvre o hacer otros paseos por la ciudad. Sin embargo, cumplió con el programa preparado de antemano: una recepción en la Maison d'Amérique Latine donde deslumbró a todos los invitados con su escotado traje de lamé dorado y sus joyas (tres pulseras, pendientes de diamantes y un hermoso collar de rubíes y diamantes); un almuerzo con el grupo de parlamentarios France-Amérique Latine; visitas a varios centros de asistencia social acompañada por la señora Bidault; un recorrido de Notre Dame, acompañada por el Nuncio Apostólico, monseñor Roncalli —luego Juan XXIII— y una cena ofrecida por Victorica Roca. También en París la persiguieron los periodistas y después de la recepción en la Maison d'Amérique Latine, consiguieron que respondiera a algunas preguntas. En esta ocasión, Evita declaró que el que costeaba su viaje era Dodero; todas las ciudades que había visitado le habían gustado; su autor favorito era Plutarco, que no había leído, ni pensaba leer pero que conocía por Perón, y la música que prefería era "la más corta. Porque de música y de pintura entiendo tanto como de chino. ¡Menos que nada!"[306].

El almuerzo de Evita con el presidente Auriol motivó una enérgica protesta del Partido Comunista Francés, de la CGT y de varias agrupaciones de resistentes. Se quejaron ante el Ministerio de Relaciones Exteriores que la visita de Evita no era privada y por haber estado antes en España, su presencia era un insulto al gobierno español en el exilio. A pesar de esta declaración, la cosa no pasó a mayores y no hubo manifestaciones, ni incidentes violentos como los que ocurrieron en Roma o los que protagonizaría unos días más tarde en la muy pacífica Suiza.

Si el calor fue una razón por la cual Evita no pudo disfrutar de su estancia en París, no obstante los agasajos y la tradicional cortesía francesa, la circunstancia de no poder conversar a su gusto como en España o en Italia, también la irritó. Tenía que recurrir a Lilian Lagomarsino de Guardo para que tradujera y eso la impacientaba pues no podía hablar a su gusto de Perón y de los descamisados. "Lilian, háblele [a Bidault] de Mercante. Dígale que está cumpliendo una gran obra", insistía Evita durante una cena con el ministro. Lilian Lagomarsino trataba de encontrar las frases adecuadas mientras Evita agregaba detalles, pero al darse cuenta de que no reconocía lo que decía su

[306] *Careo*, Buenos Aires, julio de 1964. Número especial dedicado a Eva Perón.

traductora, protestaba acaloradamente: "Pero Lilian, yo no oigo que usted hable de Mercante"[307].

Finalmente, después de un último día en París en el que visitó Versailles, cerrado desde el comienzo de la guerra y abierto para ella, y la tumba de Napoleón, se fue al Beach Hotel de Montecarlo buscando la frescura del mar. Almuerzos y paseos por Mónaco, Cannes y las demás playas de la Costa Azul, le devolvieron poco a poco sus energías. Su presencia en la Riviera no pasó inadvertida. El Principado de Mónaco le otorgó una condecoración, la Medalla de Oro, que le fue entregada por tres miembros del Consejo de Gobierno.

Estando Evita de vacaciones en la Costa Azul, una tragedia sacudió Francia. Un barco anclado en el puerto de Brest explotó destruyendo un sector de la ciudad en plena reconstrucción, causando numerosos muertos y heridos. Evita mandó un telegrama al Primer Ministro adjuntado medio millón de francos para los damnificados. Antes de abandonar Francia, agradeció las amabilidades que la prensa había tenido con ella, pero sobre todo para su país, y dejó 200.000 pesos para los pobres de París.

El 3 de agosto partió hacia Suiza, habiendo aceptado una invitación del gobierno de este país, gestionada por el ministro Benito Llambí. Permaneció cinco días en Suiza, recorriendo Ginebra, Neufchâtel, Berna, Zurich y Saint Moritz. El día de su llegada a Berna, dos incidentes amenazaron estropear su estadía. Un joven suizo, criado en la Argentina, arrojó dos piedras contra su coche. Evita resultó ilesa, pero el chófer que conducía su auto fue herido en el brazo y el parabrisas del coche quedó hecho añicos. En el segundo caso, una persona le tiró un puñado de tomates que no la alcanzaron a ella pero sí al ministro de Relaciones Exteriores, Max Petitpierre. Evita permaneció imperturbable durante los incidentes y cuando un miembro de su comitiva le preguntó si había tenido miedo, ella respondió: "Cuando se representa a un Estado no se puede tener miedo".

Hacía ya dos meses que Evita viajaba por Europa y era hora de volver a Buenos Aires. El 10 de agosto abandonó Ginebra para Dakar haciendo escala en Lisboa, donde almorzó y habló durante una hora por teléfono con Perón. En Dakar, tomó el *Buenos Aires*, un barco en el que viajaban seiscientos inmigrantes que iba a la Argentina. La larga travesía le permitió descansar y a la vez llegar a Río de Janeiro para asistir a la Conferencia Interamericana para el Mantenimiento de la Paz y la Seguridad del Continente que se realizaba en esa ciudad. Desembarcó en Pernambuco, y el 17 de agosto ascendió otra vez al avión de la FAMA que allí la esperaba, para dirigirse hacia la capital brasileña.

La reunión de cancilleres en el Hotel Quintandinha de Petrópolis concentraba la atención de políticos y periodistas. Sin embargo, la llegada de Evita fue un acontecimiento fuera de lo común. Las agencias noticiosas se habían encargado de destacar la presencia de varias figuras políticas argentinas en Río, entre otras el ministro Borlenghi, el diputado José Argaña y Ricardo Guardo, venidos con el propósito de acompañar a Evita en el último trecho de

307 Entrevista con Lilian Lagomarsino de Guardo.

su viaje. Algunos diarios habían publicado anuncios de toda una página en los que aparecía Evita y la siguiente leyenda: "A la mujer brasileña que, como la argentina, lucha junto a su pueblo por un futuro de justicia, de trabajo y de paz"[308]. Estos anuncios, en forma de afiche, cubrían las paredes de la ciudad. Habían sido traídos por la delegación argentina a la conferencia junto con unos cincuenta mil distintivos.

Evita aterrizó en el Galeao y se trasladó en barca hasta el aeropuerto de Santos Dumont, donde recibió la bienvenida del presidente de la conferencia de Quintandinha, el canciller brasileño Raúl Fernandes, y de varias personas que habían abandonado la sesión de esa tarde para ir a esperarla, entre otras, el canciller argentino Bramuglia, el embajador argentino en Río de Janeiro, general Nicolás Accame, y el embajador brasileño en Buenos Aires, Baptista Luzardo.

Evita se alojó en el Copacabana Palace y esa misma tarde fue recibida en el Catete por el presidente Eurico Gaspar Dutra. Se trasladó luego a Radio Nacional para dirigir un saludo al pueblo brasileño y esa misma noche asistió a un banquete que le ofreció el empresario Roberto Marinho en su residencia de Cosme Velho. En los días siguientes, volvió al Catete para almorzar con el presidente Dutra, fue homenajeada por la Cámara de Diputados, dio un banquete en la embajada argentina, recorrió las instalaciones de una institución de caridad, fue la madrina de bautismo del niño Antonio Perón de Carvalho Santos, visitó el Ministerio de Trabajo, almorzó en el bosque de la Tijuca invitada por el prefecto de Río de Janeiro y asistió a un banquete que le ofreció el canciller Raúl Fernandes en los elegantes salones del Itamaraty, donde la condecoró con la orden del Cruzeiro do Sul en el grado de Comendador.

El momento culminante de su estadía en Brasil, tuvo lugar el 20 de agosto, cuando asistió a la sesión más importante de la conferencia de cancilleres, pues, en ella, el Secretario de Estado norteamericano, el general George Marshall, expuso la posición de su país. Sentada cerca de Bramuglia, Evita escuchó atentamente el discurso de Marshall. Al final de éste, el presidente Raúl Fernandes anunció la presencia de Evita en la sala de deliberaciones e invitó a los delegados a interrumpir la sesión por unos minutos para brindar en su honor con champagne.

Tanto en esta ocasión, como durante el resto de su estadía en Río de Janeiro, los desplazamientos de Evita causaron cierta conmoción. La seguía su comitiva, ahora aumentada con varias figuras de relieve, por ejemplo Bramuglia, Guardo, Luzardo, y siempre que su presencia en Petrópolis no fuera absolutamente necesaria, el canciller Fernandes, guardaespaldas y periodistas. En las puertas del Copacabana Palace, grupos de curiosas aguardaban sus entradas y salidas, pidiéndole autógrafos, como si fuera una artista de cine. También aquí hubo sin embargo indicios de que su presencia causaba resistencias. Algunos de sus afiches aparecieron borrados con grandes cruces esvásticas y las palabras nacista o fascista. En el Correio da Manha se la bautizó "la peronista Evita" y en su columna, Carlos Lacerda no perdió la ocasión de

[308] *O Globo*, 15 de agosto de 1947.

lanzar otra andanada contra Perón y contra Vargas, acusando a Evita de ser "un instrumento de propaganda de una fuerza mundial que conspira contra la verdadera democracia y contra la verdadera paz"[309]. Asimismo, durante la conferencia de prensa que concedió en la Asociación Brasileña de Prensa, un periodista trató de ponerla en una situación molesta que ella sorteó hábilmente.

Contrariamente a muchos políticos que en estas instancias acostumbran a usar frases interminables y circunloquios para no decir nada y a la vez dar la impresión de ofrecer respuestas sesudas, Evita, al decir de un comentarista, "brilló con frases cortas, evasivas, que contorneaban sin responder"[310]. Cuando le preguntaron qué impresión le había causado Europa, respondió: "Magnífica". ¿Qué país le había gustado más? "Todos los que visité." ¿Qué impresión tenía de la conferencia de cancilleres? "Aunque yo no entiendo de política internacional, como mujer, pienso que su tarea ha de tener buen resultado."

¿Ha vuelto de su viaje con ideas para mandar ayuda a Europa? "En mi país, yo solamente me ocupo de cuidar de la clase trabajadora."

¿Ha tenido buena impresión de los descamisados europeos? "Los descamisados del mundo, todos, me causan la mejor impresión."

¿Qué impresión le causó Franco? "La misma de todos los jefes de Estado que conozco."

Las respuestas venían rápidas, escuetas, hasta que uno de los numerosos periodistas le preguntó: "¿Cómo comenzó su vida artística: en el cine, la radio o el teatro?". Evita fijó los ojos en su interlocutor y borrando la sonrisa de sus labios, se limitó a responder: "Eso no tiene el menor interés para el público". A renglón seguido, se levantó, dando por terminada la conferencia[311].

El 21 de agosto, Evita volvió a subir en su avión y se trasladó a Montevideo. Se detuvo allí para poder llegar a Buenos Aires un sábado y permitir que todos los que quisieran ir a esperarla pudieran hacerlo. Era la primera vez que pisaba tierra uruguaya desde aquel verano de 1936 en que había actuado en el teatro 18 de Julio. En esta ocasión, fue recibida por el canciller uruguayo, Mateo Márquez Catro, que había regresado de Río de Janeiro para este propósito; la esposa del Presidente de la República, Matilde Ibáñez de Batlle Berres; el embajador uruguayo en Buenos Aires, Eugenio Martínez Thedy; el embajador argentino en Montevideo, Gregorio T. Martínez, y otras figuras políticas argentinas que habían llegado para acompañarla a Buenos Aires. Evita fue recibida por el presidente Luis Batlle Berres en la Casa de Gobierno y esa misma noche le ofreció una cena de gala en el Cabildo y un baile en el elegante Club Uruguay.

A la mañana siguiente, visitó la escuela Argentina, luego asistió a una recepción organizada por la Asociación Uruguaya de Protección de la Infancia y a un almuerzo íntimo en la residencia presidencial. En las últimas horas de la

[309] *Correio da Manha*, 21 de agosto de 1947.
[310] *Correio da Manha*, 19 de agosto de 1974.
[311] *Ibid*. y *O Globo*, 21 de agosto de 1947.

tarde, la embajada argentina dio una recepción en su honor, y desde allí Evita y su comitiva, junto con la delegación de doscientas cincuenta personas que habían venido de Buenos Aires, se dirigieron a la Dársena para tomar el vapor de la carrera *Ciudad de Montevideo*.

El recibimiento que miles de porteños se preparaban para darle reflejaba en gran medida el orgullo que habían sentido al leer diariamente las crónicas de sus visitas, paseos, almuerzos, etc. El corresponsal de *Democracia,* Valentín Thiebaud, se ocupaba de publicar con lujo de detalles todos los acontecimientos. Sus artículos venían acompañados por las excelentes fotografías de Emilio Abras y revelaban una Evita desconocida, que muy poco tenía que ver con la imagen que muchos porteños guardaban de ella: una muchacha de pelo suelto hasta los hombros y sonrisa suave que visitaba fábricas trayendo "saludos del coronel Perón". Esta era una mujer sofisticada, lujosamente vestida, que saludaba graciosamente y extendía su mano fina para que se la besaran presidentes, primeros ministros, generales, etc. Era como si desde el mismo momento en que Evita puso los pies en España, se hubiera convertido en una persona diferente.

Casi todas las obras escritas sobre Evita atribuyen esta célebre gira a su sed de venganza contra la oligarquía. "No queda ninguna duda de que fue a Europa con la esperanza de recibir un marquesado pontificio", afirma Mary Main, "honor que sería una injuria para sus enemigos y que sólo se había concedido a una o dos de las más piadosas entre las grandes señoras argentinas"[312].

En verdad, el propósito del viaje nunca fue debidamente aclarado por el gobierno argentino. Según Evita, fue a España llevando "un mensaje de paz". Así lo afirmó antes de irse, en una declaración retransmitida en la Argentina el 11 de junio y en su discurso de llegada. Si realmente fue ese el propósito, el mensaje estaba dirigido solamente al pueblo español. No cruzó los Pirineos pues en los otros países que Evita recorrió, no lo mencionó, y su interés era visitar institutos de asistencia social. No solamente es lo que hizo, sino que también lo ratifica en *La razón de mi vida*[313]. Lo más probable, entonces, es que "el mensaje de paz" haya sido una racionalización convenientemente creada por la Subsecretaría de Información para justificar el deseo de Evita de ir a España.

En su libro tantas veces mencionado, Perón relata que la invitación estuvo en un principio dirigida a él y que al no poder aceptarla decidió que lo reemplazara Evita[314]. Desde el punto de vista español, la invitación a Perón tenía sentido. La derrota del fascismo había significado un aislamiento peligroso para el gobierno de Franco y su visita demostraría que éste no era total. A la vez, seguía cultivando las excelentes relaciones que había mantenido con la Argentina desde 1943 y especialmente con Perón, a quien había

[312] Mary Main, *op. cit.*, p. 80. Las dos marquesas pontificias eran Adelina María Harilaos de Olmos y María Unzué de Alvear. En su "Historia del peronismo", *Primera Plana* también repite esta versión sin fundamentarla mejor que Mary Main. Véase: N° 206, 8 de diciembre de 1968.

[313] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 224.

[314] Juan Perón, *op. cit.*, p. 56.

condecorado el año anterior, y se ganaba su buena voluntad para firmar un acuerdo comercial que le proporcionaría el trigo que España necesitaba de urgente. Si el gobierno de Franco quedó defraudado cuando Perón rehusó la invitación y propuso a Evita, no lo dejó traslucir, pues desde su punto de vista no faltaban razones diplomáticas para que ella fuera recibida oficialmente, si es que con ello conseguía sus objetivos. De hecho, el 9 de abril de 1948, la Argentina y España firmaron un protocolo adicional al tratado comercial suscrito el 30 de octubre de 1946, por el cual este país recibía un crédito de setecientos millones de pesos.

Del lado argentino, la situación es mucho menos clara. En este período, la Argentina buscaba romper el aislamiento que había resultado de su política neutralista durante la Segunda Guerra Mundial. El 5 de julio de 1946, Perón había reanudado relaciones diplomáticas con la Unión Soviética; en el mes de agosto de ese mismo año, las Cámaras habían ratificado las Actas de Chapultepec y a principios de 1947, la Argentina se disponía a participar en la Conferencia Interamericana de Cancilleres que se realizaría en el mes de agosto en Quitandinha. Las relaciones con los Estados Unidos, que habían mejorado sensiblemente con la llegada del nuevo embajador George S. Messersmith, continuarían tensas hasta la renuncia de Spruille Braden, el 3 de julio de 1947.

Pocos eran los gobiernos que habían mantenido relaciones estrechas con la Argentina a partir de 1943 y el de Franco se contaba entre éstos. Pero en circunstancias en que la Argentina modificaba su política exterior, no era el momento más adecuado ni para Perón ni para Evita de hacer un viaje precisamente a España. Una de las razones por las cuales Evita visitó varios países habría sido la oposición inicial de Bramuglia al proyecto por considerar que ponía en peligro la política de acercamiento entre la Argentina y los Estados Unidos, ya que este gobierno no tenía todavía relaciones diplomáticas con Franco. Evita habría insistido en realizarlo, acordando incluir en su recorrida Italia y Francia para contrarrestar los efectos negativos que pudiera causar su presencia en España.

Según Hernán Benítez, el viaje de Evita se debió además a la necesidad por parte del gobierno argentino de fortalecer sus relaciones diplomáticas con el Vaticano. Perón no contaba con el apoyo entusiasta de la jerarquía eclesiástica, tradicionalmente aliada a los gobiernos de la oligarquía. Veía con inquietud algunas de sus reformas, a pesar de que la Iglesia había resultado beneficiada por la política de los gobiernos militares desde 1943 y que algunos sacerdotes se habían plegado abiertamente al peronismo[315].

Del lado argentino parecería, sin embargo, que la voluntad o capricho de Evita primaron sobre las razones diplomáticas y que el viaje se realizó porque ella quiso ir a España. Por otra parte, nada tiene de extraño que deseara hacerlo. Seguramente son muchos los argentinos que alguna vez han sentido el deseo de ir a España o Francia y ella no tenía por qué ser diferente. Cuando aún la perspectiva de un viaje como el que hizo era muy lejana, ya soñaba con ir a

[315] Entrevista con Hernán Benítez.

Europa o por lo me nos así se lo dijo a un periodista que la entrevistó en 1945[316]. Este deseo seguramente se reavivó cuando llegó la invitación del gobierno español y la impulsó a insistir ante Perón. Por otra parte, es muy posible también que su vanidad y su tendencia al exhibicionismo hayan incidido para que ella concibiera su viaje como una gira espectacular. Después de todo, los cambios que se habían dado en su vida eran como para que se sintiera inclinada a exhibirlos. Además, era la primera vez que la esposa del presidente argentino era invitada oficialmente por un gobierno extranjero y no podía dejar pasar la oportunidad de ser recibida en una audiencia privada por el Papa. También es posible que Evita viera su viaje no como una manera de hacerse aceptar por la oligarquía, tal como se ha dicho, sino como un desafío, una demostración en gran escala de que ella podía jugar el papel de Primera Dama, tan bien o mejor que cualquiera de las oligarcas que tanto la criticaban. Aunque Evita demostraba indiferencia ante los ataques de la oligarquía, le dolían y así lo indican sus palabras en numerosas ocasiones, si bien, en vez de impulsar a cambiar su comportamiento, por lo general le servían de acicate para mantenerlo y reforzarlo. Siguiendo la distinción que hace en *La razón de mi vida,* Evita decidió que en su viaje a Europa haría "el papel de Eva Perón" que es un "trabajo de los días de fiesta, de recibir honores, de funciones de gala".

Dando rienda a su instinto teatral, Evita preparó su excursión como una gran actriz cuida hasta los mínimos detalles de su última y única actuación. Era la estrella que se sabe hermosa y todo contribuirá a transformarla de la noche a la mañana en una belleza deslumbrante. Su pelo, cada vez más rubio, hace resaltar sus ojos oscuros y aterciopelados. Tiene una piel extraordinaria, nacarada, fresca, que no esconde bajo el maquillaje. La nariz un poco fuerte y los dientes un tanto pronunciados se suavizan bajo su sonrisa llena. Su ropa, desde sus trajes de noche hasta sus capas de zorro blanco, sus joyas rutilantes y sus gestos teatrales, como cuando se saca los pendientes de diamantes ante la Virgen del Pilar, deja "generosos donativos", o extiende su mano de dedos alargados para que la besen, están calculados para causar efecto. Es la gran primera actriz, la estrella que dejará un recuerdo inolvidable, y lo consigue.

Prueba de ello es no sólo la reacción que produce en el pueblo español sino también en la prensa internacional. En el mes de julio, la revista *Time* publicó un número con la fotografía de Evita en la portada y el artículo de fondo dedicado a ella. A pesar de la visible antipatía que el autor sentía por el personaje —y por Perón—, no pudo menos que expresar su sorpresa ante las muestras de afecto que le tributaba el pueblo español y el impacto que tenía su figura en todos los países que recorría[317].

Este artículo reflejaba asimismo los comentarios de la oposición que protestaba, con razón, por los gastos que ocasionaba el viaje y los chismes que circulaban en los salones de Buenos Aires ante la gira triunfal de Evita. A medida que pasaban los días, se multiplicaban las historias sobre supuestos incidentes que revelaban su falta de cultura, sus actitudes insolentes con

[316] Véase cap. II, 5.
[317] *Time*, 1 de julio de 1947.

Franco, su rabia porque el Papa no la había hecho marquesa pontificia, sus salidas nocturnas en París y su compra de modelos de alta costura, después de un desfile que los grandes modistos organizaron para ella en el Ritz, y su despecho porque no la recibía la reina de Inglaterra[318].

Todos estos rumores no afectaron para nada el recibimiento que le tributaron miles de porteños el día de su llegada. El *Ciudad de Montevideo* se acercó a la Dársena Norte a las tres de la tarde. Una alfombra roja cubría el camino desde el andén del desembarcadero, a través de la Aduana hasta los jardines interiores de la Dirección General de Migraciones, frente a la cual se había instalado un palco. El muelle rebosaba de gente con carteles, banderas y entre las sirenas de los barcos se oían sus aclamaciones. Perón, el gabinete en pleno, legisladores, Doña Juana, las hermanas de Evita y numerosas delegaciones sindicales la esperaban con impaciencia. Una flotilla con sus mástiles engalanados la acompañó al entrar al puerto, mientras un avión, con la palabra "bienvenida" pintada en sus alas, hacía evoluciones bajo el sol. En la punta de estribor, Evita, visiblemente emocionada, saludaba agitando un pañuelo. Saltó a tierra sin que terminaran de poner la planchada y en su apuro por descender se desencontró con Perón. Finalmente, se confundieron en un largo y apretado abrazo. Un momento después, subieron al palco mientras Evita seguía sin poder contener las lágrimas. Raúl Costa, presidente de la comisión de recepción, dio la bienvenida a "La Dama de la Esperanza". Habló luego Freire y cuando le llegó el turno a Evita, sintiéndose entre los suyos, no perdió tiempo en retomar su estilo de oratoria. "Con profunda emoción llego después de varios meses de ausencia, a esta mi querida patria, en la que dejé mis tres gran amores: a mi tierra, mis descamisados y mi querido General Perón... Yo he llevado un mensaje de paz de nuestro pueblo, pero es inútil hablar de paz mientras continúan las odiosas diferencias sociales, mientras no se haya logrado que existan menos ricos y menos pobres y mientras no haya paz en los corazones y en los espíritus." Más adelante les aseguró que su viaje no la había cambiado. "Tengan ustedes la plena seguridad de que la compañera Evita viene con más bríos que nunca a seguir siendo el puente espiritual entre los descamisados y el general Perón; viene a situarse al pie del cañón, en la Secretaría de Trabajo, al lado de ustedes." Después de atacar a la oligarquía porque la había "seguido al viejo mundo tratando de difamarme" y de recomendar a los descamisados una vez más seguir la bandera de Perón, se despidió de ellos hasta el lunes, día en que se volverían a encontrar en la "Secretaría de Trabajo".[319]

[318] Véase por ejemplo los detalles ofrecidos en el artículo de *Time*. Cabe señalar que los rumores que aparecen en esta revista, repetidos en términos generales en las obras ya citadas que se han escrito sobre Evita, son diametralmente opuestos a las versiones que relatan algunos miembros de su comitiva. En ambos casos, los justificativos ideológicos actúan poderosamente, contribuyendo así a mantener la confusión sobre muchos episodios de este viaje.

[319] *Democracia*, 24 de agosto de 1947.

Capítulo VIII

El voto femenino

El 23 de setiembre de 1947, exactamente un mes después del retorno de Evita a Buenos Aires, la CGT organizó una concentración frente a la Casa Rosada para celebrar la promulgación de la Ley 13.010 que concedía el voto a la mujer. A pesar de la tarde lluviosa, un público numeroso, en el que predominaban los hombres según *La Nación*, se agolpó en la plaza desde temprano y entre estribillos y canciones esperó pacientemente el comienzo del acto. Después de cantar el Himno Nacional, hombres y mujeres aplaudieron con entusiasmo cuando Perón y Borlenghi firmaron el decreto y luego aquél se lo entregó a Evita en un gesto simbólico que expresaba públicamente el reconocimiento del gobierno por su campaña en favor de los derechos políticos de la mujer.

Por lo general, tanto la literatura peronista como la antiperonista atribuyen la sanción de la Ley 13.010 en gran parte a los esfuerzos de Evita. Entre los numerosos ejemplos que podrían citarse, un artículo de *Democracia* la describe como "la trabajadora incansable que con su tesonera y decidida labor consiguió movilizar en un solo y apretado haz la conciencia cívica de las mujeres del país y obtener del Congreso Nacional la sanción de esta conquista que se incorporará por derecho propio a nuestra historia"[320]. Algunas fuentes señalan que la ley se debió casi exclusivamente a la influencia que Evita ejerció sobre las Cámaras por intermedio de legisladores amigos suyos[321].

No hay duda alguna de que Evita participó en la campaña en favor del voto femenino, pero ella no jugó un papel decisivo en la aprobación de la medida. Emprendió la lucha por el voto al final de ésta, ya que las feministas argentinas habían tratado de obtener el sufragio desde principios de siglo. Cuando se incorpora al movimiento, el Senado de la República ya había aprobado un proyecto de ley. Además lo hace en momentos en que las condiciones para la adopción del sufragio eran propicias, tanto en el país como en el resto del mundo. En Latinoamérica, las Conferencias de Estados Americanos se pronunciaban por el sufragio desde la Octava Conferencia. Esta tuvo lugar en Lima en 1938 y en ella se aprobó una Declaración en Favor de los Derechos de la Mujer. La Conferencia Interamericana sobre Problemas de la

[320] *Democracia*, 12 de mayo de 1948. La misma Evita se atribuye la sanción de los derechos políticos de la mujer. Véase *La razón de mi vida*.

[321] Véase por ejemplo Historia del peronismo, *Primera Plana*, N° 210, 3 de enero de 1967, p. 36.

Guerra y la Paz reunida en Chapultepec, México, en 1945, había declarado también que los países americanos que no habían concedido el voto a la mujer debían hacerlo y para cuando termina la Segunda Guerra Mundial, las mujeres ya podían votar en Ecuador, Brasil, Uruguay, Cuba y El Salvador.

La promulgación de la Ley 13.010 de ninguna manera puede verse como consecuencia directa de la acción de Evita. Sin desmerecer para nada el papel que cumplió en la conquista del voto femenino, el examen imparcial de los hechos revela que éste fue el resultado del apoyo entusiasta que Perón le prestó al proyecto desde un principio, de la composición de las Cámaras, mayoritariamente peronistas, y de la falta de oposición por parte de la minoría. En un sentido más amplio es, además, la culminación de un largo y arduo proceso en el que participaron numerosas agrupaciones de mujeres que conformaron el movimiento feminista argentino.

Las primeras agrupaciones feministas surgieron como parte del movimiento mundial por la emancipación de la mujer que se inició en los Estados Unidos y en Inglaterra. Sus integrantes fueron en su mayoría mujeres universitarias de clase media alta que a pesar de las resistencias que habían encontrado a cada paso, tanto en sus hogares como en los institutos de enseñanza, habían logrado terminar sus carreras. En algunos casos, como en el de Cecilia Grierson, las dificultades continuaban aún después de recibirse: en 1889, cuando la primera médica argentina finalizó sus estudios, descubrió que no podía ejercer su profesión legalmente. Grierson, junto con otras mujeres tales como Petrona Eyle, Julieta Lanteri Renshaw, Alicia Moreau de Justo, Sara Justo, Raquel Camaña y Elvira Rawson de Dellepiane, iniciaron la lucha por la reforma de la condición civil de la mujer, cuestionando su inferiorización legal, su exclusión como ciudadanas y su falta de educación. Para Moreau de Justo, esta primera generación tuvo "la audacia de romper el silencio que envolvía esos problemas (los derechos civiles y políticos, situación de los hijos, legítimos o no, organización de la familia, divorcio, represión del alcoholismo, de la prostitución, del juego) en una época en que muchísimos hombres no se atrevían a discutir públicamente algunos de ellos".[322]

La participación de Grierson en la segunda reunión de la famosa organización sufragista Congreso Internacional de Mujeres (International Council of Women, ICW) celebrada en Londres en 1889, la llevó a fundar el Consejo de Mujeres en setiembre de 1900. Albina V. Praet de Sala, por entonces también presidenta de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, fue su primer presidenta. La nómina de las personas que asistieron a la reunión preparatoria indica que las asistentes representaban en su mayoría instituciones de beneficencia como el Patronato de la Infancia y la Sociedad Protectora de Huérfanos Militares, pero las había también del Belgrano Mandolin Club y

[322] Alicia Moreau de Justo, *La mujer en la democracia*, Buenos Aires: "El Ateneo", 1945, p. 163, citado en Marysa Navarro Gerassi, "Movimiento de mujeres y participación política", en Informe de investigación patrocinada por el Programa Nacional de Investigación Científica y Desarrollo Técnico de la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación y Ciencia (España), dirigida por Lola G. Luna, 1994.

hasta del *Buenos Aires Herald*. De las treinta y siete asistentes, dieciséis tenían apellidos ingleses[323].

El problema del sufragio planteó una crisis en el Consejo Nacional de Mujeres poco después de su fundación, porque algunas de sus integrantes querían que la nueva agrupación tomara posición ante el voto femenino. En esta instancia, las sufragistas perdieron la batalla y el Consejo se mantuvo neutral[324]. Pero a partir de 1905 comenzaron a surgir agrupaciones abiertamente sufragistas tales como el Centro Feminista, luego llamado Centro Manuela Gorriti, fundado en 1905 por Moreau de Justo, Sara Justo, Lanteri Renshaw y Rawson de Dellepiane. En 1919, esta última, madre de siete hijos, médica y esposa del dirigente radical Manuel Dellepiane, fundó la Asociación pro Derechos de la Mujer para no soportar "mansamente las cadenas con que códigos y prejuicios limitan nuestra acción y humillan nuestra dignidad de seres conscientes".[325]

En mayo de 1910, Buenos Aires fue la sede del Primer Congreso Femenino Internacional en el cual participaron delegadas chilenas, uruguayas y paraguayas. En éste se adoptaron una serie de resoluciones que iban desde la necesidad de modificar el Código Civil y dictar leyes para dar a las mujeres derechos civiles iguales a los hombres, hasta pedir que se hiciera "propaganda en las escuelas y en los hogares para dar a conocer los peligros del beso y del mate"[326]. El congreso también aprobó un proyecto de ley de derechos políticos que fue entregado al diputado socialista Alfredo L. Palacios para que lo presentara en las Cámaras. En 1912, sin embargo, cuando el Parlamento adoptó la nueva ley electoral conocida como la Ley Sáenz Peña o "Ley de voto universal", las mujeres ni siquiera fueron tema de discusión en las Cámaras.

En la década del veinte, una vez que se reforma el Código Civil en 1926 y se altera parcialmente la inferioridad jurídica de la mujer, la lucha por el voto se transformó en el objetivo primordial de las feministas argentinas[327]. Pero el surgimiento de nuevas agrupaciones tales como el Partido Feminista Nacional, liderado por Lanteri, la Liga Feminista Nacional de la República Argentina, la Asociación de Damas Radicales y la Asociación Argentina del Sufragio no dio mejores resultados[328]. Una vez que el Congreso volvió a sesionar después del golpe de estado de Uriburu, esta última, fundada en 1932 por Carmela Horne de Burmeister, se convirtió en la agrupación que mayor actividad desplegó para la obtención del voto durante la década de los treinta. Según su fundadora, llegó a tener 80.000 afiliadas, filiales en el interior, publicaba panfletos y sus

---

[323] Luis R. Longhi, *Sufragio femenino*, Buenos Aires, 1932, p. 133.

[324] *Ibid*., p. 134.

[325] Navarro Gerassi, *op. cit*., p. 19.

[326] *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina,* Buenos Aires, Imprenta Fallica y Escoffier, 1910, p. 5.

[327] Hasta 1947, las mujeres solamente podían votar en elecciones provinciales, San Juan, y municipales, Santa Fe.

[328] Véase Luis Longhi, *op. cit.*; Lucila de Gregorio Lavié, *Trayectoria de la condición social de las mujeres argentinas*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral; 1947, Vera Pichel, *Mi país y sus mujeres*, Buenos Aires, ed. Sudista, 1968.

dirigentes daban charlas sobre las condiciones de la mujer en la sociedad contemporánea. El 10 de setiembre de 1932, inició un ciclo de conferencias en el Teatro Cervantes con la participación de monseñor Gustavo Franceschi y del diputado José María Bustillo[329]. La presencia de monseñor Franceschi en estas charlas revelaba por un lado el conservadorismo de la Asociación y por otro, la creciente preocupación de la Iglesia por el número de mujeres que trabajaban fuera de su casa y los efectos que esto podría tener sobre la familia, preocupación que en el caso de monseñor Miguel de Andrés, obispo auxiliar de Temnos, lo llevó a fundar el Sindicato de Obreras Católicas.

También en 1932, cuando el presidente Justo fue al Congreso para inaugurar el período parlamentario, la Asociación Argentina del Sufragio organizó una manifestación durante la cual sus afiliadas arrojaron volantes al paso de las autoridades[330]. Este debe haber sido el acto más audaz de las feministas argentinas en esta etapa, pues contrariamente a las de otros países, no fueron nunca militantes capaces de salir a la calle y emprender acciones dramáticas si con ello adelantaban su causa. En Inglaterra, a partir de 1905, las feministas empiezan a provocar conflictos en reuniones políticas, van a la cárcel porque no quieren pagar las multas que les imponen, hacen huelgas de hambre y, hacha en mano, recorren las calles elegantes como Bond Street y Regent Street, rompiendo vidrieras y hasta las ventanas de la residencia del Primer Ministro.[331]

Este tipo de militancia no tuvo su contrapartida en las feministas argentinas. Buscaban esclarecer la opinión pública y cambiar las leyes existentes con petitorios que durante años fueron cortésmente recibidos por las Cámaras, para luego ser prolijamente archivados. Según los diarios de sesiones de la Cámara de Diputados, el diputado socialista Alfredo L. Palacios presentó el primer proyecto de ley para darle los derechos políticos a la mujer en 1911 y hasta la sanción de la Ley 13.010, en 1947, se presentaron un total de quince[332].

Cuando el país volvió a la normalidad constitucional bajo Justo, las feministas reanudaron sus esfuerzos por conseguir el voto. En 1932, obtuvieron que se designara una comisión interparlamentaria constituida por los senadores Alfredo L. Palacios (uno de los legisladores que más apoyó a las feministas en su lucha), Matías Sánchez Sorondo (conservador) y Atanasio Eguiguren (radical) y los diputados J. H. Martínez (conservador), Silvio L. Ruggieri (socialista), Vicente Pomponio (radical), Joaquín Argoriz (radical) y Fernando de Andréis (socialista independiente), para estudiar la cuestión. La comisión presentó tres proyectos en la Cámara de Diputados. El de la mayoría proponía que todas las mujeres de 18 años nacidas en la Argentina tuvieran los mismos

---

[329] Carmela Horne de Burmeister, *Cómo se organizó en la Argentina el movimiento femenino en favor de los derechos políticos de la mujer por el Comité Argentino Pro Voto de la Mujer. Asociación Argentina del Sufragio Femenino.*

[330] *Ibid.*, p. 16.

[331] El único grupo argentino que sostenía una posición feminista que recordaba los planteos de las feministas inglesas, aunque no sus prácticas era el liderado por Julieta Lanteri.

[332] Vera Pichel señala que hubo veinte proyectos en veintitrés años; ver Vera pichel, *op. cit.*, p. 70.

derechos que los varones, con excepción del servicio militar, y declaraba el voto obligatorio. El de la minoría lo hacía voluntario y el tercer proyecto tenía modificaciones con respecto a la obligatoriedad y a la inscripción en el padrón electoral.



La pasión por los sombreros. Paseando por Italia, julio de 1947.

En dos sesiones ruidosas, con las galerías colmadas de mujeres, la Cámara de Diputados aprobó el proyecto de la mayoría. El Senado, en cambio, a pesar de los esfuerzos de Palacios, resolvió mandar la cuestión a su comisión de asuntos constitucionales. El Senado, dominado por los conservadores, tomó esta medida en una sesión a la cual el senador Eguiguren no asistió y en la que el otro miembro de la comisión parlamentaria, Sánchez Sorondo, votó a favor de la resolución. Como era de esperar, la Comisión de Negocios Constitucionales no encontró el tiempo suficiente para discutir el problema. Un año más tarde, en agosto de 1933, el senador Nicolás Matienzo pidió el pronto despacho del proyecto, pero no tuvo éxito. Palacios repitió el pedido al año siguiente con el mismo resultado. El 11 de junio de 1935, Palacios y Mario Bravo presentaron una vez más el mismo proyecto en el Senado y Silvio L. Ruggieri lo hizo en Diputados. De nuevo fue remitido a la Comisión, de donde no salió. En

el Senado también murieron los proyectos presentados en 1938, 1939 y 1942, todos enterrados por la mayoría conservadora.

En general, los argumentos de los legisladores que apoyaban el voto para la mujer tendían a probar que éstas eran seres tan inteligentes como los hombres, que no perdían su "dignidad" al votar, que el ejercicio del voto no había aumentado "la corrupción electoral", no alteraba la estructura de la familia y que las mujeres "no votan como clase, ni como sexo, votan individualmente. En ningún país las electoras forman un partido de mujeres contra los hombres y por lo tanto los peligros del feminismo no existen"[333]. Por su parte, los legisladores socialistas dejaban de lado este tipo de argumentos y hacían hincapié en la mujer obrera y en la importancia que ésta tenía en la fuerza de trabajo.

En cuanto a los legisladores que se oponían al voto, lo hacían por entender que la inteligencia de la mujer era dominada por las emociones o porque el problema era muy serio —tan serio que necesitaba ser estudiado con mucha profundidad— o porque era una medida apresurada pues todavía no se podían ver claramente los resultados en los países que la habían adoptado. En algunos casos, recurrían a la burla y al ridículo. Según el diputado Francisco Uriburu: "¡Para qué diablos transformar los hogares en infiernos, donde la dueña de casa será demócrata nacional, la cocinera socialista, la mucama socialista independiente (risas), la lavandera radical antipersonalista... *(risas)* y la institutriz demócrata progresista! *(hilaridad)*"[334].

Las feministas argentinas no lograron elaborar una acción conjunta durante toda la década del treinta por sus divisiones ideológicas. Sus prejuicios de clase y los planteos esenciales reformistas que las dominaban quedaban desenmascarados en sus petitorios dirigidos al Parlamento. Así por ejemplo, la Asociación Argentina para el Sufragio, quizás el grupo sufragista más importante en la década del treinta, explicaba que quería el voto solamente para las mujeres que supieran leer y escribir y además fueran mayores de edad. Pedía que no se le diera el voto a la mujer a los dieciocho años, porque no hacía el servicio militar. En cuanto al problema de si se le debía dar el voto a las analfabetas, decía que éstas eran diferentes a los varones analfabetos pues ellos conocían a los partidos políticos. "Creemos que el voto debe darse a las capaces y no a las incapaces. Si hubo error al acordarlo a los incapaces hombres, debe corregirse y no incurrir en otro nuevo... pedimos que al dictarse la ley acordando el voto a la mujer, sea para la alfabeta mayor de edad y argentina nativa, porque para extenderlo a las demás hay tiempo, mientras dándolo a las incapaces y extranjeras significaría incurrir en un error irreparable"[335]. Las socialistas, entre las que se destacaba la figura de Moreau de Justo, rechazaban estas restricciones y pedían el voto y además el divorcio. Otras feministas en

[333] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso Nacional, 1933, t. II, p. 311.
[334] *Ibid.*, tomo VI, p. 48.
[335] *Ibid.*, tomo V, p. 64.

cambio, consideraban que éstas eran cuestiones enteramente diferentes y exigían su separación.

A pesar del poco éxito que tenían sus tácticas, las feministas no las modificaron. En la segunda mitad de la década del treinta, sus esfuerzos por cambiar la legislación decaen sensiblemente y uno de los últimos petitorios recibidos por la Cámara de Senadores fue el que presentó en 1938 la Unión de Mujeres Argentinas, firmado por Susana Larguía y Victoria Ocampo[336]. Al igual que los partidos políticos, las feministas sintieron los efectos de la situación internacional, especialmente después del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Poco a poco, la conquista del voto pasó a un segundo plano pues el objetivo principal fue la lucha contra el fascismo, formándose nuevas agrupaciones para apoyar a los aliados, siendo quizá la más famosa, la Junta de la Victoria.

Como era de esperar, la Revolución del 4 de junio y la irrupción de Perón en el escenario político incidieron profundamente en el movimiento feminista. Disueltas las Cámaras, se vieron paralizadas pues no podían redactar más petitorios y reunir firmas para éstos. Por otra parte, la figura de Perón tuvo sobre ellas un efecto catalizador, pues la gran mayoría olvidó sus diferencias, dejó de lado su feminismo y se reagrupó en torno de los partidos políticos, entrando a formar parte integral de la oposición. Cuando en julio de 1945 corrió el rumor de que las mujeres votarían en las próximas elecciones, solamente la Asociación de Sufragio Femenino se dirigió a la Secretaría de Trabajo y Previsión para pedir que se hiciera un acto público en el que presentaría un petitorio[337]. El 26 de julio de 1945, tuvo lugar un acto en la Cámara de Diputados, presidido por de Gregorio Lavié. Perón asistió éste y en el discurso que pronunció se declaró "partidario de otorgarle el sufragio a la mujer, porque no hay ninguna razón que se oponga a que esto llegue a concretarse en una realidad... empeño mi palabra como vicepresidente, como ministro y como secretario de Trabajo y Previsión, en el sentido de trabajar incansablemente por llevar adelante esta hermosa iniciativa".[338]

Las otras agrupaciones, en cambio, emitieron declaraciones en contra, pidiendo el retorno a la normalidad constitucional y la transferencia inmediata del gobierno a la Corte Suprema. La Federación de Mujeres Universitarias exigió "que se restituya a la Nación su normalidad Constitucional, y con el fin de acelerar los trámites legales para la obtención del voto femenino, solicitamos a todos los partidos políticos sin distinción que se pronuncien públicamente sobre el siguiente punto: inmediatamente después de constituidos los poderes Ejecutivo y Legislativo en forma constitucional, deberán votarse y promulgarse todas las leyes que sean necesarias para establecer la igualdad del hombre y de la mujer en todo lo relacionado con el goce de los derechos políticos en el orden

[336] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso Nacional, 1938,1.1, p. 334.

[337] El 23 de setiembre de 1947, la Asociación del Sufragio Femenino emitió un comunicado expresando su satisfacción por la obtención del voto y celebró una misa de acción de gracias.

[338] *La Nación*, 27 de julio de 1945.

nacional, provincial y municipal"[339]. El 3 de setiembre realizaron una Asamblea Nacional de Mujeres a la cual asistieron unas 400 personas "para examinar la posición de la mujer frente a la situación institucional por la que atraviesa el país y frente al voto femenino"[340]. El lema de la asamblea, "Sufragio femenino pero sancionado por un Congreso elegido en comicios honestos", reflejaba su verdadero propósito, o sea reafirmar que el sufragio solamente podía ser concedido por el Parlamento y no por el gobierno militar. Una de las muchas oradoras fue Victoria Ocampo y al igual que las otras criticó la concesión del voto de facto. La resolución final que adoptó la Asamblea atacaba al gobierno militar por su carácter represivo, pedía que el gobierno fuera transferido a la Suprema Corte de Justicia o se llamara a elecciones y expresaba "el repudio más absoluto por la concesión del voto a la mujer por decreto de ningún gobierno de facto, puesto que sólo una ley del Congreso puede otorgarlo válidamente"[341].

La figura política femenina más relevante de la campaña contra el gobierno en este período era Alicia Moreau de Justo. Hija de franceses que habían tomado la ruta del exilio después de la derrota de la Comuna de París, Moreau nació en Londres el 11 de octubre de 1885.[342] Cinco años más tarde, sus padres se trasladaron a la Argentina. Después de completar sus estudios primarios, ingresó en uno de los Institutos Normales donde se podían educar "señoritas" y se recibió de maestra. Decidió continuar sus estudios en la Facultad de Medicina, recibiéndose de médica en 1914 con diploma de honor.

Se inició en la vida política en 1906, en ocasión del Primer Congreso Internacional del Libre Pensamiento, donde presentó una ponencia sobre educación. Desde entonces se comprometió con las dos causas que serían su preocupación fundamental hasta el fin de su larga vida, el feminismo y el socialismo. Casada con el fundador del Partido Socialista, Juan B. Justo, del que pronto quedó viuda, y madre de tres hijos, encontró la manera de fundar organizaciones sufragistas, dar conferencias, escribir artículos y folletos, estar al frente de órganos tales como *Revista Socialista Internacional, Humanidad Nueva* y *La Causa*, además de dirigir los destinos del partido. En agosto de 1945, Moreau de Justo publicó su último libro sobre feminismo, *La mujer en la democracia*, un alegato con el doble propósito de demostrar a sus compatriotas la necesidad de defender la democracia y sus principios, atacando toda forma de autoritarismo y también convencerlos que para que la democracia sea verdadera tiene que incluir a las mujeres.

Con su participación en las actividades de la Unión Democrática, las agrupaciones feministas dictaron su propia sentencia de muerte. Después de las elecciones de febrero de 1946, cuando se planteó de nuevo la cuestión del sufragio femenino, las condiciones políticas habían cambiado de tal manera que ya no podrían jugar papel alguno.

[339] *La Nación*, 3 de agosto de 1945.
[340] *La Prensa*, 4 de setiembre de 1945.
[341] *Ibid.*
[342] Véase Mirta Henault, *Alicia Moreau de Justo*, (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983).

Cuando Perón leyó su primer mensaje al Congreso en el mes de julio de 1946, se pronunció en favor del voto femenino y en su Primer Plan Quinquenal, de octubre del mismo año, incluyó un proyecto de ley en ese sentido. Perón fue el primer gobernante argentino que declaró su apoyo al sufragio femenino y demostró concretamente su intención de cumplir con su promesa electoral desde el primer momento. Con el apoyo del Poder Ejecutivo y un Parlamento libre de legisladores conservadores, que eran los que habían votado sistemáticamente contra todos los proyectos anteriores, la sanción de la ley parecía estar asegurada, y así ocurrió. En cuanto se iniciaron las sesiones, varios legisladores presentaron proyectos de ley y el 21 de agosto de 1946, la Cámara de Senadores aprobó uno, basándose en el que había ofrecido el senador Lorenzo Soler.

La lectura de los debates parlamentarios revela que la sanción de la Ley 13.010 no encontró prácticamente oposición ni en Senadores ni en Diputados, donde fue aprobada el 9 de setiembre de 1947. Algunos legisladores se preocuparon por demostrar una vez más la inteligencia de la mujer. En su discurso el senador Soler insistió en que podía haber diferencias entre el hombre y la mujer pero no desigualdad y que aquéllas son "más bien el producto de la educación que hasta ahora hemos dado a la mujer, encerrándola en el claustro del hogar, y hasta muchos años, impidiéndole el ejercicio de su intelecto, como se le ha impedido casi siempre el ejercicio de su físico"[343]. Pero en esta ocasión, los legisladores en su gran mayoría abandonaron esta clase de argumentos y recalcaron en cambio la participación de la mujer en el 17 de Octubre, la lucha de las feministas por el voto, los proyectos presentados durante los últimos cuarenta años y la justicia que representaba una medida tan largamente esperada. La comisión de asuntos institucionales de la Cámara de Diputados que se expidió en favor del voto estaba presidida por John William Cooke. El diputado Reynaldo Pastor fue uno de los pocos legisladores que puso reparos a la obligatoriedad del voto femenino. El debate en la Cámara de Diputados duró dos sesiones, no porque hubiera oposición de fondo, sino porque la lista de oradores era muy larga y todos insistían en pronunciar su discurso. Se cerró en un ambiente de gran tumulto, cuando faltaban todavía cuarenta y cinco oradores para hablar, en medio de la algarabía más completa, en la que participaron numerosas mujeres que colmaban las galerías. Evita no asistió al primer debate pues estaba enferma con gripe. Convaleciente, presenció los momentos finales de la segunda sesión. Su nombre no aparece mencionado en los debates de la Cámara de Senadores, pero sí en los de Diputados, una sola vez, cuando José E. Visca leyó un pasaje de un discurso suyo sobre la necesidad de darle el voto a la mujer[344].

Mientras los diputados exhibían sus dotes oratorias y rivalizaban en sus exaltaciones a "La Mujer", afuera, en la explanada que se extiende frente al

---

[343] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Buenos Aires, publicación del Cuerpo de Taquígrafos del Senado de la Nación, 1947, t. II, p. 33.

[344] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, Imprenta del Congreso Nacional, 1948, t. IV, p. 247.

Congreso, varios miles de mujeres esperaban con impaciencia el resultado de sus deliberaciones. Al grito de "¡Uno, dos y tres, que se aprueba de una vez!" y "¡Queremos el voto!", sacudían enormes carteles, banderas y grandes retratos de Perón y Evita, los cuales indicaban que a pesar de pedir ruidosamente el voto estas mujeres muy poco tenían que ver con las feministas de la década anterior cuyos planteos desconocían, pues, con excepción de las socialistas, por lo general no se habían dirigido a ellas. Las separaban profundas diferencias de clase y sobre todo la figura de Perón. Es que mientras el feminismo argentino se diluía en la lucha contra Perón y desaparecía con el fracaso de la Unión Democrática, se estaba gestando un nuevo fenómeno, la incorporación masiva de la mujer en el movimiento que gradualmente desembocaría en el peronismo.

Desde principios de siglo, la participación de las mujeres en la política tradicional había sido baja, a pesar de las actividades de las anarquistas, las socialistas y comunistas y también de las sindicalistas. Estas habían desarrollado una larga lucha por mejorar sus salarios y sus condiciones de trabajo, a pesar de su escaso número y de que la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo había ido disminuyendo considerablemente, hasta alcanzar en 1947 su punto más bajo, 20%[345]. Tanto en este período como en las décadas siguientes, sus condiciones de trabajo eran todavía peores que las de los varones y sus salarios eran por lo general entre un 40 y un 50% más bajos que los de los hombres. Según el acta del Primer Congreso Ordinario de la CGT (1939), la industrial textil ocupaba a 60.000 personas, de las cuales un 60% eran mujeres y niños, con un salario promedio de 52 pesos mientras que los hombres ganaban 84 pesos[346]. El Primer Congreso Ordinario de la CGT reconoció en una declaración "que la mujer obrera es víctima de una explotación despiadada, mediante salarios miserables y jornadas de labor extenuadora", pero poco hizo para cambiar la situación[347]. La CGT no se distinguió por su falta de prejuicios contra las mujeres obreras. En su Congreso General Constituyente (1936), llegó a rechazar a una representante de la Federación Obrera del Vestido "por pertenecer al sexo femenino"[348]. En su Segundo Congreso Ordinario (1942), adoptó una resolución apoyando los derechos políticos de la mujer, pero la inercia de la central obrera y los comentarios de algunos congresales sobre la inferioridad de la mujer provocaron una crítica acerba de la delegada Dora Genkin. "Como militante obrera que represento a muchos millares de mujeres, que realizamos una asamblea con casi 6.000 mujeres me dará vergüenza decirles

[345] Nancy Hollander, *¿La mujer esclava de la historia o historia de esclava?*, Buenos Aires, ed. La Pléyade, 1947, p. 69.

[346] Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Acta del Primer Congreso Ordinario*, Buenos Aires, 1940, p. 70.

[347] Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Acta del Primer Congreso Ordinario*, Buenos Aires, 1940, p. 20.

[348] Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Acta del Primer Congreso General Constituyente, marzo-abril de 1936*, Buenos Aires, 1937, p. 28. Para más detalles sobre la historia de las mujeres y el movimiento obrero argentino, véase: Marysa Navarro, "Hidden, Silent and Anonymous. Women Workers in the Argentine Trade Union Movement" en Norbert Soldon, comp., *The World of Women's Trade Unionism, Comparative Historical Essays* (Westport: Greenwood Press, 1985).

que este congreso no se ocupó de los problemas femeninos, a pesar de las proposiciones claras y fundadas que hemos presentado"[349].

Hasta 1943, las mujeres en su gran mayoría permanecieron ajenas a lo político. Su politización masiva se inició a partir de esa fecha. La polarización que se produjo en torno de la figura de Perón arrastró también a las mujeres y las obligó a tomar partido. En una primera instancia, las más activas fueron las antiperonistas, se organizaron, tomaron parte en la Marcha por la Constitución y la Libertad, asistieron a actos de la oposición y, el 12 de octubre de 1945, participaron en la manifestación en la Plaza San Martín.

Las mujeres peronistas aparecerán por primera vez el 17 de Octubre. Son las que apoyan a Perón porque se ven favorecidas por las medidas que cambian las condiciones de trabajo de sus esposos o hijos o porque ellas mismas integran la fuerza de trabajo y entienden lo que él representa para ellas. Si trabajan a destajo en sus hogares, saben que desde 1944 tienen derecho a un salario mínimo. Si lo hacen en la industria alimentaria, la diferencia entre sus salarios y los de los hombres a partir de setiembre de 1945 es solamente del 20% y no del 40% como hasta entonces. Ven además que sus problemas laborales han merecido por primera vez en mucho tiempo la atención de las autoridades —ahora pueden dirigir sus preguntas a la nueva División de Trabajo y Asistencia a la Mujer, creada por Perón—. El 17 de Octubre, las mujeres también abandonaron sus fábricas para ir a la Plaza de Mayo, o estuvieron presentes, acompañando a sus maridos o a sus hijos. Como vimos en otro capítulo, durante la campaña electoral, impulsadas por el Partido Laborista, formaron comités de apoyo a la candidatura de Perón, y en cuanto Evita comenzó sus actividades, actuaron sobre ella como un foco de atracción.

Esta, por su parte, las identificó como sus compañeras desde el primer momento. Sus discursos dirigidos a las mujeres no incluyen a todas sus compatriotas, sino que habla directamente a "la descamisada". Esto se nota en su primer mensaje radial, del 24 de julio de 1946. Pide la colaboración de todas las mujeres "en la campaña de sesenta días por el abaratamiento de la vida" pero especialmente la de aquéllas que ven en el gobierno el defensor "de la tranquilidad y del bienestar de nuestros hogares, que aparecían sojuzgados por las maniobras bastardas de los antipatrias"[350]. Su discurso radial ante la proximidad del primer aniversario del 17 de Octubre va dirigido "a todas las mujeres de mi país que trabajan y luchan rudamente por su hogar. A las que la fortuna adversa o el humilde destino han llevado allí, al pequeño refugio del taller, de la fábrica, de la oficina. Hablo de mis hermanas del campo del quebrachal y del ingenio..."[351]. Las unía el 17 de Octubre, porque en esa fecha ellas esperaban al "líder de la redención obrera... y yo, por rara coincidencia,

[349] Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Acta del Segundo Congreso Ordinario*, Buenos Aires, 1943, p. 46.

[350] *Democracia*, 26 de julio de 1946.

[351] *Democracia*, 10 de octubre de 1946.

también al líder de mis convicciones de hija del pueblo, y también al esposo con quien el destino me ha ligado"[352].

El 6 de diciembre de 1946, durante una ceremonia que tuvo lugar en el Ministerio de Trabajo para celebrar la firma de un contrato de trabajo que favorecía a 20.000 obreros y obreras textiles, Evita improvisó un discurso dirigido a las mujeres porque colmaban el recinto. Así como Perón había ayudado a los obreros, les dijo, "a las mujeres también les llegará la oportunidad de hacerse oír y no ser explotadas como lo han sido hasta ahora..."[353]. Esta fue la primera oportunidad en que Evita se refirió a las condiciones de la mujer en la sociedad argentina. En el mes de enero de 1947, volvería sobre el tema en un discurso que pronunció en Rosario. Estaba "en las filas del peronismo", explicó, "luchando también para que las mujeres formemos una gran legión que habrá de defender nuestros derechos y de defender también a nuestro querido jefe. Las mujeres, que siempre hemos sido relegadas a segundo plano, que hemos sabido ganarnos el sustento de nuestros hogares, tenemos derecho a que se nos escuche"[354]. El 27 de ese mismo mes pronunció otro discurso por radio, esta vez transmitido a todo el país. Habló a sus "compañeras", las mujeres trabajadoras. "Conozco a todas mis compañeras, sí. Yo misma soy pueblo. Los latidos de esa masa que sufre, trabaja y sueña, son los míos."[355]. La mujer argentina debe ser escuchada porque "supo ser aceptada en la acción. Se está en deuda con ella. Es forzoso restablecer, pues, esa igualdad de los deberes". La descamisada no puede ser olvidada y se le debe conceder el voto "que será el arma que hará de nuestros hogares el recaudo supremo e inviolable de una conducta pública. El voto femenino será primera apelación y la última... En los hogares argentinos de mañana, la mujer, con su agudo sentido intuitivo, estará velando por su país, al velar por su familia. Su voto será el escudo de su fe. Su voto será el testimonio vivo de su esperanza en un futuro mejor"[356].

Debidamente respaldada por *Democracia*, que a partir de los primeros meses de 1947 emprende una activa campaña por el voto femenino, los discursos de Evita la convierten en la portavoz de un movimiento de mujeres, de origen social muy diferente del de las primeras feministas, que reclaman su derecho a participar en el proceso político porque se lo han ganado con su contribución a la vida económica del país y porque han participado en el 17 de Octubre. En esta primera etapa se caracterizará por su falta de organización. El objetivo común de los varios grupos que surgen entonces, como la Agrupación Femenina María Eva Duarte de Perón, es obtener el voto como una reivindicación del gobierno de Perón. Eso afirma también Evita en sus discursos. Además de apuntar a un sector femenino muy específico, el peronista, explica el voto como una medida que forma parte del programa de justicia social de Perón, buscando movilizar a las mujeres en ese marco. Por otra

[352] *Idem.*
[353] *Democracia*, 7 de diciembre de 1946.
[354] *Democracia*, 11 de enero de 1947.
[355] *Democracia*, 28 de enero de 1947.
[356] *Ibid.*

parte, trata de demostrar también que la mujer está preparada para votar y de convencer a aquellos hombres dentro del peronismo que aún guardan prejuicios contra la participación de la mujer en política que deben deponerlos.

Es probable que hasta el conflicto por el voto femenino del año 1945 o las elecciones de 1946 Evita no hubiera pensado seriamente en el hecho de que las mujeres carecían de derechos políticos. Posiblemente el hecho de no poder votar por Perón le hizo ver la injusticia de esa situación. En *La razón de mi vida* no esconde que empezó a trabajar "en el movimiento femenino porque así lo exigía la causa de Perón"[357]. Pero a partir de 1947, se postula como la "abanderada" del voto femenino, propiciando también una mayor participación de la mujer en todos los aspectos de la vida del país. En los meses previos a su viaje a Europa recibe a varias delegaciones de mujeres peronistas que piden la sanción de los derechos políticos de la mujer. El 14 de abril de 1947, Día de las Américas, pronuncia un mensaje dirigido a las mujeres de América, exhortándolas a trabajar por la paz y la justicia social —como curiosidad, cabría señalar aquí que ésta es quizás la única alocución de Evita en la que no menciona ni una sola vez a Perón—[358]. En España, en un mensaje a las mujeres españolas predice que éste no será el siglo de las guerras mundiales o de la desintegración atómica, sino "el siglo del feminismo victorioso"[359]. Y en cuanto volvió de Europa, según el diputado Eduardo Colom, una de sus primeras preocupaciones fue saber cuándo se iba a votar el proyecto de ley en la Cámara de Diputados[360].

El acto con el cual la CGT celebró la promulgación de la Ley 13.010 dio ocasión para que tanto Perón como Evita pronunciaran discursos sobre el voto femenino. Evita habló primero, dirigiendo sus palabras a las "Mujeres de mi patria", con su voz nerviosa, de acentos rápidos, casi atropellados. "Recibo en este instante, de manos del gobierno de la Nación, la ley que consagra nuestros derechos cívicos. Y la recibo, ante vosotras, con la certeza de que lo hago en nombre y representación de todas las mujeres argentinas. Sintiendo jubilosamente que me tiemblan las manos al contacto del laurel que proclama la victoria. Aquí está, hermanas mías, reunida en la letra apretada de pocos artículos, una larga historia de lucha, tropiezos y esperanzas." No dejó de mencionar que fueron "las castas repudiadas" las que no le dieron el voto a la mujer y que el triunfo "ha sido posible en el ambiente de justicia, de recuperación y de saneamiento de la patria, que estimula e inspira la obra del gobierno del general Perón, líder del pueblo argentino". El resto del discurso fue dirigido a las mujeres que la escuchaban en la plaza. "Mis queridas compañeras", les dijo, la lucha ha sido ardua, pero hoy "victoriosas, surgimos conscientes y emancipadas, fortalecidas y pletóricas de fe en nuestras propias fuerzas". Les recordó que el sufragio da a las mujeres "una pesada responsabilidad. Es la responsabilidad de elegir. Mejor dicho de saber elegir...".

[357] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 263.
[358] *Democracia*, 15 de abril de 1947.
[359] *Democracia*, 16 de junio de 1947.
[360] Entrevista con Eduardo Colom.

En una velada alusión a las próximas elecciones, aseguró que así como los hombres supieron hacerlo al votar por Perón, las mujeres sabrán consolidar esa victoria. Estas tienen además una alta misión que cumplir: "Luchar por la paz. Pero la lucha por la paz es también una guerra. Una guerra declarada y sin cuartel contra los privilegios de los parásitos que pretenden volver a negociar nuestro patrimonio de los argentinos"[361].

En su discurso, Borlenghi recalcó que Perón era el único político que había cumplido con su promesa de dar el voto a la mujer y que ésta había encontrado al fin "la abanderada que le hacía falta para conquistar sus derechos, y así como la ciudadanía, así como los descamisados han encontrado al 'leader' en el Presidente de la Nación, así la mujer argentina después de tantos años de vivir huérfana de quien la condujera al triunfo, ha encontrado en la Señora María Eva Duarte de Perón, la verdadera 'leader' de sus reivindicaciones". Ni Borlenghi ni Evita ni Perón mencionaron a las feministas, a pesar de hablar vagamente de luchas pasadas. Al no referirse a aquéllas, dejaron de existir y a partir de entonces la versión peronista del sufragio redujo el largo proceso a Perón, pero sobre todo a Evita.

Los tres discursos tuvieron un mismo propósito: escribir una nueva historia, contextualizada por Perón, en la que Evita jugara un papel central. Cuando Perón puso la ley en sus manos, la ceremonia se transformó en el acto fundacional por excelencia para Evita, la contrapartida de los que había sido el 17 de Octubre. Así como Perón era Presidente de los Argentinos y el Líder de los Descamisados, ella sería la Abanderada de las mujeres, además de ser la Primera Dama y el Puente de Amor entre Perón y los Descamisados.

Unos días antes, el partido peronista había modificado sus estatutos para permitir la incorporación de la mujer. Esto indicaría que en un principio existió el proyecto de no formar una sección femenina diferente de la de los hombres, aunque ya en junio de 1946, cuando se estaba organizando el Partido Único de la Revolución, se hablaba de una comisión femenina que saldría de gira por las provincias para echar las bases de organizaciones integradas solamente por mujeres[362]. Pero Evita debe haber convencido a Perón de lo contrario, de la necesidad de mantener a los dos partidos separados, pues cuando las mujeres ingresaron masivamente en el peronismo, lo hicieron en el Partido Peronista Femenino, organizado y dirigido por Evita.

[361] *Democracia*, 24 de septiembre de 1947.
[362] *Democracia*, 10 de junio de 1946.

Capítulo IX

Actividad gremial

A principios, de 1948, era evidente que Evita ocupaba una posición relevante y a la vez insólita en el gobierno peronista, aunque no tuviera ningún cargo o título oficial.

Habían transcurrido menos de dos años desde aquel tiempo en que todavía insegura, había comenzado a concurrir a la oficina que le habilitó Nicolini en Correos y Comunicaciones. Acostumbrados a su capacidad de asombrarlos, sus familiares y amigos la miraban de todos modos admirados, viendo cómo se movía con toda naturalidad entre políticos, dirigentes sindicales y altos dignatarios. La nueva Evita, moldeada durante el viaje a Europa, no había desaparecido. Usa sombreros todavía —y algunos muy audaces—, pero su ropa, extremadamente elegante, es adecuada para la vida de trabajo que lleva. Conserva su gusto por las joyas, que le regalan permanentemente y le seguirán obsequiando hasta sus últimos días, amigos, dirigentes sindicales, funcionarios y gobiernos extranjeros.[363] Pero lo primero que impresionará a sus visitantes en el Ministerio de Trabajo o lo primero que recordarán sus colaboradores al hablar de ella, años más tarde, será siempre su belleza y sobre todo su piel, mate, y suave como la magnolia.

El viaje a Europa, con su pompa y sus fiestas, ha quedado muy atrás, pues ahora no hay duda alguna que prefiere ser "Evita", es decir, "puente tendido entre las esperanzas del pueblo y las manos realizadoras de Perón". No es extraño que así sea, pues como lo explica ella misma, "como Evita vivo una realidad que tal vez ninguna mujer haya vivido en la historia de la humanidad". En cambio "como Eva Perón represento un viejo papel que otras mujeres en todos los tiempos han vivido ya"[364].

Se levanta temprano, aunque menos que Perón, que madruga y para las siete de la mañana ya está trabajando en la Casa Rosada. Evita despierta a esa hora. Después de un desayuno rápido, Atilio Renzi, intendente de la residencia presidencial, mayordomo, amigo y colaborador de Evita en su obra social, está a su lado, recordándole sus compromisos y poniéndola al tanto de asuntos que han quedado sin resolver. Mientras tanto, Irma Cabrera, su ama de llaves,

[363] Cuando Evita volvió de Europa, según testimonio de Julio Alcázar, tuvo que hacerse cargo de tres valijas de joyas en vez de una. Véase "Historia del peronismo", *Primera Plana*, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1966, N° 208, p. 71.

[364] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 94.

prepara su ropa y una vez vestida, aparece Julio Alcaraz. Ya no le hace más los peinados complicados de los primeros tiempos, pues durante el viaje a Europa había comenzado a peinarla más sencillamente, para acomodar los infaltables sombreros de alas muy anchas. Ahora la peina con el pelo tirante hacia atrás, en un rodete alto, a pesar de sus resistencias a cambiar de peinado "pues se había acostumbrado a usar el pelo suelto"[365]. Junto con Alcaraz, venía Sarita, una manicura que trabajaba en el negocio de don Julio y que atendía a Evita desde hacía mucho tiempo. Le arreglaba las uñas diariamente pues Evita tenía la costumbre de quitarse el esmalte, en un gesto que seguramente buscaba calmar sus nervios, siempre tensos. Mientras los dos trabajaban, Evita charlaba con ellos y hablaba por teléfono con funcionarios para pedirles respuestas a los pedidos que había hecho o para asegurarse que los obtendría a su debido tiempo. A veces, entre llamadas telefónicas, discutía algún asunto con una persona a quien había citado en la residencia por no poder atenderla a ninguna otra hora.

Lilian Lagomarsino de Guardo ya no viene a buscarla para acompañarla. Las relaciones de su marido con Perón se habían enfriado y poco tiempo después de su retorno de Europa, Lilian, que no disfrutaba de la vida agitada que su relación con Evita le proporcionaba, se había retirado discretamente. Evita no trató de retenerla a su lado, ni buscó su compañía, como si no hubiera convivido con ella durante más de dos meses en Europa, o no hubiera necesitado de su ayuda en los primeros años. La sombra vigilante de Isabel Ernst tampoco está tan cerca de ella. Todavía trabaja en el Ministerio, pero pronto desaparecerá, pues sus conocimientos y sus servicios ya no son esenciales para Evita. Ahora, cuando tiene que ir a un acto, la acompañan Georgina Acevedo de Cámpora, cuyo esposo, Héctor J. Cámpora, ha reemplazado a Guardo como presidente de la Cámara de Diputados y es además interventor de la Junta Metropolitana del Partido Peronista, y Elena Caporale de Mercante, esposa del gobernador de la provincia de Buenos Aires, una mujer enérgica, que también ha emprendido una activa campaña de ayuda social en la provincia. Pronto vendrán otras dos colaboradoras, la eficiente Teresa Adelina Fiora, "Fiora", y Emma Nicolini, la joven hija de su viejo amigo.

Junto con sus acompañantes del día, en la planta baja de la residencia la esperaban a menudo numerosas personas. A eso de las nueve, cuando llegaba el momento de partir y su chofer acercaba el auto, si no había terminado de conversar con alguna persona, la invitaba a subir a su coche, para concluir la entrevista durante la trayectoria hacia "la Secretaría".

Entraba en el Ministerio de Trabajo por la calle Hipólito Yrigoyen y su presencia quedaba marcada por dos vehículos que permanecían estacionados frente al edificio a pesar del intenso tráfico de esa arteria. Subiendo rápidamente las escaleras, cruzaba un escritorio en el que trabajaba Isabel Ernst y luego entraba en su despacho. Más allá, estaba el salón de audiencias, un amplio recinto con las paredes cubiertas de roble americano, dominado por una enorme araña y dos grandes espejos. El escritorio de Evita, con su juego de

[365] "Historia del peronismo", *Primera Plana*, N° 208, p. 22.

cocodrilo marrón y un hermoso tintero de mármol y oro, estaba colocado frente a uno de ellos. Entre las tres ventanas, enmarcadas por pesados cortinados marrones, había dos bibliotecas-ficheros y en varios puntos del salón, sillones y dos sofás.



Evita despide a los niños pobres que salen de vacaciones, en el verano de 1948, encuadrados por la Fundación Eva Perón: es el nuevo estilo.

Allí la esperaban todos los días funcionarios del Ministerio y miembros del comité directivo de la CGT, entre los que se hallaba infaltablemente José Espejo. Cuando Evita entraba, su "¡hola muchachos!" recibía un respetuoso "¡buen día, Señora!", pues aunque ella acostumbraba a tutear a ministros, funcionarios y colaboradores, todos le hablaban de usted y para ellos era siempre "La Señora". Ya no insiste en ser Doña María Eva Duarte de Perón y pronto firmará simplemente Eva Perón, reservando su nombre, Evita, para sus familiares más inmediatos y los actos públicos en que se dirige a los descamisados, pues así la llama el pueblo.

Empieza entonces su trabajo diario con delegaciones sindicales. A veces son tantas, que cuando sus colaboradores se sienten desfallecer de hambre, recién se acuerda ella de almorzar. A las dos o tres, parte entonces hacia la residencia, donde alcanza a ver a Perón, quien metódico como siempre, o bien está terminando de almorzar y se prepara a descansar o se levanta de la siesta. Evita almuerza rápidamente y a eso de las cinco está de nuevo en el Ministerio. Los corredores del edificio se han llenado de gente que tiene una audiencia con

ella y dedica el resto de la tarde a lo que la prensa llama su "Cruzada de Ayuda Social". Algunas veces se va porque tiene que asistir a un acto organizado por un sindicato o acompañar a un dignatario, pero vuelve y allí se queda hasta atender a la última persona, pudiendo ser las nueve, las diez o las once.

En 1948, Evita dedica poco tiempo a las mujeres peronistas, pues aunque ya el voto femenino ha sido sancionado por las dos Cámaras, todavía no ha comenzado a organizar el Partido Peronista Femenino. A pesar de que la creación y la conducción del partido le absorberán parte de su tiempo, exigiéndole un esfuerzo mayor, ella se las arreglará para que las tareas que desempeña en el Ministerio de Trabajo junto a los obreros o en el campo de la asistencia social no sufran por ello y el centro de su vida continuará en esas dos pequeñas oficinas y en el salón de audiencias.

Teóricamente, las funciones que cumplía Evita en esa época en el Ministerio pueden ser claramente separadas en dos campos distintos, el gremial y el de la asistencia social. En principio hasta tenía horarios distintos para uno y otro, pero en la práctica resulta muy difícil hacerlo pues ella no siempre mantenía esa división. Ambos parecen íntimamente unidos desde su punto de vista, ya fuera porque sus tareas gremiales y de ayuda social nacieron simultáneamente y solamente se fueron diferenciando con el tiempo, o porque desde un primer momento ella concibe lo que llamaba su "trabajo con los humildes" como un complemento de la política social de Perón. Es de señalar, por otra parte, que la amplitud que cobró el programa de asistencia social dirigido por Evita a partir de 1949 tendió a diluir el significado de su actividad gremial, principalísima durante los primeros años y la base real de la influencia que fue adquiriendo con el tiempo.

En término generales, el trabajo gremial de Evita consistía en recibir a delegaciones de obreros, servir de intermediaria para la obtención de servicios sociales o reivindicaciones, a veces tomar parte en las negociaciones de contratos colectivos de trabajo, sobre todo a partir de 1948, y siempre que Perón no pudiera estar presente, representarlo en actos organizados por la CGT o cualquier sindicato. En estos casos, Evita iba acompañada por el edecán de turno, que era en realidad el representante requerido por el protocolo, pero mientras él permanecía silencioso, la que pronunciaba los discursos en nombre de Perón era Evita.

Todas las mañanas recibía delegaciones que llegaban hasta ella con diversos propósitos. Algunas estaban formadas por obreros del interior de la República que estaban en la capital para un congreso sindical y simplemente venían a saludarla. En muchas ocasiones, especialmente en este período, venían a traerle pedidos para que ella actuara en su favor. Así por ejemplo, el 7 de enero de 1947, un grupo de maestras de Santa Fe la visitaron para pedir la oficialización de establecimientos docentes de la provincia; el 24 de enero de 1947, unos obreros de la comuna de Rosario dejados cesantes solicitaron su ayuda para ser reincorporados; el 31 de ese mismo mes la Unión de Obreros Municipales requirió su apoyo para conseguir la normalización de su gremio, y el 1 de febrero de 1947, obreros de la Federación del Transporte Automotor y

del Automóvil Club de Mar del Plata fueron a explicarle los conflictos que afectaban a sus gremios y solicitar su pronta resolución. El 2 de febrero de 1947, una delegación de Santiago del Estero le trajo un memorial de los obreros de la Corporación del Caucho, de Ovicultores y Tejeduría Doméstica, con pedidos de viáticos, salarios mínimo y familiar y reclamos porque los patrones no cumplían con la jornada de ocho horas para los hombres y de seis para las mujeres; el 4 de mayo de 1948, un grupo de maestros de San Luis pidió su ayuda para obtener aumento de sueldos; entre las delegaciones que atendió el 7 de enero de 1947, la Sociedad Gremial de Vareadores la visitó para agradecerle su gestión ante el Jockey Club ya que había obtenido 50.000 pesos para la compra de un terreno donde construirían su sede, y el 10 de mayo de 1948, recibió a un grupo de pescadores de Mar del Plata y Necochea que venía a agradecer su ayuda en la rápida solución "de la falta de combustible para sus lanchas en plena temporada del Magrú"[366].

Otras delegaciones venían a invitarla para la inauguración de alguna obra construida por un sindicato y para la cual ella había prestado su apoyo o para que asistiera a una reunión de un congreso sindical. El 23 de junio de 1948, un grupo de la Unión Ferroviaria la invitó a la ceremonia de clausura de su congreso; el 2 de julio de 1948, representantes de obreros fideeros requirieron su presencia en una sesión de su congreso; el 23 de julio de 1948, obreros de los frigoríficos Swift y Armour la invitaron a un acto; lo mismo hicieron delegados del Sindicato de la Industria Licorista, el 10 de agosto de 1948; el 16 de setiembre de 1949, el secretario del Sindicato de Obreros Curtidores encabezó una delegación que solicitó su presencia en un acto que tendría lugar en Avellaneda, y el 5 de octubre de 1949, obreros del Astillero Central del Ministerio de Obras Públicas vinieron a convidarla para la botadura de una barcaza.

En algunos casos, las delegaciones venían a pedir ayuda para solucionar problemas como la obtención de medicamentos. El 3 de octubre de 1947, un grupo le pidió tres gramos de estreptomicina para un compañero enfermo. Ese mismo día, unos jubilados solicitaron su gestión para que les aumentaran los haberes.

En 1948, Evita ya recibía también un gran número de delegaciones gremiales que no llegaban hasta ella con ningún pedido específico sino para entregarle donaciones de sindicatos o agrupaciones para lo que en un principio se llamó "Cruzada de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón" y luego sería la Fundación Eva Perón. Por lo general, eran donaciones en efectivo, pero las había también en estreptomicina, zapatos, dulces, azúcar, etc. El 1 de octubre de 1948, recibió una delegación que le regaló 100 páginas fotográficas y representantes de la Asociación de Hoteles de Mar del Plata que le ofrecieron la estadía durante 10 días para 300 escolares y 300 acompañantes.

[366] *Democracia*, 11 de mayo de 1948. Toda la información referente a la actividad de Evita aparecía diariamente en una columna de *Democracia*. También puede consultarse *El Líder*.

En las proximidades del 1º de Mayo o del 17 de Octubre, las delegaciones que pasaban por las oficinas de Evita en el Ministerio se hacían mucho más numerosas, pues venían en grandes contingentes para los actos que organizaba la CGT. Las entrevistas tenían lugar en el salón de audiencias del Ministerio. Por lo general asistían a éstas funcionarios del Ministerio, según el problema a tratar, el ministro Freire, y además representantes de la comisión directiva de la CGT. Cuando las delegaciones venían a entregarle donativos, se hacía presente el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo. El número de grupos que Evita recibía diariamente variaba. A veces eran solamente media docena, pero había días que llegaban a cerca de cuarenta: el 30 de setiembre de 1947 fueron ocho; el 1 de octubre, treinta; el 7 de julio de 1948, diecisiete; el 8 de julio de 1948, otra vez diecisiete; el 1 de octubre de 1949, treinta y tres, y el 5 de octubre de 1949, catorce. Entre los múltiples ejemplos que podríamos tomar, *Democracia* publicaba diariamente la lista de las delegaciones y el motivo de las entrevistas. Veamos dos. El 15 de setiembre de 1947, Evita recibió a representantes del Sindicato de Obreros del Gas de la Provincia de Buenos Aires, de la Comisión Directiva del Sindicato de Luz y Fuerza, de la Agrupación Telefónica Peronista de La Plata, de la Asociación Profesional de Capitanes y Prácticos de Cabotaje, de la Asociación Obrera Textil, del Sindicato de Conductores de Taxis, del Sindicato Argentino de Maestros, del Sindicato del Personal de YPF, de la Comisión Interferroviaria de Empleados Administrativos, del Sindicato Gastronómico de la Capital, del personal del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública con un petitorio dirigido a la Cámara de Diputados en el cual se solicitaba aumento en las partidas de fondos sobrantes en el presupuesto de 1947, mejores sueldos y escalafón para el personal de servicio y maestranza, del Sindicato de Obreros de la Carne de Rosario y del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor. El 31 de mayo de 1948, Evita recibió a representantes del Sindicato Argentino de Músicos que le entregaron una donación de 2.000 pesos, de la Asociación de Empleados de Molinos Harineros y Anexos para agradecerle su cooperación en la firma de un contrato colectivo de trabajo, de la Unión Gastronómica de La Plata que le dio 2.000 pesos para su Obra Social, de la Asociación del Personal de Grandes Despensas Argentinas, de empleados de la Oficina Fiscalizadora de los Puertos de la Aduana de la Capital que vinieron a invitarla a un acto en su honor y en el de Perón, del Sindicato Obrero de Oficios Varios de General Paz, provincia de Corrientes, del Centro de Empleados de Comercio de Villa Guillermina, provincia de Santa Fe, del Sindicato de Conductores de Taxis, del Sindicato de Profesores de Enseñanza Media, Normal y Técnica de Rosario, del Sindicato Obrero de Caseros, Quinteros y Jardineros de la provincia de Buenos Aires, de la Federación Obrera Lanera Argentina, de la Asociación de Serenos de Buques del Puerto de la Capital, del Sindicato de Obreros Curtidores, del Sindicato de Obreros del Jabón y Anexos de la provincia de Buenos Aires, del Sindicato de Obreros Jaboneros de la Capital, la comisión directiva de la CGT y los interventores de los gremios telefónicos en todo el país.

Evita entraba al salón de audiencias, donde la esperaban las delegaciones, desde su oficina privada. Con pasos cortos y decididos, se dirigía

a uno de los grupos: "¿Hola, qué tal muchachos?". Mientras sonreía, su mirada recorría uno a uno a sus interlocutores para fijarlos en su mente o para tratar de recordar si los había visto en otra oportunidad. Su extraordinaria memoria le permitía reconocer rápidamente a los que ya conocía, aunque hubiera pasado mucho tiempo o el encuentro hubiera tenido lugar fuera del Ministerio de Trabajo. Si no conocía a nadie, la conversación comenzaba en tono formal y un poco forzado, pero paulatinamente, dirigiéndose a cada miembro de la delegación, Evita disipaba las tensiones al entremezclar las cuestiones de trabajo con preguntas más personales. A su lado, los funcionarios del Ministerio tomaban nota de las quejas y de los pedidos, resolviéndose muchas veces en el acto lo que de otra manera difícilmente habría podido llegar hasta las autoridades competentes.

Evita pasaba casi todas las mañanas en estas entrevistas, que se prolongaban frecuentemente en la tarde y que después de su inevitable discurso terminaban generalmente con el grupo posando para una fotografía. Si los miembros de las delegaciones eran pocos, recibía a varias juntas. Se movía de una a otra, deteniéndose todo el tiempo necesario, sin apresuramientos. A veces, cuando comenzaba a cansarse y había una silla a mano, apoyaba una rodilla para descansar un poco, pero seguía conversando como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante.

En muchas ocasiones, las delegaciones eran numerosas y eso se debía a que había algún congreso sindical en Buenos Aires o que un gremio celebraba la firma de un contrato de trabajo. A partir de 1948, Evita no asistía solamente a la firma del convenio sino que a veces también tomaba parte en las negociaciones, enterada de los detalles necesarios y de los antecedentes de cada caso por los funcionarios del Ministerio y los dirigentes gremiales. En el mes de setiembre de 1948, un paro de empleados de comercio terminó en una manifestación frente al Ministerio de Trabajo para pedir el cumplimiento del contrato de trabajo recientemente firmado en todo el país. La medida había sido tomada frente a resistencias patronales y el acto frente al Ministerio tenía como objetivo pedir la intervención de Evita en las negociaciones. Una delegación se entrevistó con ella y con funcionarios del Ministerio. Según lo consignó *Democracia*, Evita explicó que había "seguido atentamente las alternativas del convenio de los empleados de comercio y a solicitud de la confederación general que los agrupa y de los numerosos telegramas que he recibido en tal sentido he tratado con todo empeño de hallarle una solución. He pedido a los señores industriales una reunión para que esta tarde quede resuelto lo que interesa a los empleados de comercio... Cuando trajeron a mi conocimiento el asunto, consideré que era petitorio justo y que había sido sostenido con una disciplina que enaltece al gremio de empleados de comercio. Estas luchas son a veces necesarias para que los trabajadores se mantengan alertas, pues los antiperonistas siguen actuando emboscados, pero deben tener la seguridad de que mientras el general Perón esté en la casa de Gobierno, la justicia social se

cumplirá inexorablemente"[367]. El conflicto se solucionó esa misma noche favorablemente para los empleados de comercio.

Cuando se celebraba la firma de un convenio colectivo y el público era muy numeroso, el acto se hacía en el salón de actos del Ministerio de Trabajo. Así por ejemplo, el 26 de mayo de 1948 hubo un acto para marcar la firma de un contrato de trabajo que afectaba a más de 100.000 obreros de la industria de la alimentación por el término de un año a partir del 1 de mayo. El convenio establecía "clasificaciones para todas las ramas de la industria, sueldo mínimo y aumentos por antigüedad, subsidios por nacimientos, fallecimientos y casamientos", y condiciones de trabajo[368]. Contenía además una cláusula especial, que en los años siguientes se hará cada vez más común. Ese artículo indicaba que los trabajadores comenzarían a cobrar los aumentos a partir del día 16 y que los industriales entregarían la diferencia de los jornales acumulados entre el 1 y el 15 al sindicato para que éste a su vez lo donara a la "Obra Social Doña María Eva Duarte de Perón". Evita asistió al acto acompañada por el edecán presidencial, capitán de corbeta Lisandro Yanzi Oro; el ministro de Trabajo, el secretario general del Sindicato de la Alimentación, Raúl Costa, y José Espejo. Estaban también presentes representantes del sector patronal, y como de costumbre Evita pronunció un discurso.

Como parte de su trabajo con delegaciones sindicales, todos los miércoles por la tarde Evita acompañaba a los miembros del secretariado de la CGT a la Casa de Gobierno, donde tenían una entrevista semanal con Perón para discutir problemas gremiales. A veces, iban también delegaciones de obreros con pedidos especiales. El 29 de enero de 1947, Perón recibió a una delegación de obreros de la carne de Rosario que solicitó su ayuda para obtener recursos para la construcción de una sede social y de un policlínico para afiliados y familiares —Perón prometió su colaboración y recomendar el pedido favorablemente al Ministerio de Obras Públicas—. El 21 de julio de 1948 conversó con un grupo de delegados que habían asistido a la Conferencia Internacional del Trabajo celebrada en San Francisco. Cuando la entrevista servía para informar a Perón de las resoluciones tomadas en una asamblea nacional de un gremio y la delegación era muy numerosa, Evita también asistía. Pero por lo general, solamente acompañaba a las delegaciones hasta la Casa de Gobierno y permanecía en una oficina cercana. Por otra parte, los pedidos de audiencias especiales con Perón se hacían por intermedio de Evita.

Su actividad gremial se completaba con visitas a fábricas para ponerse en contacto con obreros que no tenían la oportunidad de ir al Ministerio de Trabajo. Así por ejemplo, el 24 de enero de 1947, visitó la Fábrica Fármaco Argentina; el 4 de febrero de 1947, la Fábrica Siam; el 11 de ese mismo mes, los Talleres Tamet, en Avellaneda, donde pronunció un discurso exhortando a los obreros a contribuir al cumplimiento del Plan Quinquenal, y el 21, la Fábrica de Jabones Delbene Hermanos. En estas ocasiones, como también durante sus frecuentes viajes al interior de la República para asistir a actos patrocinados por

[367] *Democracia*, 13 de diciembre de 1948.
[368] *Democracia*, 27 de mayo de 1948.

la CGT, Evita mantenía reuniones con grupos de obreros y conversaba con ellos como lo hacía en el Ministerio de Trabajo y Previsión.

Los ejemplos citados hasta ahora se refieren principalmente a los años 1947 y 1948, pero podrían haber ocurrido en los años siguientes. El esquema de actividad gremial de Evita se mantiene constante hasta mediados de 1951, con la diferencia que a partir de 1949, el número de delegaciones que viene a pedir su cooperación para solucionar conflictos disminuye, mientras aumentan las que van a ofrecerle donaciones para la Fundación Eva Perón y también el monto de éstas. El 17 de febrero de 1950, la Unión Obrera del Calzado le dio 431 pares de zapatos y el Sindicato del Personal del Instituto de Previsión Social le entregó un cheque por 219.999,60 pesos; el 19 de mayo de 1950, la Junta Intersindical de la Carne le dio 22.899,20 pesos y el Sindicato de los Obreros de la Industria Aceitera, 100.000 pesos; el 30 de junio, los empleados de la Dirección General Impositiva le entregaron 130.209,43 pesos, y el 31 de julio, una delegación del Sindicato Argentino de Prensa, 250.000 pesos. En un solo día, el 7 de agosto de 1950, Evita recibió una donación de 337,500 pesos de Fabricantes de Soda de la Capital Federal, 20.371 pesos del Sindicato Argentino de Trabajadores de Moliendas Mineras y Afines, 1.500 pesos del Centro Camioneros y Afines de Noentinger, Córdoba, y 3.500 metros cúbicos de arena de un grupo de concesionarios de arena y barcos areneros.

Confirmando lo que decía en muchos de sus discursos, en *La razón de mi vida* Evita describe sus funciones gremiales como la continuación de las actividades y del estilo de Perón cuando era solamente secretario de Trabajo. En el Ministerio, que ella insistirá en llamar "la Secretaría", explica que encontró "todo en marcha; un estilo y una técnica para tratar y resolver los problemas gremiales; el estilo y la técnica del coronel Perón. Yo no he hecho otra cosa que seguir sus huellas...". El principio que guiaba sus actos era lo que describe como "el concepto justicialista del trabajo". Lo define de la siguiente manera: "El objeto fundamental del Justicialismo en relación con el movimiento obrero es hacer desaparecer la lucha de clases y sustituirla por la cooperación entre el capital y el trabajo.

"El capitalismo, para darle todo el capital, explota a los trabajadores.

"El comunismo, para solucionar el problema, ideó un sistema de lucha que no terminará sino cuando haya una sola clase social; pero a esto se llega por la destrucción, que es efecto de una lucha larga, y sin cuartel, entre capital y trabajo.

"No queremos una sola clase proletaria sino una sola clase de hombres desproletarizados que vivan y trabajen dignamente... No queremos que nadie explote a nadie; y nada más."

Evita reconoce que ella no podía seguir este principio al pie de la letra. "Casi siempre para mí la justicia está un poco más allá de la mitad del camino..."

"¡Más cerca de los trabajadores que de los patrones!

"Es que para llegar a la única clase de argentinos que quiere Perón, los obreros deben subir todavía un poco más, pero los patrones tienen mucho que bajar.

"Lo cierto es que yo, que veo en cada obrero a un descamisado y a un peronista, no puedo ver lo mismo, si no está bien probado, en un patrón.

"Soy sectaria, sí. No lo niego; y ya lo he dicho. Pero ¿podrá negarme alguien ese derecho? ¿Podrá negarse a los trabajadores el humilde privilegio de que yo esté más con ellos que con sus patrones?

"¡Si cuando yo busqué amparo en mi amargo calvario, de 1945, ellos, solamente ellos, me abrieron las puertas y me tendieron una mano amiga!

"Mi sectarismo es además un desagravio y una reparación. Durante un siglo los privilegios fueron los explotadores de la clase obrera. ¡Hace falta que eso sea equilibrado con otro siglo en que los privilegiados sean los trabajadores!"[369].

Como se recordará, el propósito inicial de los encuentros de Evita con delegaciones sindicales, o de sus visitas a fábricas, había sido mantener el contacto de Perón con los obreros a través de su mujer, o sea, la persona que más cerca se hallaba de él. Las actividades gremiales de Evita aparecían como un ejemplo más de la preocupación de Perón por el bienestar de los descamisados, que contaban además con una legislación protectora de sus intereses de clase, mejoras económicas, un nuevo sentido de dignidad y orgullo, una central obrera reconocida y amparada por el Estado y hasta un Ministerio de Trabajo encabezado por un obrero. Pero Evita demostró pronto tener un talento inusitado para sus tareas gremiales. Disfrutaba enormemente de lo que hacía; el tiempo no transcurría cuando estaba reunida con delegaciones gremiales; era eficiente; no le importaba repetir una y otra vez que era necesario producir más o que el Plan Quinquenal debía cumplirse y sus auditorios respondían a sus exhortaciones con demostraciones de entusiasmo. Además, su trabajo tenía resultados provechosos para Perón. Por medio de sus contactos diarios con los gremios, Evita iba conociendo a dirigentes intermedios que se postulaban como peronistas y que ya en 1948 son los candidatos que Perón apoya para reemplazar a los líderes sindicales con tendencias autonomistas. En momentos en que subsistían todavía numerosas disensiones entre los partidarios del gobierno, Evita impedía que las divisiones se hicieran más profundas. Tanto con sus actos como con sus discursos, impulsaba la peronización de los sindicatos. Recordaba a sus auditorios que "el coronel" había emprendido la defensa de los trabajadores y que el bienestar de éstos era su constante preocupación. El Ministerio de Trabajo seguía siendo la Secretaría, "un ambiente grato para todos los trabajadores argentinos, porque desde aquí el coronel Perón encendió la luz de la justicia social, ignorada durante tantos años. Aquí fue donde un hombre tomó la bandera de la reivindicación de los humildes, para luchar porque se diera a la masa trabajadora todo aquello a lo que justamente tenía derecho y que le había sido negado sistemáticamente

[369] Eva Perón, *La razón de mi vida*, ps. 122-123.

durante decenas de años"[370]. En todas las circunstancias, recomendaba a los obreros que se unieran en torno a Perón y no permitieran que la "política" entrara en los sindicatos. El 31 de mayo de 1947, en una de sus visitas a una fábrica, pronunció el siguiente discurso: "Cuando Perón subió al gobierno, existía un régimen sordo e inhumano y esa máquina todavía no la hemos podido desmontar del todo, pero tengan ustedes el convencimiento de que paulatinamente lo haremos y de que la justicia social que abrazara el general Perón se cumplirá inexorablemente, cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

"Mi labor es muy pequeña, pero le dedico a ella todo mi corazón de mujer para que haya un poco más de justicia y de alegría en los hogares desheredados. Eso es lo que faltaba en los gobiernos anteriores, porque se actuaba sin cariño, fríamente y a veces pensando solamente en el bolsillo.

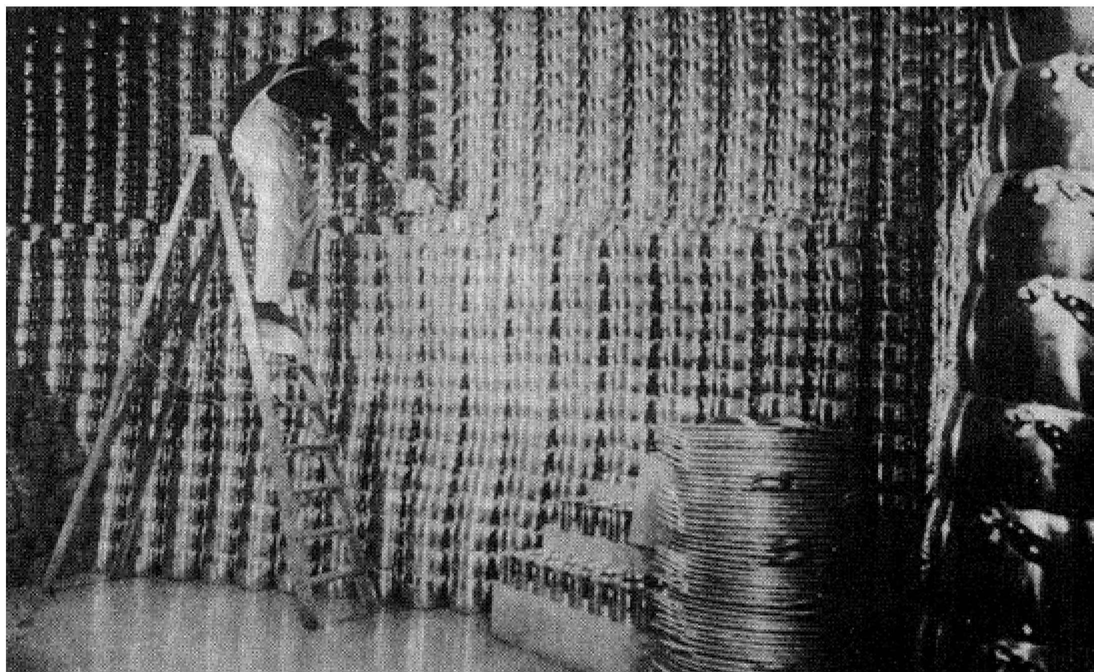
"Nosotros estamos luchando por un ideal y una bandera, que son ustedes mismos. Por eso debemos siempre tener presente que no debemos seguir otra bandera que la azul y blanca, que no debemos cantar otro himno más que el nuestro, y que no debemos vitorear a ningún extranjero cuando hay un general de la Nación que lucha y se sacrifica por todos los trabajadores. Si algún día los malvados, los traidores, los vendepatrias llegaran al poder, ello sería la ruina y la desgracia de toda la patria. Debemos cuidarnos de los enemigos agazapados; debemos luchar para no caer en la lacra más grande de la sociedad, que es el comunismo, y debemos luchar para que el mismo no exista entre nosotros"[371].

En estos primeros años una de las constantes de los discursos de Evita era la lealtad que los obreros le debían a Perón y cuyo ejemplo era la actitud de Mercante durante la crisis de octubre de 1945. En enero de 1947, por ejemplo, durante un acto para celebrar la firma de un contrato de trabajo, Evita saludó a los obreros reunidos en el recinto de Trabajo y Previsión en nombre de Perón, les pidió unidad, pues no "puede haber traidores dentro de las filas del peronismo", y que levantaran "la bandera de la lealtad, que es la bandera de Mercante"[372]. En un período de transición como era éste, Evita reforzaba la identificación de los trabajadores con Perón, recalcaba la comunidad de propósitos y establecía la continuidad del pasado con el presente.

Por su parte, los obreros veían que la actividad de Evita tenía el respaldo de Perón y en momentos en que el movimiento obrero organizado crecía a pasos agigantados, había todavía numerosos conflictos con grupos que se oponían a la peronización de los sindicatos, subsistían las resistencias patronales ante los avances laborales y el Ministerio de Trabajo estaba en pleno proceso de organización, tendían a buscar su apoyo y su colaboración. Sabían que las burocracias, ya fueran del Ministerio de Trabajo peronista o de cualquier otra repartición, son lentas y que Evita —se lo había demostrado en numerosas oportunidades— era la que podía arrasar con cualquier impedimento. Su presencia les facilitaba trámites, resolvía escollos y producía

[370] *Democracia*, 27 de mayo de 1948.
[371] *Democracia*, 1 de junio de 1947.
[372] *Democracia*, 30 de enero de 1947.

resultados concretos y rápidos, pues solamente ella, por ser quien era y tener el aval de Perón, tenía acceso directo a las más altas autoridades.



Decenas de miles de cacerolas para los pobres.

Desde el punto de vista de los obreros, la función de Evita en este período, como en años posteriores, consistía en facilitar la organización de nuevos gremios, agilizando el papeleo en el Ministerio de Trabajo, respaldar a los sectores peronistas en todo conflicto gremial y asegurar que pudieran construir sus sedes sindicales, sus clínicas y proveedurías como querían hacerlo, consiguiendo para ello subsidios, materiales o mano de obra para su construcción u operación; propulsar sus escuelas de capacitación, recomendar el nombramiento de gremialistas al Parlamento; en las negociaciones previas a la firma de un convenio colectivo de trabajo, apoyar las demandas por mejores escalafones, mayores seguros contra accidentes, vacaciones, licencias extraordinarias, etc. Finalmente, por intermedio de su Obra de Ayuda Social y sobre todo una vez que organiza la Fundación Eva Perón, construir hoteles, hospitales, colonias de vacaciones y barrios de viviendas obreras para ellos y sus familias.

La actividad de Evita, tanto en esta época como en años posteriores, constituyó muy probablemente un factor irritativo para que se activaran los expedientes que ella pedía o se diera prioridad a lo que ella deseaba. Por otra parte, también es posible que en este caso frenara la burocratización de esa repartición, en momentos en que los trabajadores más necesitaban de un organismo ágil. Si a partir de 1946, el gobierno peronista estaba dispuesto de todos modos a extender y ampliar a otros sectores los beneficios sociales que Perón había obtenido para los sindicatos más antiguos y poderosos desde la

Secretaría de Trabajo, poco importa, pues por su acción desde el Ministerio de Trabajo, Evita poco a poco se transformó en el reaseguro para que los trabajadores viesen sus reivindicaciones cumplidas e incrementadas. Cierto es que ella logró hacerlo en un período en que las condiciones económicas eran todavía muy favorables y esta circunstancia seguramente influyó para que ella pudiera cumplir su cometido. La falta de datos no permite evaluar en qué medida Evita contribuyó realmente a incrementar los beneficios sociales y materiales de los trabajadores, pero a partir de 1948, tanto la CGT como numerosos dirigentes sindicales y sobre todo las bases, actúan como si las conquistas que obtienen se debieran fundamentalmente a la cooperación de Evita. Se siente representados y defendidos por ella. Es su mediadora, su "plenipotenciaria" como muy pronto se llamará a sí misma. Su aceptación como tal ya es aparente ese mismo año pues es la primera vez que, junto con Perón, habla desde los balcones de la Casa Rosada en las dos fiestas del movimiento obrero organizado, que son también las fiestas peronistas por excelencia: el 1º de Mayo y el 17 de Octubre.

Capítulo X

El Partido Peronista Femenino

A mediados de 1949, las funciones que Evita desempeñaba en el gobierno peronista ya estaban claramente delineadas: era la delegada y la intérprete de Perón ante los descamisados, "la plenipotenciaria" de éstos ante el líder, "la abanderada de las mujeres y de los humildes" por su obra social y ese año se convertiría en la presidenta del Partido Peronista Femenino.

En el mes de julio, el Partido Peronista celebró una reunión en el Luna Park para echar las bases de su organización definitiva y seis mil delegados, de los cuales mil eran mujeres, se hicieron presentes para oír un discurso de Perón. Al día siguiente, el 26 de julio, las mujeres abandonaron a los hombres en el Luna Park y se trasladaron al Teatro Nacional Cervantes para escuchar a Evita y luego proclamarla presidenta del Partido Peronista Femenino.

El discurso que Evita pronunció en esta ocasión, prolongado y por momentos ampuloso, tenía el propósito de explicar las razones por las cuales las mujeres debían formar un movimiento político, cuál sería su contenido ideológico, los principios que guiarían su acción y qué objetivos tendría. Según Evita, las mujeres debían organizarse políticamente porque ellas también formaban parte de los sectores que habían sido explotados durante muchos años, más precisamente hasta la Revolución del 4 de junio. Después de describir los males que aquejaban a los trabajadores en ese período en que reinaba la injusticia social, subrayó que la mujer era "doblemente víctima en todas las injusticias. En el hogar sufría más que los suyos, porque toda la miseria, toda la desolación, todos los sacrificios los monopolizaba ella para evitárselos a sus hijos. Llevada a la fábrica, sufrió toda la prepotencia patronal... Y como si fuera poco, el destino le deparaba un sufrimiento más. Descubierta por el industrial como fuerza de trabajo, transforma la mujer laboriosa en la competidora de su propio hermano, realizando, por imposición de las circunstancias y las necesidades de llevar el sustento al hogar, los mismos trabajos, pero con salario menor[373].

La situación solamente comenzó a cambiar cuando el coronel Perón emprendió una lucha sin cuartel "contra los privilegios oligárquicos". El triunfo

[373] Esta cita, así como todas las otras referentes al discurso que pronunció Evita en el Teatro Cervantes, han sido extraídas de un folleto titulado: *Discurso de Eva Perón en el acto inaugural de la primera asamblea nacional del Movimiento Peronista Femenino* (Buenos Aires, 26 de julio de 1949).

de la justicia social trajo aparejado el bienestar de la mujer y el reconocimiento de sus derechos políticos, tan injustamente negados hasta ese momento, explicó Evita. Siendo como es "la fuerza moral" del pueblo, la mujer tiene la obligación de integrarse a la lucha por la defensa de un gobierno que tantos beneficios ha dado a los argentinos. Para cumplir con este cometido, la mujer debe organizarse, pero ello no quiere decir que deba elegir un camino propio, separado del que ha trazado Perón para el país. Su organización debe enmarcarse dentro de los objetivos señalados por él. El justicialismo y la Tercera Posición, solución para el país y "para el mundo entero", deben serlo también para el movimiento femenino.

El principio fundamental del Partido Femenino debe ser la unidad en torno a la doctrina y la persona de Perón, aclaró Evita. Toda ambición personal debe ser puesta de lado pues atenta contra la unidad y por lo tanto contra el pueblo, es decir, contra Perón. La característica insustituible de esa unidad es "la más estricta fidelidad a la doctrina, la obra y la personalidad del General Perón, que corresponde a la manera más completa de identificarse con la revolución, porque nuestro movimiento se inspira teórica y doctrinariamente en la palabra de Perón y se alimenta prácticamente de su obra de gobernante. Para la mujer ser peronista es, ante todo, fidelidad a Perón y confianza ciega en Perón". Las mujeres peronistas sólo pueden tener un líder, un objetivo y un camino. "Nuestro Líder único es el General Perón, espíritu y brazo de un pueblo que ha reiterado su voluntad de ser económicamente libre, socialmente justo y políticamente soberano. El objetivo único es la felicidad de todos los que trabajan, condición esencialísima para la grandeza de la Patria, porque no hay patria grande donde no alienta un pueblo feliz. Y el camino único que se ofrece a las mujeres peronistas, en la plenitud del goce de sus derechos políticos, es la organización y la unidad del movimiento femenino peronista, al servicio del Líder y de la nación."

Evita atribuyó al Partido Peronista Femenino un cometido especial dentro del peronismo, extender y popularizar la obra del líder e inculcar la doctrina en los niños. Por ser la mujer "mejor depositaria que el hombre de los valores espirituales y más accesible a las buenas costumbres por su diferente condición biológico-social, es el pilar sobre el que descansa la sociedad para asegurarse una buena formación psicológica y moral del niño, eliminando sus complejos y contribuyendo a la educación del carácter". Además, es "la depositaria del sentido común de la especie, porque gravita sobre ella la responsabilidad de perpetuarla y la naturaleza le ha dado un sentido común superior al que pueda exhibir el hombre". Para cumplir con su cometido, prosiguió, la mujer debe estudiar la doctrina peronista, la obra de Perón y los objetivos por los que él lucha y cubrir el país de ateneos, que serán las unidades básicas.

Las mujeres están perfectamente capacitadas para emprender la lucha política, recalcó enfáticamente. Reclaman su puesto en ésta no como un honor, sino como un deber que se ganaron el 17 de octubre de 1945. Evita terminó su exposición con una larga disquisición sobre la Tercera Posición y la

contribución que pueden hacer las mujeres a la paz mundial, o formando su solidaridad con todas las mujeres del mundo y reiterando "nuestra profesión de fe en la doctrina del Líder, nuestra ilimitada confianza en la acción del Conductor, y nuestra total identificación con el programa, la política y la concepción social del General Perón".

El discurso de Evita, que fue recibido con gran entusiasmo por las delegadas, no dejaba lugar a dudas: el Partido Peronista Femenino tendría un solo líder y una sola doctrina, pero también tendría una única dirección: la suya. Con ello dejaba asentado que debían desaparecer todos los grupos que se habían ido formando, como el Centro Femenino María Eva Duarte de Perón, la Unión Femenina Peronista, la Asociación Peronista pro-Derechos Políticos de la Mujer y Protección del Niño, etc., para unirse todos en una agrupación bajo su presidencia. Y así sucedió.

Poco después de la reunión del Teatro Cervantes, Evita comenzó a seleccionar personalmente un grupo de veintitrés mujeres a las que llamó delegadas censistas porque su función era ostensiblemente levantar en todo el país un censo de las mujeres peronistas susceptibles de ingresar en el partido, pero en verdad, después de haber realizado ese levantamiento, su cometido era organizar unidades básicas y ponerlas en funcionamiento. Cada una de ellas era responsable por una provincia, pero las había también para los territorios y una para la Capital: Catalina Alien (Buenos Aires), Luisa Komel (Santa Fe), Juana Larrauri de Abrami (Entre Ríos), Celfa Argumedo de André (Corrientes), Elsa I. Chamorro Alamán (Córdoba), María Evangelina Renard (Santiago del Estero), Blanca Elena de Rodríguez (San Luis), Teresa G. Gibelli (Mendoza), Trinidad Coronel (San Juan), Delfina de Molina (Catamarca), Juana María Acordo Beraza (La Rioja), Ana C. Maco (Tucumán), Hilda Nélida Castañeira (Salta), María Isabel C. de Parravicini (Jujuy), María Isabel de Solveyra Casares (Chaco), Susana Míguez (Chubut), Sara Rodríguez Alderete (Formosa), Matilde Dora Gaeta de Iturbe (La Pampa), Elena Aída Fernícola (Misiones), Clementina A. Palumbo (Neuquén), María Rosaura Isla (Río Negro) y Ana María García Ronzio (Santa Cruz)[374]. Por la Capital Federal, Evita nombró delegada a Teresa Adelina Fiora, una joven que dirigía en aquel entonces la Escuela de Enfermeras de la Fundación Eva Perón. Desde hacía casi un año, colaboraba estrechamente con Evita en su obra social y era persona de su entera confianza. Dinámica, llena de vida y entusiasmo, Fiora fue la encargada de poner en marcha el partido en Buenos Aires, inaugurando la sede metropolitana el 29 de octubre de 1949. Con la ayuda de subdelegadas censistas, también entrevistadas, puestas al tanto de sus funciones y nombradas por Evita, Fiora llevó a cabo el censo de la Capital y el 27 de enero de 1950 inauguró la primera unidad básica del Partido Peronista Femenino en el barrio de viviendas obreras Presidente Perón. Después de pronunciar un discurso en el que recalcó que el partido femenino era expresión "de los desvelos, los sacrificios, la grandeza de miras, la amplitud de concepciones de nuestra líder única: Eva Perón, luminosa figura de mujer, de argentina, de revolucionaria", puso en posesión de su cargo a la delegada

[374] *Democracia*, 22 de octubre de 1949, da la lista completa de las primeras censistas.

censista María Rosa Calviño de Gómez, que en las elecciones de 1951, sería elegida senadora por la Capital[375]. Mientras tanto, en la provincia de Buenos Aires, el 6 de noviembre de 1949, Elena Caporale de Mercante había inaugurado la primera unidad básica provincial. Estos acontecimientos marcaron el comienzo de una actividad febril que se extendió a toda la República y se prolongó hasta mediados de 1951.

El núcleo inicial de delegadas censistas y las subdelegadas que se pusieron a recorrer el país para echar las bases del Partido Peronista Femenino, no tenía en su mayoría ninguna experiencia política. Eran, por lo general, maestras, amas de casa, enfermeras, pero había también una abogada, Elsa I. Chamorro Alamán, y una cantante de tangos, Juana Larrauri. Algunas eran casadas, otras solteras y de la noche a la mañana, a pedido de Evita, dejaron sus vidas para entrar en el mundo de la política. "Todas muy jóvenes", recordaría ella, "yo las había conocido como colaboradoras mías infatigables en la ayuda social, como fervientes peronistas de todas horas, como fanáticas de la causa de Perón. Tenía que exigirles grandes sacrificios: abandonar el hogar, el trabajo, dejar prácticamente una vida para empezar otra distinta, intensa y dura. Para eso necesitaba mujeres así, infatigables, fervientes, fanáticas"[376]. Fueron al interior, a provincias desconocidas donde a veces tenían que enfrentar grupos locales que no veían con buenos ojos la centralización que estaba imponiendo Evita pues desde la promulgación del voto femenino, y en algunos casos también antes, eran los grupos de mujeres que se habían formado. Así por ejemplo, el 17 de octubre de 1947 se constituyó el Partido Peronista Femenino de San Juan, bajo la presidencia de Hélida B. de Godoy, esposa del gobernador de esa provincia. Es que la preeminencia de Evita había servido para que su ejemplo fuera seguido por otras esposas de funcionarios, siendo la más importante, sin lugar a dudas, Elena Caporale de Mercante.

Ocasionalmente, el Partido Peronista Masculino no aceptaba la independencia de acción de las delegadas censistas, pues sólo acataban órdenes de Evita. Esta, por su parte, encontraba tiempo para seguir paso a paso sus actividades, donde quiera estuviesen. Exigía informes periódicos, necesitaba saber los más mínimos detalles de las dificultades o de los triunfos y llamaba a las delegadas a las horas más insólitas. Además pronunciaba discursos para pedir apoyo a sus esfuerzos y usaba su influencia para allanarles los escollos[377].

Durante los años 1950 y 1951, las delegadas organizaron unidades básicas hasta en los más remotos rincones del país. No todas tuvieron éxito en su empresa y algunas tuvieron que ser reemplazadas. "Cuando llegué a San Luis, había cincuenta unidades básicas y me fui un año más tarde con doscientos cincuenta, diez kilos de menos y una sombra en el pulmón",

[375] *Democracia*, 28 de enero de 1950.

[376] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 291.

[377] Véase por ejemplo el discurso que pronunció Evita en un acto organizado por la Comisión Auxiliar Femenina de la Confederación General del Trabajo, el 16 de diciembre de 1949. *Democracia,* 17 de diciembre de 1949.

recuerda Delia Degliuomini de Parodi[378]. Las unidades básicas eran estrictamente femeninas y desde un primer momento cumplieron funciones ligeramente distintas de las del Partido Peronista Masculino, ya que no eran solamente centros de adoctrinamiento y de difusión cultural, sino que también ofrecían cursos de dactilografía, por ejemplo, y actuaban como núcleos de acción comunitaria, pues recaudaban información que era luego transmitida a la Fundación Eva Perón. Todas las unidades básicas estaban dirigidas por una sub-censista, una secretaria y una prosecretaria, todas nombradas por Evita.

Evita organizó su partido como una entidad paralela al Partido Peronista Masculino. La Junta Metropolitana era su nervio central, pero por encima de toda estructura estaba Evita, y desde el primer momento, hasta su muerte, su autoridad fue absoluta. En contraste con la rama masculina, el Partido Peronista Femenino tuvo un proceso de organización muy rápido, atribuible quizás a la energía de Evita y al acierto que tuvo al seleccionar a las censistas, pero ciertamente a los esfuerzos de éstas. Ella sentía un gran orgullo por la entidad que había creado en tan poco tiempo y así lo dejó traslucir con cierta altanería en su discurso a los gobernadores en julio de 1950. Por su parte, Perón, en un gesto excepcional, felicitó a Evita por el éxito obtenido —como lo señaló él mismo en esta ocasión, no era hombre "proficuo en alabanzas"—. En febrero de 1951, durante un acto que tuvo lugar en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, declaró que la organización del Partido Peronista Femenino era "tan perfecta y tan completa que en el campo político argentino, en toda nuestra tradición cívica, no ha habido jamás una fuerza más disciplinada, más virtuosa, más moral y más patriótica que esta agrupación"[379].

Evita mantuvo su partido totalmente separado del masculino y nunca permitió injerencia alguna de sus autoridades en la rama femenina. Los dos partidos colaboraban y trabajaban de común acuerdo en acción coordinada a nivel del Consejo Superior, del cual Evita formaba parte, pero no faltaron los roces, pues ella siempre apoyaba la rama femenina y en cualquier instancia procuraba darle una participación mayor. Sin embargo, cuando se formaron las listas de candidatos para las elecciones de 1951, tuvo que conformarse con un número de senadoras menor que el que ella quería. El sector masculino, respaldado por Perón, se mantuvo firme y ella aceptó las seis bancas de senadoras y veintitrés de diputadas adjudicadas a la rama femenina. En otro ejemplo del control que ejercía sobre el partido, Evita fue la que seleccionó personalmente a las candidatas. Todas resultaron electas. Ninguna tenía experiencia política previa y solamente una había pertenecido al primer grupo de censistas[380].

Evita dirigió su partido con una mano férrea y sin delegar un ápice de su autoridad. Esta circunstancia incidiría poderosamente en el funcionamiento del mismo después de 1952. Si bien algunos de los problemas que surgieron a partir

[378] Entrevista con Delia Degliuomini de Parodi.
[379] *Democracia*, 23 de febrero de 1951.
[380] En 1951 también ingresaron a las Cámaras delegados de los territorios nacionales, entre los cuales había tres mujeres.

de esa fecha no son atribuibles específicamente a Evita, ella los acentuó al dejar su organización sin mecanismos apropiados y sin dirigentes intermedias acostumbradas a tomar decisiones y asumir responsabilidades. En este sentido, es de señalar que Evita solamente imitó la política que adoptó Perón durante muchos años con la rama masculina. En el mismo orden de cosas, el comportamiento de las legisladoras peronistas de 1951 a 1955 indicaría que cuando Evita las seleccionó no recurrió a criterios tales como independencia o capacidad de liderazgo. Parecía más bien que buscó mujeres que no presentaran ningún tipo de competencia para ella, dispuestas a aceptar sin discutir las directivas que impartía y satisfechas por la posibilidad de unirse al coro que cantaba incansable las alabanzas a Evita y Perón en el Congreso. En vez de recompensar a aquellas mujeres que con su trabajo y su capacidad habían organizado el partido del cual ella estaba tan orgullosa, aprovechó la ocasión para deshacerse de todas las que pudieran constituir una amenaza potencial para ella o que no eran enteramente manejables según su voluntad. Algunas acusaron el desaire y se retiraron de la política.

Según declaraciones de Evita, en febrero de 1951, el Partido Peronista Femenino contaba con 3.600 unidades básicas[381]. Esta cifra parece algo exagerada pero la falta de datos no permite corregirla, como tampoco podemos hacer, por el momento, un balance aproximado de las mujeres inscritas en el partido hasta 1952. Sin embargo, es indudable que el voto femenino se hizo sentir en las elecciones de 1951, cuando Perón obtuvo el 60% del voto emitido. Ese año, las mujeres constituían el 48,9% de la ciudadanía. Sobre un total de 8.623.646 votantes, 4.225.467 eran mujeres. Votó un 90,32% de las ciudadanas inscritas[382]. Los 3.816.654 votos femeninos se distribuyeron de la siguiente manera[383]:

Partido Peronista	2.441.558	63,9%
Unión Cívica Radical	1.177.051	30,8%
Partido Demócrata	80.987	2,1%
Partido Comunista	29.644	0,7%
Partido Socialista	23.270	0,6%
Partido Demócrata Progresista	1.132	
Concentración Obrera	582	
Partido Salud Pública	2.466	
Unión Cívica Nacionalista	69	
En blanco y anulados	59.985	

La organización del Partido Peronista Femenino aumentó considerablemente el poder y la influencia de Evita, sobre todo una vez que el

[381] *Democracia*, 27 de febrero de 1951.

[382] *Las Mujeres argentinas* (Buenos Aires: S.I.P.A.). Esta publicación oficial hace notar que en 1946 solamente votó el 83,38% de varones inscritos. Por otra parte, con las elecciones de 1951, tal como lo disponía la Constitución de 1949, votaron los ciudadanos de los territorios.

[383] *Ibid*., p. 52.

peronismo se fue definiendo como un movimiento compuesto por tres pilares: el Partido Peronista Masculino, el Femenino y la CGT. Como miembro del Consejo Superior, presidenta de la rama femenina y "plenipotenciaria" de la CGT, su palabra fue adquiriendo un peso sólo comparable al de Perón en todo lo referente a nombramientos de autoridades partidarias, candidatos a legisladores, etc. La evaluación de su influencia tanto en este período como en años posteriores se hace sumamente difícil por la escasez de fuentes secundarias. Sus contemporáneos, como vimos en capítulos anteriores, tenían una visión bastante deformada de la realidad, aún antes de que ella iniciara realmente sus actividades políticas. Mientras algunos aseguraban que era el verdadero poder detrás del trono, según otros, Evita no pasaba de ser un complemento útil y decorativo que Perón manejaba a su antojo y la veían fundamentalmente como el producto de una campaña de propaganda muy bien montada.

Cierto es que el gobierno contaba con medios de propaganda muy eficaces y que la campaña en favor de Evita era particularmente intensa. Además, por si esto no bastara, ella contaba con su propio diario *Democracia*, órgano peronista y sobre todo "evitista". Pero los homenajes de grupos parlamentarios o sindicales ya no iban dirigidos solamente a Perón sino que también la incluían y la afición del peronismo por nombrar calles, pueblos, barcos, instituciones, estaciones de subterráneo, etc., con el nombre de Perón, se había extendido a ella. Estas expresiones formales de apoyo a Perón y Evita, que tanto el uno como el otro no desalentaban, iban acompañadas de inusitadas explosiones de entusiasmo cuando ella asistía a una concentración. Viajara sola o con su esposo eran cada vez mayores las multitudes que se apiñaban para escucharla y en muchas ocasiones, miles de personas aguardaban el paso de su tren y lo obligaban a disminuir la marcha en ciudades que no proyectaba visitar.

Es indudable que la presencia de Evita y su acción contribuyeron poderosamente a la incorporación masiva de la mujer a la vida política argentina. Sus ideas en cuanto a los fines de esa participación y la manera en que debía realizarse han tenido un impacto profundo en el movimiento peronista pues han ido mucho más allá de la rama femenina y se dejan sentir hasta el presente. Por lo tanto, convendría examinar el pensamiento político que Evita expuso en su discurso del Teatro Cervantes pues es el que adoptó el Partido Peronista Femenino y por lo menos en un aspecto, prevaleció eventualmente en el peronismo.

El discurso de Evita es principalmente una explicación del por qué Perón debe ser reconocido y aceptado como el único líder del movimiento peronista. Las ideas están relegadas a un segundo plano pues su validez reside en que han sido enunciadas por Perón —en su autobiografía, Evita llegaría a decir con el mayor desparpajo: "El General Perón ha dicho que no sería posible el Justicialismo sin el sindicalismo. Y esto es verdad, primero porque lo ha dicho Perón y segundo, porque efectivamente es verdad"—[384]. Presenta sus

[384] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 118.

argumentos en una forma descriptiva, como si fuera un drama épico con un lenguaje exaltado y contundente que refleja su visión maniquea del mundo. La sociedad, según Evita, está dividida en dos categorías antagónicas, pueblo y oligarquía. Antes del 14 de junio de 1943, dominaba la oligarquía y el pueblo era explotado. "Y esa tragedia que es obra directa del capitalismo deshumanizado, fue posible por el libertinaje del liberalismo, el que intenta pasar de contrabando disfrazándolo de libertad." En esta situación, "de tintas sombrías y desesperantes" apareció "el entonces Coronel". Con la fundación de la Secretaría de Trabajo y Previsión, "cuna de la justicia social argentina", se inició "inspirada por Perón", conducida por Perón e impuesta por los "descamisados" de Perón, la reforma social y la reforma económica que había de transformar, impulsándola hacia el futuro, toda la vida de la Nación y todos los derechos del pueblo"[385].

Por debajo de su descripción del proceso, emergen a veces sus fundamentos ideológicos: el ataque al liberalismo y al capitalismo o a los partidos políticos de izquierda y de derecha. Pero es como si estos elementos fueran un estorbo para ella y vuelve a personalizar los acontecimientos. Por obra de Perón y gracias a los descamisados que lo salvaron de sus enemigos durante "la gesta histórica" de octubre, en la Argentina ha triunfado la revolución. Ha finalizado la explotación de los trabajadores, y aunque los enemigos permanecen al acecho, la Argentina ya es una Nación justa, libre y soberana. Para poder soslayar los peligros y excesos del absolutismo estatal (o sea, el comunismo) y del individualismo absoluto (o sea, la democracia liberal), la Argentina tiene una nueva doctrina cuya premisa fundamental, la Tercera Posición, es, según Evita, "la resultante histórica impuesta por la civilización, tiene la trascendencia grandiosa de una de las expresiones más profundas del saber humano y nos enorgullecemos al identificarla como uno de los postulados de la doctrina de nuestro Líder, el General Perón". Explica lo que es la Tercera Posición con una cita de Perón: "Sería una combinación armónica y equilibrada de las fuerzas que representan al Estado moderno, para evitar la lucha y el aniquilamiento de una de esas fuerzas, tratando de conciliarlas, de unirlas y de ponerlas en marcha paralela para poder conformar un Estado en el cual, armónicamente, el Estado, las fuerzas del capital y del trabajo, combinadas inteligentemente y armoniosamente, se pusieran a construir el destino común, con beneficio de las tres fuerzas y sin perjuicio para ninguna de ellas"[386]. La "profunda filosofía de este pensamiento" y todas las realizaciones de Perón no pueden dejar lugar a dudas. Debe ser reconocido como el líder único e indiscutido.

En este discurso aparece claramente articulado por primera vez el principal aporte ideológico de Evita al peronismo: el culto al líder. Para ella, ser peronista es aceptar a Perón como líder, creer en su doctrina, serle absolutamente fiel y tener una confianza ciega en él. En este caso, se lo pide a

---

[385] Discurso de Eva Perón en el acto inaugural..., p. 11.

[386] *Ibid*., p. 16.

las mujeres peronistas, pero no pasará mucho tiempo antes que lo extienda a los hombres también y que se convierta en un verdadero postulado del peronismo.

Mucho de lo que expresó Evita, en esta oportunidad puede rastrearse en discursos anteriores y permanecerá incambiado en años posteriores. Las diferencias que presentan sus discursos a partir de 1949 se deberán al énfasis que pone sobre algunos temas, su lenguaje cada vez más violento y especialmente la importancia que cobra en ella el culto al líder, sobre el que derrochará alabanzas sin límites. Con excepción de las referencias al Partido Peronista Femenino y el acento que puso sobre la figura del "líder", nada dijo que no hubiera enunciado antes Perón. En esta ocasión, como en todas las otras en que hablaba de política, Evita no fue sino un eco simplista y esquemático, pero muy eficiente, de las ideas de Perón.

La concepción que Evita tenía de la mujer y de su función en la sociedad, subyacente en su exposición del Teatro Cervantes, está elaborada con mayor detalle en las páginas finales de *La razón de mi vida*. Sólo concibe a la mujer en función del lugar que ocupa en la familia. Es ante todo y sobre todo la mujer/madre. Cuando trabaja fuera de casa, ya sea en una fábrica o en una oficina, vive como un hombre y por lo tanto "se masculiniza". Lo hace porque quiere independizarse o porque el matrimonio se convierte demasiado a menudo en una carga pesada. "En la puerta del hogar termina la nación entera y comienzan otras leyes y derechos... la ley y el derecho del hombre... que muchas veces sólo es un amo y a veces también... un dictador"[387]. Aun así, la mujer ha nacido para formar un hogar, dice Evita. Por lo tanto, "es urgente conciliar en la mujer su necesidad de ser esposa y madre con esta otra necesidad de derechos que como persona humana digna lleva también en lo más íntimo de su corazón"[388]. Una solución sería pagar un sueldo a todas las amas de casa, lo cual les daría un ingreso ajeno a la voluntad del hombre. "Nadie dirá que no es justo que paguemos un trabajo que, aunque no se vea, requiere cada día el esfuerzo de millones y millones de mujeres cuyo tiempo, cuya vida se gasta en esa monótona pero pesada tarea de limpiar la casa, cuidar la ropa, servir la mesa, criar los hijos..., etc."[389].

Advierte que solamente lanza la idea y que mientras se estudia, se pueden hacer otras cosas. Por ejemplo, elevar la cultura general de la mujer, para poner al servicio de su trabajo hogareño todo lo que ofrecen la técnica y el progreso, para así impedir que "pierda de vista su maravillosa condición de mujer; lo único que no debe perder jamás si no quiere perderlo todo"[390].

Según Evita, el destino de la mujer es servir a los otros. Esta vocación debe ser puesta a buen uso, es decir, salvaguardar la paz y contribuir junto al hombre a crear una humanidad mejor. La mujer es la gran ausente en este mundo contemporáneo y su presencia no podría sino mejorar las cosas.

---

[387] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 275.
[388] *Ibid.*, ps. 277-278.
[389] *Ibid.*, p. 279.
[390] *Ibid.*, p. 280.

"Nosotras estamos ausentes en los gobiernos.

"Estamos ausentes en los Parlamentos.

"En las organizaciones internacionales.

"No estamos ni en el Vaticano ni en el Kremlin.

"Ni en los Estados Mayores de los imperialismos.

"Ni en las "comisiones de energía atómica".

"Ni en los grandes consorcios.

"Ni en la masonería, ni en las sociedades secretas.

"No estamos en ninguno de los grandes centros que constituyen un poder en el mundo.

"Y sin embargo estuvimos en la hora de la agonía y en todas las horas amargas de la humanidad.

"Parece como si nuestra vocación no fuese sustancialmente la de crear sino la del sacrificio."[391]

En la Argentina, el Partido Peronista Femenino procura conservar aquellos elementos que mejor definen a la mujer, por lo menos según Evita. Le da la oportunidad de dedicarse a los otros y, al mantenerla separada del hombre, impide que se "masculinice" y se vuelva egoísta como él. El partido es un gran hogar y cada unidad básica, una familia.

Cuando Evita habla de la mujer, aclara que se refiere a "la mujer auténtica que vive en el pueblo y que va creando, todos los días, un poco de pueblo". No la han cantado los poetas, no tiene historia, es "la heroína que nadie conoce. Ni siquiera su marido. ¡Ni siquiera sus hijos!". Deja de lado a las mujeres aristocráticas o burguesas, a quienes no entiende porque tienen una vida vacía. "Ellas pertenece a otra raza de mujeres. Decir que se acercan a los hombres sería un insulto que los hombres no merecen."[392]

Las ideas de Evita sobre la mujer no tienen la fuerza de sus convicciones sobre Perón o la oligarquía. En su autobiografía les dedica pocas páginas y les falta la sinceridad y la pasión que irradian otros capítulos en los que habla de los descamisados, de Perón o de "los humildes". Es como si no hubiera pensado demasiado en el problema de la mujer y tampoco le importara mucho.

La mujer que describe es un ser colocado sobre un pedestal muy alto, pues según Evita, en ella se encarnan las mejores cualidades de la especie humana, abnegación, trabajo, generosidad, humildad y sacrificio. Es un arquetipo, superior al hombre desde el punto de vista moral y con una fortaleza espiritual a prueba de toda miseria. Sus ingentes cualidades no pueden salir a luz y tener una acción benéfica, porque la sociedad socava el ideal de mujer/esposa/madre. Al empujarla a trabajar fuera de casa, la coarta y se

[391] *Ibid.*, p. 284.
[392] *Ibid.*, p. 303.

vuelve imperfecta como los hombres con los cuales entra en contacto. Evita quisiera mantener a la mujer en el pedestal, dedicada por completo a su marido y sus hijos, y el problema consiste en encontrar los medios adecuados para reintegrarla al hogar en condiciones diferentes de las que existen en la actualidad. Desde su punto de vista, no se contradice cuando explica que la mujer tiene que tener una participación política activa en la Argentina, pues se apresura a describir al Partido Peronista como un gran hogar. Asimismo, sabe que su vida de trabajo y sin hijos es la antítesis del modelo que ella propugna, por lo tanto trata de demostrar —sin mucho éxito— que ella es solamente una madre como todas las argentinas. Se describe como "la humilde representante de todas las mujeres del pueblo. Me siento, como ellas, al frente de un hogar, mucho más grande es cierto que el que ellas han creado, pero hogar al fin de cuentas". Como a toda mujer, le gustan las joyas, pieles y vestidos, "pero, como ella, prefiero que todos, en la casa, estén mejor que yo. Como ella, como todas ellas, quisiera ser libre para pasear y divertirme... pero me atan, como a ellas, los deberes de la casa que nadie tiene obligación de cumplir en mi lugar". Sus trabajos, sus preocupaciones, sus desvelos y sus satisfacciones son los de una madre con sus hijos y como todas las madres, "a mí también me gusta más lucirme ante los míos que ante los extraños... y por eso me pongo mis mejores adornos para atender a los descamisados". Se siente la madre de su pueblo y sólo aspira a seguir luchando por su felicidad[393].

A pesar de que la condición política de la mujer en la Argentina cambió apreciablemente por la acción que desarrolló Evita, no fue porque ella fuera feminista en el sentido que se le daba a la palabra a comienzos del siglo, ni mucho menos en el que se le da en la actualidad. Las frases duras que tiene para las feministas en *La razón de mi vida* reflejan todos los clichés lanzados contra ellas en todos los tiempos y expresan el profundo desprecio que sentía por aquella esforzada generación de mujeres que con todas sus limitaciones desbrozó el camino para que ella pudiera obtener uno de sus objetivos, el voto. ¿Qué iba a hacer, pregunta Evita, cuando la causa de Perón le exigió que organizara un movimiento femenino? "¿Caer en el ridículo? ¿Integrar el núcleo de mujeres resentidas con la mujer y con el hombre, como ha ocurrido en innumerables líderes feministas? Ni era soltera entrada en años, ni era tan fea por otra parte como para ocupar un puesto así... que, por lo general, en el mundo, desde las feministas inglesas hasta aquí, pertenece, casi con exclusivo derecho, a las mujeres de este tipo... mujeres cuya primera vocación debió ser indudablemente la de hombres."[394] Los visos machistas de estas palabras no son de extrañar, teniendo en cuenta, como lo indica ella misma, que fue Perón el que le hizo ver en qué habían errado las feministas[395].

---

393 *Ibid*., p. 313.

394 *Ibid.*, ps. 262-265. Los puntos suspensivos están en el texto.

395 *Ibid*., ps. 266-267.



Con Perón y Aloé, a bordo del yate Teguara, viaja a Santa Fe para participar en dos actos celebratorios de la batalla de San Lorenzo (1950).

Por otra parte, Evita "la Abanderada de los Trabajadores" demostró un curioso desinterés por las condiciones de trabajo y los salarios de las obreras y empleadas. No obstante las muchas veces que declaró "a igual trabajo corresponde igual salario", las mujeres no contaron con una política específica que contemplara sus necesidades y que equiparara sus sueldos con los de los

hombres. Como lo había sido en el pasado, cuando lo proclamaban socialistas o sindicalistas, el principio de "a igual trabajo, igual salario" se redujo a una piadosa declaración pues las diferencias salariales no desaparecieron durante los nueve años de gobierno peronista. En términos generales, las condiciones de trabajo de las mujeres mejoraron cuando lo hicieron las de los hombres, pero las desigualdades específicas no desaparecieron. Es curioso notar también que la CGT, con la cual Evita colaboró tan estrechamente, no abrió sus cargos directivos a ninguna mujer. Esto llevaría a pensar que ella no usó sus relaciones con la central obrera para exigir que las mujeres no fueran excluidas de la dirigencia sindical o poner fin a prácticas discriminatorias en los lugares de trabajo.[396]

Tampoco usó su influencia para que otras mujeres alcanzaran posiciones de preeminencia en el gobierno peronista y no organizó un movimiento de mujeres en función de ellas. Para Evita, el partido era fundamentalmente la contrapartida femenina de la entidad creada por Perón y, como todo en su propia vida, debía estar al servicio de él, especialmente si ello redundaba en su propio beneficio. Los argentinos, fueran peronistas o antiperonistas, nunca miraron al Partido Peronista Femenino con los recelos que podría haber provocado en aquel tiempo una agrupación fuerte y numerosa compuesta únicamente por mujeres. Al igual que el diputado peronista y gremialista Alcides Montiel, se sentían seguros de que por mucho que hicieran las mujeres, en la Argentina "siempre mandarán los hombres"[397].

Por otra parte, no puede negarse que algunos aspectos de la obra social de Evita estuvieron dirigidos a satisfacer material y espiritualmente las necesidades de las mujeres. Los hogares de tránsito eran para madres con hijos y sin maridos; el Hogar de la Empleada, para muchachas solteras; en los hogares-escuelas las mujeres que trabajaban podían dejar sus hijos pupilos o medio pupilos y Evita distribuía constantemente miles y miles de máquinas de coser para que las madres pudieran ganarse la vida sin salir a trabajar fuera de casa.

La explicación de esta preocupación por la mujer/madre se halla quizás en la atención que le prestó el gobierno peronista al fenómeno de la desnatalidad. Susana Novick ha demostrado como la desnatalidad formó parte de la "preocupación por ciertos hechos demográficos" incluidos en el Primer Plan Quinquenal (1947-51). En el mismo se contemplaron medidas tales como el desarrollo de campañas nacionales contra la desnatalidad, el mantenimiento de

[396] Por otra parte, es de señalar que en la Argentina la equiparación salarial para hombres y mujeres comenzó a partir de 1943 y que en la actualidad es una de las más altas ea el mundo capitalista. Véase Nancy Hollender, *op. cit*., p. 107.

[397] *Argentina, Congreso Nacional, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados* (Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1948), tomo II, p. 535. En 1948, el debate de la reforma de la Ley 13.010 en el sentido de que los patrones electorales no consignaran la fecha de nacimiento de una mujer dio ocasión para que los legisladores expresaran su confianza en que la mujer argentina sigue siendo "femenina" a pesar de poder votar. Al decir del diputado Eduardo Colom, la mujer argentina, con su "exquisita sensibilidad" por ser latina "no está en las condiciones de la mujer sajona, que ha entablado una especie de competencia con el hombre". *Democracia.* de junio de 1948.

la indisolubilidad del matrimonio y de la criminalización del aborto, la validación del matrimonio religioso, el aumento del salario familiar y la concesión de subsidios a familias numerosas. Estas medidas implícitamente definían a las mujeres como seres humanos con una función social fundamental: la maternidad al servicio de la nación. Tenían el propósito de aumentar las tasas de natalidad, que llegaron a sus puntos más bajos entre 1940 y 1945, y a la vez expulsar a las mujeres de la fuerza del trabajo, por entenderse que "el abandono del hogar" por aquellas mujeres que salían a trabajar era una de las causas de la desnatalidad del país. Idea extraña, como señala Catalina Wainermann, ya que el censo de 1947 revelaba que la participación de la mujer en la fuerza de trabajo había descendido al 29 por ciento.

Las ideas de Evita sobre la mujer y la función que ésta cumple en la sociedad son enteramente convencionales y tradicionales. Son también en gran medida una proyección de la relación de pareja que ella tenía con Perón y que describe en *La razón de mi vida*. Cuando Evita dice, "lo natural en la mujer es darse, entregarse por amor, que en esa entrega está su gloria, su salvación, su eternidad", está pensando en su propia vida y en lo que significó para ella su entrega. Su pensamiento aparece justificado en el contraste que traza de la figura de Perón con la suya. "De distinta manera los dos habíamos deseado hacer lo mismo: él sabiendo bien lo que quería hacer; yo, por presentirlo; él, con la inteligencia; yo, con el corazón; él, preparado para la lucha; yo, dispuesta a todo sin saber nada; él, culto y yo, sencilla; él, enorme y yo, pequeña; él, maestro y yo alumna. Él la figura y yo, la sombra"[398]. Las diferencias entre los dos eran enormes, ella lo sabía, y si no hubiera sido por él, que la animó, que le enseñó y le dio siempre "el estímulo poderoso y extraordinario de su amor", no hubiera llegado a ser "Evita"[399]. Fue su amor propio y luego por su causa lo que le permitió "salvarse" y por lo tanto realizarse plenamente y más allá de sus sueños más locos. "Por eso soy y seré peronista hasta mi último día", proclama Evita, "porque la causa de Perón me glorifica y, dándome la fecundidad de su vida, me prolongará en la eternidad de las obras que por él realizo y que seguirán viviendo como hijas mías, después que yo me vaya"[400]. Si la mujer solamente puede ser a través del amor de un hombre, de la constitución de un hogar y de la procreación, su propia vida no se aparta en lo más mínimo de esa idea.

Sin embargo, al convertir la causa de Perón en el sentido de su propia vida, Evita se rebeló sin proponérselo contra las restricciones que le imponía la sociedad, en tanto que mujer. Fue ciertamente una consecuencia imprevista. Pero al quebrar la imagen de Primera Dama que existía entonces y emprender actividades "impropias" de una mujer en su posición, ese fue el resultado. En cierto modo, esto la incomodaba, pues dentro de su esquema, la hacía menos mujer. De allí quizás su énfasis en repetir constantemente que era "solamente una mujer", su preocupación por parecer siempre "femenina", la descripción de

[398] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 63.
[399] *Ibid*,p. 262.
[400] *Ibid.*, p. 62.

sus actos como "sacrificios" semejantes a los que realizan las madres diariamente, su negación de tener ambiciones políticas, las muchas veces que fue madrina de bautismo de niños y sus deseos de ser la madre ideal. Pero la rebelión implícita en el ejemplo de Evita no pasó inadvertida. Como veremos más adelante, muchos fueron los hombres que detrás de su apariencia exquisitamente femenina vieron una personalidad esencialmente masculina, y desde el momento en que irrumpió en el escenario político pocas deben haber sido las argentinas que permanecieron indiferentes ante ella. Era imposible no reconocerse en ella y no reaccionar ya fuera identificándose con su persona o rechazándola violentamente. La mujer de trabajo, ya sea en el campo o en la ciudad, la obrera de fábrica o la empleada, la miró con orgullo y como ejemplo de emulación. Pero la vio sobre todo como un paradigma en el cual se sintió plenamente realizada. En cambio, la mujer de clase media, y especialmente la de clase alta, la negó furiosamente y la atacó sin piedad, no sólo por lo que representaba política y socialmente, sino también porque se había rebelado contra el molde que la sociedad le había impuesto y que ella a su vez rehusaba cuestionar. Los años no han disminuido este rechazo, que todavía aflora en numerosas ocasiones, pero las nuevas generaciones de mujeres que no han conocido directamente el peronismo ya no sienten la pasión de sus mayores contra Evita y tienden a admirar en ella la mujer que supo ocupar un lugar tradicionalmente reservado para los hombres y suscitó un fanático amor en las masas.

La acción de Evita en el primer gobierno peronista destruyó muchos de los prejuicios —en ambos sexos— que impedían la participación de la mujer en la vida política. Su impacto se hizo sentir particularmente en el movimiento peronista pues aseguró a la rama femenina un lugar dentro de éste, junto con la CGT y el Partido Peronista Masculino. Al pedir que un porcentaje de las bancas parlamentarias fuera ocupado por mujeres, estableció un precedente que de alguna manera u otra se mantuvo a lo largo de los años, ya que siempre que ha habido elecciones en las que el peronismo ha tomado parte, la rama femenina ha presentado candidatas, si bien no en números tan altos como en vida de Evita. En 1952, las mujeres componían el 16,88 por ciento de la Cámara de Diputados y en 1973 solamente alcanzaron al 7,4 por ciento. En este último caso, ni siquiera eran todas peronistas. De las diecisiete diputadas que resultaron electas en 1973, quince eran del Frejuli. En cuanto a la Cámara de Senadores, mientras que en 1952 las mujeres llegaban a un 25 por ciento, en 1973 descendieron al 4,34 por ciento[401]. Sin embargo, este precedente va a tener un impacto todavía mayor en la política argentina con la sanción de la famosa "ley de cupo" del 7 de noviembre de 1991, pues en las elecciones nacionales, todos los partidos políticos van a tener que presentar listas de candidatos que incluyan un mínimo de 30 por ciento de mujeres y además en posiciones que hagan posible su elección.

En los años cincuenta, por lo general, los partidos políticos no siguieron el ejemplo del peronismo y tardaron en incorporar masivamente a las mujeres

[401] *La Opinión*, 25 de mayo de 1974.

en sus filas. En las elecciones de 1951, el Partido Radical y el Partido Demócrata Nacional no presentaron candidatas. El Partido Socialista tuvo tres por la Capital Federal, siendo una de ellas Alicia Moreau de Justo. La fórmula del Partido Comunista tenía una mujer en el cargo de vicepresidente, Alcira de la Peña, y también una senadora. En términos generales, el partido más remiso en dar puestos de relevancia a las mujeres en su organización fue el radical, pero como todos los otros, también ha cambiado.

Capítulo XI

La Fundación Eva Perón

Casi todas las obras escritas sobre Evita atribuyen el origen de su acción social al rechazo que sufrió por parte de la oligarquía argentina cuando Perón ascendió al gobierno. Según esta interpretación, que en ningún momento aparece debidamente documentada, las damas de sociedad se rehusaron a olvidar su pasado, se negaron a aceptarla como Primera Dama y no quisieron nombrarla presidenta honoraria de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, como era la costumbre. Furiosa ante el desaire, Evita habría respondido: "Si no me aceptan, pueden nombrar a mi madre". Su despecho la habría impulsado a insistir ante Perón para que interviniera esa institución y también a crear otra que hiciera palidecer de envidia a todas las damas de la Sociedad habidas y por haber[402].

El examen de los hechos no indica que existió un proyecto por parte de Evita para atacar la Sociedad de Beneficencia. La decisión del gobierno peronista aparece como la culminación de un proceso que se inicia en 1943, es decir mucho antes de que ella pudiera incidir sobre aquélla. Se encuadra dentro de la tendencia de los gobiernos surgidos de la Revolución del 4 de junio de 1943 a modernizar, reestructurar y ampliar el aparato estatal, estableciendo un mayor control sobre algunas instituciones y también poniendo en práctica una política social esencialmente opuesta a la que existía hasta ese momento. Es así como ya bajo el gobierno de Ramírez, el decreto de 1943 que crea la Dirección de Salud Pública y Asistencia Social dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto del cual dependía la pasa a esta nueva repartición.

Desde el punto de vista legal, el segundo paso, o sea la intervención, se originó en el Senado. El senador Diego Luis Molinari justificó el pedido de intervención por entender que su fundador concibió esa institución como un medio de "darle a la mujer una actividad noble y filantrópica que la arrancase de la vida sin empleo que tenía", a principios del siglo XIX[403]. En la actualidad, explicó, "la dirección de la Sociedad de Beneficencia se reduce a un estrecho círculo de damas que se consideran de alcurnia, con exclusión total del coeficiente democrático en todo lo que se refiere a su gobierno y

[402] Véase Mary Main, *op. cit.,* p. 71; Borroni y Vacca, op. cit., p. 137; Historia del peronismo, *Primera Plana* (N° 209, 27 de diciembre de 1966), p. 36.

[403] Argentina, *Congreso Nacional, Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores* (Buenos Aires: Publicación del Cuerpo de Taquígrafos del Senado, sin fecha), tomo II, p. 472.

administración"[404]. Según Molinari, era un "reducido círculo oligárquico" que manejaba numerosos hospitales donde se pagaban salarios de hambre. Recomendó que esos hospitales fueran dirigidos por el Ministerio de Salud Pública ya que el gobierno iba a reorganizar la asistencia social, nada mejor que comenzar interviniendo la Sociedad. El discurso de Molinari no encontró oposición en el Senado y el 25 de julio de 1946, su presidente transmitió el pedido al Poder Ejecutivo. El 6 de setiembre de 1946, por el Decreto 9414, se intervenía la Sociedad, nombrándose interventor al Dr. Armando Méndez San Martín. En la introducción al decreto, el Ejecutivo señalaba que la medida tenía el propósito de "reestructurar [la] organización [de la Sociedad] y ajustar su funcionamiento a las normas técnicas y principios de asistencia y previsión social que inspiran la política del actual gobierno de la Nación"[405].

---

[404] *Ibid*., p. 473.

[405] *La Nación*, 8 de setiembre de 1946, p. 11. El texto completo del decreto es el siguiente: "Declárase intervenida la Sociedad de Beneficencia de la Capital, a fin de reestructurar su organización y ajustar su funcionamiento a las normas técnicas y principios de asistencia y previsión social que inspiran la política del actual gobierno de la Nación.

Desígnase interventor al Dr. Armando Méndez San Martín, quien ejercerá todas las facultades necesarias para el manejo económico y administrativo de la entidad, pudiendo a tal efecto hacer uso de las atribuciones que los estatutos y decretos en vigencia asignan a la comisión directiva y a la asamblea de sodas.

El interventor propondrá al Poder Ejecutivo, dentro del término de 120 días, las modificaciones que sea necesario introducir en los estatutos y decretos relativos a la Sociedad de Beneficencia de la Capital, a los fines establecidos en el artículo 1) y en los considerandos de este decreto.

Considerando:

Que la Sociedad de Beneficencia de la Capital, creada para dirigir e inspeccionar la Casa de Expósitos y otros establecimientos públicos en beneficio de mujeres, y que pasó a ser dependencia directa del gobierno de la Nación según decreto 15 de diciembre de 1880, con las modalidades establecidas posteriormente, estuvo destinada a satisfacer en su origen y en los primeros tiempos de su actuación exigencias de bien público que, por lo limitadas, podían ser cumplidas por una institución de su carácter.

Que el amplio alcance asignado a las funciones y a las actividades de la Sociedad de Beneficencia por los estatutos aprobados por decreto del 27 de setiembre de 1920 y modificaciones posteriores han asignado a la misma un desarrollo imprevisto en la época de su constitución, hasta el punto de recibir del presupuesto de la Nación la suma de $ 21.889.906 para sueldos y gastos administrativos.

Que las nuevas normas técnicas y la política de asistencia social y salud pública impuestas por las actuales autoridades del país, crean la necesidad de modificar la estructuración y los métodos tradicionales seguidos por la Sociedad de Beneficencia para el cumplimiento de su cometido, a fin de que la obra de dicha institución, que tan estrecha vinculación tiene con la solución de dichos fundamentales problemas de gobierno pueda tener la difusión y producir los beneficios públicos que constituyen el espíritu de dicha política.

Que el Honorable Senado de la Nación ha hecho llegar al Poder Ejecutivo expresión de su inquietud por la forma como las autoridades de la Sociedad de Beneficencia orientan las actividades de la institución.

Que sin perjuicio de mantener la organización de la misma en forma que concilie la necesaria intervención y el control gubernativo con la participación activa de las asociadas, es indispensable que desaparezcan la limitación y rigidez impuestas por los estatutos para ingresos de nuevos miembros, con lo cual se pondrá a la institución más a tono con la orientación democrática moderna y se conseguirá establecer un mayor vínculo entre la entidad y los sectores sociales deseosos y capaces de colaborar en su obra".

La Sociedad de Beneficencia de la Capital había sido fundada el 2 de enero de 1823 por Bernardino Rivadavia, siendo gobernador de la provincia el general Martín Rodríguez. "Las atribuciones de la Sociedad de Beneficencia", decía el decreto de Rivadavia, "serán: a) La dirección e inspección de las escuelas de niñas, b) La dirección e inspección de la casa de expósitos, de la casa de partos públicos y ocultos, hospitales de mujeres, colegios de huérfanas, y de todo establecimiento público dirigido al bien de los individuos de este sexo"[406]. Comenzó a funcionar el 12 de abril de 1823 y el 10 de julio de ese año se instaló en el viejo convento de los Mercedarios en la calle Reconquista, donde aún estaba en 1946.

Desde su fundación, estuvo dirigida por lo más rancio de la sociedad porteña. En la nómina de sus socias y directoras se pueden encontrar los apellidos más representativos de la oligarquía: Mitre, Juárez Celman, Santamarina, Paz, etc. El número de socias, que en 1823 era trece, se había ampliado a ochenta y siete en 1945. Habían sido presidentas de la institución: Mercedes de Lasala y Riglos (la primera), Adelia Harilaos de Olmos (1931-34), Elisa Alvear de Bosch (1935-36), Rosa Sáenz Peña de Saavedra Lamas (1939-40), entre otras y en 1946, lo era Guillermina Bunge de Moreno[407].

A través de los años, el número de establecimientos que dirigía la Sociedad había aumentado considerablemente. Abarcaba varios hospitales, entre otros el Hospital Rivadavia, el Instituto de Maternidad "Alberto Peralta Ramos", el Hospital de Niños y el Hospital Oftalmológico, la Casa de Expósitos, un sanatorio en Mar del Plata y numerosos asilos, como el Asilo de Alienadas de Lomas, el Asilo de Huérfanos y el Asilo General Martín Rodríguez[408]. Sus fondos provenían de donaciones particulares y de instituciones como el Jockey Club y de la Compañía Sudamericana de Teléfonos, pero principalmente de las subvenciones que le daba el Estado. En 1935, sus recursos totalizaban 12.018.094 pesos, de los cuales 8.715.750 pesos le eran proporcionados por el Estado, 2.917.000 pesos por la Lotería de Beneficencia Nacional y solamente 384.344,08 pesos eran rentas de legados y donaciones[409]. Según lo informaba *La Nación*, en 1945, su presupuesto se había elevado a 22.232.280 pesos y como indica el documento por el cual se decretaba la intervención, en 1946 recibía un total de 21.889.906 pesos para sueldos y gastos administrativos[410].

En sus establecimientos asistenciales, la Sociedad de Beneficencia practicaba la caridad tal como se entendía durante la "década infame". En los costureros, las chicas que salían de los asilos cosían ajuares para las damas de la sociedad porteña; para la Navidad, sus internos, de pelo muy corto o rapado y

[406] *Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1936* (Buenos Aires: Jacobo Peuser, 1936), p. 18. Véase también Carlos Correa Luna, *Historia de la Sociedad de Beneficencia 1823-1852*. (Buenos Aires: Sociedad de Beneficencia de la Capital, Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos, 1923).

[407] Véase la lista hasta 1933 en *Sociedad de Beneficencia de la Capital. Nómina para 1933* (Buenos Aires: Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios del Asilo de Huérfanos, sin fecha); también suplemento de *La Prensa*, 2 de setiembre de 1945.

[408] *Ibid.*

[409] *Sociedad de Beneficencia de la Capital*, 1823-1936, *op. cit.,* ps. 53-54.

[410] *La Nación*, 27 de mayo de 1945.

uniformados, iban por las calles céntricas a pedir limosna y en las distribuciones de premios, al decir de *La Nación*, recibían "los estímulos del aplauso y la ayuda del óbolo posible las beneméritas que han probado saber luchar con heroísmo y sobrellevar con resignación y fe los rigores del destino"[411]. Esas ceremonias tenían lugar anualmente en el Teatro Colón. En estas ocasiones, se distribuían premios a la virtud, a la moral, a la industria, a la humildad, al desinterés, a la abnegación, etc. Debidamente publicitadas, a éstas asistían miembros del Poder Ejecutivo, autoridades eclesiásticas, el Nuncio Apostólico, etc. La última distribución de premios se celebró el 26 de mayo de 1946 y a ella asistió el vicepresidente, el coronel Juan Domingo Perón.

La Sociedad era la más famosa quizás, pero una de las tantas instituciones de beneficencia que existían en el país y que recibían ocasional o regularmente subsidios del Estado, por ejemplo la Conferencia de San Vicente de Paúl del Buen Pastor de Tucumán y la Sociedad de Beneficencia Hospital Abel Ayerza de Marcos Juárez, Córdoba, entre muchas otras. En el año 1938, el presupuesto nacional comprendía 17.130.839 pesos dedicados a la asistencia social, de los cuales 9.989.890 pesos iban a la Sociedad de Beneficencia de la Capital[412]. Todas estas instituciones se adecuaban a la Argentina preperonista pero eran un anacronismo, una contradicción profunda en la sociedad que se va gestando a partir del ascenso de Perón al gobierno. Los hospitales de la Sociedad no tenían cabida en el plan de renovación y modernización hospitalaria promovido por el flamante ministro de Salud Pública, Dr. Ramón Carrillo, como tampoco la reacción airada de las autoridades ante los conflictos creados por los empleados de los institutos regidos por la Sociedad, cuando al igual que otros se movilizaron para la obtención de aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo. Iniciaron su campaña en los primeros meses de 1946. Reclamaban un aumento que elevara sus sueldos de 120 y 160 pesos a 180 pesos mensuales[413]. El 14 de junio organizaron un acto al que asistió Evita juntamente con el ministro de Trabajo. Ese mismo día, doscientos empleados de la Sociedad de Beneficencia firmaron un memorial en el que exponían su situación[414]. Es de señalar, además, que el problema de salarios en los institutos de la Sociedad de Beneficencia había sido discutido por el Parlamento en otras ocasiones. En 1939, el diputado Juan Antonio Solari denunció que había empleados de la Sociedad que trabajaban "12 y 14 horas por día y algunos no tenían descanso nada más que cada 10 ó 15 días, habiendo asimismo, serenos y serenas que carecen de descanso y perciben salarios de 45, 75 y 90 pesos", cuando el salario mínimo debía ser de 120 pesos[415].

No sería difícil creer que las directoras de la Sociedad de Beneficencia hubiesen hecho oídos sordos a las tentativas de Evita de aproximarse a ellas

[411] *La Nación*, 28 de mayo de 1927.

[412] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados* (Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional, 1939), tomo VII, p. 391

[413] *Democracia*, 26 de mayo de 1946.

[414] *Democracia*, 15 de junio de 1946.

[415] *Argentina, Congreso Nacional, Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, *op. cit*. 1939, p. 444.

pues la distancia que las separaba era muy grande y se medía tanto en términos sociales como políticos. Pero para poder aceptar esta interpretación basada en un supuesto encuentro, habría que creer también que Evita trató de acercarse. Esto plantea un problema pues muchas de las razones que impulsaban el rechazo de las damas de la Sociedad de Beneficencia servían para que Evita rehuyera de ellas. En su autobiografía no dice que buscó aproximarse, pero sí que recibió una invitación de damas oligarcas a integrar sus círculos[416].

Es posible que haya existido el encuentro, pero de ser así, poco tuvo que ver con el destino final de la Sociedad. La maquinaria estatal ya se había puesto en marcha en 1943, antes que Evita conociera a Perón. Cuando Molinari propuso la intervención, ella no tenía la influencia necesaria para influir sobre una decisión de tal magnitud y aunque la hubiese tenido, existían razones válidas para que el gobierno tomara esa medida. Así lo reconoció indirectamente *La Nación*, años más tarde, cuando la Sociedad recuperó su personería jurídica durante la presidencia de Arturo Frondizi. Este periódico, que había condenado la intervención de 1946, publicó un editorial en 1959 aplaudiendo la decisión de Frondizi pues "implica una reparación a esa entidad meritísima, vejada en la práctica y la prédica por el gobierno ensañado en desmedrar a las expresiones más auténticas de la tradición argentina. Acaso un criterio evolucionado en materia de asistencia social imponga actualmente una conducta oficial directa respecto a la misma, pero resulta lamentable que persistiera una medida eliminatoria, inspirada sin duda en sentimientos ajenos —subjetiva y totalitariamente— a una nación operante acerca de la extraordinaria obra de amparo y de enmienda, en lo físico y lo espiritual, cumplida por la entidad creada por la pasión civilizadora de Bernardino Rivadavia"[417].

A partir de 1946, la Sociedad de Beneficencia dejó de existir como tal, y cuando se creó la Dirección Nacional de Asistencia Social en setiembre de 1948, junto con otras instituciones de beneficencia, sus institutos pasaron a depender de ésta. La Fundación Eva Perón surgió dos años más tarde, no con el propósito de reemplazarla, sino como consecuencia de la amplitud que habían tomado las actividades de Evita en el campo social y de la necesidad de establecer un organismo con personería jurídica que las centralizara y controlara.

Desde el punto de vista formal, la Fundación nació el 8 de julio de 1948. En esta fecha, el Decreto N° 20.564 firmado por Perón y el ministro de Justicia e Instrucción Pública, Dr. Belisario Gache Pirán, otorgó personería jurídica a la "Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón". Por el Decreto N° 20.268 del 25 de setiembre de 1950, pasó a llamarse "Fundación Eva Perón", nombre

[416] Eva Perón, *La Razón de mi vida*, p. 213. Las palabras de Evita no aclaran si este grupo de damas era el de la Sociedad de Beneficencia. No ha sido posible determinar con exactitud si la entrevista entre las señoras de la Sociedad y Evita efectivamente se realizó. Según el testimonio de Fermín Chávez, la entrevista habría tenido lugar y habría sido concertada por Alejandro Leloir, por lo menos así se lo relató él. A pesar de haber sido arreglada con sumo cuidado por las prevenciones que existían de ambas partes, no pudieron llegar a un acuerdo pues Evita se habría rehusado a patrocinar una función de beneficencia.

[417] *La Nación*, 6 de octubre de 1959.

que conservó hasta poco después del levantamiento militar que puso fin a la segunda presidencia de Perón. Según lo establecían sus estatutos, la Fundación tenía los siguientes objetivos:

"a) Prestar ayuda pecuniaria o en especie, facilitar elementos de trabajo, otorgar becas para estudios universitarios y especializados a toda persona carente de recursos que así lo solicite y que, a juicio de la fundadora merezca ser otorgado;

"b) Construir viviendas para su adjudicación a familias indigentes;

"c) Crear y/o construir establecimientos educacionales, hospitalarios, recreativos o de descanso y/o cualesquiera otros que permitan una mejor satisfacción a los elevados fines que persigue la institución;

"d) Construir establecimientos benéficos de cualquier índole, los que podrán ser transferidos, con o sin cargo, al Estado Nacional, Provincial o Municipal;

"e) Propender, contribuir o colaborar por todos los medios a su alcance, a la realización de obras de interés general y que tiendan a satisfacer las necesidades esenciales para una vida digna de las clases sociales menos favorecidas"[418].

Debemos señalar sin embargo, que ya a fines de 1947, o sea antes de que surgiera formalmente la Fundación, existía algo que la prensa peronista llamaba la Cruzada de Ayuda Social o la Obra de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, que repartía subsidios a ancianos, habilitaba Hogares de Tránsito para mujeres desamparadas y donaba viviendas, realizando así muchas de las funciones que luego desarrollaría la Fundación.

En *La razón de mi vida*, Evita cuenta que su programa de ayuda social comenzó poco a poco, después de las elecciones de febrero de 1946, cuando se dio cuenta de que "las esperanzas del pueblo se concretaban en peticiones lo más variadas, desde una obra de gobierno extraordinaria y aún fantástica que solicitaba toda una ciudad hasta la pelota de foot-ball que quería un 'changuito' del norte o la muñeca que deseaba una 'coyita'".[419] La miseria y el dolor que existían en la Argentina eran muy grandes, dice Evita, y Perón se había comprometido a terminar con la injusticia social. Como él no podía cumplir con su promesa "de un día para otro" y las necesidades de los descamisados apremiaban, ella decidió ponerse al servicio de los que buscaban ayuda. Les dijo: "Aquí estoy. Quiero servir de algo para mi pueblo".

"Cuando advertí que mi voz todavía tímida había sido escuchada por los descamisados de mi país, cuando empecé a ver que llegaban cartas y más cartas, y hombres y mujeres, jóvenes y niños y ancianos empezaban a golpear las puertas de nuestra residencia privada, recién me di cuenta de lo que iba a significar mi 'corazonada'"[420]. Según Evita, así comenzó, poco a poco. "No

[418] Fundación Eva Perón, *Estatutos* (Buenos Aires, 1955), ps. 1-2.
[419] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 83.
[420] *Ibid*., p. 165.

podría decir exactamente qué día fue. Lo cierto es que primero atendí personalmente todo. Luego tuve que pedir auxilio."[421]

El contacto diario con la gente que requería su ayuda, primero en su oficina de Correos, luego en el Ministerio de Trabajo y continuaba llegando a la residencia presidencial, las visitas a lugares como el bañado de Flores y otros barrios tanto en Buenos Aires como en el interior de la República, donde la gente se amontonaba en condiciones de vida miserables, acrecentaron en ella la necesidad de remediar las premuras inmediatas de los que solicitaban su amparo. En un principio la ayuda se llevó a cabo sin un plan determinado, en respuesta a los problemas que le planteaban. Así por ejemplo, como los pedidos de ropa y comida eran muchos, recurrió a sindicatos para que hicieran donaciones. En un garaje abandonado de la residencia presidencial fue acumulando azúcar, telas, ropas, zapatos, etc. Era un verdadero almacén y así fue bautizado: "Las Delicias". Cuando Perón se acostaba, Evita, junto con Renzi y otros empleados de la residencia, se ponía a hacer paquetes. "El azúcar era nuestro mayor problema", recuerda Renzi, "con su entusiasmo, la Señora tiraba al suelo más de lo que envasaba dentro de las bolsas de papel"[422]. Ella llevaba esos paquetes al interior para distribuirlos y también los repartía en la Capital Federal. El 14 de agosto viajó a Rosario, donde distribuyó ropa y víveres; hizo lo mismo en ocho sindicatos cordobeses el 26 de octubre, cuando fue a inaugurar dos hospitales ferroviarios. El 11 de noviembre repartió 10.000 paquetes en la escuela N° 52 de Berisso ayudada por Isabel Ernst y el ministro de Trabajo, Freire. El 9 de diciembre, en la Biblioteca Popular Juan Perón, su colaboradora era Lilian Lagomarsino de Guardo. El 24 de diciembre por la mañana distribuyó sidra, juguetes y paquetes de ropa a 6.000 personas en el Parque Patricios, y por la tarde, siguió haciéndolo en Vicente López, junto con su hermana Elisa y Lilian Lagomarsino de Guardo. Esas Navidades, como los obreros de la Fábrica Nacional de Alpargatas estaban en huelga, les hizo llegar 9.000 paquetes con comida para celebrar las fiestas y terminó el año entregando 500 subsidios a ancianos en el Ministerio de Trabajo.

Los esfuerzos de Evita, desorganizados, espontáneos, exigían una estructura, pues los pedidos de ayuda no cesaban. Llegaban de todos los rincones de la República y pronto se vio en la necesidad de emplear más personal para procesar las cartas que recibía. Su viaje a Europa postergó toda decisión. Además, durante éste visitó "cuanta obra social" le fue posible y "salvo algunas excepciones, en aquellas visitas de aprendizaje conocí todo lo que no debía hacer en nuestra tierra una obra de ayuda social"[423]. Es que las obras habían sido construidas "con criterio de ricos... y el rico cuando piensa para el pobre piensa en pobre"[424]. A los pocos meses de volver al país se dio cuenta de que ya no podía continuar haciendo las cosas como lo había hecho hasta entonces pues para las Navidades de 1947 el número de juguetes que repartió

[421] *Ibid.*, p. 166.
[422] Borroni y Vacca, *op. cit.*, p. 226.
[423] Eva Perón, *La razón de mi vida*, ps. 224-225.
[424] *Ibid.*, p. 225.

alcanzó a 5.000.000 y en mayo de 1948, según sus declaraciones a la prensa, recibía unas 12.000 cartas al día[425].

En esta etapa, el dinero que Evita necesitaba para adquirir ropa, comida o para distribuir en forma de subsidios provenía de donaciones, pero principalmente de un fondo instituido por el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo. Deseoso de colaborar con Evita, Cereijo propuso la creación de una cuenta especial en el Banco Central titulada Ministerio de Hacienda-Obras de Ayuda Social a la que contribuirían los distintos ministerios y secretarías de Estado. Su propuesta, convertida en ley (Decreto N° 11.116 del 18 de setiembre de 1946) indicaba que esos fondos servirían para la "adquisición de ropas, calzado, artículos alimenticios y otros similares, farmacia y droguería, excluidos los de sueldos y jornales"[426].

A principios de 1948, era obvio que Evita no sabía todavía qué quería hacer exactamente en el campo de la ayuda social. Mientras tanto, como interventor de la Sociedad de Beneficencia, Méndez San Martín había ido reestructurando los institutos que dependían de esa entidad con un criterio más acorde con los postulados del gobierno. Los internos ya no usaban uniformes, se ampliaban los servicios y los edificios eran remodelados. En el mes de marzo de 1948, todas las escuelas de enfermeras dependientes de los hospitales de la Sociedad son absorbidas en una institución que pone bajo la regencia de Teresa Adelina Fiora, hasta entonces secretaria de la Escuela de Enfermeras del Hospital Peralta Ramos. Tres meses más tarde, Fiora ya tenía la nueva Escuela de Enfermeras "María Eva Duarte de Perón" en funcionamiento. Fue inaugurada oficialmente bajo otro nombre, "7 de Mayo", y como parte de la Fundación, el 4 de setiembre de 1950. Hasta el año 1955, en que fue intervenida por el gobierno del general Eduardo Lonardi, la Escuela formó un excelente cuerpo de 858 enfermeras, conocidas como "las enfermeras de la Fundación" ya que además de cumplir con sus funciones profesionales en los hospitales construidos por esa institución, trabajaban en los servicios de emergencia, preparaban las nuevas obras para las inauguraciones, eran sus asistentes sociales y hasta la representaban en los desfiles, como por ejemplo el que tuvo lugar en el Día del Reservista, el 20 de agosto de 1950. El primer internado de la Escuela de Enfermeras, en la Casa Cuna, dio la pauta del estilo que caracterizaría a todas las obras de la Fundación. Sin escatimar gastos, Fiora buscó borrar el ambiente institucional y crear un clima hogareño para las internadas que venían a estudiar del interior.

Para cuando Evita decide organizar la Fundación había, pues, un equipo de gente con experiencia en el área asistencial y criterios próximos a los que ella quería impartir a sus proyectos, y muy pronto se convirtieron en sus colaboradores. Hacia 1950, éstas son las principales personas que trabajaban con Evita en el campo social: el contador público Alfredo Alonso y el ministro de Hacienda, Ramón Cereijo, son los encargados de la parte financiera, este último como administrador y apoderado de la Fundación; Armando Méndez San

[425] *Democracia*, 8 de mayo de 1948.
[426] *Anales de Legislación* (Buenos Aires: Editorial La Ley, 1946), tomo VI, p. 329.

Martín, que a partir de diciembre de 1948 pasó a ser director nacional de Asistencia Social, es director general de la Fundación; el prestigioso cirujano Dr. Ricardo Finochietto es el asesor de Evita en lo que concierne al programa hospitalario y dirige uno de los policlínicos construidos por la institución; el padre Hernán Benítez, cuya parroquia está en Saavedra, en un barrio de viviendas construido por la Fundación hacia fines de 1951, y finalmente, allí está también Atilio Renzi, cuyo trabajo consiste en ayudar todos los días a Evita cuando ella entrevista gente en el Ministerio de Trabaja y Previsión, en lo que llama "la ayuda social directa".

En un discurso que Evita pronunció el 5 de diciembre de 1949 en el Primer Congreso Americano de Medicina del Trabajo, explicó que la Fundación fue creada "para cubrir lagunas en la organización nacional, porque en todo el país donde se realiza una obra, siempre hay algunas que cubrir y para ello se debe estar pronto para realizar una acción rápida, directa y eficaz"[427]. Su preocupación en un primer momento fue colaborar con la política social del gobierno en aquellos terrenos donde ésta se hacía sentir con mayor dificultad o donde penetraba más lentamente, o sea en los niños, las mujeres desamparadas y los ancianos. Estos era sectores marginales por cuanto no podían beneficiarse directamente de toda la legislación social que compensaba a obreros, empleados, peones de campo, etc., ya sea porque no tenían trabajo regular o porque, como en el caso de los ancianos, si bien habían trabajado toda su vida, no tenían jubilación y por lo tanto necesitaban de pensiones o subsidios para no terminar sus días en la indigencia.

La actividad de Evita en el campo de la ayuda social fue objeto de una intensa campaña de alabanzas por parte de la prensa peronista, especialmente, claro está, de *Democracia*. Evita siempre fue extremadamente sensible a las exclamaciones de admiración que desencadenaban sus actos. En múltiples instancias, ella las buscaba y se prestaba muy gustosa a los montajes más aparatosos de la maquinaria de propaganda peronista pero también es verdad que no se dejó devorar por ella. Así por ejemplo, la Declaración de los Derechos de Ancianidad fue proclamada con toda solemnidad en una ceremonia que tuvo lugar en el Ministerio de Trabajo el 28 de agosto de 1948. El Decálogo, como también se lo llamó, aseguraba al anciano en su primer artículo, el "derecho de protección integral por cuenta y cargo de su familia" o del Estado y en los otros nueve, el derecho a la vivienda, a la alimentación, al trabajo, etc.[428] Perón, sus ministros, legisladores y dirigentes sindicales asistieron al acto, en el que las loas a "La Dama de la Esperanza" fueron profusas. Pero dejando de lado el exordio y la invocación que precedían la declaración, así como su objetivo de extenderlo al mundo entero, Evita pronunció en esta ocasión un discurso que, a pesar de su sintaxis confusa, expresa claramente el sentido que tenía el documento para ella. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, dijo Evita, "se puso punto final a una etapa de nuestra historia para dar comienzo a la nueva

[427] *Democracia*, 6 de diciembre de 1949.

[428] *Democracia*, 27 de agosto de 1948. Véase: Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón, *Declaración de los Derechos de la Ancianidad* (República Argentina, 1949).

etapa cuyo capítulo inicial reside en la dignificación del pueblo laborioso, vanguardia creadora y reivindicadora de la nacionalidad. Aquí también se dará comienzo a lo que la Ayuda Social, que tengo el honor y el deber de presidir, ha querido crear para reparar una injusticia e incluir en su labor solidaria a un sector del pueblo, que llega al ocaso de la vida huérfano de cariños y económicamente incapacitado para proveer a su necesidad... En el cuadro de nuestra actualidad social, que podemos exhibir como ejemplo ante el mundo, los ancianos desvalidos, Excelentísimo señor Presidente, son, para vergüenza nuestra, como una réplica dolorosa de lo que eran la mayoría de los argentinos laboriosos hasta el día en que la Nación oyó de vuestros labios que la justicia o era social y se arrancaba la venda hipócrita de los privilegiados que la enceguecía, o no era justicia ni era nada. Ellos, hoy, como las mayorías productoras ayer, sólo conocían el sabor de las migas que dejaba sobre la tierra el perenne banquete de los poderosos ensoberbecidos y olvidados de Dios y de sus hermanos productores"[429].

Además de subsidios individuales para ayudar a ancianos, Evita propició la construcción de hogares, inaugurando el primero el 17 de octubre de 1948. También obtuvo que el Congreso sancionara una ley que acordaba pensiones a personas de más de sesenta años que no tuvieran recursos o no estuvieran amparadas por regímenes de previsión. El 3 de julio de 1950 en un acto que tuvo lugar en el Teatro Colón, Evita entregó las primeras 1.000 pensiones a la vejez. Antes de iniciar la ceremonia, Evita pronunció un pequeño discurso en el que destacó que la Fundación solamente cumplía con los anhelos de Perón, cuyos cariños más grandes eran los niños, los trabajadores y los ancianos. Terminó sus palabras con la siguiente declaración: "Mi divisa es clara y noble mi objetivo. Y por más que la calumnia y la intriga quieran detenerme, no lo lograrán jamás. No me detendré ante los perros que ladran en el camino"[430].

Para muchos argentinos, la acción social de Evita se caracterizó principalmente por la ayuda que prestaba a todos los que venían a visitarla por las tardes en el Ministerio de Trabajo y Previsión. Pero en realidad, ésta es solamente una parte de todo lo que ella realizó por medio de la Fundación.

En el campo educacional, esta institución construyó un total de 1.000 escuelas y dieciocho hogares-escuela en el interior del país, donde unos 3.000 niños de 4 a 10 años, de padres sin recursos, estudiaban, ya fuera como internos o externos, según las necesidades de cada familia. La famosa "Ciudad Infantil Amanda Alien" y la Ciudad Estudiantil, ambas en la Capital Federal, integraban también el aspecto educacional de la Fundación. La primera, inaugurada el 14 de julio de 1949, estaba construida en medio de amplios jardines. Contaba con aulas y dormitorios alegres y espaciosos, una enfermería, un comedor decorado con personajes y animales de cuentos infantiles y una serie de edificios que configuraban una ciudad en miniatura donde correteaban unos 300 niños, de edad pre-escolar inclusive. La segunda, también en medio de hermosos jardines

[429] *Ibid*., p. 18.
[430] *Democracia*, 4 de julio de 1950.

y con inmejorables facilidades para deportes, ocupaba cinco manzanas. Inaugurada en octubre de 1951, albergaba a muchachos del interior que por sus estudios debían vivir en la Capital. Las provincias de Córdoba y Mendoza también contaban con una ciudad estudiantil cada una.

En el campo de la asistencia médica, la Fundación construyó un total de cuatro policlínicos solamente en Buenos Aires: el de Ezeiza y los tres policlínicos gemelos de Avellaneda, Lanús y San Martín, cada uno con capacidad de 500 camas, equipos supermodernos, revestimientos de mármol, amplias ventanas, cuartos hospitalarios —en el buen sentido de la palabra— y atención totalmente gratuita. La Fundación construyó también policlínicos en Salta, Mendoza, Jujuy, Santiago del Estero, Catamarca, Corrientes, Entre Ríos y Rosario. No llegó a inaugurar su Policlínico de Niños en Baigorria (Catamarca) pues lo hizo la Revolución Libertadora. En cambio, el gobierno militar interrumpió la construcción de un hospital en Corrientes y abandonó también las obras del Hospital de Niños de la Capital Federal, ya muy adelantadas y en las cuales la Fundación había invertido 400 millones de pesos. Esta institución mantenía también una clínica de recuperación infantil en Terma de Reyes (Jujuy) y otra para niños enfermos del pulmón en Ramos Mejía, y el Instituto del Quemado. En el año 1951 envió un tren sanitario que recorrió durante cuatro meses todo el país, ofreciendo a la población totalmente gratis servicios de rayos X y otros tipos de asistencia médica. Cuando ocurría algún siniestro, la Fundación enviaba inmediatamente sus ambulancias, enfermeras y también ropa, comida y medicamentos, ya fuera a cualquier rincón de la República como al exterior, Perú, Ecuador, Colombia, etcétera.

Cuando Perón inauguró el Séptimo Congreso Internacional de Cirugía, el 1 de agosto de 1950, rindió tributo a la acción que desarrollaba la Fundación en el campo de la medicina. A las 80.000 camas de hospitales con que contaba la Argentina en 1946, su gobierno había agregado 30.000 y la Fundación, cumpliendo con su plan hospitalario, aportaría un total de 15.000 para 1952[431].

En Buenos Aires, la Fundación mantenía tres hogares de tránsito, con una capacidad total para 1.150 personas. En estas instituciones, alegres y acogedoras, mujeres con hijos encontraban un refugio temporario, tratamiento médico si lo necesitaban, ropa, etc., mientras se les buscaba trabajo y vivienda permanentes. Por otro lado, las muchachas solteras que trabajaban en la Capital Federal y que por cualquier circunstancia no tenían dónde vivir podían hacerlo en el Hogar de la Empleada "General San Martín", en plena Avenida de Mayo, y disfrutar de sus cuartos amplios, salas de recibo, salón de música y biblioteca. El Hogar tenía capacidad para 500 personas, un restaurante donde se podía comer a precios muy moderados y otro muy lujoso, donde los precios eran naturalmente mucho más caros.

La Fundación mantenía cuatro hogares de ancianos. El de Burzaco, inaugurado el 17 de octubre de 1948, era un conjunto de varios edificios:

[431] *Juan Perón y Eva Perón hablan a los delegados del VII Congreso Internacional de Cirugía* (Buenos Aires, año del Libertador General San Martín, 1950), p. 9.

talleres, dormitorios, enfermería, gallineros, establos, etc. Ocupaba 32 hectáreas y proporcionaba casa, comida, recreo y trabajo a unos 200 ancianos. Además de tener colonias de vacaciones para niños, como la de Ezeiza, subvencionaba vacaciones de jubilados, obreros, estudiantes y niños en sus unidades de turismo de Uspallata (Mendoza), Chapadmalal (Buenos Aires), donde había trece hoteles con una capacidad total para 4.000 personas, y Embalse Río Tercero (Córdoba), un complejo de seis hoteles con capacidad para 3.000 turistas. Construyó asimismo viviendas para obreros como el barrio Presidente Perón (Saavedra) y "Ciudad Evita" que proporcionó vivienda propia a 25.000 familias.

A partir de 1948, la Fundación comenzó también a patrocinar campeonatos infantiles y juveniles de fútbol. Una comisión presidida por Cereijo fue la encargada de organizar lo que empezó como un campeonato de fútbol y luego fueron verdaderos torneos de atletismo, pues incluían competencias de natación, básquetbol, esgrima, etc. En 1949, se inscribieron en el campeonato de fútbol 100.000 niños y se formaron unos 25 equipos. En 1953, el número de inscriptos se elevó a 218.540. Todos los integrantes de los equipos recibían gratis la ropa que necesitaban para jugar y eran sometidos a una minuciosa revisión médica. A los finalistas se les daba la ropa para viajar a Buenos Aires y un equipo nuevo para jugar en los grandes estadios como el de River Plate. Los premios que ganaban eran viajes, copas, medallas, motonetas o becas de estudio. Los gastos que demandaron estas competencias fueron de 1.260 pesos en 1948 a 1.411.419 pesos en 1950 y 8.295.960 pesos en 1953[432].

En 1953, la Fundación Eva Perón publicó una Memoria mediante la cual pueden verse las actividades que desarrolló la institución en el curso del año 1952. Entre otras cosas, en los Hogares de Tránsito ingresaron un total de 2.118 personas. Continuaron funcionando las proveedurías, "habilitadas con finalidad de proveer a la población artículos de primera necesidad de la mejor calidad y a los precios más bajos" y se inauguró una nueva denominada "Coronel Juan Perón" en Villa Eva Perón, Mendoza. Se distribuyeron 2.778.433 unidades bajo el rubro Ayuda Social General, o sea medicamentos, libros, muebles, menaje, etc., y se hicieron envíos a Perú, Paraguay, Guatemala, Jujuy, Mendoza y Formosa, entre otros lugares. Se otorgaron 1.300 becas y subsidios. Se inscribieron 76.185 jóvenes para participar en los campeonatos deportivos. A todos se los sometió "a exámenes clínicos, radiológicos y odontológicos, completados con pruebas de laboratorio, electrocardiogramas y reacciones tuberculinas". Se amplió el edificio de la Ciudad Infantil y se habilitaron nuevos salones de clase. Se inauguraron tres hogares escuela "con una capacidad total de 1.680 plazas cada uno". En la Escuela de Enfermeras siguieron los cursos 1.062 estudiantes y egresaron por primera vez alumnas con el curso íntegro[433].

Evita dedicaba todas sus tardes, hasta altas horas de la noche, a la "ayuda social directa". Recibía largas filas de ancianos, hombres, mujeres con niños en

[432] Entrevista con el Dr. Ramón Cereijo.

[433] Fundación Eva Perón, *Memoria*, 1953; también Fundación Eva Perón, *Memoria y balance al 31 de julio de 1952.*

los brazos y jóvenes que venían a pedirle trabajo, una pensión, materiales para construir una pieza, una máquina de coser, una casa en un barrio o unos gramos de estreptomicina. El procedimiento para llegar hasta ella era muy sencillo. Se pedía una audiencia en su oficina del Ministerio o se le escribía una carta a la residencia presidencial, explicando el problema. Las cartas eran leídas en la calle Austria y allí se contestaban todas por igual, sin hacer cuestión ni por un momento de afiliación política. Cuando la persona empezaba a desesperar, venía la respuesta, conteniendo el día, la hora y el lugar, ya fuera por la tarde en el Ministerio o muy temprano en la residencia. Una vez en el despacho de Evita, la espera no terminaba pues por lo general ella debía interrumpir las entrevistas para cumplir con otras obligaciones, un acto oficial, una reunión sindical, una inauguración o acompañar a un visitante extranjero. Pero siempre volvía, dispuesta a conversar pacientemente con todos los que la habían aguardado, preguntándoles uno a uno qué necesitaban. Enterada del problema, los varios secretarios que se movían a su alrededor, entre los que infaltablemente se hallaba Renzi, empezaban a cumplir sus decisiones y ella estampaba sus iniciales en las órdenes que debían ser llevadas a otras dependencias, según el caso concreto. A veces, ante una madre con un niño en los brazos y otros dos colgados de las faldas, le preguntaba qué medios tenía para ir a casa. Si no se quedaba satisfecha con la respuesta, abría una carpeta en la que guardaba billetes y le daba unos cuantos. Si era tarde y la carpeta estaba vacía, le pedía a cualquiera de los ministros o altos funcionarios que estuvieran en su despacho que sacaran sus carteras y le dieran lo que tenían. Otras veces, mandaba a su chofer que llevara a un viejito a su casa y no faltó la ocasión en que cuando le llegó el momento de abandonar el Ministerio, se tuvo que tomar un taxi pues su auto todavía no había vuelto.

En *¿Quién mató a Rosendo?* el obrero Francisco Granato cuenta una visita al Ministerio de Trabajo. "Debió ser en el 51, cuando su madre recibió la carta de la Fundación, fue con él, hicieron las horas de espera hasta la medianoche, hasta que ella lo recibió, y la madre pidió la máquina de coser, pero también las chapas para terminar la pieza, y al fin, con un supremo esfuerzo, la dentadura postiza —si no fuera demasiado abuso—. Vio, con esa humildad de todos los humildes, que les parece que siempre piden mucho, y Evita le dice: 'No, si eso no lo pide nadie; al contrario, necesitamos gente que pida eso para que los médicos puedan estudiar', y le hizo un chiste como agradeciéndole que se atreviera a pedir los dientes postizos para ella y para el viejo.

"A los dos o tres días el camión con las chapas, las camas, los colchones, la bolsa de azúcar, las tazas, los platos, la ropa, las hormas de queso, las dentaduras postizas."[434]

Evita estaba convencida de que su programa de ayuda social era esencialmente diferente de la caridad que se practicaba antes de ascender Perón al gobierno y no hay duda alguna de que lo era. Sus enemigos, tanto de la izquierda como de la derecha, han hecho hincapié en algunos de los aspectos de

[434] Rodolfo Walsh, *¿Quién mató a Rosendo?* (Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo, 1969), ps. 55-56.

su trabajo, como la distribución de paquetes de ropa desde el último vagón de un tren, los "donativos" que realizó en Europa, o las entrevistas personales de Evita con los que venían a pedir su ayuda en el Ministerio de Trabajo, para tacharla de paternalista y aún peor, de hipócrita. Ciertamente, la imagen de Evita, elegante, perfumada con su esencia favorita, *Femme*, enjoyada como una hada rubia de cuentos infantiles, haciendo milagros todos los días con su generosidad ilimitada y reinando incontestada en su salón de audiencias del Ministerio de Trabajo como en un escenario teatral, no es totalmente falsa, pero está lo suficientemente deformada como para desvirtuar la realidad que vivían tanto ella como los que iban a pedir su ayuda.

El detenerse en los aspectos más superficiales del estilo de trabajo de Evita, dejando de lado la obra que realizó en su totalidad y el sentido que le dio constantemente a la ayuda social, es tan deshonesto como negar sus rasgos paternalistas o decir que carecen de importancia. Pues la tuvieron y mucha, porque así como el estilo de las damas de la Sociedad de Beneficencia no puede aislarse de la Argentina pre-peronista, tampoco puede separarse el estilo de Evita de su personalidad y de lo que fue el peronismo en el gobierno.

Para la gente que iba todas las tardes al Ministerio de Trabajo, la experiencia que representaba encontrarse con Evita tenía un sentido muy distinto del que le han dado sus críticos. Por empezar, sabía que ahora había una persona con poder e influencia a la cual podía recurrir para resolver sus problemas y eso significaba una diferencia notable con la situación que existía antes de 1946, cuando las instituciones de caridad eran demasiado escasas y sus fondos muy reducidos. En lugar de llenar formularios ante empleados cansados o aburridos, como sucedía antes de que ella comenzara a trabajar o como acontecía después, la gente se encontraba dialogando con la esposa del presidente de la República, el tiempo que fuera necesario, sin apuros. Sentada detrás de su escritorio, la mirada atenta, el cuerpo en tensión, inclinada hacia adelante como si no quisiera perder una sola palabra de las contestaciones que le llegaban con voz temblorosa, Evita hacía preguntas, sonreía, bromeaba y tranquilizaba a todos. Sus joyas y sus vestidos la hacían aparecer todavía más hermosa que las innumerables fotos publicadas en revistas y diarios. Pero en verdad, la gente no veía a la esposa del Presidente sentada detrás del escritorio, sino a "Evita", y todo el mundo sabía que Evita era una mujer del pueblo, igual que todas las que se amontonaban en el recinto y que era precisamente por eso que estaba allí. Cuando llegaba el momento de la despedida, le tomaban las manos, la besaban y los viejos la bendecían entre lágrimas. Ella se dejaba besar, alzaba a los niños en sus brazos y sus palabras eran siempre las mismas: nada había que agradecer, sólo recibían lo que era justo pues tenían derecho a todo lo que la Fundación podía proporcionar, ir al mejor policlínico si estaban enfermos, que sus hijos estudiasen como los de los oligarcas, que tuvieran juguetes y que todas las Navidades pudieran festejar las fiestas con pan dulce y un vaso de sidra.

La dualidad que percibían los que solicitaban su ayuda era la misma que Evita sentía y recalcaba constantemente. Como Evita ella no podía hacer

caridad, tenía que hacer justicia social. Cumplía con su cometido en la Secretaría de Trabajo, "cuna de la justicia social", de una forma parecida a su trabajo gremial, por lo tanto no podía ser ni filantropía, ni caridad, ni limosna, ni beneficencia. "Ni siquiera es ayuda social, aunque por darle un nombre apropiado yo le he puesto ése."

"Para mí, es estrictamente justicia. Lo que más me indignaba al principio de la ayuda social, era que me la calificasen de limosna o de beneficencia.

"Porque la limosna para mí fue siempre un placer de los ricos; el placer desalmado de excitar el deseo de los pobres sin dejarlo nunca satisfecho. Y para eso, para que la limosna fuese aún más miserable y más cruel, inventaron la beneficencia y así añadieron al placer perverso de la limosna el placer de divertirse alegremente con el pretexto del hambre de los pobres. La limosna y la beneficencia son para mí ostentación de riqueza y de poder para humillar a los humildes.

"Y muchas veces todavía, en el colmo de la hipocresía, los ricos y los poderosos decían que eso era caridad porque daban —eso creían ellos— por amor a Dios."[435] Ella no hacía otra cosa "que devolver a los pobres lo que todos los demás les debemos, porque se lo habíamos quitado injustamente".

"Yo soy nada más que un camino que eligió la justicia para cumplirse como debe cumplirse: inexorablemente.

"Por eso trabajo en público. Yo no pretendo hacer otra cosa que justicia y la justicia se debe administrar públicamente."[436]

Junto con el aspecto social de sus actos, Evita no dejaba de mencionar el propósito reivindicatorio de éstos. En ocasión de la inauguración de la Ciudad Infantil (octubre de 1951), ya enferma, explicó que durante "cien años, el pueblo argentino sólo ha recibido las migajas que le caían de las mesas abundantes de la oligarquía, que primero lo explotaba y después para quedar en paz con su conciencia, le tiraba las sobras de sus fiestas".

"Yo he deseado y he podido felizmente realizar el acto de desagravio que los humildes de mi Patria se merecen.

"En cada instituto de la Fundación, he puesto todo el lujo y toda la riqueza que le fueron negados a todos los pobres descamisados argentinos durante los cien años amargos de la oligarquía vendepatria y egoísta. Me siento feliz porque hoy puedo cumplir con este acto de desagravio en todos los rincones del país donde se levanta una obra de la Fundación."[437] Quería conscientemente que las obras de la Fundación fueran lujosas "porque un siglo de asilos miserables no se puede borrar sino con otro de hogares 'excesivamente lujosos'"[438]. Lo hacía porque así restituía al pobre lo que era suyo, porque el mundo tenía suficiente riqueza para que no hubiera más pobres y porque

[435] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 182.
[436] *Ibid*., ps. 183-84.
[437] *Democracia*, 28 de octubre de 1951.
[438] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 211.

quería que éstos se acostumbraran "a vivir como ricos... y en cualquier parte del mundo"[439]. Su fe y su confianza en la bondad y generosidad del descamisado le hacían desechar las críticas de aquellos que veían futuros inadaptados sociales en los niños que saldrían de los institutos de la Fundación. "Solamente los humildes salvarán a los humildes", repetía incansablemente, y en sus hogares los descamisados aprenderían "a ser leales con el pueblo a fin de que, una vez capacitados para servirlo, no lo traicionen jamás como ha traicionado la clase dirigente anterior a Perón... Mis hogares tienen la misión sagrada de formar hombres humildes que mañana sean abanderados del pueblo, que consoliden la victoria del pueblo sobre sus enemigos. Nosotros preparamos a los hijos del pueblo para que sean conductores de sus masas en la hora de los pueblos, cuya aurora comienza anunciando el mediodía brillante en que los pueblos tomarán las riendas de su propio destino"[440]

El contacto diario, prolongado e intenso con las miserias y angustias de todos los que venían a pedir su ayuda definió en gran medida la personalidad de Evita en los últimos años de su vida —esa Evita que los peronistas venerarán como una santa durante décadas, que siente el dolor y la penuria de cada una de las personas que llegan hasta ella y lo hace suyo, que besa y se deja besar por mujeres con pústulas en la cara y que se olvida de sí misma para entregarse a una labor frenética por el enfermo, el desvalido y en quien el viejo "sentimiento de indignación ante la injusticia social" se ha transformado en una pasión que la domina incontroladamente—. Porque conoce a las "almas destrozadas por el dolor y la injusticia", dice en *La razón de mi vida*, porque ha visto "de cerca a las víctimas que han hecho los ricos y los poderosos explotadores del pueblo, por eso mis discursos tienen muchas veces veneno y amargura". Sabe que son muchos los que encuentran en el dolor de los pobres sólo un "melodrama", pero ese dolor es precisamente el que más la hace sufrir. "Por eso grito muchas veces hasta enronquecer y quedar afónica, cuando en mis discursos se me escapa la indignación que llevo, cada vez más viva, casi como una herida en el corazón."

"Muchas veces he deseado que mis insultos fuesen cachetadas o latigazos para que dándoles a muchos en plena cara les hiciesen ver aunque no fuese más que por un momento lo que veo todos los días en mis audiencias de ayuda social.

"Y cuando digo que la justicia ha de cumplirse inexorablemente, cueste lo que cueste y caiga quien caiga, estoy segura que a mí, Dios me perdonará haberlos insultado porque los he insultado por amor ¡por amor al pueblo!, pero a ellos les va a hacer pagar todo lo que sufrieron los pobres ¡hasta la última gota de sangre que les quede!"[441]

"La vi besar al leproso, besar al tuberculoso, besar al canceroso", recuerda el padre Hernán Benítez. "La vi distribuir amor. El amor que redime la limosna de la carga de injuria al pobre que la limosna lleva dentro de sí. La vi abrazarse

[439] *Ibid*., p. 212.
[440] *Democracia*, 28 de octubre de 1951.
[441] Eva Perón, *La razón de mi vida*, ps. 177-178.

a los harapientos y llenarse de liendres y de piojos. La vi sentirse hermana del pobre y no superior al pobre. Por más que su dinero, sus joyas y sus trapos la colocaran tan lejos de la justicia social." Sin embargo, no fue una santa, pues no renunció ni a la riqueza ni a los honores, apunta Benítez. "Por otra parte, tampoco los aprovechó para escapar de su clase social. Fue fiel a su pueblo. Fiel, porque amó al pobre y fiel porque condenó al rico. No a éste por rico (ella también lo era), sino por ser enemigo del pobre (ella no lo era)."[442]

Para los antiperonistas, la acción social de Evita nada tenía que ver con el amor. Sus discursos y sus actos eran la prueba irrefutable de que no pasaba de ser una "resentida", característica que con el correr de los años casi se ha convertido en un cliché[443]. Es interesante notar que los que llamaban a Evita resentida eran solamente sus enemigos, en particular la oligarquía, y lo hacían como un insulto. Los descamisados nunca dijeron que lo era, y tal como se usaba contra ella, la palabra reflejaba su contenido ideológico, pues con ésta se acusaba a Evita, una persona implícitamente inferior, de querer usurpar un status que no le correspondía. Ella niega ser una resentida en el sentido que le daban a la palabra los antiperonistas. Confundían su sentimiento de indignación ante la injusticia social con resentimiento, explica en su *Historia del peronismo*. Mientras aquél es "un sentimiento positivo", éste es "completamente negativo, *propio de egoístas y estériles*"[444]. En su autobiografía admite estar de acuerdo con sus "supercríticos" con una salvedad. "Soy resentida social. Pero mi resentimiento no es el que ellos creen."

"Ellos creen que se llega al resentimiento únicamente por el camino del odio... Yo he llegado a ese lugar por el camino del amor... Yo lucho contra todo privilegio de poder o de dinero. Vale decir contra toda oligarquía, no porque la oligarquía me haya tratado mal alguna vez... Mi 'resentimiento' no viene de ningún odio. Sino del amor: del amor por mi pueblo cuyo dolor me ha abierto para siempre las puertas de mi corazón."[445]

Los actos de Evita demuestran que no era una resentida en el sentido que daban a la palabra sus "supercríticos". Lo que sus enemigos denominaban resentimiento tampoco era conciencia de clase. Siguiendo su división de la sociedad en pueblo y oligarquía, su resentimiento era la expresión de su conciencia de pertenecer sin reserva alguna al pueblo. Como dice en su *Último mensaje*: "Nací en el pueblo y sufrí en el pueblo. Tengo carne y alma y sangre de pueblo. Yo no podía hacer otra cosa que entregarme a mi pueblo"[446]. No obstante sus joyas, su vanidad y el placer que le daba su poder, no tuvo nunca dudas sobre quién era, lo que quería ser, dónde estaban sus "hermanas" y sus "compañeros", qué debía hacer para no traicionarlos y quiénes eran los enemigos comunes. El tiempo no solamente la fue convenciendo de que

[442] *Careo* (julio de 1964), p. 6.

[443] Véanse entre otras obras, Américo Ghioldi, *op. cit.*; Fleur Cowles, *op. cit.*; Mary Main, *op. cit.*; Juan José Sebreli, *op. cit*.

[444] Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 142. Lo destacado está en el texto.

[445] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 213.

[446] Véase apéndice.

siempre había tenido razón, sino de que además debía mantener esa conducta hasta el fin de su vida.

Las características que la ayuda social fue adquiriendo con el tiempo bajo el gobierno peronista reflejan la personalidad de Evita en toda su complejidad. No es difícil oír el repiqueteo de la Singer de su madre en las miles de máquinas de coser que regalaba para que las mujeres pudieran aumentar sus ingresos sin salir a trabajar fuera de casa o recrear su infancia sin juguetes en las pelotas de fútbol, bicicletas y muñecas que entregaba para las Navidades. También se reconoce otra faceta de su personalidad en la mujer que cuidaba hasta los mínimos detalles de la imagen que proyectaba en su despacho del Ministerio de Trabajo y se rodeaba todos los días de grandes ramos de flores. Impaciente y nerviosa, era toda calma y dulzura cuando hablaba con los "humildes", y no le importaba que ministros, funcionarios y diplomáticos esperaran largas horas una entrevista con ella. Cuando recorría con dignatarios extranjeros la Ciudad Infantil o los enormes depósitos de la Fundación en la calle Uriburu, con sus montañas de utensilios de cocina, de cajas de zapatos, de colchones, etc., demostraba su orgullo y su satisfacción sin retaceos. Era su obra, en la que todo era hermoso, nuevo y lujoso, en la que todo funcionaba perfectamente, con un orden impecable. Era el mejor ejemplo de la sociedad que Perón construía y lo había hecho ella. No escondía ni olvidaba por un instante el valor político que tenía la Fundación, y lo usaba sin reparos. Por eso quería que las delegaciones sindicales que venían del interior visitaran las obras de la Fundación en la Capital Federal y ella no dejaba de acompañar a cuanto dignatario extranjero pisara la Argentina en un recorrido de lo que su institución tenía de más notable. Por otra parte, sus visitas sorpresivas, sin anuncio previo, a la Ciudad Infantil o Estudiantil, camino al Ministerio o durante el fin de semana, denotaban un interés genuino, fuera de todo deseo exhibicionista o de una finalidad puramente política.

La existencia de la Fundación se justificaba para Evita por la pobreza imperante en los sectores más bajos de la sociedad —antes que subiera Perón al gobierno— y porque toda la obra que él había realizado no alcanzaba para cubrir las necesidades de todos. Era un remedio temporario cuya terminación deseaba, expresó en varias oportunidades, y su más ferviente anhelo era que la Fundación dejara de existir, que ya no fuera necesaria, porque eso significaría que los objetivos del gobierno peronista se habían cumplido y que reinaba la justicia social en la Argentina. "Quiera Dios que la ayuda social, que tengo el honor de presidir, desaparezca", dijo en un discurso de octubre de 1948, "porque el día que desaparezca la ayuda social, ese día será porque los argentinos ya no necesitan más de un poco de esperanza y un poco de consuelo"[447].

[447] *Democracia*, 30 de octubre de 1948. Véase también Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 238.



Evita habla desde los balcones de la Casa Rosada, el 1º de Mayo de 1951.
Ya había 3.600 unidades básicas peronistas en todo el país.

A su modo de ver, la Fundación era el medio que ella había puesto al servicio de Perón y por lo tanto del pueblo argentino para solucionar sus problemas más inmediatos. El principio que guiaba su acción era proporcionar a los descamisados los elementos necesarios para salir de la situación en que se hallaban, y por su propio esfuerzo integrarse a la comunidad, o atender aquellos grupos que "por razones de edad, por causas de enfermedad o por incapacidad física, no son aptos para el trabajo". Por variadas que fuesen las necesidades de los descamisados, ella sentía la obligación de satisfacerlas, no solamente porque así demostraba su apoyo a Perón, sino también porque el pueblo tenía derecho a ello.

Como si supiera que su vida iba a ser corta, con urgencia febril, Evita exigía de sí misma —y de sus colaboradores— un compromiso total. No terminaba una obra que ya tenía que empezar otra, como si antes de morir tuviera que dejar la mayor cantidad posible de escuelas, hospitales y proveedurías y tuviera que repartir el mayor número posible de muñecas, bicicletas y equipos de deporte. A pesar de que la Fundación no podría haber funcionado adecuadamente sin los múltiples empleados que aseguraban que las órdenes de Evita se cumplieran eficazmente, todas las decisiones tenían su origen en ella. Decidía qué niños iban a ir a un determinado hogar-escuela, cómo se iba a resolver el problema de la muchacha que debía ser operada en los Estados Unidos, en qué ciudad se iba a construir un nuevo policlínico, en qué repartición se le podía buscar trabajo a una determinada persona.

Muchas veces, para cuando los que solicitaban su ayuda se iban del Ministerio, ella ya había hablado por teléfono para que la situación se resolviera de inmediato, y antes de despedirlos, recomendaba a los interesados que volvieran a decirle si todo no había marchado como era debido. Los estatutos de la Fundación le daban el más absoluto poder y ella lo usaba plenamente. El artículo 7 establecía: "La administración corresponde única y exclusivamente a su fundadora, doña María Eva Duarte de Perón, quien la ejercerá con carácter vitalicio y gozará de las más amplias atribuciones que las leyes y el Estado conceden a las personas jurídicas. Sin perjuicio de lo expuesto, la fundadora podrá cuando lo estime conveniente y a su solo arbitrio, designar consejos, delegaciones o mandatarios, generales y especiales. Dichos consejos, delegaciones o mandatarios, durarán el tiempo que la fundadora determine y ejercerán, por delegación de ésta, las facultades que se determinen en sus respectivas designaciones"[448].

La fundación desplegó su mayor actividad de 1948 a 1952, pues fue entonces que se construyeron casi todos los policlínicos, muchos de los hogares-escuelas, etc. No es que la Fundación se convirtiera a partir de 1952 en una entidad con espíritu burocrático, donde para conseguir una máquina de coser había que llenar formularios de todo tipo y donde los expedientes tomaban meses en pasar de un departamento a otro, o que la desidia dominara a sus empleados, impidiéndoles el desempeño de sus funciones como en otros tiempos. Todo siguió funcionando, pero a ritmo más lento, y es que cuando falleció Evita, no sólo murió con ella el alma de la Fundación sino también la única persona con suficiente autoridad como para hacerla funcionar como lo había hecho hasta 1952. Muerta ella, nadie podía exigir de todos los que de alguna manera tenían que ver con la Fundación un ritmo de trabajo agotador, una dedicación total, a la par de la que ella misma realizaba mañana, tarde y noche. Nadie podía rechazar excusas o negativas de ministros y altos funcionarios como ella lo hacía o hacerse perdonar que en su afán por construir constantemente, con rapidez y a veces de manera ostentosa, no tomara las decisiones más sensatas, aun admitiendo su criterio de que las obras debían ser realizadas "como para ricos". Nadie —excepto el mismo Perón— podía

[448] Fundación Eva Perón, *Estatutos*, p. 3.

mantener en funcionamiento una institución que representaba un constante entorpecimiento para la marcha normal de las más diversas reparticiones estatales. Así por ejemplo, el ministro de Obras Públicas tenía que postergar sus planes por los que Evita patrocinaba, se reducían los recursos del programa de asistencia social del gobierno por el que ella desarrollaba y la política hospitalaria de Carrillo se veía afectada negativamente por los policlínicos que ella decidía construir. Las necesidades de sus institutos y de sus clínicas tenían prioridad sobre cualquier otra, por el solo hecho de que ella lo establecía, y los distintos ministerios se veían obligados a entregarle listas de vacantes para que ella pudiera distribuir empleos según su voluntad.

Además, la muerte de Evita coincidió con el comienzo de un período en que se acentúan las dificultades económicas y ya no era tan fácil obtener recursos para los proyectos. Un Consejo formado por un presidente y ocho vocales, cuatro designados por el secretario general de la CGT y cuatro nombrados por el ministro de Trabajo y Previsión, tomó las riendas de la institución. Pronto se vio sin embargo que ésta no era la solución más adecuada y que el buen funcionamiento de la Fundación requería la presencia de un ejecutivo que pudiera tomar decisiones. Tanto Perón, que era el presidente del Consejo, como los otros miembros, Cereijo y Freire, aceptaron su responsabilidad, pero no podían dedicarle el tiempo necesario y muchas veces las decisiones no podían esperar.

A principios de 1953, Perón pidió al teniente coronel Alberto F. R. Bolaños, en aquel momento presidente de la Lotería Nacional y Casinos, que se hiciera cargo de la Fundación y fuera su gerente. Bolaños aceptó y nombró a su vez a un subgerente, Jorge S. Spotti. El Consejo siguió funcionando reuniéndose con la gerencia periódicamente. Bolaños y Spotti fueron los encargados de proseguir todas las actividades de la Fundación, menos la ayuda social directa que, junto con los servicios asistenciales de urgencia, quedó en manos de Renzi.

Cuando Evita creó la Fundación, lo hizo con un capital inicial de 10.000 pesos que ella aportó. Cuando el gobierno del general Lonardi se incautó de sus bienes, tenía un activo de 3.408.196.550,96 pesos. Sus inmuebles valían 1.598.538.101,12 pesos y su presupuesto anual era de unos mil millones de pesos[449]. Para las Navidades de 1954, por ejemplo, la licitación de juguetes alcanzó 25.000.000 de pesos y compraba anualmente hasta 400.000 pares de zapatos o 500.000 máquinas de coser o 200.000 ollas nada más que para mantener sus reservas. Estas se guardaban en varios depósitos. Cada policlínico y cada hogar-escuela tenía el suyo propio, pero el principal estaba en la calle Uriburu, en una dependencia de la Facultad de Medicina. Empleaba a 14.000 personas (profesores, maestros, médicos, etc.). Un promedio de 6.000 obreros trabajaban en la construcción de sus obras y 26 sacerdotes eran capellanes de sus hogares de tránsito, de sus hogares-escuela, etc.[450]

[449] Así constaba en el acta levantada el 13 de octubre de 1955 cuando la Fundación Eva Perón pasó a manos del Instituto Nacional de Acción Social. Véase también, *Memoria, op. cit.*, página sin numerar.

[450] *Careo* (julio de 1964), página sin numerar.

Mucho se ha escrito sobre la manera en que la Fundación adquirió sus cuantiosos haberes. Según la Memoria de 1953, sus recursos provenían de las siguientes fuentes:

Donaciones en efectivo	291.964.794,29
Convenios Colectivos de Trabajo	50.126.644,86
Resolución 266	156.025.792,58
Alquileres	1.402.760,20
Convenio cinematográfico	31.405.627,00
Hoteles y colonias	12.399.079,00
Hogar de la Empleada "General San Martín"	5.430.531,85
Loterías	27.742.800,00
Ley 13.992, arts. 4° y 5°	60.028.881,62
Casinos	130.685.451,82
Impuestos a las carreras. Leyes 13.941 y 14.042	80.084.5367,52
Leyes 14.028 y 14.044	523.339,65
Producidos varios	39.491.796,67

Este cuadro indica que en varias oportunidades el Poder Legislativo colaboró generosamente con la Fundación para adjudicarle recursos —incluso los 97.257.274,10 pesos de la multa aplicada a la Casa Bemberg— y que la mayor fuente de ingresos provenía de donaciones. Estas eran las que hacían sindicatos, agrupaciones, empresas, organismos estatales y también individuos. Cada donante recibía un comprobante y en general el ministro de Hacienda era el que aceptaba la donación en nombre de la Fundación. Gran parte de las donaciones en efectivo provenían de sindicatos. Estos hacían contribuciones individualmente y, como se vio en otro capítulo, a partir de 1948 acostumbraban a donar un porcentaje de los aumentos consignados en los convenios colectivos de trabajo. El 7 de agosto de 1950, el Comité Confederal de la CGT resolvió donar tres días de jornal del aguinaldo a la Fundación. Como varios sindicatos se resistieron a cumplir con esta medida, la central obrera la rescindió, reduciendo la donación a dos días, el 1° de Mayo y el 17 de Octubre. Mientras José Espejo fue secretario general de la CGT, los aportes de los trabajadores siempre fueron en aumento, alcanzando su punto máximo en 1951 con 394.830.272,40 pesos[451]. Evita reconoció la deuda que la Fundación tenía con la central obrera, pues en las provisiones que tomó para después de su muerte le dio una fuerte participación en el gobierno de la institución y en el caso de que el Consejo no pudiera cumplir con su cometido, la administración de la entidad debía pasar a la CGT.

Durante el gobierno de Perón era corriente oír que los recursos de la Fundación provenían de donaciones forzosas y de chantajes que Evita hacía a las más variadas empresas. Américo Ghioldi en *El mito Eva Perón* relata que "el gobierno totalitario puso los poderes de coacción, de violencia y de amenaza en

[451] *Ibid.*

las arbitrarias y caprichosas manos de la Esposa del primer magistrado, la que impuso 'contribuciones espontáneas' de personas, empresas, instituciones, capitalistas, trabajadores, etc."[452] La resistencia a estos supuestos chantajes acarreaba sanciones muy duras y se citaba generalmente dos casos de empresas que se negaron a pagarlos y fueron perseguidas por el gobierno: los laboratorios Massone y la Fábrica de caramelos Mu-mu.

Es muy factible que colaboradores de Evita hayan ejercido presiones indebidas ante empresarios para obtener recursos o donaciones forzosas de mercadería. Es de pensar que esto sucediera sin su conocimiento, aunque no es imposible creer que si llegara a enterarse, hiciera la vista gorda pues "así los ricos se veían obligados a devolver lo que pertenecía a los pobres". También es probable que los empresarios no vieran con buenos ojos la obligación de contribuir a la Fundación con cada firma de convenios laborales y lo consideraran una forma de chantaje. Pero si las "contribuciones espontáneas" hubieran existido en gran escala y de manera sistemática, los perjudicados podrían haberlas denunciado después de setiembre de 1955. Si no deseaban hacerlo de ese modo, seguramente podrían haberlo hecho ante la comisión encargada de investigar la administración de la Fundación y ésta habría aceptado las denuncias presumiblemente con agrado. Es de creer que no las hubo en cantidades apreciables, pues de ser así el informe de la comisión las habría enumerado y no lo hace[453].

La acumulación de poder en manos de una persona, algo en principio siempre peligroso, en esta circunstancia sirvió para que Evita pusiera toda su pasión, su inagotable energía, su voluntad y también su infinita paciencia para construir policlínicos donde los pobres no se sintieran como tales o proporcionar vacaciones a miles de niños que jamás podrían haberlas tenido de otro modo o dar una pierna ortopédica a un hombre para que pudiera caminar, bailar y trabajar o prolongar un seguro de trabajo para que una mujer no tuviera que volver a la fábrica antes de tiempo y además tuviera radioterapia. El impacto de la Fundación sobre amplios sectores de la población de toda la República fue enorme, pues era una institución nacional con ramificaciones en todas las provincias y mecanismos que llegaban hasta los pueblos más aislados. En estos lugares, las unidades básicas del Partido Peronista Femenino cumplían funciones sociales en la medida en que recogían la información necesaria para transmitirla a la Fundación. Por otra parte, sus "células sociales" o sea grupos de asistentes sociales» recorrían el país con los mismos fines y examinaban si los pedidos que Evita recibía por carta debían ser satisfechos. Los barrios de viviendas obreras, los hospitales, los hogares-escuela, etc., se extendían por toda la República y los niños que participaban en los campeonatos de deportes y pasaban temporadas en Chapadmalal o en Córdoba provenían de todas las provincias. Para ellos, la existencia de la ayuda social, como sustituto de la caridad tal como se practicaba hasta 1946, representó un cambio profundo. De

[452] Américo Ghioldi, *op. cit*., p. 11.

[453] *Documentación, autores y cómplices*, *op. cit*., tomo III, p. 269. La única denuncia recogida es la de una mueblería, que por otra parte no fue decidida en su favor.

allí que a pesar de los años transcurridos desde la muerte de Evita la Fundación siga siendo "el instrumento operativo" que más aviva su recuerdo[454].

Sin dudar de los fines sociales que tuvo la Fundación Eva Perón, tampoco pudo ignorarse el sentido político implícito en cada obra de esta institución. Si bien parte de su actividad estuvo dirigida hacia sectores marginales, la construcción de hospitales, clínicas, viviendas para obreros, hoteles donde pudieran pasar unas vacaciones baratas con sus familias y la ayuda financiera que proporcionaba sindicatos para que pudieran ampliar sus obras sociales o adquirir sus sedes, tenía el claro propósito de complementar la política social del gobierno hacia un sector específico, los trabajadores. En este sentido fue la herramienta política más poderosa con que contó Evita, mucho más que el Partido Peronista Femenino o su relación con la CGT. Pudo utilizarla, porque para ese momento ya había creado una base dentro de la estructura de poder y por lo tanto podía hacer prevalecer sus decisiones, sus deseos y sus proyectos por sobre los de muchos ministros. Además, en momentos en que el Estado veía mermar sus recursos, pero las expectativas de los trabajadores no disminuían, la Fundación, por estar dirigida por Evita, contaba con los medios para sustituir algunas de las funciones que había cumplido anteriormente el Ministerio de Trabajo y los recursos para satisfacer dichas expectativas en las más remotas provincias. A partir de 1950, Evitó usó la Fundación para extender, reforzar y ampliar la adhesión de los trabajadores a Perón y al mismo tiempo para establecer su propia identidad con las masas, aumentar su influencia y fortalecer su propia posición dentro del gobierno.

Como presidenta de la Fundación, Evita no rendía cuentas de sus actos a nadie. Mientras éstos tuvieran resultados positivos para Perón, él no tenía por qué preocuparse. Como ningún funcionario se atrevía a pedir cuentas a Evita, ni tampoco un organismo estatal, estaba totalmente fuera de cualquier fiscalización. A pesar de ser formalmente una institución privada, en realidad no lo fue nunca y desde el primer momento se proyectó como una entidad paraestatal. En este sentido la Fundación Eva Perón es quizás el mejor ejemplo del poder que ejerció Evita: estaba integrada a la estructura de poder de una manera informal, por lo mismo no se encontraba limitada por contrapesos institucionales y, en consecuencia, su influencia sólo era controlable por Perón.

[454] Alberto Ciria, *Perón y el justicialismo* (Argentina: Siglo XXI, 1971), p. 112.

Capítulo XII

La candidatura a la vicepresidencia

El año 1950, proclamado oficialmente "Año del Libertador General San Martín", comenzó mal para Evita. Un caluroso día de enero, mientras asistía a la inauguración de un local sindical de los Conductores de Taxis, junto con José Astorgano, diputado y secretario general del gremio, y de varios legisladores, sufrió un desmayo. El incidente ocurrió el 9 de enero, en Avellaneda, pero *Democracia*, que por lo general acostumbraba a publicar los más mínimos detalles sobre sus actividades, nada dijo hasta el 13 de ese mes, cuando anunció que el día anterior Evita había sido operada de apendicitis en el Instituto del Diagnóstico. Las más altas autoridades del gobierno desfilaron por la clínica para enterarse de su estado, también sus familiares, el arzobispo de Buenos Aires, embajadores y el Nuncio Apostólico, mientras en las iglesias se celebraban misas para rogar por el restablecimiento de su salud.

La operación la obligó a tomar unas vacaciones forzadas, durante las cuales descansó, recibió visita y también miró cine —entre otras películas vio una vez más *La Pródiga*, que tanto le gustaba—. Su enfermedad le impidió asistir a la inauguración del Hogar de la Empleada, el 16 de enero, y tuvo que conformarse con el informe detallado que le proporcionaron Fiora, Emma Nicolini, Méndez San Martín y otros colaboradores. Durante su convalecencia no permaneció inactiva pues faltaba poco tiempo para que se abrieran las primeras unidades básicas del Partido Peronista Femenino y ella tenía que entrevistar a muchas mujeres todavía y asegurarse de que todo iba a marchar en perfecto orden.

Su primera salida fue el 24 de enero a mediodía. Después de haberse entrevistado con el secretariado de la CGT en la residencia, dio un paseo que consistió en ir a buscar a Perón a la Casa de Gobierno y volver con él. Al día siguiente hizo lo mismo, pero también concedió entrevistas a algunas personas que requerían su ayuda, mantuvo una reunión con el ministro de Trabajo y el secretariado de la CGT y recibió la visita del corredor Juan Manuel Fangio, que vino a despedirse de ella porque se iba a Italia a participar en una carrera.

Evita retomaba así contacto con su trabajo y el 27 de enero se reintegró a sus tareas gremiales en el Ministerio. La ocasión fue motivo de una celebración en el salón de actos a la que asistieron varios ministros, legisladores y el secretariado en pleno de la CGT. A partir de esa fecha y pese al calor veraniego,

mantuvo un intenso programa de trabajo, interrumpido en el mes de marzo por una gripe.

En la primera mitad del año, hizo varios viajes al interior del país. Un crucero de un día con Perón en el yate presidencial *Tequara* hasta Santa Fe para asistir a la celebración de la batalla de San Lorenzo (3 de febrero); otro a Paraná, el 21 de mayo; un viaje a Rosario para presenciar un acto patrocinado por la CGT el 29 del mismo mes y desde allí a San Juan para asistir a las exequias del gobernador Ruperto Godoy. Desde esa provincia, se dirigió a Tucumán para representar a Perón en las ceremonias de la transmisión de mando e inaugurar un hogar-escuela de la Fundación, luego a Jujuy donde abrió otro instituto y finalmente a Catamarca. En esta gira, que terminó el 8 de junio, además de asistir a los actos oficiales y de pronunciar discursos, mantuvo reuniones con representantes sindicales locales y delegadas y miembros del Partido Peronista Femenino.

Por muy agitados y cansadores que fueran estos viajes, ella los disfrutaba pues la acompañaba Emma Nicolini, que tenía apenas diecisiete años y la divertía con su juventud, dirigentes sindicales como Santín, al cual ella llamaba cariñosamente "el gallego", Soto, De Prisco, etc., gente con la que se sentía a gusto y con la cual podía conversar de política, de asuntos gremiales, o sea de lo que a ella le interesaba.

En cambio no le agradaban tanto los viajes en el *Tequara*, aunque estuviera sola con Perón, o los ocasionales fines de semana en la quinta de San Vicente, ahora mucho menos frecuentes que en otras épocas. Situada a 50 km de Buenos Aires, la quinta comprendía un parque arbolado de once hectáreas, una sencilla pero cómoda casa californiana, una capilla y caballerizas. En éstas quedaba *Manchita*, el famoso caballo bayo de Perón, que ese año deslumbró a los argentinos con sus caracoleos durante el desfile militar del mes de agosto en honor de San Martín. A Perón le gustaba mucho escaparse a San Vicente para descansar, pues allí podía hacer esgrima en la sala de armas, recorrer el parque y vigilar cómo crecían los sauces y los eucaliptos, hacer unos buenos asados al aire libre y además aislar a Evita de sus constantes actividades. Vestida con pantalones y una camisa de militar que le robaba a Perón, con el pelo suelto al viento, ella lo acompañaba en sus paseos, olvidándose —de a ratos— de sus compromisos, proyectos y problemas. Pero era justamente eso lo que pronto la impacientaba, el no saber qué sucedía con todo lo que tenía entre manos, el no estar en contacto con la gente que veía todos los días, como si pensara que nada pudiera caminar si ella no estaba presente.

Evita prefería el ritmo agotador de sus días de trabajo, que se alargaban sin cesar. Por lo general su jornada ya no terminaba antes de las dos o tres de la madrugada, y el 11 de julio de 1950, batió su propio record, se le hicieron las cinco de la mañana en el Ministerio de Trabajo. Las horas del día no le alcanzaban para entrevistarse con las delegaciones sindicales, recibir a visitantes extranjeros y acompañarlos a recorrer los institutos de la Fundación, hablar en actos organizados por los sindicatos, vigilar que la construcción de las obras no se atrasara, ver que la campaña por el empadronamiento de las

mujeres continuara, que se abrieran cada vez más unidades básicas del Partido Femenino y que funcionaran como ella quería y además pasar cinco o seis horas conversando con la gente que venía a pedir su ayuda como si no tuviera nada que hacer. Descuidando su salud, quitándole horas al sueño, ella sin embargo encontraba tiempo para acomodar acontecimientos especiales a su horario ya sobrecargado. Así por ejemplo, el 5 de febrero inauguró la rueda final del campeonato infantil "Evita" patrocinado por la Fundación, dando la patada inicial en el primer partido y saludando a los integrantes de todos los equipos. El 16 de ese mes asistió a la recepción que tuvo lugar para los seiscientos chicos en el Congreso. Al día siguiente, entregó cuatrocientas veintisiete casas construidas por la Fundación en el barrio de Saavedra y pronunció un discurso en el que pidió a los nuevos ocupantes que las conservaran bien "pues este barrio se ha hecho con cariño y devoción, y ustedes deben demostrar que son buenos peronistas, cuidándolo con todo esmero. Estas casas que nosotros entregamos representan la nueva era de justicia y de reivindicación social del general Perón"[455]. El 10 de febrero, a pesar de que era sábado, recibió en el Ministerio de Trabajo a los delegados a la conferencia de directores de hospitales. El 21, se entrevistó con el norteamericano Edward J. Miller, subsecretario de Estado para Asuntos Latinoamericanos, lo acompañó en una visita de las obras de la Fundación, le ofreció un refrigerio en el Hogar de la Empleada y esa misma noche dio una cena en su honor. Al día siguiente, junto con Perón, recibió en la Casa Rosada a una delegación de mujeres del Texas Federation of Women's Clubs. El 24, tomó parte en la ceremonia que marcó la inauguración del Parque de los Derechos de la Ancianidad, cuyos terrenos habían sido expropiados a la familia Pereyra Iraola, después de asistir a un acto en la Casa Rosada organizado por el Partido Peronista Femenino, en el que entregó a Perón un carnet de afiliado honorario. El 3 de mayo dio una cena en el Hogar de la Empleada para la nueva reina del trabajo, proclamada el 1º de ese mes, y al día siguiente, almorzó en la quinta presidencial de Olivos con delegadas del Partido Peronista Femenino. El 11 de mayo, recorrió la isla Maciel para observar las obras de reconstrucción financiadas por la Fundación después de un pavoroso incendio. Cumpliendo también con sus obligaciones de Eva Perón, como diría ella, asistió más hermosa que nunca a las funciones de gala del Teatro Colón el 25 de mayo y el 9 de julio, y el 19 de agosto ofreció un té a las esposas de los jefes de misiones militares extranjeras en el Hogar de la Empleada.

Aparentemente incansable, siempre sonriente, fresca y llena de vitalidad, Evita se multiplicaba, obligando a sus colaboradores a seguir su mismo ritmo de trabajo, citándolos en la residencia presidencial a las siete de la mañana, sin importarle que fuera domingo o día de labor. Un día, a las cuatro de la madrugada, sonó el teléfono en la casa de Cereijo y cuando éste respondió, era Evita diciéndole que tenía un problema con unas sillas que debía ser resuelto de inmediato. "Pero señora", atinó a decir Cereijo, "¿a estas horas? ¡Son las cuatro de la mañana!". Sorprendida, Evita le respondió "¡Pensé que eran las doce!"[456].

455 *Democracia*, 18 de febrero de 1950.
456 Entrevista con Ramón Cereijo.

En contraste con la serenidad contenida y la paciencia de que hacía gala en su trabajo gremial y social, ante funcionarios y jerarcas, Evita desplegaba su temperamento nervioso e impaciente. No admitía dilaciones o medias tintas, daba órdenes precisas y exigía respuestas en el acto. Pero con todos empleaba el mismo lenguaje popular, caracterizado por el tuteo —en una época en que era socialmente inaceptable— y cuando se enojaba, acostumbraba a usar vocablos supuestamente indignos de una dama.

Actuaba impulsivamente, bruscamente, de manera desorganizada y anárquica, pero solamente aceptaba de sus colaboradores orden, cumplimiento y eficiencia. En su autobiografía reconoce, "yo he sido siempre desordenada en mi manera de hacer las cosas; me gusta el 'desorden' como si el desorden fuese mi medio normal de vida. Creo que nací para la Revolución. He vivido siempre en libertad"[457]. Su personalidad en este sentido era totalmente opuesta a Perón, que como buen militar era metódico, disciplinado y guardaba horarios escrupulosamente. Preocupado por su salud, Perón le insistía en que no trabajara tanto y que comiera regularmente, a las horas debidas. Evita pretendía hacerle caso pero su "desorden" era más fuerte que ella y se las arreglaba para continuar haciendo su voluntad. Muchos jueves por la tarde, como proyectaban cine en la residencia y Evita sabía que a Perón le gustaba que ella estuviera presente, volvía con Fiora para ver la función, después de una mañana de trabajo que se había alargado hasta media tarde sin almorzar. Como llegaban justo cuando Perón se levantaba de la siesta, pedía que le trajeran solamente una fruta para hacerle creer que estaban terminando de comer.

Su vida era un compromiso total con su trabajo. Tanto era así, dice Perón, que "perdí prácticamente a mi mujer. Nos veíamos de a ratos y velozmente, como si habitáramos en dos ciudades distintas. Eva pasaba muchas noches en sus tareas y regresaba al alba. Yo, que de costumbre salía de la Residencia a las seis de la mañana para ir a la Casa Rosada, la encontraba en la puerta, un poco cansada pero siempre satisfecha de su fatiga. Un día le dije:

—Eva, descansa y piensa que también eres mi mujer.

Ella permaneció seria:

—Es justamente así —respondió—, que me doy verdadera cuenta de que soy tu mujer"[458].

Los amigos de sus años de artista ya no contaban. Cuando en alguna ocasión los veía, los saludaba afectuosamente, pero no los buscaba. Una noche en que Evita salía del Ministerio a eso de las tres de la madrugada, su Cadillac se topó con el Chevrolet rojo de su diseñador Paco Jamandreu, parado en una calle céntrica. Al asomarse, Evita lo reconoció y exclamó: "¿Qué hacés vos acá?"

"Eva Perón volvía de la Fundación", cuenta Jamandreu en sus memorias. "Su cara está pálida. Me impresiona.

—¡Evita!

[457] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 243.
[458] Juan Perón, *Del poder al exilio*, p. 54.

—¡Mirá que no cambiás! ¡Las tres de la mañana! ¡Yirando! ¿Este es tu coche? ¿No te da vergüenza? ¡Tanta publicidad y andar en semejante matraca!

—Bueno, Evita. Pronto lo cambiaré. He hecho muchas cosas en muy poco tiempo. Sólo usted no se admira. No se puede tener todo junto.

—Andá mañana... No, mejor el lunes. Andáte a Charcas y Bustamante, a las 7 y cambiáte esta porquería...

"El lunes fui a Charcas y Bustamante. Un soberbio Packard descapotable me esperaba. Estaba a la orden de Eva. Me di el gusto de elegir entre los únicos cinco colores que acababan de llegar al país.[459]

No tenía amistades personales pues, para ella, éstas no existían independientemente de sus actividades. Eran ministros de Perón o colaboradores suyos pero no se le conoce una relación amistosa íntima y profunda. Los únicos amigos que aceptaba eran los que definía como aquellos que querían a Perón, pero "los que lo quieren *con lealtad, con honradez, sin ambiciones, sin intereses mezquinos y bastardos.* Entonces sí soy amiga".

"¡Guay del que no quiera a Perón, porque desde ese momento perdió mi amistad, mi cariño, mi corazón y mi consecuencia."[460] La guardia presidencial era la que daba el aviso a un peronista si había caído en desgracia: no le franqueaban el paso como de costumbre y había que anunciarlo. A partir de entonces, Evita lo borraba de su vida como si no lo hubiera visto nunca.

Tampoco existían sus familiares, aunque sus cuñados se habían visto favorecidos por su relación con ella. Con el único que mantenía un contacto estrecho era con Juancito, por ser éste secretario privado de Perón, y aunque tenía su propio apartamento, había un cuarto reservado para él en la residencia. Siempre había sentido un afecto particular por él pues la había acompañado en sus momentos más duros. Juancito era su gran debilidad, y su afición por la vida nocturna —se lo veía llegar a veces a la Casa Rosada con Perón, ojeroso y mal dormido— le daba gran preocupación. Las relaciones de Evita con su madre y sus hermanas eran buenas pero distantes, pues ella no parecía querer encontrar el tiempo para verlas más a menudo.

Evita no fumaba, no le gustaban las bebidas alcohólicas y casi no tenía diversiones fuera de su trabajo. Acompañaba a Perón siempre que él quería ver espectáculos deportivos, ya fuera una carrera de autos o un match de box. Si peleaba Gatica, allí estaban los dos, como cuando éste derrotó por knock out al chileno Valenzuela, el 19 de agosto de 1950. Las sesiones de cine en la residencia le atraían todavía, especialmente si las películas eran románticas —Perón en cambio prefería las de aventuras—. No tenía vida social, en el sentido usual de la palabra, y despreciaba todo lo que la aproximara a ese mundo lleno "de apariencias, de pequeñeces, de mediocridades y de mentiras..."[461].

[459] Paco Jamandreu, *op. cit*., ps. 80-81.
[460] Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 141.
[461] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 304.

En algunas ocasiones durante este año 1950, Evita se reunió con un grupo de intelectuales peronistas, en su mayoría poetas, agrupados informalmente en lo que se llamó la Peña Eva Perón. Entre los integrantes de esta peña estaban José María Castiñeira de Dios, María Granata, Fermín Chávez, Juan Oscar Ponferrada, Claudio Martínez Payva, José María Fernández Unsain, etc. No es que Evita sintiera predilección por los intelectuales, al contrario, les tenía desconfianza por sus inclinaciones elitistas y en *La razón de mi vida* los critica por cantar a la mujer ociosa, frívola, "oligárquica" y no a la mujer del pueblo[462].

Sucedió que cuando el poeta José María Castiñeira de Dios fue nombrado subsecretario de Cultura y conoció a Evita, ésta lo invitó a visitarla en el Ministerio de Trabajo. "Venga", le dijo sonriendo, "porque usted es un poco oligarca". Una tarde, Castiñeira vio a una muchacha con una horrenda llaga en la boca acercarse a Evita para besarla. Preocupado —un médico que allí estaba le explicó que podía ser sífilis— quiso impedir el impulso de la muchacha, pero Evita con un gesto cortante lo detuvo y a su vez, se acercó a ella para dejarse besar. Impresionado con la escena, Castiñeira escribió el siguiente poema titulado *Alabanza*:

Tal como el hombre solitario mira la luna y las estrellas
Y aunque está solo y es muy pobre es el más rico de la tierra,
Con estos pobres ojos míos Dios ha querido que yo vea
No las estrellas y la luna, sino la suma de la luna y las estrellas
Todas reunidas en un haz, como los trigos de la siega,
Para que, pobres ojos míos, ricos de luz así la vean
Como a María, sobre el mundo de la humildad y la pobreza,
Y, sobre el mundo del amor y la hermosura, como a Eva.

Y así la vieron estos ojos, Eva de toda la hermosura:
Las manos claras como un río al que ninguna sombra enturbia,
La boca hermosa torno un viento que crea el mundo de la música,
Los ojos vivos como un fuego que vence todas las penumbras
Y el pelo suelto como un sueño y apretado como una fruta,
Para que pobres ojos míos, sigan mirando hacia la altura
Desde la tierra hacia su rostro, desde la tierra más oscura,
Hacia ese rostro tan perfecto que es cielo, igual, sin sol ni luna.

Y así la vieron estos ojos, en su belleza de María;
Las manos dulces como un solo dominical lleno de dicha,
La boca suave como una agua reparadora de alegrías,
Los ojos puros como un cielo donde jamás se pone el día,
Y el corazón mostrando a todos su puro árbol de la vida
Como un inmenso pelicano o como una eucaristía,
Para que el pueblo de la patria beba su voz caritativa

462 *Ibid*, p. 307.

Y se alimente de su sangre como la tierra se alimenta de sus días.

Eva y María están juntas en la mujer que mi voz canta
Que más que nombres son un nombre, como dos ojos es igual a una mirada,
Y más que manos, es la mano de quien la tiende en las desgracias,
Y más que ojos, son los ojos de quien da fe con su mirada,
Para que el hombre solitario alce su rostro hasta sus plantas
Y vea en la luna y las estrellas, sobre la tierra de la patria,
A Eva y María, María Eva, transfigurada en la Esperanza.

Un día, Castiñeira de Dios le contó a Evita que había escrito este poema y ella lo invitó a que fuera al Hogar de la Empleada para leerlo. Así nació la Peña Eva Perón. Las veladas no tenían una estructura formal: después de cenar, en la sobremesa, charlaban y alguien se levantaba y decía un poema. Tenían lugar el viernes por la noche y, en total, las reuniones habrán sido unas ocho. Algunos de los poemas leídos en estas veladas fueron publicados en una lujosa edición de tiraje muy limitado ese mismo año[463].

No obstante lo mucho que la halagaban los homenajes como el de Castiñeira de Dios, Evita se sentía mucho más a gusto con gremialistas. En los almuerzos oficiales, rompía el protocolo y los sentaba a su lado, en la cabecera. Se divertía con sus bromas y comentarios y cuando cenaba con ellos en el Hogar de la Empleada, se oía su risa franca y contagiosa. Cerca de ellos, desaparecía la mujer que tenía que cumplir una misión para convertirse en una muchacha llena de vida y entusiasmo, que disfrutaba intensamente de su trabajo. Antes de que el Hogar se convirtiera en su restaurante favorito, es decir hasta principios de 1950, cuando terminaba su jornada de trabajo invitaba a los últimos gremialistas que quedaban con ella en el Ministerio a comer algo en la residencia presidencial. Tenían que subir las escaleras en silencio para que Perón no se despertara. "Bueno, muchachos, ya saben", les advertía Evita, "despacio, sin hacer ruido que el general está durmiendo". Una vez, serían las

[463] La lista de obras incluía:
"Alabanza", de José María Castiñeira de Dios
"Canción Elemental", de José María Fernández Unsain
"Poema Fiel", de Juan Oscar Ponferrada
"Nuestra Señora del Bien Hacer", de Claudio Martínez Payva
"La llama", de Héctor Villanueva
"Cifra Suprema", de Claudio Martínez Payva
"Canto Pleno", de Julio Ellena de la Sota
"El Ángel", de Gregorio Santos Hernando
"Nuestra Señora del Batallar", de Enrique A. Olmedo
"Canción para las madres de mi tierra", de Julio Prilutzki Farny de Zinny
"El regreso de la diosa Caa-yari", de Luis Horacio Velázquez
"Dos Elogios y Dos comentarios", de Fermín Chávez
"Sumada llama", de María Granata
"El conductor", de José María Castiñeira de Dios
"A una mujer", de Mario Mende Brun.

cuatro de la mañana, al subir las escaleras, el diputado De Prisco dio un traspié y se cayó con gran barullo. Ya estaban sentados a la mesa comiendo, cuando Perón entró y la reprendió: "¡Qué hora, Evita, qué hora!"[464]. Cuenta el dirigente sindical Ángel Peralta que algunas noches "nos tomábamos un taxi y acompañábamos a Evita hasta la residencia presidencial. Ya habíamos despachado al chofer porque era muy tarde. Llegábamos muy de madrugada, a veces a la hora del desayuno de Perón. Para evitar que el general recriminara a Eva esos desarreglos con sus horarios, nos escondíamos detrás de un cortinado esperando que el presidente se retirara hacia la Casa de Gobierno. Luego desayunábamos y nos íbamos cada uno para casa. Eva Perón dormiría un par de horas y volvería a comenzar su jornada de trabajo"[465].

Daba muy pocas recepciones en la residencia. La mansión se vestía de fiesta solamente cuando Perón o ella cumplían años o venía algún dignatario extranjero. Eran pues muy raras las ocasiones en que se ponía sus legendarios trajes de noche creados por modistos franceses. Los lucía durante alguna visita muy especial, como la del príncipe Bernardo de los Países Bajos, en abril de 1951, o en las funciones de gala del Teatro Colón, el 25 de Mayo o el 9 de Julio, que tanto la aburrían y durante las cuales su entretenimiento debía residir en saborear el efecto que causaba.

Cuenta Jamandreu que una noche de gala Evita lo llamó perentoriamente para que examinara los accesorios del vestido de lamé y oro que iba a ponerse. La encontró vestida, "sentada en la recámara. Sobre sus rodillas tenía un plato con dos huevos fritos. Abajo, ministros, militares, diplomáticos se impacientaban esperándola. En lugar de un hall de entrada parecía una sastrería teatral llena de empenachados, capas y uniformes".

—Para lo que hacen, bien pueden esperar—habría dicho Evita. "Además, yo no soy para la Ópera. La de esta noche deberá ser un soberano plomo. Con el estómago vacío no aguanto esto."[466]

Había cambiado el estilo de su ropa de trabajo. Consistía por lo general en trajes de chaqueta muy sencillos, casi severos. También usaba menos sombreros que en épocas anteriores y Julio Alcaraz la peinaba ya con su estilo característico: el pelo tirante, recogido en una gruesa trenza sobre la nuca. Las joyas también habían disminuido —excepto cuando se vestía de gala— y en la solapa de sus trajes acostumbraba a lucir un enorme escudo peronista de brillantes, esmeraldas y rubíes.

Sin embargo, la imagen que más frecuentemente aparecía en los diarios y revistas de la época era la de Evita ataviada con espectaculares trajes de fiesta, la misma que motivaba las críticas más mezquinas de sus enemigos pues, según ellos, eran la prueba fehaciente de la falta de sinceridad de sus sentimientos. Si se recuerda que cuando Evita se vestía descuidadamente era objeto de comidillas y que cuando lo hace elegantemente continúan las críticas, no se

[464] Entrevista con Guillermo De Prisco.
[465] Testimonio reproducido en Borroni y Vacca, *op. cit*, ps. 294-95.
[466] Paco Jamandreu, *op. cit*., p. 73.

puede menos que llegar a la conclusión de que de cualquier manera que se vistiera iba a ser mal vista por todos aquellos que insistían en acumular contra ella el odio que sentían por el peronismo y que en realidad, tanto en 1946 como en 1950, lo que importaba no era su ropa sino el trabajo que realizaba, los hospitales lujosos que construía, sus diatribas contra la "oligarquía vendepatria y egoísta", sus proclamas de que la justicia social se cumpliría "cueste lo que cueste y caiga quien caiga" y las demostraciones de afecto que desencadenaba su presencia en cualquier acto. No le faltaba razón cuando, el 10 de setiembre de 1951, explicó en un discurso que su experiencia de los últimos cinco años le había demostrado que "el que me ataca a mí es un cobarde, que no se atreve a decir públicamente que no lo quiere a Perón. Lo que les duele es que yo no haya representado un papel decorativo de la mujer del Presidente, sino el papel de una mujer que, interpretando los dolores, las ansias y las esperanzas del pueblo argentino, puso su corazón, su juventud y su vida al servicio de la causa de los que necesitan su esfuerzo"[467]. Pero la ropa de Evita, al igual que sus joyas, adquirieron con el tiempo una importancia inusitada pues se convirtieron en otro símbolo más de lo que aunaba a muchos argentinos y a la vez los separaba de otros.

Desde su viaje a Europa sabía que los suplementos de *Democracia* que más se vendían eran los que reproducían fotos suyas en trajes de noche, que la gente que iba a visitarla en el Ministerio miraba sus joyas y sus vestidos con satisfacción y orgullo pues era como si las luciera por todas las mujeres "humildes". Si en algún momento se los puso por simple vanidad o para cultivar el estilo "estelar" que con tanto éxito había adoptado en su viaje a Europa, ahora los llevaba también porque al separarla de sus críticos, o "supercríticos" como los llamaba ella, la acercaban al pueblo. Esto era tan claro para Evita, que en su testamento declaró que todas sus joyas pertenecían al pueblo argentino y recomendó que no cayeran en manos de la oligarquía[468].

En este período, Evita era una figura política de primera magnitud, oscurecida únicamente por el prestigio y el poder de Perón, si bien para los descamisados tanto era el uno como el otro. Su oficina en el Ministerio de Trabajo era un punto de reunión obligatoria para funcionarios y políticos peronistas. Venían regularmente, algunos más de una vez al día, mientras ella cumplía con sus tareas de ayuda social. La gran mayoría de los que iban a pedir ayuda eran gente necesitada pero la había también que buscaba la solución de problemas personales o que solicitaba su apoyo para resolver conflictos de otro tipo. Tal el caso del actor italiano Amadeo Nazzarui. Durante meses se vio envuelto en una disputa con un productor cinematográfico, pero quedó resuelta en pocos días una vez que visitó a Evita y le explicó su situación. También pasaban por allí delegaciones de periodistas extranjeros, embajadores que querían despedirse de ella porque abandonaban el país, y dignatarios. Iban desde el grupo de norteamericanos que llegó a la Argentina en el viaje inaugural de un Boeing Stratocruiser de Pan American, el 4 de julio de 1950, a

[467] *Democracia*, 11 de setiembre de 1951.
[468] Véase apéndice.

Golda Meier, entonces ministra de Obras Públicas de Israel, que la visitó el 9 de abril de 1951.

Excepto en los desfiles militares, en todas las otras ceremonias oficiales Evita ocupaba una posición superior a la del vicepresidente Quijano o a la de Mercante. Aquél había desaparecido políticamente desde hacía ya mucho tiempo, pero este último se había visto relegado a un segundo plano a partir de 1949, a pesar de su excelente gestión en la gobernación de Buenos Aires. Es que si para Evita el acontecimiento más importante de ese año fue la fundación del Partido Peronista Femenino, para Perón fue la reforma constitucional, y con la misma comenzó la caída en desgracia de Mercante. El nuevo documento que se adoptó entonces fue un homenaje a Perón en la medida en que incorporó la legislación social que él había promulgado desde 1943 y también a Evita, pues se incluyó en él los Derechos de la Ancianidad. Ella participó activamente en la campaña por la reforma constitucional y durante la reunión de la convención constituyente apoyó informal, pero inequívocamente, la abolición del artículo que prohibía la reelección presidencial. A pesar de que Mercante presidió la asamblea, la reforma del artículo representó un golpe contra él. Lo desplazó de su posición de "amigo leal" y heredero aparente pues abrió el camino para que Perón presentara su candidatura en las próximas elecciones.

De hecho, Evita había promovido la candidatura de Perón para un segundo período aún antes de que se hablara de reforma constitucional, por lo menos públicamente. Así lo hizo en su discurso del 23 de setiembre de 1947, cuando mencionó de una manera oblicua la necesidad de que las mujeres peronistas votaran por Perón. El 11 de mayo de 1948 participó en una ceremonia que marcó la entrega de partidas de nacimiento en la campaña por el empadronamiento de mujeres, y en esta ocasión volvió a insistir sobre el tema, a pesar de que Perón no podía ser candidato todavía: "Nosotros le diremos a nuestro querido presidente que nos dio esta conquista, una vez más y ahora anónimamente en las urnas: ¡Presente, mi general! Las mujeres podemos y sabemos votar y lo vamos a demostrar porque nosotras hemos sentido en nuestro hogares la inercia de los malos gobiernos y porque nosotras hemos sido durante años postergadas inútilmente"[469].

Hacia 1950, las esperanzas de Mercante de ocupar la vicepresidencia —si es que guardaba alguna— tuvieron que desvanecerse pues era visible que Evita no miraba su candidatura con buenos ojos. Ya no lo nombraba tan frecuentemente en sus discursos, ni hacía referencia a su lealtad mientras seguía insistiendo en que el líder indiscutido era Perón. En realidad, ya está preparando su propia candidatura y en el Congreso un grupo de legisladores peronistas parecía dispuesto a apoyarla, ensalzando su figura, organizando homenajes en su honor: el primero de ellos, Héctor J. Cámpora, pero también Ángel Miel Asquía, De Prisco, Machango, etc. Las demostraciones de adhesión a Evita eran cada vez más frecuentes, solamente equiparables con las que se ofrecían a Perón que en numerosas ocasiones ocupaba una posición de privilegio. El 10 de julio de 1950, pronunció un discurso en la conferencia de

[469] *Democracia,* 12 de mayo de 1948.

gobernadores reunida en la Casa de Gobierno en nombre del Partido Peronista Femenino. Todos los 1º de Mayo y los 17 de Octubre, al igual que Perón, dirigía la palabra a los descamisados desde los balcones de la Casa Rosada y el 1° de Mayo de 1950, en una arenga memorable, lo hizo como "la plenipotenciaria" de todas los trabajadores, de las mujeres peronistas y de los "humildes". En los primeros días de 1951, Evita asistió a una sesión del Congreso Nacional de Historia del Libertador General San Martín reunido para marcar el fin del "Año del Libertador" y también pronunció una alocución. Durante ese mismo mes de enero, la Subsecretaría de Prensa de la Presidencia organizó una exposición denominada "Eva Perón y su obra social" en la que se detallaban las actividades de la Fundación. "Perón cumple, Evita dignifica", proclamaba la propaganda del gobierno en enormes carteles. En marzo de 1951, presidió las sesiones de la Tercera Reunión Interamericana de Seguridad Social que tuvo lugar en Buenos Aires, y el 19 de junio de 1951, en una acción sin precedentes, dirigió un mensaje a las Cámaras en el que solicitó la provincialización de los territorios nacionales de La Pampa y el Chaco. El 5 de julio se aprobó el proyecto, y en homenaje a Evita, La Pampa pasó a llamarse Eva Perón y el Chaco, Presidente Perón.

Desde el 1 de marzo se había inaugurado la Escuela Superior Peronista, un instituto en el que se impartían clases sobre Justicialismo, Política Económica Justicialista, la Constitución Justicialista y Ética Justicialista. Mientras Perón fue el encargado de dictar un curso sobre "Conducción", Evita lo hizo sobre "Historia del movimiento peronista"[470]

Si en 1946 algunos de sus enemigos la llamaban "La Presidenta", ahora eran muchos más los que no dudaban de que ella detentaba el poder, no Perón[471]. Según Evita, su trabajo tenía una condición; "¡no meterme en las cosas del gobierno!", pero también intima que en algunas ocasiones tocaba "con el general, cosas que son propias del gobierno"[472]. En este caso, Evita deforma de nuevo la realidad pues no cabe duda de que por medio de la Fundación se entrometía en el funcionamiento de varios ministerios, y éstos forman parte del gobierno. Como dijimos anteriormente, la falta de estudios monográficos no permite analizar con precisión el nivel de influencia que alcanzó, pero los que atribuyen cambios de ministerio y hasta insinúan en ella la existencia de un poder paralelo al de Perón exageran tanto como Evita. La prueba que se aduce es que ciertos ministros como Cereijo, Nicolini (ministro de Comunicaciones), Freire y Méndez San Martín (ministro de Educación) respondían a Evita. La presencia de un grupo de ministros muy amigos de Evita como los mencionados o de funcionarios como Raúl Alejandro Apold —era subsecretario de Informaciones de la Presidencia y anteriormente había sido director de *Democracia*— no significa necesariamente que ocuparan sus cargos por decisión

[470] Las seis clases que dictó Evita fueron luego reunidas en el libro titulado *Historia del peronismo*.

[471] "Historia del peronismo, *Primera Plana* (Buenos Aires, 10 de enero de 1967, N° 211), p. 36. Véase también Alberto Ciria, *Perón y el Justicialismo, op. cit*., ps. 109-121, y José Luis de Imaz, *Los que mandan* (Buenos Aires: Eudeba, 1964).

[472] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 96.

o influencia de Evita. En algunos casos, como en el de Apold y Méndez San Martín, es muy probable que haya sido así, pero en los otros no, pues pertenecían al equipo gobernante desde 1946. Es bueno recordar también que no obstante las malas relaciones que Evita mantuvo con Bramuglia, *Democracia* ni siquiera se dignaba mencionar su nombre, permaneció en el gobierno durante varios años y que hubo ministros como Carrillo que se mantuvieron distantes de Evita pero contaron con la confianza de Perón.

La naturaleza informal del poder de que ejerció Evita dificulta su definición, especialmente cuando se carece de datos confiables. Pero de todos modos, se pueden delinear algunas pautas generales. No hay duda alguna, como lo confiesa ella misma y lo confirman sus colaboradores, de que Evita tendía a hacer su voluntad, aunque su respeto por Perón era muy grande y por lo tanto tuviera que salirse con la suya sin enfrentarlo directamente. Tampoco se puede dudar de que desde que había asumido la dirección del Partido Peronista Femenino y se multiplicaban rápidamente las obras de la Fundación, su influencia se había acrecentado. La adopción de la Constitución Peronista de 1949 también la aumentó, no sólo porqué la reforma constitucional había fortalecido a Perón y por donde había redundado en su beneficio, sino porque a la vez había desplazado al rival potencial de este último, o sea, Mercante, y al dejar a Perón como "líder indiscutido" se había creado un vacío que solamente ella podía llenar, y lo había hecho sin pérdida de tiempo. Pero una cosa es que Evita llegara a la residencia presidencial de madrugada después de una jornada de trabajo porque así lo quería, a pesar de las recriminaciones de Perón, que llamara a ministros a altas horas de la noche, les diera órdenes como si fuera el presidente de la República y entorpeciera sus gestiones, que acelerara la caída en desgracia de Mercante, que influyera sobre quienes serían candidatos a legisladores o funcionarios intermedios, que incidiera para que colaboradores suyos como Méndez San Martín fueran nombrados ministros, que su trabajo con la CGT y en la Fundación Eva Perón formaran parte integral de la acción de gobierno de Perón, y muy otra que tomara decisiones políticas por sí misma o que creara un grupo dentro del gobierno que respondiera a sus directivas. No tenía los medios para hacerlo, pues el poder que había adquirido a partir de 1946 era en función del que Perón había acumulado también desde esa fecha. Además, tendría que haber existido en Evita una voluntad de poder independiente, sin tener en cuenta a Perón, y esto contradice tanto sus palabras como sus actos a partir de 1945. No hay duda alguna de que sabía perfectamente todo lo que le debía y que siempre procedió de acuerdo con esta premisa fundamental. Por otra parte, esto no significa que fuera incapaz de tomar decisiones o adoptar posiciones que no contaran enteramente con el aval de Perón o que hiciera todo lo que estuviera a su alcance para conseguir su propósito.

El caso de la huelga ferroviaria de 1951, pero sobre todo la situación planteada por su candidatura a la vicepresidencia, demuestran que Evita entendía los límites dentro de los cuales se movía con entera libertad: eran los que Perón le establecía, y lo que es más, aunque le doliera, los acataba.

En enero de 1951, marcando el comienzo de una serie de conflictos que se intensificarían en los años siguientes, los obreros ferroviarios se declararon en huelga. El paro general por tiempo indeterminado nació de varios reclamos internos que la Unión Ferroviaria, dirigida por Pablo C. López, no atendió. Hábilmente manejado por una Comisión de Emergencia clandestina y con el apoyo de la oposición, el conflicto se extendió pronto a todos los ferrocarriles[473]. Evita intentó resolverlo con su procedimiento habitual, es decir, reuniéndose con los delegados para tratar de convencerlos de volver al trabajo, y cuando esto no resultó, recorrió varias estaciones para hablar con los huelguistas y pedirles que pusieran fin a la huelga[474]- Sus gestiones no tuvieron éxito pues uno de los reclamos de los obreros era la conducción sindical que ella apoyaba. Ante el alcance del conflicto y sus posibles complicaciones políticas, Perón sacó el asunto de las manos de Evita e intervino personalmente. Tras la renuncia del ministro de Transportes, coronel Juan José Castro, decretó la movilización de los huelguistas y encarceló a los cabecillas. Puso fin a la huelga, pero también forzó la renuncia de López y concedió a los huelguistas los aumentos que pedían.

Los primeros rumores de la candidatura de Evita a la vicepresidencia surgieron poco después de que comenzaron a aparecer los indicios de que se acercaba la campaña electoral. En realidad, ella inició la campaña el 26 de febrero de 1951, fecha en la que recibió del gobierno mexicano el Águila Azteca en el grado de Banda de Primera Clase y en la que emitió un comunicado como presidenta del Partido Peronista Femenino. Después de auscultar la voluntad de sus 3.600 unidades básicas, declaró que el partido bregaría "decididamente por la reelección del General Perón, su único e indiscutible líder. Ese será su único objetivo político, hasta alcanzarlo, interpretando así el sentir del verdadero pueblo argentino"[475].

La campaña pro candidatura de la fórmula Perón-Eva Perón se hizo oficial el 2 de agosto, cuando doscientos miembros del Comité Confederal de la CGT resolvieron pedir a Perón que aceptara la reelección, declarando también "el vehemente anhelo de todos los trabajadores en el sentido de que la señora Eva Perón sea consagrada vicepresidenta de la Nación"[476]. Al día siguiente, delegadas y subdelegadas censistas del Partido Peronista Femenino, en una reunión que tuvo lugar en la quinta presidencial de Olivos, proclamaron su adhesión a la fórmula Perón-Eva Perón. Estos actos, que se multiplicarían en los días siguientes, culminaron el 22 de agosto en el famoso Cabildo Abierto del Justicialismo.

Esa tarde de sol, cerca de un millón de personas venidas de todos los rincones del país se congregaron en la amplia avenida 9 de Julio para pedirle a Perón y a Evita que aceptaran integrar la fórmula peronista. Toda la mañana

[473] Samuel F. Bailey, *op. cit.*, pp. 130-134; Rubén Rotondaro, *op. cit.*, p. 244, y *Todo es Historia* (Buenos Aires, noviembre de 1972, N° 67).

[474] Eva Perón, *La razón de mi vida*, pp. 233-237.

[475] *Democracia*, 27 de febrero de 1951.

[476] *Democracia*, 3 de agosto de 1951.

llegaron columnas de viejos, jóvenes y especialmente mujeres agitando pañuelos blancos y carteles con la leyenda *Perón-Eva Perón 1952-1958*. Algunos precavidos pasaron la noche al aire libre alrededor del palco gigante levantado por la CGT a la altura de la calle Moreno, donde un enorme cartel anunciaba *Perón-Eva Perón, La fórmula de la Patria*. La avenida y las calles adyacentes estaban profusamente embanderadas. Un avión sobrevolaba la muchedumbre para escribir en el cielo *CGT, Perón y Evita*, mientras vendedores ambulantes voceaban su mercancías. Para cuando empezó el acto, a las cinco de la tarde, había gente colgada en las cornisas de los edificios y haciendo equilibrio en los faroles y en los árboles.

Perón ingresó en el palco sin Evita, acompañado de sus ministros, legisladores, miembros del Consejo Superior del Partido Peronista y de la CGT. Abrió el acto Espejo y de inmediato anunció que iría a buscar a Evita. Se retiró y al momento volvió con ella, lo que motivó ruidosas aclamaciones por parte de la multitud. Después de cantar el Himno Nacional, Espejo reanudó la parte oratoria con un largo discurso en el que recalcó que el acto de ese día era un verdadero cabildo abierto, un plebiscito para pedirle a Perón que siguiera al frente del gobierno y que Evita integrara la fórmula de los trabajadores. Lo siguió Evita y comenzó recordando el 17 de Octubre, a los descamisados de entonces y el Cabildo abierto de 1810. Como en aquel entonces, "el pueblo se reúne aquí para decir que ya sabe de qué se trata y quiere que el general Perón siga dirigiendo los destinos de la Patria". Mujeres, hombres y niños "saben que la justicia y la libertad únicamente las encontrarán teniendo al general Perón al frente de la nave de la Nación". Enseguida fustigó a los enemigos de siempre. "Saben también que la oligarquía, que los mediocres, que los vendepatrias todavía no están derrotados y que desde sus guaridas atentan contra el pueblo y contra la nacionalidad. Pero nuestra oligarquía, que siempre se vendió por cuatro monedas, no cuenta en esta época con que el pueblo está de pie y que el pueblo argentino está formado por hombres y mujeres dignas, capaces de morir para terminar de una vez por todas con los vendepatrias y con los entreguistas". Se definió como lo hacía habitualmente: "Mientras los entreguistas, los mediocres, los cobardes, de noche tramaban la intriga y la infamia del día siguiente, yo una humilde mujer no pensaba sino en los dolores que tenía que mitigar y a la gente que tenía que consolar en vuestro nombre, mi general, porque sé el cariño entrañable que sentís por los descamisados que el 17 de octubre de 1945 me devolvieron la vida, el alma y el corazón al devolverme a Perón.

"Yo no soy más que una mujer del pueblo argentino, una descamisada de la Patria pero una descamisada de corazón, porque siempre he querido confundirme con los trabajadores, con los ancianos, con los niños, con los que sufren, trabajando codo a codo, corazón a corazón con ellos para lograr que lo quieran más a Perón y para ser un puente de paz entre el general y los descamisados de la Patria". Sin mencionar directamente la candidatura a la vicepresidencia, llegó al final de su discurso: "Yo siempre haré lo que diga el pueblo. Pero yo les digo que así como hace cinco años he dicho que prefería ser Evita antes que la mujer del presidente, si esa Evita era dicho para aliviar algún

dolor de mi patria, ahora digo que sigo prefiriendo ser Evita. Yo, mi general, con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados, os proclamo, antes que el pueblo os vote el 11 de noviembre, presidente de todos los argentinos. La Patria está salvada porque la gobierna el general Perón"[477].

"Sólo los pueblos fuertes y virtuosos son dueños de su destino", comenzó Perón una vez que se calmaron las demostraciones que puntualizaron el discurso de Evita. Las palabras de Perón, tanto como las de Evita, fueron interrumpidas frecuentemente por aplausos y vítores, pero una vez que él finalizó, Espejo se acercó al micrófono para aclarar que Evita no había dado una respuesta afirmativa a la propuesta del pueblo y que el Cabildo abierto pasaba a cuarto intermedio hasta el día siguiente en que la CGT le pediría su respuesta definitiva. La multitud lanzó un "¡NO!" ensordecedor y Evita, acercándose al micrófono, con voz ronca y desgarrada inició un diálogo inolvidable con ella.

"Mis queridos descamisados: Yo les pido a los compañeros de la CGT, a las mujeres, a los niños, a los trabajadores aquí congregados, que no me hagan hacer lo que nunca quise hacer. Yo les pido a la Confederación General del Trabajo y a ustedes por el cariño que nos une, por el amor que nos profesamos mutuamente, que para una decisión tan trascendental en la vida de esta humilde mujer, me den por lo menos cuatro días más para pensarlo..."

"¡No! ¡No! ¡Ahora!", gritaron. Tuvo que repetir cuatro veces ¡Compañeros! antes de conseguir un minuto de silencio. "Compañeros: yo no renuncio a mi puesto de lucha, renuncio a los honores. Yo me guardo, como Alejandro, las esperanzas, por la gloria y el cariño de ustedes y del general Perón." De nuevo se alzó el grito de "¡Ahora!". En vano trató de explicar, razonar, ganar tiempo, la multitud la interrumpía para decir ¡Hoy! ¡Ahora! "Compañeros: se lanzó por el mundo que yo era una mujer egoísta y ambiciosa; ustedes saben muy bien que no es así. Pero también saben que todo lo que hice, no fue nunca para ocupar ninguna posición política en mi país. Yo no quiero que mañana un trabajador de mi Patria se quede sin argumentos cuando los resentidos, los mediocres que no me comprendieron, ni me comprenden, creyendo que todo lo que hago, es por intereses mezquinos..." La frase quedó en el aire pues el público la interrumpió otra vez. Pidió entonces que esperaran la respuesta hasta el día siguiente y le gritaron de nuevo ¡No! Con voz rápida y entrecortada, les aseguró que "esto me toma de sorpresa. Hace mucho que yo sabía que mi nombre se mencionaba con insistencia, y no lo he desmentido; yo lo hice por el pueblo y por Perón, porque no había ningún hombre que podía acercarse a distancia sideral de él, y por ustedes, porque así podían conocer a los hombres con vocación de caudillos, y el general, con mi nombre, momentáneamente, se podía amparar de las disensiones partidarias, pero jamás, en mi corazón de humilde mujer argentina pensé que yo podía aceptar este puesto...". Pero la multitud no quería oír sus explicaciones y la interrumpió otra vez. "Esta noche...", alcanzó a decir, "¡No! ¡No! ¡Ahora!" Pidió dos horas de espera. De nada sirvió. Impotente, Evita se retiró y pasó el micrófono a Espejo,

[477] Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Perón y Eva Perón hablan en el Cabildo Abierto del Justicialismo.*

quien anunció: "Nosotros esperamos aquí su resolución. No nos moveremos hasta que nos dé una respuesta favorable a los deseos del pueblo trabajador". Se oyó entonces una ovación delirante y en la noche que caía, la multitud encendió antorchas y se aprontó a esperar. Evita se acercó entonces al micrófono para decir su última palabra. "Compañeros: como dijo el general Perón: yo haré lo que diga el pueblo". El acto terminó pocos minutos más tarde, después que se leyó el decreto declarando feriado el día siguiente y que Perón recomendó, como lo hacía usualmente, que la gente se desconcentrara lentamente y con tranquilidad.



En el Cabildo Abierto del Justicialismo, 22 de agosto de 1951, un gesto típico de Evita.

Muchos fueron los homenajes, condecoraciones y honras que recibió Evita de 1946 a 1952, pero con excepción del 17 de octubre de 1951, ninguno trasuntó tanta emoción como el de esa tarde soleada de agosto. Por primera vez,

Perón permaneció en un plano secundario, testigo mudo y quizás un poco sorprendido del lazo que unía a Evita con los descamisados. El diálogo entre su mujer y el pueblo le debe haber traído recuerdos de otro diálogo, el que mantuvo en otra plaza aquella noche de octubre de 1946. Pero si éste lo lanzó al poder, el de Evita marcaría el fin de su carrera política.

En la iconografía peronista, el 22 de agosto se conoce como "el día del renunciamiento". Sin embargo, en honor a la verdad, Evita no renunció ese día y aunque tampoco aceptó claramente el mandato del pueblo, terminó diciendo: "Yo haré lo que diga el pueblo", lo que implicaba acceder a su pedido. A la mañana siguiente *Democracia* daba cuenta de los sucesos del 22 de agosto bajo un enorme titular de primera página que decía: ¡ACEPTARON!

Nueve días más tarde, en un discurso transmitido por la cadena nacional de radiodifusión, con voz cansada pero firme, Evita anunció su "decisión irrevocable y definitiva de renunciar al honor con que los trabajadores y el pueblo" quisieron honrarla. Poniéndose "bajo la invocación de mujer argentina y peronista y de mi amor por la causa de Perón, de mi patria y de mi pueblo, declaro que esta determinación surge de lo más íntimo de mi conciencia y por eso es totalmente libre y tiene toda la fuerza de mi voluntad definitiva". Desde el 17 de octubre de 1945, había hecho todo lo posible para cumplir con la deuda que tenía con los descamisados. "No tenía entonces ni tengo en estos momentos más que una sola ambición personal: que de mí se diga, cuando se escriba el capítulo maravilloso que la historia dedicará seguramente a Perón, que hubo al lado de Perón una mujer que se dedicó a llevar al presidente las esperanzas del pueblo, y que, a esa mujer, el pueblo la llamaba cariñosamente 'Evita'. Eso es todo lo que quiero ser"[478].

En un momento de su mensaje, Evita anunció que sus palabras tenían el propósito de comunicar al pueblo argentino las razones que la impulsaron a tomar su decisión. Pero en realidad no lo hizo, y solamente ofreció un justificativo: su falta de ambición personal.

La explicación de Evita es poco convincente. A pesar de sus palabras su decisión no parece haber sido "totalmente libre" y seguramente influyeron en ella otras factores que los de su propia voluntad, por ejemplo, la situación de las fuerzas armadas, su salud y la posición que adoptó Perón en esta instancia.

Las relaciones de Perón con las fuerzas armadas habían entrado en un período de enfriamiento desde hacía por lo menos dos años. Los sectores de las fuerzas armadas que se habían opuesto a su gestión ya en el tiempo en que ocupaba la Secretaría de Trabajo y Previsión no habían olvidado sus prevenciones contra él, y, de hecho, éstas se habían intensificado a raíz de la reforma de la Constitución y la posibilidad de su reelección. En este contexto, la candidatura de Evita se presentaba como un factor irritativo, pues reavivaba viejos odios. Muchos eran los oficiales de alta graduación que nunca habían visto con buenos ojos las relaciones de Evita con Perón y, como la oligarquía, no olvidaban su pasado. Desde que se había convertido en la esposa del Primer

[478] *Democracia*, 1 de setiembre de 1951.

Mandatario, su vida estaba fuera del más mínimo reproche desde el punto de vista moral, pero ahora lo que les molestaba era el papel que desempeñaba en el gobierno, aunque fuera de manera no oficial. La violencia de su lenguaje cuando se dirigía a los descamisados era considerada peligrosa y la posibilidad de que Evita llegara a la Presidencia por muerte de Perón, o le sucediera en el gobierno y en todo caso estuviera en condiciones de dar órdenes a las fuerzas armadas, era en aquel tiempo poco menos que inconcebible. El tema fue ciertamente discutido entre oficiales, aunque por el momento no ha sido posible determinar si hubo un planteo directo a Perón. Pero existen pocas dudas de que éste tenía pleno conocimiento del malestar que la candidatura de Evita provocaba en las fuerzas armadas.

La otra razón que puede haber afectado la decisión de Evita era su salud, pues para esa fecha ya había empezado a decaer. Se la veía delgada, pálida y demacrada. Parecía estar agotada y en realidad tenía desde hacía tiempo fuertes hemorragias y una fiebre persistente. Ella no dejaba trasuntar los dolores que la aquejaban y solamente sus rasgos tirantes, su mirada cada vez más triste y sus piernas hinchadas demostraban el deterioro de su salud. Su piel de niña se había vuelto transparente y sus grandes ojos oscuros estaban cercados de profundas ojeras. Dormía poco, pues se acostaba generalmente de madrugada y a la mañana siguiente estaba de nuevo en pie entre las siete y las ocho. Se alimentaba todavía peor. En los años cuarenta, como tenía tendencia a engordar, había sido muy cuidadosa con su dieta, pero ahora ya no había peligro de que engordara pues no demostraba el menor interés por lo que comía; lo hacía a deshoras y, por lo general, después de su té con galletitas por la mañana se alimentaba de interminables jugos de fruta y de cafés. Además, como raramente volvía a la residencia presidencial para almorzar, tampoco se veía forzada a comer bajo la vigilancia de Perón. Desde la inauguración del Hogar de la Empleada, acostumbraba a almorzar allí con miembros de las delegaciones gremiales que recibía, para continuar la charla que había empezado en el Ministerio de Trabajo, pero apenas probaba bocado.

Hacía más de un año que su salud era motivo de preocupación para sus allegados, pues no descansaba y trabajaba verdaderamente demasiado. "Se podía haber curado a tiempo y no quiso", dice Renzi. "El médico de la residencia tenía que tomarle exámenes de sangre, pero ella siempre desayunaba antes para poder escapar al pinchazo"[479]. Perón insistía en que se cuidara, que viera el médico, que descansara un poco, de nada servía. Algunas fuentes indican que la enfermedad de Evita había mostrado sus primeras señales en 1950. El doctor Oscar Ivanissevich, entonces ministro de Educación, declaró a *Primera Plana* que cuando Evita fue internada para su operación de apendicitis, él exigió que se le hicieran varios análisis e insinúa que detectó un cáncer. "Le pedí que se sometiera a una nueva revisación y, una vez establecido el mal, sugerí una operación de matriz. No quiso saber nada y se puso furiosa conmigo...". Según Ivanissevich, Evita insistió con enojo en que no tenía nada.

[479] Borroni y Vacca, *op. cit.*, p. 298.

"A mí usted no me toca, porque yo no tengo nada. Lo que pasa es que me quieren eliminar para que no me meta en política. ¡Y no lo van a conseguir!"[480]

Sus colaboradores afirman que en 1950 todo en ella indicaba un buen estado de salud. Se la veía llena de vida y entusiasmo, con una energía inagotable. Los cambios en su apariencia solamente se hicieron visibles a principios de 1951. Sea cual fuera la razón por la cual Evita no quiso cuidar su salud, ya para el 22 de agosto de 1951 estaba francamente desmejorada. De hecho, el 24 de setiembre Evita no pudo levantarse de la cama para ir al Ministerio de Trabajo. Cuatro días más tarde, la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia emitió un comunicado: "La enfermedad que aqueja a la señora Eva Perón es una anemia de regular intensidad que está siendo tratada con trasfusiones de sangre, absoluto reposo y medicación general".

En su libro *Del poder al exilio*, Perón no menciona la candidatura de Evita a la vicepresidencia, pero señala que "los primeros síntomas de la enfermedad de Evita se manifestaron hacia fines de 1949"[481]. Estas palabras de Perón, juntamente con el testimonio de Ivanissevich, quien le debe haber informado de su diagnóstico, nos llevaría a pensar que a mediados de 1951 el Presidente sabía que Evita estaba ya muy enferma. Pero esto también significaría que durante un año y medio Perón no usó la influencia que tenía sobre ella para obligarla a cuidar de su salud, conclusión difícil de aceptar. En esta instancia, tanto Perón como Ivanissevich se deben haber equivocado de fecha —en el caso del primero, no tiene nada de extraño pues la obra que recoge sus declaraciones contiene numerosos errores—[482]. Según el padre Benítez, Evita comenzó a sentir "un alfilerazo en el bajo vientre" en el mes de junio de 1951.

En una nota publicada en *La Nación* en 1990, el Doctor Abel N. Canónico, oncólogo que atendió a Evita, reveló varios detalles nuevos sobre su enfermedad. Estos coinciden con los que nos proporcionó el doctor Jorge Albertelli en una entrevista que tuvo lugar en 1986. Según ambos, Evita tuvo pérdidas sanguíneas vaginales a fines de agosto de 1951. El Doctor Raúl Mendé sugirió una consulta con un prestigioso ginecólogo cordobés, Humberto Dionisi, el cual comprobó una lesión ulcerada en el cuello del útero. Se hizo una biopsia y el diagnóstico fue un tumor maligno. El 21 de septiembre de 1951, el Dr. Albertelli, que era un ginecólogo jefe de oncología en el Hospital Rivadavia, fue llamado para ser el médico de cabecera de Evita y hacerse cargo del tratamiento que se le iba a hacer[483].Todo lo cual quiere decir que para el 22 de agosto y el día de su renunciamiento Evita ya sabía que estaba enferma. No le dijeron que tenía cáncer, solamente un fibroma.

---

[480] Testimonio de Ivanissevich en "Historia del peronismo", *Primera Plana* (Buenos Aires, 3 de eneró de 1967, N° 210), p. 38.

[481] *Democracia*, 28 de setiembre de de 1951.

[482] El enfrentamiento entre Evita e Ivanissevich habría llevado a éste a renunciar al Ministerio de Educación en mayo de 1950. Véase *Primera Plana*, N° 210.

[483] Abel N. Canónico, "Enfermedad y Muerte de Eva Perón" *La Nación*, 22 de marzo de 1991, facilitado por Catalina H. Wainermann y entrevista con el Dr. Jorge Albertelli, diciembre de 1986

Sus allegados concuerdan en que escondía sus malestares y, lo que es más, se rehusaba a aceptar la posibilidad de estar seriamente enferma. En estas condiciones, si Perón trató de convencerla de no tomar nuevas obligaciones por estar al tanto de lo que temían los médicos, se encontró con que ella negaba estar enferma. Por lo tanto es mucho más probable que la persuadiera de renunciar a la candidatura a la vicepresidencia no tanto por razones de salud, como por la situación política. Renunciando Evita, se aliviaría la tensión en los medios castrenses y los haría menos proclives a unirse a los partidos políticos cuyas maniobras habían quedado al descubierto durante la huelga ferroviaria.

¿Cuándo sucedió esto? ¿Sabía Evita el 22 de agosto que tendría que renunciar a la candidatura a la vicepresidencia? Sus colaboradores aseguran que no discutieron con ella el problema de su candidatura ni antes ni después del 22 de agosto y todos insisten, inclusive Espejo, en reiterar la versión oficial. Si a pesar de las negativas de Evita aceptamos que quiso ser vicepresidente, pues sus actos en esta oportunidad así lo demuestran, entonces lo más probable es que antes de comenzar el acto Evita ya supiera que no podría aceptar la candidatura. Si lo sabía, ¿por qué permitió que la situación llegara hasta ese punto? ¿Por qué su diálogo con la multitud? Es posible que se convenciera de retirarla cuando ya era tarde para detener su proclamación pero es mucho más probable que, empecinada como era, tratara de conseguir su propósito hasta el último momento y viera el Cabildo Abierto como su carta de triunfo. De allí su diálogo con la multitud —rehuyendo un franco pronunciamiento en un sentido o en otro, ganaba un margen de negociación con Perón—. Escuchando la grabación del acto, se tiene la clara impresión de que Evita está tratando desesperadamente de no comprometerse y que está inventando explicaciones muy poco convincentes para poder salir del paso. De nada le sirvió, pues ante la actitud de Perón tuvo que dar marcha atrás y renunciar el 31 de agosto.

Tanto el 22 como el 31, Evita negó tener ambiciones de poder. Su renuncia sería la confirmación de sus palabras, ya que el único justificativo que adelantó en su mensaje del 31 es su falta de ambición personal. Sin embargo, los hechos anteriores al Cabildo Abierto la contradicen. Evita quería la candidatura a la vicepresidencia con el mismo empeño en que puso por ser actriz y la misma fuerza con se aferró a la vida durante los últimos meses de su enfermedad. Tenía la suficiente audacia, imaginación y ambición como para codiciarla. Prueba de ello es que ella misma comenzó a preparar su candidatura desde la caída de Mercante y que las etapas finales de la campaña fueron desarrollándose con su aprobación. Si ella se hubiera opuesto verdaderamente, no habría llegado hasta el punto de la proclamación pues a una orden suya se hubiera retirado el apoyo de la CGT y del Partido Peronista Femenino. Evita tenía plena conciencia del papel histórico que estaba desempeñando y sabía que ser la vicepresidenta de la Argentina haría de ella la primera mujer en ese cargo en el mundo entero. Había saltado sobre la oportunidad que le habían ofrecido las circunstancias para actuar sobre ellas y dejar una marca propia que la individualizara para siempre. Sus actos a partir de 1946 demuestran el placer que le daba el poder, el cuidado que ponía en cultivar su imagen política, el entusiasmo con que promocionaba sus proyectos personales y el celo con que

protegía su posición privilegiada, apartando a todo el que pudiera hacerle sombra. Si Evita no hubiera sido mujer, nada más lógico que aspirara a la vicepresidencia o a la presidencia. Pero el hecho de que lo fuera la convertía en esos momentos en una persona excepcional, pues eran muy pocas las mujeres en regímenes republicanos que se atrevían a contemplar seriamente la posibilidad de dirigir los destinos de su país.

El afán de Evita por negar su ambición política en ésta y otras ocasiones se debe en gran parte a la necesidad de refutar lo que llegaba hasta ella como un insulto, y que ella aceptaba como tal, pues de otro modo no se habría preocupado tanto por desmentirlo. En realidad, sus enemigos daban a la palabra una fuerte connotación peyorativa. Teniendo en cuenta que la ambición es aceptada como componente normal de todo hombre que busca ocupar una función pública —aunque la niegue y generalmente la enmascare como "sacrificio"— solamente puede explicarse el sentido negativo que se le daba en el caso de Evita por ser ella una mujer. Las resistencias que despertaron sus actos desde un primer momento no pueden aislarse del contexto político, pero tampoco puede ignorarse el hecho de que era una mujer que desempeñaba tareas supuestamente impropias para una persona de su sexo. La ambición, apropiada para el hombre, no lo era para una mujer, disminuía su "femineidad". Esto se ve claramente en muchas de las obras que aparecieron después de 1955, en las que los autores tienden a describir a Evita como una mujer de carácter esencialmente "masculino"[484]. Américo Ghioldi explica por ejemplo que, en otras condiciones, Evita "habría sido una energía utilizable para el bien, dispuesta para el libre juego de las condiciones femeninas de delicadeza, dulzura, tolerancia, comprensión y benevolencia humana que no la dejaron cultivar ni expresar en ningún momento"[485]. En cuanto a Ezequiel Martínez Estrada, llega a decir que Evita era "una ambiciosa irresponsable. En realidad, él era la mujer y ella el hombre"[486].

Si Evita no hubiera tenido ambición, difícilmente se habría convertido en una figura histórica. Pero contrariamente a lo que aseguran sus enemigos, la ambición no era el motor principal de sus actos. Prueba de ello es que renunció a la candidatura a la vicepresidencia que tanto quería, con lo cual demostró también carecer de una voluntad de poder independiente de Perón y a la vez acatar los límites que éste le imponía.

Como es de imaginar, el gesto de Evita provocó una oleada de alabanzas a su lealtad, a su desprendimiento, a su espíritu de sacrificio, a su sentido de disciplina, etc. El 4 de setiembre, la CGT declaró que el próximo 17 de octubre estaría dedicado a ella para honrar su renunciamiento. Dos días después el Congreso efectuó una sesión especial en su homenaje. El 10, en su condición de jefe supremo del Movimiento Peronista del Partido Peronista y del Partido Peronista Femenino, Perón le otorgó la Gran Medalla en Grado Extraordinario, también por su renunciamiento.

---

484 *Careo*, p. 17.
485 Véase capítulo XIV.
486 Américo Ghioldi, *op. cit.*, p. 46.

Pero el 28 de setiembre, a las ocho de la mañana estalló un conato revolucionario encabezado por el general Benjamín Menéndez —la inquietud en los medios castrenses no se había calmado con la renuncia de Evita—. Perón declaró el estado de guerra interno, y en pocas horas el levantamiento había sido derrotado[487]. La reacción de la CGT fue rápida. Declaró la huelga general por veinticuatro horas y llamó a una concentración en Plaza de Mayo. Perón se dirigió a la multitud a las tres de la tarde. Atacó duramente a los "traidores", llamándoles cobardes, cuidando al mismo tiempo de salvaguardar los sectores de las fuerzas armadas que habían permanecido fieles al gobierno, y acusó "a las oscuras fuerzas del capitalismo y del comunismo". La muchedumbre congregada en la plaza presintió la gravedad del estado de salud de Evita pues no apareció en el balcón de la Casa Rosada. En realidad, mientras Perón hablaba, le estaban haciendo una transfusión de sangre y había sido mantenida al margen de lo sucedido en el día, aunque el nerviosismo de los que la rodeaban y la ausencia de Perón no deben haber pasado inadvertidos por ella. Él le informó de los acontecimientos a eso de las seis de la tarde. Dolida al saber que en el momento de peligro ella no había estado en Plaza de Mayo junto a los trabajadores, insistió en dirigirle un mensaje por radio a las nueve de la noche. Con voz lenta y cansada, agradeció a los descamisados haber ido a Plaza de Mayo para defender a Perón y, mientras se quebraba en un sollozo incontenible, les prometió "estar pronto en la lucha con ustedes" y les pidió que rogaran para que "Dios me devuelva la salud que he perdido, no para mí, sino para Perón y para ustedes, mis descamisados"[488].

Al día siguiente, mientras recomenzaban las misas para orar por su salud, Evita, debilitada y muy conmovida por los acontecimientos del 28, reunió junto a su lecho a José Espejo, Isaías Santín, Florencio Soto y al general Humberto Sosa Molina, comandante en jefe del Ejército. En esta reunión, Evita decidió la compra de 5.000 pistolas automáticas y 1.500 ametralladoras con dinero de la Fundación Eva Perón que serían entregadas a los obreros en la eventualidad de otro levantamiento militar[489]. Este discutido acto de Evita es sin embargo coherente con su conducta tanto antes como después del levantamiento del general Menéndez. "Dar la vida por Perón" no era una fórmula retórica para ella, sino un verdadero compromiso, que tenía plena vigencia desde el 17 de octubre de 1945 y que se traducía en la defensa sin retaceos de Perón y de su causa. A partir de setiembre de 1951, la situación había cambiado en la medida en que los enemigos de Perón estaban dispuestos a derrocarlo por las armas. Esto exigía una respuesta por parte de los peronistas y ella como "abanderada" de los humildes y "plenipotenciaria de los trabajadores" estaba dispuesta a darla, no solamente comprando armas sino también imprimiendo en los descamisados la necesidad de mantenerse alerta y de luchar hasta la muerte por Perón y su causa. Así lo hace en su discurso del 17 de octubre de 1951, del 1º de mayo de 1952 y hasta en su testamento.

[487] Ezequiel Martínez Estrada, *op. cit.*, p. 241.
[488] *Todo es Historia*, N° 67.
[489] *Democracia*, 29 de setiembre de 1951.

Evita pasó los primeros días de octubre sin salir de la residencia presidencial, postrada por dolores cada vez más agudos que los calmantes no conseguían apaciguar. Según el padre Benítez, para ese entonces Perón ya había sido informado del diagnóstico: "cáncer útero-vaginal, bastante avanzado, con peligrosas ramificaciones"[490]. La noticia lo golpeó brutalmente, pues era la misma enfermedad que había matado a su primera esposa, Aurelia Tizón, después "de cruelísimos dolores que lo afectaron más a él que a ella"[491].

El 8 de octubre, Evita se sintió lo suficientemente fuerte como para levantarse y poder celebrar el cumpleaños de Perón, pero el 15 de ese mismo mes no pudo estar presente en el Salón Peuser para celebrar la publicación de *La razón de mi vida*.

Llegó el 17 de octubre, el último que vería. La plaza se llenó como nunca pues la expectativa por la presencia de Evita en el balcón era muy grande. Vestida con un severo traje negro, pálida y frágil, haciendo un esfuerzo visible, saludó varias veces con los brazos en alto sostenida por Perón. Después de que el público entonó el Himno Nacional y *Los muchachos peronistas*, José Espejo le entregó la Distinción del Reconocimiento de Primera Categoría por su renunciamiento, "que tiene la grandeza de las actitudes de los mártires y de los santos". A continuación, Perón le entregó la Gran Medalla Peronista en Grado Extraordinario y se confundieron en un largo y tierno abrazo.

Evita, emocionada, no atinaba a reponerse para hablar y Perón inició su discurso.

"Nunca podría haberse resuelto un homenaje más justiciero, más hondo y más honorable que esta dedicación del 17 de octubre a Eva Perón", dijo casi al comienzo de su discurso. "Ella no es sólo la guía y la abanderada de nuestro movimiento, sino que es también su alma y su ejemplo. Por eso, como jefe de este Movimiento Peronista, yo hago pública mi gratitud y mi profundo agradecimiento a esa mujer incomparable de todas las horas."

"Ella, para nosotros, nació con el justicialismo. Lanzó a las falanges peronistas el soplo vivificador de su espíritu incomparable, para iluminarlo y proyectarlo hacia los fastos de la historia de la Nación.

"El sindicalismo argentino recibió de ella ayuda inigualable; esas ayudas que se realizan con el corazón, que hacen posible a los hombres y a las mujeres transformarse en líderes, transformarse en mártires y convertirse en héroes de los momentos de la Nación...

"Estaría de más que yo dijese a esta masa viviente del pueblo argentino, cuáles son los méritos de la Fundación Eva Perón. Ellos a lo largo de todos los caminos de la Patria, van recibiendo los beneficios generosos y humildes de esta benemérita institución, que ha fijado para todos los tiempos de la historia

[490] Testimonios de Atilio Renzi y de Florencio Soto reproducidos en Borroni y Vacca, *op. cit.*, pp. 298 y 300 respectivamente, ratificados en entrevistas con Atilio Renzi y José Espejo.

[491] *Careo*, p. 17.

argentina la figura de Eva Perón como una de las mujeres más grandes de la humanidad...

"El partido Peronista Femenino, obra de su inteligencia y de su espíritu realizador, constituye en nuestro país, como entidad política, un ejemplo de organización, de disciplina y de subordinación a la doctrina peronista.

"Ella, con una capacidad natural para el manejo político de las masas, le ha dado a este movimiento peronista una nueva orientación, una mística y una capacidad de realizaciones en el campo político, que ha puesto a la mujer casi a la par del antiguo movimiento cívico argentino, con muchos años de tradición y de existencia.

"Ella, durante estos seis años, me ha mantenido informado al día de las inquietudes del pueblo argentino. Ese maravilloso contacto de todos los días en la Secretaría de Trabajo y Previsión, donde ha dejado jirones de su vida y de su salud, ha sido en holocausto a nuestro pueblo, porque ha permitido que, a pesar de mis duras tareas de gobierno, haya podido vivir todos los días un largo rato en presencia y contacto con el pueblo mismo.

"Aparte de todo ello, ella ha tenido, con su tino maravilloso, la guarda de mis propias espaldas, confiadas en su inteligencia y en su lealtad, que son las dos fuerzas más poderosas que rigen el destino y la historia de los hombres."[492]

Durante unos minutos, todavía, Evita como en un sueño siguió con atención las palabras de Perón. Nunca había oídos semejantes alabanzas de su boca y nadie hasta entonces había definido más certeramente el papel que Evita desempeñaba en el gobierno peronista. Una vez que Perón terminó su discurso, Evita, que lo había escuchado sentada, se levantó y escondiéndose en su pecho, se puso a llorar quedamente. "Mis queridos descamisados", atinó a decir finalmente ante la plaza súbitamente silenciosa. "Este es un día de muchas emociones para mí. Con toda mi alma he deseado estar con ustedes y con Perón en esta día glorioso de los descamisados. Yo no podré faltar nunca a esta cita con mi pueblo de cada 17 de octubre. Yo les aseguro que nada ni nadie hubiera podido impedirme que viniera, porque yo tengo con Perón y con todos ustedes, con los trabajadores, con los muchachos de la CGT, una deuda sagrada: a mí no me importa si para saldarla atengo que dejar jirones de mi vida en el camino.

"Tenía que venir y he venido para darle las gracias a Perón, a la CGT, a los descamisados y a mi pueblo. A Perón, que ha querido honrarme con la más alta distinción que puede honrarse a un peronista y con lo que acabo de recibir esta tarde, que yo no terminaré de pagarle ni entregándoles mi vida para agradecerle lo bueno que siempre fue y es conmigo. Nada de lo que yo tengo; nada de lo que soy; ni nada de lo que pienso es mío; es de Perón. Yo no le diré la mentira acostumbrada; yo no le diré que no lo merezco, mi general. Lo merezco por una sola cosa, que vale más que todo el oro del mundo; lo merezco porque todo lo hice por amor a este pueblo. Yo no valgo por lo que hice, yo no valgo por lo que he renunciado; yo no valgo por lo que soy ni por lo que tengo.

[492] *Idem.*

Yo tengo una sola cosa que vale, la tengo en mi corazón, me duele en el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es el amor por este pueblo y por Perón. Y le doy las gracias a usted, mi general, por haberme enseñado a conocerlo y a quererlo. Si este pueblo me pidiese la vida se la daría cantando, porque la felicidad de un solo descamisado vale más que toda mi vida.

"Tenía que venir a darle las gracias a la CGT por la distinción que significa el homenaje de laurear una condecoración que es para mí el más querido recuerdo de los trabajadores argentinos. Tenía que venir para agradecerles el que hayan dedicado los trabajadores y la CGT a esta humilde mujer este glorioso día. Y tenía que venir para decirles que es necesario mantener, como dijo el general, bien alerta la guardia de todos los puestos de nuestra lucha. No ha pasado el peligro. Es necesario que cada uno de los trabajadores argentinos vigile y que no duerma, porque los enemigos trabajan en la sombra de la traición, y a veces se esconden detrás de una sonrisa o de una mano tendida. Y tenía que venir, para agradecer a todos ustedes, mis queridos descamisados de todos los rincones de la Patria, porque el 28 de setiembre ustedes han sabido jugarse la vida por Perón. Yo estaba segura que ustedes sabían —como lo han sabido— ser la trinchera de Perón. Los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria, saben también desde hace mucho tiempo que Perón y Eva Perón están dispuestos a morir por este pueblo. Ahora también saben que el pueblo está dispuesto a morir por Perón.

"Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa: que juremos todos, públicamente, defender a Perón y luchar por él hasta la muerte. Y nuestro juramento será gritar durante un minuto para que nuestro grito llegue hasta el último rincón del mundo: *La vida por Perón*." La multitud exaltada prolongó el juramento por varios minutos. Con renovadas energías, Evita prosiguió entonces su discurso. "Que vengan ahora los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria. Nunca les tuve miedo porque siempre creí en el pueblo. Siempre creí en mis queridos descamisados porque nunca olvidé que sin ellos, el 17 de octubre hubiese sido fecha de dolor y de amargura, porque estaba destinado a ser de ignominia y de traición. Pero el valor de este pueblo lo convirtió en un día de gloria y de felicidad.

"Yo les agradezco, por fin, compañeros, todo lo que ustedes han rogado por mi salud. Se lo agradezco con el corazón. Espero que Dios oiga a los humildes de mi Patria, para volver pronto a la lucha y poder seguir peleando con Perón, por ustedes y con ustedes, por Perón hasta la muerte. Yo no quise ni quiero nada más para mí. Mi gloria es y será siempre el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria. Yo sé que Dios está con nosotros, porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía. Por eso, la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

"Mis descamisados: yo quisiera decirles muchas cosas, pero los médicos me han prohibido hablar. Yo les dejo mi corazón y les digo que estoy segura, como es mi deseo, que pronto estaré en la lucha, con más fuerza y con más

amor, para luchar por este pueblo, al que tanto amo, como lo amo a Perón. Y les pido una sola cosa: estoy segura que pronto estaré con ustedes, pero si no llegara a estar por mi salud, cuiden al general, sigan fieles a Perón como hasta ahora, porque eso es estar con la Patria y con ustedes mismos. Y a todos los descamisados del interior, yo los estrecho muy cerca de mi corazón y deseo que se den cuenta de cuánto los amo."[493] Exhausta, sus ojos llenos de lágrimas recorrieron una vez la multitud que gritaba su nombre con voz enronquecida, y abrazando a Perón, estalló de nuevo en sollozos.

[493] Democracia, 18 de octubre de 1951.

Capítulo XIII

La enfermedad y la muerte de Evita

A partir de octubre de 1951 y hasta su muerte, ocurrida el 26 de julio de 1952, Evita pronunció un solo discurso desde el balcón de la Casa de Gobierno y ya no volvió más a sus tareas del Ministerio de Trabajo y Previsión. Pasó esos largos meses prácticamente recluida en la residencia presidencial, saliendo ocasionalmente, pues le hacían frecuentes transfusiones de sangre y le habían ordenado reposo absoluto.

Ni siquiera pudo levantarse de la cama para asistir al acto con que Perón inauguró oficialmente su campaña electoral. El peronismo se presentó a las elecciones con la misma fórmula del año 1946, pues antes de que la renuncia de Evita alimentara las ilusiones de otros candidatos, Perón les cortó por lo seco al inclinarse de nuevo por Quijano. Por si quedaba alguna duda, con esta decisión confirmó la irremediable caída en desgracia de Mercante. Su defenestración fue de tal envergadura que en 1953 se lo expulsó del Partido Peronista "por inconducta partidaria y deslealtad".

Totalmente eclipsado por Evita, hacía tiempo que Quijano había convertido la presidencia del Senado en su verdadera función. Era el "vicepresidente perfecto", que se limitaba a participar de los actos oficiales como si se tratara de un sueño largamente acariciado. Vestido sepulcralmente de negro en invierno y con un *palm-beach* en verano, el cuello *palomita*, los gruesos bigotes campesinos, las solapas nevadas de caspa, fijaban una inconfundible presencia que Evita solía saludar con ingeniosas salidas: "¿Cómo le va Mar Caspio?"[494]. Había sufrido varias operaciones y estaba muy enfermo cuando accedió a integrar la fórmula peronista ante la insistencia de Perón. Murió el 3 de abril de 1952, antes de asumir sus funciones de vicepresidente por segunda vez.

En esta instancia, la oposición permaneció dividida. La Unión Cívica Radical era el único partido que representaba una amenaza potencial aunque no un peligro real para el peronismo. Sus candidatos a la presidencia y vicepresidencia respectivamente, Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, reunían grandes concentraciones tanto en la Capital Federal como en el interior, y la campaña se realizó de nuevo en un clima de violencia. Los actos de la UCR

[494] Historia del Peronismo, *Primera Plana* (Buenos Aires, 29 de agosto de 1967, N° 244),p. 50.

fueron interrumpidos por la policía, se produjeron incidentes con numerosos heridos y en algunos casos terminaron en verdaderas batallas campales[495].

Postrada en su lecho, Evita sufría por no poder estar "en la trinchera" junto a Perón. Era la primera vez que la mujer iba a votar y quería que el Partido Peronista Femenino cumpliera con el cometido que le había trazado desde el primer momento: reelegir a Perón y por un margen mayor que el obtenido en 1946. El discurso que pronunció por radio en ocasión de la inauguración de la Ciudad Estudiantil, a la cual no pudo asistir, revela que su principal preocupación en esos días era el resultado de las elecciones, a pesar de que sus palabras dejan traslucir una enorme fatiga, melancolía y nostalgia. El triunfo de Perón el 11 de noviembre, recordó a los descamisados, significaría "la victoria del pueblo, la victoria definitiva de los trabajadores, la primera victoria de la Patria sobre sus enemigos de dentro y de fuera; sobre los que la vendieron una vez y quieren venderla nuevamente"[496]. Confirmando el sentido político que tenía la Fundación, declaró inaugurados en esa fecha cuatro hogares de ancianos, ocho hogares-escuela, una clínica de enfermos pulmonares y once policlínicos. Además "entregó al pueblo" ciento cincuenta escuelas y doscientas proveedurías. El 29 de octubre pronunció otro discurso por radio dirigido a las mujeres peronistas y el 1 de noviembre *Democracia* publicó un artículo suyo titulado "El destino de la Patria se define el 11 de noviembre".

Mientras tanto, su salud empeoraba visiblemente. Cuando le mencionaban la posibilidad de una operación, se ponía furiosa y reaccionaba gritando: "A mí no me opera nadie, ni locos me van a operar"[497]. Sin embargo, como el tratamiento de radium no la mejoraba y continuaban los dolores, accedió finalmente a ser operada. Él 3 de noviembre fue internada en el Policlínico Presidente Perón, uno de los tres hospitales gemelos construidos por la Fundación en Avellaneda, y tres días más tarde fue operada. Estuvo a cargo de la intervención el doctor George T. Pack, famoso cirujano norteamericano, aunque oficialmente lo hizo el Dr. Ricardo Finochietto. Como Evita nunca permitió que le hicieran un examen ginecológico sino bajo anestesia, éste no tuvo oportunidad de examinarla hasta que le dieron una anestesia general. Participaron en la operación los doctores Finochietto, Dionisi, Horacio Monaco y Roberto Goyenechea, que fue el anestesista. María Antonia Osorio fue la instrumentista.

Al saberse que Evita estaba internada, la calle frente al hospital se llenó de gente que se puso a rezar, en una vigilia permanente que no cesó durante los días que duró su internación, mientras en las iglesias aumentaban las misas que por ella se decían en todo el país.

El 9 de noviembre, fecha en que se cerraba la campaña electoral, las emisoras propalaron un discurso que ella había grabado antes de ser internada. No votar por Perón es "traicionar al país", dijo con su voz inconfundible,

[495] Historia del Peronismo, *Primera Plana* (N° 244).
[496] *Democracia,* 28 de octubre de 1951.
[497] Entrevista con Pilar Madirolas, una de las enfermeras que cuidó a Evita.

mientras yacía en el hospital reponiéndose de la operación. "Si pido a los argentinos que voten por Perón no lo hago como mujer del general sino como abanderada del pueblo, como Evita, como personera plenipotenciaria de los trabajadores"[498]. El pueblo debía votar a Perón porque en 1951 se planteaba la misma disyuntiva que en 1946 y la respuesta no podía ser otra que la que había dado en aquella oportunidad. Aunque enferma, el 11 de noviembre estará con todos los descamisados siguiéndolos "como una sombra, repitiéndoles en los oídos y en la conciencia el nombre de Perón hasta que depositen en la urna su voto como un mensaje de cariño, de fe y de lealtad hacia el Líder del pueblo. Cuando cada uno de ustedes deposite su voto, quiero que piense y que sepa que yo estaré espiritualmente a su lado para darle las gracias en nombre de Perón..."[499]. Ese mismo día, satisfaciendo una solicitud de Evita, la Junta Electoral decidió permitir que votara desde su cuarto de hospital por considerar que el voto femenino se debía a sus esfuerzos. La medida fue adoptada a pesar de la oposición de los apoderados radicales y socialistas. El Partido Comunista votó a favor, pidiendo que se extendiera también a Rodolfo Ghioldi, que estaba enfermo en Rosario, lo cual se hizo.

La decisión de la Junta Electoral hizo posible que Evita votara por primera y única vez en su vida el 11 de noviembre de 1951. La presidenta de mesa, dos fiscales y dos agentes de policía le trajeron las diferentes boletas que dejaron sobre su cama y salieron —la boleta del Partido Peronista tenía la efigie de Perón de un lado y la de Evita del otro—. Al momento, los fiscales volvieron a entrar con la urna y Evita depositó su voto. "Ya voté", anunció con una sonrisa cuando la puerta se abrió de nuevo para dejar entrar a Perón, y se puso a llorar. Uno de los fiscales, el escritor David Viñas, recuerda el contraste entre lo que acontecía adentro y afuera del policlínico. "Asqueado por la adulonería que encontré en torno a Eva Perón, me conmovió la imagen de las mujeres que afuera, de rodillas, rezando en la vereda, tocaban la urna que tenía el voto de Eva y la besaban. Una escena alucinante, digna de Tolstoy"[500].

La operación, oficialmente todo un éxito, no pudo detener sin embargo el cáncer que tanto la hacía sufrir. El 14 de noviembre, Evita abandonó el policlínico acompañada por una caravana de colectivos y ómnibus que la llevaron hasta la residencia presidencial, donde la gente también se había amontonado esperando su retorno. Ese mismo día, después de descansar durante unas horas, recibió a la comisión directa de la CGT.

En la residencia, le habían preparado un cuarto alejado del dormitorio de Perón, para no molestarlo. Acostada en su cama Luis XV, en su habitación tapizada de brocado rosa con dos amplios ventanales, habría musitado: "¡Pensar que me tenía que morir para que me arreglaran una habitación como la gente!"[501]. Tres enfermeras de la Fundación, Pilar Madirolas y las hermanas Rita

[498] *Democracia*, 10 de noviembre de 1951.
[499] *Ibid*.
[500] Véase el testimonio de Viñas en Borroni y Vacca, *op. cit.,* p. 296.
[501] Entrevista con Pilar Madirolas.

y María Eugenia Álvarez comenzaron a turnarse de nuevo para cuidarla día y noche, como lo habían hecho desde el 28 de setiembre.

Como era de esperar, Perón ganó por un margen mayor que en las elecciones de 1946. El resultado final arrojó 4.608.951 votos para el peronismo, de los cuales 2.441.558 eran femeninos, y 2.326.563 para el radicalismo. El 16, el acto organizado por la CGT para festejar el resultado de las elecciones terminó con una enorme procesión de antorchas que encaminó sus pasos hacia la residencia presidencial para prestar homenaje a Evita.

El domingo 2 de diciembre, como hacía unos días que se sentía más aliviada y era una tarde tibia de sol, salió a dar una vuelta en coche con Perón. Insistió además en grabar un discurso que fue irradiado el 7 de diciembre para agradecer al pueblo el haber votado la fórmula peronista el 11 de noviembre, como si se sintiera responsable por su triunfo y éste se debiera principalmente a su pedido. Su deuda con los descamisados ya no tenía medida, les dijo, tanto por el 17 de octubre, como por el 22 de agosto, el 28 de setiembre y ahora el 11 de noviembre. Sabía que podía morir tranquila pues Perón estaría bien guardado ya que "cada peronista ha tomado como suyo mi propio trabajo de eterna vigía de la Revolución"[502]. Reiteró su impaciencia por volver a la lucha para que la causa justicialista "se consolide en esta tierra nuestra tan querida y señale para todos los pueblos y para todos los tiempos el maravilloso comienzo de una edad nueva de la historia del mundo: la edad definitiva de los pueblos... La edad en que los hombres no sean conducidos por unos mercaderes del hambre y de la guerra... La edad en que los pueblos tomarán las riendas de sus propios destinos, dispuestos a vivir en paz a la sombra de la verdadera justicia y de la verdadera libertad"[503].

Pudo salir también otro domingo y las Navidades la encontraron con fuerzas suficientes para grabar un mensaje, como lo hacía desde 1946, distribuir juguetes a un grupo de niños en la residencia presidencial y pasear un rato con ellos por los jardines. Ese año, la Fundación repartió 2.000.000 de panes dulces, 2.000.000 de botellas de sidra y 4.000.000 de juguetes. El 4 de enero, asistió a la ceremonia en la cual la CGT entregó al doctor Finochietto una moneda de oro "por la intervención que realizó para la curación de la más grande de las mujeres de nuestra época y de la historia: Eva Perón"[504].

En cambio el 2 de febrero no pudo presenciar la iniciación de la rueda final del campeonato infantil "Evita". Es que habían vuelto a aparecer las punzadas y una biopsia reveló que el mal no había sido extirpado de raíz. Era un verano caluroso. Cuando sentía dolores intensos y sus fuerzas se debilitaban, Evita permanecía acostada, vestida con sus pijamas a lunares, su perra Canela acurrucada a los pies de su cama. Si se sentía mejor, buscaba retomar los hilos de su vida normal. Alcaraz venía entonces a peinarla, aunque ahora casi siempre usaba el pelo atado en dos trenzas infantiles o en una gruesa

---

[502] *Democracia*, 8 de diciembre de 1951.
[503] *Ibid*.
[504] *Democracia,* 5 de enero de 1952.

que le caía sobre la espalda. Sarita le arreglaba las manos, cada vez más descarnadas. Charlaba con sus enfermeras, a veces hasta soñaba con un posible viaje a Medio Oriente y discutía con Renzi lo que él hacía para proseguir la ayuda social directa. Bajaba al gran hall de la residencia donde proyectaban películas —la última que vio fue *Cyrano de Bergerac*, e infaltablemente requería la presencia de "Espejito" como llamaba al secretario de la central obrera, del gallego Santín, etc.— Sus médicos, los doctores Finochietto, Jorge Albertelli, Jorge Taiana y Alberto Taquini, le prohibían recibir demasiadas visitas, pero su voluntad aún podía más y ella hacía venir a las personas que quería ver cuando Perón estaba en Casa de Gobierno para que no se enojara con ella. "En una oportunidad en que la reprendí muy severamente", cuenta Perón, "me respondió: Sé que estoy muy enferma y sé también que no me salvaré. Pero pienso que hay cosas más importantes que la propia vida y si no las realizase me parecería no dar cumplimiento a mi destino"[505].

Tenía que oír los discursos de las mujeres que iban a ingresar por primera vez en el Parlamento, hacerles recomendaciones, saber cómo seguían la Escuela Infantil y la Ciudad Estudiantil sin su presencia, ver que los pedidos de ayuda fueran satisfechos, y no podía cortar repentinamente sus lazos con Espejo, Soto y demás gremialistas pues necesitaba de ellos para sentirse con vida y pensar que algún día quizás volvería a sus entrevistas con delegaciones sindicales en el Ministerio de Trabajo y a las alegres sobremesas del Hogar de la Empleada. Cuando Perón tomó la costumbre de quedarse en casa por las tardes para hacerle compañía, entonces hacía venir a sus amigos por la noche. Después de las 9, cuando él ya estaba acostado, comenzaban a subir de uno a uno, en punta de pie "para que el general no se despertara".

No es que estuviera sola, ni mucho menos. Además de Perón y de Irma, allí estaban doña Juana y sus tres hermanas, que se turnaban para cuidarla; también Juancito le hacía compañía, pues salía mucho menos desde que ella había caído enferma; Nicolini no dejaba pasar un día sin venir a verla y Renzi no parecía dormir en su casa pues a cualquier hora estaba dispuesto a hacer lo que le pidiera. Había siempre mucha gente a su alrededor, pues ministros y legisladores pasaban por la residencia por lo menos una vez al día, pero tener a "los muchachos" a su lado era mantenerse en contacto con sus tareas del Ministerio de Trabajo y saborear un poco de esa vida agitada que tanto había disfrutado.

El 5 de marzo pudo estar presente en la clausura del campeonato infantil en la cancha de River Píate. El 28 de ese mes asistió a su último acto gremial en el Teatro Enrique Santos Discépolo: el cierre del Congreso de Trabajadores Rurales, donde habló del Plan Agrario que patrocinaba la Fundación. Y el 3 de abril se levantó para ir al velorio de Hortensio J. Quijano.

En esa época, la residencia pasó a ser visita obligatoria para todo dignatario o personalidad que llegara al país, como antes lo había sido el Ministerio de Trabajo. El 7 de febrero, Evita recibió al boxeador francés George

[505] Juan Perón, *op. cit.*, p. 59.

Carpentier y el 24 de abril por la mañana al general Pedro Aurelio de Goes Monteiro, jefe del Estado Mayor brasileño que vino con el teniente coronel Ernesto Geisel, también del Estado Mayor. Los acompañaban, entre otros, el embajador brasileño en Buenos Aires, Juan Baptista Luzardo, y el capitán de navío Isaac F. Rojas. Goes Monteiro le anunció la decisión del gobierno brasileño de condecorarla con la Orden del Cruzeiro do Sul en el grado de Gran Cruz. Evita lo recibió vestida con unos pantalones que caían sin forma sobre su cuerpo emaciado, el pelo recogido en dos trencitas atadas con lazos. Unos días antes, sin embargo, el 17 de abril, se había ataviado como en sus mejores tiempos, con un escotado vestido de terciopelo color vino, su magnífico collar de perlas y un enorme sombrero de plumas y se había presentado resplandeciente en la Casa Rosada para recibir la Orden de los Omeyades que le concedió el gobierno sirio por intermedio de su embajador plenipotenciario, Ziki Djaba. El día anterior había ido junto con Perón por un momento al Ministerio de Trabajo. Era un miércoles, día en que Perón debía mantener su reunión semanal con el secretario de la CGT en la Casa Rosada. El recinto estaba colmado de dirigentes sindicales. Muy emocionada, Evita anunció que a partir de aquella fecha Perón se reuniría semanalmente con los gremialistas en ese mismo lugar, en vez de hacerlo en la Casa de Gobierno.

Ante el asombro de sus médicos, el 1 de mayo recuperó por unas horas la energía y el fuego que ya se escapaban indefectiblemente de su cuerpo y dirigió la palabra a los descamisados por última vez. Dejó de lado el tono mesiánico de sus discursos electorales y con fuerza inusitada afirmó en cambio la realidad del "pueblo humilde de la Patria, que aquí y en todo el país está de pie y lo seguirá a Perón, el líder del pueblo, porque ha levantado la bandera de la redención y de justicia de la masa trabajadora". Hablando en nombre del pueblo, proclamó que éste lo seguiría "contra la oposición de los traidores de adentro y de afuera", y esta vez fue más lejos que nunca en sus amenazas: "Si es preciso haremos justicia con nuestras propias manos. Yo le pido a Dios no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón, porque ¡guay de ese día!, mi General, yo saldré con el pueblo trabajador, yo saldré con las mujeres del pueblo, yo saldré con los descamisados de la Patria para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista; porque nosotros no nos vamos a dejar aplastar más por la bota oligárquica y traidora de los vendepatrias que han explotado a la clase trabajadora". Como si supiera que ésta sería la última vez que hablaría mano a mano con los descamisados, les dijo que quería "darles un mensaje: que estén alertas. El enemigo acecha, no perdona jamás que un argentino, que un hombre de bien, el General Perón, esté trabajando por el bienestar de su pueblo y la grandeza de la Patria. Los vendepatrias de adentro, que se venden por cuatro monedas, están también en acecho para dar el golpe en cualquier momento"[506].

Cuando finalizó, la vida parecía haber abandonado su cuerpo. Pálida y ojerosa, abandonó el balcón sostenida por Perón. "En la sala detrás de las ventanas, a través de las cuales llegaba todavía la voz de la multitud que la

[506] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Perón y Eva Perón hablan a los trabajadores. 1 de mayo de 1952*, página sin numerar.

llamaba", recuerda Perón, "se oía solamente mi respiración; la de Eva era imperceptible y fatigada. Entre mis brazos no había más que una muerta"[507].

Para el 7 de mayo, fecha de su cumpleaños, ya se había repuesto lo suficiente como para posar con su sonrisa triste en numerosas fotografías. La residencia presidencial se llenó de flores que mandaron sindicatos, autoridades partidarias, legisladores, etc. Afuera, caravanas de coches corrieron la Avenida del Libertador y la banda de policía festejó el acontecimiento con un concierto. Era tanta la gente que se congregó frente a la residencia que Evita tuvo que salir al balcón para saludar. Al día siguiente, fue por última vez al Hogar de la Empleada para asistir al casamiento de Emma Nicolini. Aunque solamente se quedó un momento, su gesto servía para testimoniar el afecto que sentía por ella y sobre todo por su padre.

Pesaba treinta y ocho kilos, pero empecinada hasta el fin, todos los días buscaba en la balanza la señal de que se iniciaba su mejoría. Desalentada, exclamaba: "¡Pensar los sacrificios que hice para adelgazar y ahora, mirá!". Hasta los últimos días, Renzi le daba vuelta a la tuerca que indicaba el registro de la balanza para engañarla. "A veces se me iba la mano y ella estallaba de alegría porque creía que había aumentado de peso."[508] Ya no le hacían más radioterapias en su antiguo dormitorio. Tenía el cuerpo lacerado y para que estuviera más cómoda, ahora yacía en una cama ortopédica, como esas que compraba para sus policlínicos. "Aquellos días de pausa fueron el infierno para Evita", recuerda Perón. "Estaba reducida sólo a piel, a través de la cual se percibía ya el blancor de los huesos. Sólo los ojos parecían vivos y elocuentes. Se posaban sobre las cosas, interrogaban a todos: a veces estaban serenos, a veces parecían desesperados."[509] Se despedía poco a poco de sus amigos, regalándoles objetos que le pertenecían, o comprándoles pulseras, medallas, etc. Todos a su alrededor buscaban hacerle olvidar esos agudos dolores que la traspasaban. Se mostraban optimistas y alegres, pero el único que conseguía borrar la tristeza y el dolor de sus ojos, hacerla reír todavía alguna vez, era Nicolini.

El 28 de mayo, haciendo un esfuerzo, recibió a los gobernadores y legisladores electos. Les pidió que fueran "fanáticos peronistas. Tenemos que olvidarnos un poco de los que nos hablan de prudencia y ser fanáticos. Los que proclaman la dulzura y el amor se olvidan que Cristo dijo: 'He venido a hacer fuego a la tierra porque quiero que arda más'. Él nos da el ejemplo de fanatismo y por eso debemos ser fanáticos con Perón hasta la muerte". Antes de finalizar, les pidió que se mantuvieran unidos y recomendó una vez más que no se olvidaran de los descamisados, "porque son los más cercanos a nuestros corazones de peronistas"[510].

El 4 de junio, Perón debía asumir el mando por segunda vez. Ese día, recuerda Apold, entonces subsecretario de Informaciones de la Presidencia,

[507] Juan Perón, *op. cit*, p. 60.
[508] Borroni y Vacca, *op. cit.*, p. 299.
[509] Juan Perón, *op. cit.*, p. 61.
[510] Argentina, Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Dijo Eva Perón: "Siempre debemos tener a flor de labios la palabra peronista"*, 1951, pág. sin numerar.

"llegué a la residencia a las 10 de la mañana, para entregarle [a Evita] un ejemplar de *Argentina en marcha*, un libro que la Subsecretaría acababa de editar y que reflejaba la obra del peronismo. Cuando pasé por el dormitorio de Perón, noté que tenía la puerta abierta y entré. El general conversaba animadamente con doña Juana. Estaban preocupados porque la enferma se empeñaba en ir al acto".

"El general me sugirió que le dijera a Eva que afuera hacía mucho frío. La señora vestía un pijama celeste. Hojeó el libro con atención. Al ver una gran fotografía suya, las lágrimas le brotaron."

—...Lo que llegué a ser y miren cómo estoy ahora —se quejó.

"Para cambiar de tema, le comenté que en la calle hacía un frío tremendo. Ella se enojó mucho y me recriminó:

—Eso es una orden del general, pero yo voy igual. La única manera de que me quede en esta cama es estando muerta.

Y se salió con la suya. "Le dieron tres dosis de calmante y luego, en la Casa Rosada, otras dos más"[511].

Había prometido que se sentaría durante el recorrido que haría con Perón en un coche abierto. Pero no lo hizo, se obstinó en ir de pie, arrebujada en un abrigo de piel. Y mientras levantaba con dificultad su brazo derecho para saludar a la multitud por última vez, sonreía levemente, saboreando el triunfo de Perón, que era también el suyo.

Durante esos meses en que Evita se debatió entre la vida y la muerte en medio de intensos dolores, una extraña atmósfera invadió Buenos Aires. Por un lado, los círculos antiperonistas anunciaban periódicamente su muerte descreyendo los frecuentes boletines médicos que daban cuenta del estado de su salud. Se tejían rumores fantásticos sobre la inusitada naturaleza de su enfermedad, los olores nauseabundos que despedía su cuerpo y la supuesta actitud de Perón, que no entraba en su cuarto y cuando lo hacía se cubría la cara por miedo a contagiarse[512]. La presencia de Evita en el balcón de la Casa Rosada el 1 de mayo y en las ceremonias del 4 de junio, era interpretada como un acto desesperado por parte de un dictador cuyo fin estaba ya próximo pues su popularidad había declinado y la única que mantenía el fervor del pueblo era Evita.

Por otro lado, en las iglesias de la Capital y el resto del país, las misas, plegarias y procesiones por el restablecimiento de Evita se sucedían ininterrumpidamente, como no cesaban tampoco los homenajes y actos en los que se exaltaba su figura, para la cual ya no existían superlativos.

Desde la aparición de *La razón de mi vida*, un artículo detrás de otro alababa su valor literario, su significado, la profundidad de los sentimientos allí

[511] Borroni y Vacca, *op. cit.*, ps. 300-301.

[512] Véase Marie Langer, *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis* (Buenos Aires: Editorial Nova, 1957). Muchos de los rumores reaparecen en la literatura antiperonista, no con forma de rumores o mitos sino como hechos reales. Véase capítulo XIV.

expresados, etc. "¿Qué otra voz en el mundo ha despertado igual resonancia en el alma del ser humano?", preguntaba *Democracia.* "Únicamente la voz de Jesús"[513]. Se anunciaban en ediciones en varias lenguas, hasta en Braille. Una unidad básica levantó un altar al libro y el 25 de junio fue declarado texto oficial para los cursos de educación cívica en la provincia de Buenos Aires, entonces gobernada por Aloé. El 17 de julio, el Congreso aprobó una ley que lo establecía como texto obligatorio en todos los institutos de enseñanza del Estado. Como había dificultades para publicarlo en los Estados Unidos, el 4 de julio, la CGT organizó un acto de desagravio a Evita y de "glorificación" en el Luna Park. Entre críticas al imperialismo, fue ensalzada por sus virtudes y su espíritu de sacrificio. En su discurso, Espejo dijo que así como "Augusto, primer emperador romano, erigió un culto religioso a la memoria de César, convirtiéndolo en Dios", en la Argentina, "la Patria entera realiza la apoteosis de su heroína"[514].

Pero esto no bastaba. Se descubrían bustos suyos en edificios públicos; la ciudad de Quilmes cambió su nombre por Eva Perón (como lo haría también más tarde la capital de la provincia de Buenos Aires, La Plata); en Lomas de Zamora se erigió un monumento en su honor; las sesiones de las cámaras legislativas fueron denominadas "Período Legislativo Eva Perón". El 7 de mayo, como resultado de un proyecto de ley presentado por Cámpora, siempre presidente de la Cámara de Diputados, el Congreso declaró a Perón "Libertador de la República" y a Evita, Jefa Espiritual de la Nación. Su acción y su obra "la han colocado, a justo título, en el orden espiritual, como partícipe de las tareas del jefe del Estado, por lo que merece el título de Jefa Espiritual de la Nación"[515]. Al comenzar el debate, que no fue tal, sino más bien una competencia de ditirambos, Delia Degliuomini de Parodi pronunció un discurso en nombre de todas las mujeres peronistas, para dejar sentada "nuestra eterna gratitud a Eva Perón *(aplausos prolongados),* que supo darnos el lugar que merecía nuestra dignidad de mujeres en la nueva Argentina justa, libre y soberana de Perón". Finalizó sus palabras con la predicción de que las generaciones venideras nos envidiarán el haber vivido con Evita sus horas y sus días y la historia también dirá que esta bancada peronista se puso de pie para llevar hasta el cielo sus palabras de bendición a la mujer más extraordinaria de todas las épocas, Eva Perón"[516]. El 16 de junio, Cámpora presentó otro proyecto de ley para que Evita recibiera el collar de la Orden del Libertador General San Martín, una magnífica joya que le fue concedida dos días más tarde[517].

Todos estos debates dieron oportunidad a que los legisladores peronistas se lanzaran en una carrera desenfrenada de panegíricos que llegó a su punto máximo durante las discusiones sobre el monumento a Eva Perón.

---

[513] *Democracia*, 1 de noviembre de 1951.

[514] *Democracia*, 5 de julio de 1952.

[515] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados* (Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1953), p. 75.

[516] *Ibid*., p. 11.

[517] El collar costó 1.490.000 pesos, de los cuales, según la firma Ghiso S.A., solamente recibió 300.000 pesos. *La Nación*, 26 de abril de 1968.

Desde el año 1946, el gobierno había proyectado erigir un monumento al descamisado pero nunca había sido concretado. Evita reavivó los planes en 1951 y encargó al escultor italiano León Tomassi el cometido de presentarle una maqueta que ella vio en el mes de diciembre después de su operación. Le hizo ciertas indicaciones, o por lo menos así lo aseguraron voceros del gobierno después de su muerte: "Que sea el mayor del mundo. Tiene que culminar con la figura del descamisado. En el monumento mismo haremos el museo del Peronismo. Habrá una cripta para que allí descansen los restos de un descamisado auténtico. De aquellos que cayeron en las jornadas de la Revolución"[518]. A mediados de 1952, el proyecto de monumento al descamisado se convirtió en el proyecto de monumento a Evita y el 2 de julio, con su anuencia, la diputada Celina Rodríguez de Martínez Payva presentó la iniciativa en el Parlamento. En el Senado la sesión comenzó con la grabación del discurso que Perón pronunció el 17 de octubre de 1951 y que fue escuchado de pie. El 7 de julio, la ley fue aprobada después de ochenta y cuatro discursos durante los cuales los legisladores se pusieron periódicamente de pie para vivar a Perón y a Evita y en los que ésta fue comparada con todas las grandes mujeres de la humanidad, a las que superaba en todo sentido pues al decir de la senadora Hilda Nélida Castañeira, "Eva Perón reúne en sí, lo mejor de Catalina la Grande, de Isabel de Inglaterra, de Juana de Arco y de Isabel de España, pero todas estas virtudes las ha multiplicado, la han elevado a la enésima potencia, allá al infinito número mayor, porque para engrandecerse engrandeciendo a su pueblo y a su Patria, sólo supo hacer uso del amor, del cariño, de la generosidad y de esa inmaculada pureza de su corazón"[519]. En la sesión del 4 de junio la senadora Juana Larrauri declaró que la obra social de Evita, "los derechos de la ancianidad, derechos cívicos de la mujer, etcétera, no son más que pequeños eslabones del collar de sublimes realidades si se la compara con la obra espiritual y moral que Eva Perón levantó en nuestras almas".

"No habrá palabras para decir todo lo que ha luchado por su pueblo. No habrá palabras para decir todo lo que nos ha dado. Eva Perón ha dejado jirones de su salud en la Secretaría del Trabajo y Previsión, luchando para los obreros, para sus queridos 'descamisados'. Eva Perón ha dejado parte de su vida, trabajando noches y días por su pueblo y por su Patria. *(Aplausos prolongados en las bancas y en las galerías. Los señores senadores y el público asistente a las galerías, de pie, aclaman los nombres del general Perón y de la señora de Perón.)*

"Eva Perón ha sido y es el ángel tutelar de nuestro querido presidente. Cuando el clamor de la Nación entera le rogaba a Eva Perón se dignara aceptar la vicepresidencia de la República, ella, con magnífico gesto, declinó el expreso deseo de un pueblo que creía cubrirla de honores. Pero no, señor presidente ¡Los honores renunciaron a ella! Los argentinos no tuvimos el alto honor de que Eva Perón fuera nuestra vicepresidenta. *(¡Muy bien! Aplausos prolongados en las*

[518] Presidencia de la Nación, Subsecretaría de Informaciones, *Monumento a Eva Perón* (Buenos Aires, 1953), p. 3.

[519] Argentina, Congreso Nacional, *Diario de la Cámara de Senadores* (Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1953), p. 150.

bancas y en las galerías. Los señores senadores y público presente, puestos de pie, aclaman el nombre de la señora Eva Perón como vicepresidenta.)



Evita votó por primera y única vez en su vida el 11 de noviembre de 1951 ya enferma de muerte. Los fiscales partidarios llevaron la urna electoral hasta su cama. En el centro, el fiscal de la Unión Cívica Radical, David Viñas, más tarde conocido por su obra literaria.

"Los argentinos, decía, no tuvimos el alto honor de que Eva Perón fuera nuestra vicepresidenta, aunque para nosotros es más que reina dentro de nuestros corazones. Porque no hay cargos ni honores, por grandes que sean, que puedan honrar debidamente a Eva Perón. Todos los honores que tantos hombres ambicionan han claudicado, empequeñecidos, ante la grandiosidad maravillosa de Eva Perón; renunció a los halagos porque ella es sublime, es fuerte; jamás su alma precisó del halago: el halago siempre precisó de ella, para justificar su vergüenza de verse encandilado por ella, que irradiaba una luz más clara, la luz de su amor infinito. *(¡Muy bien! Aplausos prolongados. Los señores senadores y el público de las galerías se ponen de pie y aclaman los nombres del general Perón y de Eva Perón.)*

"Eva Perón es el honor de los honores. Yo no acepto, señor presidente que a Eva Perón se la compare con ninguna mujer, con ninguna heroína de ningún tiempo, porque a muchas de ellas, por no decir a todas, eminentes escritores tuvieron que magnificar su historia; en cambio, no hay ni habrá escritor, por inteligente que sea, que pueda trazar fielmente la historia de las realidades de Eva Perón." *(¡Muy bien! Aplausos prolongados. Los señores senadores*

y el público de las galerías se ponen de pie y aclaman los nombres del general Perón y de Evita Perón.)"[520]

La Ley 14.124 tal como fue aprobada, establecía que el monumento fuera erigido en la Plaza de Mayo o lugares adyacentes y que hubiera una réplica del mismo en la capital de cada provincia. Una comisión compuesta por quince miembros se encargaría de su ejecución y de su terminación en dos años[521]. Se financiaría con los aportes del pueblo y los fondos serían depositados en una cuenta especial del Banco de la Nación. La ley también autorizaba al Ejecutivo a adelantar 4.000.000 de pesos a la comisión. Los panegíricos, reunidos en un volumen titulado *Eva Perón en el bronce,* que le fue presentado a Evita el 22 de julio, denotaban la necesidad de justificar un acto tan extraordinario como es la construcción de un monumento a una persona en vida de ésta. Pero es de señalar que inicialmente la reacción de todas las organizaciones peronistas fue entusiasta y de inmediato se inició la campaña para la recaudación de fondos.

Desde su cama de hospital Evita seguía aceptando los honores —ni siquiera en esos momentos los desalentó—. Mientras tanto, aprobaba el estatuto que regiría la Fundación después de su muerte y el 29 de junio, con su letra mal formada, quebrada y puntiaguda, comenzó a redactar su testamento al pueblo argentino, que fuera leído el siguiente 17 de octubre. Cuando el testamento fue dado a la publicidad, la Subsecretaría de Informaciones anunció que era un anticipo de *Mi último mensaje*, un libro que Evita escribía a mediados de 1952. Inexplicablemente, el libro nunca fue publicado y el manuscrito desapareció[522].

El 18 de julio, a las tres de la tarde, cayó en un coma del cual despertó súbitamente alrededor de la media noche, cuando todos ya esperaban su fin. "¿Qué me pasó? Tengo que dejar la cama. Si me quedo en ella me muero."[523] Ante el asombro de sus amigos y familiares, se levantó y apoyándose en el brazo de Perón, caminó unos pasos en el cuarto.

En esos días, mandó llamar al padre Hernán Benítez. Lo conocía desde sus años de actriz, cuando él era un fogoso predicador cuyos programas durante Semana Santa atraían a miles de escuchas. Pero se habían hecho amigos después de que ella se casó con Perón. El padre Benítez había dado la extremaunción a la primera esposa de Perón y se la daría a Evita también, aunque no en esta ocasión. "Padre Benítez", le dijo, "usted sabe que estoy en un pozo y que de este pozo ya no me sacan ni los médicos, ni nadie, sólo Dios...".

---

[520] *Ibid*., p. 211.

[521] La comisión quedó compuesta por los siguientes miembros: presidenta, Juana Larrauri (senadora); vicepresidente, José Espejo (CGT); secretaria, Celina Rodríguez de Martínez Payva (diputada); tesorero, Román A. Subiza (ministro de Asuntos Políticos); vocales: Roberto M. Dupeyrón (ministro de Obras Públicas); Raúl A. Apold (subsecretario de Informaciones); las senadoras Hilda Nélida Castañeira y María Rosa Calviño de Gómez; las diputadas Matilde Gaeta de Iturbe y Delia Degliuomini de Parodi; Florencio Soto (secretario adjunto de la CGT); Nélida Domínguez de Miguel y Aurora Quiroga de Núñez por el Partido Peronista Femenino; el contralmirante Alberto Teisaire y Héctor J. Cámpora, por el Partido Peronista Masculino.

[522] El manuscrito no habría sido publicado porque era un ataque violento a los militares —así por lo menos lo han asegurado algunos colaboradores de Evita.

[523] Erminda Duarte, *op. cit.,* p. 170.

Alejó de su lado a Cámpora y a Aloé, que la estaban acompañando, y se quedó largo rato hablando con él[524].

El 20 de julio, la CGT patrocinó una misa de campaña en la avenida 9 de Julio. A pesar de la lluvia fría que caía ese día, millares de personas se arrodillaron frente al altar erigido al pie del obelisco para rezar por la salud de Evita y seguir la misa que oficiaba el diputado peronista padre Virgilio Filippo. Desde un micrófono cercano, la voz modulada del padre Benítez hablaba de Eva Perón "nuestra hermana y nuestra madre en cada uno de los hogares obreros", de su coraje y de su fuerza espiritual, del milagro de su heroísmo cristiano y de la entrega de su vida "porque ha tenido fe en el pueblo, fe en que la abundancia de dinero jamás inspiraba a los trabajadores a adoptar los vicios de aquellos a quienes la vida no les ha enseñado la lección de la sobriedad, del ahorro y del sacrificio"[525].

Ya no quedaba nada por hacer sino esperar que terminaran de una vez los dolores. Sin embargo, todos a su alrededor seguían escondiéndole la gravedad de su estado. El 22 de julio, Paco Jamandreu recibió una llamada de la residencia presidencial en el medio de la noche. Una vez allí, Perón le dijo tristemente que aunque Evita se moría, querían levantarle el ánimo, haciéndole creer que iba a emprender un viaje y que Jamandreu le estaba diseñando la ropa. A la mañana siguiente había vuelto con sus dibujos y se los enseñaron a Evita[526].

El día antes de morir, cuenta Perón, lo mandó llamar porque quería hablar a solas con él. Se sentó sobre la cama y ella hizo un esfuerzo por incorporarse. Su respiración era apenas un susurro: "No tengo mucho por vivir —dijo, balbuceante—. Te agradezco lo que has hecho por mí. Te pido una sola cosa más... —Las palabras quedaban muertas sobre sus labios blancos y delgados. Su frente estaba brillante de transpiración. Volvió a hablar en tono más bajo. Su voz era ahora un susurro—: No abandones nunca a los pobres. Son los únicos que saben ser fieles"[527].

El sábado 26 de julio amaneció gris y húmedo. A las tres de la tarde, el padre Benítez le dio los últimos sacramentos. A las cuatro y media, un boletín anunció: "El estado de salud de la señora Eva Perón ha declinado sensiblemente". A las ocho de la noche, estaba ya "muy grave". Evita había entrado en su último coma, rodeada de Perón, sus hermanas, Juancito, Nicolini, Rensi, Aloé, Cámpora y Apold. A las ocho y veinticinco, una hora que miles de argentinos recordarían por muchos años, dejó de respirar. Tenía treinta y tres años.

Exactamente un minuto más tarde, la radio del Estado informó que a las veinte y veinticinco había fallecido la "Jefa Espiritual de la Nación" y que sus restos serían velados en el Ministerio de Trabajo y Previsión. Frente a la

[524] *Careo*, p. 19.
[525] *Democracia*, 21 de julio de 1952.
[526] Paco Jamandreu, *op. cit.,* p. 104.
[527] Juan Perón, *op. cit,* p. 62.

residencia, el grupo de hombres y mujeres que habían mantenido su vigilia durante todo el día fue creciendo pese al frío. Unas mujeres se arrodillaron en la calle y comenzaron a rezar el rosario. A medida que se expandía la noticia, los bares, confiterías, cines y teatros del centro cerraron sus puertas y la ciudad quedó poco a poco sumida en el silencio.

El gobierno decretó de inmediato duelo nacional. La medida establecía que se suspendería toda actividad oficial por dos días; la bandera nacional permanecería a media asta durante diez días; el Ministerio de Relaciones y Culto gestionaría plegarias en todas las iglesias; el velatorio se realizaría en el Ministerio de Trabajo y Previsión, "escenario de su más fervorosa actividad cívica, y sus restos serán guardados, por expresa voluntad de la señora Eva Perón, en la sede de la Confederación General del Trabajo, hasta su traslado definitivo al monumento que se erigirá en su memoria por imperio de la Ley N° 14.124"[528]. El día del sepelio las campanas doblarían a duelo durante cinco minutos y el duelo duraría treinta días.

Esa misma noche, la CGT emitió un comunicado proclamando a Evita "Mártir del trabajo, única e imperecedera en el movimiento obrero de nuestra querida Patria". Pedía los más altos honores para ella, declaraba un paro de dos días por duelo y que éste durara treinta días. En cuanto al Partido Peronista, el Consejo Superior resolvió que todos "los peronistas usaran corbata negra durante tres días y luto en la solapa durante treinta días"[529].

Según testimonio de Perón, Evita no quería "consumirse bajo tierra. Quería ser embalsamada"[530]. El encargado de conservar su cuerpo fue el doctor Pedro Ara, un famoso catedrático de anatomía. De nacionalidad española, residía en la Argentina, donde era agregado cultural de la embajada de su país y profesor de la Universidad de Córdoba. Era una autoridad de renombre internacional en su especialidad y en la noche del 18 de julio, cuando Evita yacía en su falso coma, un enviado de la Presidencia se había puesto en contacto con él para embalsamar el cuerpo de "la señora". Al reponerse ella sorpresivamente, todo quedó en la nada hasta el 26, fecha en que vinieron a buscarlo a las seis de la tarde. Después de llegar a un acuerdo con Raúl Mendé sobre las condiciones que necesitaba para realizar su trabajo, Ara se dispuso a comenzarlo esa misma noche. Permitió que se despidieran los familiares y amigos y se encerró luego en el cuarto de Evita con su ayudante. A la mañana siguiente, "el cadáver de Eva Perón era ya absoluta y definitivamente incorruptible"[531]. Mientras tanto, Julio Alcaraz había sido llamado, y cuando Ara emergió del dormitorio, como lo había hecho durante tanto tiempo, el viejo amigo entró a su vez para teñir el pelo de Evita y peinarla con su trenza rubia sobre la nuca. Luego vino Sarita. Se sentó a su lado para sacarle el esmalte oscuro que usaba y ponerle brillo. Entre lágrimas, le tomó la mano, "¡Estaba tan

---

[528] *Democracia,* 27 de julio de 1952.
[529] *Ibid*.
[530] Juan Perón, *op. cit.,* p. 62.
[531] Dr. Pedro Ara, *El caso Eva Perón (Apuntes para la historia)* (Madrid: CUS Ediciones, 1974), p. 65.

fría! Era la primera vez que tocaba un cadáver y como no conseguía abrir los dedos, el doctor Ara introdujo sus dedos entre los de la señora. Así pude trabajar. Cuando terminé, como en un sueño, recogí mis cosas y me fui"[532].

El cuerpo de Evita ya estaba preparado para el largo velatorio que se iniciaría esa misma mañana y duraría hasta el 11 de agosto. Una vez en el ataúd, lo cubrieron con la bandera argentina, y en sus manos cruzadas le colocaron el rosario que le había regalado el Papa Pío XII. Al salir de los jardines de la residencia presidencial, la ambulancia de la Fundación que llevaba el ataúd pasó con dificultad por entre la gente que se apiñaba en el camino al Ministerio de Trabajo. Muchos eran los que habían pasado la noche frente a la residencia para ver pasar el féretro y cuando éste llegó al Ministerio de Trabajo, la calzada estaba cubierta de coronas de flores pues no había más lugar para ponerlas adentro. En las calles adyacentes, la multitud se amontonaba en un radio de diez cuadras. Había empezado a llegar desde el momento en que las emisoras anunciaron que Evita sería velada allí.

La capilla ardiente fue instalada en el gran vestíbulo de entrada al que se accede por una amplia escalinata doble. El ataúd de tapa de cristal estaba enmarcado por un magnífico crucifijo de marfil, plata y oro y dos candelabros. Como telón de fondo, tenía la bandera argentina enlutada por un crespón. Unos cadetes de los liceos Militar y Naval se apostaron para hacerle guardia de honor. El cardenal Copello rezó un responso y luego el padre Benítez ofició una misa.

Poco después del mediodía, comenzaron a desfilar los hombres y mujeres, ancianos y niños que habían esperado desde temprano el momento de ver a Evita. Subían en fila doble por un lado de la escalinata, se detenían un instante frente al ataúd, rodeado de claveles blancos, y luego bajaban por el otro lado. Algunos lo tocaban apenas, con un gesto ligero. Otros se inclinaban para besar el cristal. Los había también que se persignaban, enjugándose los ojos, y muchos eran los que estallaban en incontrolables crisis de llanto. Se aproximaba entonces algún cadete o una enfermera de la Fundación y los llevaba a una sala cercana donde funcionaba permanentemente una dotación de auxilio de la Fundación. Llegaban ojerosos porque no habían dormido, empapados porque habían estado parados bajo la lluvia durante horas, compartiendo un diario o un paraguas. Siguieron viniendo toda la noche, el día siguiente en que también llovió a partir de las once y así lo hicieron sin parar durante trece días.

El velatorio de Evita, el más imponente que haya presenciado el país en su historia, fue una explosión de dolor colectivo que rebasó todas las previsiones del gobierno. En un primer momento, éste había contado con que duraría tres días, pero al ver las enormes colas de gente que esperaban pacientemente despedir el cuerpo de Evita, decidió extenderlo. Aunque dispuesto a concederle los más altos honores, parecería que no hubiera calibrado el impacto que ella había tenido en el pueblo y la sensación de pérdida personal que éste había experimentado. Las colas se alargaban a veces

[532] Entrevista con Sara Gatti.

hasta más de treinta cuadras y muchas fueron las personas que aguardaron hasta diez horas para poder entrar al Ministerio. La Fundación y la Cruz Roja cuidaban de los que se desmayaban, agotados por el sueño y el cansancio. Distribuían café y sandwiches junto con conscriptos que ayudaban a mantener el orden y con sus cocinas de campaña contribuían a alimentar a esa masa humana silenciosa que insistía en ver a Evita. La ciudad estaba totalmente paralizada. De las iglesias salían murmullos de responsos y ecos de las constantes misas por el alma de Evita. "Sólo las voces de cánticos funerales, propalados por los altavoces que [funcionaban] junto al obelisco de la plaza de la República, interrumpían la sensación de la metrópoli callada"[533].

En Plaza de Mayo, Constitución y Miserere, entre otros lugares se instalaron grandes retratos de Evita bajo los cuales la gente comenzó a depositar flores. El 29 de julio, el Consejo Superior del Partido Peronista organizó una procesión de antorchas en varios puntos de la ciudad. En Plaza de Mayo, una multitud con antorchas en alto se dirigió hacia el enorme retrato de Evita colocado allí y permaneció largo rato en silencio frente a éste. A las ocho y veinticinco, un clarín del Regimiento de Granaderos rasgó la noche y las antorchas se apagaron sincronizadamente. En los barrios de la Capital, así como en miles de pueblos, también se fueron improvisando pequeños altares: una foto de Evita enlutada por un crespón, flores y velas frente a los cuales la gente se arrodillaba para rezar.

Perón permanecía largas horas en el Ministerio de Trabajo, montando guardia cerca del ataúd o en un salón contiguo, recibiendo las condolencias de autoridades o de representantes de gobiernos extranjeros. A partir de 30 de julio, sin embargo, el país poco a poco volvió a retomar alguna semblanza de normalidad. Aunque las columnas de gente seguían densas y todos los días los trenes y autobuses descargaban contingentes que llegaban del interior para engrosar las filas que iban al Ministerio, las clases se reanudaron, la CGT decretó la vuelta al trabajo y se abrieron las tiendas y algunas oficinas públicas.

El 9 de agosto, el velatorio de Evita en el Ministerio de Trabajo llegó a su fin. Antes de trasladarla al Congreso para que éste le rindiera los honores de presidente en ejercicio, Perón le colocó en el pecho el escudo peronista de piedras preciosas que ella usaba en sus últimos años. Junto con Juan Duarte, Renzi, su cuñado, Orlando Bertolini y unas personas más, colocó el ataúd recubierto de la bandera argentina y un escudo peronista de oro, sobre la cureña. Encabezaban el cortejo fúnebre el comandante del Tercer Ejército, el jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo con sus ayudantes, su escolta y un batallón y la banda del Colegio Militar. Venía luego la cureña de dos metros de altura, tirada por treinta y nueve dirigentes sindicales vestidos con camisas blancas y pantalones negros y seis subdelegadas del Partido Peronista Femenino en trajes negros y camisas blancas. Cerraban el cortejo Perón y demás familiares de Evita, ministros y autoridades.

533 *La Nación*, 29 de julio de 1952.

La cureña se movía lentamente, enmarcada por alumnos de la Ciudad Estudiantil, enfermeras de la Fundación y cadetes de la Escuela Naval, de la Escuela de Aviación y del Colegio Militar. A lo largo de su recorrido, efectivos del Ejército presentaban las armas. Unos dos millones de personas se congregaron para ver su marcha hasta el Congreso, que ofrecía un aspecto majestuoso, su escalinata recubierta de flores y su fachada enlutada por largos crespones. El ataúd fue colocado en el salón de la Constitución Justicialista. Por la tarde, el público comenzó a desfilar de nuevo frente al ataúd y, esa noche, otra monumental procesión de antorchas terminó sus serpenteos en la explanada del Congreso y se apagó exactamente a las ocho y veinticinco.

Poca duda cabe de que en esos días de agosto el pueblo argentino demostró espontáneamente su amor por Evita y su dolor, si bien cuando el velatorio llegaba a su fin no faltaron las presiones para asistir a éste, los despidos por no querer usar el luto y las visitas organizadas y forzadas a la capilla ardiente. Como lo señaló *La Nación* al día siguiente de la muerte de Evita, ningún argentino podía permanecer indiferente ante su desaparición, pues había sido "objeto de exaltación antes nunca suscitado entre nosotros por una personalidad femenina, acaso porque ninguna antes, tampoco adoptó las modalidades de su acción avasalladora, y blanco asimismo de oposiciones tan hondas como la solidaridad que le dispensaron sus partidarios...". Después de reseñar los principales acontecimientos de su vida política, recalcando que no era la única mujer que había gravitado en la vida del país, *La Nación* apuntó que hasta sus enemigos deberán reconocer que "ninguna alcanzó su influencia, determinada en gran parte por los medios de que disponía, pero también, y sobre todo, por la fuerte reciedumbre de un temperamento decidido a gravitar sobre los hechos de su tiempo"[534].

Muchos fueron los artículos que se publicaron en el mundo entero a raíz de la muerte de Evita, algunos laudatorios y otros no, según la filiación política de los diarios y revistas. Pero el velatorio causó un impacto tan fuerte fuera del país que en los Estados Unidos, por ejemplo, hasta *Life* tuvo que admitir que el dolor de los argentinos no podía ser el producto "de las exigencias de ningún dictador, como lo es su marido Juan Perón. Fue genuino y profundo y reveló que Evita, que contribuyó poderosamente a llevar a su pueblo hacia el totalitarismo y la bancarrota había ganado también su amor"[535].

El 10 de agosto, cerca del mediodía, el cardenal Copello rezó el último responso y se cerró el ataúd. De nuevo sobre la cureña, partió camino a la CGT, esta vez precedido por una carroza alegórica de la central obrera con una doble fila de obreros en ropa de trabajo y otro vehículo lleno de flores. Como a la ida, la multitud silenciosa se congregó para mirar con ojos llorosos el paso de la cureña. De los balcones y ventanas caían flores y más flores. A las tres horas de comenzar su recorrido, el cortejo llegó a la sede de la CGT —obsequio de la Fundación al movimiento obrero organizado—. Una salva de veintiún cañonazos y una corneta tocando a silencio, marcó el momento en que el ataúd

[534] *La Nación*, 27 de julio de 1952.
[535] *Life* (New York, 11 de agosto de 1952). Vol. 33, N° 6.

entró en el edificio. Allí debería permanecer hasta que se completara la construcción del monumento que pronto se erigiría en honor de Eva Perón.

Capítulo XIV

Mitología peronista y antiperonista

Mientras el pueblo velaba a Evita en el Ministerio de Trabajo, un equipo de técnicos y de obreros había transformado el segundo piso de la central obrera en un laboratorio para que Ara pudiera completar el embalsamiento del cuerpo. Después de que lo trajeron a la CGT, las puertas del segundo piso se cerraron al público. Envuelto en el más completo secreto, guardado por efectivos de la Gendarmería Nacional y miembros de la CGT, Ara trabajó durante casi un año y el resultado final fue aprobado por una comisión compuesta por los doctores Finochietto, Cámpora y Mendé. En el mes de julio de 1953, Ara comunicó a la Comisión Nacional del Monumento a Eva Perón que había concluido el embalsamiento del cuerpo de Evita. Su nota indicaba que el cadáver había sido "impregnado de sustancias solidificables" y que podía estar "permanentemente en contacto con el aire, sin más precauciones que las de protegerlo contra los agentes perturbadores mecánicos, químicos o térmicos tanto artificiales como de origen atmosférico"[536]. El informe señalaba también que no "fue abierta ninguna cavidad del cuerpo. Conserva, por tanto, todos sus órganos internos, sanos o enfermos, excepto los que le fueron extirpados en vida por actos quirúrgicos. De todos ellos podría hacerse en cualquier tiempo un análisis microscópico con técnica adecuada al caso. —No le ha sido extirpada ni la menor partícula de piel ni de ningún otro tejido orgánico: todo se hizo sin más mutilación que dos pequeñas incisiones superficiales ahora ocultas por las sustancias de impregnación—... Los elementales cuidados que en lo sucesivo deben prodigarse son, entre otros obvios, los siguientes: Primero, evitar que en el local donde sea depositado suba la temperatura a más de 25° C, mantener fuera de la acción de los rayos solares la vitrina que contiene el cuerpo. Tercero, no permitir que bajo motivo alguno sea abierta la vitrina ni tocado el cadáver en ausencia nuestra. A ese fin, me permito proponer que la llave quede en mi poder, si he de continuar la observación de los resultados durante algunos meses o permanentemente, según se acuerde como de mayor conveniencia"[537].

Como Ara finalizó su trabajo antes de que el monumento estuviese pronto, Perón dispuso que el cadáver permaneciese en la central obrera. Se

[536] Pedro Ara, *op. cit*., p. 120.
[537] *Idem*.

arregló entonces una capilla, en el medio de la cual, sobre una mesa recubierta de un paño azul, se colocó el cuerpo de Evita bajo una campana de cristal.



El general Perón presta juramento ante la asamblea legislativa el 4 de junio de 1952, para su segunda presidencia, escoltado por Evita –ya muy demacrada- y por el contralmirante Alberto Teissaire y el doctor Héctor J. Cámpora.

Durante todo este período, sus hermanas y doña Juana habían venido frecuentemente a rezar ante ella, "oraban y lloraban largo rato", recuerda Ara, y todos los 26, a las ocho y veinticinco, una procesión de antorchas llegaba hasta el edificio de la CGT para conmemorar el día y la hora de la muerte de Evita.

El 17 de octubre de 1952 estuvo de nuevo dedicado a ella. El balcón desde donde había hablado tantas veces permaneció vacío y enlutado con crespones. El público escuchó primero la grabación del discurso que Evita pronunció el 1 de mayo de 1952 y luego Perón comenzó a leer su testamento a la muchedumbre silenciosa. Escrito a fines de junio, cuando ya estaba consumida por el cáncer, es la quintaesencia de la mujer que proclamaba su amor avasallador por Perón y los descamisados[538]. Es su última conversación con ellos y les habla como si estuviera presente, reiterándoles su cariño, pidiéndoles que siguieran escribiendo a la Fundación en su nombre, incitándolos a mantenerse alertas y a cuidar a Perón. Les dice que todas sus joyas les pertenecen. Con ellas y con los beneficios obtenidos de la venta de *La razón de mi vida*, quisiera que se organizara un fondo de ayuda social. Una vez

[538] Véase apéndice.

terminada la lectura, Perón anunció que se constituiría la Fundación Evita con los bienes de su esposa. Las joyas serían depositadas en el museo que formaría parte del monumento que se construiría y servirían de "garantía para préstamos a familias humildes que deban construir su propia vivienda"[539]. Ese día se estrenó una película en color titulada *Y la Argentina detuvo su corazón*, un documental del velatorio de Evita filmado por camarógrafos de la Twentieth Century Fox.

Perón vio el cadáver de Evita una vez que Ara terminó su trabajo. "Tuve la impresión que dormía. No podía retirar la vista de su pecho porque de un momento a otro esperaba que se levantase y que repitiera el milagro de la vida.

"Eva vestía una túnica blanca, muy larga, que le cubría los pies desnudos. Sobre la túnica, casi a la altura de la espalda, lucía el distintivo peronista en oro y piedras preciosas que llevaba en vida. Las manos salían de las amplias mangas y estaban unidas; entre las manos tenía un crucifijo. Su rostro era de cera, lúcido y transparente, los ojos estaban cerrados como en un sueño. Sus cabellos bien peinados la hacían radiante. El cadáver estaba extendido sobre un minúsculo lecho forrado de raso y seda dentro de una campana de vidrio"[540]. En una ocasión, sintió el deseo de tocar el rostro de Evita. "Alargué la mano pero la retiré de inmediato; temía que el calor de mi mano la redujera a polvo como sucede con el aire en los sepulcros antiguos. Ara se me acercó y me dijo en voz baja:

—No tema. Está tan intacta como cuando estaba viva."[541]

Hasta el momento de emprender el camino del exilio Perón visitó el cadáver de Evita tres veces, las tres en el edificio de la CGT, pues cuando estalló el levantamiento militar que lo derrocó, todavía no había sido completado al mausoleo. En el mes de julio de 1953, la Comisión Nacional del Monumento a Eva Perón presidida por la senadora Juana Larrauri anunció los detalles que tendría el mausoleo. Contrariamente a lo que establecía la Ley 14.124, no se construiría en Plaza de Mayo sino frente a la residencia presidencial, siendo una de las razones para el cambio las proporciones que tendría. Sería el mayor monumento del mundo, 137 metros en total, y su figura principal, la estatua del descamisado, tendría 60 metros. Esta se alzaría sobre una rotonda adornada con esculturas que representarían al amor, la justicia social, los derechos del trabajador, los de la ancianidad, etc. Tendría también una cripta con un sarcófago de plata que pesaría 400 kilos, donde descansarían los restos de Evita[542]. Sin embargo, un año más tarde los trabajos de infraestructura se habían paralizado y aunque el 19 de abril de 1955 la Comisión anunció que el 30 de ese mes comenzarían de nuevo, cuando se produjo el levantamiento militar de setiembre poco habían adelantado.

[539] *La última voluntad de Eva Perón* (Buenos Aires: Servicio Internacional. Publicaciones Argentina, 1952), página sin numerar.

[540] Juan Perón, *Del poder al exilio*, p. 63.

[541] *Ibid*., p. 64.

[542] *La Época*, 25 de julio de 1953.

En cierto sentido, no es sorprendente que así fuera, pues muerta Evita el peronismo pareció haber perdido la energía y el empuje que había caracterizado la primera presidencia de Perón. Como vimos en un capítulo anterior, hasta la Fundación comienza a funcionar con un ritmo más lento. Pero en realidad, el cambio que se produjo poco tenía que ver con la muerte de Evita. Obedecía a razones de muy otro orden. Ya no era tan fácil para los trabajadores responder a los pedidos de contribuciones para el monumento a Evita como antes lo habían hecho con la Fundación, pues sus ingresos no se lo permitían. Desde el año 1951, las dificultades económicas se habían ido acentuando y los aumentos de salarios ya no cubrían el alza constante de los precios.

Los efectos del deterioro económico se hacían sentir cada vez más fuertemente, en momentos en que el peronismo enfrentaba la necesidad de reacomodarse a la situación creada por la muerte de Evita. De 1948 a 1952, ella había sido el eje alrededor del cual se estructuró la relación líder-descamisados. Era el nexo entre los dos, o como se llamaba ella misma, "el puente entre el líder y los descamisados". Su muerte dejó un vacío virtualmente imposible de llenar, pues Perón difícilmente podía delegar el poder que ella había acumulado en una sola persona para que desempañara las funciones que Evita había cumplido bajo su primera presidencia. El único que podía sustituirla era Perón, quien era también el que más imposibilitado se veía de hacerlo adecuadamente por sus tareas de gobierno. La otra alternativa era dividir el trabajo de Evita entre varias personas, pero de todos modos, su desaparición cerraba una etapa para la cual no existía continuidad.

La solución que Perón adoptó en un primer momento fue de reemplazar él mismo a Evita en todas sus actividades, tanto políticas, como las sociales y gremiales. Sin embargo, no pudo hacerlo por mucho tiempo y abandonó las dos primeras en manos de otros para guardarse solamente las gremiales. Así por ejemplo, a partir del 11 de agosto, acompañado por Renzi, empezó a ir al Ministerio de Trabajo dos veces por semana, de cuatro a ocho, para atender los pedidos de ayuda social directa. Ya fuera porque le faltaba la paciencia de Evita para este tipo de tarea o porque lo reclamaban asuntos impostergables en la presidencia, pronto la dejó a cargo de Renzi. Del mismo modo, en un primer momento asumió la presidencia del Partido Peronista Femenino para luego delegarla en la diputada Delia Degliuomini de Parodi. Pero no pudo encontrar sustituto o sustituta para los discursos que Evita pronunciaba ante delegaciones sindicales, en concentraciones de la CGT o en las celebraciones partidarias. Como presidente, Perón no podía lanzar las diatribas de Evita, ni exaltarse a sí mismo usando las expresiones que ella había hecho suyas, y los que trataban de imitarla no podían hacerlo con la sinceridad y la pasión que ella comunicaba a sus auditorios.

En lo que respecta a las actividades gremiales, Perón ni siquiera buscó un reemplazante. Por un lado, trató vanamente de asistir a más actos sindicales y de recibir a un mayor número de dirigentes gremiales en el Ministerio de Trabajo, y por otro, estableció un control más rígido sobre la CGT. Ante la situación económica del país, sin reservas, con inflación y dos malas cosechas,

Perón había decidido recurrir a las inversiones extranjeras, aumentar la productividad y seguir frenando su política de redistribución del ingreso. Para alcanzar sus objetivos, se veía obligado a detener el empuje del movimiento obrero —que Evita, obviamente con su anuencia, había impulsado y controlado hasta entonces—. Por lo tanto, precisaba un equipo de dirigentes sindicales que siguiera fielmente sus directivas y no estuviera acostumbrado a que Evita "inclinara la balanza de la justicia social" de su lado. Esto significaba que debía caer la comisión directiva de la CGT que había colaborado tan estrechamente con ella y había convertido al movimiento obrero organizado en "la columna vertebral del peronismo". El 17 de octubre, el discurso de Espejo durante el acto en Plaza de Mayo fue recibido con una silbatina. A los pocos días, presentaba su renuncia como secretario general de la CGT y con él caía toda la comisión directiva, cosa que no había sucedido cuando renunciaron Hernández y Gay. El equipo que lideró la central obrera a partir de 1952 no consiguió enteramente el propósito que tenía trazado pues, a medida que se contraía el salario real y disminuía la participación de los trabajadores en la renta nacional, se fue extendiendo el descontento en las bases. Lo que sí hizo fue transformar a la CGT en el vocero de la política salarial del gobierno y contribuir al alejamiento de los trabajadores de Perón, por lo menos temporalmente.

El distanciamiento entre el líder y los descamisados se producía en momentos en que las contradicciones inherentes al proyecto peronista se acentuaban. Continuando con la política trazada por la Revolución del 4 de junio, Perón había cumplido parte de sus objetivos —nacionalizaciones, redistribución del ingreso, expansión industrial, control de la economía y una política exterior esencialmente neutralista— en un mundo devastado por la Segunda Guerra Mundial. En plena guerra fría, enfrentaba ahora una coyuntura internacional muy distinta y desde el punto de vista interno, sus posibilidades de transformación también se habían limitado.

El análisis detallado de las causas que explican la caída del peronismo no cabe en este trabajo[543]. Sin embargo, debido a lo que sucede con la figura de Evita en el período posterior a 1955, es necesario recordar que, para ese momento, el país estaba profundamente dividido en dos campos antagónicos y por mucho tiempo irreconciliables —peronismo y antiperonismo—. La antinomia tenía su origen en la polarización que se produjo en torno a la figura de Perón y su fundamento, en dos concepciones distintas de la sociedad, de la función del individuo en ellas, de su estructura de clases, de sus fines económicos y del rol que debía jugar el Estado. Estas concepciones no eran incompatibles pues desde el primer momento el peronismo se presentó como una alianza de clases que permitiría superar la lucha de clases sin suprimirla[544].

---

[543] Véase Julio Godio, *La caída de Perón de junio a setiembre de 1955* (Buenos Aires: Granica editor, 1973); Miguel Gazzera y Norberto Ceresole, *Peronismo, autocrítica y perspectivas* (Buenos Aires: Editorial Descartes, 1970), y Arthur P. Whitaker, *Argentine Upheaval: Peron 's Fall and the New Regime* (New York & London, 1956).

[544] Al indicar que estas concepciones no eran necesariamente incompatibles, nos referimos obviamente a la ideología dominante que el peronismo pretendía suplantar, o sea, el liberalismo, si bien en el campo antiperonista convivieron por un tiempo muy cómodamente comunistas y conservadores,

Sin embargo, aun antes de que Perón enunciara sus ideas en forma de doctrina o instrumentara muchas de ellas, los sectores que se habían unido bajo el manto de la Unión Democrática le declararon una guerra sin cuartel. No aceptaron nunca su derrota. A pesar de que Perón fue elegido en una de las elecciones más correctas de la Argentina moderna, continuando con sus planteos anteriores a 1946, se comportaron como si Perón fuera por definición un gobernante totalitario. Desde el momento en que tomó el poder, lo enfrentaron como tal, jaqueándolo en las Cámaras, denigrándolo en su prensa, endureciendo constantemente sus ataques y muy pronto conspirando contra él. Su encono se veía reforzado consistentemente por las nuevas atribuciones del Estado, la expansión de la CGT y su creciente influencia, el control que el gobierno ejercía en las Cámaras, su adquisición de diarios, su política económica de fuerte tono nacionalista, las diatribas de Evita, que anatemizaba a los "vendepatrias" desde los balcones de la Casa Rosada, la reforma de la Constitución y las múltiples calles, institutos, barcos, etcétera, que llevaban el nombre de Perón y Eva Perón. Y mientras Evita arreciaba sus arengas, consolidaba la alianza del movimiento obrero con Perón y profundizaba su apoyo en sectores marginales, ésta respondía a los ataques de la oposición encarcelando a dirigentes políticos y legisladores como Ricardo Balbín, estableciendo una rígida censura de prensa y cerrando diarios como el viejo órgano socialista *La Vanguardia* o nacionalizando a su incondicional enemigo, *La Prensa*, el periódico de la oligarquía por excelencia.

A partir de la intentona revolucionaria de Menéndez y especialmente después de la muerte de Evita, la antinomia se intensificó aún más de un lado y de otro. Al tiempo que Perón iba perdiendo el apoyo de sectores de clase media y se debilitaba su alianza con los trabajadores, se acentuaba el carácter represivo de su gobierno hasta alcanzar a las fuerzas armadas y a la Iglesia. El 16 de junio de 1955, una escuadrilla que debía participar en un homenaje de desagravio, en lugar de sobrevolar Plaza de Mayo bombardeó las inmediaciones en pleno mediodía. El 16 de setiembre del mismo año estallaba un levantamiento militar en Córdoba y cuatro días más tarde, habiendo renunciado a la presidencia, Perón abandonaba tierra argentina sin que los miles de descamisados que habían jurado tantas veces "dar la vida por Perón" pudieran hacerlo.

El 23 de setiembre de 1955 prestó juramento como presidente provisional el jefe del movimiento armado, el general Eduardo Lonardi, y como vicepresidente, el almirante Isaac F. Rojas. Frente a una multitud entusiasta, Lonardi anunció que su programa se resumía en las palabras: imperio del derecho[545]. Para la Revolución Libertadora no habría "ni vencedores ni vencidos".

Lonardi disolvió el Congreso, intervino los gobiernos provinciales y las universidades, restituyó las provincias Eva Perón y Presidente Perón a sus

---

que sí tienen ideologías antagónicas. Véase Juan D. Perón, *Doctrina revolucionaria* (Buenos Aires: Freeland, 1973), y *Conducción política* (Buenos Aires: Ediciones "Mundo Peronista", 1952).

[545] *La Nación*, 24 de setiembre de 1955. Véase también: *Diez periodistas porteños, Así cayó Perón* (Buenos Aires: Editorial Lama, 1955).

viejos nombres de La Pampa y Chaco y Ciudad Eva Perón volvió a su antigua denominación de La Plata, pero en sus declaraciones a la prensa, el Presidente provisional se mostró favorable al pronto restablecimiento de la Constitución (aunque modificada), de la libertad de prensa y sindical (siempre que los sindicatos no intervinieran en política) y dispuesto a llamar a elecciones. Propiciaba un lento proceso de desperonización, por así decirlo, que no antagonizara a los peronistas y por lo tanto no intervino, por ejemplo, la CGT, ni tampoco tomó de inmediato medidas para restituir *La Prensa* a sus antiguos dueños, si bien en lo económico la liberalización fue mucho más rápida.

Entre sus asesores, Lonardi contaba con algunos nacionalistas como Juan Carlos Goyeneche (secretario de Prensa), Clemente Villada Achával (jefe de la Secretaría privada de la Presidencia) y el canciller Mario Amadeo. Por su antiliberalismo, éstos pronto se convirtieron en el blanco de críticas a la gestión de Lonardi. Pero en realidad estas críticas enmascaraban una discrepancia de fondo por parte de sectores que propiciaban una desperonización más rápida y más profunda que la que Lonardi estaba dispuesto a instrumentar. Presionado, el Presidente provisional resolvió crear el 7 de octubre de 1955 una Comisión Nacional de Investigaciones que tendría "por objeto investigar las irregularidades que se hubieran producido en todas las ramas de la administración pública federal, provincial y municipal, durante la gestión del gobierno depuesto, cometidas por funcionarios o personas relacionadas con aquéllas[546]. Presidida por Rojas, pondría en funcionamiento varias comisiones investigadoras a nivel nacional y provincial.

Buscando ampliar su base de apoyo en todas las fuerzas políticas que se habían opuesto a Perón y adherido por lo tanto a la Revolución Libertadora, Lonardi también inició los pasos necesarios para crear una Junta Consultiva Nacional que las agrupara. El discurso que pronunció Rojas en ocasión de la primera reunión de la Junta, a principios de noviembre, reveló que dentro del gobierno había una posición opuesta al espíritu que había animado las declaraciones y los actos de Lonardi hasta ese momento. Las diferencias de criterio se resolvieron finalmente el 13 de noviembre de 1955. En esa fecha, Lonardi fue removido de su cargo, pasando entonces el general Pedro Eugenio Aramburu a la Presidencia provisional, mientras que Rojas permanecía en la vicepresidencia. Tres días más tarde era intervenida la CGT, por considerar que "la tiranía" (así se denominaba en el decreto-ley al gobierno peronista) "corrompió y utilizó también a la Confederación General del Trabajo, desnaturalizando su misión esencial de entidad defensora y representativa de la masa laboriosa y transformándola en el instrumento adecuado para dominar a los trabajadores y hacerlos servir a los fines del totalitarismo que implantara en nuestra Patria..."[547]. Ese mismo mes, el 24 de noviembre, se disolvían los dos partidos peronistas por haber sido el "instrumento fundamental del

[546] *Documentación, autores y cómplices, etc.* Tomo I, p. 3. Para la caída de Lonardi, véase *Extra* (Buenos Aires, noviembre de 1965, año I, N° 5) y *Todo es Historia* (Buenos Aires, setiembre de 1970, año IV, N° 41).

[547] Anales de Legislación argentina (Buenos Aires: Editorial La Ley, 1955, tomo XV-A), p. 581.

entronizamiento de la dictadura totalitaria que tantos y tan enormes daños causó al país"[548].

En los meses siguientes, Aramburu siguió dictando decretos tendientes a acelerar la desperonización del país. Se derogaron las leyes que declaraban a Perón Libertador de la República y a Evita, Jefa Espiritual de la Nación (decreto-ley del 6 de diciembre de 1955), por comportar "actos de obsecuencia y sumisión inadmisibles, que repugnan a la esencia de los principios republicanos así como las más puras tradiciones de la Patria"[549]. Se derogaron las leyes referentes al Monumento a Eva Perón (decreto-ley del 17 de diciembre de 1955), se disolvió la Fundación Evita (decreto-ley del 23 de diciembre de 1955), el gobierno se incautó de los bienes de los dos partidos peronistas (decreto-ley del 11 de enero de 1956) y el 5 de marzo de 1956 se inhabilitó "para desempeñar cargos públicos electivos, empleo en la Administración pública o actuar como dirigentes de partidos políticos en los órdenes nacional, provincial y municipal, a las personas que a partir del 4 de junio de 1946" hubiesen desempeñado cargos electivos, o hubiesen sido ministros, interventores, etcétera.[550]

Mientras tanto, las comisiones investigadoras proseguían sus labores, haciendo uso de sus facultades extraordinarias —cuando sus funciones fueron interrumpidas en abril de 1956 habían elevado 314 sumarios y puesto a la disposición de la justicia 1.045 procesados—. La persecución sistemática de los partidarios "del tirano depuesto" o "del tirano prófugo", como se acostumbraba a llamar a Perón, alcanzó su punto máximo con el decreto-ley del 5 de marzo de 1956, por el que se prohibía el uso de cualquier insignia o símbolo del partido peronista "porque recuerdan una época de escarnio y de dolor para la población del país, y su utilización es motivo de perturbación de la paz interna de la Nación y una rémora para la consolidación de la armonía entre los argentinos"[551]. El decreto ponía particular énfasis en la prohibición de poseer una "fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes", de usar "las expresiones 'peronismo', 'peronista', 'justicialismo', 'justicialista', 'tercera posición', la abreviatura 'P. P.'...". La medida establecía diversas sanciones para la violación de este decreto-ley, incluso la pena de cárcel de treinta días a seis años[552].

En el ínterin, todos los bienes de Ciudad Estudiantil e Infantil habían sido transferidos al nuevo Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública y el 4 de julio de 1956 se incorporaron al patrimonio nacional todos los bienes, derechos y acciones de la Fundación Eva Perón, por ser una entidad de derecho privado cuyas funciones habían sido declaradas de orden público y de interés nacional para "permitir a quienes gobernaban la Fundación —el ex mandatario y su esposa— el manejo discrecional de los cuantiosos recursos correspondientes al Estado que la entidad acumulaba, utilizándolos con la

[548] *Ibid*., p. 602.
[549] *Ibid*, p. 11.
[550] *Ibid*., p. 243.
[551] *Ibid*, p. 242.
[552] *Idem*.

apariencia de ayuda social en actos de favoritismo y de corrupción política que constituyen la negación misma de todo sano concepto de justicia social y son típicos de regímenes totalitarios"[553].

El decreto-ley ratificaba el dictamen de la Comisión Nacional de Investigaciones N° 39, que si bien no pudo encontrar procedimientos ilícitos en el funcionamiento de la Fundación, criticaba su libertad de acción, su entrometimiento en áreas reservadas a varios ministerios, el hecho de que sus dependencias fuesen dirigidas por oficiales y suboficiales retirados y que las obras eran realizadas "a capricho y voluntad" de Evita. Además, toda la organización "montaba sus servicios con lujo desproporcionado al fin propuesto y a la cultura y costumbres de los llamados a utilizarlos; fomentaba con eso, complejos que favorecían desviaciones morales y familiares de cierto sector de los usuarios"[554].

Si bien la erradicación del peronismo se intensificó sobremanera a partir del momento en que asumió la presidencia Aramburu, la violenta destrucción de los símbolos peronistas había comenzado ya en setiembre de 1955. En los días inmediatos a la caída de Perón se destruyeron estatuas, fotos e insignias partidarias, se hicieron enormes fogatas con libros, folletos y documentos peronistas, con sábanas, mantas y muebles de la Fundación Eva Perón porque tenían el escudo de la institución. Sus depósitos fueron saqueados y mucho de lo que había adentro, destruido. La sede de la Fundación, todavía en construcción, tenía en su frente un número de estatuas que fueron removidas y hechas añicos. El afán por borrar todo vestigio de peronismo llegó a tal extremo que la casa que poseía Evita fue destruida por ser de ella y hasta el hermoso Palacio Unzué en el que vivieron Perón y Evita —residencia oficial de los presidentes argentinos— fue arrasado.

Por otra parte, también desde el mes de setiembre de 1955, la prensa, que durante los años de gobierno peronista había sufrido una censura rígida, se lanzó a una orgía de denuncias sobre los negociados de funcionarios peronistas y los tesoros acumulados por Perón, a quien por otra parte un tribunal de honor había prohibido "ostentar el título del grado y el uso del uniforme, por la indignidad que su conducta ha puesto de manifiesto", su vida disoluta, sus innumerables pares de zapatos, sus autos, su pinacoteca escondida, etc. Con la joyas de Evita sucedió lo que ella no quería que aconteciera: cayeron en manos de sus enemigos; fueron exhibidas al público, desmontadas y, con otras valiosas posesiones, subastadas en diciembre de 1956.

Esta campaña de prensa, junto con la publicación de numerosos artículos sobre "la vida secreta de Juan Perón y Eva Perón" y el reguero de decretos, intervenciones, exposiciones e investigaciones, tenía el propósito de justificar la existencia de la Revolución Libertadora en toda su militancia antiperonista, por los crímenes, arbitrariedades y excesos de lo que se dio en llamar "el régimen

[553] *Ibid.*, ps. 747-750.
[554] *Documentación, autores y cómplices*, tomo III, p. 275.

depuesto" y al mismo tiempo demostrar a los partidarios de Perón que habían vivido ciegos y engañados durante diez años.

En esta época apareció por primera vez en la Argentina una serie de obras sobre Evita, algunas de las cuales habían sido publicadas con anterioridad en el exterior: en los Estados Unidos, *La mujer del látigo*, de Mary Main, bajo el seudónimo de María Flores, y *Bloody Precedent*, de Fleur Cowles, y en el Uruguay, *El mito de Eva Duarte*, de Américo Ghioldi. En la Argentina, la lista incluye: *Eva Perón. Su verdadera vida*, de Benigno Acossano; *Eva, la predestinada. Alucinante historia de éxitos y frustraciones*, de Román J. Lombille; *Esa noche de Perón*, de Ricardo Boizard; *¿Qué es esto?*, de Ezequiel Martínez Estrada, y *Biografía patria*, de Luis Franco, contienen capítulos dedicados a Evita.

En términos generales, estas obras repiten los chismes, cuentos y versiones que corrían en los salones y camarillas opositoras mientras el peronismo estuvo en el poder y que debido a la censura de prensa aparecían con cierta regularidad en *Time* y *Newsweek* o en obras como *Bloody Precedent*, de Fleur Cowles, resultado de una visita de pocos días a la Argentina como miembro de una delegación de periodistas. No hay en ellas la mínima tentativa de cuestionar los rumores o las anécdotas que reproducen y ninguna es el producto de una investigación medianamente rigurosa desde el punto de vista histórico. Justo es reconocer que algunas de estas obras, como la de Main o Ghioldi, fueron escritas en un período en que la situación política no favorecía un proyecto de ese tipo —si ésa hubiera sido la intención. Pero no hay ningún indicio de que los autores hayan querido hacerlo—. Al contrario, lo que surge de inmediato es su propósito panfletario, ya desde el título. Tanto las obras publicadas hasta 1955 como las que aparecieron a partir de esa fecha son ensayos imbuidos de espíritu revanchista que tienen un propósito común: atacar todo cuanto el peronismo representó y exhibir sus lacras para así poder destruirlo. Buscan desmitificarlo, revelar "la verdadera" personalidad de sus líderes para que el pueblo pueda entender que ha sido engañado. Al igual que otras obras antiperonistas de este período, soslayan las causas políticas, económicas y sociales que contribuyeron a conformar el proceso desde 1930 y reducen la historia del país a partir de 1943 a explicaciones esencialmente psicologistas. Todo lo sucedido desde esa fecha pasa a ser el resultado de la demagogia de Perón, de su ambición, de su falta de escrúpulos, de su cobardía, etc., o de la ambición de Evita, de su resentimiento, etcétera[555].

Por sus características tan peculiares, la figura de Evita fue un campo particularmente fértil para la temática psicologista. La imagen que surge de estas obras es la de una actriz de segunda categoría, una "partiquina" de vida muy dudosa (la terminología que se usa es por lo general muy vulgar y hasta

[555] Deberían pasar todavía algunos años antes de que los antiperonistas pudieran encarar el proceso peronista con pautas menos sectarias y abandonar los esquemas simplistas que los habían cegado durante tanto tiempo. Como también deberían pasar unos años para que algunos peronistas intentaran hacer una autocrítica. Por otra parte, la necesidad de justificar de una parte y de otra las posiciones adoptadas influyó para que muchas de las obras publicadas hasta el presente fueran ensayos interpretativos y que se dejara de lado la elaboración de trabajos de investigación.

soez)[556], cuyos actos después de su unión con Perón tienen un solo objetivo: satisfacer su insaciable sed de venganza, su profundo resentimiento debido a su bajo origen social y a los desprecios que le infligió la oligarquía. Es una mujer que odia a los hombres desde sus años de artista —Mary Main va más lejos y dice que aprendió a odiarlos desde su niñez— y una vez que se siente fuerte y poderosa los castiga despiadadamente. Según Franco, había en Evita dos resentimientos: "Uno muy sombrío que le venía de su pobreza vergonzante, de su condición de hija adulterina y de la turbia moral de su familia, y otro, no menos sombrío, que le venía del fracaso de su aspiración a ser una gran actriz[557]. Guiada por su ambición, su egoísmo y su resentimiento, busca consistentemente el camino más corto y más fácil que pueda hacerle alcanzar su meta, acumular poder para hacer pagar a la sociedad el mal que le ha hecho y lo consigue por medio de la influencia sobre los hombres, tanto civiles como militares. Es "la mujer del látigo" que ha pintado Main, fría, dura, implacable, que insulta a funcionarios de gobierno con un lenguaje de bajo fondo, les pega carterazos, manosea a Perón y a todo el que se acerca a ella y solamente admite la más abyecta adulonería. Todos los actos de su vida están marcados por un signo negativo y no hay en ella el mínimo atisbo de generosidad. Va a Europa para insultar a las damas oligarcas; destruye la Sociedad de Beneficencia porque ésta la rechaza y construye hogares infantiles que en realidad no albergan a niños pues se llenan cuando vienen visitantes extranjeros; se apoya en las masas porque es el único sector de la sociedad argentina que la acepta y las impulsa a odiar a la oligarquía porque quiere vengarse de sus desprecios. Es un ser insensible, incapaz de sentir afecto hacia nadie y menos de querer verdaderamente a Perón. "El amor-pasión nunca existió entre Eva y Perón. Ni en sus primeros encuentros, siquiera", afirma rotundamente Lombille[558]. Por lo tanto, su amor por los descamisados es totalmente falso, una mentira refutada por sus joyas y sus ropas. Lo que sí tenía, según Ghioldi, era "un amor desmesurado al lujo"[559].

A pesar de su apariencia femenina, Evita es en verdad un hombre, y para algunos autores lo que mejor explica su carrera de aventurera es el dominio que tiene sobre Perón. Los rasgos de su personalidad son mucho más masculinos que los de Perón y ella es la que lo arrastra cuando desfallece y lo incita a seguir luchando cuando está dispuesto abandonar todo. Para Franco: "Había sin duda en el carácter peroniano un elemento de molicie femenina"[560]. En contraposición con él, Evita es fuerte y Perón extraordinariamente débil. "En los diálogos entre ambos", señala Lombille, "priva siempre la voluntad de la mujer sobre la parsimonia y la blandura del hombre, que oculta su inferioridad bajo una capa de bonhomía y pillería"[561]. La debilidad de Perón se traduce en cobardía y

[556] Casi treinta años mas tarde, en un libro de memorias que publica en 1971, Spruille Braden todavía recuerda los cuentos soeces que corrían en círculos antiperonistas y reproduce uno. Diplomats and Demagogues (New Rochell, New York: Arlington House, 1971), p. 323.
[557] Luis Franco, *op. cit*., p. 136.
[558] Román J. Lombille, *op. cit*., p. 89.
[559] Américo Ghioldi, *op. cit.,* p. 49.
[560] Luis Franco, *op. cit*., p. 140.
[561] Román J. Lombille, *op. cit.,* p. 88.

miedo físico en varias instancias. Por ejemplo el 17 de octubre de 1945, cuando Evita supuestamente lo saca a empellones del Hospital Militar, usando expresiones dignas de un carretero, y también durante la enfermedad de esta última. Boizard cuenta que en el cuarto de Evita "hiede. Perón, que odia los malos olores y que vive rodeado de ungüentos y perfumes, tiene que usar una mascarilla para acercase a esa Eva que dignifica'"[562]. El mito de la cobardía de Perón, supuestamente reforzado por la forma en que se produjo su caída, tuvo una larga vida y lo persiguió hasta los años setenta. La debilidad o "femineidad" de Perón es lo que explica la fuerza de Evita y el ascendiente que llega a tener en su gobierno. Como lo expresa Martínez Estrada sin tapujos: "Él es la mujer y ella el hombre"[563].



Escenas populares registradas al paso del cortejo.

En este mito uniformemente negro, hay sin embargo algunas variaciones, puesto que de alguna manera deben acomodarse a éste los últimos años de la vida de Evita, sus largas horas de trabajo en el Ministerio y los desbordes que provocaba en los descamisados. Se transforma entonces en "una pobre mujer" sin voluntad, usada por el dictador ya que éste la obliga a asistir a su asunción de mando pues ella es la que le da popularidad y luego convierte su velatorio

---

[562] Ricardo Boizar, *op. cit.,* p. 48.

[563] José Capsistski en su ensayo publicado en 1968 se adhiere también al mito de la "virilidad" y la "esencia masculina" de Evita, *op. cit.,* p. 19.

en "un espectáculo grotesco" o como dice Boizard en una "bacanal necrológica"[564].

En el mito negro, Evita es la encarnación del mal en todas sus formas y desviaciones. Es la pecadora cuya redención no se acepta pues sus pecados originales son de tal naturaleza que pervierten todos sus actos a pesar de las apariencias contrarias. Por su origen y por su vida, no puede tener la superioridad moral que generalmente se atribuye a las mujeres, de allí que se insista en verla como un hombre. Es también la mujer misterio, impenetrable, desconocida y extraña que inspira miedo pues parece poseer poderes sobrenaturales que la hacen eludir los controles normales y escaparse de sus límites naturales, en este caso, su clase y su condición de mujer y esposa.

Advenediza, aventurera, resentida, prepotente, vengativa, egoísta, hipócrita y ambiciosa son los adjetivos que mejor caracterizan a Evita según estos autores. Para Ghioldi, es el producto del totalitarismo de Perón y nada hay de redimible en ella. Traza el siguiente perfil: "Corta de inteligencia, deficiente de cultura y sensibilidad femenina, ignorante de las relaciones morales y civiles de los hombres, sin autocrítica, sin carga de escrúpulos de conciencia, falta de gusto, Eva Perón ingresa a la historia como una leyenda plantada en el mentidero argentino"[565]. Franco es apenas más generoso y admite que pese a ser una advenediza, "Evita logró identificarse parcialmente con las clases desposeídas y obró a ratos como una mujer del pueblo"[566]. La describe como una combinación de madame Pompadour y Louise Michel, "una especie de Providencia con polleras de la *Rue de la Paix*, ante la cual se humillaron como perros castrados, ministros, generales, médicos, obispos, financistas e intelectuales y el propio marido..."[567]. En cuanto a Martínez Estrada, con su verborragia habitual, la verá como "la sublimación de lo torpe, ruin, abyecto, infame, vengativo, ofídico y el pueblo vio que encarnaba atributos de los dioses infernales. Su resentimiento contra el género humano, propio de la actriz de terceros papeles, se conformó con descargarse contra la oligarquía o el público de los teatros céntricos. El pueblo de los descamisados y grasitas había sido antes su público"[568].

No valdría la pena detenerse tanto tiempo en el mito propalado por estas obras si no fuera que desde 1955 en adelante ha fijado una imagen de Evita en determinados sectores de la población que, tanto como el de la cobardía de Perón, afectó el comportamiento político de los que creían en él a pie juntillas.[569] Además no solamente ha sido repetido en cuanto libro se ha escrito sobre el peronismo ya sea en español o en otras lenguas y hasta aparece parcialmente reflejado en obras recientes que no tienen el propósito específico de atacar a

564 Ricardo Boizard, *op. cit*., p. 63.

565 Américo Ghioldi, *op. cit*., p. 49.

566 Luis Franco, *op. cit.,* p. 154.

567 *Ibid*., p. 154.

568 Ezequiel Martínez Estrada, *op. cit*, p. 241.

569 Véase también Alberto Ciria y Julie M. Taylor, *Eva Perón, the Myths of a Woman* (Chicago: Chicago University Press, 1979).

Evita[570], sino que ha alcanzado un extraordinario nivel de aceptación internacional, muy particularmente por la fama de la comedia musical rock *Evita,* de Andrew Lloyd Webber y Tim Rice. En un pequeño libro que publicaron en 1979, *Evita. The Legend of Eva Perón*, Rice explica que su obra no pretende ser "la biografía definitiva" de Eva Perón, pues esto ya lo había hecho Mary Main con su "excelente" *La Mujer del látigo*. Sin explicar qué utilizó para escribir su libreto, confiesa no haber tenido acceso a la obra de Main cuando lo estaba escribiendo. Sin embargo, en la medida en que el mito tal como lo construyó ella era el que predominaba en las obras en inglés, no es de extrañar que la *Evita* de Rice y Webber sea una aventurera resentida, ambiciosa, prepotente y vengativa, como la de Main.[571]

Durante el peronismo, la literatura antiperonista buscaba contrarrestar la numerosa propaganda oficial publicada a partir de 1946, producto de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia o de escritores sin talento que procuraban congraciarse con el gobierno. Por lo general las obras escritas por peronistas son panegíricos sin ningún valor, ejercicios retóricos desprovistos de hechos y análisis, parecidos tanto por el contenido como por el estilo a los discursos que pronunciaron los legisladores peronistas en los varios homenajes de mayo a julio de 1952: Francisco A. Costanzo: *Evita. Alma inspiradora de la justicia social en América*. Jerónimo Peralta: *Semblanza heroica de Eva Perón*; Julio S. Storni: *Grandeza y Proyección de Eva Perón*; Ángela Rina Rodríguez: *Eva de América. Madona de los humildes*; sin autor: *Hada Buena Argentina*[572]. Vaya de ejemplo el primer párrafo de la ya citada *Presencia de Eva Perón*:

"La historia de Eva Perón —la de su vida heroica, la de su pasión calcinada en las hogueras del renunciamiento, la de su gloriosa eternidad en el alma de su pueblo— divide la historia de la solidaridad en dos capítulos diferenciados en el ágora de los tiempos. En el primero de ellos pervive la nebulosidad, aunque la rasguen, como inmensos fogonazos de martirio y santidad, el resplandor que dejan los Elegidos, hitos de fe y de ese amor espiritual e insaciado que Dios dejó en el ser al ennoblecerlo con el soplo divino. El segundo está pleno de luz como en la milagrosa frecuencia de la gracia."[573]

El mito antiperonista tenía asimismo el propósito definido de destruir el mito oficial de Evita para el pueblo argentino. Durante muchos años, los mecanismos de propaganda del gobierno peronista, legisladores, políticos,

---

[570] Véase por ejemplo Richard Bourne, *Political Leaders of Latin America* (Middlesex: Penguin, 1969), y Nancy Hollander, *op. cit*. Comparar con Germán Arciniegas, *Entre la libertad y el miedo* (Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1954, 4a ed.).

[571] Véase Andrew Lloyd Webber y Tim Rice, *Evita. The Legend of Eva Perón*, 1919-1952 (New York: Avon Books, 1978).

[572] Francisco A. Costanzo, *Evita. Alma inspiradora de la justicia social en América* (Buenos Aires, 1948); Jerónimo Peralta, *Semblanza heroica de Eva Perón* (Buenos Aires, 1950); Julio A. Storni, *Grandeza y proyección de Eva Perón* (San Miguel de Tucumán, 1952); Angela Rina Rodríguez, *Eva de América, Madona de los humildes* (1949). Véase también: José R. Liberal, *Eva Perón. Estudio literario y valoración sociológica de "La razón de mi vida"* (Buenos Aires: Ediciones Espino, 1953); Julio Ellena de la Sota, *La acción política de Eva Perón* (Buenos Aires), y Alberto Franco, *La mística social de Eva Perón* (Buenos Aires: Subsecretaría de Informaciones).

[573] *Presencia de Eva Perón, op. cit*., p. 1.

sindicalistas, revistas como *Mundo Peronista* y diarios como *Democracia* habían ensalzado su figura como un ser movido solamente por el amor. Era la Primera Samaritana, el Consuelo de los Humildes, la Dama de la Esperanza, el Hada Maravillosa, la Jefa Espiritual de la Nación, alabada y loada hasta alturas siderales en los meses previos a su muerte. De 1952 a 1955, la exaltación de Evita había continuado sin interrupciones, ritualizada en procesiones de antorchas los 26 de cada mes y todas las noches en el anuncio de los informativos: "Son las veinte y veinticinco, hora en que Eva Perón pasó a la inmortalidad". En la escuela primaria, los niños aprendían a leer en libros de lectura que incluían por ejemplo el siguiente texto:

"Madrecita nuestra, que estás en los cielos...

"Hada buena que ríes entre los ángeles...

"Evita: yo te prometo ser bueno como tú lo quieres, respetando a Dios; amando a mi Patria; queriendo al General Perón; estudiando y siendo para todos el niño que soñaste: sano, alegre, educado y limpio de corazón".[574]

En el secundario su texto era *La razón de mi vida* y la foto de Evita, siempre con flores frescas, presidía todas las aulas. Bustos, placas, sellos, postales, ciudades, escuelas, estaciones de subterráneo, plantas, etc., llevaban su nombre y recordaban su figura. Privada casi de su contexto humano, se había convertido en Santa Evita, madre y mediadora, y de hecho, cuando murió, el Sindicato de Obreros de la Alimentación llegó a proponer su canonización. Si bien la maquinaria de propaganda peronista la repetía incansablemente, Evita había contribuido también a configurarla por su lenguaje, por sus actos y la había definido ella misma en su autobiografía.

Evita no escribió *La razón de mi vida*. Su autor fue el periodista español Manuel Penella de Silva. En declaraciones que formuló a la revista *Primera Plana* unos años antes de morir, Penella explicó que se acercó a Evita por intermedio de Benito Llambí, ministro argentino en Berna, para proponerle una idea que había pensado presentar anteriormente a otra mujer excepcional, Eleanor Roosevelt. En un régimen parlamentario, pensaba Penella, una de las dos cámaras legislativas debería estar compuesta por mujeres. Después de muchas dilaciones consiguió hablar con Evita y le ofreció hacerle una entrevista en la cual le atribuiría esta idea. Acordaron sin embargo que él escribiría un libro como si fuera Evita, pues ella se entusiasmó con este último proyecto. Después que lo consultó con Perón, empezaron a trabajar. Según Penella, pasaron muchas horas juntos, mientras él la seguía en sus varias actividades diarias, y luego discutían lo que él escribía. Tuvieron diferencias, pues ella "quería aparecer perfecta, idealizada, un mito. Un mito burgués por otra parte". Pero el que se opuso al libro por las ideas que expresaba sobre la mujer fue

[574] Ana Lerdo de Tejada y Aurora Zubillaga, *Un año más...* (Buenos Aires: Editorial Luis Lasserre S.R.L., 1952), p. 1. Este era el libro de segundo grado aprobado por el Ministerio de Educación. El de lectura del primer grado inferior decía: "EVA-EVITA-Evita mira a la nena-El nene mira a Evita-Perón ama a los niños-Mi mamá-mi papá-Perón-Evita". Véase Graciela Albornoz de Videla, *Evita* (Buenos Aires: Editorial Luis Lasserre S.R.L., sin fecha).

Perón, y una vez que estuvo terminado se lo entregó a Mendé y a Méndez San Martín para que lo revisaran[575]. Según el padre Benítez, la versión de Penella agrandaba a Evita, pero también tenía muchos españolismos, algunos inverosímiles y hasta ridículos[576].

La obra que salió a la venta en octubre de 1951 guarda poca relación con la que escribió Penella. Sean quienes fueran las personas qué corrigieron la versión final, Evita la aceptó como suya, y por lo tanto, así podemos hacerlo nosotros. Por otra parte, el libro contiene párrafos, frases y expresiones que aparecen también en sus discursos. Tanto *La razón de mi vida* como los discursos de Evita tienen el mismo estilo emotivo, imbuido de loas a Perón y a los descamisados, con una sintaxis defectuosa, con apartes y reiteraciones que muchas veces no vienen al caso y un lenguaje similar, combativo cuando habla de los descamisados, apasionado cuando describe las injusticias que padecen los humildes, exudando odio cuando menciona a la oligarquía y suave, tierno y admirativo cuando se refiere a Perón.

La obra es una especie de prolongada conversación en la que aparecen todos los temas caros a Evita —la grandeza de Perón, el significado del 17 de Octubre, su amor por los descamisados— a través de la descripción de sus actividades diarias. En ella, Evita emerge como una mujer consciente del papel histórico que está jugando, orgullosa de éste, y se dibujó tal como quiere que la recuerden. Su origen, su pasado, sus lazos familiares reducidos a unos párrafos ambiguos, pues su vida hasta su encuentro con Perón es una espera de algo que siente confusamente y que él le revela. Como vimos repetidamente, esconde todos los defectos que puedan empañar su imagen, desvirtúa los hechos, deforma la realidad y miente para acomodarla a sus propósitos. Hasta llega a escribir que las varias misivas que le envió Perón desde Martín García no decían una palabra de amor y hablaban exclusivamente de los trabajadores, cuando en verdad le escribió solamente dos cartas, y por lo menos la que se conserva muestra el profundo cariño que sentía por ella.

En cierto modo Evita transforma a Perón en el verdadero protagonista de *La razón de mi vida* para poder definirse tal como lo desea. Él es un ser superior por su cultura, sus sentimientos y sus ideales, y contrariamente a todos los hombres del mundo, es inteligente, bueno, generoso, trabajador, abnegado, sacrificado, etc. Es el arquetipo del padre. Ella trata constantemente de superarse y ser digna de él. Al hacerlo, dedicándose en cuerpo y alma a su trabajo, sacrificando su salud por él, ofreciéndole su vida en un renunciamiento total, se convierte ella también en un arquetipo. Encarna todas las cualidades morales de la mujer, es el "espíritu femenino" por excelencia, todo amor, sacrificio, abnegación, renunciamiento y generosidad. No tiene hijos propios para que todos los pobres, los ancianos y los niños argentinos puedan sentirse suyos, amparados y protegidos por ella. Adora al padre, se desvive por sus

[575] Testimonio de Manuel Penella de Silva reproducido en Historia del Peronismo, Primera Plana (Buenos Aires, 17 de enero de 1967), p. 37.
[576] *Careo*, p. 17.

"hijos" y está totalmente entregada a ellos. Asexuada, virginal, espíritu puro, es la madre ideal, síntesis y paradigma de todas las madres, la *mater dolorosa*.

Los ataques del gobierno de Aramburu a los partidarios de Perón los llevó a enfrentar la represión con medidas de lucha. Comenzó entonces lo que los peronistas llaman La Resistencia, un período de huelgas violentas, con actos de sabotaje, y en junio de 1956, un levantamiento cívico-militar que fue aplastado despiadadamente: unos veintisiete civiles y militares fueron ejecutados sumariamente y el jefe de la intentona, el general Juan José Valle, que se entregó el 12 de junio, fue fusilado en la Penitenciaría Nacional.

Por otra parte, los esfuerzos por desmitificar la figura de Evita se estrellaron contra una resistencia tenaz. A pesar de los peligros que implicaba poseer una simple fotografía suya, quedó demostrado que ella se había transformado en un mito popular de proporciones notables y que no existía propaganda en el mundo capaz de desterrarla de los corazones de los "humildes" por quienes —ellos lo sentían así— ella había sacrificado su vida. Y en los ranchos el interior de la República, en las villas miserias que crecían alrededor de las ciudades, su retrato no desapareció y su nombre continuó siendo venerado.

En cierto sentido, la figura de Evita adquirió en este período una proyección todavía mayor que la que había tenido en vida. Muerta en plena juventud, cuando su radiante belleza no había comenzado a marchitarse, llena de vida y de pasión, había desaparecido en momentos en que el peronismo iniciaba su declinación. Por lo tanto, su imagen quedaba identificada con los mejores años del peronismo, una época de bonanza, de cambios, de bienestar y alegría para el pueblo, que no se podía menos que añorar en contraste con la persecución, la cárcel y la miseria del presente. Era lo más puro del peronismo, había entregado su vida por él, era la mártir que no podía encontrar reposo ni siquiera después de muerta y la prueba la daban sus enemigos, que se ensañaban con su cuerpo.

La Revolución Libertadora sorprendió a Ara yendo regularmente a la CGT para cuidar el cadáver de Evita. El 16 de setiembre recibió los últimos 50.000 dólares de manos de la senadora Juana Larrauri, completando el total de 100.000 dólares que cobró por su trabajo. Sin órdenes de Perón para disponer del cadáver, y a pedido de doña Juana, que le dejó un poder antes de asilarse en Chile, Ara era el único responsable del cuerpo de Evita. Una de sus preocupaciones en esos días fue vestirlo adecuadamente. Estaba cubierto por la bandera argentina y la peronista y debajo tenía "una especie de peinador de tul sin terminar" con mangas todavía descosidas. La situación política le hacía temer lo peor y ante los posibles desmanes de bandas armadas quería que el cuerpo de Evita estuviera adecuadamente vestido. Por fin consiguió que una amiga suya diseñara y cosiera una larga túnica apropiada y pudo esperar los acontecimientos. El ambiente dentro de la CGT era de gran nerviosismo, pues se esperaba que la sede fuese asaltada de un momento a otro, pero por un tiempo todo permaneció tranquilo. Llamado a deponer ante la Comisión Investigadora que examinaba la actuación de la Comisión Monumento a Eva

Perón, así lo hizo Ara el 19 de octubre, sin que eso produjera ningún cambio en el segundo piso de la central obrera.

Cuando asumió el mando Aramburu y la CGT fue intervenida, las autoridades descubrieron el cuerpo de Evita y comprobaron que los rumores que corrían sobre él eran falsos. Fueran civiles o militares, los visitantes que comenzaron a inspeccionar el cadáver no podían creer que lo que yacía en la capilla de la central obrera fuera el cuerpo de Evita. Al entrar, comentaban con Ara: "—Oí decir que sólo se salvó la cabeza.

—Se afirma que antes de su fallecimiento ya se tenía preparada una cabeza artificial para exhibirla pegada al resto del cuerpo.

—Se dice que mientras fue expuesto en el Ministerio de Trabajo y Previsión y en el Congreso se puso negro, hubo que quemarlo y fue sustituido por una estatua, fiel reproducción.

—Nadie cree, doctor, que lo cuestionado por usted en el segundo piso de la CGT sea natural..."[577]. A tal punto llegaba el descreimiento oficial, que el gobierno nombró una comisión para que determinara si el cuerpo embalsamado guardado en la capilla era verdaderamente el de Eva Perón.

Una vez que la comisión comprobó que lo era, éste se convirtió en un problema para el gobierno. No podía dejarlo en la CGT pues temía las manifestaciones que seguramente se producirían si la gente comenzaba a visitarlo. Si la desperonización debía proseguir a ritmo acelerado y se destruían todos los símbolos del gobierno depuesto, éste no podía permanecer intacto —menos que ningún otro—. Sabía que no era indestructible, pues así se lo había informado Ara, pero probablemente por razones religiosas el gobierno militar no quiso deshacerse de él, quemándolo por ejemplo. La solución que adoptó fue enterrarlo secretamente. Para ello había que retirar el cuerpo de la central obrera, operación que debía realizarse con el mayor sigilo para que los peronistas no causaran disturbios.

El 23 de noviembre, a las diez de la noche, comenzó el operativo dirigido por el teniente coronel Carlos Eugenio Moori Koenig, jefe del Servicio de Informaciones del Ejército. Unas veinte personas, todas vestidas de civil, se hicieron presentes en la CGT. El cuerpo iba a ser retirado de la central obrera por una salida secreta que daba al interior del garaje, el mismo camino que Perón utilizaba para visitar el cadáver. El costoso ataúd en el que Evita había sido velada fue llevado al segundo piso por unos obreros encargados de la limpieza del edificio. La bandera argentina que cubría el cuerpo de Evita había desaparecido una noche en que un grupo de marinos había forzado la puerta de la capilla. Sólo la envolvía la bandera peronista. " A una señal mía", relata Ara, "dos obreros se acercaron para ayudarme. Uno de ellos, sin descubrirla, la levantó tomándola con su túnica por los tobillos; entre el otro y yo la levantamos por los hombros. Y así transportamos su delgado cuerpo, lentamente, con sumo cuidado, de la plataforma al fondo del ataúd, sin

[577] Pedro Ara, *op. cit.*, p. 201.

desordenar su peinado ni su vestido, quedando bien patente sobre él la cruz de su rosario"[578]. Luego Moori Koenig colocó la bandera peronista a los pies del cadáver y comenzó a descolgar las numerosas cintas recordatorias, que tanto él como Ari fueron depositando a lo largo del cuerpo. Faltaba solamente soldar el ataúd, pero cuando llegó el momento, los encargados de hacerlo no estaban presentes. Eran las dos de la madrugada y a pesar de la insistencia de Ara, el ataúd no fue soldado esa noche ni al día siguiente como prometió Moori Koenig, ni nunca. El teniente coronel no se puso más en contacto con Ara y se le prohibió la entrada a la CGT. Unas semanas más tarde una voz misteriosa le anunció por teléfono: "Profesor: ya se la llevaron.[579]

Al poco tiempo, la desaparición del cuerpo de Evita era un hecho y pronto comenzaron las especulaciones y las protestas. Muchos fueron los artículos periodísticos escritos sobre la desaparición del cadáver de Evita y los posibles lugares en que estaba enterrado, pues durante casi veinte años fue el secreto mejor guardado de la Argentina. Aunque en varias ocasiones las autoridades insistieron en que el cadáver había sido sepultado cristianamente, de vez en cuando aparecían artículos demostrando que había sido cremado y sus cenizas arrojadas al viento, que estaba enterrado en la isla Martín García, en Italia o que había sido arrojado al mar desde un avión. Las persistentes gestiones de doña Juana para recuperar el cuerpo de Evita durante los sucesivos gobiernos civiles y militares que gobernaron la Argentina durante esos años se estrellaron contra un silencio impenetrable —murió sin saber su paradero—[580]. Y a medida que transcurría el tiempo, mientras otras fechas peronistas pasaban inadvertidas, los aniversarios de la muerte de Evita se fueron convirtiendo en batallas campales. Las misas en su memoria eran actos de militancia durante los cuales los partidarios de Perón inevitablemente se enfrentaban con la policía.

Mientras tanto, a pesar de las restricciones, iba apareciendo una serie de obras en las que los autores buscaban, en algunos casos entender qué representó el peronismo, por ejemplo Carlos S. Fayt, *La naturaleza del peronismo*, y en otros, contrarrestar la visión oficial antiperonista, reivindicar los aciertos de ese movimiento político y explicar su sobrevivencia en la clase obrera, por ejemplo *La formación de la conciencia nacional 1930-1946*, de Juan José Hernández Arregui (1960); *Cinco años después...*, de Antonio F. Cafiero (1961); *El peronismo: sus causas,* de Rodolfo Puiggrós; *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, de Jorge Abelardo Ramos, y *Peronismo, autocrítica y perspectivas*, de Miguel Gazzera y Norberto Ceresole, entre otros. Evita es un tema menor para casi todos estos autores; en algunos casos, como en el de Hernández Arregui y Ramos, ni siquiera la mencionan. Aparecieron solamente dos obras dedicadas a ella en ese período: *Eva Perón: aventurera o militante*, de Juan José Sebreli, y *La vida de Eva Perón. Testimonios para su historia*, de Otelo Borroni y Roberto Vacca. La primera es también un ensayo, pero en contraste con los publicados en la década del cincuenta, analizaba para destruirlos los mitos prevalentes y proponía a Evita

578 *Ibid.*, p. 258.
579 *Ibid.*, p. 261.
580 Ver *Así* (Buenos Aires, 25 de agosto de 1970).

"como expresión simbólica de los anhelos de justicia e igualdad de las mujeres y los trabajadores argentinos, sólo a medias realizados en la realidad, y a la vez como expresión del temor de la pérdida de sus privilegios por parte de las clases burguesas..."[581]. La segunda era una extraña mezcla de investigación periodística —la mejor publicada hasta esa fecha— y de testimonios, de la que surgía una imagen de Evita tan irreal como la que durante tantos años propusieron sus enemigos o sus admiradores.

El 29 de mayo de 1970, un puñado de jóvenes vestidos de uniforme secuestraron al ex presidente Aramburu. Los esfuerzos del gobierno entonces en manos del general Juan Carlos Onganía por encontrarlo resultaron vanos. El 1 de junio, *La Nación* y algunos otros diarios publicaron un comunicado del "Comando Juan José Valle", perteneciente a la organización clandestina "Montoneros", en la que daba a conocer el fallo de su Tribunal Revolucionario: Aramburu había sido condenado a muerte. Una vez ejecutado, se daría cristiana sepultura a sus restos "y sólo serían restituidos a sus familiares cuando al pueblo argentino le sean devueltos los restos de su querida compañera Evita"[582].

La restitución del cuerpo de Evita ya formaba parte en este período de la estrategia política del peronismo. Pero el surgimiento de Montoneros y de otras "formaciones especiales", nombre que le dio el peronismo a sus grupos guerrilleros, marcó también la aparición de otro nuevo mito de Evita. Se entronca con la Evita combativa y militante que había predominado en los sectores gremiales del peronismo durante La Resistencia, pero ahora se extiende a sectores de clase media. Con el trasfondo de luchas populares como la del Cordobazo, se va forjando poco a poco el mito de Evita militante, la mujer que ha nacido para la Revolución, la enemiga de la oligarquía, que no se deja doblegar ante nada pues está dispuesta a "que la justicia social se cumpla cueste lo que cueste y caiga quien caiga" y a "dar la vida por Perón". Se rescatan así sus frases más combativas, las de sus últimos discursos, en los que pide al pueblo que cuide a Perón, que lo defienda de sus enemigos, que luche por él y por su causa, y se convierten en consignas que se adecuan a la estrategia del peronismo para obtener el retorno de Perón a la Argentina y volver al poder.

Esta nueva Evita, violenta, apasionada y revolucionaria, no desplaza el mito de la Evita Santa, sino que coexiste con él. Es una Evita perseguida con saña por la oligarquía, por sus ideas y por sus actos aun después de muerta, pues representa "el ala izquierda del peronismo". Este mito se extiende sobre todo en sectores jóvenes de clase media, una generación que no conoció el peronismo en el poder, que no entiende el odio que sienten sus mayores por él o las proscripciones y persecuciones que ha sufrido a partir de 1955, pero que sabe que no quiere estar "en la vereda de enfrente del pueblo" como lo estuvo la izquierda en 1946 y 1955, y que por identificar a Evita con "el ala izquierda del peronismo" puede aceptarla con buena conciencia y convertirla en su bandera.

---

581 Juan José Sebreli, *op. cit.*, p. 109.

582 *La Nación*, 1 de junio de 1970.

La segunda alianza de vastos segmentos de clase media con el peronismo, que llevaría a la presidencia a Héctor J. Cámpora en 1973, permitiría la vuelta de Perón a la Argentina después de dieciocho años de exilio y también su retorno a la Casa Rosada, es la culminación de un complejo proceso que rebasa los límites de este libro. Cabe señalar solamente que poco tiempo después de asumir la Presidencia, el teniente general Alejandro Agustín Lanusse se mostró dispuesto a cerrar el ciclo iniciado en setiembre de 1955 permitiendo que el peronismo se reintegrara a la vida política del país y tomara parte en las elecciones presidenciales anunciadas para 1973. El 4 de setiembre de 1971, su embajador en Madrid entregó a Perón el cuerpo de Evita. Unos días antes, había sido removido del Cementerio Mayor de Milán, donde había estado enterrado desde su desaparición de la central obrera. Mientras en Buenos Aires la devolución del cuerpo de Evita motivaba una nueva oleada de rumores sobre las vejaciones que había sufrido, Ara, que por entonces residía en Madrid, era llamado para identificarlo. El cuerpo yacía en un ataúd diferente del que él conocía. Faltaban también las banderas peronistas y las cintas recordatorias. "Sin el menor desorden en el peinado, la cabellera aparecía mojada y sucia. Las horquillas inoxidables, herrumbradas, se quebraban en nuestros dedos. La esposa del general comenzó a deshacer las trenzas de Eva para ventilar y secar sus cabellos y limpiarlos de herrumbre y tierra.[583] Mientras Perón, conmovido "en grado sumo", Isabel Martínez de Perón y José López Rega lo miraban, Ara procedió a examinar el cadáver. Tenía la nariz aplastada, la frente marcada y un surco de un milímetro le contorneaba el cuello, pero "no representaba otra cosa que la delgada capa plástica superficial quebrada en esa región al ser empujada fuertemente la cabeza contra el fondo de la caja..."[584]. La punta de los dedos parecía erosionada, le faltaba parte del dedo medio de la mano derecha y tenía las dos rodillas surcadas por grietas.

El cuerpo de Evita permaneció todavía unos años en Madrid. El 17 noviembre de 1974, fuertemente custodiado, fue traído finalmente de vuelta a la Argentina y colocado primeramente cerca de los restos de Perón en una cripta construida en la residencia presidencial de Olivos, a la espera del monumento que finalmente le construirían sus compatriotas. El proyecto de construir el Altar de la Patria fue interrumpido por el golpe militar de 1976. El 22 de octubre, el nuevo gobierno militar entregó el cuerpo de Evita a su familia, que fue finalmente enterrado en el cementerio de La Recoleta.

[583] Pedro Ara, *op. cit.*, p. 266.
[584] *Ibid*., p. 261.

Capítulo XV

Evita y el peronismo

Cuando se lo compara con otras modalidades de populismo, el peronismo se destaca por una característica excepcional y es que de 1946 a 1952 contó con dos líderes carismáticos que se complementaron totalmente. Evita no tomó parte en el surgimiento del peronismo, pero una vez que éste asciende al poder, no puede ser explicado adecuadamente si no se tiene en cuenta su figura. A partir de 1946, el binomio líder-descamisados se vio modificado paulatinamente por la inserción de un elemento nuevo, que fue Evita. Se transformó entonces en un triángulo cuyo vértice estaba en ella, no porque fuera una figura más importante que Perón, sino porque por medio de ella, se mantuvo, fortaleció y extendió la unión entre Perón y los descamisados.

Los liderazgos de Perón y el de Evita no fueron cualitativamente iguales. Perón ocupó siempre un puesto incomparablemente más relevante, y el liderazgo Evita se fue definiendo desde un comienzo y hasta último momento sobre ese principio, colocándose ella conscientemente en una posición de inferioridad con respecto a él. En *La razón de mi vida*, Evita se describe de la siguiente manera: "Cuando vemos la sombra de alguien sentimos que está cerca. Así como la sombra del líder, es mi presencia en la Secretaría. Y a su sombra, yo intento seguir el camino que él inició. Sé que hay una gran diferencia. Donde él daba una lección magistral, yo apenas balbuceo. Donde él solucionaba un problema con cuatro palabras, yo me quedo a veces una semana entera. Donde él decidía, yo apenas sugiero. Donde él veía, yo apenas vislumbro. Es que él es el conductor. Yo solamente una sombra de su presencia superior"[585].

La naturaleza de sus liderazgos era también sustancialmente distinta. Él era el estratega, el jefe que dirigía, elaboraba la doctrina, señalaba objetivos y los conquistaba. Ella era la encargada de poner en marcha las tácticas, explicar y repetir la doctrina ante los más diversos auditorios, innovar en cuanto sus obras fueran un complemento de las conquistas obtenidas, reforzar la adhesión al líder, mantener el nivel de movilización de las masas, pero también su control, y en nombre de éstas, hostigar al enemigo y asegurar que las transformaciones sociales iniciadas en 1943 se profundizaran y ampliaran.

[585] Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 114.

Evita nunca usó la palabra líder para hablar de sí misma. Perón era el único líder, "insigne", "glorioso", "perfecto" e "indiscutido". Ella era solamente "la plenipotenciaria de los trabajadores", "la abanderada de los humildes", "el escudo de Perón", "la esperanza y eterna vigía de la Revolución" y la definición que prefería, "puente de amor entre Perón y el pueblo".

En los discursos de Evita puede verse claramente lo que ella quería decir cuando definía su liderazgo como "un puente de amor entre Perón y el pueblo", pues su estructura lo refleja de manera precisa. Sus discursos tienen tres componentes fundamentales que son los descamisados, Evita y Perón. El vértice o eje es siempre Evita, lo que varía es el interlocutor y su relación con ella. Así por ejemplo, puede comenzar un discurso dirigiéndose a los descamisados, poniéndose a la altura de Perón, aunque estableciendo cierta distancia con él. Luego cambia la dirección de sus palabras y, como si formara parte del público y hablara en su nombre, apostrofa a Perón, llamándolo "Mi general". Finalmente, se aísla de los dos para terminar confundiéndose con ambos.

En 1950, en el acto de clausura del congreso extraordinario de la CGT, después de que Perón finalizó su mensaje, Evita pronunció un discurso en el que primero se identificó con él. "Yo, que tuve el insigne honor de compartir con el general Perón sus inquietudes, sus ilusiones y sus realizaciones de patriota, me siento orgullosa de haber tomado el camino del bien, o sea, el camino que nos ha señalado el general Perón." Más adelante, se dirige a él, pero aislada de los descamisados. "Mi general: aquí está la CGT con sus vanguardias descamisadas, con vuestras gloriosas y queridas vanguardias descamisadas, presentes para rendiros homenaje y apoyo, no circunstancial, porque proviene de hombres que al gritar: 'la vida por Perón' ya se la jugaron una vez el 17 de octubre de 1945..." Manteniendo a Perón como su interlocutor, se une a los descamisados y habla en su nombre. "Porque, mi general, luchamos por la independencia económica; luchamos por la justicia social; luchamos por la soberanía y por el honor de nuestra bandera; luchamos por la felicidad de nuestros hijos, y por la humanización de ese capital que no ha traído al país sino luchas estériles y fratricidas; luchamos para que en nuestra Patria se consolide la doctrina genial de nuestro insigne líder de los trabajadores." Llega luego el momento en que se separa de todos. "Yo les agradezco, compañeros trabajadores, el honor que significa para una humilde mujer que trabaja tratando de interpretar los sueños de Patria del general Perón, el que la hayan mencionado en este Congreso Extraordinario de la CGT. Para mí esto sirve de estímulo y de acicate; para mí, ésta es la condecoración más honrosa que puede haber para el pecho de una mujer salida de las filas del pueblo, que se siente orgullosa de ello y de mantenerse corazón a corazón, auscultando las palpitaciones del pueblo trabajador..."[586].

En el Cabildo Abierto del Justicialismo, Evita inició su arenga dirigiéndose a Perón, pero aislada de él y de los descamisados. "Mi general, son

[586] Argentina. Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación. *Perón y Evita hablan en el acto de clausura del Congreso Extraordinario de la Confederación General del Trabajo* (Buenos Aires, 1950, Año del Libertador General San Martín).

vuestras vanguardias descamisadas las que están presentes hoy, como lo estuvieron ayer y estarán siempre, dispuestas a dar la vida por Perón. Ellos saben bien que antes de la llegada del general Perón vivían en la esclavitud y, por sobre todas las cosas, habían perdido la esperanza de un futuro mejor." En un momento dado, lo apostrofa de nuevo, esta vez para hablar en nombre de los descamisados "Mi general: estamos dispuestos, los del pueblo, su vanguardia descamisada, a terminar de una buena vez con la intriga, con la calumnia, con la difamación y con los mercaderes que venden al pueblo y al país." Más adelante, se distancia de los descamisados para situarse a la altura de Perón. "Yo, que siempre tuve en el general Perón a mi maestro y a mi amigo —pues él siempre me dio el ejemplo de su lealtad acrisolada hacia los trabajadores—, en todos estos años de mi vida he dedicado las noches y los días a atender a los humildes de la Patria..." En esa ocasión Evita finalizó su discurso con la siguiente declaración: "Yo, mi general, con la plenipotencia espiritual que me dan los descamisados de la Patria, os proclamo antes que el pueblo os vote el 11 de noviembre, Presidente de todos los argentinos"[587].

En muchas ocasiones, los tres componentes señalados reaparecen más de una vez. En otras, la separación es más difusa y hay casos en que aparecen solamente dos elementos, por ejemplo, los descamisados y ella, identificada con Perón. Esto sucede sobre todo en los discursos que pronunciaba Evita ante delegaciones sindicales en el Ministerio de Trabajo, porque entonces ella hablaba en su nombre. Vale de ejemplo la alocución que dirigió el 26 de mayo de 1948 a unos obreros de la alimentación que acababan de firmar un contrato colectivo de trabajo. En primer término, los saludó trayendo "un cariñoso abrazo del general Perón, que ha lamentado mucho no poder asistir...". Después de algunas consideraciones y de felicitar al gremio por su disciplina y su peronismo, les aseguró: "No ignoramos que, si bien grandes sectores de trabajadores han llegado a tener salarios razonables todavía existen muchos que perciben salarios inferiores al nivel del costo de la vida; y a estos trabajadores ha de llegarles el turno". En esta instancia finalizó su discurso de la siguiente manera: "Por último, compañeros del sindicato de la alimentación, les pido, que así como han dado reiteradas muestras de disciplina sindical, den una prueba más de su auténtico peronismo, no olvidándose de acrecentar sus esfuerzos en pro de una mayor producción, en la seguridad de que haciéndolo así consolidarán su propio bienestar. Y les reitero una vez más que en el general Perón y en la compañera Evita hallarán siempre los más decididos defensores de sus derechos"[588].

Del mismo modo, cuando Evita se dirigía a las mujeres, lo hacía como vocera de Perón. Sin embargo, en las contadas ocasiones en que se reunió con él en su calidad de presidenta del Partido Peronista Femenino, también entonces alternaba varias veces de interlocutor ya sea hablando al "general" en nombre de todas las mujeres o a éstas como si fuera la igual de Perón y siempre aislándose de los dos. Así lo hizo el 22 de febrero de 1951, en un acto que tuvo

---

587 *Perón y Eva Perón hablan en el Cabildo Abierto del Justicialismo, op. cit.*

588 *Democracia*, 29 de mayo de 1948.

lugar en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno al que asistieron trescientas delegadas del Partido Peronista Femenino y al término del cual Perón recibió un reloj de oro que le ofrecía el partido. Para separar su identidad como presidenta del partido, Evita le ofreció otro igual[589].

Por otra parte, la estructura de sus discursos en 1946, cuando apenas iniciaba sus actividades políticas, es la misma que la indicada. Cuando visitaba una fábrica, agradecía el recibimiento que le tributaban los obreros, les trasmitía saludos de Perón y aceptaba el cariño que le demostraban como expresión de afecto hacia "el general". También en esta circunstancia el discurso estaba compuesto por tres partes, los obreros, Evita y Perón, siendo ella el vínculo entre los primeros y este último.

Ese vínculo era lo que Evita denominaba "puente de amor entre Perón y el pueblo". Tal como lo entendía ella, era un nexo directo que sobrepasaba todos los obstáculos posibles, pues no dependía de mecanismos institucionales para su funcionamiento sino del afecto entre las partes, expresado a través del contacto personal y permanente que ella mantenía con Perón y con el pueblo. Tenía un sentido distinto para cada uno de ellos. Así podía decir el poeta Ignacio B. Anzoátegui que Evita era "la reivindicación lograda y permanentemente alerta... la redención cumplida, pero tocada por la pasión del irredentismo... el poder y al mismo tiempo la oposición. La lucha alcanzada y la lucha por la justicia"[590]. O como lo expresó Evita en una ocasión: "Yo estoy aquí entre las clases del trabajo representando el corazón maravilloso del general Perón; yo estoy aquí para recoger las inquietudes y las esperanzas del pueblo laborioso y ponerlas en las manos maravillosas y realizadoras del general Perón; yo estoy aquí para traerles el amor que siente el General por ustedes..."[591]. Para Perón, Evita era su delegada, su intérprete, su intermediaria ante las masas. Para éstas, era su mediadora, su "plenipotenciaria" y su "abanderada" ante él. En relación a ambos era "el escudo", "la esperanza y la eterna vigía de la Revolución". De allí que pudiera hablar en nombre de uno y el otro para ambos o cualquiera de los dos. Era además un nexo irrompible ya que "para divorciarse de su pueblo", señala Evita en su autobiografía, "el jefe de gobierno deberá empezar por divorciarse ¡de su propia mujer!"[592]

De todos los títulos que Evita detentaba, el que reflejaba más adecuadamente el papel que desempeñaba en el gobierno peronista es el de "plenipotenciaria de los trabajadores", pues era el que la había transformado en "el puente de amor entre el líder y su pueblo". Como lo había sido para Perón, su actividad gremial fue la base de su liderazgo y lo continuó siendo, a pesar de que en los últimos años, su obra social adquirió proporciones espectaculares y la propaganda del gobierno tendió insistentemente a realzarla. De allí que el 1 de mayo de 1951, Evita pudiera decir desde los balcones de la Casa Rosada:

"Mis queridos descamisados:

589 *Democracia*, 23 de febrero de 1951.
590 *La Prensa*, 26 de julio de 1954.
591 Discurso de Evita en el Congreso de la CGT, *op. cit*., p. 15.
592 Eva Perón, *La razón de mi vida,* p. 84.

"En este día tradicional para los trabajadores argentinos, en este primero de mayo maravilloso en que los trabajadores festejan el triunfo del pueblo y de Perón sobre los eternos enemigos y traidores de la patria, yo quiero hablar con la sola, con la absoluta, con la exclusiva representación de los descamisados.

"Yo quiero hablar para Perón, para los trabajadores, para los hombres y mujeres del mundo que quieran compartir con nosotros la gloria de un pueblo que levanta su bandera justa, libre y soberana al tope de todos los mástiles de la patria.

"Yo quiero que ustedes me autoricen, que me den la plenipotencia maravillosa y eterna de todos los trabajadores, de todas las mujeres, de todos los humildes; en una palabra, la de todos los descamisados... Yo quiero que ustedes me autoricen, para que diga con pocas palabras, con mi escasa elocuencia, lo que ustedes sienten, lo que ustedes quieren que les diga en este día maravilloso de los trabajadores, al general Perón y al pueblo"[593].

El origen del liderazgo de Perón era muy diferente al de Evita. En el caso de Perón, provenía de la relación establecida en los años en que dirigió la Secretaría de Trabajo y Prevención. En el de Evita, la fuente fue Perón. Su decisión de delegar en ella el contacto con los trabajadores era lo que en un principio le permitió iniciar sus actividades desde el Ministerio de Trabajo y Previsión y las legitimizó. Al mismo tiempo le transfirió parte de su liderazgo, convirtiéndola en su doble, su extensión, diferente de él pero parte de él. Desde ese momento, desplegando una capacidad de trabajo inusitada y solamente comparable con la que había desarrollado Perón en sus tiempos de secretario de Trabajo, una inteligencia aguda, un entusiasmo genuino y sin límites por su labor y una voluntad de hierro para conseguir sus objetivos fue ampliando sus funciones. Y aunque continuó siendo parte y prolongación del liderazgo de Perón, poco a poco se fue definiendo su personalidad, se fue individualizando, su lenguaje adquirió características propias y llegó el momento en que ella también estableció una relación carismática con las masas, que la reconocieron como su "abanderada" y su "plenipotenciaria".

En el capítulo V analizamos algunos de los factores que permitieron el desarrollo de una actividad política por parte de Evita, especialmente la necesidad de hallar un sustituto para Perón en sus funciones de secretario de Trabajo y las condiciones por las que atravesaba el movimiento obrero en esos momentos. Hay asimismo otros factores a tomar en cuenta, no sólo porque incidieron para que Evita alcanzara a tener una relación carismática con las masas, sino también en las características que ésta adquirió y en las consecuencias que tuvo para el peronismo.

Una de las razones fundamentales fue la excelente situación económica por la que atravesaba el país, pues permitió que el gobierno continuara con la política de redistribución del ingreso iniciada en 1943. En un primer momento, esto hizo que el nombre de Evita quedara identificado con las mejoras que los

[593] Argentina. Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones, *Perón y Eva Perón hablan en el día de los trabajadores* (Buenos Aires, 1 de mayo de 1951).

trabajadores seguían obteniendo, ya que si bien ella no tenía el poder para concederlas, influía para que así sucediera. Para cuando el gobierno ya no está en condiciones de proseguir esa política, ella cuenta con la Fundación para prolongarla por un tiempo.

El hecho de que Evita fuera la esposa de Perón tiene también una importancia capital. En un comienzo le dio la legitimidad que precisaba ante las masas y libertad de acción, pues solamente debía rendir cuenta de sus actos a Perón. Además le proporcionó los medios para presionar a ministros y funcionarios hasta obtener lo que quería, pudiendo así demostrar su utilidad a los descamisados. Al mismo tiempo le garantizó el respaldo que necesitaba para conquistar, en la estructura de poder, una base que se tradujera en beneficios tangibles tanto para Perón como las masas.

Por otra parte, su función de "delegada-plenipotenciaria" difícilmente podría haber sido desempeñada por un hombre. La circunstancia de ser una mujer en una sociedad que ni siquiera le reconocía derechos políticos seguramente influyó en la etapa inicial, pues la eliminaba como posible rival y aseguraba, tanto para Perón como para los descamisados, la perduración, aunque modificada, del lazo que los unía. También habría que mencionar aquí la baja extracción social de Evita, pues al admitir que ella era también una "descamisada" estableció de inmediato una identidad con los trabajadores que ellos reconocieron como válida y que la igualaban con ellos, a pesar de que estuviera casada con Perón.

Otro factor que la favoreció fue su experiencia teatral. Por estar acostumbrada a actuar, carecía de los temores y de las reservas que podrían haber afectado y paralizado a otra mujer en su lugar y enfrentó su vida de esposa del Presidente como si tuviera que desempeñar un nuevo papel, mucho más atractivo e importante que los que había realizado hasta entonces. En su autobiografía, cuando se refiere a su doble personalidad de Eva Perón y Evita, describe sus funciones de esposa del Presidente como "un viejo papel que otras mujeres" han representado. Si bien es cierto que lo contrasta con "la realidad" de su vida como Evita, antes de que llegara a serlo, fue también un papel —con la diferencia de que éste no tenía libreto—. Tuvo que inventarlo. Lo hizo dentro de ciertas pautas sobre las que no tenía ningún control, pero a su medida, tan bien y con tanta convicción que llegó el momento en que fue realmente Evita.

Además, sus años de radioteatro y de propaganda política le dieron una seguridad para enfrentar a un auditorio que facilitó enormemente sus primeros contactos con delegaciones sindicales. Podía improvisar pequeñas alocuciones sin mayores dificultades. Su aplomo se veía acentuado por encontrarse entre gente que no la intimidaba, cuyo nivel cultural era parecido al suyo y que recibía sus palabras con simpatía por venir de la esposa de Perón.

Asimismo, los años en los que había representado a mujeres que proclamaban su amor o sufrían desesperadamente por él, la acostumbraron a usar ante el micrófono un lenguaje emotivo que ella siguió utilizando con toda naturalidad cuando inició su acción política. La transición se vio facilitada por

el año en que hizo propaganda política con libretos escritos por los mismos autores de sus novelones radio-teatrales. La adecuación del lenguaje radioteatral a la temática política le permitió dar rienda suelta a su temperamento apasionado, expresando lo que sentía con total falta de inhibición. Esto le dio una gran libertad de expresión, a tal punto que pronunciar discursos pronto fue una de sus tareas principales, que continuó aun cuando tuvo que interrumpir las otras por su enfermedad.

De 1946 a 1952, Evita actuó de cierto modo como un servicio de propaganda en constante actividad. Desde un principio, sus discursos tuvieron un fin específico: apoyar la política del gobierno en una instancia particular. Su primera alocución radial fue en ocasión de "la campaña de sesenta días por el abaratamiento de la vida". A ésta le siguieron muchas otras: en favor del voto femenino; recomendando unidad a los gremios en torno a Perón; pidiéndoles lealtad al "coronel"; recalcando la necesidad de aumentar la producción; para explicar el Plan Quinquenal; procurando asegurar el triunfo de los candidatos peronistas en las elecciones parlamentarias de 1948; respaldando la reforma constitucional; advirtiendo de los peligros que representaba el comunismo; alabando la excelencias del justicialismo y la Tercera Posición y, ya desde su cama de enferma, pidiendo la reelección de Perón.

El propósito de estos discursos de propaganda, que generalmente pronunciaba ante delegaciones de obreros y empleados en el Ministerio de Trabajo o en actos organizados por la CGT, en Buenos Aires o en el interior, se entremezclaban indefectiblemente con una serie de temas que repetía cualquiera fuera la ocasión: las condiciones que existían en la Argentina antes de 1943; los beneficios obtenidos por los trabajadores a raíz de la acción del "viejo coronel Perón" desde la Secretaría de Trabajo y Previsión; beneficios que no eran concesiones sino derechos que habían sido injustamente negados hasta se momento; la Secretaría de Trabajo y Previsión, "cuna de la justicia social en la Argentina"; la obra emprendida por la Revolución del 4 de junio, multiplicada incomparablemente por Perón, que había transformado al país en una patria económicamente libre, socialmente justa y políticamente soberana, la necesidad de que Perón continuara en el gobierno por ser la única garantía para el triunfo de la justicia social en la Argentina; los desvelos de Perón, que "quemaba su vida" por los trabajadores; el amor infinito que sentía por ellos; la grandeza de su figura y las excelencias de su doctrina; el amor que le prodigaron los trabajadores al liberarlo de sus enemigos el 17 de octubre de 1945; la felicidad y alegría de los descamisados desde que gobernaba Perón; la obligación que tenía de luchar por sus derechos, como lo habían hecho el 17 de Octubre y de defenderlos contra los enemigos internos —los comunistas y la oligarquía "vendepatria y egoísta"— y los enemigos externos —el capitalismo y el imperialismo— y su persona, una "débil mujer", "una mujer del pueblo", "la compañera Evita" que prefería "ser Evita si ese Evita sirve para mitigar algún dolor y enjugar una lágrima", dedicada a pagar "la deuda de honor que tengo con los descamisados".

Si bien el afianzamiento del peronismo se debió principalmente a la continuación de una política económica y social que se tradujo entre otras cosas en un nivel de vida más alto y un nuevo sentido de dignidad y participación para las masas, parte del cometido de Evita de 1946 en adelante consistió en recordar a los trabajadores a qué debían sus mejoras, cómo las habían obtenido y qué debían hacer para retenerlas. Esto es lo que hacía diariamente y también en los discursos que pronunciaba desde los balcones de la Casa Rosada o ante grandes concentraciones obreras organizadas por la CGT en ciudades del interior. Pero en estos casos, sus discursos eran verdaderas arengas por su tono combativo y sus expresiones agresivas contra los enemigos de Perón y del pueblo.

Como en estas ocasiones Perón se hallaba presente, sus palabras contrastaban con las disquisiciones didácticas de este último, llenas de referencias históricas, en las que además de describir a grandes rasgos la situación en que se hallaba el país, muchas veces presentaba lineamientos generales de la política a seguir. Con su voz pausada, en un lenguaje sencillo, salpicado de expresiones populares, él explicaba y persuadía, pareciendo conversar con cada una de las personas que lo escuchaban. Tensa y crispada, la voz de Evita se alzaba, rápida y cortante para lanzar andanadas contra la oligarquía "traidora y vendepatria" y suavizante solamente cuando mencionaba a Perón, a los descamisados, a los humildes y a los ancianos. Sus manos finas y alargadas se movían al ritmo de sus palabras, puntualizando las descargas contra los enemigos de Perón y sus enérgicas proclamas de luchar hasta la muerte por su causa. "Y si a mí me dieran a elegir entre todas las cosas de la tierra", dijo al final de su discurso del 1 de mayo de 1951, "yo elegiría entre todas ellas la gracia infinita de morir por la causa de Perón, que es morir por ustedes. Porque yo también, como los compañeros trabajadores, soy capaz de morir y terminar el último momento de mi vida con nuestro grito de guerra, con nuestro grito de salvación: ¡la vida por Perón!"[594]. Llenas de recuerdos de la gesta de octubre, de las luchas que sostuvieron Perón y los descamisados contra "los entreguistas, los mediocres y los cobardes", estas diatribas encendían las emociones, y la multitud, enardecida, respondía jurando con ella dar "la vida por Perón". A la vez, establecían la línea de continuidad con esa etapa pues recordaban al Perón combativo secretario de Trabajo y Previsión y afirmaban la vigencia del pasado en el presente, una vez más por intermedio de Evita.

Una de las críticas más frecuentes de los enemigos de Evita ha sido ridiculizar sus discursos y apuntar que no los escribía ella misma por lo que Américo Ghioldi llama su "indigencia cultural"[595]. No hay duda alguna de que su educación era mínima y que su formación cultural dejaba mucho que desear. Una vez que comienza a actuar en política, no se nota un cambio apreciable en ella desde el punto de vista cultural, a pesar de sus citas de León Bloy, su mención de *Las vidas paralelas*, los ocasionales artículos que publicaba en

[594] *Ibid*.
[595] Américo Ghioldi, *op. cit*., p. 48.

Democracia y sus referencias a Napoleón y Alejandro, por lo general fuera de contexto y de segunda mano.

La falta de educación de Evita no fue una valla para su acción política, pues ella pudo sobrepasarla con su audacia, su inteligencia y la seguridad que la daba su condición de esposa del Presidente y del líder. Pero esto no quiere decir que no la haya afectado. Por empezar, la distanció de Perón. En contraste con ella, éste aparecía como una cultura enciclopédica, lo cual sobre todo en un primer momento acentuó la admiración que sentía por él y le hizo aceptar sus ideas sin cuestionamientos de ninguna clase. Le dio una desconfianza terrible de los intelectuales, a los que tendía a equiparar con los oligarcas. Además frecuentemente la impulsó a demostrar que poseía un amplio bagaje cultural, especialmente a medida que crecía su influencia política, pronunciando discursos en conferencias internacionales o dando clases en la Escuela Superior Peronista, colocándose así en situaciones ridículas e incongruentes, pues la erudición de la que hacía gala en esas ocasiones, producto de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia, era prestada, superficial, simplista y, lo que es más, desentonaba con lo que ella sentía, y se le escapaba inevitablemente. Así por ejemplo, en sus seis clases de la Escuela Superior Peronista, no contenta con describir o analizar cómo se gestó el peronismo, lo hizo tomando como marco la historia universal. Exhibiendo un poder de síntesis que le hubiera envidiado Arnold Toynbee, y reduciendo el proceso histórico a dos elementos, el pueblo y el genio (conductor de hombres o filósofos), Evita examinó la historia universal desde la Grecia clásica hasta 1951 y llegó a la conclusión que el peronismo representaba la primera victoria verdadera del pueblo sobre la oligarquía en el mundo entero. Ese triunfo había sido liderado por un genio superior a todos los grandes hombres de la historia y con una doctrina superior a todas, pues para Evita el estudio de todos los genios anteriores a Perón demostraba sin lugar a dudas que desde Licurgo y Alejandro, pasando por Napoleón y Karl Marx, él superaba a todos, en todo sentido. "*Perón para mí, que lo he analizado profundamente, es perfecto.* "[596]

En una época en que jefes de Estado más cultos que Evita raramente escriben sus discursos, difícilmente se le puede reprochar que los suyos fuesen redactados por funcionarios de la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia. Por otra parte, fueran o no escritos por ella misma, al pronunciarlos los hacía suyos. Además, no todos sus discursos fueron redactados por funcionarios de la Secretaría, muchos eran totalmente improvisados y otros parcialmente. Lo que sus críticos olvidan es que sus años de radioteatro y de propaganda política le hacían enfrentar un auditorio con un aplomo y una soltura que personas con formación cultural más rica que ella no siempre poseen. De allí que cuando leyera textos redactados por otros, se desviara frecuentemente de las páginas que tenía entre sus manos y agregara frases o párrafos que intercalaba en el momento. Esto hacía que sus discursos tuvieran una construcción un poco extraña a veces, con *non sequiturs*, párrafos que no siempre venían al caso e interrumpían la fluidez de las ideas. Pero de todos

[596] Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 136.

modos, hay una extraordinaria coincidencia de estilo y lenguaje entre los mensaje que leía y los que improvisaba y esto no es de sorprender si se recuerda que Muñoz Azpiri, el autor de sus novelones radio-teatrales y de *Hacia un futuro mejor*, acompañó a Evita durante sus primeros años de actividad política. Por lo tanto, el hecho de que no escribiera sus discursos no tiene tanta importancia en sí como quienes fueron los que lo hicieron pues contribuyeron a definir el estilo que ella hizo suyo.

Ese estilo se caracteriza ante todo por su fuerte carga emocional y su dramatismo. Evita expresaba contundentemente sus sentimientos y requería una reacción emocional de sus auditorios, buscando los desbordes pasionales de amor y de odio. Usando un vocabulario que parecía extractado de una novela radioteatral, pero que era también el que empleaba el pueblo, transformaba sus discursos en dramas en los que actuaban los mismos personajes estereotipados con determinados adjetivos: el pueblo era siempre "maravilloso", Perón "glorioso", la oligarquía "egoísta y vendepatria", ella "una débil mujer" y la justicia social se cumpliría "cueste lo que cueste y caiga quien caiga". Las fórmulas no cambiaban, como tampoco los superlativos, por los cuales tenía tanta afición, pero la fuerza con que recordaba el pasado, describía el presente y auguraba un futuro de felicidad inigualada era siempre nueva y cada vez más intensa.

Sus discursos eran odas al amor que ella sentía por Perón y los descamisados, al que los trabajadores le habían demostrado a Perón el 17 de Octubre, y al que él derrochaba en el pueblo. Eran también ditirambos a Perón, "el genio que no tiene defectos", como llegó a llamarlo[597]. Es posible que la necesidad inicial de afirmar su personalidad ante delegaciones de obreros haya impulsado a Evita a impregnar sus discursos de alabanzas a Perón. Establecía su identidad recalcando su vínculo con él y ensalzándolo, lo cual contribuía a realzarlo y a distanciarlo de rivales potenciales, como Mercante, por ejemplo. O que verbalizara el impacto que él había tenido en la vida con expresiones de admiración que encontraban un eco positivo en las masas, lo que la impulsó a intensificarlas. Por otra parte, Evita tenía una marcada tendencia a exagerar. Y la misma falta de mesura que la hacía trabajar hasta las cinco de la madrugada o la llevaba a deformar los hechos en su autobiografía es la que la hacía declarar con toda tranquilidad: "A veces pienso que Perón ha dejado de ser un hombre como los demás; que Perón es un ideal encarnado"[598]. Sin embargo no tenemos por qué dudar de su sinceridad cuando anunciaba que Perón lo era todo. "*Es el alma, es el nervio, la esperanza y la realidad del pueblo argentino.* Nosotros sabemos que sólo hay uno solo, *y que en nuestro movimiento, hay un solo hombre que tiene luz propia: Perón. Todos nos alimentamos de su luz.*"[599] Aun descontando su gusto por los superlativos y su talento histriónico, expresaba su pasión por él con total convicción y además la confirmaba diariamente con sus actos.

---

[597] *Ibid*., ps. 135-136.
[598] *Eva Perón habla a las trabajadoras del país* (Buenos Aires, 1949), p. 15.
[599] Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 64.

En un pasaje de su autobiografía, Evita intima que en algún momento Perón demostró cierta inquietud por sus alabanzas y la constante mención de su nombre que ella hacía[600]. Si en verdad trató de calmar sus desbordes pasionales, no lo consiguió, pues con el correr de los años las alabanzas de Evita, que caracterizaron sus discursos desde un primer momento, no decayeron. Al contrario, aumentaron apreciablemente precisamente en los años en que decae sensiblemente la estrella de Mercante, como si Evita necesitara negar todas las loas que había derrochado anteriormente en él, para reafirmar que el único candidato a las elecciones de 1951 podía ser Perón. "[601]

Hacia 1950, Evita ya había instituido el culto al líder y había transformado su amor por Perón y por su causa en un elemento ideológico que debía ser incorporado a lo que todo peronista tenía la obligación de sentir y practicar. Ella misma lo llamaba fanatismo y lo justificaba no solamente por el "entrañable amor" que sentía por él o porque era "el genio que no tiene defectos", sino por lo que había realizado para el pueblo argentino. Sus ideas políticas quedaban reducidas a ese sentimiento. Era, además, la explicación esencial de lo que había sucedido en la Argentina a partir de 1943. Perón había emprendido su campaña desde la Secretaría de Trabajo por amor al pueblo. Este lo había salvado en octubre de 1945 también por amor y ella se había entregado a la causa de Perón y al pueblo por amor. Como si su vida fuera la realización de las novelas que tantas veces había representado ante el micrófono, este era el principio y el fin para Evita. No es que dejara de lado otras razones. Según Evita lo que engrandecía a Perón y lo hacía superior a todos los hombres era que había enfrentado a la oligarquía y había dado al pueblo lo que éste se merecía y aquélla le negaba por egoísmo. Había transformado a la Argentina en una Patria justa, libre y soberana, y como si esto no fuera suficiente, le había dado al pueblo —y también al mundo— una doctrina, el justicialismo, "el único sistema que llevará la felicidad a los pueblos. Pero Evita no separaba su amor por Perón de "su causa"; estaban enmarcados en un mismo sentimiento y con el tiempo llegó a identificarlos tan estrechamente que en *La razón de mi vida* dice: "Sí, soy fanáticamente peronista, pero no sabría decir qué amo más: si a Perón o a su causa; que para mí, todo es una sola cosa, todo es un solo amor"[602].

Por lo general, sus ditirambos a Perón y sus declaraciones de amor por él y por los descamisados se contraponían con profusas afirmaciones de humildad y de desinterés de su parte. Ella era la "más humilde de las colaboradoras de Perón", "una mujer del pueblo", "una descamisada de la Patria". El discurso que pronunció Evita el 17 de octubre de 1951, después de oír a Perón alabarla públicamente y describir lo que había representado en su gobierno, es quizá la única ocasión en que confiesa que no va a decir "la mentira acostumbrada", que no se lo merece. Las expresiones de humildad por parte de Evita no eran simples fórmulas retóricas desmentidas por su poder y el autoritarismo que

[600] Eva Perón, *La razón de mi vida*, ps. 59-60.
[601] Eva Perón, *Historia del peronismo*, p. 121.
[602] *Ibid.*,p. 65.

desplegaba ante funcionarios del gobierno, pues aparecen en sus primeros discursos, ya en el año 1946. En ese momento se debieron posiblemente a la necesidad de establecer un lazo común con las delegaciones que entrevistaba, a su reconocimiento de que ella también era una descamisada y a su condición de mujer desempeñando tareas fuera de lo común. Hacia 1951, cuando era la figura política más poderosa después de Perón, continúa definiéndose de la misma manera, porque además de ser retóricamente útil, es todavía la fórmula que la iguala con los descamisados a pesar de su poder y de su prestigio, le sirve para distanciarse de Perón y realzarlo aún más y también frecuentemente para recalcar la maldad de la oligarquía que se ensaña con ella. "Mientras tanto, ellos, los entreguistas, los mediocres, los cobardes, de noche tramaban la intriga y la infamia del día siguiente. Yo, una humilde mujer, no pensaba sino en los dolores que tenía que mitigar y a la gente que tenía que consolar en vuestro nombre, mi general...[603].

Los enemigos del pueblo, "los traidores de adentro y de fuera que en la oscuridad de la noche, quieren dejar el veneno de sus víboras en el alma y en el cuerpo de la Patria", quedaban englobados en el peor insulto que conocía Evita: oligarquía[604]. Para no dejar lugar a dudas, aclaraba: "Y conste que cuando hablo de oligarquía me refiero a todos los que en 1946 se opusieron a Perón: conservadores, radicales, socialistas y comunistas. Todos votaron por la Argentina del viejo régimen oligárquico, entregador y vendepatria. De ese pecado no se redimirán jamás"[605]. Individualmente, Evita no enrostraba a sus colaborados las ideas que habían tenido antes de plegarse al peronismo, aunque desconfiaba más de los oligarcas que de los que habían sido comunistas, por ejemplo, pues aquéllos siempre podían caer de nuevo en los vicios "del espíritu oligárquico", o sea, ser ambiciosos, egoístas, orgullos y vanidosos[606].

Era profundamente sectaria y lo reconocía. "Los opositores dicen que esto es fanatismo, que soy fanática de Perón y del pueblo, que soy peligrosa porque soy demasiado sectaria y demasiado fanática con el General Perón y con los descamisados de la Patria.

"Yo les contesto con Perón: el fanatismo es la sabiduría del espíritu. ¡Qué importa ser fanático en la compañía de los mártires y de los héroes!

"Al fin de cuentas, la vida alcanza su verdadero valor no cuando se la vive de manera egoísta, nada más que para uno mismo, sino cuando uno se entrega a la vida toda íntegra, fanáticamente, en aras de un ideal que vale más que la vida misma. Yo contesto que sí soy fanática de Perón y de los descamisados de la Patria."[607]

De la misma manera que consideraba su fanatismo una virtud, también lo era su sectarismo, y exigía de todos los peronistas que compartieran sus

603 *Perón y Eva Perón hablan en el Cabildo Abierto del Justicialismo.*
604 Discurso del 1 de mayo de 1952, *op. cit.*
605 Eva Perón, *La razón de mi vida*, p. 297.
606 Eva Perón, Historia del *peronismo*, p. 84.
607 *Eva Perón habla a los trabajadores*, p. 14.

sentimientos con la intensidad que ella lo hacía. Sus discursos iban dirigidos a sus "compañeros", o como vimos, a las mujeres peronistas. El resto del país no existía para ella, si no es para ser atacado y vilipendiado.

Evita inyectó una dosis muy apreciable de sectarismo y fanatismo en el peronismo. Además, ella fue la que inició y propagó el culto al líder, dando el ejemplo que luego seguirían servilmente todos los peronistas. Con ello, contribuyó a intensificar la antinomia peronismo-antiperonismo que dividió al país durante tantos años y fue muy probablemente uno de los factores que eventualmente alejaron algunos sectores de clase media del peronismo, debilitando así la alianza que Perón había buscado crear desde un principio con su política. En las condiciones existentes en la Argentina de la década de los cuarenta, todo en ella coadyuvaba a fomentar el maniqueísmo, su origen, su pasado, su temperamento, su ropa, hasta su lenguaje, pero sobre todo sus actos. Su figura actuó como un foco que atraía y a la vez estimulaba las reacciones más irracionales por ambos lados, y al concentrarse en ella, se podían desvirtuar más fácilmente los logros y soslayarse las responsabilidades.

Pero su liderazgo permitió en gran medida que Perón pudiera mantener el suyo intacto. Lo liberó de las negociaciones que corroen, de los enfrentamientos que desgastan. Perón, Presidente de los argentinos, continuó siendo el líder de los descamisados, el árbitro supremo al cual se recurría cuando todo lo demás había fallado, el juez que podía tomar resoluciones sin premura, el estadista y el ideólogo que elaboraba la doctrina. Al mismo tiempo, consolidó y reforzó la adhesión de las masas a Perón e impulsó la transformación de la CGT en un factor de poder. También amplió la base social del peronismo pues propulsó y organizó la participación masiva de la mujer en el proceso político y, por intermedio de la Fundación, creó el mecanismo para extender las mejoras obtenidas inicialmente por los trabajadores a los argentinos más desposeídos, asegurando así el apoyo de sectores marginales al gobierno y profundizando los cambios iniciados en 1943.

Las transformaciones acaecidas en la Argentina de 1943 en adelante crearon las condiciones objetivas para que Evita pudiera incorporarse al proceso político a partir de 1946 y éstas le impusieron también los límites dentro de los cuales tuvo que actuar. Pero ella definió su participación con la meta que se trazó: pagar la deuda de gratitud que contrajo con los descamisados el 17 de octubre de 1945. Juntamente con Perón, le habían dado una nueva vida y a ellos se debía "Evita". Del mismo modo, la que aceptó el desafío que implicaba tratar de alcanzar su meta fue ella. Con una audacia digna de admiración, no dejó de pasar la oportunidad que se le ofrecía. Se le despertó la ambición de poder y saboreó el que fue acumulando. Su vanidad se vio satisfecha con los halagos y los alentó constantemente. Orgullosa, fue prepotente con los poderosos y dura con todo aquel que le pudiera hacer sombra o que ella considerara una amenaza para Perón. Tenía plena conciencia de que se había convertido en una figura histórica: la gran agitadora fanática, obsesiva, dedicada de cuerpo y alma a su misión. Así como en los primeros tiempos apenas decía unas palabras en nombre de Perón, ahora sabía que

cuando hablaba lo hacía "con la plenipotencia" de todos los descamisados y la seguridad que sentía estaba totalmente desprovista de ambigüedades. Pero nunca olvidó a quien le debía el llegar a ser "Evita" y nunca se desvió de su meta. Al contrario, a medida que fueron pasando los años, en una entrega total supeditó su propia existencia al logro de su objetivo. Aunque sabía que no lo conseguiría, a través de la lucha que emprendió por el pueblo, del amor que le prodigó y que éste le retribuyó con creces, encontró la razón de su vida.

Apéndice

"Mi voluntad suprema:

Quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo.

Esta es mi voluntad absoluta y permanente y es, por lo tanto, mi última voluntad.

Donde está Perón y donde estén mis descamisados allí estará siempre mi corazón para quererlos con todas las fuerzas de mi vida y con todo el fanatismo que me quema el alma.

Si Dios lo llevase del mundo a Perón, yo mi iría con él, porque no sería capaz de sobrevivir sin él, pero mi corazón se quedaría con mis descamisados, con mis mujeres, con mis obreros, con mis ancianos, con mis niños para ayudarlos a vivir con el cariño de mi amor, para ayudarlos a luchar con el fuego de mi fanatismo y para ayudarlos a sufrir con un poco de mis propios dolores.

Porque he sufrido mucho; pero mi dolor valía la felicidad de mi pueblo... y yo no quise negarme—yo no quiero negarme— yo acepto sufrir hasta el último día de mi vida si eso sirve para restañar alguna herida o enjugar una lágrima.

Pero si Dios me llevase del mundo antes que a Perón yo quiero quedarme con él y con mi pueblo, y mi corazón y mi cariño y mi alma y mi fanatismo seguirán con ellos, seguirán viviendo en ellos haciendo todo el bien que falta, dándoles todo el amor que no les pude dar en los años de mi vida, y encendiendo en sus almas todos los días el fuego de mi fanatismo que me quema y me consume con una sed amarga e infinita.

Yo estaré con ellos para que sigan adelante por el camino abierto de la Justicia y de la Libertad hasta que llegue el día maravilloso de los pueblos.

Yo estaré con ellos peleando en contra de todo lo que no sea pueblo puro, en contra de todo lo que no sea la raza de los pueblos.

Yo estaré con ellos, con Perón y con mi pueblo, para pelear contra la oligarquía vendepatria y farsante, contra la raza maldita de los explotadores y de los mercaderes de los pueblos.

Dios es testigo de mi sinceridad; y él sabe que me consume el amor de mi raza que es el pueblo.

Todo lo que se opone al pueblo me indigna hasta los límites extremos de mi rebeldía y de mis odios.

Pero Dios sabe también que nunca he odiado a nadie por sí mismo, no he combatido a nadie por maldad sino por defender a mi pueblo; a mis obreros, a mis mujeres, a mis pobres 'grasitas', a quienes nadie defendió jamás con más sinceridad que Perón y con más ardor que Evita.

Pero es más grande el amor de Perón por el pueblo que mi amor porque él, desde su situación de privilegio, supo llegar hasta el pueblo, comprenderlo y amarlo. Yo, en cambio, nací en el pueblo y sufrí en el pueblo. Tengo carne y alma y sangre de pueblo. Yo no podía hacer otra cosa que entregarme a mi pueblo.

Si muriese antes que Perón, quisiera que esta voluntad mía, la última y definitiva de mi vida, sea leída en acto público en Plaza de Mayo, en la Plaza del 17 de Octubre, ante mis queridos descamisados.

Quiero que sepan, en ese momento, que lo quise y que lo quiero a Perón con toda mi alma y que Perón es mi sol y mi cielo. Dios no me permitirá que mienta si yo repito en este momento una vez más: 'no concibo el cielo sin Perón'.

Pido a todos los obreros, a todos los humildes, a todos los descamisados, a todas las mujeres, a todos los niños y a todos los ancianos de mi Patria que lo cuiden y lo acompañen como si fuese yo misma.

Quiero que todos mis bienes queden a disposición de Perón como representante soberano y único del pueblo.

Yo considero que mis bienes son patrimonio del pueblo y el movimiento peronista, que es también del pueblo, y que todos mis derechos como autora de *La razón de mi vida* y de *Mi mensaje*, cuando se publique, sean también considerados como propiedad absoluta de Perón y del pueblo argentino.

Mientras viva Perón, él podrá hacer lo que quiera de todos mis bienes: venderlos, regalarlos e incluso quemarlos, porque todo en mi vida le pertenece, todo es de él, empezando por mi propia vida, que yo le entregué por amor y para siempre de una manera absoluta.

Pero después de Perón el único heredero de mis bienes debe ser el pueblo, y pido a los trabajadores y a las mujeres de mi pueblo que exijan por cualquier medio, el cumplimiento de esta voluntad suprema de mi corazón que tanto los quiso.

Todos los bienes que he mencionado y aun los que hubiese omitido deberán servir al pueblo, de una o de otra manera.

Quisiera que se constituya con todos esos bienes un fondo permanente de ayuda social para los casos de desgracias colectivas que afecten a los pobres, y deseo que ellos lo acepten como una prueba más de mi cariño.

Deseo que en estos casos, por ejemplo, se entregase a cada familia un subsidio equivalente a los sueldos y salarios de un año, por lo menos.

También deseo que, con ese fondo permanente de Evita, se instituyan becas para que estudien los hijos de los trabajadores y sean así los defensores de la doctrina de Perón, por cuya causa gustosa daría mi vida.

Mis joyas no me pertenecen. La mayor parte fueron regalos de mi pueblo. Pero aun las que recibí de mis amigos o de países extranjeros, o del General, quiero que vuelvan al pueblo.

No quiero que caigan jamás en manos de la oligarquía, y por eso deseo constituyan, en el museo del Peronismo, un valor permanente que sólo podrá ser utilizado en beneficio directo del pueblo.

Que así como el oro respalda la moneda de algunos países, mis joyas sean el respaldo de un crédito permanente que abrirán los bancos del país en beneficio del pueblo, a fin de que se construyan viviendas para los trabajadores de mi Patria.

Desearía también que los pobres, los ancianos, los niños, mis descamisados sigan escribiéndome como lo hacen en estos tiempos de mi vida y que el monumento que quiso levantar para mí el Congreso de mi pueblo recoja las esperanzas de todos y las convierta en realidad por medio de mi Fundación, que quiero siempre pura como la concebí para mis descamisados.

Así yo me sentiré siempre cerca de mi pueblo y seguiré siendo el puente de amor tendido entre los descamisados y Perón.

Por fin quiero que todos sepan que si he cometido errores los he cometido por amor, y espero que Dios, que ha visto siempre mi corazón, me juzgue no por mis errores, ni mis defectos, ni mis culpas, que fueron muchas, sino por el amor que consume mi vida,

Mis últimas palabras son las mismas del principio: quiero vivir eternamente con Perón y con mi pueblo.

Dios me perdonará que yo prefiera quedarme con ellos, porque él también está con los humildes, y yo siempre he visto que en cada descamisado Dios me pedía un poco de amor que nunca le negué.

Eva Perón."

Bibliografía

OBRAS GENERALES

Abad de Santillán, Diego: *La FORA*. Buenos Aires: Ediciones Nervie, 1933.

Alexander, Robert J.: *The Perón Era*. New York: Columbia University Press, 1951.

Amadeo, Mario: *Ayer, hoy, mañana*. Buenos Aires: Ediciones Gure, 1956.

Badanelli, Pedro: *Perón, la Iglesia y un cura*. Buenos Aires: Editorial Tartessos, 1960.

Bailey, Samuel L.: *Labor, Nationalism and Politics in Argentina*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1967.

Belloni, Alberto: *Del anarquismo al peronismo*. Buenos Aires: Editorial A. Peña Lillo, 1960.

—*Peronismo y socialismo nacional*. Buenos Aires: Coyoacán, 1962.

Beveraggi Allende, Walter: *El fracaso de Perón y el problema argentino*. Buenos Aires: Rosso, 1956.

Bianchi, Susana y Sanchis, Norma: *El Partido Peronista Femenino (1949-1955).* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1988.

Blanksten, George L: *Peron's Argentina.* Chicago: Chicago University Press, 1953.

Braden, Spruille: *Diplomats and Demagogues*. New Rochelle, New York: Arlington House, 1971.

Ciria, Alberto: *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-1946).* 2a edición revisada y aumentada. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1968.

—*Perón y el justicialismo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.

—*Política y cultura popular: la Argentina peronista. 1946-1955.* Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1983.

—*Treinta años de política y cultura. Recuerdos y ensayos.* Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1990.

—y otros: *New Perspectives on Modern Argentina.* Bloomington: Indiana University, 1972.

Cafiero, Antonio F.: *Cinco años después.* Buenos Aires: El Gráfico, 1961.

Cantón, Darío: *El Parlamento argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946.* Buenos Aires: Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, 1966.

Carrillo, Ramón: *Política sanitaria argentina.* 2 tomos. Buenos Aires: Ministerio de Salud Pública de la Nación, 1949.

Colom, Eduardo: *La revolución de los descamisados.* Buenos Aires: La Época, 1946.

Conil Paz, Alberto y Ferrari, Gustavo: *Política exterior argentina 1930-1962.* Buenos Aires: Huemul, 1964.

Confederación General del Trabajo de la República Argentina, *Actas de las reuniones del Comité Central Confederal, mayo de 1940 y octubre de 1942.* Buenos Aires, 1942.

—*Acta del Primer Congreso Ordinario.* Buenos Aires, 1940.

—*Acta del Congreso General Constituyente, marzo-abril de 1936.* Buenos Aires, 1937.

—*Acta del Segundo Congreso Ordinario*. Buenos Aires, 1943.

—*Memoria y Balance.* Período: 1939-1942. Buenos Aires.

Cuadernos de Marcha. *El peronismo 1943-1955.* Montevideo: Marcha, 1973.

—*Peronismo. El exilio 1955-1973.* Montevideo: Marcha, 1973.

Diez periodistas argentinos: *Así cayó Perón.* Buenos Aires: Editorial Llamas, 1955.

Chávez, Fermín: *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Oriente, 1975.

Crassweller, Robert D.: *Perón and the Enigmas of Argentina.* New York: W.W. Norton, 1987.

Criscenti, Joseph: *Perón Era Political Pamphlets and Monographs*. Bethesda: Academic Editions, 1988.

Damonte Taborda, Raúl: *¿Adónde va Perón? De Berlín a Wall Street.* 4a edición. Montevideo: Ediciones de la Resistencia Revolucionaria Argentina, 1955.

Del Carril, Bonifacio: *Crónica interna de la Revolución Libertadora.* Buenos Aires: Lumen, 1957.

Díaz Araujo, Enrique: *La conspiración del '43. El GOU una experiencia militante en la Argentina.* Buenos Aires: Ediciones La Bastilla, 1971.

Di Tella, Guido y Zymelman, Manuel: *Las etapas del desarrollo económico argentino.* Buenos Aires: Eudeba, 1964.

Dorfman, Adolfo: *Evolución industrial argentina.* Buenos Aires: Losada, 1942.

Dos Santos, Estela: *El cine nacional*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972.

—*Las mujeres del tango*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1972.

Doyon, Louise: "El crecimiento del peronismo", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, N° 57, vol. 15, abril-junio de 1975.

Duquene, Lucien y Biondin, Pierre: *L'Argentine de Péron*. Bordeaux, 1954.

Esteban, Juan Carlos: *Imperialismo y desarrollo económico*. Buenos Aires: Editorial Palestra, 1961.

Fayt, Carlos S.: *La naturaleza del peronismo*. Buenos Aires: Viracocha, 1967.

Figuerola, José: *La desocupación en la Argentina, 1932.* Buenos Aires: Departamento Nacional del Trabajo, 1933.

—*La desocupación en la Argentina, 1940.* Buenos Aires: Departamento Nacional del Trabajo, 1940.

—*La colaboración social en Hispanoamérica.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1943.

Fillol, Tomás R.: *Social Factors in Economic Development: The Argentine Case.* Cambridge: Massachusetts Institute of Technology Press, 1961.

Frondizi, Arturo: *Petróleo y política.* Buenos Aires: Raigal, 1954.

Frondizi, Silvio: *La realidad argentina*. 2 vols. Buenos Aires: Praxis, 1957.

Galletti, Alfredo: *La política y los partidos.* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1961.

Gambini, Hugo: *El 17 de octubre de 1945.* Buenos Aires: Editorial Brújula, 1969.

García Lupo, Rogelio: *Historia de unas malas relaciones.* Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1964.

—*La rebelión de los generales*. 2a edición. Buenos Aires: Jamcana, 1963.

Gazzera, Miguel y Ceserole, Norberto: *Peronismo, autocrítica y perspectivas.* Buenos Aires: Editorial Descartes, 1970.

Germani, Gino: *Estructura social de la Argentina.* Buenos Aires: Editorial Raigal, 1955.

—*Política y sociedad en una época de transición.* Buenos Aires: Editorial Paidós, 1962.

Godio, Julio: *La caída de Perón: de junio a setiembre.* Buenos Aires: Granica editor, 1973.

Greenup, Ruth y Leonard: *Revolution before Breakfast.* Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1947.

Guardo, Ricardo C.: *Horas difíciles.* Buenos Aires: Ediciones A. Peña Lillo, 1963.

Halperín Donghi, Tulio: *Argentina en el callejón.* Montevideo: Arca, 1964.

Hernández Arregui, Juan José: *La formación de la conciencia nacional: 1930-1960.* Buenos Aires: Ediciones Hachea, 1960.

Horvath, Laszlo: *Peronism and the three Perons*. Palo Alto: Hoover Institute, Stanford University, 1988.

Ilsley, Lucrecia L.: "The Argentine Constitutional Revision of 1949", *The Journal of Politics*, vol. IV, mayo de 1952.

Imaz, José Luis de: *Los que mandan.* Buenos Aires: Eudeba, 1964.

Irazusta, Julio: *Balance de siglo y medio.* Buenos Aires: Ediciones Theoria, 1966.

Irazusta, Julio y Rodolfo: *La Argentina y el Imperio Británico.* Buenos Aires: Ediciones Argentinas Cóndor, 1933.

Iscaro, Rubens: *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino.* Buenos Aires, Anteo, 1958.

Jamandreu, Paco: *La cabeza contra el suelo.* Memorias. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1975.

Jauretche, Arturo: *F.O.R.J.A. y la Década Infame.* Buenos Aires Coyoacán, 1962.

—*El plan Prebisch. Retorno al coloniaje.* Buenos Aires: Edición "El 45", 1955.

—*Los profetas del odio.* 3a edición. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1967.

—*El medio pelo en la sociedad argentina. (Apuntes para una sociología nacional).* 7a edición. Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1967.

Josephs, Ray: *Argentine Diary.* New York: Random House, 1944.

Kelly, Sir David: *El poder detrás del trono.* Buenos Aires: Coyoacán, 1962.

Kenworthy, Edward C.: "Peronism: Argentina's Experiment with Populism", *Problems in Latin America,* ed. Joseph S. Tulchin, New York: Harper & Row, 1973.

La década infame. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor, 1969.

"La CGT y el 17 de octubre de 1945", *Pasado y Presente,* N° 23, año IV, julio-diciembre de 1973.

Langer, Marie: *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis.* Buenos Aires: Editorial Nova, 1957.

Latin American Perspectives. Volume I, Number 3, Fall 1974.

Libertad Lamarque. Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 1986.

Libro negro de la segunda tiranía. Buenos Aires, 1958.

Lucero, Franklin: *El precio de la lealtad.* Buenos Aires: Propulsión, 1959.

Luna, Félix: *El 45. Crónica de un año decisivo.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1972.

Lux-Wurm, Pierre: *Le Péronisme.* Paris. Librairie de Droit et de Jurisprudence Pichón et Durand-Auzias, 1965.

Mafud, Julio: *Sociología del peronismo.* Buenos Aires: Editorial Americalee, 1972.

Magnet, Alejandro: *Nuestros vecinos justicialistas.* 10ª. edición. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1955.

Merchensky, Marcos: *Las corrientes ideológicas en la historia argentina.* Buenos Aires: Concordia, 1961.

Monzalvo, Luis: *Testigo de la primera hora del peronismo.* Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1975.

Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos: *Estudios sobre los orígenes del peronismo/1.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Argentina, 1972.

Navarro Gerassi, Marysa: *Los nacionalistas.* Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1969.

Newton, Jorge: *Perón el visionario.* Buenos Aires, 1955.

Newton, Ronald C: *The 'Nazi Menace' in Argentina, 1931-1947.* Stanford: Stanford University Press, 1992.

di Nubila, Domingo: *Historia del cine argentino.* 2 vols. Buenos Aires: Edición Cruz de Malta, 1959.

Novick, Susana: *Mujer, Estado y política social.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.

Ordaz, Luis: *El teatro argentino.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.

Orona, Juan V.: *La logia militar que derrocó a Castillo.* Buenos Aires: Edición del autor, 1966.

Owen, Frank: *Peron. His Rise and Fall.* London. The Cresset Hill, 1957.

Page, Joseph A.: *Perón. A Biography.* New York: Random House, 1983.

Panaia, Marta; Lesser, Ricardo y Skupch, Pedro: *Estudios sobre los orígenes del peronismo/2.* Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 1973.

Pavón Pereyra, Enrique: *Perón (1895-1942).* Buenos Aires: Espiño, 1953.

—*Coloquios con Perón.* Buenos Aires, 1965.

Peicovich, Esteban: *El último Perón.* Madrid, 1975.

Peña, Milcíades: *Masas, caudillos y élites. La dependencia argentina de Yrigoyen a Perón.* Buenos Aires: Ediciones Fichas, 1973.

Perelman, Ángel: *Cómo hicimos el 17 de Octubre.* Buenos Aires: Editorial Coyoacán, 1961.

Pichetto, Dr. Juan Raúl: *Síntesis de nuestra legislación social.* Buenos Aires: Secretaría de Trabajo y Previsión, 1944.

Peterson, Harold F.: *Argentina and the United States, 1810-1960.* Nueva York: State University of New York, 1964.

Potash, Robert: *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945. Yrigoyen to Perón.* Stanford: Stanford University Press, 1969.

Puiggrós, Rodolfo: *Historia crítica de los partidos políticos argentinos.* Buenos Aires: Argumentos, 1956.

—*El proletariado en la revolución nacional.* 2a edición. Buenos Aires: Sudestada, 1968.

—*El yrigoyenismo.* Buenos Aires: Jorge Álvarez, 1965.

—*La democracia fraudulenta*. 2a edición. Buenos Aires: Corregidor, 1972.

—*El peronismo: sus causas.* Buenos Aires: Ediciones Cepe, 1972. Proyecto de Historia Oral. Instituto Di Telia. (Entrevistas.)

Rabinovitz, Bernardo: *Sucedió en la Argentina, 1943-1956. (Lo que no se dijo).* Buenos Aires: Gure, 1965.

Ramos, Jorge Abelardo: *De octubre a setiembre.* Buenos Aires: A. Peña Lillo, 1959.

—*Revolución y contrarrevolución en la Argentina.* 2a edición. Buenos Aires, la Reja, 1961.

—*Perón. Historia de su triunfo y su derrota.* Buenos Aires: Ediciones Amerindia, 1959.

Ranis, Peter: "Peronismo without Perón, Ten Years After The Fall" (1955-1965), *Journal of Inter American Studies,* vol. VIII, N° 1.

Real, Juan José: *Treinta años de historia argentina.* Buenos Aires: Actualidad, 1962.

Repetto, Nicolás: *Mi paso por la política: de Uriburu a Perón.* Buenos Aires: Santiago Rueda, 1957.

Reyes, Cipriano: *¿Qué es el laborismo?* Buenos Aires: Ediciones R. A., 1946.

—*Yo hice el 17 de Octubre. Memorias.* Buenos Aires: Ediciones R. A., 1946.

Rotondaro, Rubén: *Realidad y cambio en el sindicalismo.* Buenos Aires: Editorial Pleamar, 1971.

Sabato, Ernesto: *El otro rostro del peronismo. Carta abierta a Mario Amadeo.* Buenos Aires: Gure, 1957.

Santander, Silvano: *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte, agentes del nazismo en Argentina,* Montevideo, 1953.

Silvert, Kaiman H. (ed.): *Expectant People.* New York: Random House, 1963.

Smith Jr., O. Edmund: *Yankee Diplomacy: U.S. Intervention in Argentina.* Dallas: Southern Methodist University Press, 1953. (Hay traducción, edición argentina.)

Smith, Peter H.: *The Failure of Democracy.* Madison: University of Wisconsin Press, 1974.

—"The Social Base of Peronism", *Hispania American Historical Review,* febrero de 1972.

Torrado, Susana; Novick, Susana y Olego de Campos, Silvia: *Política, población y políticas de población.* Buenos Aires: Cuadernos del Ceur, 1986.

Torre, Juan Carlos: "La caída de Luis Gay", *Todo es Historia.* Buenos Aires, N° 89, octubre de 1974.

Torres, José Luis: *La Década Infame*, Buenos Aires: Editorial Formación "Patria", 1945.

Vazeilles, José: *Los socialistas.* Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, 1968.

Vigo, Juan M.: *Crónicas de la resistencia. La vida por Perón.* Buenos Aires: A. Peña Lillo editor, 1973.

Wainermann, Catalina H.: "La mujer y el trabajo en la Argentina desde la perspectiva de la Iglesia Católica a mediados de siglo", *Desarrollo Económico*, V, 21, N° 81, abril-junio de 1981.

Wellhofer, E. Spencer: "The Movilization of the Periphery", *Comparative Political Studies*, vol. VII, N° 1, julio de 1974.

Whitaker, Arthur P.: *Argentina.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall, 1964.

—*Argentine Upheaval.* New York: Praeger, 1956.

—*The United States and Argentina.* Cambridge: Harvard University Press, 1954.

PUBLICACIONES OFICIALES

Argentina, Congreso Nacional, *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional, 1933.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional, 1938.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional, 1939.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional, 1939. 2 tomos.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores.* Buenos Aires: Publicación del Cuerpo de Taquígrafos del Senado de la Nación, 1947.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores.* Buenos Aires: Publicación del Cuerpo de Taquígrafos del Senado de la Nación, 1946.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1948.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1949.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1950.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1951.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1953.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores.* Buenos Aires, 1952.

—*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados.* Período Legislativo Eva Perón. Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación, 1953.

Argentina, Vicepresidencia de la Nación, Comisión Nacional de Investigaciones, *Documentación, autores y cómplices de las irregularidades cometidas durante la segunda tiranía.* 5 tomos. Buenos Aires, 1958.

Argentina, Departamento Nacional del Trabajo, Dirección de Estadística Social, *Investigaciones Sociales, 1943-1945.* Buenos Aires, 1946.

—División Estadística. *La desocupación en la Argentina 1940.* Buenos Aires, 1940.

—*Estadística de las huelgas.* Buenos Aires. 1940.

Argentina. Presidencia de la Nación. Subsecretaría de Informaciones: *Discurso del coronel Perón sobre la política social del Estado, transmitido por la red argentina de radiodifusión.* Buenos Aires, 2 de diciembre de 1943.

—*El sindicalismo justicialista a través del pensamiento de Perón.* Buenos Aires, 1951.

—*Acto de la Unión Tranviarios para demostrar su adhesión a la política social del gobierno.* Buenos Aires, 20 de julio de 1944.

—*Discurso pronunciado por el coronel Perón, en la plaza Alsina de Avellaneda ante una concentración de obreros.* Buenos Aires, 11 de agosto de 1945.

—Dirección General de Prensa. *Discurso del coronel Perón, desde los balcones de la Casa Rosada ante la concentración que impuso su libertad.* Buenos Aires. 17 de octubre de 1945.

—*Discurso del general Perón sobre el plan quinquenal ante dirigentes gremiales.* Buenos Aires, 25 de noviembre de 1947.

—*Conferencia del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación Argentina General Juan Perón pronunciada en el acto de clausura del Primer Congreso Nacional de Filosofía.* Mendoza, 9 de abril de 1949.

—*Preside Eva Perón la Conferencia Interamericana de Seguridad Social.* Tercera reunión. Buenos Aires, marzo de 1951.

—*Dijo Perón a las delegadas subcensistas.* Buenos Aires, 4 de julio de 1951.

—*El mensaje de Eva Perón a los productores agrarios.* Buenos Aires, 1952.

—*Perón y Eva Perón hablan en el día de los trabajadores.* Buenos Aires, 1º de mayo de 1950.

—*Perón y Eva Perón hablan a los mineros.* Buenos Aires, 1951.

—*Juan Perón y Eva Perón hablan a los delegados al VII Congreso Internacional de Cirugía.* Buenos Aires, 1950.

—*Eva Perón señala el camino del civismo a la mujer argentina.* Buenos Aires, 1951.

—*Dijo Eva Perón: "Siempre debemos tener a flor de labios la palabra peronista".* Buenos Aires, 1952.

—*Dijo Eva Perón al conferirle al general Perón la gran medalla peronista en grado extraordinario.* Buenos Aires, 1951.

—*Eva Perón en el bronce.* Buenos Aires, 1952.

—*Eva Perón: Su palabra... su pensamiento... su acción.* Sin fecha.

—*Perón y Evita hablan en el acto de clausura del Congreso Extraordinario de la Confederación General del Trabajo.* Buenos Aires, 1950, Año del Libertador General San Martín.

—*Eva Perón. Mi obra de ayuda social.* Buenos Aires, 1950.

Discursos del General Juan Perón y de Eva Perón en la ceremonia de entrega de las medallas peronistas a la abnegación. Buenos Aires, 23 de marzo de 1950.

Discurso de Eva Perón, en el acto inaugural de la primera asamblea nacional del Movimiento Peronista Femenino, 26 de julio de 1949. Buenos Aires.

Discurso pronunciado por la Señora María Eva Duarte de Perón en el acto realizado en el Teatro Cervantes, el 1° de octubre de 1949, en adhesión al Día del Mutualista. Buenos Aires.

Discurso de Eva Perón en la sesión de clausura de la Asamblea Extraordinaria de la Conferencia Interamericana de Mujeres, 24 de agosto de 1949. Buenos Aires.

Duarte de Perón, María Eva*: La mujer puede y debe votar.* Sin datos.

Eva Perón habla a las trabajadoras del país. Buenos Aires, 1949.

Eva Perón habla a los gobernadores de provincias y territorios nacionales. Buenos Aires, 1950.

Perón, Eva: *Discurso en la ceremonia inaugural de la ciudad infantil.* Buenos Aires, 14 de julio de 1949.

ESCRITOS

Perón, Eva: *La razón de mi vida.* Buenos Aires: Ediciones Peuser, 1951,

—*Historia del peronismo.* Buenos Aires: Editorial Freeland, 1971.

La última voluntad de Eva Perón. Buenos Aires: Servicio Internacional de Publicaciones Argentinas, 1952.

La palabra, el pensamiento y la acción de Eva Perón. Buenos Aires: Editorial Freeland, 1973.

Escribe Eva Perón. Buenos Aires: Ediciones Argentinas, 1973.

Perón, Juan: *Del poder al exilio. Cómo y quiénes me derrocaron.* Buenos Aires.

—*El pueblo ya sabe de qué se trata.* Buenos Aires, 1946.

—*El libro azul y blanco.* Buenos Aires, 1946.

—*Conducción política.* Buenos Aires: Ediciones "Mundo Peronista", 1952,

—*La fuerza es el derecho de las bestias,* 1958.

OBRAS SOBRE EVA PERÓN

Acossano, Benigno: *Eva Perón. Su verdadera vida.* Buenos Aires: Editorial Lamas, 1955.

Ara, Pedro: *El caso Eva Perón (apuntes para la historia).* Madrid: CVS Ediciones, 1974.

Boizard, Ricardo: *Esa noche de Perón.* 4a edición. Buenos Aires, 1955.

Bourne, Richard: *Political Leaders of Latin America.* London: Pelican Books, 1969.

Borroni, Otelo y Vacca, Roberto: *La vida de Eva Perón. Tomo I. Testimonios para su historia.* Buenos Aires: Editorial Galerna, 1970.

Costanzo, Federico A.: *Evita. Alma inspiradora de la justicia social en América.* Buenos Aires, 1948.

Cowles, Fleur: *Bloody Precedent.* Nueva York: Random House, 1952.

Cuadernos de Crisis: *Eva Perón*, Buenos Aires, 1974.

Duarte, Erminda: *Mi hermana Evita.* Buenos Aires: Ediciones "Centro de Estudios Eva Perón", 1972.

Ellena de la Sota, Julio: *La acción política de Eva Perón.* Buenos Aires, sin fecha.

Franco, Alberto: *La mística social de Eva Perón.* Buenos Aires: Sub-secretaría de Informaciones, sin fecha.

Franco, Luis: *Biografía patria (visión retrospectiva y crítica del reciente pasado argentino).* Buenos Aires: Editorial Stilcograf, 1958.

Ghioldi, Américo: *El mito de Eva Duarte.* Montevideo, 1952.

Liberal, José L.: *Eva Perón. Estudio literario y valoración sociológica de "La razón de mi vida".* Buenos Aires: Ediciones Espiño, 1953.

Lombille, Román J.: *Eva, la predestinada, alucinante historia de éxitos y frustraciones.* Buenos Aires: Ediciones Gure, 1955.

Llorca, Carmen. *Llamadme Evita. Un destino único de mujer.* Barcelona: Planeta, 1980.

Main, Mary (María Flores): *La mujer del látigo. Eva Perón.* Buenos Aires: Ediciones La Reja, 1955.

Martínez Estrada, Ezequiel: *¿Qué es esto?* Catilinaria. Buenos Aires: Editorial Lautaro, 1956.

Martínez Payva, Celina R. de y Pizzutto de Rivero, María Rosa: *La verdad. Vida y obra de Eva Perón.* 2 Tomos. Buenos Aires: Editorial Astral, 1967.

Naipaul, V. S.: *The Return of Eva Perón.* Nueva York: Alfred A. Knopf, 1980.

Navarro Gerassi, Marysa: "The case of Eva Perón", *Signs,* Vol. 3, N° 1, otoño de 1977.

—"Evita and the Crisis of 17 October 1945: A Case Study of Peronist and Anti-Peronist Mithology", *Journal of Latin American Studies,* Vol. 12, Part I, mayo de 1980.

—"Evita's Charismatic Leadership", en Michael L. Conniff, comp., *Latin American Populism in Comparative Perspective.* Albuquerque: University of New Mexico Press, 1982.

—"Evita and Peronism", en Frederick C. Turner y José Enrique Miguens, comps., *Juan Perón and the Reshaping of Argentina.* Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1983.

Paz, Carlos y Deutsch, Oscar: *Eva Perón, peronismo para el socialismo.* Buenos Aires: Ediciones del Mirador, 1974.

Peralta, Jerónimo: *Semblanza heroica de Eva Perón.* Buenos Aires, 1950.

Pichel, Vera: *Evita íntima.* Buenos Aires: Planeta, 1993.

Presencia de Eva Perón. Buenos Aires, 1954.

Rodríguez, Angela Rina: *Eva de América. Madona de los humildes.* 1949.

Sacquard de Belleroche, Maud: Eva Péron. La reine des sans chemises. París: La jeune Parque, 1972.

Sebreli, Juan José: *Eva Perón ¿aventurera o militante?* 4a edición. Buenos Aires: La Pléyade, 1971.

Sonntag, Gabriela: *Eva Perón. Books, Articles, and Other Sources of Study: An Annotated Bibliography.* Madison Wisconsin: Salalm, 1983.

Storni, Julio A.: *Grandeza y proyección de Eva Perón.* San Miguel de Tucumán, 1952.

Tettamanti, Rodolfo: *Eva Perón.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.

Viñas, David: "14 hipótesis de trabajo en torno a Eva Perón", *Marcha.* Montevideo, 23 de julio de 1965.

Webber, Andrew Lloyd y Rice, Tim: *Evita. The Legend of Eva Perón (1919-1952).* Nueva York: Avon Books, 1979.

DIARIOS Y REVISTAS

Crítica

Democracia

El Laborista

El Líder

El Pueblo

La Capital (Rosario)

La Época

La Opinion Cultural

La Nación

La Prensa

La Voz del Interior (Córdoba)

Los Andes (Mendoza)

Antena

Así

Careo

Mundo Peronista

Primera Plana

Todo es Historia

Radiolandia

Sintonía

ENTREVISTAS

Mayor Carlos Aloé. María Eugenia Álvarez. Padre Hernán Benítez. Walter Beveraggi-Allende. Coronel Alberto Bolaños. Rosa Calviño de Gómez. Héctor J. Cámpora. José María Castiñeira de Dios. Ramón J. Cereijo. Eduardo Colom. Fermín Chávez. Delia Degliuomini de Parodi. Guillermo De Prisco. José Espejo. Teresa Adelina Fiora. Josefina Fulco. Sara Gatti. Pedro Gagliardo. Luis F. Gay.

Américo Ghioldi. Ricardo Guardo. Lilian Lagomarsino de Guardo. Juana Larrauri. Ana Macri. Pilar Madirolas. Angel Miel Asquía. Antonio Molinari. Emma Nicolini. Atilio Renzi. Palmira Repetti. Celina Rodríguez de Martínez Payva. Cipriano Reyes. Mario Soffici. Jorge S. Spotti. Valentín Thiebaut. Pierina Dealessi. Atilio Renzi.

MOVIMIENTO FEMINISTA

Abeijón, Carlos y Santos Lafauci, Jorge: *La mujer antes y despues de Eva Perón*. Buenos Aires: Editorial Cuarto Mundo, 1975.

Begino, Juana María : *La mujer y el socialismo.*

Bessone, Riéffolo: *Los derechos sociales de la mujer*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 1950.

Bianchi, Susana. "Peronismo y sufragio femenino: La ley electoral de 1947", *Anuario IEHS*, 1986.

Calvera, Leonor: *Mujeres y feminismo en la Argentina.* Buenos Aires: Grupo Editor de América Latina, 1990.

Comisión Femenina Nacional del Partido Comunista: *La mujer argentina en la lucha por su emancipación.* Buenos Aires: Editorial Anteo, 1946.

Granata, María: *La mujer en la gesta heroica del 17 de Octubre.* Buenos Aires: Subsecretaría de Informaciones, 1953.

de Gregorio Lavié, Lucila: *Trayectoria de la condición social de las mujeres argentinas.* Santa Fe: Universidad del Litoral, 1947.

—*Ciudadana. Para las mujeres que votan.* Buenos Aires, 1948.

Henault, Mirta: *Alicia Moreau de Justo.* Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1983.

Hollander, Nancy: *La mujer, ¿esclava de la historia o historia de la esclava?* Buenos Aires: La Pléyade, 1974.

Horne de Burmeister, Carmela: *Cómo se organizó en la Argentina el movimiento en favor de los derechos políticos de la mujer.* Buenos Aires, 1933.

Lantieri, Julieta: *La mujer libre-pensadora.* Buenos Aires: Imprenta Masónica.

Las mujeres argentinas. Buenos Aires: S.I.P.A.

Longhi, Luis R.: *Sufragio femenino.* Buenos Aires, 1932.

de Morello, Angela R.: *Fuerzas nuevas.* Buenos Aires, 1947.

Moreau de Justo, Alicia: *La mujer en la democracia.* Buenos Aires: "El Ateneo", 1945.

Navarro Gerassi, Marysa: "Movimiento de mujeres y participación política en la Argentina, 1930-1993" *Informe del Programa Nacional de Investigación Científica y Desarrollo Tecnológico de la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación y Ciencia* (España), 1994.

Ocampo, Victoria: "Testimonios". Madrid: *Revista de Occidente,* 1935.

Pescatello, Ann (ed.): *Female and Male in Latin America. Essays.* Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1973.

Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Buenos Aires: Imprenta Fallica y Escoffier, 1910.

Pichel, Vera. *Mi país y sus mujeres.* Buenos Aires: Editorial Sudestada, 1968.

Todo es Historia. Año XVI, N° 183, agosto de 1982. Número especial.

VARIOS

Anales de legislación argentina. Buenos Aires: Editorial La ley, en publicación.

Correa Luna, Carlos: *Historia de la Sociedad de Beneficencia. 1823-1852.* Buenos Aires: Sociedad de Beneficencia de la Capital. Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos, 1923.

Sociedad de Beneficencia de la Capital: *Nómina para 1933.* Buenos Aires: Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios del Asilo de Huérfanos, sin fecha.

Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1936. Buenos Aires: Jacobo Peuser, 1936.

Fundación Eva Perón: *Estatutos.* Buenos Aires, 1955.

—*Memoria.* Buenos Aires, 1953.

—*Memoria y balance al 31 de julio de 1952.*

Fundación Ayuda Social María Eva Duarte de Perón: *Declaración de los Derechos de la Ancianidad.* Buenos Aires, 1949.

Partido Peronista: *Directivas básicas del Consejo Superior.* Buenos Aires, 1952.

—*Unidades básicas.* Buenos Aires, 1952.

Partido Peronista Femenino. *Directivas para las unidades básicas sobre la campaña electoral.* 1951.

Esta edición
se terminó de imprimir en
Compañía Impresora Argentina
Alsina 2049, Buenos Aires
en el mes de noviembre de 1994.

Es indudable que no hubo una mujer que atesorara más poder y tuviera tanta gravitación sobre el destino del país como Evita Perón. La biografía de la mujer "más amada y más odiada de su tiempo" supone una ríspida batalla moral. Salvar a Evita de la montaña de insultos que traban la investigación, sin caer en un edulcorado elogio escolar, resulta una tarea ardua. Marysa Navarro ha dado con el tono justo: su fascinante y ajustado retrato es el resultado de un notable rigor histórico y una enorme solvencia metodológica.

Sobran los dedos de una mano para nombrar modernos mitos internacionales encarnados por argentinos. En ese ramillete escandalosamente masculino (Gardel, Perón, el Che Guevara) sólo Evita conquista su lugar en medio de una feroz guerra; sus detractores no se detienen ante nada (una prostituta rencorosa seducida por el poder, sostienen) mientras sus admiradores incondicionales la equiparan con una virgen sufriente y laica.

Una biografía de Evita no resulta menos escandalosa que una vida donde se espejaba "una turba tan temida", según la recordada expresión de Delfina Bunge de Gálvez sobre el 17 de octubre de 1945. Este desmitificador libro de Marysa Navarro también ilumina esos años: su investigación apasionada y rigurosa, independiente y comprometida, exhaustiva en su análisis de la figura de Perón y del lugar que en la cultura política nacional le dio su movimiento, arremete contra los prejuicios fáciles y obtiene una Evita personal, objetiva, cálida. Y no se trata de "historia antigua" sino del lugar que una mujer se supo conseguir en la segunda mitad del siglo XX.


ISBN: 950-07-4253-0
9 789507 425332